
ELEANOR RIGBY
EL QUINTO ARCANO
INALCANZABLE

El Quinto Arcano
Inalcanzable

Eleanor Rigby

© 2025, Eleanor Rigby

Título: *El Quinto Arcano: Inalcanzable*
Primera edición: abril de 2025
Sello: *Independently published*
Diseño de portada: Libertad Delgado
Maqueta: Elena Salvador

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

SÍGUEME EN INSTAGRAM PARA ENTERARTE DE LAS PRÓXIMAS PUBLICACIONES

I love life fiercely, even desperately.
I believe that this ferocity and this desperation
will only lead to my destruction.
I love the sun, the grass, the youth.
It has become for me a vice more terrible than cocaine.
I devour my existence with an insatiable appetite.
How will all of this end?
I don't know.

PIER PAOLO PASOLINI

Prefacio

ANTES DE QUE LA VIDA FUERA VIDA, la diosa Magna ya estaba allí. Sola en su omnisciencia, creó a partir de sí misma una criatura que le brindara su compañía a través de los mares del tiempo; una criatura a la que se entregó en cuerpo y alma hasta lo que más tarde se conoció como el primer fin del mundo.

El fin de *su* mundo.

El nombre de la criatura no se pronuncia desde que la defraudó con una imperdonable traición de amor, pero ahora se le menciona en susurros con el apelativo que escogió para rebelarse contra Ella.

Gran Grimorio.

Del despecho de dos amantes sobrehumanos, dos fuerzas contrarias a la par que equivalentes, surgió la guerra que trataría de destruir la Tierra. Seres configurados para la aniquilación se unirían al séquito del Gran Grimorio en su afán por arrebatarle el poder absoluto a la diosa, llegando a atentar contra la vulnerable humanidad en el proceso. Los magnánimos, hijos no carnales pero concebidos por La Magna, arremeterían contra los grimorianos a lo largo de los siglos para mantener su supremacía y librar a los hombres del yugo del Mal.

Los magnánimos. Raza inmortal de protectores de la Tierra. Devotos de La Magna y de su palabra. No tan perfectos como Ella, pero superiores por mucho en habilidades, belleza y astucia a los humanos. Cada una de sus subrazas luchó desde su bastión: los seráficos, ciegos con poderes mágicos, combatieron desde las sociedades secretas de la superficie terrestre; los empíreos, antiguos guerreros de la batalla a los que se les otorgó una segunda vida tras acometer una gran heroicidad, se entrenaron día tras día junto a La Magna, allí, en los altos cielos, para la llegada del apocalipsis.

O eso hizo la mayoría, porque hubo empíreos que, durante la batalla eterna, desobedecieron a su diosa sucumbiendo a los pecados mundanos.

Contra estos, La Magna tuvo que aplicar un castigo: los arrojó lejos de su seno, donde para ganarse el perdón y restaurar su confianza tendrían que mortificarse.

Así surgieron *ellos*.

Los penitentes.

Con la esperanza de que hallaran la redención y pudieran regresar a su lado, la diosa fragmentó su alma, su *anandha*, y repartió los pedazos por el mundo para que encontrasen cobijo en cuerpos mortales. Cuerpos mortales que los penitentes habrían de hallar por obra del destino en el momento adecuado, adorar y seducir hasta que estas mismas les otorgaran el perdón. Así se celebró la unión de penitentes y *anandhas* desde el origen de los tiempos...

... hasta que sucedió lo impensable.

El Gran Grimorio fue derrotado y desapareció.

Pero también lo hizo la diosa Magna de forma inexplicable, sumiendo el mundo sobrenatural en el caos.

Solo el elegido, el pronto bautizado como El Magnánimo, estuvo preparado para sucederla y encauzar las aguas turbulentas. Sin perder de vista los estragos causados por la prolongada tiranía de su predecesora, creó el Nuevo Orden, suprimiendo el sistema de castigos y defendiendo el libre albedrío de las criaturas.

Pero la serpiente del Mal, aun sin su creador a la cabeza, seguiría dando coletazos hasta que alguien se encargara de decapitarla.

Un penitente, un empíreo, una vidente, una criatura que aún no sabe qué o quién es; todos ellos, seres volcados de manera incondicional, sin pasado ni pronósticos de futuro, en su vocación de salvadores, decidirían voluntariamente unir sus fuerzas en un clan secreto para acabar con los peligrosos vestigios del Gran Grimorio.

El Magnánimo los haría llamar El Quinto Arcano, y con su bendición recorrerían las latitudes terrestres con la esperanza de liberar a los hombres.

Pero ¿quién los liberará a ellos?

Capítulo I

«Las añoranzas no distinguen
entre el día y la noche.»
Dedicado a mi amigo Zhu Fang
Li Ye

¿Era necesario llevar un quipao para vender armas en un pueblo de Carolina del Norte?

Esa era la pregunta que rondaba la cabeza de Li Zhen a lo largo de las ocho horas que se extendía su turno laboral. Todos los días sentía la tentación de verbalizarla, y todos los días se obligaba a callar en aras de evitar la confrontación.

Cuando una mujer alcanzaba la friolera de mil trescientos siete años de edad, de los cuales había pasado mil doscientos ochenta en el campo de batalla, no solo aprendía a escoger cuidadosamente las guerras que merecía la pena librar, sino que desarrollaba una tolerancia resignada hacia cualquier injusticia; incluidos los fetiches raciales que antaño se le antojaron repugnantes y que ahora se limitaba a satisfacer. No era de extrañar que su jefe, un yanqui apasionado de la cultura oriental —y de sus mujeres, o *sobre todo* de sus mujeres—, la hubiera contratado para vestirla a imagen y semejanza del sueño erótico asiático.

Rompiendo una lanza en favor del dueño, no solo vendían revólveres de la guerra de Secesión. También había algunas piezas del ejército imperial chino que podían justificar la elección de vestuario.

Hasta la sorpresiva aparición de Peter, que solo tenía a bien pasearse por su reino de aceros cuando no retransmitían un partido de la NBA, Li Zhen había estado sacándole brillo a un viejo *jian* de la dinastía Zhōu. Por el módico precio de tres mil dólares, un coleccionista podría lucir en la pared de su vivienda la espada de un emperador prehistórico.

Ella no llegó a conocer a dicho emperador, pero sí a unos cuantos muy posteriores, y le constaba que no les habría hecho ninguna gracia que su arma ceremonial hubiera acabado en manos de un vulgar súbdito.

A ella tampoco se la hacía.

Podían llamarla conservadora, si querían.

O nostálgica.

—Voy a fumarme un cigarrillo —anunció su jefe, señalando la puerta de vidrio con el pulgar. Con la otra mano se frotaba la oronda barriga—. Te dejo defendiendo el baluarte, ¿de acuerdo? Si puedes, échale un vistazo a los pedidos en línea. ¡Hay que ver! —exclamó a nadie en particular—. Desde que reformamos la página web, no paran de entrar contraofertas. Ya sabes lo que hacer en esos casos, ¿no?

—Plantarme en el precio fijado y recordarles que esto no es una subasta de baratijas, sino una tienda de lujo para verdaderos amantes de las armas.

Como todo lo que se había estudiado de memoria, lo recitó en tono monótono.

Peter asintió, satisfecho, y le lanzó una apreciativa mirada de ojos vidriosos. ¿Y qué vio? A una mujer con rasgos asiáticos que aparentaba mil doscientos ochenta y dos años menos de los que tenía.

Es decir, alrededor de veinticinco.

Li Zhen se erguía tras el expositor central con las manos entrelazadas a la espalda y una expresión indolente que solo sumaba misterio a un rostro marcado por el fuego.

Su jefe no permitía que aplicara maquillaje a las quemaduras del lado izquierdo de la cara. Estaba convencido de que los pocos clientes que no efectuaban sus compras a través de internet admirarían el contraste entre la fiereza de sus cicatrices y la elegancia de su esbelta figura.

Esto podría haberla ofendido el siglo anterior, cuando la defensa de los derechos de la mujer dejó de ser una utopía y se materializó

en la denuncia del uso del género femenino como reclamo publicitario. Pero desde que tuvo lugar el Último Final, acontecimiento con el que culminó la larga brega por la salvación humana, Li Zhen se había hartado de luchar en todos los aspectos.

Había decidido convertir en su mayor fortaleza el acto de aceptar sin condiciones lo que le viniera dado.

En cuanto sonó la campanita que anunciaba la salida de Peter, ella relajó la pose de soldado. Suspirando con cansancio, se acodó en el mostrador. En una palma descansó la mejilla que el regalo de la eterna juventud había conservado suave. Luego, y no sin reticencias, acercó la mano contraria a los relieves escarpados del lado opuesto, indiferente al poder regenerador de su cuerpo.

Deslizó los dedos sobre la media frente abrasada, el ángulo agresivo de un pómulo demasiado prominente para los cánones estéticos de Asia, el borde de la mandíbula en tensión; esos rasgos que jamás dejaría de sentir ajenos.

Todo cuanto Li Zhen había deseado desde la batalla definitiva contra el Gran Grimorio había sido pasar desapercibida. Por esta razón se preocupó de disimular algunas de sus habilidades sobrehumanas; de no actuar sobre las ventajas que el desarrollo de sus cinco sentidos le concedían ni siquiera si le permitían obrar en el beneficio de terceros.

Poco importaban sus esfuerzos. Su aspecto se encargaba de impedirle disfrutar de una vida normal incluso en Franklin, un pueblo de menos de cuatro mil habitantes con hermosos paisajes rurales.

O *precisamente* en Franklin, donde los norcarolinos la habrían mirado por encima del hombro así hubiera lucido un rostro de revista.

Desventajas de haberse mudado a un estado republicano teniendo los ojos rasgados.

El chirrido de unas llantas la salvó de un episodio autocompasivo. El escaparate de cristal facilitaba las labores del chismoso... o de la trabajadora aburrida, como era el caso: Li Zhen pudo extrañarse porque un vehículo de serie 1 aparcara a las puertas de la tienda.

Los vidrios tintados del BMW le imposibilitaron apreciar al conductor hasta que se dignó a salir con la parsimonia de un miembro de la realeza. Que hiciera una mañana espectacularmente soleada habría favorecido la piel de porcelana y el cabello dorado del susodicho si no hubiera aparecido cubierto de la cabeza a los pies por una gabardina, unos guantes de cuero, un sombrero estilo Homburg que proyectaba una sombra sobre su rostro —pero bajo el que asomaban los mechones rubios— y unas gafas de sol Clubmaster.

Era la clase de indumentaria a la que se aficionaba una criatura condenada a elegir entre morir fulminada bajo el astro rey o refugiarse eternamente en las tinieblas.

Dicho de otro modo, el uniforme del penitente para sobrevivir al influjo del sol.

Li Zhen se enderezó en cuanto la campanita notificó la entrada del sujeto. Nada más estuvo a salvo de los rayos directos, le vio dejar el sombrero y la gabardina en el perchero que Peter, como gesto de cortesía, había dispuesto en la entrada.

Se extrañó. No era así como funcionaba la condena de los penitentes. En teoría, las cristaleras por las que la claridad entraba a raudales también podían resultar perjudiciales para su piel maldita. Debían permanecer bajo techo en estancias cerradas a cal y canto.

No tardaría en adivinar por qué el recién llegado gozaba del mismo privilegio que ella —poder caminar bajo el sol—, si bien las razones de tenerlos no podían diferir más de las suyas.

El penitente debutó en la tienda con un paseo distraído que concluiría en el mostrador. Mientras ojeaba con una curiosidad halagadora las vitrinas de exposición que franqueaban el pasillo, subrayado por una elegante alfombra étnica, se fue arreglando el cuello y los puños de la camisa hasta que estuvieron no solo presentables, sino impolutos; perfectos para un evento de etiqueta, al igual que el resto de su atuendo formal pero actualizado.

Diane Keaton se lo habría copiado.

No parecía haberse arreglado más de la cuenta, aun así, sino haber querido conjuntarse con la imagen que transmitían sus maneras caballerosas; esa intimidante dignidad ante la que cabía contener el aliento. Todo en él gritaba distinción, desde los brillantes zapatos italianos hasta el hecho de que pudiera llevar el cabello rubio sobre los hombros y parecer más un príncipe que un rockero desaliñado.

No era bello según el canon. Era bello como solo una criatura sobrenatural podía serlo: de un modo perturbador.

«Me han encontrado», comprendió ella, intrigada. «Pero ¿por qué me han buscado?».

—Buenos días, señorita —saludó en el idioma arcaico, la antigua lengua de los magnánimos—. Estaba en busca de la Generala de Todas las Armas.

Ella se controló para no denotar que se había reconocido en el apodo.

—Discúlpeme, señor —respondió con su mejor sonrisa solícita—, pero solo hablo inglés y chino mandarín. Estaré encantada de atenderle en cualquiera de estas dos lenguas.

—Comprendo —respondió él de inmediato con acento británico. Le devolvió el gesto de cortesía con un desdén amistoso que Li Zhen entendió como una broma privada entre los dos: «Está bien. No me importa jugar un rato a "quién es quién". Nunca llevo prisa»—. Estaba en busca—repitió— de la Generala de Todas las Armas.

Desconfiando de las razones de su visita, Li Zhen decidió seguir aparentando que no andaba tras ella, si bien su corazón brincó nada más oír su apelativo. Siglos atrás, sus compañeros de lucha la bautizaron así por blandir el *liuyedao* más célebre del continente.

—Querrá decir «el general de todas las armas» —corrigió con educación—, como también se llama al *dao* o sable chino.

—Oh, es general y no generala. Perdóneme el error de dicción. Entre usted y yo, confesaré que mis inclinaciones se decantan por lo femenino sobre lo masculino, y todas las lenguas que no son la materna se me hacen vagamente ajenas. Puede que haya incurrido

en una leve confusión —se lamentó con un fondo de sarcasmo. Li Zhen se controló para no levantar las cejas, pasmada. ¿Por qué hablaba como un noble de la corte de Versalles?—. Tengo entendido que en este distinguido establecimiento venden piezas de coleccionista provenientes de la antigua China imperial. En particular, me había llegado el rumor de la presencia de un *liuyedao*, también sable de hoja de sauce, que ha sobrevivido la friolera de mil trescientos años de uso. Mil trescientos siete, para ser más exactos. Se trata de una pieza histórica por el simple hecho de haber pertenecido a una guerrera legendaria. La llamada «Descendiente del Dragón», si no me engaña la memoria.

—Esa es una descripción muy pobre del soldado en cuestión, señor. Todos los chinos son descendientes del dragón. El monstruo era el símbolo de los emperadores, y, ahora, del país.

El sujeto tuvo que considerar merecida la corrección, porque se disculpó con un cabeceo que sacó a bailar a uno de sus mechones rubios.

Pero no desistió.

Apoyó una mano sobre el mostrador y se inclinó hacia ella lo justo para incitarla a contestar con franqueza.

—Creo que sabe de muy buena tinta qué es lo que le refiero, y permítame decirle que no me importa lo que cueste. No pienso abandonar este lugar sin que el arma me acompañe en mi partida.

Li Zhen estuvo a punto de dejarse hipnotizar por sus ojos, de un insólito azul purpúreo en el que brillaba la ambición.

Veinte años de aislamiento empezaban a pesarle. Había perdido práctica lidiando con criaturas de su calaña. O quizá la debilidad no fuera consecuencia de su escaso contacto con la Suprarrealidad, de la que rehusaba recibir noticias, sino con que el cliente no era un cualquiera.

¿Sería posible que no la hubiera engañado el instinto y le hubiese prestado una visita el mismísimo Valois, «el Predilecto»? Porque si existía un solo individuo sobre la faz de la Tierra capaz de embaucar a una guerrera milenaria como ella, ese sería el mundialmente

conocido como «los Ojos de Dios», uno de los protagonistas de los textos sagrados.

Era reconocible a simple vista por las minuciosas descripciones sobre él que se habían plasmado en *El Diccionario de los Invencibles* o en *Elogio a la Guerra*: el arco superciliar prominente, los ojos hundidos y de mirada penetrante; la nariz afilada y con loma que recordaba a los rasgos nubios, único atributo que delataba su pasado humano en la antigua tierra de Akkad.

Eso y que se expresaba como un caballero victoriano.

—El arma por la que pregunta existe, por supuesto —confirmó Li Zhen con serenidad—, pero me temo que no está en venta. No obstante, tenemos algunas piezas de la dinastía Tang, incluso anteriores, que podrían interesarle. ¿Quiere que le haga un recorrido?

Él gesticuló con elegancia hacia uno de los pasillos.

—Detrás de usted. Permítame sugerir que, para mayor comodidad, nos tratemos por nuestros nombres propios. —Agachó la cabeza lo justo para emular una reverencia—. Valois.

Li Zhen correspondió su gesto con un cabeceo de reconocimiento. A sabiendas de que sería redundante brindarle información que él ya tendría, se sirvió de su derecho a no contestar.

Se sirvió, también, del derecho a tantear el terreno para discernir qué se proponía.

Acariciando el manojo de llaves que colgaba de su cuello, Li Zhen se paseó por delante de las vitrinas más codiciadas por los coleccionistas. Descansando sobre los soportes como lo que eran, amenazantes obras de metalistería sin parangón en el mundo, estaban las armas a las que ella había dedicado su vida.

—El *jian* o espada de hoja recta, el *dao* o sable chino y el *gun* o bastón largo, que conocerá como *nunchaku* gracias a Bruce Lee, son los mayores éxitos de ventas. No en vano entran en la categoría de cuatro armas clásicas que le mencionaba antes; el *jian* se hace llamar «el caballero», el *dao* es «el general» y el *gun* es «el abuelo».

El cuarto sería el *qiang* o lanza, «el rey de todas las armas», pero no disponemos de ninguno por el momento.

La breve designación del pasillo asiático despertó el interés de Valois, que se entretuvo examinando las piezas tan cerca como el cristal lo permitió.

—He oído que el sable chino fue el precursor de la cimitarra y los alfanjes europeos —meditó en voz alta.

Estaba erguido igual que una digna estatua, como si no supiera conducirse con la naturalidad de un ser humano.

A Li Zhen también le había costado disimular los estragos que la guerra había causado en su cuerpo: constante rigidez y reacciones violentas a imprevistos que no tenían por qué entrar en la categoría de ataque.

—Esos modelos de sable occidentales sí los he manejado en alguna que otra ocasión. Imagino que se manipulan del mismo modo en la batalla —apostilló Valois con una mirada de reojo.

—Lo desconozco —mintió ella con las manos entrelazadas sobre el regazo—. Como comprenderá, no los pruebo. Solo puedo ofrecerle una descripción técnica del producto.

Valois sonrió para su coleto, encantado de que lo tratara como si fuera estúpido. Li Zhen estuvo segura de que la desenmascararía justo entonces, pero continuó interrogándola con curiosidad:

—¿Cómo sé que son originales?

—Soy experta en peritaje. Le puedo asegurar que lo son. Y la compra incluye, además del arma, papeles firmados que atestiguan la calidad de su nueva adquisición.

—Ajá. ¿No tendrá, por casualidad, algún arma que date del siglo diecinueve? Una Colt Navy 1851, una Brown Bess, un revólver Beaumont-Adams... —recitó sin pararse a pensarlo demasiado—. Incluso un mosquete de las guerras napoleónicas me serviría. Tengo preferencia por este último, de hecho.

¿Sería posible que *de veras* hubiera prestado una visita a la tienda para adquirir un recuerdo de tiempos pasados? Considerando que, al

igual que ella, Valois habría participado en numerosos conflictos bélicos, daba por hecho que él mismo tendría en su poder una Brown Bess y un mosquete; los que blandiera en los conflictos de la época.

Quizá, y después de todo, solo fuera un coleccionista nostálgico.

«Qué decepcionante», pensó una recóndita parte de sí misma. Habría sido halagador que hubiera traspuesto a los Estados Unidos, que era bien sabido que odiaba, solo para conocerla.

—En el almacén guardamos una gran variedad de espadas góticas con empuñadura. Algunas pertenecieron a renombrados oficiales de la Armada Británica. Si me acompaña, puedo mostrárselas. Me quiere sonar que hay una espada de corte del siglo XVIII.

—*Un épée de cour*[1] —pronunció en francés, distraído. Siguió a Li Zhen en su camino hacia las escaleras que conducirían al piso inferior—. Si el mango estuviera labrado, como la antigua pieza de Napoleón, sería perfecta. Conozco a alguien a quien le interesaría... —Valois detuvo su paseo por el corredor para examinar una pieza llamativa, la indiscutible joya de la corona. «Tiene buen gusto», pensó Li Zhen con el regocijo condescendiente que le despertaban los occidentales fascinados por armas que nunca sabrían manejar—. ¡Una espada garfio! Creo que es la primera vez que tropiezo con una.

—Es exclusivamente china, y difícil de blandir porque constituye cuatro armas en una sola. La larga hoja del *jian*, afilada por ambos lados —abarcó las dos hojas paralelas con un movimiento de mano circular—; la daga por debajo de la empuñadura, el guardamano y el gancho abierto. Si no sabe utilizar la espada, el bastón, las dagas y las cuchillas de medialuna, jamás será un maestro de los *soeng ngau* o «ganchos de cabeza de tigre», como también se hacen llamar.

Valois se giró para mirarla con una ceja enarcada.

—Soy un maestro en muchas otras materias, señorita —respondió con suavidad, sin segundos sentidos—. Podría aceptar mi mediocridad en la que no supiera dominar, créame.

—Interesante uso del condicional, señor —señaló Li Zhen con cuidado de encubrir la burla.

—El que procede utilizar cuando uno no se ha topado todavía con disciplina que se le resista. Puede que me lleve la espada garfio solo para ponerme a prueba. Soy un ferviente entusiasta de los objetos afilados, ¿sabe? —reconoció sin apartar la vista de la pieza—. Y, lo que es mejor, se me suelen presentar las ocasiones en las que toca desenvainarlos. No quiero ni imaginar el tedio al que me condenaría verme rodeado de vitrinas selladas sabiendo que estas armas no se hicieron para ser meramente contempladas, sino empuñadas. A poder ser, en el nombre del bien —agregó.

Li Zhen estaría mintiendo si no admitiera que una parte de ella, la que se acostumbró a ver correr la sangre, echaba de menos el peso de un sable; el delicioso ardor muscular después de exponer el cuerpo a largas horas de combate.

—En la actualidad solo se les podría dar un mal uso. Ha pasado tiempo desde la última guerra. Blandir una hoja sin razón puede acarrear consecuencias peores que el olvido de la esgrima.

Valois se giró hacia ella con extrañeza hacia la respuesta.

—El techo no se derrumba porque hay unos cimientos que lo soportan. Tal vez la guerra sangrienta se extinguiera con el surgimiento de la bomba atómica, pero la guerra estratégica continúa bajo la guardia de quienes saben qué decisiones tomar... — Se interrumpió para suspirar. En un tono hastiado que rompió por primera vez su imagen de caballero victoriano, Valois preguntó al aire—: ¿Qué haces aquí, Evrani?

—Ahorrarnos el tiempo que te gusta hacernos perder con tu cháchara de pijo insufrible —contestó una voz.

Li Zhen se puso en guardia tan pronto como sintió que la composición del aire variaba al entrar en contacto con un tercero.

Un tercero con suficiente poder para alterar el espacio.

Había tardado cinco segundos más que Valois en percatarse de la aparición del susodicho; cinco segundos de ventaja que el recién

llegado utilizó para romper una vitrina de un solo golpe con el puño y extraer una de las armas en exposición.

Y no cualquiera.

Se giró enseguida hacia el contendiente, un hombre de piel cetrina ahora blindado por un *nunchaku* que hizo girar en el aire. El arma constaba de tres gruesas varas de madera unidas con anillos de metal. No todo el mundo sabía utilizar esta articulación para disolver un bloqueo defensivo, pero Evrani demostró ser un alumno aventajado dando un salto de varios metros de altura para cernirse sobre una desprevenida Li Zhen.

Actuó velozmente en los segundos que el atacante habría tardado en abrirle el cráneo de un golpe. Con el codo quebró el cristal que protegía la espada garfio y la blandió con la firmeza que otorgaba la experiencia para no solo defenderse, sino bloquear el golpe de la vara atravesándola con las dagas afiladas.

De un tirón hacia sí, le arrebató el arma, y de una patada en el pecho lo mandó de espaldas al suelo. Se aseguró de que no intentaba una nueva ofensiva colocándole la curva de los garfios en el cuello.

Luego se quitó el pelo de la cara, la única parte del cuerpo afectada, con un movimiento de cabeza.

Tendido boca arriba en el suelo, Evrani alzó las dos manos en señal de rendición. Expresaba la misma impavidez que si su madre lo hubiera sorprendido metiendo el hocico en la despensa a altas horas de la madrugada.

—¿Tenías que hacer una entrada para el recuerdo? —suspiró Valois a su espalda. Se había retirado unos cuantos pasos para darles libertad en su exhibición de fuerza, no fuera él a mancharse las prendas de diseño—. Modales, Evra. Modales. Sobre todo con las damas.

—¿De qué te han servido a ti, abuelo? Si lo dejo en tus manos, la chica te convence de que te has equivocado de sitio y vuelves con las manos vacías. A ver cómo nos mira a la cara ahora y nos dice que no es «la Descendiente del Dragón», la «Generala de Todas las

Armas», la «Señora de Rostro Completo» o cualquier otro de sus apodos épicos después de utilizar un *soeng ngau* como si fuera una prolongación de su mano. Y contra mí —apostilló con los ojos entornados—, que ni soy un botarate, ni iba desarmado.

—No te crees ni tú que esto ha sido para desenmascararla y no para demostrar que sabes utilizar un triple *nunchaku* —se burló Valois—. Un movimiento cuestionable cuanto menos, cigoto, porque ahora no creo que a la señorita le apetezca ni venderme un sable ni brindarnos su compañía.

—En eso último no te equivocas —respondió Li Zhen, todavía vigilando con justo recelo y un extra de fascinación a la criatura. Evrani culebreaba para huir de la hoja mortífera que aún apuntaba a su garganta—. Voy a tener que pagar de mi bolsillo las dos vitrinas rotas y el *nunchaku* que me he cargado defendiéndome de ti. ¿Sabes cuánto vale un arma con siglos de antigüedad, gilipollas?

—No actúes como si no fuéramos a hacerte un favor invitándote a salir con nosotros —replicó el atacante con frialdad, para lo que entrecerró los ojos de un insólito gris—. Nadie en su sano juicio se muda a Carolina del Norte después de salvar al mundo sin la esperanza de que alguien venga a rescatarle. Aunque sea por piedad.

—Incluso si mi objetivo fuera autodestruirme en un círculo del infierno, no sería tu puto asunto.

—Mira cómo hablan «las damas» —le silbó a Valois, apuntando a Li Zhen con el pulgar—. A lo mejor quieres desdecirte, viejo.

—No, tú no eres nuestro asunto —convino el penitente con ella, ignorando la provocación de su subordinado. Esquivó los cristales rotos con agilidad para acercarse—, pero la misión actual de El Quinto Arcano sí te concierne a ti.

—¿El Quinto Arcano? ¿El clan secreto de protección?

—Ajá. Si no me engañan los resultados de mi última investigación, eres la magnánima más antigua del continente asiático, y eso te convierte en una fuente de sabiduría que nos sería de enorme utilidad. Como ya sabes, de acuerdo a la nueva

normativa de El Magnánimo, no podemos obligarte a ofrecernos tus conocimientos. Ahora bien; estaré encantado de pactar contigo una jugosa recompensa si accedes a ejercer de... guía cultural, por decirlo de algún modo. Te haré saber de qué manera una vez estemos a solas en un lugar seguro.

—¿Una jugosa recompensa? —repitió Li Zhen con incredulidad. Apartó los garfios de la espada del cuello de Evrani. Como todavía no se fiaba, se la echó al hombro con aire informal, preparada para volver a atacar de llegar darse la tesitura—. No puedes sobornarme ni con riquezas ni con la fuente de la inmortalidad, así que ¿con qué pretendes llamar mi atención?

—Los que tienen lo que ya posees, por ejemplo, piden el descanso eterno —resolvió con un elegante ademán—. Puedo reunirme con El Magnánimo para concederte la muerte.

Y no dudaba que se esforzaría por ofrecerle una solución que contentara a todo el mundo. A diferencia de su predecesora, con la que Li Zhen tuvo el infortunio de tratar, El Magnánimo no veía a las creaciones mortales e inmortales como sus súbditos. Era Él quien se ponía al servicio de sus necesidades.

—No puedo morir —replicó en tono monótono, cuidándose de manifestar cómo esta condena la hacía sentir. En eso no se diferenciaba de los penitentes clásicos, que recibían la Triple Maldición tras su desobediencia: no poder caminar bajo el sol, sentirse incompletos hasta hallar a su *anandha* o «media mitad», y una tercera condena adaptada a cada uno. La suya era la vida eterna—. Se me conoce por ser una de las últimas almas inmortales de la diosa. Se supone que, como *anandha*, soy... ¿cómo decirlo? *Sagrada*. Si me sentenciaras a muerte, tú serías el siguiente.

—¿Cómo se puede ser *anandha* y penitente al mismo tiempo? ¿No va eso contra los designios de ambas criaturas? —inquirió Evrani, ya de pie. Se sacudió la parte trasera de los pantalones desteñidos estilo *balloon*—. Yo también he leído sobre ti: la heredera de la magia irresistible de la diosa Magna que, contra todo pronóstico, fue condenada a vagar por la Tierra. —La miró de arriba abajo—. Me cuesta creer que no seas una leyenda.

—Normal que no seas capaz de asumir los milagros magnánimos; llevas menos de treinta años humanos en este mundo nuestro —señaló Valois, y no sin condescendencia—. En el caso de que desees abandonar la Subrealidad y dedicar el resto de tu vida a servir a los grandes sacerdotes y hechiceros, podría negociar con El Magnánimo para que te permitiera entrar a formar parte de su séquito personal. Y considerando que sigues penando por el castigo que se te impuso, también podría, quizá, hablar con Él para que agilizara el proceso de tu... salvación. Para que localizara a tu *anandha*, entiéndeme. Una intervención directa le restaría el encanto de la casualidad —reconoció con un cabeceo—, pero no sería la primera vez que acontece.

—Siglo veintiuno y todavía se habla de la pareja eterna como la liberación del espíritu —murmuró Evrani. Aunque se expresó en tono neutro, había un desprecio antiguo como la civilización hacia la tradición del amor divino—. Espero que ese no sea tu mayor deseo, o me decepcionarás.

—Decepcionarte me importa una mierda. Podrías haberme matado, cabrón —espetó ella con resentimiento.

Era solo una forma de hablar, por supuesto, y Evrani no perdió la ocasión de subrayarlo.

—Ya, ya, y parece que esa podría haber sido mi condena porque eres sagrada y lo que sea.

Sumida en un silencio pensativo, Li Zhen colocó la espada garfio donde correspondía. Se dijo que sería mejor acompañarlos con tal de no presenciar la reacción de Peter al estropicio, pero no sin antes dejar las cosas claras.

Se giró hacia Valois, que aguardaba una respuesta con una expectación milagrosa viniendo de una criatura con más de cinco mil años de antigüedad.

Se suponía que ya debería haber perdido el interés hacia las limitadas ofertas del mundo; que ya debería haberse hastiado de la inevitabilidad de la rutina. Sin embargo, había logrado fascinarlo con una colección de armas antiguas, el jueguecito de «adivina quién

soy» y el enigma de la retribución que les exigiría a cambio de sus conocimientos.

Li Zhen no podía decir lo mismo. Hacía siglos desde la última vez que experimentó algo parecido al placer.

—Soy *anandha* y penitente, como muy bien ha dicho tu sanguinario amigo...

—No somos amigos —aclararon ambos al mismo tiempo.

Bueno, Valois dijo algo similar a «no nos profesamos simpatías».

—... lo que significa que no me corresponde ningún amor sobrenatural. En teoría, mi naturaleza milagrosa cura o, al menos, contrarresta mi condición maldita. Pero no renunciaré al pacto por si me apetece cobrarme un capricho.

—Me parece justo. —Valois juntó las manos y se las frotó con impaciencia—. ¿Disponemos de tiempo para echar un vistazo a las armas decimonónicas del sótano, o crees que serás despedida en los próximos quince minutos?

—¿Armas decimonónicas? —bufó Evrani—. Eres tan obvio que da grima, tío.

Li Zhen se tomó un segundo para pensarlo. Apostaba por que su jefe había puesto la excusa de fumarse un cigarrillo para ir al bar de la esquina y dar buena cuenta de una de esas jarras de cerveza irlandesa que le ponían de buen humor.

Incluso más cariñoso de la cuenta.

—Si le granjeo una buena compra a Peter, quizá hasta me perdone la incidencia y no llame a la policía para delatar la existencia de una raza sobrehumana.

—Eso nunca viene mal —apoyó Evrani.

—*Parfait*. —Valois dio una palmada—. Echemos un vistazo a esos revólveres, pues. Más tarde emprenderemos el camino.

Capítulo II

«Todas las noches, te dejo
una mitad de la cama
para cuando vuelvas,
aunque sea en sueños.»
Brumas y Nieblas Insondables
Li Bai

El eco de unos pasos impacientes interrumpió la melodía que inundaba el pasillo. Como si no supiera ya que era Alastor quien se precipitaba hacia su habitación, Cassiel abrazó el mástil de la guitarra con una mano para abortar el ritmo y afinar el oído.

La última nota percutida quedó suspendida en el aire.

Sonrió con la resignación de quien pronto sería forzado a abandonar su remanso de paz. Luego, como si la inminente reprimenda no fuera a ir con él, retomó la canción rasgueando las cuerdas.

En su rol de genio creativo, el que a raíz de perder la vista se propuso desarrollar para percibir el entorno de un modo poético, Cassiel imaginaba la música como el agua de un surtidor. Cerraba los ojos y la veía filtrarse bajo la rendija de la puerta; derramarse por las escaleras de mármol que conducían a sus aposentos y seguir su curso encharcando los corredores del templo, vacíos a esa hora de la tarde.

En teoría, las suelas de las babuchas de Alastor no deberían emitir sonido alguno. Para asegurarse de que las idas y venidas de los sacerdotes mágicos no molestaban a quienes estuvieran reunidos para la profesión del rezo, habían sido fabricadas en una fina seda antideslizante. Pero Cassiel, al igual que sus hermanos del linaje de los albos, había sido bendecido con un oído agudo que le permitía escuchar el batir de las alas de una mariposa.

Claro que cualquiera, hechicero o no, habría captado con meridiana claridad el sarcasmo en el tono de Alastor nada más abrió

la puerta y espetó:

—¿Con qué pieza nos estás deleitando hoy? A mí me está sonando bastante a *Me La Suda Que Haya Un Ejército De Calvos Furibundos Esperando Para Ungirme Rey Del Mambo, Que Yo Voy A Perseguir Mi Carrera De Puto Amo Del Rock En Solitario.* ¡Un temazo sin igual!

El comentario pintó una sonrisa distraída en los labios de Cassiel.

Siguió tocando en la misma postura en la que el valet lo había encontrado: repantigado en una hamaca que había improvisado anudando los extremos de una sábana a dos de las columnas del dormitorio.

Dichas columnas, de cinco metros de altura cada una, desembocaban en un techo abovedado que dramatizaba el efecto del amplificador. Entre aquellas paredes circulares, minimalistas en la decoración y sencillas pese a su monumentalidad, los clásicos del rock tenían el mismo impacto teatral que las notas de un órgano en una basílica.

—Se llama *The House of the Rising Sun*. La descubrí hace un par de días y no puedo sacármela de la cabeza. Escucha —le pidió Cassiel.

Pero todo el mundo sabía que El Iluminado y futuro magnificente no tenía que rebajarse con ruegos. Ser «el rey del mambo», como Alastor lo había llamado, gozaba de sus ventajas incluso si no acostumbraba a aprovecharse de ellas. Y no se aprovechaba porque respetaba las leyes del Equilibrio sobre las que se cimentaba la codificación de la magia que le había otorgado su prestigio. Eran muy precisas al sentenciar que todo abuso de poder sería castigado.

Esperó a que el visitante cruzara la sala para dejarse caer sobre el sillón aterciopelado que a esas alturas llevaba su nombre.

O «la forma de su ano», como decía Alastor.

Era su *modus operandi*: hacer acto de presencia ladrando que Cassiel había vuelto a olvidar un acto ceremonial de suma trascendencia, hastiarse de él con un bufido infantil y acabar

arrojado sobre el diván con el mismo gesto trágico que el modelo de un pintor romántico.

Esto lo sabía con plena certeza porque llegó a verlo en acción. Alastor tenía uno de los escasos rostros que sabría describir con precisión quirúrgica. Fue su inseparable compañero durante la primera década de sus estudios de Taumaturgia, cuando él aún no había entregado la visibilidad a cambio de la Visión.

No eran la misma cosa.

Si bien el joven habría cambiado quince años después, Cassiel estaba convencido de que agregando algunos detalles novedosos a sus recuerdos, como un mentón fuerte y cincuenta centímetros más de estatura, sabría dibujar al Alastor actual.

No le importó repetir la canción desde arriba para que el recién llegado le diera su valoración.

Esto también formaba parte de su ritual. Nadie más en toda la Orden de Hechicería comprendía la fascinación de Cassiel por la música mundana.

—Estás hablando con un tío que lleva nueve años bajando a la Subrealidad, chaval —señaló Alastor en cuanto el Iluminado concluyó su recital—. Si no hubiera escuchado *The House of the Rising Sun* en alguno de los pubs para cuarentones nostálgicos de Nirvana que se amontonan en los barrios de alterne en busca de divorciadas al borde de la desesperación, no me habría coscado de la mitad de la peli.

—Eres consciente de que no habría entendido ni media palabra de lo que acabas de decir si no me transmitieras tus conocimientos terrestres, ¿verdad? ¿O sería «terrícolas»? —dudó, acariciando distraído las cuerdas de la guitarra—. La gramática es algo que aún no domino.

—Llámalos conocimientos culturales, si gustas. Y no, no me habrías entendido si no te los transmitiera, pero lo hago como gesto de buena fe —apuntó Alastor, no sin regocijo. Supo que se había colocado la palma sobre el pecho en un gesto dramático porque Cassiel empezó a escuchar los latidos de su obstinado corazón como

si le hubiera colocado una sordina—. De hecho, gracias a mí tienes un instrumento entre las manos. ¿O debería decir *por mi culpa?* Tu pasión por el rock destruirá el mundo, Cass. Ya deberías estar vestido en condiciones, no con esa camisita de bardo medieval por las que babean las fans de *Los Bridgerton*, y presentándote ante el Máximo Tribunal para jurar sobre los Tres Libros.

—No lo estoy porque has llegado tarde para prepararme —le reprochó de buen humor. Se recostó en la hamaca con los brazos cruzados tras la cabeza, la guitarra aún en el regazo—. ¿Para qué has sido nombrado mi ayudante de cámara, si no es para evitar que pierda el tiempo o la noción del mismo encargándome solito y desolado de tareas tan banales como vestirme, asearme...? O, no lo quiera el dios, desperdiciando mis milagrosos dones tratando de orientarme en los pasillos del templo para no acabar meando en la cocina por error.

Cassiel debía reconocer que tanto el Consejo de La Sociedad como el Máximo Tribunal, los dos organismos en torno a los que se legislaba, juzgaba y ejecutaba el orden del mundo superior, le habían hecho un favor poniendo a Alastor a su disposición. Gozaba de unos reflejos inauditos gracias al desarrollo de sus cuatro sentidos, pero a veces se sentía ridículo contando quince brazos de distancia hasta la primera esquina de la biblioteca o noventa zancadas hasta la explanada de los jardines.

—Me gustaría verte sacando la chorra delante del horno. Habría que ver si las vestales que hacen el pan se escandalizan o se arrodillan con propósitos que van contra su naturaleza virginal. ¡Ah! —Chasqueó los dedos, como si acabara de acordarse de algo de suma trascendencia—. Y estás ciego, no manco. Vístete tú, cabrón de mierda.

Cassiel sonrió de oreja a oreja, encantado con el maltrato.

—Es porque estoy ciego que no me he enterado de que ya había empezado a atardecer y me estaban esperando —replicó, exagerando el tono lloroso.

—No me toques las pelotas, Cassiel. Eres el putísimo Iluminado. Si algo puedes oler como heredero de la Luz, es en qué punto cardinal se encuentra el sol. Venga, suelta la guitarra, te elijo el atuendo y vamos arreando, que al final pagaré yo los platos rotos. Como siempre.

El aludido obedeció sin otro remedio y alargó la mano hacia la funda del instrumento. La reconoció al tacto. En el Autem no abundaban materiales similares a la fibra Oxford de la que estaba fabricada.

Por supuesto, también había sido un regalo de Alastor. Y, como a otras tantas de sus posesiones, habría de renunciar a ella para ser consagrado magnificente de la Orden. Le estaban permitiendo conservar la guitarra hasta entonces como excepción gracias a la Sehara, que defendió en su momento que El Iluminado, además de tener un contacto con la Subrealidad del que carecían los sacerdotes, eremitas en su mayoría, debía gozar de intereses mundanos que le ayudaran a fomentar empatía hacia la humanidad.

—Espero que hoy no me disfraces de payaso —comentó Cassiel de buen humor.

—Ya nos gustaría. A uno se le quitan las ganas de jugar con el elegido sabiendo que lo van a inflar a hostias después.

No habría podido juzgarlo si hubiera contestado con amargura, y no con el humor negro habitual. Las travesuras no estaban bien vistas en ningún rincón de la Suprarrealidad, pero mucho menos en el templo, donde los diez primeros sacerdotes eran escogidos para ordenarse después de haber demostrado su prudencia, su voto de silencio y castidad y su extrema lealtad.

Los altos mandatarios no quisieron escuchar a Cassiel cuando alegó que Alastor tenía permiso para tratarlo como lo que había sido siempre, su amigo y confidente, y le dejaron las corvas de las rodillas en carne viva con una vara de madera de cedro por el simple hecho de haberlo presentado en el salón con la toga del revés.

Mientras se dejaba ataviar con la túnica ceremonial, Cassiel pensó con una suerte de tristeza aprensiva en lo distinta que podría haber

sido su consagración. De Alastor se habían esperado gestas idénticamente grandiosas, pero en vista de sus escasos progresos, aún más mediocres si se equiparaban con el asombroso crecimiento de Cassiel, lo habían relegado a humilde asistente.

Años atrás, cuando ambos recibían las mismas lecciones privadas para conocer en profundidad los entresijos del *Libro de la Sehara*, habría sido impensable separarlos, y menos aún para otorgarle una condición tan modesta. Alastor era descendiente de la hechicera Sehara, su hijo carnal, y, por tanto, presunto heredero de sus dones sobrenaturales; quizá el único magnánimo capaz de disputarle a Cassiel el honor del magnificente por derechos sanguíneos.

Lamentaba que sus méritos propios le hubieran catapultado a un éxito desde el que estaba condenado a mirar a su amigo por encima del hombro. Se preguntaba si Alastor no sentiría que su mera existencia subrayaba su fracaso en la Orden. Ser El Iluminado contaba con ciertas ventajas sensitivas; entre ellas, poseer una empatía que se conocía que le faltaba a los albos como raza. Pero había determinadas emociones en determinados sujetos que Cassiel nunca atinaba a descifrar, ya fuera por su condición sobrenatural, que les hacía impenetrables, o porque se les daba de maravilla ocultarlas.

—¿Estás preparado? —pronunció Alastor, de pie a su espalda.

Sentía la solidez de su agarre sobre los hombros, donde había terminado de ajustar las solapas de la capa dorada.

Los ordenados hechiceros renunciaban a su cabello en señal de modestia, vestían túnicas escarlata en honor a la antigua diosa, cuyo color representativo fue siempre el rojo, y lucían una línea de maquillaje azul purpúreo sobre los párpados.

Pero Cassiel no tenía que obedecer estas ordenanzas. Tampoco debía seguir los categóricos mandatos de los albos, quienes le obligarían a vestir de blanco y plateado. Como criatura única en su especie, le correspondía la túnica bordada con hilos de oro y la capa de satén que en la futura ceremonia otros sostendrían por él.

—He nacido para esto, ¿no? —dijo Cassiel en tono neutro.

—No me refiero a si estás preparado para jurar sobre los Tres Libros. Esa es la parte fácil. Solo tienes que decir que vale, que muy bien, que lo prometes. ¿Estás listo para que te manden a la Tierra a colaborar con El Quinto Arcano?

Cassiel se distrajo recorriendo con los dedos el relieve del bordado. Reconoció las hebras gruesas y la no tan suave textura del lienzo moreno; reconoció, también, las letras en el idioma arcaico que habían grabado sobre la tela.

Recordó haberle preguntado a Alastor si en la Tierra también existían esos tejidos, si los humanos vestían de un modo similar.

La respuesta fue un no rotundo.

«Van bastante más ligeritos de ropa», apostilló, e hizo una pausa dramática antes de proseguir: «De lo cual me alegro profundamente».

—Siento curiosidad por lo que me depare la operación —admitió con pies de plomo.

—Más te vale, porque lo que hay ahí fuera no es poca cosa. Esa panda de viejos y pretenciosos que te ungirán se creen por encima de las tentaciones mundanas y no te advertirán, pero para eso estoy yo aquí: para dejarte claro que no estás preparado para lo que vas a encontrarte y que vas a cuestionarte todo lo que eres y todo lo que sientes. Es importante que estés seguro para no dejarte influenciar.

—No creo que a mí me obsesionen tanto las mujeres como a ti —bromeó Cassiel—, o el alcohol, o la idea de «discoteca» que me describiste una vez. Recuerda que ya he probado experiencias similares a las mencionadas, todo esto gracias a tu generosidad —apostilló con cabeceo de agradecimiento—, y no me fascinaron. Además; si no puedo apreciar a través de la vista la belleza del mundo inferior, no sentiré el deseo de traicionar el mío.

—La Tierra no se ve, Cassiel. La Tierra se siente. Y ni tú eres inmune a sus encantos. Mírate, coño, obsesionado con la versión rockera de una canción que tiene más años que un bosque.

En eso tuvo que coincidir.

Alastor llevaba más de un lustro regresando de la Subrealidad con toda clase de regalos, desde vinilos de música clásica hasta frutas tan sorprendentes en sabor y al tacto como la piña, pasando por poemas que describían la naturaleza del planeta, aparatos electrónicos que habían dominado las vidas de sus habitantes y revistas porno.

No por ese orden de importancia.

Cassiel tuvo que recordarle amablemente que no podía apreciar las imágenes eróticas que tanta agitación sembraban en Alastor.

«Aunque me gusta el papel estucado», le dijo después de pasar las páginas con una lentitud fascinada. «Tocarlo es una experiencia muy agradable».

—Si tan enamorado estás de todo lo relacionado con los seres humanos, ¿por qué no le has pedido a El Magnánimo que te conceda la mortalidad? No habría sido posible hace algunos años, cuando el sistema era bastante más rígido y exigía sacrificios a cambio, pero naciste en el momento ideal para decidir sobre tu futuro.

Gracias al silencio que Alastor dejó correr, Cassiel supo que se lo había planteado en alguna que otra ocasión.

Él no podía decir lo mismo.

Había sido llamado a filas sin posibilidad de rechistar.

La leyenda decía que cada eón nacía un elegido en el seno del linaje de los albos, la única raza de seráficos que podía practicar la magia de la Sehara. El Iluminado era fácilmente reconocible porque se rebelaba contra sus propios genes: al igual que su antecesor, Gamdiel, Cassiel abrió los ojos al mundo a pesar de que su etnia hubiera sido marcada con una ceguera total. La antigua diosa solía pensar que el poder absoluto debía ser neutralizado con un defecto para evitar rebeliones supremacistas.

Por desgracia, ni siquiera esta medida preventiva había salvado a los albos de su propia soberbia. Y es que por más que carecieran de un sentido y de empatía humana, habían sido siempre soberanos de las sociedades seráficas de la Tierra hasta que cometieron un grave error.

Justo antes del nacimiento de Cassiel, su linaje llevó a cabo un golpe de estado en uno de los clanes terrestres. No tuvo el éxito esperado, y esto derivó en un inevitable sentimiento de desconfianza generalizada hacia toda la raza; una desconfianza que esperaban solventar a través de la consagración de Cassiel, quien, con su brillantez y su humildad, subsanaría la pésima reputación de la comunidad.

Alastor lo sacó de sus pensamientos con la respuesta obvia.

—¿Y quién cuidaría de ti, entonces? No puedo dejarte en manos de cualquiera. Eres, como dirían en la Tierra, una persona con discapacidad. Recuérdalo, ¿eh? Si dices «discapacitado» a secas, «inválido» o, no lo quieran las criaturas, «minusválido», te machacarán. Y con razón. Es peyorativo, y para insultarte ya estoy yo —atajó con orgullo.

—Sé serio por una vez, hazme el favor —fingió desesperarse—. ¿Qué haces aquí, cuando eres más feliz en un... pub para rockeros nostálgicos de Nirvana, o lo que quiera que hayas dicho antes?

—Bueno... —Alastor le palmeó los hombros con intención desenfadada. Supo que estaba sonriendo porque oyó el sutil sonido que emitían los labios al despegarse para mostrar los dientes—. Abandonar el Autem sería como rendirme, además del camino fácil. Prefiero sorprender al sacerdocio con un giro dramático de los acontecimientos. Por ejemplo, si en mis manos quedara redactar la *Sagrada Crónica*, le daría un toque interesante al futuro de las razas escribiendo que abandonaste a los albos y a sus amigos a su suerte.

—¿Para hacer qué?

—Tocar en el metro canciones de Bon Jovi a cambio de cuatro duros. Imagínate: el Segundo Iluminado renunciando a la gloria eterna para subir un EP a Spotify.

Cassiel exageró una mueca de terror, pero porque sospechaba que, si se paraba a pensarlo, lo acabaría encontrando deseable.

Solo deseable.

Nunca una opción viable.

Estaba muy seguro del que era su deber, y ninguna de esas tentaciones lo convencería de defraudar a su comunidad. No solo había nacido y había sido entrenado para traer gloria a la Orden, sino que todas las noches se acostaba con el recuerdo de un sueño vívido en el pensamiento; el sueño que le reveló su destino y que le convencía a diario de seguir la senda prefijada.

La *Sagrada Crónica* era el libro más antiguo de la tradición escrita. Describía todos los acontecimientos que involucraban a los magnánimos desde el origen de la creación divina. En las primeras páginas del texto, que Cassiel había estudiado en profundidad, se relataba que el Primer Iluminado, Gamdiel, conoció su brillante futuro durante la ceremonia en la que entregó la vista. La magia le concedió una última indulgencia como agradecimiento por su sacrificio, la de ver incluso más allá del espacio y el tiempo antes de cerrar los ojos para siempre.

El destino de Gamdiel fue engendrar a Mithrael, el regente albo que habría de perder la cabeza por una princesa fenicia. Su unión prohibida daría lugar al nacimiento de los mestizos, el linaje de los áureos, que tendría una relevancia política abismal a lo largo de la historia.

Gamdiel supo desde el principio que educar a su muchacho sería su vocación porque Mithrael fue su visión de cinco segundos.

Cassiel leyó la historia de su único predecesor a sus tiernos siete años, y a partir de entonces comenzó a visitar la tumba de Gamdiel con la esperanza de empaparse de la energía divina que rodeaba su templo. El Cassiel niño pasó tardes enteras hablando con un fantasma que no le daba respuestas, pero que le hizo conectar con una misión que hasta el momento le había aterrado.

No en vano conllevaba la ceguera.

Cuando llegó el día de la primera ceremonia, en la que habría de someterse al conjuro que apagaría su mundo para siempre, a Cassiel solo le obsesionaba una cosa: la visión.

Quería saber qué le depararía el futuro.

¿Vería a una persona, como Gamdiel?

¿Presenciaría una escena sin contexto, como los videntes humanos?

¿Y si la magia no se apiadaba de él y nunca conocía sus designios?

El Cassiel de doce años obtuvo la respuesta que necesitaba. En cuanto los dedos de la Sehara rozaron sus párpados y la magia hizo convulsionar su cuerpo, un fogonazo de luz abrió camino a una figura sin parangón.

Su primer y último vistazo al futuro también fue un ser.

Más adelante, en la intimidad de sus aposentos, le preguntaría a la hechicera qué significaba la aparición de aquella criatura. Descubriría que era una mujer, y que sus rasgos podían identificarse con los de una persona asiática.

—¿Qué es una persona asiática? —quiso saber, muerto de curiosidad.

—Una persona nacida en el continente asiático. No puedo saber a ciencia cierta si es japonesa, china, vietnamita..., pero debe de tener ascendencia de la zona. Te conseguiré información sobre las principales naciones orientales para que vayas familiarizándote, si lo deseas.

Cassiel había asentido entusiasmado con la idea de encaminarse hacia su misión de honor.

—¿Mi visión significa que he de ir a buscarla a ese lugar?

—Al revés —le corrigió con paciencia—. Significa que, tarde o temprano, la criatura te encontrará a ti. Si es tu destino, no podrás escapar de ella.

—¿Y por qué es importante para mí?

—Quizá sea una pieza indispensable para tu consagración o para tu posterior consolidación en el Máximo Tribunal.

—¿La querré? —vaciló, indeciso—. ¿La quiero ya?

Fue a mirarse las manos, como cada vez que le avergonzaba haber desobedecido una orden implícita en su linaje: desdeñar lo emocional en beneficio de lo racional. Pero ya no podía mirar, y,

todavía desacostumbrado a la pérdida de visión, el corazón se le encogió al no ver las líneas de sus palmas.

A veces sentía la necesidad de recorrerlas con los dedos para cerciorarse de que seguían allí; de que todo cuanto había amado y admirado aún existía incluso si no podía contemplarlo.

—Puede ser tu descendencia, como le pasó a Gamdiel. Puede que sea tu mano derecha. O puede que sea tu enemiga, Cassiel —insinuó la hechicera—. Solo tú sabes qué sensación te acompañó durante los cinco segundos que la viste. Dicen por ahí que el Primer Iluminado experimentó un arrebato de amor incontrolable y que esto le permitió deducir lo demás.

Pero él no experimentó ningún arrebato de amor incontrolable.

Tampoco experimentó un arrebato de odio incontrolable, por otro lado.

Durante los quince años siguientes, mientras se hacía a la vida con un sentido menos y estudiaba con ahínco, se dedicó a desentrañar lo que la visión le suscitaba.

¿La odiaba? ¿La amaba? No le era indiferente, eso seguro. Despertaba en él una emoción imposible de distinguir para una criatura que solo había conocido la amistad a través de Alastor y la admiración gracias a la Sehara.

Al menos sabía que no era agradecimiento o afecto.

Terminando de acicalarse para el juramento sobre los Tres Libros, llegó a la misma conclusión que en infinidad de ocasiones previas.

Sentía un poderoso recelo, además de curiosidad y una extraña atracción hacia la misteriosa dama. Así era como Alastor había decidido llamarla. *Misteriosa Dama*. Pero Cassiel, después de leer durante años sobre las culturas que la Sehara le señaló, la había bautizado en secreto como *feitian*, el término chino que hacía referencia a las criaturas celestiales que vivían en las nubes o las aguas. El niño de doce años que la vio por primera vez pensó, en su inocencia, que aún no la había conocido porque todavía no había visto el mar ni los ríos, porque todavía no había alcanzado los cielos

de la Tierra, pero algún día volaría, nadaría, y le presentaría sus respetos.

Como si le hubiera leído la mente, Alastor le puso una mano sobre el hombro.

—Estás un poco más cerca de conocer a la misteriosa dama. Esperemos que esté más buena en persona. O mejor no, que ya sabemos que el elegido no puede estrenarse con cualquiera.

Sintió que el ayudante se situaba junto a él, hombro con hombro, y le ofrecía su brazo para dirigirse a la ceremonia. En el corazón del templo le estarían esperando los miembros del Máximo Tribunal, compuesto por los diez primeros sacerdotes, de Primero a Décimo, representantes de la Orden; por la Sehara, creadora y codificadora de la magia que allí se estudiaba; El Magnánimo, dios heredero de la religión, y tanto el albo más antiguo del linaje como la incorporación más reciente.

Así equilibraban conservadurismo y modernidad.

Al salón de ceremonias asociaba el olor a cera derretida y el ardor de los cirios, que proyectaba minúsculos focos de calor en partes aisladas de su cuerpo. Allí, la hechicera le ofrecería el *Libro de la Sehara* para que jurase por la magia, El Magnánimo le tendería la *Sagrada Crónica* para que prometiera defender y proteger el pasado, el presente y el futuro de la historia, y los albos le harían inclinarse ante el *Tratado por la Memoria*, el libro que contenía las biografías de los miembros del linaje más relevantes, como asimismo sus grandes gestas.

El rito se estimaba necesario para bajar bendecido a la Subrealidad y revestido por la tradición para repeler posibles tentaciones.

Y es que tras los juramentos y las pertinentes recomendaciones del tribunal, Cassiel estaría listo para descender, acometiendo el quinto y antepenúltimo requisito para la consagración como magnificente.

Fue físicamente consciente de la magnitud del acontecimiento cuando estuvo a las puertas del salón, donde Alastor frenó para

darle un respiro.

—Espero que te cambies cuando acabes, porque con esas pintas, amigo, se van a burlar de ti allí abajo. Pareces un *cosplayer* friki del salón del manga.

Cassiel sintió una gran satisfacción interna al comprender a qué se refería con toda aquella terminología terrícola. Le había enseñado hacía unos meses qué era un *cosplayer*, un friki y el salón del manga.

—Procuraré ponerme uno de esos vaqueros que tienes tú.

—Dudo que te queden bien. He perdido un par de tallas, y eres un hijo de puta bastante musculoso. En cualquier caso, me aseguraré de llenarte los bolsillos del susodicho pantalón de suficientes condones para tirarte a media ciudad.

—Te agradezco la consideración —ironizó Cassiel, al borde de la risa.

Siempre podía confiar en que Alastor le sacaría una carcajada con sus ocurrencias, porque, por supuesto, no lo decía en serio.

Cassiel le debía lealtad plena a su comunidad, y eso implicaba el voto de castidad.

—A mandar, colega.

Para abrir las puertas de un contundente empujón, el valet tuvo que soltar su brazo, un gesto de abandono que hablaba por sí solo del futuro de soledad que aguardaba a El Iluminado. Una soledad que, incluso si el éxito no lograba paliar, asimilaría con la familiaridad de quien no había conocido nada distinto.

Cassiel entrelazó las manos solemnemente en el regazo y se encomendó a las energías divinas con una sensación de alivio.

Su destino estaba a punto de serle revelado.

Solo esperaba que el sacrificio mereciera la pena.

Capítulo III

«Pasan miles de barcos.
Pero ninguno trae al que ama. (...)
Queda devastado un corazón
en esta isla de Flores Blancas.»
Mirando al sur del río
WEN TINGYUN

EL PASO LÓGICO DESPUÉS DE LA EMBOSCADA en la tienda era escuchar lo que El Quinto Arcano tuviera que decir. Esperaba que reunidos a solas en torno al modesto salón de su casa se sintieran lo bastante seguros para explicar el delicado porqué de su visita.

Debía ser delicado, al menos.

Se estaban tomando demasiadas molestias para convencerla.

En función de si convenía o no con Valois en que era la candidata adecuada para ejercer de guía, decidiría entre acompañarlos a dondequiera que se encontrara su base de operaciones y regresar a su aburrida pero tranquila vida, aunque esto último conllevara enfrentarse a las recriminaciones de Peter, todas ellas muy merecidas.

En contraposición con lo que contaban las leyendas sobre su raza, los penitentes no ejercían ningún tipo de atracción sobrenatural en los humanos. No podría inducirlo a perdonarla por echar a perder un par de productos con el encanto de su sonrisa.

Como *anandha*, por otro lado, sí que podía manipularlo involuntariamente. Se suponía que los herederos y herederas de un fragmento del alma de La Magna poseían un aura magnética a la que los mortales no podían resistirse. Solo tenían que ser sensibles a la magia.

El carácter simplón de Peter le hacía invulnerable a las bellas sutilezas de lo oculto, pero el solo hecho de ser una mujer, para colmo sexy a sus ojos, le salvaría el trabajo.

—Parece que te gusta la montaña —comentó Evrani mientras ascendían hacia la vivienda. No se podía llegar si no era a pie por un camino de tierra, cosa que no le estaba agradando. «¿Y qué le agradará?», pensó Li Zhen con ironía. Cinco minutos con él bastaban para comprender que era un pobre infeliz—. Si hubiera podido perder el aliento subiendo hasta aquí, creo que ya habría tenido que sacrificar un pulmón.

—Pero la vista es de una magnificencia colosal —añadió Valois en señal de reverencia.

Como si no supiera dónde vivía, Li Zhen se detuvo ante la valla de su propiedad y echó un vistazo al paisaje que se extendía ante sí.

Tres años atrás compró la casita unifamiliar de un leñador ya retirado a las afueras de Franklin, cerca de la reserva de Gibson Bottoms. Le había parecido un edificio entrañable, con sus tablas de madera oscura, su tejado a dos aguas y sus modernos ventanales, además de muy distinta de las moradas que tenía por costumbre habitar en su China natal.

Sobre todo le había encantado la idea de arruinar los planes de una constructora que pretendía talar cien hectáreas de parque natural para levantar una urbanización de lujo.

—Tendré que vendérsela a una empresa de especuladores dentro de unos meses —murmuró para sí—. Me doy un máximo de seis años en cada localización antes de mudarme para que no se sospeche de mi eterna juventud.

—Es una lástima. Tienes una casa preciosa —le halagó Valois.

Nada más sacar las llaves del bolsillo, Li Zhen se percató de que la puerta estaba entreabierta. Procuró que el llavero no tintineara al blandirlo como cuchillas entre los dedos para agredir al allanador.

Al olfatear el aire, cayó en la cuenta de que hasta la entrada olía diferente; al perfume de las varillas con notas de mandarina y comino que utilizaba como ambientador, sí, pero trastocado por el aroma corporal de las únicas criaturas que podían alterar un ecosistema.

Las inmortales.

Li Zhen terminó de abrir la puerta de una patada y se abalanzó sobre el primer bulto que reconoció como una persona.

Aunque la pilló con la guardia baja, esta no gritó ni pidió ayuda, y tampoco intentó deshacerse de ella.

Una joven la estaba mirando con los ojos verdes como platos, no tan sorprendida por el abordaje como sobrecogida por su aspecto.

—Ya sabía yo que no sería buena idea entrar sin llamar —musitó con las manos en alto—. Te aseguro que no he sido quien lo ha propuesto. Solo hemos pasado porque fuera hace un frío que pela.

—¡Oh! ¡Por fin llegáis! —exclamó otra voz en inglés con acento de Boston.

Li Zhen se giró en dirección al altar que presidía el rústico salón.

Velas, inciensos, fotos enmarcadas y algunos accesorios con historia propia habían sido primorosamente distribuidos en el hueco de una alacena iluminada por focos artificiales. Un desconocido sujetaba en la mano uno de los retratos robots de sus familiares que había podido recrear gracias al desarrollo de la Inteligencia Artificial.

—Estaba empezando a cansarme de tener que contener mis dudas. ¡Nunca había visto un altar de antepasados! ¡Pensaba que eso solo salía en *Mulán*! Ya sabes, la peli de Disney... ¿Esto que acabo de decir es racista? ¿O solo desconsiderado? Me disculpo por mi ignorancia. ¿Quién es esta mujer, por cierto? —Señaló el marco desde el que la difunta sonreía con timidez—. Está de muy buen ver.

Li Zhen tardó en reaccionar, desacostumbrada no solo a la compañía, sino a que dicha compañía no se acogiera a las normas cívicas. Soltó de inmediato a la mujer, convencida de que no suponía una amenaza, y, con los puños crispados por la ofensa, se dirigió hacia el tipo.

La rabia le impidió atisbar algo distinto de sus coloridos tatuajes, la cabeza rapada al uno y el no mucho menos llamativo atuendo. Combinaba unos pendientes colgantes con una camisa con el clásico estampado amarillo y negro de Versace.

—¡Deja eso donde estaba! —Le arrancó la imagen de las manos y la volvió a colocar entre el resto. Sumaban tres en total—. ¿Quién te

ha dado permiso para tocar mis cosas?

Él levantó las palmas en señal de indefensión.

—Lo siento, no sabía que fueras tan intensa con tus muertos. Yo me tomo con más filosofía lo de que me falten los míos, ¿sabes?

—¿Qué clase de disculpa de mierda es esa? ¡Lárgate!

—Por más que se lo merezca, no va a ser posible echarlo —replicó Evrani, que tampoco había tenido consideración con la anfitriona accediendo a la vivienda sin permiso. El techo era bajo, pero lo parecía el doble cuando sus invitados masculinos superaban el metro ochenta—. Está con nosotros. —Lanzó una mirada rápida y apreciativa a la muchacha, a la que se notaba avergonzada por haberse tomado confianzas. Con una inflexión más considerada, añadió—: Ambos lo están.

La intervención del susodicho captó la atención del amante de la moda. Su semblante afable, en todo caso extrañado por la reacción de Li Zhen —¿cómo diablos debería haber reaccionado, si no?—, fue sustituido por una mueca de preocupación al comprobar el estado de Evrani.

Cruzó la estancia con tres zancadas veloces y le levantó la barbilla para observar de cerca una herida reciente: el recuerdo que la guerrera le había dejado con la espada garfio.

—¡Estás sangrando! —El tono de virgen aprensiva extrañó tanto a Li Zhen que se olvidó de reorganizar el altar con minuciosidad—. ¿Cómo te has hecho esto?

—Como se lo hace todo —suspiró Valois, de pie bajo el quicio de la puerta con una mano en el interior de la chaqueta—. Por obra y gracia de la impulsividad que un día será su perdición. Tenía que hacer una entrada magistral para impresionar a nuestra ayudante.

Evrani apartó con desdén las manos de su compañero. Puso distancia entre los dos avanzando con decisión hacia la chica, junto a la que se quedó con cuidado de no rozarla.

—Sanará en unos segundos.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó ella en voz baja.

Antes de que Evrani pudiera responder, Chico Versace irrumpió con su reproche.

—¡Te tenemos dicho que no hay ninguna necesidad de ponerse en situaciones de alto riesgo físico!

Suerte que Valois se apiadó de la incomprensión de Li Zhen y, con gesto exasperado, señaló al individuo.

—Ese es Dagon, el empíreo que sirve a El Quinto Arcano desde hace alrededor de veinte años. —Luego, con un ademán más benevolente, abarcó la figura inmóvil de la joven—, y ella es Dahlia, nuestra vidente inmortal. Cuando La Sociedad de Seráficos de Praga se disolvió, decidió seguir poniendo sus dones al servicio de la causa. Dicho esto, ¿puedo pasar?

—¿Qué te pasa? ¿Eres un vampiro de *True Blood*? —se mofó Dagon—. ¿Tu condición te impide entrar si no eres formalmente invitado?

—Resulta que tengo modales y no voy por ahí allanando moradas. Hacéis que me avergüence de que me relacionen con vosotros —suspiró Valois sin un ápice de reproche.

Debía de haberse habituado al descaro de sus compañeros.

Li Zhen lo instó a entrar con un movimiento de cabeza, todavía rígida por la desagradable bienvenida.

En tanto que el cabecilla agradecía la venia y cerraba la puerta tras de sí, ella trató de poner en orden sus pensamientos.

Hizo un rápido reconocimiento de los sujetos: el legendario penitente de aspecto principesco, el empíreo hortera del que no tenía referencias —debía de ser joven dentro de su inmortalidad, o habría oído hablar de él—, la morena tímida de los talentos ocultistas, y...

¿Cómo no había caído antes? Solo había un Evrani en la historia de la magnanimidad, y ese era el que atajó la amenaza del Gran Grimorio en el evento del Último Final. Había perdido de vista la leyenda que le precedía en cuanto oyó a Valois llamarlo «cigoto», pero los libros sagrados le prodigaban un trato reverencial.

—¿El Quinto Arcano no debería estar formado por cinco integrantes? —fue lo primero que se le ocurrió decir.

—No hay necesidad de ser tan obvio, ¿no te parece? —Valois enarcó una ceja—. En cualquier caso, casi siempre sumamos cinco al final. Solemos echar mano de asesores en cuantas misiones emprendemos, y eso resulta en... —Levantó la mano abierta para mover todos los dedos como si acariciara el aire—. ¿Te importa que me siente?

—¿Te pesan los milenios de antigüedad, abuelo?

—Hazte pedazos —lo invitó ella con un gesto impaciente—. Si no os supone un problema, me gustaría que fuerais al grano. No me apetece andar de charla ni hacer nuevos amigos. —Lanzó una mirada fulminante a Dagon, indicando que a él lo soportaba menos aún—. Decidme cuál es el problema y decidiré si quiero involucrarme.

—Tenemos que esperar un poco más —dijo Evrani. Gesticuló hacia el único hueco disponible del sofá de dos plazas para que fuera Dahlia quien tomara asiento, una caballerosidad inesperada—. Aún debe llegar el adoptado.

—¿El adoptado? —repitió Li Zhen—. ¿Es uno de esos sobrenombres que os ponéis los unos a los otros para faltaros el respeto, como «cigoto» y «abuelo»?

—No, no, no... —Dagon sacudió la cabeza con energía—. Se trata del Iluminado.

No había tenido la gentileza de quedarse en un rincón sin hacer ruido. Seguía dando vueltas por el espacio, ahora con las manos a la espalda, para valorar los cuadros colgados y los objetos decorativos sobre la chimenea. Incluso pasaba el dedo por los muebles para comprobar que no había rastro de polvo.

—¿El Iluminado?

—Ya, sé que parece un insulto. Al menos, de donde yo vengo, que es de soportar una buena dosis de *bullying* diario, llamar a alguien «iluminado» en tonillo sarcástico no es halagüeño. Pero en el caso

del tipo este, significa que es algo así como un dios entre los seráficos.

—El Magnánimo nos informó que tendríamos que encontrarle acomodo en nuestro pequeño clan durante una de nuestras misiones y luego reportar al Máximo Tribunal que, en efecto, está preparado para asumir el honorífico cargo de magnificente —concluyó Valois.

—Como puede ser lioso lo de «magnánimo» y «magnificente» por el rollo de la raíz léxica... —intervino Dagon.

—Solo te lías tú —masculló Evrani.

—... yo pienso que «El Magnánimo» rima con Gerónimo y «el magnificente» rima con Vicente.

—¿En serio llamas Gerónimo al dios?

—Sí, claro, hombre. Hay confianza.

Li Zhen no tuvo que esforzarse por ignorar el resto del debate; en cuanto oyó la raza de su enemigo ancestral, perdió el hilo.

—¿Un seráfico, habéis dicho? ¿Voy a tener que lidiar con un seráfico —recalcó con desdén— si acepto ayudaros?

—No es un seráfico cualquiera —puntualizó Dahlia con delicadeza. Tenía una voz suave y temblorosa, como si acabara de despertarse de una pesadilla—, sino un albo.

—No me lo estás pintando mejor.

La vidente se disculpó con una tímida sonrisa y un encogimiento de hombros.

Fue Valois el que habló.

—Entiendo y comparto tus reticencias, sobre todo considerando que ejercías de penitente antes del Pacto de Paz que se firmó entre razas para evitar derramamientos de sangre. Pero han pasado siglos desde que superamos nuestra... mutua animadversión. Apuesto por que es un buen tipo.

—¿Un buen tipo? ¿Eso dices de un seráfico al que desde que nació le están metiendo en la cabeza que es la salvación de la Orden, que solo nace uno como él cada eón y que devolverá la

gloria a su linaje? —repitió Dagon con notable incredulidad—. Tiene que tener un ego que no cabe por la puerta.

—Y ya vamos servidos de eso con nuestro amigo Valois. En referencia a tu pregunta anterior —continuó Evrani, haciéndole una aburrida caída de ojos a Li Zhen. Apuntó al penitente con el pulgar —, ese es el quinto integrante de nuestra organización: el narcisismo de «el Predilecto».

El cabeza de clan no dejaba de tener razón. Si bien los seráficos y los penitentes habían sido rivales de sangre desde el origen de los tiempos, y por razones tan simples como que unos eran alabados por su virtuosismo y otros despreciados por su desobediencia, se suponía que se convirtieron en aliados tras unir fuerzas para combatir un enemigo común: el Gran Grimorio. Pero a un lado que Li Zhen no creyera necesario aliarse con nadie, segura de que sola era más eficiente que ninguna sociedad colectiva, un albo sería la última criatura en la que depositaría su confianza para cubrirse las espaldas.

Ella se posicionó en contra del Pacto de Paz por numerosas razones. Ambas razas fueron obligadas por la antigua diosa a firmarlo, lo que nunca llegó a resolver las tensiones entre los bandos, y su cohesión política no eliminaba una realidad biológica como lo era que penitentes y seráficos estaban destinados a repelerse tanto en un plano espiritual como físico.

—Entre que aparece o no aparece vuestro adoptado —suspiró con resignación—, ¿no podríais darme un pequeño adelanto de lo que os ha traído hasta aquí?

—¿Por qué tanta prisa? ¿Tienes muchas cosas que hacer en este pueblo de cuatro mil habitantes? —espetó Evrani.

Aunque todas sus intervenciones eran ácidas, Li Zhen no conseguía interpretarlas como un ataque personal. La apatía fagocitaba cualquier otro intento de emoción. Estaba curado de espanto.

Su aspecto ya advertía de que estaban ante una criatura improbable, y no solo por las circunstancias de su nacimiento, pues

la posibilidad de que *anandha* y penitente, criaturas destinadas la una a la otra, engendraran hijos era de una entre un millón: había nacido con el cabello plateado y la piel cetrina, una combinación inexplicable.

Parecía el resultado de una creación de laboratorio.

—No veo pecado alguno en complacer a la anfitriona —comentó Valois, cruzando una pierna sobre otra. Abrazó el respaldo del modesto sofá—. Como ya sabrás, en El Quinto Arcano nos dedicamos a desmantelar los residuos de antiguas sociedades grimorianas que se puedan esconder tras crímenes en teoría humanos. Seguro que, como penitente, tuviste la opción de unirte a alguno de los siete clanes de protección que se organizaron tras el Último Final. Era un tanto impensable, por no decir ingenuo, asumir que cortándole la cabeza a la serpiente habríamos acabado con un problema de raíces profundas.

—La culebra sigue dando coletazos como una endemoniada, te lo aseguro —bufó Dagon, inclinado para observar de cerca una figurita de cristal que descansaba sobre la repisa interior de la ventana.

—El caso es que hace unos días, uno de nuestros contactos...

—Ya te gustaría a ti tener contacto con ella, Desdichado Apolo —murmuró Evrani por lo bajo, fingiendo arreglarse los bordes del jersey negro. Dagon disimuló una carcajada malintencionada rascándose la comisura de los labios—. Del físico, sobre todo.

—Evra —lo regañó Dahlia.

—... nos hizo llegar información sensible sobre las desapariciones en masa de jóvenes en conciertos de algunos grupos populares —continuó Valois sin perder el temple—. Has debido de oír hablar de la enigmática tragedia. Los noticieros están dando cobertura a la noticia.

—Algo he leído en la prensa escrita, sí. —Li Zhen se cruzó de brazos y se apoyó en la pared más próxima al altar para protegerlo de la curiosidad de Dagon—. Recuerdo que pensé que no pueden haberse involucrado las mafias de la trata de blancas, porque los

desaparecidos no tienen ningún rasgo común. No hay sesgo étnico, de género o de edad.

—El equipo y yo coincidimos en tal conclusión —convino Valois, abarcando al resto de la tropa con un ademán—, por eso estuvimos vigilando de cerca. Las abducciones en masa eran un mal frecuente cuando el Gran Grimorio aún nos torturaba, pero, aparte de esta sospecha, no teníamos modo de confirmar que sus esbirros estaban detrás hasta que este contacto que he mencionado nos mandó un dosier con el testimonio de una chica que, por lo visto, logró escapar de las garras de quienquiera que convenza a los asistentes de no regresar a casa.

—¿Y?

—No recuerda nada —resumió Dahlia en tono lúgubre. Se estaba frotando las palmas como si tuviera frío, y era posible que lo sintiera. Aunque hubiera recibido el regalo de la inmortalidad a posteriori, la suya era la raza humana y eso significaba que podía experimentar sensaciones térmicas—. Puede tratarse de una amnesia médica, claro; es una respuesta cerebral frecuente cuando hablamos de un shock traumático. Pero por el modo en el que describen que se encontraba cuando regresó, yo juraría que hubo magia grimoriana involucrada.

—Además del detalle estrella —continuó Dagon. Se olvidó por fin de husmear por todo el salón y se dirigió a Li Zhen con un elocuente movimiento de cejas—: Me serví de los datos que me proporcionaron sobre ella para prestarle una visita rápida y confirmé que la chica pudo librarse del misterioso destino de las víctimas porque era magnánima. No magnánima de una tía chulísima, entiéndeme —se corrigió con una mano en alto—, sino magnánima de una criatura de La Magna. La monada no lo sabía, por cierto. Es uno de tantos potenciales desaprovechados porque nadie la ha reclutado.

—Nadie la ha reclutado porque ese deber le correspondía a La Sociedad, y La Sociedad lleva años desarticulada —señaló Valois cansinamente, como quien había repetido la misma cantinela hasta la saciedad—. La chica se salvó porque era una augur; tenía el don

de la clarividencia. Esto me ha hecho pensar que los únicos que pueden librarse del influjo que estén empleando contra los civiles para atraerlos son aquellos que poseen poderes mentales. El que tiene una resistencia natural a las invasiones de este tipo no puede ser manipulado... o no de la misma y perversa manera.

—Ajá. —Li Zhen cabeceó con recelo. No podía negar que la historia se le antojaba interesante, pero porque cualquier trama policíaca le haría aplaudir de entusiasmo si lo contraponía a su tediosa rutina—. ¿Y qué tiene que ver conmigo ese... detalle estrella?

—Ya vamos a llegar ahí —intervino Evrani, mirándola con fijeza—. ¿Es que hay que contarte las historias con cortes? ¿Demasiadas horas de TikTok te han freído el cerebro?

Valois amansó a Li Zhen antes de que replicara con frialdad.

—No le prestes atención. No es nada personal. Es un sujeto carente de modales con todo el mundo, sin distinción, y lo de que la *Sagrada Crónica* lo ensalce cual héroe épico, lejos de contribuir a su enmienda, solo agrava sus deplorables actitudes.

—Que todo lo malo sea eso —zanjó Evrani.

Se había posicionado de pie tras el sillón justo a las espaldas de Dahlia. Desplegaba la pose hostil de un guardaespaldas comprometido con su labor: protegerla a toda costa.

—Intenta no pasarte de contestón, ¿quieres? —incidió Dagon con el tono de divina paciencia que cabía esperar de un padre—. Tenemos que convencerla de que nos ayude.

—El caso es que la joven, Willa —prosiguió Dahlia, la única ajena a las constantes provocaciones. Li Zhen había estado acariciando la posibilidad de soportarla, pero en el momento en que se molestó en llamar a la víctima por su nombre, decidió que la encontraba más que tolerable—, pasó antes por el hospital que por la comisaría y pudo proporcionar una descripción del arma con la que había sido golpeada en la cabeza. Un arma que había dejado restos de plumas de martín pescador en la herida, material con el que tenemos entendido que se fabricaban algunas obras de joyería chinas.

Li Zhen esbozó una sonrisa sarcástica.

—O sea, que le meten un viaje a una muchacha con una joya china y venís a preguntarme a mí porque tengo los ojos rasgados. ¿No pagáis wifi para consultarlo en internet? ¿A quién habríais llamado si la hubieran ahogado con un collar de perlas? ¿A una antigua aristócrata francesa?

—Caray, no eres mucho más simpática que Evrani —señaló Dagon, decepcionado.

Se comportaba como si hubiera esperado encontrar a una buena amiga en ella, y ante esta sensación, Li Zhen no pudo sino sentirse incómoda.

Nunca se le había dado bien lidiar con las expectativas ajenas.

—Sería encantadora si no hubierais hecho acto de presencia garantizándome el despido y volando por los aires mi tapadera de modesta ciudadana —espetó a la defensiva—. Sí, parece curioso que intentaran matar a una chica secuestrada y con síntomas de amnesia propinándole un golpe con un utensilio de la China imperial, y eso en el remoto caso de que fuera una pieza histórica y no una réplica, pero sigo sin saber por qué eso os traído hasta aquí. Y en otro orden de cosas —añadió de carrerilla—, ¿cómo habéis dado conmigo?

—¿Acaso te estabas escondiendo? —replicó Evrani—. Porque, de ser así, te has quedado muy a la vista.

—No, no me estaba escondiendo, pero, hasta donde sé, El Magnánimo no conoce mi paradero y nadie posee una brújula de penitentes sin pareja —señaló con sarcasmo.

—Nuestro contacto adquirió un arma histórica en tu tienda de antigüedades hará un año solar —explicó Valois antes de que el compañero arrancara a soltar comentarios irrelevantes—. Parece ser que te reconoció de alguna de las numerosas leyendas que protagonizas. Fue quien nos sugirió que recurriéramos a ti después de entregarnos la información, y lo argumentó de una manera muy sencilla: lo poco que la chica recuerda y contó a la policía es que logró robar el arma del crimen antes de escabullirse, ni siquiera ella

misma sabe por qué, y no se lo tomaron nada bien, lo que denota que es muy valioso para los secuestradores. Quizá incluso sea la fuente de su poder, y de ahí que una augur, incluso sin su potencial desarrollado, se sintiera impelida a llevárselo. El caso es que solo tú, con tus mil trescientos años, puedes decirnos de dónde ha salido la pieza y confirmar o desmentir que esté vinculada con los secuaces grimorianos.

—No creo que sea muy educado decir a la ligera la edad de una dama, *monsieur* —señaló Dagon, encantado de poder reprenderlo—. Sobre todo cuando tiene catorce siglos.

Li Zhen asintió, fingiendo interiorizar las últimas noticias.

En el fondo estaba tratando de hacer memoria para averiguar quién podría ser el misterioso contacto.

Del mismo modo que este habría deducido a primera vista que se trataba de la Generala de Todas las Armas, ella debería haber adivinado en el acto que estaba ante un ser magnánimo, pero no recordaba haber lidiado con ningún inmortal en los últimos tiempos.

Quizá supiera ocultar su aura con un truco de magia, o la grandeza de su alma humana ayudara a su energía sobrenatural a pasar desapercibida.

No sería la primera vez que ocurría.

Abrumada por el exceso de datos y, sobre todo, por el exceso de visitantes, se apartó de la pared para enderezarse.

—Supongo que yo no soy mucho más gentil de lo que Valois lo ha sido mencionando la edad, porque todavía no he ofrecido nada de beber —suspiró a desgana—. ¿Té está bien?

—Sería todo un detalle, gracias —aceptó el cabeza de clan.

Li Zhen se tomó su asentimiento como una venia para retirarse a la cocina.

Desde la estrecha habitación anexa, que tenía forma de pasillo, se obtenían unas bonitas vistas del jardín trasero. Allí plantó la *camellia sinensis* nada más mudarse para elaborar su propia bebida tradicional. Podría tratar de sorprender a sus invitados forzosos

sirviendo té Pu-erh, té de crisantemo o té Kuding, pero nada más poner el agua a hervir, se decantó por el clásico oolong.

Aún ni siquiera sabía si le apetecía formalizar una alianza como para preocuparse por lo que pensaran de sus dotes de anfitriona.

Pero le preocupaba igual.

—Tiene mala hostia para parar un tren, ¿eh? —oyó que comentaba Dagon en voz baja, no necesariamente con desprecio. A la anfitriona le pareció que hacía su segunda pregunta con una preocupación inesperada—: ¿Y qué le ha pasado en la cara?

—Sabes que puede escucharte, ¿no? —le regañó Dahlia—. No eres el único con el oído fino.

Mientras el fuego calentaba la base de la tetera, Li Zhen se llevó una mano a la mejilla abrasada. Lanzó una mirada rápida a la puerta abierta de la cocina para asegurarse de que nadie era testigo de su impotencia y apretó los labios.

Odiaba que sus defectos quedaran a la vista, pero era el doble de doloroso cuando se imaginaba en medio de una reunión entre magnánimos, como era el caso, y reparaba en que todos ellos eran hermosos; en que todos ellos se conservaban intactos.

Aunque estaban acostumbrados a presenciar muertes violentas y curar heridas aparatosas, miembros cercenados inclusive, apostaba por que jamás habrían visto a un inmortal deformado.

Su fealdad destacaba en el mundo humano, pero entre sus allegados suponía una absoluta conmoción.

Era algo fuera de serie.

El sonido del timbre la obligó a regresar a su quehacer.

«El que faltaba», pensó con amargura, recordando la figura del adoptado.

Dispuso seis tazas, una para cada uno, y en el último momento decidió que el Iluminado, por llegar tarde y por ser su enemigo ancestral, se quedaría sin tentempié.

Se regocijó puerilmente en la pequeña travesura y procedió a verter el contenido de su bolsita de hierbas de té en los cinco

recipientes.

A sus oídos llegó una mezcla difusa de voces ya conocidas, esa maraña de ruido en la que el sonido se convertía cuando un magnánimo no quería agudizar sus sentidos. Dedujo que se estaban presentando con la misma informalidad con la que la habían asaltado a ella.

Algo que la había asombrado de los cuatro era la camaradería con la que se trataban. Estaba claro que la concepción de clan había variado de manera notable desde la última vez que Li Zhen fue parte de uno. En los albores de la Edad Contemporánea, su equipo seguía procurando no involucrarse con sus compañeros y no sobresalir ni cuestionar el mando para garantizar la eficacia de la mente colmena. Esto pasaba por restringir las muestras de carácter y los sentimentalismos.

Era cierto que, conforme la humanidad progresó, fueron relajando las normas más estrictas y dirigiéndose a los otros con mayor empatía, tal como exigía el momento histórico vigente, pero nunca hasta el punto de desafiar o criticar al cabeza de clan.

Valois era muy blando a la hora de poner orden en el gallinero.

Li Zhen estaba terminando de edulcorar el té a su gusto cuando le llegó una ráfaga de aroma familiar. Porque todos los seráficos olían igual; si acaso, los albos lo hacían más intensamente al tratarse de los primigenios, de los purasangre. Pero ahora que se paraba a fijarse, rígida frente la encimera por el modo en que podría desarrollarse el encuentro, se percató de que aquel perfume en concreto era diferente por un insólito matiz personal.

Tenía sentido, pensó, porque por lo visto sería consagrado magnificente de la Orden. Mas no esperaba captar notas de sándalo y grosella espinosa en su aroma corporal; un olor que le hacía la boca agua y con el que le gustaba rociar sus sábanas.

Sin darse cuenta, soltó el cofre de latón que contenía las hierbas frescas y alzó la barbilla como un ciervo ante la amenaza de un depredador. Se dio la vuelta con brusquedad, debatiéndose entre la extrañeza y la curiosidad.

El estómago se le encogió al ver que el recién llegado la observaba desde el umbral de la cocina. O eso le pareció a cierta distancia, porque era bien sabido que todos los albos, elegidos o no, eran ciegos.

No se movió como uno, sin embargo. Después de aguardar junto a la puerta con la tensión de a quien le urgía una explicación que no llegaba, el asombrado y también asombroso desconocido sorteó con lentitud los obstáculos del pasillo para alcanzarla.

Parecía que hubiera entrado en la casa sabiendo con exactitud cuál era la posición de Li Zhen en el mapa de su mente. En el mapa del mundo. En el mapa del espacio-tiempo.

Y parecía, también, que nada pudiera detenerlo hasta llegar a su destino. Su avance era determinado a la par que instintivo.

Por alguna extraña razón, Li Zhen no se atrevió a pestañear. Quizá por fuerza del shock, porque no era así como habría imaginado al Iluminado.

Los albos eran criaturas lánguidas y andróginas. Su fisonomía facial era una réplica del modelo de seráfico, repetitiva y olvidable, y sus cuerpos, quebradizos pese a su esbeltez natural. Pero el elegido no se parecía en absoluto a esta idea preconcebida, y daba la impresión de que lo hubieran escogido para todos los honores precisamente por su sobrecogedora belleza.

El albo tenía el cabello rubio, sí, pero de ese dorado lujoso y reluciente que teñía las prendas de los emperadores en la época en la que nadie más podía vestir de oro. Observó que su mano temblorosa intervenía en la media melena, cortada sin orden ni concierto, para desordenarla con un gesto que delató su vulnerabilidad; la misma que se había adueñado de la guerrera.

Sus amplios hombros parecían no caber en la habitación. Los ojos, aun vacíos, aun habiendo sido robados, poseían un brillo hipnotizador como el destello del sol en el reflejo del agua. Tenía unos rasgos armónicos y elegantes, y la expresión indolente de tan serena que caracterizaba a su raza.

Eso estuvo a punto de hacerla suspirar con alivio, pero no pudo porque apreció algo en su amago de fruncir el ceño: una descompensación contraria a su naturaleza indiferente y cargada de profundidad que le erizó el vello.

—¿Quién eres? —le preguntó él con un hilo de voz. Pero no sonó endeble, sino con la fiera determinación de averiguarlo por la fuerza si fuera necesario. Ni él mismo se estaría identificando con su propia reacción, porque, si bien no retrocedió, vaciló antes de añadir con la misma y angustiosa admiración—: ¿*Qué* eres?

No esperó a que ella contestara para alargar una mano ansiosa hacia su cabello. Inmóvil, Li Zhen vigiló de reojo que sus dedos peinaban un mechón de pelo oscuro.

Le oyó emitir un resuello, entre maravillado y extrañado.

Si la estuviera viendo, habría pensado que él la consideraba hermosa, y esa certeza le removió algo por dentro.

También ella quería preguntarle quién o *qué* era. El albo no le dio pie, sin embargo. El shock le había tenido bajo control al principio, pero al confirmar que podía tocarla sin represalias, olvidó que estaba tratando con una mujer autónoma y se dejó llevar por lo que parecía una necesidad.

Avanzó el último paso para ceñir sus cuerpos. Lo sintió inclinarse sobre ella para posar los labios en el nacimiento de su pelo, y luego rozar con la nariz la sombra que el mentón proyectaba sobre su cuello. Apoyó una mano grande sobre sus clavículas y recorrió el estampado del quipao con los dedos, unos dedos cuyo inesperado peso y presión hicieron exhalar a Li Zhen.

—¿Por qué quiero... —masticó la pregunta hasta dar con la palabra adecuada— comerte?

Ella no sabía qué estaba pasando, pero se notaba la cabeza embotada, los tobillos flojos y la garganta seca, como si hubiera ingerido un veneno o la marearan las alturas; al menos, la altura de lo que parecía un hombre tratando de sobrellevar la pasión hacia la primera mujer con la que se topaba.

Li Zhen respingó al notar que él se presionaba contra su cuerpo, clavándole sin querer la encimera en la zona lumbar. Abrió los ojos de golpe y vio que se acercaba para rozar la piel de su mejilla con los labios. Era la mejilla sana, la mejilla suave y joven, pero la sola posibilidad de que tocara sus heridas la despertó del sueño de golpe.

Justo cuando la boca entreabierta del albo iba a aterrizar en la comisura de sus labios, Li Zhen llevó a cabo un movimiento defensivo que bloquearía su avance. Fue al respirar aire puro cuando reparó en que había estado conteniendo el aliento por culpa de un nudo en el pecho.

—¿Qué te crees que estás haciendo? —le ladró con la voz ahogada.

Él no se inmutó. Pese a su fuerza, la anfitriona no había logrado derrumbarlo ni con todo su empeño.

Ni siquiera hacerle trastabillar hacia atrás.

No intentó aproximarse otra vez, pero Li Zhen supo cuanto debía saber sobre el recién llegado al captar el elocuente movimiento de sus manos: lo vio doblar los dedos crispados y estirarlos, tratando de apelar a su autocontrol para no abalanzarse de nuevo sobre su presa.

—*Feitian* —oyó que musitaba.

Li Zhen se enderezó de golpe.

—¿Qué has dicho?

No hubo respuesta.

Descompuesta por la presentación, se apresuró a cargar el té en una bandeja y huyó de la cocina como si hubiera estallado en llamas.

Pero el olor a sándalo y grosella espinosa se quedó en su sistema, alterándolo igual que una droga demasiado adictiva para renunciar a ella.

Capítulo IV

«Aun cuando broten de mi alma
mil palabras amorosas,
¿a quién podré decirlas?».
Lluvia, despedida
LIU YONG

SHAOLIN KUNG-FU. La misteriosa criatura se había desembarazado de él con un movimiento de *Shaolin* kung-fu, uno de los estilos de artes marciales más apreciados por la cultura oriental.

También de los más antiguos, recordó Cassiel, aún inmóvil en lo que, por los olores que desprendía, solo podía ser la cocina. Los orígenes de dicha doctrina física y mental se remontaban a mil quinientos años vista, lo que podía significar que la penitente había cumplido más de diez siglos de edad.

Esto no fue lo único que le invitó a ilusionarse ante la perspectiva de haberse topado con su destino. Con dos manos nerviosas, unas manos que, por un instante, dejaron de pertenecerle, Cassiel había rodeado sin pensarlo una de las joyas que adornaban el cuerpo de la mujer. Lucía un grueso brazalete en torno al bíceps con un grabado muy particular: el conjunto de piedras preciosas emulaba la figura del *fenghuang* o fénix, uno de los animales sagrados de la mitología china.

Además de que, según le había chivado El Quinto Arcano, se llamaba Li Zhen.

¿Sería asiática, como la mujer de su visión?, ¿su *feitian*?, ¿o acababa de cruzarse con una de esas personas que Alastor describía con desdén, los denominados «apropiadores culturales»?

De acuerdo a su sirviente y amigo, se trataba de blancos ignorantes que se disfrazaban con elementos representativos de otras naciones por moda o afición sin tener en cuenta su valor histórico.

Dudaba bastante que la dueña de la casa perteneciera a este grupo social. Y en el remoto caso de haberse equivocado, la conocida como Li Zhen estaría tremendamente comprometida con su pasión hacia lo asiático: en la vivienda flotaba el aroma oriental que solo podían destilar los *Xi'angbāo*, bolsitas perfumadas propias de la China antigua que los oriundos se colgaban del cinturón para ahuyentar serpientes y mosquitos. Contenían hierbas aromáticas utilizadas en la medicina asiática, como la hoja de artemisia en polvo, el *pei lan*, la angélica y la *thuja orientalis*.

Además, el perfume alojado en su cuello resultaba de una irresistible combinación de pachuli, ámbar y maderas preciosas, la clase de olor que evocaba paisajes de cipreses, piceas y castaños, la flora por antonomasia del país asiático.

Era demasiada coincidencia..., pero no podía ser tan fácil encontrarla.

No *debía* ser tan fácil encontrarla, al menos.

¿O sí? Era su destino. Tenía lógica que hubiera ido a parar a su casa nada más descender del Autem.

Cassiel se limpió las palmas húmedas en el pantalón. Se sintió extraño al rozarse con la tela fría y dura de lo que Alastor había llamado «vaquero». Bien podía recitar en orden cronológico inverso las dinastías imperiales chinas, y bien podía también cantar todos los álbumes de Led Zeppelin por orden de publicación, pero no sabía absolutamente nada de moda contemporánea.

Ni de mujeres, por lo visto.

—Tú, ante la duda de si decir o no decir algo, de si hacer o no hacer algo, ni lo digas, ni lo hagas —le había recomendado Alastor antes de verle partir—. No dejas de ser un eremita que no ha visto la luz del sol. No me gustaría enterarme de que andas poniéndote en ridículo comiéndote el espacio vital de la gente o soltándoles tus dudas legítimas pero fuera de lugar.

—¿Cómo sabré si algo está fuera de lugar?

—Créeme, lo sabrás. Alguien se encargará de decírtelo. O de romperte la cara.

Y tanto que se habían encargado, pensó Cassiel, admirado, en su camino al salón. Quizá debiera estar avergonzado, pero ir directo hacia ella había sido una necesidad visceral confiada al instinto.

Y el instinto rara vez se equivocaba.

Sabía que era su obligación pedirle perdón por su actitud invasiva. Lamentablemente, le habían enseñado siendo muy niño que la mejor disculpa era no volver a repetir un comportamiento inaceptable, y no podía prometerle que no fuera a suceder de nuevo.

Hizo bien en no pronunciarse al respecto, porque nada más regresó al salón y lo envolvió una corriente de aquel perfume tan novedoso y especial, tuvo que apretar los puños para no sucumbir al impulso de acorralarla.

Para disuadirse de asustarla otra vez, Cassiel dio un paseo aparentemente inofensivo por el pequeño espacio, como si formara parte de su ritual reflexivo.

Muy mala idea.

El movimiento activó la circulación de la sangre, y cuanta más se concentraba en manos y cabeza, más consciente era de su cuerpo y más se intensificaba el deseo de tocarla.

A fin de distraerse, se centró en la letra de la última canción que le tenía obsesionado, *Own My Mind*. No solo no surtió efecto, sino que le ardió la nuca al identificarse por primera vez con una historia humana: «*Tell me what you've been missing, I'll do anything to get you ticking, and you might be the answer to the sinner in me*[2]».

Todo su ser trataba de focalizarse en el paseo, en sus pensamientos, en las voces que charlaban sobre naderías mientras ella servía el té con una inquietud palpable. Pero una parte de él, pequeña pero tiránica, había afinado los sentidos para oír cada sonido que de la mujer manaba: la fricción de sus muslos al caminar alrededor de los invitados, carne con carne; su respiración aún agitada por su presentación; cómo la melena barría su espalda, forrada por la tela de satén del vestido, cada vez que se inclinaba para entregar las tazas.

—¿Estás bien, amigo? —le preguntó una voz simpática—. Te noto tenso.

Cassiel dio un respingo al sentir la mano sobre el hombro. Casi le dolió el roce de los dedos a pesar del grosor del jersey de punto.

No solo su olfato y su oído se habían agudizado. Todo él se había sensibilizado de un modo absurdo, como si hubiera mudado la piel y la nueva aún no se hubiese habituado al contacto con el aire.

—Me encuentro perfectamente —respondió, tratando de tranquilizarse—. Gracias, Dagon.

Cassiel había escuchado los nombres, los había asociado a una cualidad definitoria y había salido en pos de la sólida presencia de la anfitriona acto seguido.

Dagon olía a un intenso perfume de nicho de tantos que Alastor le había subido para que se hiciera una idea de los aromas que se estilaban entre humanos, y derrochaba una calidez que invitaba a la amistad; Dahlia hablaba con una voz dulce que evocaba belleza, pero como si no quisiera oírse ni ella misma, un signo de timidez que le ayudó a imaginarla como el galán de noche que despedía su olor solo cuando salía la luna, cuando nadie podía verlo; a Evrani lo había sentido antes de entrar, tal era la dominancia de su aura tenebrosa. Era un ser oscuro, pero no le había parecido detectar maldad alguna.

En cuanto a Valois, al acercarse a él para presentarle sus respetos había escuchado la disimulada fricción de sus prendas sobre la piel. Cada tejido sonaba de un modo, y la seda y la cachemira eran una caricia para los oídos, además de un símbolo del lujo.

—Ahora que estamos todos —se hizo oír Li Zhen, despertándolo de su ensimismamiento. Cassiel detectó en su tono una agresividad cronificada, como solo podía cronificarse la emoción que un individuo escogía para protegerse—, ¿qué os impide enseñarme la razón por la que habéis venido? No me digáis que no habéis traído el dichoso objeto chino para que lo valore.

—Dahlia, si eres tan amable —la invitó Valois.

Cassiel percibió los pasos ligeros de la muchacha, demasiado introvertida para disfrutar de su cuota de protagonismo, el tintineo de un elemento pesado, presumiblemente de oro macizo, y el sonido de la saliva de la anfitriona empujándose hacia el fondo de la garganta.

Supo el preciso instante en el que la pieza estuvo en manos de Li Zhen. El choque entre un objeto cálido y uno gélido emitía un sonido muy particular, y oyó la manera en que las yemas se adherían a la superficie más fría.

Por alguna razón, imaginar sus dedos acariciándola le puso el vello de punta.

Inmóvil en el sitio, aguardó el veredicto.

—Es una obra de orfebrería china, sí —determinó Li Zhen tras unos segundos de deliberación. La imaginó ceñuda, expresión a juego con su tono contrariado—, y no cualquiera.

—¿Tendría alguien la gentileza de describirla para mí? —intervino Cassiel con suavidad, todavía de pie y alejado por unos pasos.

—¿El qué? ¿La copa o la chica? —se rio Dagon. No apreció ningún tipo de desdén en su respuesta, si acaso la burla juguetona con la que Alastor solía bromear sobre su ceguera.

—Oye, ¿en serio nos han mandado un ciego para la misión? —comentó Evrani, no tan perplejo como receloso—. ¿En qué nos beneficiaría cargar con alguien que no ve un pijo?

—Apuesto a que es bastante más perspicaz que tú —replicó Valois —. Si no, tú serías el Iluminado y futuro magnificente, no mi grano en el culo.

—¡*Monsieur* ha dicho culo! —se escandalizó Evrani—. ¡Llamen a la Policía del Buen Hablar!

—Más que una copa, es un cáliz —explicó Dahlia, conteniendo un suspiro exasperado. Su reacción le bastó a Cassiel para saber que las batallas verbales entre ambos magnánimos eran habituales—. Parece oro macizo. Tiene incrustadas perlas de agua salada, piedras de cuarzo y crisolita, turquesas y... ¿qué es lo demás?

—Ojos de gato, lápiz, cornalinas y espinelas rojas —recitó Li Zhen en tono desapasionado. Cassiel alzó la cabeza en su dirección. Cada vez que hablaba, sentía una extraña punzada en el pecho, un toque de atención corporal—, además del elemento que la hace una joya de mi tierra: plumas de martín pescador adheridas a la pieza gracias al dancui, un estilo de orfebrería tradicional de más de dos mil años de antigüedad que solía reservarse para las joyas de la corte imperial.

—El famoso «baño azul» —murmuró Valois para sí.

—Esa sería la traducción literal —confirmó Li Zhen. Cassiel se percató de que modulaba el tono, quizá de forma involuntaria, al dirigirse al cabeza de clan. Eso indicaba que sentía predilección por él, pensó, pero ¿en qué sentido?—. Algunos talleres artesanales están recuperando la técnica del dancui por pura nostalgia.

—Pero no ha sido fabricado recientemente —interrumpió Cassiel. Se aventuró a dar un paso adelante en dirección a la pieza... o a quien la sostenía—. Tiene una capa invisible de polvo antiguo. Puedo olerla; despide un aroma similar al de los libros viejos de una biblioteca. Yo lo dataría del... ¿siglo diecisiete? ¿Dieciséis?

—Diecisiete. Lo he visto antes —anunció Li Zhen—. Este cáliz debería estar en el museo de Shanghái, donde me consta que ha sido custodiado los últimos noventa años... porque dudo bastante que sea una réplica. ¿Lo robasteis de las pruebas que reunió la policía para encontrar al agresor de Willa?

—Elemental, querida Watson —contestó Dagon—. Hay que ver... Nosotros los seres sobrenaturales no tenemos ningún respeto por la autoridad, ¿eh?

—¿Qué quieres decir con que lo has visto antes? —preguntó Evrani—. ¿En una visita cultural al museo, te refieres?

—Mi equipo y yo fuimos quienes lo protegimos hasta que dejó de ser peligroso ponerlo bajo el cuidado humano. Hace cuatro siglos, cuando yo estaba al mando de El Cuarto Clan, mis tres compañeros y yo nos unimos a Li Zicheng como soldados de su ejército para dar el golpe en la actual Pekín; el que derrocaría la ya en declive dinastía

Ming. Órdenes directas de La Magna para acabar con la decadencia de la nación —especificó ella con un deje irónico que no le pasó desapercibido. Era de las que recelaban de la antigua diosa, comprendió Cassiel. Despreciar a la creadora y dadora de vida no era habitual entre los magnánimos, pero sí existía un reducto de viejos siervos de La Magna que se sentían dolidos por su abandono —. Claro que no sirvió de mucho, porque el general Zicheng duró cinco minutos como emperador. Tuvimos que sacrificarlo nosotros mismos cuando descubrimos que era un traidor, y que su objetivo desde el principio había sido saquear las tumbas de los Ming; en concreto, la de Jiajing.

—¿Jiajing? —repitió Cassiel—. ¿El emperador conocido por haber bebido la sangre de la primera menstruación de decenas de muchachas vírgenes?

—Así es —le confirmó Li Zhen a desgana. Parecía que le molestara que se dirigiera a ella—. Para no llegar con las manos vacías a la vida eterna, se le enterró, además de con una serie de joyas, víveres y miembros menores de la corte, con el cáliz que utilizó para beber... —Carraspeó—. Bueno, sí, para beberse la sangre de las vírgenes.

Su repentina timidez le intrigó.

—¿Te da miedo la sangre? ¿O es por la mención de las vírgenes? ¿O de la menstruación? —inquirió Cassiel, picado por la curiosidad—. Tengo entendido que el sexo y los sangrados lunares son un tema tabú en la Subrealidad.

—Nada de eso —gruñó ella.

Su incomodidad se intensificaba al hablarle a él, en especial con aquel tema tan sensible. Ni siquiera estaba intentando disimularla, o de lo contrario no le estarían llegando sus sensaciones con nitidez.

—¿Por qué cojones haría Jijona algo así? —se extrañó Dagon, asqueado.

—Jiajing —corrigió Li Zhen.

—De Jijona es el turrón que probamos en España —susurró Dahlia al oído de Dagon.

—Normal que me haya venido a la cabeza. Estaba que te cagas —bufó el aludido—. ¿Entonces? ¿Qué le pasaba al tío? Dudo que viera *Saltburn* y se inspirara en las guarradas del personaje principal para ponerse en plan Erzsébet Báthory[3]. ¿Tenía un fetiche extraño? ¿Esa noche se sentía juguetón?

Cassiel se puso nervioso.

No había entendido ninguna referencia, pero le dio vergüenza pedir concreción.

—Sus asesores le dijeron que, si la consumía, se desenvolvería mejor entre las sábanas —explicó Li Zhen con una incomodidad que podía cortarse con un cuchillo. Cassiel se enderezó de manera involuntaria y tomó una profunda inspiración, alertado por las sensaciones que se arremolinaban en torno a ella. No sabía cómo interpretarlas, pero eran intensas—. Tuvo una pequeña crisis de los cincuenta y se obsesionó con mantener la erección durante el tiempo suficiente para complacer a sus... ¿quince concubinas?

—Dieciséis en total —corrigió Cassiel—. Al menos, esas fueron todas las que intentaron matarlo poco tiempo después con las cintas de su pelo.

—¿Y bien? —los apremió Dagon.

—¿Quieres saber si lo mataron con las cintas? —inquirió Li Zhen, desorientada.

—No. Quiero saber si se le curaron los gatillazos y siguió debutando.

—Pues lo peor es que sí, el truco funcionó —se lamentó la anfitriona—. Y no porque el poder del placebo le ayudara a creer en sí mismo y en sus habilidades, sino porque el cáliz donde se sirvió la sangre de las vírgenes estaba vinculado con el Gran Grimorio y ya se sabe que todo lo oscuro se relaciona con el sexo.

—El buen sexo —puntualizó Dagon.

—No habléis de sexo, por la diosa. Qué poca clase —protestó Valois.

—No llegamos a descubrir si era un objeto maldito antes de que Jiajing lo utilizara o si fue a raíz del uso perverso que le dio el susodicho que empezó a funcionar como canalizador de su poder..., pero el caso es que tuvimos que matar a Zicheng para recuperar el objeto antes de que se lo entregara a Metraton, el esbirro del Gran Grimorio para el que entonces trabajaba.

—Y para quien seguiría trabajando si estuviera vivo, porque ese hijo de puta de Metraton aún camina entre nosotros —murmuró Evrani.

Cassiel supo que Valois había cambiado de postura por el roce de sus prendas de lujo con la loneta del sofá.

—Si el cáliz es un objeto con energía oscura, se confirma que las sociedades grimorianas están detrás de las desapariciones en masa. ¿Por qué crees tú que lo quieren, Li Zhen?

—¿Por qué te llaman Li Zhen? —interrumpió Cassiel sin poder evitarlo—. ¿Por qué tanta ceremonia? ¿No es Li tu apellido? ¿No deberían tratarte de Zhen, a secas, y no pronunciado «sen», sino «chen»? Así tengo entendido que se dice en chino mandarín, el idioma estándar sin dialecto.

—¡Coño, sí que viene preparado el amigo! —exclamó Dagon.

No se podía ni imaginar cuánto.

A raíz del descubrimiento de que la mujer de su visión pertenecía al continente asiático, Cassiel se volcó en el estudio de todo lo relacionado con las culturas orientales. Alastor, pese a no albergar la menor curiosidad hacia lo que existiera más allá de Europa, viajó a petición suya a las capitales de China, Japón, Tailandia, Vietnam, Mongolia, entre otras, para traerle los aromas principales, obras culinarias más populares y relatos sobre el carácter y los modismos de sus gentes.

No solo se sentía impelido a prepararse para la presentación oficial de su *feitian*, sino que conforme iba descubriendo las diferencias entre sus mundos, se fue interesando cada vez más por lo que la rodeaba.

—Siempre ha sido más fácil para los occidentales llamarme L-i-z-h-e-n, pronunciado «lisén» —contestó ella tras unos segundos de silencio. Sonó feroz, castigando su interés—. No les he corregido porque me gustaba la idea de ser una persona distinta en el continente americano.

—¿Por qué? —insistió en saber—. No debes de querer alejarte demasiado de tus orígenes si conservas el apellido unido al nombre. Y tienen que importarte tus raíces, porque huelo las velas del altar de tus ancestros.

—¿Y qué te importaría a ti que yo aún honrara a mi familia? —le gruñó ella, y se aseguró de que no continuaba la conversación volviendo al tema principal—. En su día no llegamos a descubrir por qué le interesaría a Metraron el cáliz de Jiajing. Supusimos que lo quería para celebrar algún tipo de ritual. El Gran Grimorio no practicaba la magia, pero antes de ser expulsado del Autem por su traición, y en colaboración con la Sehara, creó una serie de hechizos de los que se ha estado beneficiando desde su caída. O de los que se *estuvo* beneficiando hasta que se borró del mapa. Sí tengo clara una cosa, y es que este objeto que sostengo no puede ser destruido. Antaño nuestro deber fue custodiarlo hasta que pasara el peligro y posteriormente ponerlo a resguardo.

—¿Y lo pusisteis a resguardo donándolo a un museo, donde quedaría a la vista de los ojos golosos de un grimoriano? —cuestionó Evrani.

—Los museos gozan de sistemas de protección impenetrables —se defendió Li Zhen—. No solo contra ladrones de arte, sino frente a los ataques de criaturas sobrenaturales. Todos los centros culturales del mundo cuentan con magnánimos en la directiva; no en vano son muy numerosos los objetos históricos con una energía mágica, como, por ejemplo, el sudario de jade de la princesa Dou Wan, que han de ser custodiados para evitar que se canalice su poder.

—No serán tan impenetrables si lo han robado —señaló Evrani.

—Ese es el primer «cómo» que tenemos que averiguar —le concedió el cabeza de clan—. A lo mejor ahora se han unido los

grimorianos a las mencionadas juntas directivas para disponer a su antojo de cuantos objetos con aura mágica que puedan necesitar para su... ritual, en el caso de haber uno. Quizá debiéramos viajar a Shanghái para seguir ahondando en la cuestión.

Cassiel asintió, conforme con la decisión y también ilusionado ante la idea de conocer más rincones de la Subrealidad.

Sobre todo aquellos acerca de los que había leído.

No volvería a poner un pie en tierra firme una vez resolviera su misión. El deber del magnificente era defender el dominio de su parcela, la Orden de Hechicería, y para desempeñar dicho rol con eficiencia y estar siempre a la disposición de los sacerdotes no podría abandonar el baluarte jamás.

Debía aprovechar la oportunidad que se le había brindado.

Li Zhen no opinaba lo mismo. Incluso a pesar de la distancia, percibió que se envaraba de pensar en viajar a su país natal. Los huesos, en concreto los de la columna vertebral, producían un sonido similar al de una clepsamia al alterar su posición.

Parecía que estuvieran rellenos de un material arenoso.

—Entiendo que ese sea el siguiente paso en vuestra... investigación —intervino la anfitriona—, pero me mudé a Franklin por una razón.

—¿Y cuál es esa razón? —preguntó Cassiel sin antes pararse a pensarlo. Las ansias por saber le vencieron y añadió—: ¿Es por tus ancestros?

—Digo yo que en diez siglos le ha dado tiempo a gestionar la muerte de sus padres —señaló Dagon con una nota de irritación—. Lo mismo no quiere volver por la contaminación que hay allí. Yo eso lo entiendo y lo respeto.

—Sus razones, suyas son —habló Dahlia con intención conciliadora—. Sus sentimientos no deberían estar sobre la mesa.

A juzgar por su desahogo al mencionarlo, Dagon había asumido que los familiares de Li Zhen fallecieron a manos de la vejez, pero la afinada empatía de Cassiel le permitió reconocer algo más debajo del dolor de una pérdida antigua: una sensación de traición y rabia

en carne viva que no casaba con una muerte natural, todo esto envuelto en una densa capa de secretismo que no supo cómo penetrar.

Entonces recordó lo que la Sehara le dijo años atrás, cuando aún era niño: «La mujer de la visión puede ser tu descendencia, como le pasó a Gamdiel. Puede que sea tu mano derecha... o puede que sea tu enemiga».

El hecho de que escondiera emociones tan intensas como la que disimuló ante El Quinto Arcano no podía ser una buena señal. Además; el mismo Iluminado estaba experimentando ahora sentimientos muy similares a los que le embargaron durante los segundos que la vio por primera y última vez. Curiosidad, atracción... y recelo.

Sobre todo recelo. El mismo que ella expresaba hacia él.

Debía ser sensato y escuchar sus pálpitos.

—Entiendo que lo que quiera que estén tramando guarda algún tipo de relación conmigo —dijo Li Zhen—. A fin de cuentas, el cáliz de Jiajing fue mi responsabilidad durante siglos. Si me pedís ayuda en este aspecto, no me queda otra que brindarla. Viajaré con vosotros para poner a dormir el asunto y asegurarme de que no vuelvan a robarlo..., pero los problemas que deriven de la pieza no serán mi problema, ¿de acuerdo? Y seguiré reservándome el derecho a reclamar mi favor —añadió, con toda probabilidad en referencia a los beneficios que El Quinto Arcano solía prometer a cambio de colaboración.

—Por supuesto —le concedió Valois. Cassiel supo que se había puesto en pie al oír el chirrido de los muelles del sofá—. Confirmaremos que es una réplica del cáliz lo que descansa en el museo, averiguaremos qué sucede con él entrevistándonos con el

magnánimo de la directiva del museo... y luego intentaremos relacionarlo con el motivo de las desapariciones.

Capítulo V

«No pienses, mi amor, en el pasado (...)
No quiero que se mustie tu rostro y tu vida.»
A mi mujer
Bai Juyi

Li Zhen agradeció tener intimidad para preparar su macuto. La sola idea de regresar a China le había dejado las emociones a flor de piel.

Considerando que había servido en El Cuarto Clan tan solo veinte años atrás, un período de tiempo irrisorio para una criatura inmortal, cabría pensar que la noticia no le impactaría tanto. Pero aquellos veinte años habían sido el único paréntesis de su vida en el que le había dado la espalda a su tierra. Había desarrollado una suerte de respeto temeroso hacia todo cuanto abandonó.

Al menos era Shanghái, se consoló. Conoció la capital de la nación en su rol de penitente; jamás la pisó mientras fue humana, la etapa en la que se concentraban los recuerdos más dolorosos.

Confiando en que resolverían el misterio en menos de una semana, Li Zhen apenas guardó un par de mudas en el equipaje de mano. Tiró del cajón de la mesita de noche y sacó el colgante del yin-yang, una de sus numerosas reliquias. Esperaba que le diera la fuerza e inspiración para un abordaje exitoso, como las últimas veces que se embarcó en misiones complejas.

Girando una minúscula rueda ubicada en el lateral, el símbolo blanco y negro abría una hendidura lo bastante amplia para albergar una fotografía.

Pero ella no tenía imágenes reales de sus difuntos parientes.

Aún no se había inventado la cámara.

Durante un tiempo conservó los pétalos de una de las últimas peonías que salió a recoger con su tío abuelo Yang Hao, pero ni siquiera las flores disecadas sobrevivían a los siglos.

Ahora, el interior estaba vacío.

Le habría gustado decir que, al menos, el colgante con los colores del taoísmo había sido herencia de uno de sus referentes, pero si bien el yin y el yang fueron y seguían siendo las fuerzas representativas de la doctrina religiosa, no se empezó a plasmar con su distintiva apariencia actual hasta siete siglos después de la muerte de su tío abuelo Hao.

Li Zhen se puso la cadena muy despacio y acarició el borde del círculo.

Aunque a lo largo de su desempeño como penitente acumuló un sinfín de recuerdos bélicos, las imágenes que venían a su mente cuando pensaba en su tierra natal eran las de sus seres queridos, que en teoría ya deberían estar borrosas. Ella se esforzaba por tenerlos presentes y honrarlos mediante los rituales clásicos; por ser la viva imagen de lo que su tío abuelo le había enseñado.

Cuánto le dolía que no pudiera ver que su sobrina-nieta se había convertido en una de las penitentes más mortíferas del continente asiático.

Del mundo, incluso.

Yang Hao había exprimido a lo grande sus noventa y un años de vida. Eso era lo que consolaba a Li Zhen cuando recordaba la violencia con la que se lo arrebataron; que, para ese momento, ya había amado, sufrido y disfrutado de lo que el mundo podía ofrecer.

Primero sirvió en la corte a nada menos que seis emperadores; entre estos, la única emperatriz china legítima, Wu Zetian. Su tío abuelo solía decir que ella sola valía por la media docena de hombres que la precedieron y sucedieron, y que jamás mereció el final al que la condenaron: ser destronada tras un violento golpe de estado, con las consecuencias que tuvo para el mismo Hao. Tuvo que abandonar la corte y huir al templo de Shaolin, de donde salió cinco años después con los conocimientos budistas y marciales que trataría de inculcarle a Li Zhen en contra de las convenciones sociales, que estipulaban que las mujeres habían de ser criaturas dóciles y elegantes, no armas de guerra.

Si no hubieran dado interminables paseos por el bosque de abedules de corteza roja que fueron cómplices de sus relatos y enseñanzas, ella no habría interiorizado el budismo y el taoísmo, y no habría podido aferrarse al cultivo de la mente y el espíritu que ambas religiones promovían para sobrevivir a la inmortalidad sin caer en la desesperación.

Pero ni el más espiritual de los hombres habría soportado los términos en los que se despidieron; Hao con un dedo en los labios para instarla a callar y no revelar su posición a los saqueadores, y Li Zhen con lágrimas en los ojos porque sabía que no podría volver a decirle que lo quería. Al menos le hizo saber su amor incondicional a diario, mientras compartieron techo tanto en la capital de la que debieron emigrar para salvar sus vidas, como en la pequeña casita a orillas del río Lijiang que atestiguó su separación definitiva.

Evocando su último adiós, Li Zhen se aferró al colgante y cerró los ojos para resistir una punzada de dolor.

La primavera del año 757 fue especialmente calurosa, pero aquel día se había nublado como si hubiese previsto el final de la familia Li. Ella regresaba a casa, renqueante, por el sendero de tierra. Una palma presionaba el lado recién quemado del rostro.

Entonces estaba en carne viva.

Le ardía tanto que no podía abrir el ojo; a duras penas podía tenerse en pie, siquiera. La otra mano, comprimida en un puño sobre el pecho, procuraba ejercer la presión suficiente sobre el corazón para mantener todos sus pedazos unidos... aunque fuera un caso perdido.

El intenso gris del cielo nublado cegaba la vista, de por sí afectada, y el aroma de las camelias y crisantemos flotaba en el aire recordándole que había perdido lo que las flores aún poseían.

Belleza.

Recordaba haber experimentado el escozor de las lágrimas sobre la piel calcinada.

¿Cómo se lo iba a explicar a su madre?, ¿a su tío abuelo? ¿Cómo, sin revelar el porqué del ataque? ¿Cómo, sin que pensaran que se lo

había buscado?

Aún no lo sabía, pero no se le presentaría la oportunidad de proporcionar una excusa.

Le extrañó llegar a casa y ver que la puerta corredera del patio trasero estaba abierta. Pensó que sus parientes no habrían soportado el calor que se concentraba en la estancia y habrían echado la siesta mientras se ventilaba.

Cambió de opinión al oír un gemido ahogado, un sonido de cristales rotos y el débil ruego de una mujer.

Paralizada en un primer momento, Li Zhen retiró la mano cubierta de sangre del rostro y se aventuró al interior.

¿Habría creído cómplices de la humillación a sus familiares y habría querido vengarse de ellos también?

No quería pensar que alguien pudiera tener semejante sangre fría.

Lo que vio al asomarse por la rendija de la puerta fue peor de lo que habría imaginado.

No le costó reconocer las armaduras de los soldados uigures, el pueblo al que el emperador pidió ayuda un par de años atrás para sofocar la rebelión de An-Shi. Li Zhen había tenido pesadillas con ellos, con sus historiados cascos y sus *jian*; no en vano huyó una noche de su casa, con una mano delante y otra detrás, porque a los uigures les había sido encomendado acabar con la familia de la ya asesinada emperatriz.

Nunca había entendido por qué los Li tuvieron que pagar por los crímenes de otros, pero esa misma tarde, alrededor de mil años atrás, comprendió que una explicación no conseguiría aplacarla. No después de ver a su madre boca abajo y con los brazos extendidos hacia la salida suplicando piedad.

Su tío abuelo estaba de pie en una pose digna, como digno fue desde su nacimiento hasta su final, pero uno de los soldados amenazaba con decapitarlo apretando un *jian* contra su cuello.

Como su existencia no importara.

Como si no fuera una criatura absolutamente fuera de serie, con conocimientos únicos, con un amor hacia la naturaleza y la belleza de la vida que había de ser respetado y preservado para la eternidad.

Fue entonces cuando Hao, que siempre había sido más dios que humano, alzó una mirada serena y la clavó en ella.

Parecía que hubiera sabido que ahí estaría su sobrina-nieta.

Él no llegó a ver en qué condiciones quedaría Li Zhen durante el resto de su existencia por el capricho de otros. Le vio la mitad del rostro que merecía la pena atesorar en la memoria para la vida siguiente, rostro familiar y querido, y la mandó a ponerse a salvo con el gesto de llevarse un dedo a los labios.

La entonces humana Li Zhen obedeció la orden de inmediato, siendo dolorosamente consciente de que, en su estado, temblando aún por la violencia, no lograría escarmentar a los uigures.

No presenció su asesinato.

Antes de salir corriendo hacia el bosque se abalanzó sobre el secreter de la habitación que compartía con su familia y agarró los que eran sus bienes más preciados: el sable de hoja de sauce, ese *liuyedao* con el nombre de Hao que constituiría una leyenda, y una peina con plumas de martín pescador, regalos de un ser amado al que jamás volvería a ver.

Por más sumida en el recuerdo que estaba la Li Zhen de la actualidad, no fue ajena a la intrusión de un desconocido. Se envaró como si hubiera sentido la diana de un francotirador en la espalda, y aunque todo su ser le pidió que se girara, anhelando algo a lo que no podía poner palabras, rehusó darse el gusto y exigió saber con frialdad:

—¿Qué haces aquí?

—¿Qué es «aquí»? —contraatacó Cassiel con una inocencia que se le antojó fingida—. Soy ciego. No sé ni dónde estoy ni dónde voy.

—Si fueras tan inútil, dudo bastante que te hubieran elegido para el puesto de magnificente. —Terminó de empujar unas botas Dr. Martens al fondo del macuto y le lanzó una mirada rápida,

consciente de que, si la prolongaba, caería en la trampa de su inusitada belleza—. Y te advierto que no vas a apelar a mi compasión mencionando tu discapacidad. Me caerías gordo después de presentarte como te has presentado incluso si te faltaran las dos piernas... Listillo —añadió entre dientes por lo bajo.

Él cabeceó, escarmentado con su reproche. No le pidió disculpas verbales, aun así. Con las manos metidas en los bolsillos del vaquero, el Iluminado se adentró en la estancia sin esperar una invitación.

Ella quiso gruñir en desacuerdo.

La perplejidad hacia la situación, novedosa como mínimo, se lo impidió.

¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que un hombre entró en su dormitorio? ¿Cuánto desde que no se ponía nerviosa con el descaro de un tipo atractivo?

—Es posible que actúe de un modo un tanto invasivo —reconoció él con sencillez—. Me tendrás que disculpar... —Pasó una mano por la cómoda de madera, y siguió con los dedos el borde redondeado para dirigirse al primer cajón, que daba la casualidad de que Li Zhen había dejado abierto—. No estoy acostumbrado a tratar con otros magnánimos.

Más por curiosidad que con intenciones deshonestas, Cassiel acarició las prendas íntimas de la gaveta con los dedos. Una de estas debió de llamarle la atención, porque la cogió por un extremo y la levantó muy cerca de su rostro para olisquear con curiosidad.

Se trataba de un tanga azul con transparencias.

Li Zhen enrojeció hasta las puntas de las orejas y se abalanzó sobre él con la mano por delante.

—¡Suelta eso! —se quejó con la voz aguda.

No tuvo que repetírselo dos veces. Cassiel ya se había puesto rígido como una escoba y había tenido la prudencia de bajar el brazo para cuando Li Zhen recuperó la prenda.

La arrojó a su espalda, donde no enardecería la vergüenza de nadie, pero ya era tarde. Al hallarse de nuevo cerca de él, observó

que se humedecía el labio inferior con un hambre impaciente que la tensó.

«¿Cuál es tu problema?», le rugió la voz interior.

Pararse a hablar de las dinámicas amatorias del emperador Jiajing en presencia de El Quinto Arcano había sido un verdadero suplicio. Mencionar determinados asuntos íntimos delante de un tipo atractivo siempre era vergonzoso, pero en este caso no había sido solo vergonzoso; había sido devastador. Una parte de ella había sentido la tentación de arrojarse sobre él durante el intercambio de impresiones.

«Sea cual sea el problema», se respondió, turbada, «es uno de los gordos».

—¿Qué es lo que he cogido? —inquirió Cassiel sin moverse un ápice—. He sentido tu bochorno.

—¿Que has *sentido* mi bochorno?

Él pareció ilusionado porque le hubiera hecho una pregunta personal.

—Los Iluminados nacen con los Seis Sentidos; los cuatro que tienen todos los albos, el quinto del que carecen, la vista, y el don de la empatía. Puedo experimentar las sensaciones ajenas siempre y cuando estas fluyan con naturalidad. Es un talento que funciona de un modo... —hizo una pausa para encontrar la palabra adecuada— digamos que respetuoso para con los demás. Si tú hubieras bloqueado esa vergüenza, me habría llegado como una señal inestable o con interferencias, y yo la habría interpretado como que ni tú misma conoces la raíz de dicha emoción o como que tratas de ocultar algo de los demás. Algo así he notado cuando has mencionado a tu familia. Interferencias. ¿Qué escondes? —preguntó sin rodeos, más por interés que en tono de sospecha.

Li Zhen tragó saliva y dio un paso atrás, y luego se reprendió por ambas acciones. Apostaba por que el Iluminado podría oír desde la otra punta del planeta cómo una piedrecilla rebotaba sobre la superficie del agua; también sus espantadas, que denotaban debilidad.

Pero no podía estar cerca de él.

Cassiel hablaba con la espalda recta y la barbilla alzada, como si diera un discurso, y aunque ella medía un orgulloso metro setenta, la incertidumbre respecto de lo que estaba pasando la había encogido. A su lado se obtenía una deliciosa vista de las líneas de la mandíbula fuerte, el enhiesto cuello que el jersey dejaba a la vista, el discreto hoyuelo de la barbilla...

—¿Qué? —musitó ella al caer en la cuenta de que le había preguntado algo.

Molesta con su estúpida fascinación, giró en redondo para continuar preparando el macuto, alejada de su influencia.

—Tu familia. Hay algo que no has contado.

—Claro que hay algo que no he contado. No te he contado de qué manera le gustaba comerse las judías dulces a mi tío abuelo, por ejemplo. Pero, como ya he dicho —añadió con retintín, empujando hacia el fondo un par de calcetines—, eso no es de tu incumbencia.

—Me temo que sí —replicó serenamente—. Y también de El Quinto Arcano. Si vamos a formar un equipo para encargarnos de la misión, es menester que seamos transparentes los unos con los otros. No quiero tener la sensación de que mientes. ¿Murió por causas naturales? Tu familia, quiero decir.

Li Zhen se resignó a sincerarse. Cassiel había interrumpido su calma porque le había surgido una duda; quizá la dejara en paz si se la resolvía.

Además de que no era ningún secreto que sus familiares fueron asesinados.

—Los uigures los pasaron por la espada. Seguían órdenes explícitas de los militares chinos: acabar con la emperatriz Yang Guifei y toda su familia.

—¿Yang Guifei? —se le escapó una nota de asombro—. ¿La última de las Cuatro Bellezas de la Antigüedad?

—La misma —asintió a desgana—. Mi madre no era su hermana carnal, sino una hija bastarda que su padre engendró con una prostituta. No vivíamos a su costa, como el resto de la parentela

Yang, ni mi padre o mi tío abuelo gozaron de privilegios políticos en la corte gracias a ella..., pero de igual modo nos condenaron a todos a muerte. Supongo que se debe a que vivíamos en la capital imperial en aquel entonces. Decidieron que eso nos hacía tan culpables como a Guifei de que el hombre que esta sugirió nombrar general diera un golpe de estado. Pudimos huir de nuestro destino durante un par de años gracias a la intervención de mi padre, un poeta muy admirado con contactos e influencia, pero al cabo del tiempo la tregua tocó a su fin y los militares cumplieron su amenaza.

—¿De qué poeta estamos hablando? —continuó indagando.

Rompió la pose inmóvil y rodeó la cama utilizando los dedos para rozar la colcha, movimiento que ella siguió con el rabillo del ojo.

—Li Bai —respondió a desgana, tratando de cerrar el macuto.

—¿Eres sobrina de Yang Guifei, casi un personaje de mitología, e hija de Li Bai, el mayor poeta romántico de la historia de China? —repitió. No permitió que el asombro le detuviera y continuó su paseo para recorrer con las manos la carpintería de su armario.

Cassiel estaba empezando a forcejear con la llave que lo abriría cuando ella rezongó:

—Y también soy una persona con muy poca paciencia, así que deja de toquetear mis cosas, ¿quieres?

Aunque no podía verla, él alzó la barbilla en su dirección para «mirarla» con aparente ingenuidad.

—Ya me he podido percatar de ese rasgo de tu carácter —la apaciguó con una paz francamente irritante.

La hacía quedar como una histérica en comparación, y nunca se había considerado una mujer emocional.

—Pues no quieres percatarte también de las consecuencias.

—Naciste señalada para la grandeza, ¿no crees? Los miembros de tu familia no fueron cualquiera.

Ella lo miró con desconfianza.

—En la reunión has demostrado conocer datos históricos muy concretos sobre mi tierra y cómo se pronuncian las palabras en

chino. También sabes quiénes eran Yang Guifei y Li Bai. ¿Por qué?

—En el Autem hay libros, y resulta que a mí me gusta leer.

—¿Ah, sí? ¿Es que están escritos en braille? —Se arrepintió de haberse mofado y se apresuró a corregirse tras un carraspeo airado —. Perdón. Ese comentario sobraba.

—No pasa nada —desestimó con energía—. Yo ya sabía que estaba ciego antes de que lo señalaras, tranquila. ¿Trataste mucho a tu padre?

En vista de que no dejaba de mostrar un interés llamativo por la historia, Li Zhen se preparó para que arrancara y continuase con la batería de preguntas más frecuente: «¿Era Guifei tan hermosa como dicen?», a lo que ella respondería: «Sí, lo era»; «¿Conservas algún poema original de tu padre?», a lo que ella contestaría: «Sí, lo conservo»; «¿Es cierta la leyenda que reza que murió ahogado porque "quiso alcanzar con sus manos la sombra de la luna sobre el río" y se cayó al agua?», a lo que Li Zhen corregiría: «No, murió ahogado porque se resbaló de la barca estando borracho como una cuba... como siempre estaba, por otro lado».

Cassiel la sorprendió haciendo una pregunta novedosa, casi sin aliento:

—¿Eres tan bella como dicen que lo fue Guifei?

Parecía nervioso por lo que fuera a responder. Se había quedado de pie junto a la mesita de noche, con una mano sobre el cajón abierto y la mirada orientada hacia ella.

Li Zhen esbozó una sonrisa amarga.

—Nadie fue ni será jamás tan bello como lo era Guifei. Aunque mi madre se le parecía bastante —apostilló sin pensarlo. No era dada a proporcionar datos de su antigua vida—. Eso fue lo primero que la emperatriz le dijo cuando se conocieron: «Eres como yo... si me hubieran dividido por la mitad». Si has leído sobre las cuatro bellezas, sabrás que Guifei tenía obesidad, y mi madre era más bien...

—Quiero saber cómo eres tú —la interrumpió él con impaciencia —. Quiero que te describas.

No la aturulló tanto su exigencia como el hecho de no poder darle una respuesta sincera. Porque incluso si los albos eran sus enemigos ancestrales y no le importaba en qué consideración la tuviera una criatura que la hacía sentir fuera de eje, jamás desaprovecharía la oportunidad de venderse como un ser hermoso.

Algo que no era.

El encanto que pudiera haber tenido a sus veinte años humanos se había desvanecido, pero en aquella época tampoco se la consideraba una belleza. Era cierto que fue pálida y frágil, y que solía desplegar el carácter modesto y la elegancia al andar que elevaban el atractivo de las mujeres chinas, pero Guifei puso de moda los físicos rollizos para cuando a Li Zhen le tocó entrar en el mercado matrimonial y entonces no tuvo nada que hacer; los hombres ya no se pirraban por las damas esbeltas. Tampoco poseía el rostro redondo u ovalado que se estilaba, sino curiosamente anguloso, masculino de un modo occidental que la diferenciaba del resto, y no para bien.

Para colmo, su escaso valor físico se esfumó poco tiempo después.

Cuando huyeron de la capital imperial, la familia Li tuvo que dedicarse a las labores de campo para sobrevivir, y esto la obligó a exponerse al sol durante el tiempo suficiente para adquirir un bronceado despreciado a lo largo de las dinastías.

Incluso en la actualidad.

Por si eso no fuera suficiente, la guerra le fortaleció los músculos, otro rasgo imperdonable en una fémina. El resultado era la antítesis de la belleza oriental: una mujer morena, atlética y aristada a la que, para colmo, le habían echado media cara a perder.

Todo su ser se rebeló contra describirse en esos términos ante Cassiel. Se acordó de una esplendorosa concubina del Reino de Shu Posterior, la dama Huarui, a la que trató en una ocasión en la corte Song para deleite de sus ojos y espanto de su autoestima.

—Tengo los ojos grises, y... —empezó a describirla. No podía mentir sobre su pelo o su complexión, porque él la había tocado. La

había acariciado. El recuerdo la estremeció y tuvo que tragar saliva antes de añadir—: Y eso es todo lo anormal que hay en mí. Por lo demás, tengo los rasgos asiáticos promedio, la cara redonda y la piel muy blanca.

Si no hubiera sido descabellado, Li Zhen habría pensado que le había decepcionado con su respuesta.

¿Acaso había presentido que estaba mintiendo gracias a su empatía? Su don no funcionaba como un polígrafo..., ¿verdad?

Fuera cual fuese el porqué de su reacción, ella se la tomó como un ataque personal. Y aunque no lo comprendió, porque no era ni de lejos la clase de persona que se indignaba a la mínima de cambio, no pudo ponerle freno a su reproche.

—No sé por qué te crees en el derecho de presentarte en mi casa e interrogarme sobre mi pasado o mi aspecto como si fuera sospechosa de un crimen. Yo no soy la que tiene que demostrarle algo a El Quinto Arcano para recibir una condecoración. Soy, de hecho, la guía que han venido buscando.

—Yo no me niego a que los demás quieran conocerme —replicó con humildad, girándose hacia la mesita de noche—. Si desearas saber algo sobre mí, resolvería tus dudas en un instante.

Abrió la boca para preguntarle qué le hacía pensar que albergaba dudas acerca de él. La vergüenza volvió a paralizarla al ver que Cassiel abría el cajón e introducía la mano para revolver el contenido: un paquete de condones... y un par de juguetes sexuales.

Sin pensar en las consecuencias, Li Zhen alargó la mano hacia el *liuyedao* que descansaba sobre la cama, listo para subir al avión.

Estaba desenvainándolo cuando Cassiel levantó la barbilla y se dirigió a ella.

—Te sugiero que vuelvas a poner eso donde estaba —le dijo tranquilamente.

—¡Y yo te sugiero que dejes de husmear si no quieres conocerme en mi máximo esplendor! —siseó entre dientes. Luego reparó en que

se había percatado de que ella había tratado de defenderse y el pasmo rebajó su vergüenza—. ¿Cómo...? Tú...

—El sonido —resolvió, tomando asiento en el borde de la cama. Tras pararse a meditarlo un segundo, se tendió cuan largo era en el lado donde Li Zhen dormía y acarició, distraído, la almohada donde descansó la cabeza—. Lo he oído todo. Cómo desanudabas los cordones de lo que solo pueden ser unas botas, cómo rechinabas los dientes mientras yo hablaba, cómo late tu corazón... No todos los corazones laten tan rápido —apreció en voz alta con el rostro orientado hacia el techo—. Solo el tuyo. ¿Es por tu lado *anandha*? Porque Valois también es un penitente y no respira de forma irregular. He pensado que se debe a tu continua irritación, pero Evrani parece compartir contigo algunos rasgos del carácter y no está en absoluto agitado. ¿A qué se debe...? —Cassiel rodó para tenderse sobre el costado y pegar la mejilla a la almohada. Cerró los ojos, como si le hubiera invadido un recuerdo precioso, y ladeó la cabeza hacia la tela antes de inspirar hondo—. ¿Por qué hueles tan bien? Estoy mareado... pero es un mareo agradable.

Li Zhen no supo cómo comportarse.

No debía estar siendo consciente de la tentación que representaba allí tumbado. Parecía incluso más alto, desenfadado como un amante que remoloneaba entre las sábanas mientras su chica terminaba de desvestirse.

—Yo... yo... —le costó tragar saliva. Sobrepasada por su sola presencia, se echó el macuto al hombro y el *liuyedao* al cinto—. Oh... ¡que te den!

Con los puños crispados, se dirigió a la salida. No contó con que él se levantaría a la velocidad del rayo y le bloquearía la puerta con su sólida corporeidad.

Ella por poco respingó, pero se mantuvo en el sitio sin respirar.

—No me creo que tengas los ojos grises —le dijo en tono de advertencia. Pero bajo esta latía una especie de ruego desesperado —. No puedes tenerlos.

—Supongo que nunca podrás comprobarlo tú mismo, ¿no?

Esta vez no se disculpó por recalcar su discapacidad, a pesar de que en esta ocasión sí fue visible que le había dolido.

—No, supongo que no —murmuró. Se reactivó de repente, como si se le hubiese ocurrido una genialidad—. A no ser...

—¿A no ser?

—A no ser que me invente un hechizo para verte.

Sonó tan orgulloso de sí mismo que Li Zhen tardó en reaccionar.

—¿Inventarte un hechizo para...? Si eso fuera posible, ¿no crees que alguno de los miles de albos que ha habido antes que tú lo habrían intentado? —se burló con mala baba. La propuesta le había sonado tan estúpida, y al mismo tiempo tan tierna, como un niño que juraba pisar la luna, que se había olvidado de la peligrosa proximidad entre los dos—. O tu predecesor, que entiendo que era tan especial como tú.

—A lo mejor yo soy más especial todavía.

Li Zhen se sorprendió soltando una carcajada no tan amarga como incrédula y que en el último momento se torció al nerviosismo. Cassiel había sonreído con una mezcla de curiosidad y placer al oírla reír.

—Eso es estupendo, Iluminado, pero conmigo más vale ser prudente que especial —fue a darle una palmadita condescendiente. En el último momento se lo pensó mejor y solo escudriñó su expresión con cautela—, así que procura no pasarte ni un pelo.

Capítulo VI

«El alba desvanece mi esperanza
de ver en el sueño a mi amada».
Enviado a Chai, en primavera
Wen Mao

—Manda huevos, joder —rezongaba Dagon mientras se abría paso en el pasillo del avión.

Si no hubiera desplegado todo su encanto con la azafata de vuelo, se habría quedado en tierra por haber tratado de colar su maleta de ocho kilos como equipaje de mano.

La tripulación de cabina no le había ayudado a trasladarla, aun así. Cassiel escuchaba cómo iba golpeando los reposabrazos de los viajeros (o a los viajeros, a secas) en su afán por arrastrarla; un ruido a veces chirriante, a veces sordo, pero siempre de lo más desagradable.

—¿Qué farfullas ahora? —se desesperó Evrani.

—Muy inmortales y la hostia de habilidosos, sí, pero todavía no hemos inventado una manera de saltar de un continente a otro que no nos obligue a viajar en clase turista.

—Valois va en primera clase —señaló Dahlia, la voz de la razón—. Si le hubieras pedido que te pagara el billete, como ha hecho con Li Zhen, se habría prestado encantado.

—¡Sí, claro! ¡Y contribuir al absurdo sistema de clases! —continuó bufando Dagon—. Y, oye, ser inmortal no significa que no nos pueda doler un brazo roto. Si el motor peta y nos hundimos en el mar, las vamos a pasar canutas. Y ¿quién nos va a sacar de ahí, eh? ¿El Magnánimo...? —Vaciló ante su propia propuesta. Con ánimo renovado, añadió—: Bueno, es probable que El Magnánimo nos salvara. Sabiendo esto, me lo voy a tomar de otra manera. ¡A China que nos vamos! *If you're happy and you know it, clap your hands...!*

—¿Canciones de autobús? —se reía una pasajera—. ¿En serio?

Dahlia le siguió el ritmo batiendo las palmas con entusiasmo.

—*If you're happy and you know it, clap your hands...!*

—Me voy a suicidar —masculló Evrani.

Aunque emocionado por la actitud positiva de la mayoría de sus acompañantes, Cassiel guardó silencio en tanto que se iban acomodando en sus respectivos asientos. Evrani viajaría junto a la vidente y un tercer pasajero, humano a juzgar por el olor a sudor seco, y Dagon lo haría a su lado.

Siguiendo las indicaciones de una amable azafata que se había percatado de su discapacidad y se esforzaba por simplificarle la tarea, Cassiel se ajustó el cinturón del asiento central. La humana que viajaba en el lugar que ahora ocupaba él le había preguntado con timidez si le importaría cederle la ventanilla.

No había tenido problema.

—Claro que sí. No es como si pudiera apreciar el paisaje —comentó con sorna, a lo que la muchacha se rio con sinceridad y le dijo que se llamaba Alissa—. Yo Cassiel.

—¿Cassiel? ¿Como el personaje de *Supernatural*?

—No lo sé. No he leído ese libro —contestó con humildad.

Ella se echó a reír, y él comprendió que había dicho una estupidez.

—Es una serie de televisión —le explicó Dagon, abrochándose el cinturón a su lado—, pero, en todo caso, ese sería Castiel.

«Los humanos suelen referenciar productos audiovisuales, no libros», se anotó para el futuro.

Tenía sentido. En las escasas ocasiones que se había escabullido de sus aposentos para ir en busca de Alastor, había encontrado a su amigo viendo gracias a un iPad los programas televisivos que estaban en boga.

—Mira, mira, cágate —le dijo una vez—. Estos que estás escuchando discutir, la chica y el tío del acento raro, son Melyssa y Tom. Son pareja y han ido al programa *La Isla de las Tentaciones* para ponerse los cuernos.

—¿En serio? ¿Por qué no lo hacen en privado?

—Pues eso mismo me pregunto yo. Supongo que, ya que vas a sufrir un trauma psicológico que va a condicionar tus futuras relaciones, es mejor exponerte a ello en un *reality* donde por lo menos te paguen por daños y perjuicios.

Cassiel cerró los ojos, preguntándose qué opinaría Alastor de sus primeras horas en la Tierra, y se concentró en el ruido a su alrededor. Notaba las corrientes de aire caliente que suavizaban la temperatura, el discreto zumbido de una luz que alguien había prendido para leer, como supo al escuchar el crujido del papel al pasar una página, y...

—¿Está sonando música? —preguntó a nadie en particular, procurando moderar su entusiasmo.

—Oh, ¿la puedes oír? —se extrañó Alissa—. Disculpa, no me había dado cuenta de que sonaba muy alto. La bajo ahora mismo.

—¿Cómo la estás escuchando?

—Con auriculares. —La muchacha debió darse cuenta de la contrariedad de Cassiel, porque aprovechó que una de sus manos descansaba sobre el muslo para ponerle en la palma el curioso aparato. Cassiel cerró la mano y lo palpó. Era diminuto y tenía una forma que se asemejaba a los tapones para los oídos. Su actitud sorprendió a Alissa, que preguntó con perplejidad—: ¿Nunca has... visto unos? ¿U oído hablar de ellos, al menos? —se apresuró a agregar, avergonzada por haber dado por hecho que su ceguera no era de nacimiento.

Los humanos empáticos eran tan sensibles a las habilidades mágicas de los magnánimos que sus emociones eran fáciles de interpretar.

—Es que hasta hace poco Cassiel era *amish* —explicó Dagon. En la casa de Li Zhen habían estado hablando, sobre todo, en el idioma arcaico, pero en público no podían comunicarse a través de una lengua secreta, así que optaban por el inglés—. Ya sabes, la peña que vive en un rincón de Pensilvania al que no llega el wifi, se viste como si estuviese en el siglo diecinueve y conduce carromatos.

—Creo que los *amish* pueden describirse de un modo menos frívolo —le dijo Dahlia desde el asiento delantero.

—¡Oh! Claro, tiene sentido.

Cassiel notó que Dagon le daba un codazo de advertencia. Sabía lo que eso significaba en el lenguaje no verbal de la Subrealidad: «Cierra el pico o nos vas a delatar en un segundo».

Se resignó a guardar silencio durante la travesía. Tendría que obligar a sus sentidos a ser más selectivos para sobrevivir al viaje. Si no se concentraba en los estímulos más cercanos, su olfato y oído escarbarían entre el ruido para tratar de averiguar qué estaba pasando en primera clase.

—¿Creéis que Li Zhen ha decidido viajar con Valois porque prefiere su compañía...? —preguntó en voz alta.

Logró cortar la duda a tiempo para no delatarse: «¿... a la mía?».

—Yo creo que ha decidido viajar con Valois porque dondequiera que vaya *monsieur* sirven champán fresco y te regalan un antifaz de seda —meditó Dagon con un rastro de sarcasmo—, pero, eh, esa es solo mi opinión.

—Quizá tenga que ver que lo encuentre más simpático que al tipo que estaba literalmente jugando con las fotografías de sus muertos cuando lo conoció —sugirió Evrani, aséptico pese a la crudeza de su réplica.

—No me parece que sea nada personal su elección de asiento —intervino Dahlia en tono conciliador—. Puede ir más cómoda y tranquila, y es verdad que Valois no le dirigirá la palabra si ella no lo desea... privilegio que dudo que hubiera tenido en este rincón del avión.

Cassiel fue a replicar que él tampoco la abriría si Li Zhen no quisiera escucharlo, pero estaría mintiendo. Era incapaz de contener su deseo de saber. Por ejemplo, en ese instante se había convertido en imperativo averiguar si tenía sentimientos por el cabeza de clan. Saltaba a la vista que era el único al que no despreciaba, porque por Evrani sentía razonables recelos, Dagon la había puesto de mal humor, y él...

Él todavía no sabía qué había hecho.

Se había disculpado por haberla tocado sin su consentimiento antes de presentarse. ¿No se suponía que eso era suficiente para enterrar el hacha de guerra? Alastor le había advertido del carácter de los humanos, pero no de los rencores de las penitentes.

El vacío de información le estaba inquietando.

—¿Estás celoso, amigo? —inquirió Dagon de repente—. Porque es... muy pronto, ¿no?

Cassiel tuvo que echar mano de las referencias de las que Alastor le había provisto a lo largo de los años para descifrar la hipótesis. Las emociones humanas conformaban la única asignatura de cultura terrestre que siempre se le había resistido, porque solo podía entenderlas desde un plano teórico: no las había experimentado en sus carnes.

—Los celos son... el temor a que una persona a la que amas se lleve su cariño a otra parte, ¿no? Viéndolo de ese modo, es imposible que los sienta porque no me quiere y yo tampoco la amo. Aunque ya que lo mencionas, me da la impresión de que no me gustaría que amara a Valois. Si bien se lo merecería —añadió—, porque es todo un caballero.

El breve silencio que siguió a su meditación le hizo entender que se había vuelto a equivocar, pero esta vez no comprendió el motivo.

Su planteamiento se sustentaba en una lógica muy sólida.

—Se puede tener miedo de perder lo que no se tiene —dijo Dahlia cuando estaba a punto de preguntar cuál era el problema. No sonó impertinente o presuntuosa, como quien soltaba perlas de sabiduría por el placer de oírse sentando cátedra, sino con el conocimiento que otorgaba la experiencia—. Y quizá no sea tu caso, pero es evidente que la chica te ha llamado la atención. Es normal —lo apaciguó—. Apuesto a que no has visto a muchas... Es decir, no has conocido a demasiadas mujeres allí arriba... ¡en la comunidad *amish*!

—No, eso es cierto —respondió, aliviado—. Solo conozco a la Sehara, y es como una madre para mí. Lo digo porque tengo entendido que en la Sub... la Tierra está mal visto desear a una

madre. Yo también lo siento así —reconoció con orgullo. Al menos, en ese aspecto no difería de los demás—. De todos modos, no sabría catalogar mis emociones ahora mismo. Estoy permanentemente mareado. E inquieto, pero no como si estuviera a punto de ocurrir algo terrible, sino como si no estuviese sucediendo algo que debería estar pasando. No sé si tiene sentido lo que digo. Por otro lado...

Cassiel procedió a describir lo que pasó por su mente nada más entrar en la casa de Li Zhen: su desesperación por localizarla, el hambre al abalanzarse sobre ella.

Aunque opinaba que no debía ocultar información a El Quinto Arcano y nunca le había parecido que nada fuese tan íntimo como para reprimirlo, se sorprendió eligiendo las palabras con cuidado y reservándose algunos detalles.

—Me estremezco cada vez que la huelo —meditó con los ojos entrecerrados—. ¿Qué significa?

—¿Cómo que qué significa? —jadeó Dagon—. Pues que te pone.

—¿Qué es lo que me pone?

—La polla como una bombona de butano.

—¿Qué?

—Venga, colega... ¿No has tenido una erección antes?

—¿Una qué?

—Ya sabes... —Supo que había gesticulado con las manos porque le llegó una brisa ligera—. ¿No te has puesto duro?

—¿Cómo que «duro»?

—Sí, duro. Como la pata de un perro envenenado. Como la clavícula de un Transformer. ¿No se te ha empinado como un tanque apuntando a un campanario lo que no es de Dios mencionar delante de las señoritas?

—A mí me vas a asustar —se burló Dahlia.

—Oh, comprendo. No, nunca —respondió Cassiel con sencillez.

—Anda ya. ¿Ni siquiera nada más despertarte, como acto reflejo?

—No.

—¿Ni escuchando la voz de Scarlett Johansson en *Her*?

—No sé quién es esa mujer de esa... ¿serie televisiva?

—Película. ¿En serio? ¿Tampoco te has excitado escuchando alguna canción de calidad superior, como *Saoko* de Rosalía? ¿O justo cuando el profesor te llamaba al estrado para que resolvieras una ecuación matemática...? Vale, vale, no has vivido esas situaciones sociales y eres un al... o sea... *amish*. Supongo que tiene su lógica que no te hayas excitado.

—¿Las erecciones son el resultado de la excitación?

—No siempre. Por lo visto, a veces se dan escuchando *Saoko* —señaló Evrani con apatía.

—A ver, para que tú y yo nos entendamos, Cass, cuando oler a una mujer te genera esa reacción, es porque te la quieres zumbar. ¿Has oído hablar de eso? —inquirió con lentitud, como si hablara con alguien corto de entendederas—. ¿Del coito?

—Claro —resolvió con buen ánimo—. Es un ejercicio físico que se da entre un hombre y una mujer con la finalidad de reproducirse.

—Madre mía... —Imaginó a Dagon pellizcándose el puente de la nariz—. Todo mal, Cassiel, ¡todo mal! El coito puede darse entre hombres y hombres, mujeres y mujeres, o entre hombres y mujeres, y sin el objetivo de reproducirse.

—¿Qué otro objetivo tiene, entonces?

—Divertirse —intervino Alissa—. Perdón por meterme, ¡pero es que la charla está tan interesante...!

—También puede ser una demostración de amor —aportó Dahlia.

—O de poder, porque puede tratarse de una violación —sugirió Evrani en tono neutro.

—¡Evra, por Dios! Deja tu cinismo fuera de la conversación, ¿quieres? —le regañó Dagon—. ¡Este hombre no sabe lo que es follar! ¡Estamos ante el último bastión de la inocencia masculina! ¡Creo que merece la pena hacer el esfuerzo!

Cassiel se envaró al oír un término que se había hartado de escuchar viniendo de Alastor.

Por supuesto que sabía lo que era el sexo. Una de las condiciones que habría de cumplir para ser nombrado magnificente consistía en acostarse con una seráfica de sangre pura que los sacerdotes hubieran escogido para él. Lo que desconocía era que, para tal fin, fuese necesario sentir lo denominado atracción.

O que la atracción se manifestara de un modo tan aparatoso.

La alarma le impidió seguir escuchando el debate de los tres miembros de El Quinto Arcano. Sentirse atraído físicamente por una mujer, ya fuese empírea, penitente o solo distinta de la que le señalaran, era un gravísimo problema. No por el sencillo hecho de experimentar deseo, sino porque se había sentido impelido a hacer algo al respecto, y si bien no le habían prohibido de boca hallar desahogo carnal, se daba por sentado que habría de permanecer puro para la criatura con la que engendraría a su heredero.

Cassiel no había estado entendiendo qué le pasaba con ella, pero la etiqueta que le habían colgado a sus reacciones desproporcionadas era peligrosa. Ahora sabía que su curiosidad no era inocente y debía andarse con cuidado.

—Una cosa es que alguien te atraiga, y otra cosa es que su solo olor te provoque una reacción tan animal. Suena a que Li Zhen es su *anandha* —decía Dahlia con voz queda. La idea la incomodaba.

A él también le incomodó, incluso si era irrisoria.

—Pero las *anandhas* no suelen responder de forma visceral a un primer encuentro. Son los y las penitentes quienes reaccionan de ese modo exagerado. Además, se supone que no puede ser su *anandha*, porque ella es una *anandha* y él no es un penitente, y la ley lo zanja así: *anandha* y penitente, enamorados para siempre... ¡Vaya, no pretendía que rimara, pero ha estado bien! —se enorgulleció Dagon—. Madre mía, ¡ojalá poder enviarle este misterioso caso a un detective!

—¿Por qué no has relacionado nada de lo que has dicho con los *amish*? —se extrañó Cassiel, desorientado de repente—. ¿No se supone que deberíamos ser sutiles?

—Alissa ha vuelto a ponerse los auriculares, y el tipo que nosotros tenemos al lado lleva roncando media hora —resumió Evrani en tono desapasionado—. Si te sirve de algo, yo tampoco creo que estéis destinados.

—Eso es porque no cree en el amor —lo excusó Dahlia—. No te va a dar ninguna razón lógica.

—No creo en el amor que no se elige conscientemente —atajó el aludido—. Es muy distinto.

—No hace falta que busquemos una explicación profunda a lo que está sintiendo, ¿no? —sugirió Dagon—. Puede que solo le ponga cachondo. No me extraña nada. Li Zhen tiene un *je ne sais quoi*... Me recuerda a Lucy Liu en *Kill Bill*, bella pero mortífera.

—¿Qué libro es ese? —Cassiel se corrigió con un suspiro—. Espera, es una serie de televisión, ¿no?

—Casi. Un peliculón. En fin, amigo. —Dagon le palmeó un hombro —. No le des muchas vueltas si solo te pone. Todo eso que has experimentado es lo que sufre un hombre cuando siente la llamada de la naturaleza.

—¿Y qué se hace cuando se siente algo similar para evi...?

Cassiel se calló al oír el chirrido de cuatro ruedas y el sonido de un par de pasos. Una voz femenina se hizo notar acompañada del inconfundible ruido de envoltorios de snack.

—¡Buenas noches! Pronto serviremos la cena, pero, mientras tanto, aquí tienen un tentempié gratuito.

Cassiel sintió la sonrisa en la voz de Dagon al decir:

—Gracias, preciosa.

Le tendió uno de los paquetes. Cabía en la palma de la mano. No tenía hambre, pero lo rasgó con los dientes y, tras comprobar que parecían pequeños frutos, probó un puñado.

Torció el gesto antes incluso de que llegaran al estómago.

—¿Esto es... comida humana?

—Los *amish* llaman «humanos» a los que no practican su religión —mintió Dagon con actitud resuelta. Alissa debía de haberse quitado

los auriculares otra vez—. Que no te extrañe. Y no, no es comida humana. Esto es comida de avión. Es decir; comida humana pasada por agua sucia. ¿Me habías preguntado algo?

—Sí. Cómo evitar la atracción.

—Es imposible evitarla, pero supongo que existen formas de resistirla.

—¿Cuáles?

—Pues...

—A ver con qué perla nos sorprende —le dijo Evrani a Dahlia, a la que Cassiel oyó sonreír.

—... si te unes a un culto satánico que promueve el celibato y las terapias de inmersión para curar fobias, incluida la pasión por las mujeres, seguro que del miedo que te meten nunca te atreves a dar el primer paso.

—Y ahí está —señaló la vidente al borde de la risa—. Nunca decepciona.

—*If you're happy and you know it, clap your hands...!*

Capítulo VII

«Las flores hay que cogerlas a tiempo.
Si no, te vas a quedar
solo con ramas desnudas y secas.»
Vestimentas de hilos de oro
DU QIULIANG

LI ZHEN BAJÓ DEL AVIÓN con un nudo en la garganta.

Le habría gustado decir que se debía a que su cuerpo había reconocido los olores de su tierra natal antes incluso de respirar el aire exterior, pero no tenía por costumbre mentirse a sí misma. El autoengaño insultaba a la inteligencia propia, y se tenía mucho respeto.

Mientras el equipo se reunía a las puertas del aeropuerto para tomar un taxi que los llevara al museo de Shanghái, se levantó el cuello de la chaqueta de cuero para cubrirse tanto como fuera posible.

«Me estremezco cada vez que la huelo», había oído.

Y ella se estremecía en respuesta cada vez que lo recordaba.

Había aceptado con un alivio inmenso la invitación de Valois de viajar en primera clase. No creía en las pijadas que acompañaban el dudoso privilegio, como los sillones reclinables y las películas que aún estaban en cartelera, pero sí creyó ingenuamente que poner un avión de distancia entre Cassiel y ella ayudaría a calmar sus emociones.

Por desgracia, tenía el oído tan afinado que escuchó parte de la conversación de El Quinto Arcano.

«Me da la impresión de que no me gustaría que amara a Valois... si bien se lo merecería porque es todo un caballero».

Li Zhen recordaba haberse envarado en el asiento con los puños sobre los muslos.

—Si el ruido te disgusta como a mí, dispones de unos auriculares en ese exacto compartimento —le había señalado el cabeza de clan al verla incómoda. Ella se sobresaltó, desacostumbrada a rodearse de seres tan perspicaces. No sabía si odiaba que descifraran sus emociones o por el contrario la complacía. A fin de cuentas, había sabido anticiparse a sus necesidades—. Cortesía de la aerolínea.

—¿Eso... bloqueará las voces?

—La alternativa es distraerte yo mismo brindándote conversación. Me apasiona el cine en blanco y negro —señaló la pantalla de su asiento. Estaba reproduciendo los créditos iniciales de *Gilda*—, pero incluso si Rita Hayworth me alegra las vistas y el día con su elegancia, no me importa dejar la película para más tarde y así resolver tus dudas.

Li Zhen se había abrazado las rodillas en una postura vulnerable, preguntándose si así sería la operación; si llegaría a acostumbrarse a Cassiel. Esas eran las únicas dudas que albergaba y de las que ansiaba librarse... a diferencia de él, que, por lo visto, buscaba etiquetar su extraña atracción.

Al menos ella sabía de buena tinta que sus sentimientos, si es que así podían llamarse, no significaban nada.

No podían hacerlo.

—Has mencionado que la gente desaparece después de haber asistido a un concierto, no durante el mismo —fue lo que dijo la guerrera a fin de distraerse. Se giró hacia Valois, quien, en vista de que al final no vería la película, se había colocado el antifaz de seda y a renglón seguido se había reclinado en el sillón con una copa de champán en la mano—. ¿Qué clase de conciertos? ¿Qué estilo musical? ¿Siempre es el mismo grupo? Debe existir una conexión directa —insistió con un murmullo impaciente—. Si las víctimas no siguen un patrón, lo harán los sospechosos, ¿no?

—Dudo que los cantantes sean los verdugos, pero sí. El punto común es que todos los desaparecidos habían asistido a un *show* de *heavy metal* bastante *indie*. Que no se te vaya la mente a unos Arctic Monkeys o a The 1975, ¿eh? Suelo andar pendiente de las

novedades, aunque nada distinto de la música clásica me convenza, y me temo que, hasta la misión, no había oído hablar de estos caballeros que tantas pasiones levantan.

—¿Has memorizado el nombre de la banda?

—Se hacen llamar Fenghuang.

—Por el ave fénix —había traducido.

—Ajá. Llevan un mes haciendo giras nacionales, pero los acogen, sobre todo, en pequeños garitos. Como ya te comenté, hoy día han amasado una ingente cantidad de fans. Suficiente para formar un ejército vengativo.

—¿Esa es tu lectura de la situación? —había dudado Li Zhen, frotándose las manos contra los pantalones de cuero—, ¿que los grimorianos pretenden crear un ejército?

—¿Qué otra alternativa te resulta factible? —Encogió un hombro —. Lo que sabemos es que tras la caída del Gran Grimorio sus esbirros se desperdigaron a lo largo y ancho de la Tierra, y que desde entonces se han dedicado a vagar sin ningún rumbo; si acaso, a dar golpes con un éxito modesto. Tiene sentido que estén reclutando aquí y allá para más adelante unificarse en un solo ser, lo que fueron siempre, y a la postre llevar a cabo un ataque que al menos nos despeine las cejas.

Y dio un delicado sorbo al champán.

—Pero los desaparecidos son humanos, no grimorianos.

—Puede que las víctimas pertenezcan a ambas razas, lo que pasa es que a nosotros solo nos preocupan los mortales. Si es que podemos llamarlos víctimas, por otro lado. Recuerda que el problema es que los desaparecidos arman sus baúles y se arrojan a la cuestionable vida de *groupie*. Quienquiera que los ande reclutando, no arremete con violencia. Utiliza otro tipo de técnicas persuasivas.

—Eso solo lo hace más preocupante. ¿Será obra de la magia?

—Me da esa impresión —admitió, pensativo—. Menos mal que contamos con el Iluminado, que se supone que sabe magia por él y por todos sus compañeros.

Li Zhen había tenido que contener un gruñido, molesta porque lo hubiera mencionado.

—También tenemos *un épée de cour* para defendernos —replicó con socarronería—. ¿Cómo es que te han dejado meter una espada de corte en el avión? Yo he tenido que sacrificar mi *liuyedao* por razones de seguridad.

—No sé si Cassiel lo hará, pero este mago no revela sus trucos.

Horas después de la charla, y ya en su destino, Valois alzaba la mano para frenar un taxi de siete plazas.

Uno a uno, los miembros de El Quinto Arcano fueron subiendo para que los llevaran a la visita privada.

El cabeza de clan no había querido perder el tiempo. Antes de despegar, se había asegurado con una llamada rápida de que el director del museo de Shanghái, un renombrado seráfico, los recibiría alrededor de hora y media después del aterrizaje, esto teniendo en cuenta el retraso del vuelo y el tráfico hasta el centro de la capital.

Li Zhen se aseguró de ocupar el asiento del copiloto, lejos de Cassiel para que no la molestara con impertinencias.

No tanto como para no seguir oliéndolo, por desgracia.

Aunque la conversación con Valois la ayudó a distraerse de la lluvia de preguntas que tenía lugar al otro lado del avión, todavía captó comentarios inquietantes, como la opinión de sus nuevos compañeros sobre la posibilidad de que él fuera su *anandha*.

Que lo estuvieran planteando la indignaba tanto por inmiscuirse en sus asuntos como la aliviaba. Sus indagaciones significaban que no tenían la más remota idea de su historia. Lógico, considerando que se tomó todas las molestias imaginables para enterrar su pasado, pero tranquilizador, aun así.

En cuanto el taxi se puso en marcha, Li Zhen fijó la mirada al otro lado del cristal. Se le escapó una sonrisa cuando el conductor sintonizó una balada folk de Teresa Teng que podía traducirse como *The Moon Represents My Heart*.

Por las noches, hasta las ciudades cosmopolitas se volvían menos agresivas a la vista. Sobre todo las capitales chinas, que durante el día parecían una ajetreada colmena en la que no existían ni el amor ni la esperanza, los dos milagros que solo tenían lugar durante las pausas.

Desde el coche no podría ni soñar con apreciar el final de los descomunales edificios que el hombre había levantado sin ayuda de otras razas, pero no necesitaba asomarse para reconocer su aspecto. Había vivido entre aquellos rascacielos permanentemente iluminados durante el tiempo suficiente para sentirse minúscula en comparación.

Sola, también.

Había algo en los espacios inmensos y superpoblados que le recordaba que la vida humana era un misterio incomprensible. Hubo un tiempo en el que fingió divertirse tratando de descifrarlo, y, aunque fuera por momentos, llegó a creer que lo lograría y que, además, sería feliz.

Como en ese instante, en el que se quiso convencer de que una parte de ella se alegraba de ver su lengua materna en los letreros, de observar un reflejo de sus rasgos en los transeúntes; de intuir el rastro del viejo Imperio, aunque lo hubieran enterrado bajo los adoquines de esa ciudad ya irreconocible.

Odiaba las prioridades capitalistas que se habían impuesto sobre Shanghái. El individualismo y la productividad habían fagocitado la cultura.

«Hubo un tiempo en el que sobre todo importaba la belleza», pensó con tristeza.

—¿Qué es lo que se oye? —preguntó Cassiel de repente—. Huele a humedad.

Li Zhen despertó del trance y lo miró a través del espejo retrovisor. No supo a qué se refería hasta que el taxi paró en un semáforo y pudo ignorar la radio para fijarse en la lluvia.

—Está diluviando —señaló Dahlia—. ¿Es eso a lo que te refieres?

—¿Diluviando? ¿Llueve, quieres decir? —No se le escapó la nota de ilusión en la voz del Iluminado—. He oído hablar de los fenómenos atmosféricos, pero nunca había sido testigo de ninguno. ¿Le importa que me baje un momento? —le preguntó al taxista en un chino mandarín perfecto.

La penitente no logró ocultar su sorpresa.

¿Hablaba su lengua? ¿Por qué? Dudaba bastante que los mandamases de la Orden le hubieran permitido perder el tiempo con saberes mundanos. Si ya se les restringía la información externa a los aspirantes al sacerdocio, no quería ni imaginar lo estrictos que habrían sido con el futuro magnificente.

—Bueno, es cierto que este semáforo suele tardar en...

Cassiel no esperó a que el conductor diera su beneplácito para abrir la puerta y arrojarse al exterior con una impaciencia efervescente que no se veía en los adultos.

Quizá porque se entendía que los adultos eran incapaces de sentir ilusión.

—¿Qué le pasa al tarado este? —se rio Dagon, que se apresuró a apoyar las manos en la ventanilla para tratar de ver qué hacía.

Li Zhen lo imitó, picada por la curiosidad.

Cassiel estaba de pie entre uno de los tres carriles de coches que hacían cola para acceder al centro de la ciudad. Sus palmas y su expresión límpida apuntaban al cielo, que parecía querer complacer su humilde deseo al descargarse con levedad.

Lo que antes era una lluvia violenta se acabó transformando en una suave llovizna. Li Zhen se preguntó si Cassiel lo habría alterado adrede, o si acaso su presencia mágica podía modificar la temperatura ambiente o el tiempo sin que lo decidiera voluntariamente.

«Él no cambiaría nada de esto, decidió la voz interior sin consultarle. «Quiere que todo sea libre».

Que la invadiera una certeza sobre su carácter podría haberla inquietado si no hubiese estado concentrada observándolo. Solo cuando el taxista bajó la ventanilla para gritarle que regresara o se

quedaría en tierra, Li Zhen vio con claridad la sonrisa del albo, a caballo entre la incredulidad y la fascinación. También había extendido los brazos, por si acaso no se hubiera empapado suficiente. Daba la impresión de que pretendiera hacerle saber al dios que podría arrojarle la tempestad más temible, que él resistiría. Era ajeno a las voces del conductor y al claxon de los vehículos que exigían seguir su ruta.

—¿Piensa bajarse alguien a decirle que vuelva, o vamos a dejarlo aquí tirado? —intentó gruñir Li Zhen, pero le salió un hilo de voz—. Digo yo que ya está bien con el momento Karen Mok en *Fallen Angels*[4].

—Más bien Gene Kelly —comentó Dahlia.

—Todavía no ha arrancado a cantar bajo la lluvia —comentó Valois de buen humor—. Vamos a darle unos minutos por si se inspira, ¿no?

—Está encantado —murmuró Dagon. Había perdido la sonrisa. Se limitaba a contemplarlo con el ceño levemente fruncido—. Yo por lo menos no quiero arruinarle la fantasía al que es feliz.

Li Zhen puso los ojos en blanco y se resignó a la parte que le tocaba. Abrió la puerta del coche de un tirón y lo rodeó a toda prisa con los brazos cruzados sobre la cabeza, disculpándose con torpes aspavientos ante los conductores que querían seguir su ruta.

Cuando llegó a la altura del embelesado Cassiel, fue a alargar la mano con decisión para arrastrarlo de las orejas, pero algo en su expresión la frenó.

No recordaba la última vez que había visto a alguien tan emocionado por una razón tan banal. Tampoco recordaba haber visto a nadie emocionado por una razón de peso.

Él tuvo que sentir su proximidad, porque preguntó al aire:

—¿Es bello?

—¿Perdón?

—La lluvia. ¿Es bonita? Porque sé cómo se siente a un nivel físico. Al principio, las gotas dolían como agujas. La temperatura me ha

insensibilizado la piel. He estudiado el ciclo del agua, pero como es un fenómeno impulsado por la energía solar, nunca imaginé que caería tan fría —meditaba Cassiel en voz baja—. Y tampoco pensé que se oiría con semejante escándalo. Es más, creí que sería silenciosa por aquel verso del sabio de la poesía[5]: «Siguiendo el viento se sumerge en la noche, humedeciendo las cosas sin el más mínimo sonido». —Li Zhen no se dio cuenta de que lo escuchaba con el estómago encogido. Estaba familiarizada con ese poema. Incluso conoció en persona al poeta citado gracias a la amistad que le unió a su padre—. Pero, a decir verdad, por ahora nada está siendo como lo había imaginado —prosiguió, sumido en sus pensamientos—. Todavía estoy decidiendo si es mejor, peor o solo diferente.

—Así es la vida para todo el mundo. Una decepción —atajó ella, incómoda—. Volvamos al coche, ¿quieres?

—Pero ¿lo es? —insistió Cassiel. Se giró en su dirección y dejó caer los brazos, adoptando una postura resignada—. ¿Es un espectáculo hermoso?

Li Zhen miró a su alrededor, exasperada. Odiaba la sensación de estar haciendo el ridículo, sobre todo en público.

Estaba planteándose agarrarlo del pescuezo para arrastrarlo hacia el taxi, pero al pararse a contemplar el paisaje, más en busca de alguien con quien compartir su desesperación que por gusto, la tensión comenzó a disolverse.

Se le ocurrió que los cineastas tenían sus motivos cuando llenaban de agua los sets antes de grabar planos de carretera. La ciudad parecía más nostálgica, más romántica si llovía o ya lo había hecho. Las luces de los semáforos se admiraban a sí mismas en los charcos con vanidad; las aceras, por lo general aburridas, brillaban como recién barnizadas; los paraguas con distintos estampados salpicaban de colores las zonas transitables. A un par de transeúntes no les había quedado otro remedio que detenerse bajo la misma marquesina de un restaurante. Li Zhen captó la sonrisa tímida que se dirigieron al rozarse los hombros sin querer. Seguían siendo dos

desconocidos, y probablemente lo fueran cuando amainara y se despidieran con un escueto adiós. Pero por un instante reconocerían la existencia del otro, y al menos habrían sido dos desconocidos con potencial para dejar de serlo.

Se enfrentó a Cassiel, que esperaba una respuesta mientras se apartaba el agua de las mejillas.

—Lo es —confirmó con un nudo en la garganta—. La lluvia hace posible la vida cuando nutre la tierra. Así crea oportunidades para todos nosotros.

Fue un error mirarlo a la cara, porque sí, la lluvia era bonita, pero el paisaje destacaba solamente porque enmarcaba su cara.

No era la clase de tipo en el que se fijaría. Le iban los hombres de regiones asiáticas o bien masculinos, con barba cerrada, cicatrices que aludieran a un pasado complicado y cejas de águila. Ahora bien, era innegable que Cassiel poseyera una belleza única dentro de su inaudita perfección. Debería haberle parecido un atractivo cándido por su actitud inocente, pero ahora que se fijaba, descubrió que había algo en su rostro que no era del todo puro, que había sido corrompido: una nostalgia secreta, o un sufrimiento enterrado por mera supervivencia.

—Lo que no va a ser bonito es el resfriado que vas a coger por idiota —se obligó a añadir para salir del trance. Lo cogió de la manga—. Que seas inmortal no significa que no puedas enfermar de gripe, ¿sabes?

—Esa es otra experiencia humana que me interesaría probar —confesó él, dejándose guiar hacia el taxi sin oponer resistencia.

Li Zhen lo miró como si se hubiera vuelto loco, pero en el fondo la había conmovido con su interés hacia lo mundano. Incluso sintió celos por la facilidad con la que la sencilla vida humana le estaba sorprendiendo.

Abría la boca para disculparse por su injustificada agresividad cuando una imagen captó su atención.

En la pared grafiteada de la calle destacaban unos carteles promocionales de artistas que visitarían pronto la ciudad. Entre

algunos rostros conocidos, sobresalía el dibujo de un ave en la fase de su renacimiento. Envolviendo la figura de la criatura mitológica y subrayado por encima de las llamas rojas y negras que despedía, brillaba una palabra en chino: Fenghuang.

Zigzagueó entre los vehículos que volvían a esperar a que el semáforo cambiara de color e intentó arrancar uno de los carteles, pero sería imposible sin romperlo. Sacó el móvil del bolsillo y fotografió la fecha de sus dos conciertos: uno tendría lugar en Shanghái la tarde siguiente, y a posteriori participaría en un festival de grupos incipientes que se celebraría en la ciudad de Chang'an.

«Xi'an», se corrigió. «Ahora se llama Xi'an».

Rehízo sus pasos con un brazo sobre la cabeza para tratar de frenar la lluvia, y agarró a Cassiel del hombro para dirigirlo de vuelta al taxi.

En cuanto Dagon le abrió la puerta del asiento trasero, Li Zhen lo soltó como si le hubiera dado un calambre y rodeó el coche a toda velocidad para ponerse a resguardo.

Le mostró la imagen a Valois, que asintió en señal de reconocimiento.

—Qué casualidad que sea mañana —comentó, ampliando la imagen para observar los detalles del cartel—. Nos vendrá de perlas echar un ojo en persona a esos conciertos.

»Dicho esto, a ver cómo explicamos que os presentéis empapados ante uno de los seráficos con más renombre de China —suspiró—. De cara al futuro, por favor, mostremos respeto hacia los altos cargos, ¿de acuerdo? No hace falta disfrazarse de mayordomo, pero una mínima decencia no estaría de más.

Capítulo VIII

«¿Cuándo podremos tú y yo
admirar la luna, hombro a hombro,
bajo la cortina de la ventana,
hasta que su luz nos seque
las lágrimas de los ojos?»
Una noche de luna
Du Fu

Hicieron el resto del trayecto en silencio. Li Zhen estuvo esperando a que Cassiel lo rompiera para plantear sus dudas acerca de la ciudad, pero ¿sobre qué iba a preguntar, si no podía ver nada a través del cristal?

A ella nunca le había atraído el paisaje urbano, pero por primera vez pensó que debería valorarlo. Todo en el mundo tenía su encanto, por pequeño o sutil que fuese.

Involuntariamente, se llevó una mano a la parte del rostro que ya no era rostro y recordó que a causa de la agresión estuvo a punto de quedarse sin un ojo. La hondonada natural de la cuenca y la ceja la salvaron al impedir que la cera se derramara sobre el párpado.

Solía alegrarse de haber esquivado esa bala, pero más aún esa noche del presente, porque así pudo apreciar con ambos ojos lo que el paso de los años le había hecho a una de sus ciudades.

Li Zhen apoyó la mano en la manija de la puerta y se preparó para salir con energía en cuanto el coche ralentizó la marcha.

A diferencia del museo de arte ubicado al otro lado del río Huangpu, donde sobre todo exponían obras de arte moderno, el edificio al que se disponían a acceder ofrecía un tour por las piezas más destacadas de los últimos ocho milenios: vasijas de bronce previas al nacimiento de Cristo, esculturas de madera o barro, delicadas pinturas y caligrafías antiguas, porcelanas y piedras de jade...

Recuerdos de la vieja gloria imperial, en definitiva.

Tal como habían acordado, el seráfico esperaba a las puertas del edificio para darles la bienvenida.

No estaba solo. Un hermano de raza le hacía compañía.

Supo a primera vista que no pertenecía al linaje de los albos. Su aspecto era mucho más mundano: con el cabello castaño y canoso recogido en una coleta y una barba que le cubría hasta el pecho, habría pasado por un monje tibetano de los que Hollywood gustaba de contratar para sus películas de artes marciales.

Primero estrechó la mano de Valois con una admiración que no les pasó desapercibida, y a continuación se presentó ante el resto de El Quinto Arcano como Philah, el antiguo regente de La Sociedad de Shanghái. Tras su disolución, había sido nombrado coordinador de la protección del museo.

Les presentó asimismo al otro áureo que dirigiría la visita como guía oficial, Sasiah, y gesticuló para invitarlos a entrar.

A Li Zhen no le extrañaba que El Magnánimo les hubiera encomendado a los áureos la protección de las piezas tanto divinas como malditas. Eran la raza de seráficos por cuyas venas corría la sangre humana. Si no era lógico por su vínculo directo con la mortalidad, al menos le pareció poético que los mestizos conservaran los utensilios en los que se abrazaban la humanidad y la magnanimidad.

—Vos debéis de ser el Iluminado —señaló el tembloroso Philah en cuanto Cassiel extendió su mano. El áureo la tomó y se agachó para apoyar la frente en sus blancos nudillos—. Dudo que se me ofrezca el honor de presenciar vuestro nombramiento como magnificente; por eso es un orgullo para mí estar hoy en vuestra presencia. No podía quedarme sin conocer en persona al futuro de los seráficos y la Orden.

Cassiel aceptó la venia con un asentimiento distraído y le pidió con voz tenue que se levantara.

La naturalidad con la que recibió el halago la sorprendió. No lo había tomado por un soberbio, pero ciertamente debía de estar

acostumbrado a que le bailaran el agua. Poco había importado a los susodichos que ofreciera un aspecto dudoso de cara al reconocimiento de su superioridad, y es que, con la ropa húmeda y pegada al cuerpo, no parecía ningún iluminado.

«Tampoco parece un zarrapastroso».

Li Zhen tuvo que rendirse ante sus pensamientos: el jersey azul marino se había ceñido a sus hombros anchos y a su estrecha cintura, insinuando los relieves de unos músculos voluminosos.

«¿Para qué los necesitará?» se preguntó, irritada. «Que yo sepa, no se canaliza la magia ni con el deltoides ni con el trapecio. Y no hay gimnasio allí arriba».

Los guías los condujeron a través de los diversos salones de exposición, iluminados por focos ambientales. A Li Zhen se le ocurrió que un museo, a esas horas de la noche, era un buen sitio para una primera cita: hermoso, íntimo y tranquilo.

—Entiendo que os preocupéis por el paradero del cáliz de Jiajing —comentó Philah, que encabezaba la expedición con una linterna y seguido muy de cerca por Sasiah. Este segundo no había separado los labios. Estaba sumido en un silencio fúnebre de tan respetuoso. Los escoltaba con la cabeza gacha y las manos escondidas en el interior de las mangas anchas del sayo—, pero os puedo asegurar que lo que me habéis planteado por teléfono es imposible. Protegemos nuestras colecciones día y noche. Si alguien irrumpiera en el complejo, nuestros sistemas nos informarían de inmediato. Robar una pieza o sustituirla está fuera de toda cuestión. Mi ayudante, Sasiah —lo abarcó con un gesto—, realiza a diario una ronda de supervisión para confirmar que cada pieza permanece en su sitio.

—¿No se ha dado algún problema más o menos reciente en el ámbito de la seguridad? —inquirió Li Zhen, que ralentizaba la marcha adrede para escrutar de cerca las vitrinas—. A lo mejor hace un par de años sonó una alarma, o algún restaurador se tomó más tiempo del estipulado preparando una pieza para una exposición temporal.

Philah se detuvo un instante ante la galería de cerámicas y le lanzó una mirada penetrante.

—En absoluto. En el museo de Shanghái funcionamos como el mecanismo de un reloj. Es el único trabajo que hemos de desempeñar. Entendemos su importancia y nos esforzamos por no fracasar.

—Cuando dice usted que entiende su importancia —continuó Valois—, se refiere, sobre todo, a los objetos relacionados con leyendas grimorianas o que poseen un poder especial porque funcionan como canalizador de magia. Incluso como herramienta de invocación..., ¿me equivoco?

Philah entrelazó los dedos sobre el regazo.

—Como raza protectora de la humanidad que somos, los seráficos estimamos los objetos que los humanos nos han legado por igual, sin distinciones de clase. Cada uno tiene un valor incalculable, aunque este consista en representar un período histórico al que sobrevivimos y gracias al que nos acercamos a la nación desarrollada que somos hoy...

—Necesitaríamos saber cuáles son las piezas marcadas por su relación con el Gran Grimorio —le cortó Evrani, que se había cansado de dar vueltas alrededor de las vitrinas con las manos en los bolsillos—. No hemos venido a ver relojes de arena, sino a confirmar que el cáliz fue sustituido.

—Y a blindar magia a través los objetos susceptibles de robo —añadió Valois.

—Así nos curamos en salud y evitamos empeorar la huella de carbono pagando otro vuelo comercial —apostilló Dagon con una sonrisa de oreja a oreja.

—Me temo que eso es un secreto —se lamentó Philah, devolviéndole el gesto con turbación—. No podemos negar que el cáliz que El Predilecto —le dirigió una venia a Valois— nos mencionó por teléfono sea de particular relevancia, pero una de nuestras obligaciones como protectores es no divulgar el componente mágico

de nuestras piezas. Las pondríamos en el punto de mira de los grimorianos, ¿me explico?

—De maravilla —atajó Li Zhen—, pero...

—¿Dónde está el cáliz? —exigió saber Cassiel.

La actitud de Philah cambió radicalmente. Juntó las manos en un rezo y se dirigió a él con un respetuoso cabeceo.

—En una de las últimas salas, la galería que corresponde a las piedras de jade. Puedo retirar el cristal y enseñároslo para que veáis con vuestros propios ojos que es el original, y que esto no ha sido más que una desafortunada equivocación. Pero ya que estáis aquí —prosiguió con ánimos renovados—, ¿por qué no echáis un vistazo al resto de las obras? El museo es gratuito y, por tanto, asequible para todo el mundo, pero muy pocos gozan del privilegio de disfrutar de una visita guiada a horas intempestivas.

—Sería una verdadera gozada —agradeció Valois con un asentimiento.

—¿No teníamos prisa? —Evrani arqueó una ceja. Abrió la boca otra vez para añadir una segunda parte a su queja, pero Dahlia le puso una mano sobre el hombro y le dedicó una sonrisa moderada.

—Vamos, eres inmortal. Si pierdes unas horas de sueño, no va a pasar nada. Y es muy interesante, ¿no te parece?

Evrani se resignó a ceder poniendo los ojos en blanco. Fue la vidente quien dio las gracias por la oportunidad y echó a andar hacia el salón de los objetos de bronce. Evrani le concedió unos segundos de ventaja antes de seguirla a un ritmo de persecución silenciosa, sin apartar la vista de su espalda.

Li Zhen nunca había sido una mujer a la que le atrajera la belleza de lo material, pero sí tenía en consideración el valor histórico de los objetos. Y, sin embargo, estar allí era una especie de regalo envenenado, pensó mientras deambulaba entre las cristaleras.

Recordaba las filigranas de las clásicas vajillas de porcelana china. Las vio en la mesa del comedor del emperador y de su tía la única vez que su familia fue convidada a palacio para conocer a los Yang. Por el simple hecho de ser la hermana perdida de la consorte, su

madre recibió regalos bochornosamente caros de la propia mano del emperador. A su huida, tuvo que vender la mayoría de las joyas, pero sí guardó con primor algunas vasijas que no habrían tenido nada que envidiarle a la colección de bronces tallados de la exposición.

El museo era un recordatorio de todo el tiempo que había transcurrido desde la última vez que estuvo con ellos; de esa vida que llevaba siglos muerta.

Cerró los ojos para contener un suspiro exasperado.

Se había sentido bien bajo la lluvia. Un chispazo de esperanza había brotado, insinuando que podría no estar perdida.

Ahora regresaba a la impotencia.

¿Por qué esa relativa paz no había podido durar más?, ¿lo suficiente para ayudarla a sobrellevar el viaje?

Li Zhen salió de sus pensamientos al sentir la cercanía de Cassiel.

Era curioso cómo su cuerpo la obligaba a ser consciente de su paradero en todo momento. Aunque una cortina de pelo castaño oscuro separaba su cuello del aliento de Cassiel, notaba aquella inquietantemente agradable brisa como si estuviera desnuda.

—¿Me harías el favor de mantener la distancia de seguridad? —rezongó sin girarse. No podía permitir que se confiara solo porque le había respondido con relativa amabilidad en la carretera—. Al menos dos brazos de separación. Gracias.

Los pasos del seráfico dejaron de levantar un eco en el salón.

Se había detenido.

—¿Por qué pareces despreciarme tanto? —inquirió en voz alta.

Suerte que el resto de El Quinto Arcano se había desperdigado por las galerías anexas.

—Porque eres un albo —se le ocurrió contestar, continuando su camino hacia el cáliz.

Destacaba en el corazón de la estancia como la indiscutible joya de la corona.

—No lo conviertas en una cuestión racial —la regañó él, para su sorpresa—. A no ser que no hayas evolucionado a la par que los humanos en estos últimos siglos, carece de sentido.

—De hecho, tiene mucho sentido, porque los humanos siguen siendo racistas. Tú no podrías saberlo porque te leerían como un hombre blanco, claro está.

—No te concibo como la clase de persona que discrimina.

Aquella apreciación tan atrevida la espabiló.

—¿Y como qué clase de persona me concibes habiendo hablado conmigo cinco minutos, si se puede saber?

—Solo digo que no hay necesidad de ser insufrible —replicó con llaneza, metiéndose las manos en los bolsillos. El pelo rubio y húmedo le caía sobre la cara—. Incluso si tuvieras razones para odiar a los albos, yo no soy un albo. Se supone que pertenezco a un escalón superior.

—Vaya, perdóneme, señor Raza Aria. —Alzó las palmas, burlona —. Había olvidado que era usted poco más que el Rey Mono y podía derrotar a los dragones marinos con solo su bastón mágico.

Él se mostró contrariado.

—No tiene mucho sentido mezclar el supremacismo europeo del siglo XX con una novela china del XVI[6]. Dudo que Hitler y el personaje del Rey Mono tuvieran una ideología remotamente similar... No entiendo el uso de las referencias en este lugar, está claro —añadió para sí mismo, derrotado—. Y no pretendía presentarme como un soberbio. Tan solo tal y como soy.

—Pues, con tu permiso, me voy a presentar también. —Dio un paso hacia él—. A lo mejor tú eres una raza superior, y a lo mejor yo solo soy una persona insufrible. De ahí nuestros choques.

—Pero no lo eres con Valois. Solo conmigo y con otros que, a diferencia de mí, te han dado razones.

—Mira —suspiró con impaciencia—, quizá no me hayas dejado otra alternativa que exhibir mis malas formas para aclarar algo que has dado por hecho en el instante en el que me has visto...

—Ese ha sido un comentario desafortunado, porque no te he visto.

—... y es que yo no soy nada para ti —sentenció Li Zhen con vehemencia—, igual que tú no eres nada para mí, ¿de acuerdo? Así que olvídate de hacerme preguntas personales, rondarme como ahora o toquetearme como si estuvieras aquí para echarte novia, y deja también de debatir sobre los demás acerca de qué vínculo puede unirnos —concluyó, envalentonada—. No nos une nada, ¿entendido? Nada.

Él se sumió en un silencio que la incomodó.

Convencida de que ya habían zanjado el tema, fue a darse la vuelta, pero Cassiel la retuvo con voz queda.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

Li Zhen hundió los hombros con una sonora exhalación.

—La sola voluntad de una persona mueve montañas —respondió con un deje sarcástico—. No subestimes la mía, Iluminado. Si no quiero relacionarme contigo, ten por seguro que conseguiré que el universo me tome la palabra.

—Insinuar que el universo podría postrarse ante tus deseos entra en la categoría de la blasfemia.

—Prefiero blasfemar a unirme a la secta de pirados con ideas clasistas que representas. Fíjate; todo el mundo haciéndote venias, y tú tan a gusto. No me extraña que te hayas fijado en la única persona que no te ha aplaudido en los últimos... ¿treinta años?

—Nací hace veintiocho años celestes; veinticinco terrestres, si no he calculado mal.

—Pues yo nací hace más de mil trescientos —atajó—, así que créeme cuando te digo que puedo estar segura de un par de cosas. Entre ellas, que no nos vincula ninguna leyenda milenaria.

—Pero nos vincula la misión, ¿no?

Li Zhen pestañeó varias veces, perpleja.

—¿Por qué insistes? ¿Simplemente te gusta tener la razón, o te has acostumbrado a ello, o...? —Se le fue el hilo tratando de

comprenderlo. Le habría gustado seguir enmascarando su propia confusión forzando el mal humor, pero acabó exclamando en tono exasperado—: Por el dios y la diosa, Cassiel..., ¿sabes acaso qué quieres de mí?

—Es pronto para saberlo.

—¿Y qué te piensas? —se le escapó una risa estrangulada—. ¿Que me voy a ir de citas contigo hasta que lo averigües?

Cassiel enderezó el cuello y ladeó la cabeza hacia la derecha.

—Eso no ha sonado nada bien —murmuró.

—¡Y tanto que no suena bien! Por eso deberías olvidarte de...

—No me refiero a lo que acabas de decir —la cortó.

Li Zhen abrió la boca para preguntar a qué se refería entonces, pero halló la respuesta antes de lo previsto.

Cassiel debía de haber escuchado algo que escapaba a la audición de los inmortales sin poderes, porque ni siquiera la penitente lo captó hasta que la amenaza quedó reducida a nada: sintió una ráfaga de aire en la espalda, como si alguien hubiese querido abalanzarse sobre ella pero un campo de fuerza hubiera bloqueado el ataque.

Se dio la vuelta, extrañada, y por poco lanzó un grito ahogado al ver a Sasiah clavado en la pared de enfrente con los brazos y las piernas como el hombre de Vitruvio.

—¿Por qué has intentado atacarla? —exigió saber el Iluminado en tono neutro.

Sasiah no contestó, inmovilizado como estaba por unas gruesas cadenas de polvo dorado que irradiaban calor. Li Zhen buscó a Cassiel con la mirada y se lo encontró con una mano en alto. Su pose era lánguida; parecía un alumno distraído que hubiera querido contestar a la pregunta del profesor y esperara su turno con indiferencia.

Lo vio avanzar hacia Sasiah, y luego no apreció nada más, porque de entre las sombras empezaron a emerger seres con aspecto

humano, pero que no podían serlo: tenían los ojos vacíos y unas habilidades sobrenaturales.

Tanto así que uno de ellos logró derrumbar a Li Zhen con un placaje.

—¿Qué...? —balbuceó, incapaz de sobreponerse a la sorpresa. Al agachar la mirada, observó unos pares de zapatos avanzando en su dirección.

El pulso se le aceleró, e impulsada por el afán de supervivencia, empleó un movimiento de kung-fu aprendido de su tío abuelo para girarse con el humano encima e invertir los papeles: ahora, ella lo estrangulaba a horcajadas sobre él. Fue gracias a esta posición que se fijó en que tenía un tatuaje desvaído en el cuello y una barba y un corte de pelo hípster.

Reconocerlo como un humilde mortal la disuadió de seguir apretando el cuello hasta matarlo.

—¿Ca... Cassiel? —musitó, vacilante—. Es... es... No es humano, pero... ¿lo es?

—¡Os matarán a todos si no devolvéis el cáliz! —rugió Sasiah, que seguía retorciéndose para intentar librarse de las cadenas mágicas —. ¡Todos ellos siguen una orden muy sencilla! ¡Evitar que os larguéis con lo que nos pertenece!

—¿Todos ellos? —repitió Li Zhen—. ¿A quién te...?

Comprendió la gravedad de la amenaza al mirar por encima de su hombro. A pesar de la oscuridad, le pareció ver un destello del cabello plateado de Evrani y oír el débil gimoteo de la presa a la que este le había aplicado la llave mataleón.

El Quinto Arcano se estaba encargando de los atacantes.

—¿Philah está en el ajo? —murmuró para sí—. ¿Quién ha dado la orden?

No pudo perder el tiempo satisfaciendo dudas. El humano aprovechó que estaba distraída para quitársela de encima con una bofetada que la hizo aterrizar estrepitosamente sobre el costado.

Li Zhen maldijo por lo bajo y se frotó las costillas perjudicadas. Iba a levantarse con las manos alzadas para protegerse cuando un destello de magia dorada iluminó el salón. Pensó que Cassiel habría obrado un hechizo para encender las luces y facilitar la visibilidad durante la pelea, pero solo había lanzado una descarga contra el pecho del humano, que salió disparado hacia atrás.

Lo vio morir antes de impactar contra el suelo.

Presenciar el asesinato de un pobre mortal le produjo una impresión tal que no pudo moverse enseguida. Jamás, en sus largos siglos de servidumbre a La Magna, había atacado a un ser humano. Iba contra su naturaleza. Al igual que los seráficos, los penitentes se dedicaban a proteger a la raza débil del Gran Grimorio. A veces hasta de sí mismos.

No estaba en condiciones de arremeter contra las que había sentido sus criaturas.

—¿Quién te ha mandado? —quiso saber Cassiel.

Li Zhen se ordenó salir del trance para atender a la escena. El Iluminado se había detenido ante Sasiah, que había arrancado a llorar por el dolor: la magia le había ajustado los grilletes transparentes de tal manera que se le habían abierto profundos socavones en las muñecas.

Por un instante, ella no pudo apartar la vista de la sangre oscura que goteaba sobre una de las vitrinas.

Sangre oscura.

Era un grimoriano.

—Te he hecho una pregunta —insistió Cassiel con serenidad. Levantó una mano con los dedos estirados, de los que manaban pequeñas chispas, y la fue rotando muy despacio. El movimiento provocó una torsión antinatural en la pierna derecha de Sasiah.

El Iluminado no bajó el brazo hasta que el hueso de la rodilla emitió un crujido espeluznante.

Sasiah aulló como si hubiera perdido la cabeza.

—¡Mátame, si quieres! —gritó a pleno pulmón—. ¡No diré nada!

—¡Me temo que han matado a Philah! —exclamó Valois a su espalda. Li Zhen se dio la vuelta a tiempo para verlo trotar hacia ellos, seguido de un Dagon con una pistola Glock en la mano—. Dudo que la pobre criatura estuviera involucrada en el golpe. Ha tenido que ser obra de su ayudante... —Entrecerró los ojos al localizar a Sasiah temblando por el dolor físico—. Cómo no. El asesino siempre es el mayordomo.

—Ya nos hemos encargado de los que nos han emboscado en la galería anexa —anunció Dagon, apuntando hacia atrás con el cañón del arma—. ¿Dónde se ha metido Evra? ¿Está a salvo?

—No, mientras de mí dependa —respondió una voz burlona.

Un humano salido de la nada se había personado con otra pistola en la mano, idéntica a la que el empíreo había estado empuñando.

—Anda, mira, ahí estaba tu hermanita —se alegró Dagon, acariciando su Glock como si fuera el gato del villano—. Ya pensábamos que la habíamos perdido, ¿eh?

El enemigo apretó el gatillo. Li Zhen dedujo por la trayectoria que impactaría en el pecho de Sasiah, y así fue: un instante después, el seráfico se había marchado a un lugar donde no le sería posible revelar el nombre de su jefe.

Li Zhen fue a matarlo antes de que siguiera sembrando el caos, pero Evrani apareció de la nada y se cernió sobre él. Acabó con su vida rompiéndole el cuello con un simple movimiento.

Ni siquiera estaba sudando y tenía la misma expresión que antes del ataque. Dagon pudo respirar aliviado al comprobarlo.

—¿Habrá alguien más en las inmediaciones? —inquirió Valois, valorando los alrededores. Inspiró profundamente para llenarse los pulmones de los olores que podrían delatar presencias dudosas—. Diría que no tendremos esa suerte.

Li Zhen se rascó el codo con aire desamparado, todavía asimilando lo que había ocurrido.

—¿Cómo no los hemos olido?

—El museo acoge a diario cientos de visitas humanas —contestó el cabeza de clan—. Era de esperar que su perfume y su calor se

concentrara en las instalaciones, se adhiriese a las paredes, y por eso nos pasara desapercibido que estaban escondidos. —Al barrer la galería con la mirada, se acabó fijando en la vitrina que los había traído hasta allí—. Deberíamos examinar el cáliz en cuestión, ¿no os parece, caballeros?

—¿Antes o después de limpiar el estropicio? —suspiró Dagon—. Odio la parte en la que toca deshacerse de los cadáveres, lo juro.

—Son humanos... o lo eran, así que sería mejor dejarlos donde están y que la policía se invente una explicación —meditó Dahlia, que se había agachado para hurgar en los bolsillos del hípster que había atacado a Li Zhen. Sacó una identificación a la que le echó un vistazo rápido antes de guardársela en la parte trasera del vaquero —. No podemos hacerlos desaparecer sin más. Sus familiares los echarán de menos, y merecen darles un entierro digno.

—En efecto —cabeceó Valois—. Y no han muerto por obra de la magia... o no la mayoría. Dudo que vinculen los asesinatos con nosotros. Destruiremos las cámaras por si acaso y nos marcharemos.

Mientras se iba decidiendo qué hacer con los asesinados, Li Zhen se había acercado al cáliz que dominaba la estancia. Se secó las palmas sudorosas en el vaquero, aún angustiada por el desarrollo de los acontecimientos.

¿Tanta práctica había perdido en el transcurso de veinte años, que ya ni siquiera podía defenderse de un ataque por la espalda sin ayuda del Iluminado? No podía permitirse despistes semejantes. La habían buscado para que ejerciera de guía porque se la consideraba una leyenda. Debía estar a la altura.

Haciendo el único uso de su fuerza, retiró la vitrina de cristal que protegía la pieza de la discordia.

Fue a agarrarla por la base, pero una voz la interrumpió.

—No lo toques —le ordenó Cassiel.

Li Zhen lo miró por encima del hombro, aún con el brazo extendido. No supo por qué permitió que él se adelantara y la cogiera gentilmente de la muñeca para alejarla del cáliz. Tal vez

porque observó en su expresión una solemnidad llamativa, la de un hombre que sabía lo que hacía.

Su aspecto la desestabilizó de nuevo. A ratos parecía un crío que se hubiera soltado de la mano de su madre en unos grandes almacenes, y, otras veces, el portador del *qi* imperial que guiaba a un ejército de élite.

Cassiel trazó en el aire un círculo invisible que envolvía su mano contraria, como si se estuviese atando un lazo a la muñeca. Las chispas doradas de un hechizo que no llegaron a escuchar, mas sí le vieron formular moviendo los labios, se acoplaron para formar una capa brillante y semitransparente que le cubrió desde las puntas de los dedos hasta el codo, como un guante.

Estiró la mano protegida por quién sabía qué hacia el cáliz. Antes de siquiera tocarlo, el objeto emitió un sonido chirriante y empezó a derretirse.

Li Zhen dio un paso atrás, impresionada por el líquido espeso y negro que comenzó a supurar la copa. Conforme se iba derramando sobre su soporte, fabricado en piedra caliza, fue quemándolo todo a su paso, igual que una sustancia corrosiva.

—¿Qué está ocurriendo? —se asombró Dahlia—. ¿Ese era el cáliz real, el vinculado al Gran Grimorio? ¿Por eso está... podrido por dentro?

—Es una réplica, o de lo contrario el Iluminado no habría podido destruirla —señaló Valois, perplejo—. Dicho eso... ¿Por qué la has destruido?

—No la he destruido. Solo me he protegido antes de tocarla, por si acaso sucedía algo así —explicó Cassiel—. Había una energía extraña alrededor de la pieza. Es evidente que alguien la ha hechizado con magia grimoriana para que quien pretendiera llevársela muriera en el intento.

—¿Morir, dices? —repitió Evrani—. ¿Incluso los inmortales?

—A juzgar por cómo huele —continuó Cassiel—, a acero azul y a varios ácidos, parece ser una mezcla ideada para afectar específicamente a las criaturas magnánimas. El acero azul es el

único material que puede acabar con seráficos y penitentes, y mezclado con otras sustancias puede llegar a ser letal.

—¿Nos han tendido una trampa? —se sorprendió Li Zhen.

—Alguien tenía que saber que vendríamos —barajó Evrani—, o no se habría tomado tantas molestias elaborando un hechizo de esa dimensión. Porque no es común, ¿verdad? A mí no me suena.

—No, no lo es. Yo no había visto nada similar. Claro que yo no he visto casi nada, en general —apostilló Cassiel con humor—. Es la primera vez que me enfrento a enemigos reales.

El equipo se sumió en un silencio pensativo, todos con la mirada fija en lo que restaba del cáliz: nada salvo una hendidura negra en la piedra del soporte que emanaba un humo oscuro.

Sospechando que pudiera ser tóxico, retrocedieron.

—Nos toca encontrar la manera de vincular este suceso a las desapariciones —concluyó Valois, cruzado de brazos y concentrado en el espectáculo—. Confío en que el concierto arrojará luz a la cuestión.

Capítulo IX

«No importa. Vale la pena.
Estoy sufriendo por ella.»
Viento suave, según la melodía Fengqiwu
Liu Yong

No le gustaba el aire de China. Era particularmente denso y estaba compuesto de una serie de químicos y polvos que obstruían el sistema respiratorio. Incluso si le era imposible enfermar de los pulmones, lamentaba haber dejado atrás el oxígeno limpio de las montañas a las que Li Zhen había decidido mudarse.

Tampoco ayudaba que, a fin de prepararse para el concierto de la noche, Dagon hubiera prendido un cigarrillo y se estuviese paseando con este colgado de los labios por toda la suite.

—¿Eso te vas a poner? —le había preguntado el susodicho en cuanto coincidieron en el dormitorio principal—. Entiendo que allí arriba no habrás asistido a muchos conciertos de rock, pero, tío... con un jersey de punto te van a redirigir al club de lectura de Lisa Kleypas.

Cassiel se contuvo para no preguntar quién era Lisa Kleypas.

—¿Qué debería llevar, en tu opinión? —inquirió con educación.

—Anda, ven, que te voy a hacer el favor de vestirte. Tenemos una talla similar, así que creo que darás el pego... Bueno, sí, tú eres un poco más alto. A lo mejor mis pantalones te quedan algo cortos. No pasa nada. Te permitiré conservar los vaqueros que llevas. Pero ya no se llevan los tejanos deslavados, que conste.

Entusiasmado con la idea de pasar desapercibido en la Subrealidad, Cassiel le dio carta blanca a Dagon para que se tomara todas las libertades imaginables.

La idea de asistir a un concierto en su tercera noche en la Tierra sobrepasaba con creces sus expectativas. No había tenido la suerte de adquirir entradas para ver a AC/DC o Black Sabbath, solo un par de

sus bandas preferidas, pero, como decían en aquellos lares, a caballo regalado no se le miraba el diente.

Estaba ansioso por mezclarse con el ambiente festivo de un concierto y tachar la emocionante experiencia de una larga lista de actividades en las que le encantaría participar durante su viaje.

Sabía que no estaba allí por placer, claro, pero ¿qué tenía de malo conocer a una nueva banda? Lo veía como una concesión con la que la casualidad le agradecía haber intervenido en el ataque del museo.

—¿Te gusta? —inquirió Dagon una vez concluyó su exhaustiva labor. Se le oyó tan satisfecho que el Iluminado no dudó que lo hubiera dejado hecho un pincel.

—La tela es ligera —reconoció Cassiel, toqueteando distraídamente el borde de la camiseta de algodón. Era muy fina. No sabía si era una prenda vieja o había sido confeccionada así adrede —. Y muy cómoda.

—¿Debería... —vaciló— describirte cómo te queda?

—No creo que me hiciera una imagen mental precisa. No sé qué aspecto tengo.

—¿Te refieres a ahora mismo? —oyó que preguntaba una incrédula voz femenina.

La sonrisa de Cassiel se ensanchó. La guerrera debía de haber pensado que al hablar acababa de hacerse notar, pero él había advertido su presencia nada más oír sus pisadas en el pasillo de la planta.

A pesar de las quejas de la mayoría de El Quinto Arcano, que opinaba que no había necesidad de sacrificar novecientos dólares per cápita por cada noche alojados en la ciudad, Valois había reservado tres habitaciones en el hotel Bulgari de Shanghái: una para sí mismo, otra para Dahlia y Dagon, y una tercera para Cassiel, Li Zhen y Evrani. Las tres suites contaban con dormitorio, baño propio y sala de estar, y se encontraban seguidas las unas de las otras en el último piso del hotel, lo que ofrecía unas vistas espectaculares de la ciudad.

O eso le habían contado.

—En general, más bien —contestó el Iluminado con sencillez—. Nunca me he mirado en un espejo. Por razones obvias, claro. —Abarcó la mitad superior de su rostro con un gesto cómico.

Un silencio elocuente siguió a su confesión. Dedujo que los dos habían intercambiado una mirada de lástima o incomodidad.

—Joder —murmuró Dagon con un deje aprensivo—. Es una pena, tío, porque estás bastante bueno. Si supieras vestirte, no hablaras como el milenario carcamal de Valois ni te comportaras como un monje, te llevarías a todas las mujeres de calle.

Cassiel sintió unas palmadas de ánimo en el hombro. Acto seguido escuchó los alegres pasos de Dagon perderse en el pasillo hacia la habitación colindante.

En cuanto el empíreo desapareció, un denso silencio se asentó en la estancia; la clase de silencio obligado entre dos personas que no terminaban de congeniar y estaban obligadas a compartir espacio.

Cassiel se retocó el cuello de la camiseta, en su opinión demasiado escotada, y delineó con la yema del dedo la superficie dentada de la cremallera de una chaqueta que le pesaba sobre los hombros. Tenía que ser de la clase de cuero viejo que crujía con el movimiento, pero no podía estar seguro. No era una tela de la que tuviera referencias.

Se olvidó del atuendo cuando escuchó los pasos vacilantes de Li Zhen. Había impregnado la estancia con su perfume al sacar las prendas del macuto y colgarlas en el armario. Cassiel había podido localizarlas en el mapa de sus sensaciones porque emitían un foco de calor irresistible.

Estaba confuso desde que Dagon le confirmara que lo que sentía era atracción sexual. No tenía permitido experimentar nada similar. Es más; ya de entrada carecía de sentido que lo experimentase, porque los albos eran seres asexuados que se limitaban a reproducirse si y solo si uno de los miembros más antiguos del linaje decidía renunciar a su inmortalidad y entregarse a la segunda vida.

Debían mantener el número de albos en activo dentro de una horquilla demográfica: nunca más y nunca menos de lo estipulado.

Pero allí estaba él, pendiente de si la moqueta crujía bajo el peso de Li Zhen, del sonido que emitían los brazaletes con los que habría decorado sus muñecas, tratando de averiguar hasta cuál era la forma de sus hombros y realizando cálculos físicos para intentar definir su índice de masa corporal.

Lo único que llegó a deducir fue que había tomado asiento en un sillón muy próximo a él, saltándose a la torera su propia orden de mantener una distancia de dos brazos.

Los muelles cedieron levemente a su peso.

«Setenta kilos, a lo mejor. Metro setenta de estatura».

La atracción no podía ser peligrosa o estar del todo contraindicada si la sentía, ¿verdad? El cuerpo y la naturaleza eran sabios de un modo que la mente magnánima no podía aspirar a comprender.

—¿Puedo ayudarte en algo? —inquirió él, solícito.

—Solo me he sentado. Por si no lo sabes, esta también es mi suite.

—Lleva siendo tu suite desde la noche de ayer, y, sin embargo, has procurado no coincidir conmigo. Además, te escucho alto y claro, lo que significa que te has sentado con el rostro orientado hacia mí. A no ser que simplemente te guste lo que ves, debes de tener la intención de hablar conmigo.

¿«A no ser que simplemente te guste lo que ves»?

¿Estaba flirteando?

Había sido sin querer, porque no tenía ni la remota idea de cómo dirigirse a una mujer. Sí era cierto que Alastor tendía a coquetear con Cassiel «para que viviera de algún modo la experiencia del *roneo*» y él había aprendido a dar respuestas a la altura, pero nada tenía que ver con su interacción con Li Zhen.

Ella calló durante unos segundos que a Cassiel le sirvieron para intuir sus emociones. En el silencio, tanto su don empático como su fino oído funcionaban de forma óptima. Gracias a esto pudo

confirmar que se le había puesto la carne de gallina por el sonido que emitió al frotarse el brazo con desamparo.

—Supongo que quería agradecerte que evitaras que me mataran anoche —reconoció, controlando su irritación para sonar genuina. Su esfuerzo le resultó halagador—. ¿Por qué te arrebataron la vista?

—¿Ahora sientes curiosidad por mi pasado?

—No tanto por tu pasado como por las reglas que rigen la Orden. Me parece que quitarle los ojos al único albo que nace viendo es como dispararse en el propio pie —confesó con sencillez—, cuando no una aberración antinatural. Sobre todo considerando que se le va a convertir en el mandamás de la organización. ¿No es mejor que sea lo más perfecto o útil posible?

—La Orden no busca la perfección —replicó con llaneza, asombrado por su elección de palabras. *Aberración*—, sino la equidad.

Ella soltó un jadeo socarrón.

—Menos mal que no has dicho la justicia, porque no me puedo imaginar una situación social en la que cegar a alguien pueda ser la solución a un problema.

—Los antiguos valores de la diosa promueven el Equilibrio, del que aún somos adeptos en la Orden —le explicó con paciencia, todavía de pie y en la misma posición que cuando ella había entrado. Tenía la sensación de que, si se movía, la ahuyentaría, y no podría soportarlo—. Que un albo posea seis sentidos, la inmortalidad y, además, el don de la magia, genera desigualdad, y la desigualdad conduce al malestar colectivo. Pero respondiendo a tu curiosa pregunta —prosiguió en tono informativo—, para celebrar la ceremonia de nombramiento, es decir, para convertirme en el magnificente, tenía que demostrarle a mi comunidad que mi entrega y mi sacrificio hacia los míos no conoce límites, y por ello estaba dispuesto a ceder a los doce años mi privilegio único: el don de ver. Además de que debía poner a prueba mi modestia, claro está.

—Creo que se puede ser modesto sin necesidad de perder un sentido. Me parece una canallada —sentenció Li Zhen tras un

instante en el que Cassiel pudo sentir su horror.

La extrañeza de él no hizo sino crecer acompañada de un fuerte desagrado. Nadie en el Autem se atrevía a contrariarlo, y aunque Alastor le buscaba las cosquillas, nunca cruzaba los límites.

—Utilizas términos que rayan en la blasfemia. En el Autem, la ceguera del Iluminado no es ninguna... canallada, ni puede hablarse del ritual al que me sometí como «el robo de la vista». Es un símbolo de valores sublimes que merecen reconocimiento.

—¿No tenías que poner a prueba tu modestia? —La imaginó con una ceja enarcada—. ¿Para qué te van a cegar para que seas humilde si luego vas a andar aceptando reverencias que conmemoran tu sacrificio?

Cassiel frunció el ceño.

Era la tercera conversación que mantenía con ella, la única que no tenía como objetivo hacerle algún reproche, y, sin embargo, era la primera vez que se sentía incómodo. Incluso acorralado y obligado a recordar una etapa de su infancia que había enterrado.

—Es un hecho que no todo el mundo se habría sometido a las ordenanzas de los albos; que yo lo hiciera es lo que me convierte en un digno aspirante al puesto. Se me puede reconocer el valor sin necesidad de caer en un exceso de lisonjas. Como ya he dicho, la virtud está en el equilibrio.

—Si es equilibrado cegar a un niño de doce años por un presunto bien mayor, entonces también es equilibrado mandar a un niño de doce años a la guerra por la gloria de su patria —atajó Li Zhen con fiereza—, y si no estoy de acuerdo con lo segundo, que, por cierto, he visto y vivido en mis carnes, con lo primero, tampoco.

Cassiel se tensó con la comparación.

—¿Por qué cuestionas las decisiones del Máximo Tribunal? —le gruñó con los puños crispados.

Pronunciar aquellas ocho palabras lo transportó a un recuerdo tan lejano que le costó sentirlo como propio, y es que Li Zhen no era la primera persona que se atrevía a desafiar las ordenanzas divinas. No mucho tiempo atrás, antes del sacrificio, Alastor se había mostrado

radicalmente en contra de los designios del elegido. Quizá por eso un Cassiel de doce años recién cumplidos se arriesgó a manifestar en voz alta, pero siempre a puerta cerrada, los que eran sus temores: escasos, sí, pero tan terribles que lo paralizaban.

—Tengo miedo —había sollozado junto a Alastor, que le había dado cobijo en sus aposentos para esconderlo de su destino. Se encontraban los dos bajo la cama del valet, el único sitio donde se les había ocurrido ponerse a resguardo. ¿Dónde, si no? Los sacerdotes conocían los recovecos del templo mejor que dos muchachos—. No quiero quedarme ciego. Todavía no. Hay tantas cosas que necesito ver antes de... Y me va a doler, ¿verdad? Nadie me lo dice, pero sé que me va a doler.

—Puedes negarte —le había recordado su amigo. Trató de aplacar su llanto desconsolado cogiéndolo de la mano y apretándosela con fuerza. Era menor que Cassiel, pero ya estaba lleno de odio—. Nadie te obligará a pasar por esto si no estás comprometido con el futuro de los albos, Cass.

—¡Pero lo estoy! —se defendió, temblando—. Es solo que... es solo que... Necesito más tiempo. ¡U olvidar lo que he visto! Podría haber nacido ya ciego. Así no sabría lo que voy a perderme.

—O puedes mandarlos a todos al puto infierno.

La Sehara apareció a la hora estipulada para escoltarlo al salón de ceremonias. La burda cerradura del dormitorio, improvisada por Alastor, no habría podido detener a una hechicera de su altura.

Aun sin verla, los dos supieron que se abría paso en la estancia con la serenidad de quien sabía que se cumpliría su voluntad a toda costa.

—Cassiel —lo llamó con voz dulce—, es la hora.

—¡No va a ir! —declaró Alastor con frialdad, revelando su posición. Aferró con fuerza la mano de su amigo—. ¡Déjalo en paz!

—Esa no es una decisión que puedas tomar tú —decía la hechicera. Cassiel la escuchaba con un puño apretado contra el pecho, tan asustado que no podía ni respirar—. El Iluminado decidió

comprometerse con la Orden, y él sabe que es tarde para echarse atrás.

—¡Puede ser el magnificente sin que tengan que dejarlo ciego! —gruñó Alastor—. ¡No es justo que él sí tenga que pasar por eso! ¡Si yo hubiera sido el elegido, no me habrían quitado nada!

La Sehara se había arrodillado a los pies de la cama para asomarse por debajo y mirar a la cara a los dos niños, a sabiendas de que esto les ablandaría. Lágrimas de impotencia humedecían los ojos de su hijo, y Cassiel hiperventilaba a su lado al borde del desmayo.

—Lo sé, pero es así como lo ha decidido su linaje. Los albos consideran que los iluminados han de realizar un sacrificio que los sitúe en un plano de igualdad, y en las tradiciones seráficas no podemos intervenir.

—¡Eres su hechicera! ¡Te admiran! ¡Seguro que tú sí puedes hacer algo! —insistió Alastor a la desesperada. Al ver que su madre no contestaba, gritó—: ¡Haz algo por una vez, joder! ¡No puedes ser tan cruel!

—Lo siento mucho —fue lo único que dijo ella, y no sonó en absoluto culpable—. Lo único que puedo ofreceros es unos minutos más de cortesía antes de la ceremonia.

—¡Al diablo contigo! ¡Eres peor que el Gran Grimorio! ¡Te odio!

Cassiel había cerrado los ojos, anticipando una reacción violenta.

La hechicera jamás había arremetido contra su propio hijo, pero algo le decía que era cuestión de tiempo que se cansara de la rebeldía del joven y lo metiera en cintura. No soportaría que aquello tuviera lugar por culpa de su cobardía, y, sin embargo, no podía moverse.

«¿Por qué cuestionas las decisiones del Máximo Tribunal?», le regañaba la voz interior. «¿Por qué te rebelas? ¿Por qué rehúyes de tu destino? Lo habías aceptado sin reservas hasta ahora. Quizá no eres tan valiente como crees: Cassiel el Cobarde. Cassiel el Pusilánime. Cassiel, la vergüenza de su raza».

Como la Sehara se marchó sin insistir mucho más, se permitió tener esperanza. Era cierto lo que su amigo había defendido: si bien nacía un iluminado cada eón, se nombraba un magnificente cada milenio, lo que quería decir que no solo los seráficos albos con dos ojos abiertos al mundo habían ostentado el puesto. Todos aquellos que poseyeran dos naturalezas magnánimas y pudieran obrar magia se presentaban cada mil años por si acaso les bendecían con el máximo honor. Sin ir muy lejos, habían sopesado ungir a Alastor, a quien como heredero carnal de la Sehara se le estimaba apropiado para ocupar el lugar. La tercera alternativa había sido una *anandha* que asimismo era portal de las almas llamada Citlali.

Pero Citlali había rechazado el honor alegando que su vida estaba en la Subrealidad, y Alastor no había heredado la magia de su madre, lo que les descartó como candidatos.

Así pues, Cassiel no solo era el más indicado, sino el único magnificente posible.

«Pero podrán encontrar a otro a tiempo, ¿verdad?», recordaba haber pensado, aferrado a la mano de Alastor como si la vida le fuera en ello.

La esperanza le duró quince minutos, lo que los sacerdotes tardaron en entrar para agarrarlo de los tobillos y sacarlo de su escondrijo a puros empellones. Su amigo intentó evitarlo aferrándolo por la túnica y enfrentándose a los verdugos con sus dos manos desnudas. Lo único que consiguió fue que lo inmovilizaran con un hechizo y lo dejaran temblando de impotencia tras una puerta sellada, desde donde no podría ofrecerle consuelo a Cassiel ni durante ni después del ritual.

El Iluminado gritó, lloró y pataleó en todo el camino hacia el salón de ceremonias. No tuvo que jurar sobre ningún libro en aquel primer rito. Entonces le pareció que así lo habían decidido porque en semejante estado de conmoción se le habría pasado por la cabeza escupir sobre las páginas sagradas.

Si Cassiel se esforzara por recordar, y no lo había hecho en más de una década, sentiría la fría superficie de mármol sobre la que le

tendieron entre varios para robarle uno de sus bienes más preciados. Cerró los ojos a la orden de la Sehara y se encomendó a los poderes supremos para que al final lo mataran; para que algo saliera mal en el proceso y así pudiera aterrizar en el foso de las almas del Fatem, pero con los cinco sentidos intactos.

El destino tenía otros planes para él, sin embargo. Planes que comenzaron con la visión de la mujer, de la *feitian* que protegería sus sueños, y acabaron con un dolor capaz de desintegrar un cuerpo humano. Apretó los puños contra la mesilla de mármol para sobrevivir a la sensación de que le estaban apuñalando los ojos hasta la base del cráneo y no le dejaban ni desmayarse por la impresión.

Como debió permanecer despierto, se aferró al rostro de aquella mujer, y, por un instante, la calma invadió su cuerpo.

Luego perdió el conocimiento.

«Eres débil hasta para eso», llegó a pensar antes de desvanecerse.

—¿Cassiel? —lo llamó Li Zhen en tono aprensivo, sacándolo de sus recuerdos—. Oye, no pretendía ofenderte. Ni a ti, ni a la Orden, ni a la Sehara. Es solo que... No lo entiendo.

Cassiel se obligó a recomponerse, para lo que tuvo que empujar aquel fatídico día al rincón más oscuro de su memoria; lo mismo que hizo más de una década atrás, tan pronto como transcurrieron los tres días de cortesía que la Orden le regaló para recuperarse del hechizo y comprendió que no tenía caso lamentarse por lo irrecuperable. Fueron tres días en los que no pudo dormir porque los ojos le sangraban, la cabeza amenazaba con estallarle y la confusión de no verse le hacía pensar que ya no existía.

En cierto modo, lo hizo. Dejó de existir para sí mismo.

«Tonterías», se replicó en el presente, sacudiendo la cabeza. «Estás exagerando».

—Has recibido un honor como ningún otro —recordó que le había dicho la Sehara durante el segundo día de convalecencia, cuando le limpiaba la sangre de las mejillas—. Debes estar orgulloso de haber

sido escogido y de que tu vida tenga sentido. No todo el mundo puede decir lo mismo.

«Sí, he recibido un honor como ningún otro», se repitió en la habitación del hotel. «Debo estar orgulloso de haber sido escogido».

—Entonces... —retomó Li Zhen con tiento—. ¿No te has visto desde que tenías doce años?

—No me he visto nunca —respondió en voz alta, como si levantando el tono pudiera ponerse a salvo de sus pensamientos—. Los espejos no están permitidos en la Orden porque fomentan el narcisismo, y uno de los pilares de nuestra organización es la humildad. Pero no es como si hubiera echado en falta mi imagen en todo este tiempo —apostilló antes de que se le ocurriera volver a criticar su cultura.

—¿Cómo no la vas a echar en falta? —se extrañó, cada vez más anonadada—. Nuestro físico nos otorga una sensación de identidad que no puede darnos ni siquiera la personalidad, incluso si esta es la que en teoría importa. Yo, por ejemplo, si no supiera que soy asiática, nunca habría comprendido el modo en el que algunos occidentales interactúan conmigo. Hasta la apariencia es una herramienta para moverse por el mundo. Me atrevería a decir —añadió, cruzando las piernas. El roce de la piel de los muslos distrajo a Cassiel— que no está ni exenta de contenido político.

—En tu contexto, que es la Tierra, la belleza posee cierta importancia —convino, todavía tenso—. De ahí que estimes necesario conocer tu aspecto. En el Autem es irrelevante. El atractivo físico no te concede privilegios, y me parece justo. Así podemos centrar nuestras energías en lo verdaderamente sustancial.

—No todo lo sustancial está en el interior, y no todo en la vida debe ser trascendente —replicó ella con severidad—. Nunca viene mal perder el tiempo con insignificancias, Cassiel. Aunque solo sea para refugiarnos por un rato de las pesadas tragedias del mundo.

Cassiel levantó la barbilla hacia ella, esta vez más interesado en sus comentarios audaces que irritado. Li Zhen había sido tajante, reacia a cederle terreno en aquella discusión.

Le costó entender adónde quería llegar. Cassiel había dado por hecho demasiado rápido que él no sabía lo que era la intrascendencia porque toda su vida había estado y seguía estando supeditada a la solemnidad de su nombramiento. Pero muy pronto recordó los ratos de serenidad en los que podía ponerse a salvo de todo y de todos con una guitarra en el regazo y su expresión se suavizó.

Se alegró de que, aunque fuera en un aspecto, hubieran llegado a un entendimiento. Se alegró también de que no se hubiera marchado aún. Debía de haberla asombrado de veras con su historia, o a lo mejor había apelado a la compasión que escondía hasta de sí misma.

—Si el físico es tan importante, ¿cómo me describirías, entonces? —inquirió Cassiel, más relajado.

Le pareció buena señal que no encontrara las palabras adecuadas enseguida.

—Eres... —contestó, vacilante— alto.

—Eso ya lo sé. A excepción de la de Valois, la mayoría de las voces que escucho suelen provenir de un punto inferior a mi nariz o barbilla, así que he calculado que mediré un metro ochenta y siete, más o menos. ¿Qué más?

Tomó asiento frente a ella en el sillón cercano con cuidado de que no chirriaran los muelles.

—También eres rubio.

—Lo daba por sentado. Todos los albos lo son. Y tengo los ojos azules, ¿verdad? —añadió con una sonrisita, previendo que ella se mosquearía por interrumpirla.

Así fue, y lejos de lamentarlo, se emocionó por haber sabido adelantarse a su reacción.

—Bueno, pues si tanto sabes sobre ti mismo, no necesitarás que yo pierda el tiempo haciéndote de espejo —rezongó, poniéndose en pie.

Cassiel evitó que se marchara alargando la mano de manera intuitiva. Más por casualidad que porque hubiera calculado la

distancia, le cubrió la curva de la cadera: lo que había quedado a su altura después de que se levantara.

—No te vayas —le rogó humildemente—. Quiero saber quién soy.

—No voy a decirte quién eres, solo *cómo* eres.

—¿No es lo mismo? El cómo hace el quién.

—Míralo —se burló con sarcasmo—. Es filósofo, también.

—La verdad es que he tenido tiempo libre para leer a los grandes pensadores. Si es cierto lo que dice Platón de que la belleza es uno de los rostros del bien, y que solo a través del bien se puede alcanzar la felicidad, me complacería muchísimo descubrir que no soy un adefesio.

Ella soltó un jadeo que simulaba una carcajada, como si le hubiera sorprendido que supiera bromear. Aun desganada, seguía siendo una carcajada, y daba la casualidad de que Cassiel atesoraba la risa de los demás como oro en paño.

Había aprendido a imaginar el rostro de sus allegados en función de sus voces, pero cuando estas no ofrecían las suficientes pistas para dibujarlos en su mente, su manera de reírse despejaba las dudas. Siempre le había parecido el sonido más bello del mundo, pero si había aprendido a estimarlo un bien que merecía ser celebrado, se debía a su escasez. En el templo de la Orden no había tenido la suerte de oír la risa de nadie, tan solo la de Alastor, y no solía ser genuina.

La Sehara jamás se reía: así lo declaraba con un orgullo inquietante. Los sacerdotes, por otra parte, no creían en la diversión.

—Un adefesio no eres, eso tenlo claro —resolvió Li Zhen con un desenfadado forzado—. Como ha dicho Dagon, no existe magnánimo feo.

Él abrió la boca para replicarle, pero se contuvo a tiempo, sospechando que no le haría gracia conocer sus teorías.

Se suponía que no existían magnánimos desagradables a la vista, no. Y, sin embargo, no era eso lo que había sacado en conclusión

tras reflexionar sobre los intercambios verbales entre El Quinto Arcano y Li Zhen.

Incluso entre algunos huéspedes del hotel y Li Zhen.

Le constaba que, cuando la gente percibía a un individuo como bello, tendía a utilizar un tono aterciopelado rayano en la condescendencia y se mostraba más dispuesta a ceder. Así era como Evrani se dirigía a Dahlia, por quien Cassiel había descubierto que sentía una clara debilidad, o como todo el mundo trataba a Dagon y a Valois. Con Li Zhen, en cambio, los magnánimos habían adoptado una actitud a caballo entre el recelo y la compasión.

Considerando que nadie sabía nada más allá de la legendaria guerrera que su impecable carrera bélica, ¿qué otra razón existía para volcar en ella una suerte de triste misericordia, si no se debía a una carencia física?

Sacudió la cabeza para ahuyentar hipótesis que pudieran ofenderla.

—Supongo que la pregunta es... —retomó Cassiel, enderezándose— ¿soy atractivo?

—Eso depende de quien te mire.

—¿Y si eres tú quien me mira?

—Para ser un seráfico que ha pasado veintiocho años encerrado en una habitación leyendo libros, eres un tanto atrevido, ¿no te parece? ¿Qué tipo de no ficción has consumido? ¿*El arte de la seducción*?

—Me considero más bien una criatura que sabe adaptarse a las costumbres del lugar al que va. «Donde fueres, haz lo que vieres», ¿no es eso lo que se dice? Y, que yo sepa, aquí no es delito interesarse en las opiniones de una mujer.

—Puede ser peligroso si la mujer sabe kung-fu y la violentas con tus coqueteos.

—¿Y cómo es que un coqueteo te resulta más violento que el kung-fu?

—No estábamos hablando de mí —atajó con sequedad—, sino de tu aspecto.

Cassiel se recostó contra el respaldo y apoyó las manos entrelazadas sobre el vientre. Disimuló una sonrisa satisfecha. Empezaba a darse cuenta de que Li Zhen se ponía a la defensiva cuando se sentía halagada.

Curioso. Pensaba que a todo el mundo le gustaba que le dijeran cosas bonitas.

—Estoy esperando datos concretos. Algo que no pueda saber si no es por tu boca. Tómate tu tiempo —la invitó con un elegante ademán—. No es como si tuviéramos que salvar el mundo o algo así.

Li Zhen le tomó la palabra y pasó un buen rato observándolo. Cassiel sentía un cosquilleo en las zonas de la piel que eran intensamente escrutadas, y sucedió que tuvo que reprimirse para no rascarse la cara.

—Tienes lunares —fue lo que dijo tras la valoración.

Él separó los labios, sorprendido.

—¿De veras? Eso no me lo esperaba...

Se le olvidó lo que iba a decir a continuación al sentir que ella se inclinaba sobre él para rozarle un punto sobre la ceja izquierda.

—Tienes uno aquí... y otro aquí... —Pulsó suavemente a un lado del tabique nasal—, un tercero en este lado —deslizó la yema hacia el borde de la barbilla, y entonces la oyó sonreír—. Es un lunar muy suicida; parece que se esté agarrando a tu hoyuelo para no caerse del mentón.

—¿Tengo un hoyuelo también?

—Sí, y suele llamar «barbilla partida». Es una fisura genética en forma de «y».

—Genética —repitió con un hilo de voz.

Los dos oyeron el subtexto bajo aquella palabra, pero solo Li Zhen se animó a plantear la duda.

—¿Tus padres la tenían?

—Los albos nunca conocemos a nuestros progenitores. Entendemos que la única responsable de nuestro nacimiento y fuente de nuestro poder es la antigua diosa.

—Te ahorras el sufrimiento de la pérdida, entonces —valoró en voz baja, todavía inclinada sobre él. No había apartado el dedo de la barbilla. Siguió con la yema la extensión vertical de la hendidura. Para asegurarse de que la conversación no seguía por derroteros familiares, inquirió—: ¿Nunca te has tocado la cara por mera curiosidad? Habrías sentido el hoyuelo.

—Supongo que sí, pero no soy tan perceptivo conmigo mismo como con los demás. ¿Tengo pecas? Una vez vi a una amiga humana de El Magnánimo con pecas y pensé que eran... divertidas.

La sintió sonreír con la elección de palabra.

—No, no tienes. Pero ponte un rato al sol y te saldrán.

—El sol directo me hace daño a los ojos.

—Los ojos —repitió ella en tono pensativo. Apartó la mano de su rostro con gentileza y volvió a enderezarse, pero ni se sentó, ni amenazó con marcharse—. Sobre eso... te has equivocado. No tienes los ojos azules. No como pueden serlo los de Valois, por ejemplo. Algunos invidentes carecen de pupila o la tienen borrosa, y enfocar la vista está fuera de sus habilidades. Pero tu mirada es diferente. Sé que ver no te es posible, igual que los retratados en un cuadro tampoco pueden hacerlo, y, aun así, aquellos que han sido pintados por artistas con talento dan la sensación de que te estén observando con una intención... —Carraspeó, avergonzada por haberse ido por las ramas—. Quiero decir que tus ojos no pueden expresar emociones, porque las emociones son cambiantes..., pero sí sentimientos. Atributos del carácter. Todo aquello que es fijo. Reflejan quién eres, como los de la joven de la perla reflejan inocencia: alguien cándido, pero no en el sentido de ingenuo, porque hay otros... rasgos en tu cara que lo desmienten, unos más rígidos, más... masculinos, sino en el sentido de... de que te hacen humano —reconoció a trompicones—. Es curioso, porque vienes de un linaje de seráficos que se caracterizan por su frialdad.

Cassiel la había estado escuchando con el corazón en un puño.

Pensó que parecer humano, parecer cándido, era incluso más importante que ser el Iluminado. Nunca sabría, porque ni siquiera él mismo fue consciente, de cuánto significó que se refiriera a sus ojos en términos de belleza. Incluso los sacerdotes que le admiraban por su sacrificio, aprensivos o no, procuraban no mirarle a la cara.

—Fíjate en quién se arriesga ahora a hacer suposiciones sobre mi carácter —se atrevió a bromear con el corazón encogido.

—Anoche evitaste que me mataran a pesar de ser... insufrible, como tú mismo señalaste. Me he beneficiado de tu piedad, y todo el mundo sabe que ese es un rasgo humano. Por tanto, no son suposiciones. Es algo que he visto y que para colmo me ha salvado el culo.

—A lo mejor evité que te mataran porque formas parte de El Quinto Arcano y es mi deber proteger a mis compañeros... O a lo mejor —continuó, envalentonado— te salvé por razones totalmente egoístas, como que pretendo seguir insistiendo en que podrías ser alguien para mí.

—Pues vas a tener que encontrar razones de peso que sustenten esa teoría más allá de que te haya gustado mi perfume. Lamento decirte que no serías el primer hombre que me persigue por un pasillo del supermercado porque huelo bien.

—No todos mis motivos guardan relación con mis reacciones corporales. Las tuyas también son significativas. Tu respiración se ha agitado cuando has empezado a describirme, y eso me lleva a preguntarme si no estás a la defensiva conmigo por un motivo distinto de mi raza.

No lo dijo con la intención de acorralarla. Ni siquiera fue un flirteo. Se expresó desde la incertidumbre. Porque sí, el odio podía afectar al aliento, al habla y hasta al equilibrio, pero no sentía en el pulso de Li Zhen la clase de palpitación virulenta asociada con desearle el mal a alguien.

Transcurridos unos segundos, la oyó murmurar:

—De veras pareces ser consciente de todo lo que te rodea. Es... terrorífico, además de una gran responsabilidad.

—No es ninguna fuente de conocimiento cuando no sabes cómo interpretarlo. Pero sí, soy consciente de lo que me rodea. Por ejemplo, no dejo de notar que tu piel irradia calor en este punto... —Se inclinó hacia delante, atraído por el foco de calidez que había estado atrayéndolo durante toda la conversación. Sus dedos se toparon con la textura de una piel suave y con un vello fino, casi imperceptible. No supo a qué parte del cuerpo pertenecía, pero se tomó la libertad de recorrerla hacia arriba hasta que sus nudillos rozaron una tela de seda. Entonces lo entendió—. Llevas las piernas desnudas —apreció con un nudo en la garganta, conmocionado—. Por eso lo noto.

—Me he puesto un quipao sin medias —explicó con voz queda.

—¿Y cómo... se ve eso?

—¿Nunca has visto unas piernas?

—Solo las mías, y cuando era niño. Feas y huesudas.

—Entonces no voy a poder comparártelo con nada.

Desde luego, la sensación era incomparable. Indescriptible incluso para él, que estaba acostumbrado a buscar paralelismos para hacerse entender con aquellos que sí podían ver.

Li Zhen no le había espetado que apartara la mano, así que transformó el inocente roce inicial en una caricia con la palma abierta. Rodeó lo que debía ser el muslo y se deleitó con lo diferente que era del suyo, más estrecho en grosor, más suave al tacto, pero con la musculatura igualmente apretada, como correspondía a una mujer que llevaba mil trescientos años recorriendo el mundo.

La oyó atragantarse con la respiración antes de tomar una gran bocanada de aire, y, envalentonado por lo que interpretó como una invitación, la acarició hacia abajo.

—Estoy tocando tu rodilla, ¿verdad? —murmuró.

—No es la parte más llamativa del cuerpo humano, si quieres mi opinión.

—¿Y cuál es la parte más llamativa del tuyo?

—Eso depende de quien me mire —repitió su respuesta anterior, pero mucho más despacio.

—¿Y si soy yo quien te mira?

—Es muy probable que la reacción fuera la misma que si me mirara cualquier otra criatura: no podrías apartar la vista de mi cara —respondió con amargura.

Entonces sí retiró la mano, pero no con el desdén al que había intentado acostumbrarlo, sino con el cansancio propio de la resignación.

Aquel cambio de registro intrigó a Cassiel, que trató de improvisar una respuesta rápida para retenerla donde estaba. No fue lo bastante ingenioso, por desgracia. Li Zhen ya estaba en su camino a la salida cuando la puerta se abrió y Valois hizo su aparición.

—¿Estáis listos? Ya nos vamos.

Capítulo X

«¿Podré llegar a tu morada
aunque sea en sueños?»
Pensando siempre en ti, mi amor
Li Bai

Había tenido que aparecer El Quinto Arcano con una misión de vida o muerte para que Li Zhen saliera a divertirse.

Pese a su pasión por la música, no recordaba haber pisado la arena de un concierto jamás. Tampoco una discoteca, y dejó de visitar pubs tan pronto como descubrió que podría acabar consagrando su vida al alcohol, tal era el efecto apaciguador que ejercía sobre sus nervios crispados.

Aparte, no había tenido un solo amigo con el que salir desde que asesinaron a su familia. Odiaba quedar a merced de la opinión de la gente, que, cuando no se mostraba aprensiva al reparar en sus defectos visibles, la importunaba y hasta ofendía con su despreciable curiosidad.

Si atendía a los criterios psicológicos que tan de moda estaban gracias a las terapias cognitivo-conductuales, comprendía por qué su estado mental era crítico. No tenía cubierta ni una sola de las necesidades básicas relativas a la socialización, y había tenido que ponerse nerviosa como una adolescente por las travesuras que hacía la mano de un hombre virgen para darse cuenta.

Por esto decidió que esa noche haría una excepción a sus rígidas normas y pagaría cuantas copas le apetecieran en la barra del recinto.

En tanto que esperaban a que las luces se apagaran y comenzara la puesta en escena de Fenghuang, Li Zhen bebió de forma compulsiva de su vaso de plástico, por el que había pagado una suma desorbitada. Alternaba sorbos y miradas nerviosas hacia Cassiel, quien no había dejado de deambular por el espacio, empapándose de estímulos externos, con una sonrisa maravillada.

Cualquiera que lo viera, así de alelado e inocentón, estaría pensando que había consumido maría.

Li Zhen se aferraba a esta penosa descripción porque rehusaba aceptar que se le antojaba entrañable, con su pasión por la lluvia, sus caras de incomprensión cada vez que Dagon hacía una referencia cultural y sus quejas hacia la contaminación acústica.

«Entrañable», repitió, ofuscada. «¿Qué coño dices?».

No estaba aún lo bastante borracha.

Vació lo que quedaba del *baijiu* para abalanzarse sobre la barra a pedir otro. Era una de las bebidas espirituosas más vendidas del mundo, pero no la había encontrado en Carolina del Norte.

Para resarcirse, pensaba darse un atracón. Se lo había ganado.

Era su licor preferido y le traía muy buenos recuerdos de algunos de sus mejores siglos como guerrera. Llevaba destilándose desde la dinastía Yuan, cuando El Cuarto Clan ya la había nombrado *shìzhě*, emisaria de misiones específicas, por méritos propios y antigüedad. Sus compañeros y ella afrontaban con la necesaria seriedad las encomiendas de La Magna, pero se divertían a lo grande cuando tocaba descansar. El *baijiu* corrió en cantidades ingentes durante las noches de guardia más tranquilas.

Li Zhen se acodó en la superficie de latón frío de la barra y desde allí suspiró hacia la pista, que se iba llenando de un público de todas las edades, géneros y estilos de vestir. Cabrían alrededor de doce mil personas, un número que le formó un nudo en el estómago.

Si iban a desaparecer de la noche a la mañana por una razón por descubrir, no le extrañaba un ápice que la agencia de inteligencia y las comisarías anduvieran ajetreadas. Si no lograban encontrar a los desaparecidos y devolverlos a sus casas sanos y salvos, si, por el contrario, los descubrían muertos, les tocaría afrontar una tragedia con pérdidas humanas incalculables.

—Noto focos de calor a mi alrededor —oyó que decía Cassiel, concentrado en descifrar los detalles del entorno. Parecía hablar para sí mismo, pero gozaba de muy buena compañía: un grupo de mujeres jóvenes se había acercado a él, atraídas por su aspecto de

jovencísimo Jon Bon Jovi—. Ningún olor prevalece sobre otro. ¿Cuánta gente puede haber aquí ahora mismo? ¿Ochocientas?

—Las suficientes para hacer las delicias de tu noche —respondió una de ellas. Li Zhen maldijo sus sentidos hiperdesarrollados por hacerla cómplice de conversaciones que no quería escuchar, y maldijo también que Cassiel supiera chino mandarín y pudiese entenderlas—. ¿Por qué estás tan solo? ¿No has venido con nadie? ¿Una novia, a lo mejor?

Li Zhen puso los ojos en blanco.

Echaba de menos los tiempos imperiales, cuando las mujeres se limitaban a pasear sobre sus sandalias de madera y bajo los parasoles de colores, esperando que un hombre las abordara en lugar de abalanzarse ellas sobre los solteros como hienas.

«¿Qué clase de pensamiento sexista es ese? ¿Ahora eres una nostálgica del "cualquier tiempo pasado fue mejor"?», se reprochó.

—¡Oh! —exclamó una de ellas—. ¡Es ciego! Quiero decir... Ay, perdón, ¿te he ofendido? Es que me ha pillado por sorpresa, no es que tenga ningún problema, sino... De hecho, mi hermano pequeño es sordo y ayudo en una asociación de personas con discapacidad, o sea que...

—No te preocupes. Entiendo que puede sorprender.

—¿Cómo es que has venido a un concierto?

—Bueno... Los ciegos podemos escuchar.

—¡No quería decir eso, sino...! ¡Estás en un sitio lleno de gente y has venido solo! ¿No temes perderte? ¿Te gustaría que te acompañáramos?

«Damas y caballeros», pensó, «las mujeres en todo su esplendor. ¡Complejo de salvadora a la vista!».

Li Zhen odiaba la condescendencia y el paternalismo como solo podía odiarlo una persona que lo había sufrido durante siglos de parte de los hombres, si no por el hecho de ser una mujer guerrera, por las cicatrices que la afeaban, pero se alegró de que al menos las chicas se hubieran acercado a Cassiel para ayudarlo, no para flirtear con él.

Se molestó con sus absurdos celos y se giró hacia la barra, dándoles la espalda deliberadamente. Mala idea, porque seguía pudiendo escucharlos y, por muy Iluminado y futuro magnificente que fuera, Li Zhen se preocupaba por su bienestar. Le había demostrado más de una vez que era en exceso inocente, carne de cañón para las maldades de la Subrealidad.

—Ata en corto a tu novio, ¿no? Que no hemos venido a ligar —le dijo Dagon. Se había acercado a la barra también y, acodado sobre la superficie con un aire de macarra sin redención, esperaba con una sonrisita suficiente a que le atendieran. Se inclinó hacia ella como quien no quería la cosa y se cubrió la boca para susurrar—: Por desgracia.

—Justo el que faltaba. —Dio un trago nervioso—. No sé de qué me estás hablando.

Pero lo supo cuando se giró de nuevo y se topó con una situación de acoso que solo podía propiciar la llegada de una superestrella. Cassiel había sido rodeado por las cinco amigas. Una de ellas se había levantado la camiseta para que pudiera tocarle el *piercing* del ombligo con el dedo; otra había inclinado la cabeza hacia él, ofreciéndole la textura de sus trenzas africanas.

—¿Te dolió? —preguntaba Cassiel en todo su cándido esplendor.

—Usan anestesia para que no lo notes, pero sí, la curación fue dolorosa. Eso no me impidió hacerme otro tiempo después —continuó en tono risueño—. Aunque no lo creas, es adictivo.

—¿Me dejas tocar ese otro que te hiciste?

—¿Ese otro? No, no, no... —se rio como una gallina clueca, con un tinte travieso, y sus amigas la secundaron—. Para eso tendría que desvestirme, ¿entiendes?

—Por eso no te desveles. No soy impresionable en ese sentido —respondió con llaneza.

—¡Míralo, qué espabilado es! —se carcajeó la chica del *piercing*—. No me importaría enseñártelo, claro..., pero en un sitio privado.

—¿Ahora? No me puedo mover. Tendríamos que esperar a que termine el concierto. Entonces puedo acompañarte a donde quieras.

—¡Suena genial! —respondió la chica del *piercing*, acercándose un paso más—. Aunque a cambio me tendrías que enseñar algo tú... ¿Qué hay de ti, rubio? ¿Tienes algo interesante que me pudiera hacer ilusión tocar?

—Eso depende de lo que tú encuentres interesante —contestó él con una sonrisa educada—, pero creo que podría sorprenderte.

Li Zhen jadeó, perpleja.

Ya había descubierto un rato antes que no se le daba nada mal coquetear, un hecho asombroso considerando que había pasado años encerrado, pero ¿cómo era posible semejante desenvoltura?

—No se le puede sacar del cortijo, ¿eh? Es como un caramelo en la puerta del colegio —se mofaba Dagon—. ¡Y parecía tonto cuando lo compramos!

—Cierra el pico —masculló, y apretó con tanta fuerza el vaso que lo redujo a una bola de plástico—. Ve y dile que se deje de estupideces, que estamos aquí para cumplir una misión.

—Por ahora todo está despejado, no nos hace falta su ayuda. —Dagon se encogió de hombros y dio un buche a su cerveza, pero reconsideró la pose indiferente cuando Li Zhen le lanzó una mirada agresiva—. Oye, oye, calma. ¿Por qué no vas tú, si tanto te pica?

Porque si se acercaba perdería el control, como le había sucedido en el dormitorio. Si le cedía solo un poco de terreno al «tonto cuando lo compraron», ella acababa acorralada, y él con el dominio de la situación y de sus sentidos.

Era desesperante lo atractivo que estaba con aquellos vaqueros deslavados, una camiseta escotada y una chupa de cuero viejo. Las chicas lo habían despeinado pasándole las manos por el pelo, solo la diosa sabía con qué pretexto, y al sonreír se le marcaban aquellas arrugas tan favorecedoras que le conferían un aire travieso pero terriblemente dulce a la vez, como el chico malo que con la compañía adecuada se vuelve suave como la seda.

Li Zhen cerró los ojos para aislarse de sus emociones.

No tenía sentido negar que deseaba a ese tipo con locura. No sabía ni por qué ni cómo deshacerlo, pero comenzaba a pesarle y la

misión no había hecho sino empezar.

Las luces se apagaron de pronto, inaugurando así el concierto. El alivio inundó su cuerpo cuando, a través de la parcial oscuridad, observó que Cassiel se había desembarazado de su nuevo grupo de admiradoras.

Seguía formando parte de la tropa, pero al menos no lo estaban tocando.

Se ordenó olvidarse de él e intercambió una mirada rápida con Dagon, que se la devolvió con la conveniente seriedad. Ambos se pusieron alerta y, tal y como habían planeado, se separaron a lo largo de la pista para cubrir distintos puntos cardinales.

Valois, Dahlia y Evrani se habían distribuido por las gradas.

No tenían ni la menor idea de qué podría pasar, si alguien se cerniría sobre el público, si un hechizo los haría desmaterializarse, pero era menester que cada uno estuviera pendiente de una parcela.

El ascenso de los cortinajes del escenario reveló la agrupación de músicos: Fenghuang ya estaba en escena, cada uno armado con su respectivo instrumento. Los tres miembros llevaban la cara tapada con una máscara inquietante que recordaba a la de Hannibal Lecter. El guitarrista inauguró el concierto improvisando un riff de guitarra. Los acordes estallaron en los altavoces, levantando los ánimos de un público que enseguida dio lo que se esperaba de él: puños al cielo, gritos, aplausos, saltos.

Li Zhen no apartó la vista de la amalgama de gente y se fijó en sus expresiones.

Por el momento, todo era normal.

Hasta que el cantante agarró el micrófono con las dos manos y entonó la letra. Entonces, la actitud del público sufrió una inquietante transformación.

Lo que al principio había identificado como la jovialidad habitual de los conciertos mutó a un furor desaforado. Había una diferencia abismal entre la vehemencia escandalosa propia de los rockeros con la que se le aullaban obscenidades al vocalista, quien solía ser el

artista predilecto de una agrupación, y la violencia que de pronto se apoderó de la gente.

Reconoció algo oscuro en el ambiente.

Incluso ella sintió el extraño deseo de unirse a la locura general.

Se fijó en las cabezas que se movían sin orden ni concierto al son de la canción, en los rostros desfigurados por los efectos de lo que parecía una droga activadora del sistema nervioso, y comprendió lo que estaba sucediendo.

—Los hipnotizan a través de la música —sentenció Cassiel. Li Zhen estaba tan concentrada en los alrededores que respingó al oír su voz a la espalda. Lo miró por encima del hombro y se topó con ese semblante sombrío que le endurecía los rasgos, haciéndole parecer mayor, cuando lo llamaba el deber—. O tienen un hechicero o lo tuvieron, porque no sé si es la música en sí lo que los atrae o es el cantante. Lo segundo es improbable, ¿verdad? No percibo en él un aura magnánima.

—Es humano —le confirmó Li Zhen—, pero es él quien los está... enloqueciendo.

Como Cassiel no respondía, lo miró y se encontró con que estaba murmurando unas palabras en el idioma rúnico. Había cerrado los ojos y levantado las manos a la altura del pecho, como si estuviera sujetando el aire. De las yemas de sus dedos emergieron las mismas chispas doradas que iluminaron el abanico de sus pestañas.

—¿Qué haces? ¡Te van a ver!

—No pueden verme. Intenta hablar con alguien y verás que no son conscientes de nada que no sea la música. Estoy improvisando un contrahechizo.

—¿Improvisando?

Cassiel abrió un ojo para mirarla con sorna.

—Como comprenderás, en *El Libro de la Sehara* no había nada sobre canciones de rock con propiedades hipnotizadoras. Pero no te preocupes, que soy excelente en mi trabajo.

En tanto que el Iluminado hacía lo propio, Li Zhen se acercó a la masa de gente con la intención de conocer de primera mano los efectos. Agarró a un tipo al azar por el hombro e intentó girarlo al grito de «¡Eh, tú!». Estaba casi segura de que no reaccionaría, pero no solo la encaró con los ojos inyectados en sangre y las comisuras de la boca salpicadas de espumarajos, sino que intentó atacarla con la clase de fuerza desmedida que conferían los subidones de adrenalina.

Fue más rápida esquivando el peso de su cuerpo y utilizó una secuencia de golpes de kung-fu para desembarazarse de él: lo agarró por el brazo y se aprovechó de la distribución de los pesos de su cuerpo para hacer palanca y arrojarlo hacia atrás por encima de su hombro.

No le dio tiempo a preocuparse por si le había roto un hueso a quien no dejaba de ser un inocente. Se incorporó a una velocidad sobrehumana. Pensó que se dirigiría hacia ella, pero la esquivó como si de pronto no pudiera verla y se unió de nuevo al concierto con una mano arriba, gritando hasta desgañitarse.

Li Zhen alzó la barbilla para buscar entre las gradas al resto de El Quinto Arcano. Uno de ellos había llevado a cabo la misma estrategia. Se podía apreciar un sospechoso círculo despejado entre la masa ingente de carne mortal y cadenas, señal de que allí estaba teniendo lugar una pelea.

Estaba preguntándose de quién podría tratarse cuando se giró hacia Cassiel y vio que Evrani se había unido a él. Copiaba su postura y repetía el sortilegio para reforzar el contraataque.

Por primera vez en mucho tiempo, Li Zhen se sintió impotente.

En El Cuarto Clan había aprendido que era poco lo que la fuerza bruta podía obrar cuando un sacerdote nigromántico estaba trabajando. Más de una vez se había quedado observando de brazos cruzados a los sabios, sobre todo en los últimos tiempos, cuando las batallas se libraban con estrategia y no empleando las dos manos.

Evrani había empezado a sudar por el esfuerzo de salvar a más de diez mil criaturas cuando clavó en Li Zhen una mirada grave.

—Tienes que hacer que ese cabrón se calle. *Ya.*

En teoría las órdenes se las daba Valois, pero estuvo conforme con la estrategia y le dirigió un asentimiento. Estaba preparada para sortear a la gente y llegar hasta el escenario cuando un escalofrío familiar le puso el vello de punta; el que la advertía de que algo terrible estaba a punto de suceder.

Miró por encima de su hombro hacia Cassiel y observó que, unos pasos por detrás, una avanzadilla de criaturas no identificadas se aproximaba con la clara intención de poner fin a su amenaza.

Li Zhen masculló una imprecación y dio un salto de varios metros para interponerse entre los hechiceros y el grupo que se preparaba para atacar. Eran seis. Algunos tenían un aspecto monstruoso, rostros con los rasgos distribuidos de un modo caótico, pero otros eran tan humanos como los amantes de la música que los rodeaban.

Se llevó una mano a la espalda, ahí donde las correas bajo la ropa habían mantenido sujetas sus dos dagas cortas, y extrajo una para rebanarle la garganta al primero que se acercó a Cassiel. Con el rabillo del ojo se aseguró de que era mortal y no se regeneraba, como algún que otro de los grimorianos que había combatido en las batallas más cruentas. No lo hizo: se desangró con las manos alrededor del cuello.

Uno de los monstruos aprovechó su distracción para arrojarse sobre ella por el lateral. Consiguió agarrarla por la muñeca para intentar que soltara la daga, pero Li Zhen fue más rápida extrayendo la otra con la mano libre y hundiéndole la hoja en uno de los ojos.

Tuvo que ponerle un pie en el pecho para arrancársela y esquivar un chorro de sangre oscura doblándose hacia un lado.

Quiso la mala suerte que salpicara sin querer a Evrani.

—¡Joder! —protestó con un rugido—. ¡Qué puto asco!

—Disculpa —murmuró Li Zhen, y le dirigió una reverencia que le sirvió también para esquivar la bala que disparó uno de los atacantes.

Era uno de los guardias de seguridad.

En tanto que hacía quiebros y acrobacias en el aire para dirigir el cañón del arma lejos del punto donde Cassiel y Evrani hacían lo propio, puso la mente a trabajar para pensar en un modo de desarmarlo. Estaba blindado por un compañero dotado de buena puntería.

Li Zhen se olvidó de las dos dagas que empuñaba y, al tiempo que se agachó para evitar que le incrustaran el proyectil en la cabeza, levantó la pierna para partirle la muñeca al portador de la Glock de una certera patada. Se encargó del otro incorporándose con la mano de la daga en alto, que arrojó sobre su antebrazo con la certera potencia de la guillotina.

Lo lisió en el acto.

Oteó el panorama por encima de la cabeza de los dos guardias en busca de nuevos enemigos. Se habían reagrupado y ahora componían una fila de veinte. Li Zhen había matado al doble de ese número en sus mejores tiempos, y con mucha peor visibilidad, pero liquidar inocentes no era su objetivo.

Lanzó una mirada rápida al escenario y afinó los oídos a tiempo para reparar en la letra que entonaba el vocalista. Desconocía si era o no era la canción original, pero el mensaje en chino estaba claro: invitaba a su público a atacar a sus enemigos, y a ese público hechizado no le costaba reconocer a El Quinto Arcano como tal, porque eran los únicos inmunes a la música.

El alma se le cayó a los pies.

—¡No podemos matarlos a todos! ¡Hemos venido a salvarlos, joder! —exclamó Dagon a unos pasos de distancia, placando contra el suelo tan gentilmente como era posible a una mujer que se debatía con violencia, los ojos teñidos de negro cabrón, la boca empapada de babas—. Lo siento mucho, cariño... No quiero hacerte daño, de verdad. ¿Dónde cojones está el puto Valois?

—¡Eso digo yo! —rugió Evrani, y apretó los ojos cerrados tras sacudir la cabeza con impotencia para seguir pronunciando las runas —. ¡Esto no sirve para nada, mierda!

—Si no sirviera, ya estaríamos muertos —repuso Cassiel, calmado. No había abierto los ojos. Con la pose de un budista en plena meditación, parecía ajeno al caos y al horror; una estatua elevada sobre el suelo que resplandecía en medio de la oscuridad—. Os estoy dando tiempo para haceros cargo del vocalista. Gracias al conjuro, el campo protector del vocalista ha desaparecido y ahora es vulnerable a lo que queráis hacer con él. Alguien tiene que adelantarse y matarlo.

Li Zhen no pudo ser quien hiciera los honores. Tanto Dagon como ella tuvieron que interponerse entre los dos grupos de asesinos que rodearon a Cassiel y Evrani desde los flancos este y oeste. La guerrera afiló las hojas de las dagas raspándolas la una contra la otra y, manteniéndolas cruzadas ante el rostro para protegerse, se arrojó sobre el primero con iniciativa, un muchacho joven y desarmado.

Al principio trató de replicar la buena voluntad de Dagon limitándose a bloquearlos, a dejarlos inmovilizados con movimientos de artes marciales, pero no tardaría en comprender que esa estrategia los cansaría, y, cuando no, acabaría por matarlos.

Tragó saliva, impresionada por la tarea de asesinar a sangre fría a los seres que había jurado proteger como penitente, e hizo de tripas corazón. Procuró no emplear las llaves más violentas ni provocar muertes dolorosas: fue certera hundiendo la daga en el corazón y rebanando cabezas, y pudo hacerlo con la mente en blanco hasta que reparó con espanto en que estaban haciendo lo mismo que se había propuesto el bando enemigo.

Matar inocentes.

Alzó la cabeza hacia el techo en un momento dado, jadeando por el esfuerzo, y se encomendó a las fuerzas superiores de la creencia budista que inculcó en ella su tío abuelo.

En ello estaba cuando una onda expansiva imperceptible para el oído humano le llegó desde el fondo del recinto.

Li Zhen se giró hacia allí y observó que un hombre elegantemente vestido había arrancado uno de los barrotes de metal que separaban

unas gradas de otras. Había apuntado hacia el escenario. El movimiento del aire que la había atraído había sido el efecto de arrojarla con una energía sobrehumana; de que viajara por encima de sus cabezas en contra de todas las energías que se oponían a esta para aterrizar en el esternón del vocalista.

El barrote lo atravesó parte a parte con una fuerza tal que calló en el acto.

—Ahí estaba Valois, supongo —murmuró Li Zhen, derrotada.

Los efectos del contraataque final no fueron inmediatos. Dagon y ella tuvieron que seguir frenando los impulsos homicidas del público aún hipnotizado en tanto que Cassiel duplicaba sus esfuerzos. Evrani estaba tan exhausto que cayó sobre las rodillas, sudando a mares, pero el Iluminado echó la cabeza hacia atrás, impasible, y alzó la voz para concluir el sortilegio sin su colaboración.

Los mortales no volvieron en sí mismos, sino que se desmayaron como fichas de dominó, inutilizados para atacar.

Li Zhen relajó los hombros cuando el silencio se asentó en el recinto; la clase de silencio que dominaba los campos de batalla mientras el bando ganador se paseaba por las laderas comprobando que no había quedado títere con cabeza.

Nunca pensó que volvería a oír un silencio así.

Se giró despacio hacia El Quinto Arcano, notando la pegajosidad de la sangre en la piel, sobre todo en el cuello y la cara. Cassiel había permanecido intacto, como si nada ni nadie pudiera corromperlo. Ayudaba a Evrani a incorporarse con palabras de ánimo y enhorabuenas que no lograron tocarle la fibra al joven. Tampoco a Dagon, quien, con gesto sombrío, se agachaba para tender cuidadosamente en el suelo a una chica rubia con una herida mortal en el vientre.

Li Zhen pensó que estaba curada de espanto y que ya nada podía conmoverla, pero las lágrimas impotentes que corrían en silencio por las mejillas del empíreo, el tipo alegre del grupo, le impactaron más de lo que le habría gustado reconocer.

—No es justo —le oyó murmurar, arrodillado ante la muchacha. Le retiró el pelo sucio y manchado de sangre de la cara y le acarició el mentón con los nudillos—. No es justo.

Valois y Dahlia se materializaron en ese preciso momento. Ella se apresuró a auxiliar a Evrani y apaciguarlo con aquella voz suave y temblorosa que parecía ser lo único que apelaba a la ternura del medio hechicero.

—Disculpadme la tardanza —comentó el cabeza de clan, arreglándose las solapas de la americana como si volviera de intercambiar unos apasionados besos en un ascensor—. El vocalista estaba blindado por un hechizo de protección y no me ha sido posible actuar hasta que lo habéis solucionado. Muy eficiente, Iluminado —le halagó con una palmada en el hombro—. Tu colaboración ha sido asimismo inestimable, cigoto. ¡Enhorabuena a todos! Ahora convendría marcharse. No me gustaría que la policía me tomase declaración.

—¿Y qué hay de toda esta gente? —replicó Dagon, ceñudo.

—Despertarán —explicó Cassiel—. He tenido que emplear un hechizo de intervención mental para borrar todo rastro de hipnosis, pero ya deberían estar a salvo.

—¿Y si no lo están? —inquirió Dahlia—. ¿Qué es lo peor que podría pasar?

—Que la próxima vez que escuchen a Fenghuang, ya sea en Spotify o en la radio de un taxi, vuelvan a obedecer como soldados los mensajes de la música, tanto los explícitos como los ocultos —teorizó Li Zhen.

—Así es —confirmó Cassiel—. No desaparecen en los conciertos, sino *a raíz* de los conciertos, porque es aquí donde se les practica la hipnosis mediante conjuro. A partir de ese momento es cuando se vuelven susceptibles a los llamados. Basta con que se pongan unos auriculares o escuchen estas melodías en televisión para que se active el mecanismo de obediencia. Es ahí cuando desaparecen de sus casas.

—En aras de verificar la hipótesis, sugiero que nos llevemos a alguna víctima —comentó Valois, paseando una mirada valorativa por los cuerpos amontonados. La escena impresionaba. Parecían cadáveres—. Esperar a que el durmiente regrese al mundo de los vivos, reproducir la melodía y observar su reacción. De este modo podríamos desentrañar también el encantamiento de su curación.

—Nos llevamos a esta chica —decidió Dagon—. Aún respira.

—¿Te recuerdo la regla número tres de El Quinto Arcano? —inquirió Evrani con desdén—. No puedes acostarte con una mortal que haya salido perjudicada de una operación.

Dagon le dirigió una mirada fúnebre que acalló toda intención de burla.

—Es demasiado joven para morir, y esta herida solo podrá curarse si la atendemos ya. A saber cuánto tardan en llegar los paramédicos.

—Así sea. Queda bajo tu responsabilidad, Dagon —atajó Valois de buen humor. Sacó su móvil del bolsillo de la gabardina que acababa de ponerse y pulsó los comandos de emergencias—. Voy a avisar del atentado terrorista. Dahlia, ¿puedes hacer lo propio, querida?

—Por supuesto.

—¿Qué es «lo propio»? —murmuró Li Zhen, confusa.

—Alterar sus recuerdos —explicó Dahlia—. En estos casos, viene bastante bien, y he perfeccionado la técnica de manera que no tengo que ir uno por uno. Pinto una imagen general y la planto en la cabeza de quienes están a mi alrededor.

—Pensaba que solo tenías visiones.

—Resulta que en los últimos años se ha descubierto que los augures poseen mucho más potencial del que se les había estado reconociendo.

Abandonó al grupo para aportar su granito de arena.

Evrani no le soltó la mano hasta que había avanzado demasiado como para seguir tocándose.

Dagon cargó a la muchacha en brazos como un moderno Kevin Costner. Evrani y Valois encabezaron el camino hacia la salida, en el

que no hallaron resistencia o seguridad de ningún tipo; el segundo rescató una de las pistolas que los guardias habían soltado al caer redondos y disparó certeramente a los drones que habían estado grabando el concierto.

—Qué suerte que el hechizo no les incitara a grabar la puesta en escena con sus *smartphones* —oyó que decía Valois—. Un directo en Instagram habría bastado para arruinar nuestro bajo perfil...

Li Zhen lanzó una mirada rápida al escenario. Los acompañantes del vocalista asesinado también habían sido víctimas del coma inducido, como meros mortales que eran.

Trajo a su mente la expresión tenebrosa de Dagon al reparar en el daño que había causado tratando de hacer lo correcto.

Se le puso la piel de gallina y tuvo que abrazarse los hombros, desamparada. Se preguntó si acaso la humanidad estaba condenada a repetir una y otra vez el mismo cuento macabro: aquel en el que los villanos siempre se imponían y las víctimas siempre eran inocentes.

Capítulo XI

«Te veo como la luna,
velada por muchas nubes (...)
En vano tanto te quiero.»
Para mi amor
Chui Zhongrong

El regreso al hotel fue cuanto menos caótico.

El primero en bajar del vehículo fue Dagon, cargando en brazos a la joven con la urgencia que requería su estado.

Se debatía entre la vida y la muerte.

Tuvieron que acceder por la puerta trasera, señalada para las acosadas celebridades que se alojaban en el hotel. Valois exigió en recepción que subiera un médico discreto y prometió a cambio una recompensa astronómica. Evrani no dejaba de resollar, delirando por el esfuerzo al que había sometido un cuerpo demasiado frágil para albergar semejante poderío mágico, y Dahlia hacía cuanto estaba en su mano por sostenerlo.

El único que parecía inmune a lo sucedido y se conducía plácidamente por el edificio era Cassiel.

Nadie habría dicho que fuera ciego. Se orientó con naturalidad hacia el ascensor y se reclinó a un lado para que cupieran El Quinto Arcano y sus nervios a flor de piel.

Los sorprendió a todos soltando una carcajada.

—Tal y como me imagino la escena, estamos como para uno de esos chistes de «un inglés, un francés y un español se encuentran en un espacio cerrado» —comentó con jovialidad—. «Una mortal inconsciente, un hechicero ciego y una penitente milenaria van en un ascensor...»

—No tiene gracia —gruñó Dagon, que seguía descompuesto.

—Supongo que no —admitió Cassiel con un suspiro resignado—. Por cierto, no hay necesidad de llamar al médico.

Se giró hacia la muchacha, que apenas respiraba y había palidecido tanto que se le transparentaban las venas de las sienes y la mandíbula.

Como si no supiera dónde estaba, pero sí en qué espacio ubicar los órganos internos, Cassiel llevó los dedos índice y corazón a la mancha de sangre que surcaba el vientre de la joven. Murmuró una retahíla de palabras con una ternura hipnotizadora que atrajo los familiares chispazos dorados.

Para cuando la campanilla anunció que habían llegado al último piso, ya se había enderezado, en paz con su aportación.

Lo vieron salir entre perplejos y recelosos. Dagon fue el que levantó la camiseta de la herida con la clase de cuidado respetuoso que agradecería una joven mojigata.

—¡Eh! ¡No la has curado del todo!

Cassiel no se dio la vuelta. Siguió caminando hacia la suite de Valois, donde este último había ordenado que se reunieran para reorganizar la estrategia.

—No, no lo he hecho. Es una medida preventiva, por si siguiera hipnotizada y tratara de huir o atacarnos nada más despertarse —explicó el Iluminado—. Además, es suficientemente traumático abrir los ojos y verse rodeada de desconocidos como para colmo confirmar que está en perfecto estado después de haber experimentado el dolor de una herida mortal.

—¡Podríamos haber utilizado a Dahlia para borrarle el recuerdo!

—No, Dag —intervino la aludida. Fue la segunda en salir del ascensor, proclamando así dónde quedaban sus lealtades—. Estoy con el Iluminado en esto. Es mejor no intervenir en los recuerdos de los demás. Tienen derecho a saber qué han vivido.

Dagon apretó los labios.

—Hay veces que es mejor no saber —masculló para sí mismo, pero dejó de rezongar y obedeció la orden de Valois.

Li Zhen lo imitó buscando el móvil en el bolsillo trasero del vaquero. Lo sacó y se apresuró a localizar en internet en qué términos se hablaba de lo ocurrido en los medios de comunicación.

Las redes sociales y un par de periódicos locales ya se habían hecho eco de la terrible noticia. La gente esperaba que alguna comunidad terrorista diera la cara para atribuirse el atentado.

Valois había estado fino proponiendo de entrada la posibilidad.

Como si hubiera leído su mente, el penitente ralentizó el paso para situarse a su lado y dijo:

—Te sorprendería saber cuántos actos de terrorismo han sido resultado de un enfrentamiento como el que hemos vivido hoy.

—No, no me sorprendería. He sido víctima, cuando no directa responsable, de muchos de ellos.

Aunque tenía la vista clavada al frente, Li Zhen sintió la intensa mirada azul purpúrea de Valois en su perfil, arrugado por una mueca impotente.

—Uno nunca termina de acostumbrarse a esta violencia injusta, ¿verdad? Eso está bien —la calmó poniéndole una mano en el hombro—. ¿Qué sería de nosotros si dejáramos de conmovernos?

A pesar de odiar el contacto físico —o al menos haberse desacostumbrado a él—, Li Zhen agradeció la amabilidad de Valois y, aunque no le devolvió la expresión benevolente, al menos intercambiaron miradas en silencioso entendimiento.

No aparentaba más de treinta, quizá treinta y cinco años, y, sin embargo, contenía la sabiduría de la ancianidad. Mucho más que eso; la sabiduría de la historia mortal desde sus albores hasta el presente.

Había estado en la Tierra desde que el mundo era mundo.

Para cuando Li Zhen entró en la habitación, Dagon ya había tendido a la víctima sobre la cama y se había sentado a su lado para vigilarla con preocupación paternal. Evrani se había arrojado sobre un sillón apartado, y Dahlia había ido a descansar sobre el reposabrazos.

Aunque temblaba por lo que había visto, Li Zhen se quedó de pie, discretamente recostada contra la pared. Desde allí pudo ver que Cassiel había cruzado las piernas sentado en una silla.

Valois se cruzó de brazos en medio de la sala y barrió sus alrededores con una mirada calculadora. Era la mirada con la que Li Zhen solía hacer un análisis profundo de los daños.

No fue él quien habló, sin embargo.

—No podemos volver a permitirnos ser tan obvios —determinó Cassiel—. Tenemos que evitar que esto siga sucediendo en los próximos bolos de los grupos a los que se atribuye la hipnosis, si es que hay más, pero hay que detenerlos desde dentro para que no haya más muertos que los que han de estarlo.

—¿Qué sugieres? —inquirió Valois.

—Infiltrarnos en el mundillo musical como teloneros. Así nuestra presencia no extrañará en los conciertos y podremos suavizar el impacto entre bambalinas, donde no se nos vea.

Li Zhen lo escuchó con el aliento contenido, sorprendida con su solemnidad.

Había tenido sus serias dudas sobre si Cassiel era o no la criatura indicada para recibir la gloria del magnificente. Se le había antojado torpón y en exceso cándido durante las primeras interacciones, pero tenía más frialdad de la que se le atribuía.

Evrani sacudió la cabeza.

—Es una medida temporal. No arrancará el problema de raíz.

Cassiel giró la cabeza hacia él como si pudiera verlo.

No había cambiado de postura en el asiento, el tobillo cruzado sobre la rodilla y las manos apoyadas en el reposabrazos.

—Nuestra prioridad es evitar el derramamiento de sangre. No me parece inútil empezar por ahí en tanto que averiguamos la finalidad de atraer mortales por centenares.

—Yo le veo un problema más importante a su propuesta —señaló Dagon—, y es que aquí nadie canta. Al menos, a mí no se me da muy bien como para pasar por telonero. Sí que tuve mi época de tocar la batería y podría dar el pego, pero...

—Li Zhen sabe cantar —dijo Cassiel. La aludida se envaró al sentirse no ya apelada, sino reconocida en una habilidad que no

recordaba haber desvelado—. La oí canturrear mientras colgaba sus prendas en el armario, y si lo hacía tan bien sin molestarse en entonar, habría que ver de lo que es capaz por la misión. Aparte —continuó en un tono más humilde—, yo toco la guitarra eléctrica.

—¿No se supone que en la Orden está prohibido perder el tiempo con aficiones mundanas? —se sorprendió Dahlia.

—En la Orden está prohibido divertirse —confirmó Evrani con desdén.

—Tengo un amigo al que le gusta bajar a la Tierra y cometió la imprudencia de traerme una guitarra. He estado practicando durante horas y horas cada día durante los últimos diez años humanos; puedo tocar cualquier cosa que me pidan.

—¿Cualquier cosa? —repitió Valois.

—Cualquier cosa.

—¿Lo demostrarías?

—Sí.

Ni corto ni perezoso, el cabeza de clan se dirigió al teléfono de la suite y se pegó el auricular a la oreja. Pulsó un botón y esperó un segundo hasta que alguien descolgó.

—Llamo desde la suite de lujo. Quiero que me suban una guitarra eléctrica. Sí, lo ha oído bien. Una guitarra eléctrica. A la mayor brevedad. Gracias. —Y colgó.

—Cómo le gusta a este abusar de su poder —se burló Dagon—. ¿De dónde esperas que saquen un instrumento, si no es yendo a comprarlo?

—Me es indiferente el cómo. ¿No traen acaso cocaína y prostitutas de lujo a las estrellas que se hospedan en los grandes hoteles? Creo que he realizado un pedido razonable y dentro del marco de la legalidad. —Se dirigió a Li Zhen—. ¿Es cierto que sabes cantar?

—Sí, pero...

—Magnífico. Dahlia, te encomiendo a ti la tarea de buscar en internet los próximos bolos de los grupos que tenemos fichados y un

número de contacto para ofrecernos a participar en ellos.

Sin cuestionar la orden, la augur se levantó y sacó el móvil del bolsillo. Estaba abriendo una serie de pestañas en el navegador cuando salió de la habitación para realizar las pertinentes llamadas.

—Ahora habría que despertar a la chica para valorar los daños y confirmar nuestras sospechas —decidió Valois—. Este es tu terreno, Dagon. Sé amable.

—¿No podemos dejarla dormir un rato más? —se lamentó el aludido, desviando la mirada hacia la afectada. Le acarició la sien con los nudillos, contrariado—. La pobre merece descansar después del trauma.

—La pobre merece ponerse a salvo cuanto antes, y no lo estará hasta que confirmemos que el hechizo se ha diluido. Llévala a una habitación aparte. Que Li Zhen vaya contigo por si se sintiera más cómoda con una mujer.

—No sé hasta qué punto puedes darme órdenes como activo externo que soy —intervino ella, aunque no se oponía a una decisión tan considerada.

Valois solo le lanzó una mirada cargada de sorna, como si supiera que se estaba quejando por el placer de quejarse, a lo que Li Zhen se encogió de hombros y siguió a Dagon hasta la habitación colindante.

No supo por qué, antes de irse, le echó un vistazo a Cassiel.

Procuró no hacer acotaciones en el riguroso proceso que Dagon llevó a cabo para acomodar a la chica. No terminaba de gustarle aquel sujeto, al que tenía por un despendolado sin respeto por nada, pero le cayó mucho mejor después de verlo arrodillarse a un lado de la cama. El cuidado que tuvo y el modo en que le habló pese a estar inconsciente demostró por qué le eran confiadas las tareas que requerían humanidad.

Li Zhen sintió lástima por la víctima. Sospechaba que su aspecto ya era frágil antes del ataque. Llegaba al metro sesenta muy por los pelos y el sobrepeso le redondeaba la cara de un modo adorable.

—Innocence —la llamó Dagon en inglés, al principio en voz baja. La sacudió con suavidad por el hombro—. Innocence, ¿me oyes? ¿Estás dormida o inconsciente?

La chica frunció el ceño en sueños y se revolvió, irritada porque alguien osara interrumpir su tórrido romance con Morfeo. A Dagon se le escapó una sonrisa porque ella se sacudiera su mano como si se tratara de una mosca, murmurara una imprecación y rodara hasta quedar de costado para alejarse del impertinente.

Al cambiar de postura, se pisó la herida en proceso de cicatrización. El dolor la hizo emitir un gemido dolorido, retorcerse e incorporarse con brusquedad apoyando las dos manos sobre el colchón.

—¿Te encuentras bien? ¿Puedes decirme dónde te duele?

Estaba de espaldas a Dagon, temblando como si la temperatura hubiera caído en picado, cuando volvió a derrumbarse de espaldas a la cama. Movió la cabeza igual que si estuviera sumida en una pesadilla febril, los ojos a ratos abiertos, a ratos cerrados, hasta que enfocó la vista en el rostro del hombre que le rodeaba la cintura gentilmente y se inclinaba sobre ella.

—Innocence.

La chica se esforzó por parpadear. Tenía las pestañas color miel, un tono que iba a conjunto con el de los iris castaños y ahora vidriosos por el sueño pesado.

—¿Eres Dios? —le preguntó la joven con la voz pastosa.

Dagon soltó una carcajada saludable.

—Soy algo mejor. Soy su mejor amigo.

La respuesta cazó con la guardia baja a la aturdida Innocence. No tardó en asimilar que un desconocido la estaba apelando a una distancia imprudente.

Nada más discernir el peligro, se sentó a toda prisa con ojos desorbitados.

—¿Quién eres tú? —balbuceó en inglés. Pestañeó deprisa para apreciar mejor al espécimen que tenía delante. Li Zhen se apiadó del

rubor que estalló en sus graciosos mofletes—. ¿Qué...? ¿Qué...?

—Innocence, tranquila. Estamos entre amigos —le prometió con las manos en alto. Vio que ella seguía paralizada, pero en sus ojos había un terror profundo—. No tengas miedo, por favor. ¿Es por los tatus? ¿O por la cabeza rapada? ¿Los *piercings*, quizá? Sé que tengo una pinta de mafioso que no puedo con ella, pero soy inofensivo. Te lo juro por Versace —le prometió con una mano sobre el pecho.

Le sorprendió que la muchacha se olvidara de su propia indefensión, atraída por la curiosidad hacia el extraño sujeto.

—No entiendo nada —murmuró ella al cabo de un rato.

—Mira, mi colega Li Zhen y yo estábamos en el concierto de Fenghuang cuando hubo un... ataque. Vimos que habías salido herida y te llevamos al hospital, donde te han tratado la herida que notas en el costado. Todavía estás un poco débil, pero los pronósticos son buenos. Te recuperarás en un volón, ya verás.

«¿"En un volón"? ¿De dónde saca este tipo sus expresiones?».

Innocence se frotó un ojo con el puño cerrado sin dejar de mirarlo con una mezcla de desconfianza y palpable fascinación.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Lo he visto en tu pasaporte. Innocence Cecilia Saxton. Y eres de Boston, como yo —esbozó una sonrisa orgullosa con la mano cerrada sobre el pecho—. ¡Hay que ver! Encontraríamos bostonianos hasta en la Antártida, ¿verdad? Seguro que si te pones a gritar al vacío la letra de *Dirty Water*, alguien te sigue el ritmo[7].

Innocence se relajó al encontrar un aliado familiar en el acento de Nueva Inglaterra y la naturalidad de Dagon.

Siguió vigilándolo con recelo, aun así.

—El concierto... —murmuró. Se llevó una mano a la cabeza, de donde manaba una impresionante melena rizada de un tono que no era rubio, pero tampoco solo castaño. Hizo una mueca de dolor—. Ni siquiera sabía del grupo hasta hoy, ¿sabes? Vi que el show estaba tirado de precio y me animé a ir por eso de conocer nueva música.

—No te has perdido mucho; a mí me gustan más los Arctic Monkeys. ¿Estás de vacaciones por aquí sola o hay alguien a quien pueda llamar para que venga a buscarte? Puedo acompañarte al hotel donde te estés hospedando, si no, vaya que te dé un tabardo y te desmayes.

—He venido a la ciudad con una compañera de la universidad. Ella no quería acompañarme. No le interesa el rock... ¿Qué ha pasado? Estaba escuchando la música y, de pronto, un borrón... y gritos, y... dolor... mucho dolor —musitó.

Guio una mano al costado aún malherido.

—No quiero que te asustes, ¿de acuerdo? —le pidió Dagon antes de entrar en detalles—. Ha habido un atentado. Por desgracia, ha dejado un número de víctimas significativo. Lo bueno es que si fuiste sola, ninguna de esas víctimas era un ser querido. Y tú estás bien, así que tú y yo podemos mirar el asunto con optimismo.

—Un atentado —repitió.

—Oye, ¿y eso de tu compañera de la uni? —cambió de tema en tono afable. Le dio una palmadita en el dorso de la mano—. ¿Es que estáis estudiando un año fuera o algo así?

Innocence tardó en organizar sus pensamientos.

—Las dos cursamos Historia en la Universidad de Harvard. Para ganar créditos y ahondar en las culturas que se salen de Europa y América quería realizar una serie de investigaciones sobre la China imperial. El plan era impartir Historia Oriental en un seminario el curso que viene, así que he venido a recabar información...

Li Zhen aprovechó que los dos estaban enfrascados en la conversación para buscar en el móvil una canción de Fenghuang y resolver de una vez por todas el asunto de la hipnosis. Pulsó «reproducir» sin otro miramiento y clavó una mirada analítica en el rostro de Innocence, esperando que sus ojos ámbar se volvieran negros, que se desmayara o que los atacase. Durante los primeros segundos no sufrió ninguna transformación; siguió explicando con notable dificultad lo que la había traído a China hasta que Dagon la

hizo consciente de lo que estaba sonando girándose hacia Li Zhen con un ceño ominoso.

Contagiada por la incomodidad del magnánimo, Innocence hizo una mueca.

—¿Podrías quitar eso? —le rogó con timidez—. Preferiría no volver a escuchar una canción de ese grupo en mi vida.

—Sí, por supuesto, disculpa —dijo Li Zhen. Eliminó la pestaña de YouTube y la enfrentó con una sonrisa contrita—. Es que lo tengo como tono de llamada y estaba decidiendo si me apetecía responder a este tipo. Hay gente que no acepta un no por respuesta, ¿sabes?

Innocence se rascó la cabeza.

—Yo... eh... Voy a ir al baño un momento. —Buscó la mirada de Dagon—. ¿Puedo usarlo?

—Sí, claro, mujer, lo que necesites. Aquí te espero.

La invitó al servicio anexo a la suite con un ademán. Innocence se dirigió hacia allí con cierta impaciencia, con toda seguridad esperando valorar la gravedad de su herida de cerca en un espejo.

En mala hora dejó a Li Zhen a solas con Dagon, que no dudó en dirigirse a ella, furioso.

—Oye, ¿qué creías que estabas haciendo? ¡Podrías haberle desencadenado algún tipo de respuesta postraumática, joder! ¡Esas cosas se avisan! ¿O quieres dejarla hecha polvo de por vida? Qué poco tacto, cojones. Sois todos de vuestra madre y de vuestro padre —seguía mascullando, ofendido. Justo entonces Innocence volvió del baño (en efecto, solo había querido revisar su estado físico) y Dagon se giró ágilmente con una sonrisa deslumbrante. Dio una palmadita —. ¿Estás lista, Inno, cielo? ¿Te pido un taxi?

—No es necesario, yo...

Pero quedó claro que era necesario cuando se mareó al dar un paso al frente. A punto estuvo de caer redonda. Suerte que las manos amables de Dagon estuvieron ahí para sostenerla a tiempo.

Innocence volvió a ruborizarse.

Podía estar lo bastante afectada para no hilar cuatro palabras seguidas, pero no tanto como para no ser consciente de que la sujetaba un hombre atractivo.

—Voy a acompañarte al hotel. No es negociable. —Se dirigió a Li Zhen mientras tiraba de la mano de la bostoniana—. Ahí te quedas. ¡Espero que reflexiones sobre tus actos!

—¿De qué actos hablas? —preguntó la aturdida Innocence, cuya voz débil se perdió en el pasillo.

Li Zhen se quedó mirando la puerta abierta, pensativa.

¿Y si seguía hipnotizada, pero no se desencadenaba la reacción física hasta que no recibía una orden explícita? A lo mejor la respuesta estaba en el hecho de que la música le resultara desagradable: por lo general, a los mortales les causaba rechazo todo lo relacionado con el mundo grimoriano.

Era buena señal que a ella le chirriara.

Aun así...

Recordó que había intercambiado teléfonos con todos los miembros de El Quinto Arcano para comunicarse en casos de emergencia y le escribió un mensaje rápido a Dagon.

Pídele el teléfono, el Instagram o lo que sea que se lleve ahora.

¿Te has vuelto loca? ¿Cómo voy a ligar con una víctima de un atentado? No sería la primera vez que lo hago, por otro lado, pero te aseguro que ni yo consigo un número en estas circunstancias.

¿Qué coño dices? ¡Tenemos que mantenerla vigilada de alguna manera para asegurarnos de que se ha disuelto el hechizo y no hay efectos colaterales de ningún tipo!

Ah, lo decías en ese sentido. Descuida, que le he metido ya mi número en la agenda por si me necesita.

Y para tener con quien quedar en Boston, que cuando voy me siento muy solo. Todos mis amigos de los años cuarenta están muertos, como te podrás imaginar. Y los que quedan de El Séptimo Círculo viven en Europa.

Li Zhen suspiró ruidosamente con el rostro orientado hacia el ascensor, donde lo había dejado.

Si ya lo has hecho, ¿por qué me sigues escribiendo? ¿No sigues con ella, acaso?

Hazle caso. Escúchala. Métetela en el bolsillo, que falta nos hará para vigilarla.

Está llamando por teléfono a su amiga Sophie.

Y yo hablo con mi amiga Li Zhen.

¿Qué pasa? ¿Cuál es el problema? ;) :P :D

Puso los ojos en blanco, pero no pudo negar que una parte de sí se regocijara en la respuesta.

Era halagador que una persona con facilidad para llevarse de calle a la gente insistiera en fomentar una amistad con ella.

Estaba escribiéndole que no eran colegas y que tendría que esforzarse si esperaba recibir una mínima cordialidad de su parte cuando una melodía se filtró por el pasillo.

Nada más asomarse, su vista cayó en la puerta de la suite de Valois, de donde provenía el instrumental de guitarra eléctrica de *Whole Lotta Love*.

Se olvidó de lo que estaba tecleando y se dirigió allí, guiada por lo que debieron sentir los roedores que siguieron al flautista de Hamelín.

La escena que la recibió no fue poco impactante.

Cassiel no se había movido de donde estaba, repantigado en el sillón, con la diferencia de que ahora rasgueaba las cuerdas del instrumento delicadamente acomodado en su regazo. Como si así pudiera evitar hacerlo cómplice de su curiosidad, Li Zhen se quedó bajo el umbral observando con una mezcla de admiración y recelo el espectáculo que se desplegaba ante sus ojos.

—Toca un clásico ahora —le ordenó Valois, cruzado de brazos junto a la cama—. *Prison Blues*, de Jimmy Page.

La distraída sonrisa de Cassiel se torció hacia la picardía, insinuando un lado más canallesco al que Li Zhen no fue inmune. Sin

hacer siquiera una pausa, vinculó la melodía de *Whole Lotta Love* con una versión más rápida de la cuenta de *Prison Blues*, que fue ralentizando y luego volviendo a apresurar en un alarde de habilidad que desterró todo «pero» posible acerca de su talento.

—El chico sabe —determinó Valois—. Porque yo soy más de piano y cuarteto de cuerda, que, si no, te secuestraba y te internaba en mis dominios para que tocaras a todas horas.

—Chicos —los llamó Dahlia con el móvil en la mano. Apareció junto a la muda Li Zhen, que no había despegado aún la vista de los diestros dedos de Cassiel—. Ya he resuelto el asunto. He encontrado en internet toda la información y he hecho un par de llamadas. Mañana por la tarde nos someterán a una audición para ver si somos dignos de acompañar a los grupos menores en sus festivales por China.

—¿Ya? —se sorprendió Valois.

—¿Todavía te extraña que la pequeña y apocada Dahlia sirva para algo? —lo pinchó con camaradería—. Nos piden al menos tres canciones. No tienen que ser originales, eso es una suerte; con que hagamos versiones en condiciones les vale. Las estrellas son los otros.

—¿Cómo les has dicho que nos llamamos? —inquirió Evrani.

Dahlia sonrió.

—Los Arcanos.

Capítulo XII

«Mi corazón melancólico se parece
a una lila con la corola cerrada,
o una hoja de plátano
que no se quiere abrir.»
Para mi amor
He Zhu Ji

Era más de medianoche cuando Li Zhen volvió de un paseo reparador por las calles de la ciudad. Como siempre que se dejaba arrastrar por la melancolía, un ánimo apagado y una extraña ligereza se habían adueñado de ella. Confiaba en meterse bajo la cama nada más llegara a la suite, antes de que alguien pusiera a prueba su paciencia en semejante estado de vulnerabilidad.

Fue a utilizar la llave magnética de la habitación, pero frenó en seco al oír al otro lado de la puerta un riff de guitarra eléctrica.

Los ahora llamados Arcanos debían de haber cumplido su palabra quedándose a ensayar el resto del día... o a lo mejor Cassiel sabía sacar provecho de los minutos ociosos de la cuenta regresiva. Según tenía entendido, no volvería a poner las manos sobre un instrumento una vez diera por concluida su misión en la Tierra. No se veía con buenos ojos que el grandioso magnificente tuviese aficiones más allá de defender la Orden de Hechicería.

Se convenció de que aquella criatura que tanto la alteraba no era peligrosa y que, de hecho, merecía que se apiadaran de ella, y se adentró en la estancia.

No localizó al Iluminado en un primer vistazo. Solo cuando se fijó en la amplia terraza del hotel reparó en que había sacado al aire libre el amplificador. Embutido en un cómodo chándal gris y repantigado en una hamaca, le tocaba a la ciudad un instrumental de Santana.

No supo qué lamentó más, si que él no pudiera advertir la belleza nocturna de la urbe o que su público no tuviera la suerte de verlo a

él, entregado a la música a más de cuarenta plantas respecto del suelo.

—Evrani se ha ido a dormir con Dahlia aprovechando que Dag está vigilando a Innocence —dijo Cassiel en voz alta.

No detuvo la precisa pero relajada percusión de las cuerdas.

—No me digas. Esto parece un campamento de verano —bufó por lo bajini—. Todos liados con todos.

—¿Un qué?

—Olvídalo. No tengo energía para entrar en descripciones.

Se dirigió al armario donde había colocado las mudas.

Aunque pensó en llevarse el pijama al baño y cambiarse allí, no tardó en concluir que sería de una mojigatería improcedente.

Él no podía verla.

Sustituyó las prendas, pues, por un fino camisón de satén negro y una bata de la misma tela.

La lencería era una de las pocas vanidades que se permitía. A fin de cuentas, podía no ser atractiva, pero era innegable que el ejercicio la mantenía en forma. Lucir prendas de lujo con distinción y sentirse femenina no era imposible en su caso.

En el proceso de desnudarse, se percató de que Cassiel dejaba de tocar. Lanzó una mirada inquieta al exterior. Él no se había girado. Tampoco había modificado la postura. Pero, de algún modo, Li Zhen podía sentir que no se perdía detalle de un espectáculo que no podía ver, mas sí imaginarse.

O quizá imaginarse tampoco, porque dudaba que hubiera visto antes a una mujer desnuda.

¿Entonces? Si no podía ni contemplarla ni imaginarla, ¿por qué la invadieron de nuevo los nervios adolescentes? Sospechaba que él podía percibir detalles mil veces más eróticos que lo que se apreciaba con la vista o se tocaba, y que tenía la suficiente sensibilidad para recrearse en algo en teoría inocente, como la alteración de su aliento, el roce de las prendas con su piel.

«Estupideces», pensó.

Pero no lo eran.

Estaba segura de que no lograría pegar ojo mientras él estuviese allí fuera, afinando el oído para captar los secretos que ella susurrara en sueños. Eso se dijo para justificar la aventura de unirse a Cassiel en la terraza: como no podría conciliar el sueño, ¿por qué no buscar su compañía?

No podía saber si hacía o no una temperatura agradable. A partir de ciertos años de antigüedad, y sin *anandha* que contrarrestara los efectos colaterales de la Triple Maldición, los penitentes dejaban de experimentar frío o calor...

... Como también dejaban de creer en la justicia o el amor.

Ella no era la excepción.

El Iluminado tenía los pies apoyados en la barandilla y cruzados a la altura del tobillo. Una expresión serena suavizaba sus rasgos. El flequillo dorado le caía sobre la frente con desorden, añadiéndole al conjunto el encanto del desaliño.

—Cierras los ojos al tocar —señaló Li Zhen—. Qué curioso.

—¿Curioso? ¿Por qué?

—Porque los guitarristas y los cantantes también lo hacen.

—¿Ah, sí?

—Creo que se privan de un sentido para afinar los demás, concentrarse mejor en el sonido y vivir con intensidad la experiencia... O a lo mejor es porque les da vergüenza mirar al público.

—Algún artista habrá que sea tímido.

—Asumo que tú no habrás visto tocar a nadie. Por eso me resulta curioso que hagas lo mismo. Que te salga natural.

—Para mí no es tan curioso como simplemente una prueba de que todos, magnánimos y mortales, gozamos de la misma intuición. La música evoca experiencias universales e inspira sentimientos que no tenemos por qué haber vivido en nuestras carnes para comprender. Al menos, yo solo he podido conocer muchas de ellas

por nombre y descripción, nunca en primera persona, y aun así me conmuevo —reconoció—. Escucha esto.

Cassiel recolocó la guitarra en su regazo y ajustó las clavijas para aumentar su expectación. Consiguió lo que se proponía: Li Zhen aguardó al primer acorde con la respiración suspendida.

Del diestro movimiento de sus dedos manó una melodía con tintes nostálgicos y hasta cierto punto sensuales. Las frases musicales se tomaban su tiempo para responderse las unas a las otras. Cassiel alargaba las notas como pedía la partitura que estaba en su cabeza, sosteniendo así en su punto álgido la emoción que pretendía transmitir.

Li Zhen la había escuchado antes: era un instrumental que Santana sacó a la luz en los años setenta titulado *Europa*. En la grabación original, una base de percusiones acompañaba al habilidoso artista, pero en este caso Cassiel se enfrentaba solo con su guitarra al mundo y al silencio.

Y los vencía.

Clavó la vista en sus labios entreabiertos por la concentración, en el leve cabeceo con el que seguía la afluencia de notas, que parecían flotar a su alrededor, envolverlo como el aura, como la energía.

No hubo rastro de las bondades sobrenaturales del Iluminado en aquella exhibición, salvo en el hecho de que resultaba irreal tener tanto talento. Era solo un hombre desesperantemente hermoso con un instrumento cuyas peculiaridades había desentrañado y que conocía como a la palma de su mano.

Sin dejar de tocar, él dijo en voz baja:

—No sé qué es estar enamorado, pero si lo estuviera, sonaría así.

Se le encogió el corazón al escucharlo.

Estuvo tentada de bromear alegando que los hombres que ella había conocido no sentían el menor interés por ponerle palabras o música a la experiencia del enamoramiento, y que si quería dar el pego como terrícola, habría de disimular su sensibilidad.

Pero no se atrevió a arruinar el momento.

«El cansancio te ablanda», se justificó con un nudo en la garganta. «Es solo eso».

—¿Por qué la guitarra? —preguntó cuando ya se había extinguido la melodía.

—¿No lo has entendido aún? —le devolvió la pregunta con una carcajada en la voz, y señaló sus propias manos con la barbilla—. Porque es perfecta.

—Todos los instrumentos tienen la habilidad de capturar un sentimiento, si te refieres a eso.

—Y estuve a punto de pedirle un violonchelo a Alastor porque otra canción que me conmovió fue *The Lonely Shepherd*, interpretada por James Last, pero cuando escuché *Europa*, me sentí... —Se le entrecortó la respiración—. Captura todo por lo que merece la pena vivir. En la guitarra de Santana hay amor. Hay desesperación. Hay nostalgia. Hay esperanza —concluyó, esto un par de tonos más bajo —. Sí..., sobre todo hay esperanza. Tantas cosas que no entendía, pero que ahora conozco gracias a él. Estoy en deuda con ese hombre. Para mí —agachó la cabeza en señal de respeto—, es mi maestro.

Li Zhen sintió que debía esperar unos segundos antes de continuar la conversación, mostrarle una suerte de respeto a los sentimientos de una criatura que había nacido con todos y por razones inhumanas se vería obligado a deshacerse de cada uno de ellos.

La injusticia le apretaba en la garganta cuando inquirió:

—¿Cuál es *The Lonely Shepherd*?

—No está hecha para guitarra. En su origen es para flauta de pan. Pero...

Se mordió el labio, pensativo. Trascurrieron unos diez segundos hasta que sus dedos comenzaron a percutir, primero con vacilación, las notas de un ritmo que le sonó familiar.

Li Zhen esperó a que cubriera las cuerdas a la altura del mástil, silenciando el instrumento tras la exhibición de una canción melancólica, para señalar:

—Yo ahí veo esperanza también.

Meneó la cabeza con sutileza, contrito.

—Te equivocas. Hay resignación; el peor tipo de dolor.

«Lo sé porque esto sí lo conozco», le pareció escuchar que decía, lo que encerraban esas escuetas palabras. «Esto no me lo he tenido que imaginar ni aprender a través de Santana».

—Pero sigue habiendo voluntad de luchar en *The Lonely Shepherd* —insistió ella—, si no, la melodía no sería tan bonita.

Lo vio sonreír con una pena tan honda que no se veía el principio ni el final.

—Se llama *The Lonely Shepherd*, *feitian* —replicó en tono bromista—, no *The Happy Shepherd*.[8] Y la soledad no es nada bonita.

Li Zhen tragó saliva.

Un ramalazo de culpabilidad la había embargado.

—Oye, siento haber cuestionado hoy tus... motivaciones o las de la Orden —se vio impelida a decir. A esas alturas se había sentado de costado hacia él con las piernas recogidas. Se las abrazaba por las rodillas como una niña asustada—. Tuvo que ser duro para ti.

Cassiel seguía entretenido acariciando su guitarra, cada vez más bajo. Le pareció que se le crispaban los nudillos un instante antes de volver a tratar las cuerdas con cariño.

—No suelo hablar de ello —le explicó, ambiguo.

No hubo rabia en su respuesta, solo conformidad.

Li Zhen ya estaba abriendo la boca para preguntar por qué; para hacer aquello que odiaba viniendo de los demás, que priorizaran su chafardera curiosidad sobre la paz del otro.

Cassiel se adelantó, como si lo hubiera visto venir:

—¿Cómo es la noche?

Li Zhen lanzó una mirada pensativa al cielo estrellado.

—Oscura. No muy distinta de lo que vemos cuando cerramos los ojos. A veces hay fogonazos de luz en el horizonte y destellos de

plata; a veces es la nada. Ya ves que todo calla o se adormece con la luna. Nos reconciliamos con el mundo a través de ella —concluyó —, de la noche.

—Me gusta cómo describes las cosas. No me ayuda a verlas, porque no las entiendo..., pero las siento.

—Esto de conocer la Tierra está siendo la experiencia de tu vida, ¿no?

Cassiel tardó en responder, pero durante todo ese rato mantuvo en los labios una sonrisa sosegada, como si le hubiera asaltado un recuerdo agradable. Sin quererlo, contagió con su placidez a Li Zhen, quien se descubrió recreándose en su imagen y su compañía con una expresión suavizada.

—No sabéis la suerte que tenéis —admitió en voz. Creyó ver en su semblante una ligera descompensación, la amenaza de una sombra tenebrosa—. Gracias por haberme protegido esta noche, por cierto. Por poco me quedo sin seguir experimentando la belleza del mundo.

—Ah, eso —desestimó con un aspaviento—. Te lo debía de la noche en el museo, y no me gusta estar en deuda con nadie.

—Si querías retribuirme el favor, habérmelo dicho y me lo cobraba a mi manera.

Li Zhen levantó las cejas, divertida y a la vez impresionada por la facilidad con la que tergiversaba a su beneficio.

—Sabes que esa frase es muy sugerente, ¿no?

—Sí que lo sé.

—Lo que no sabrás es a qué te estás refiriendo —se burló.

O eso intentaba hacer, pero había algo en aquella presencia sobrenatural que le impedía tomarse a broma nada de lo que representaba. Podría ser la pasión desbordante que manifestaba hacia todas las cosas, que impresionaba a los hastiados y los cínicos como ella, o que fuese la prueba irrefutable de que al menos quedaba un inocente en su mundo, un mundo que ardía y en el que hacía tiempo que se había perdido la esperanza.

—¿Qué quieres decir?

—Has dicho que «te lo cobrarías a tu manera» en tono seductor, pero no tienes ni idea de lo que es un beso o un abrazo, por ejemplo, ¿verdad?

Cassiel ladeó la cabeza hacia ella, serio.

—Puedo aprenderlo.

—Podrías haberlo aprendido, sí. Tus amigas del concierto habrían estado más que dispuestas a enseñarte —aprovechó para soltar.

—Por desgracia —suspiró, no entristecido, sino hecho a la idea de que ese fuera el modo en que sucedían las cosas—, es muy probable que las mataras cuando las hipnotizaron.

Li Zhen se sintió culpable por haber utilizado a un puñado de víctimas como arma arrojadiza, pero sobre esto prevaleció la ternura y el alivio porque él ni siquiera hubiera sido consciente de que ella le hablaba desde los celos.

No se estaba dando cuenta de que la curiosidad hacia Cassiel la había dominado por completo, instándola a improvisar cambios de tema para que la conversación no muriera.

—¿Por qué te giras hacia mí si no puedes verme?

—Porque así siento el calor de tu piel contra la mía y tu aliento me acaricia la cara. Es como sentirse querido —explicó con una dulzura que la abrumó.

—No me dejas hablar contigo como una persona normal —refunfuñó, devolviendo la vista hacia delante con las mejillas ardiendo. ¿Podría notar aquello también?—. Tienes que soltar una parrafada intensa.

Cassiel se rio muy flojito.

—Voy a estar aquí alrededor de cinco minutos, lo que significa que voy a pasar el resto de mi existencia viviendo de esos cinco minutos; rebobinándolos una y otra vez como un viejo *cassette*. Más me vale que sean épicos y no martirizarme por no haber dicho lo que quería decir, ¿no crees?

Li Zhen escuchó con el corazón encogido.

¿Por qué tenía que irse, si clamaba al cielo que no quería?

Se resignó con una pregunta menos comprometedora.

—¿Qué te gustaría hacer antes de volver?

—No lo sé. Es posible que lo que más feliz pudiera hacerme fuese algo de lo que ni siquiera estoy informado, o que la persona que más podría cambiarme la vida sea alguien que nunca conoceré. Pero si me pides algo concreto —continuó muy despacio—, me gustaría poner mis labios sobre ti.

Era una imposibilidad biológica, y, aun así, sintió que el corazón se escaqueaba de latir un delirante segundo.

—Esa frase ha sonado... rara. ¿Sobre dónde?

—No lo sé. Me da igual. Pero quiero tocarte con los labios.

Li Zhen ya sabía que Cassiel quería besarla. No solo eso: llevaba sabiendo que ella quería besarlo a él desde que irrumpió en su vida, cargando con unas manos impotentes que necesitaba desesperadamente deslizar por su cuerpo.

Se abrazó las rodillas y apoyó la mejilla sana encima.

—Debes de estar preguntándote por qué una mujer se asusta o se pone a la defensiva cuando le dedican palabras bonitas —murmuró Li Zhen—. No es un comportamiento que entiendan los terrícolas, pues tú menos aún.

—Yo solo me preguntaré lo que tú quieras responderme. Sé lo importante que es para uno conservar el derecho a guardar secretos.

«Porque yo no lo tengo», creyó entender entre líneas.

Li Zhen se arriesgó a mirarlo en su estado de extrema vulnerabilidad, y el impacto fue tan tremendo que le costó encontrar la respiración.

Se había codeado con criaturas bellas desde que le fue revelada su inmortalidad, pero no terminaba de acostumbrarse a aquella cara. Porque no eran los rasgos, que de todos modos pregonaban una perfección imposible sin previa intervención divina; era lo que evocaba, cuánto resplandecía.

—La última vez que besé a alguien pagué un precio muy alto, Cassiel —se justificó con la boca pegada a la rodilla.

Él apartó la guitarra de su regazo y la apoyó contra la puerta corredera que conducía a la suite. Se giró por completo hacia ella, sentado con el respaldo pegando a uno de los hombros, y apoyó los codos sobre los muslos. La postura podría haberla hecho reír con tristeza; era la pose que adoptaba alguien cuando quería mirar con intención.

«Pero él *puede* mirar con intención. Él ve y sabe más y mejor que nadie».

—¿Crees que todo vale o cuesta lo mismo en todas partes? —inquirió con gentileza.

—Sí. Creo que eso en concreto, el amor y la pasión, salen caros vayas donde vayas, te cobre quien te cobre.

Iba a añadir algo más, no sabía el qué; algo con lo que desahogar sus pesares de forma indirecta, como él había desahogado los suyos. Cassiel la acalló sin saber que lo haría alargando hacia ella una mano curiosa. Atrapó entre los dedos un mechón de pelo castaño oscuro que se había curvado sobre su hombro para caer en picado brazo abajo, tan liso que parecía afilado como la hoja de un puñal. Perdió sus propiedades mortíferas en cuanto él lo moduló a su antojo con una caricia pensativa, primero intrigado por su textura y después tentado por su suavidad.

—No lo creo, Zhen —le oyó susurrar en su lengua materna—. El amor no se cobra porque el amor siempre es un regalo.

Li Zhen cerró los ojos y presionó los párpados con fuerza, entregada al roce como uno solo se entregaba a los placeres que venían con letra pequeña; los que eran castigados después.

Estaba temblando por una emoción superior a ella, pero no permitió que el miedo la frenara cuando quiso tomar de la mano a Cassiel y apretársela para acto seguido esconder el rostro en la dirección contraria.

Él entrelazó los dedos con los suyos con la ternura con la que lo hacía todo.

Se preguntó si estaría sintiendo su dolor, el que había caído sobre ella igual que una guillotina nada más volver al origen de todo, a esa China moderna que de algún modo ocultaba la China antigua, el imperio que cayó, la familia Li que exterminó y todo lo que se extinguió consigo.

Saber que ella era lo único que quedaba de la leyenda, quien debía cargar con el peso de la historia, era una responsabilidad insoportable.

La tenue presión de unos labios suaves como el terciopelo la distrajo de sus pesadillas. Cassiel había agachado la cabeza en un gesto de veneración para besar el centro de su palma, y los mechones dorados que se habían inclinado junto con él le hacían ahora cosquillas en la muñeca.

Li Zhen se levantó con el cuerpo en tensión, sobrepasada. Cassiel aún sostenía su mano cuando ella, no sin vacilar, le cubrió la coronilla con la mano abierta y la acarició hacia la nuca, igual que si lo estuviera absolviendo de sus pecados. Lo vio quedarse inmóvil, tratando de hallarle el sentido al gesto, pero carecía de experiencias afectuosas similares a las que remitirse. Le era tan novedoso e inimaginable como lo que no estaba en su imaginario; como la muerte.

Se avergonzó de no haber sido amable con Cassiel desde el principio, y aunque ansió besarlo más que nunca él cuando levantó la barbilla para solo sentir su respiración en los labios, no lo hizo. La habría movido la lástima o la necesidad de consuelo, y no se habría perdonado concederle su deseo por las razones equivocadas.

«El amor no se cobra porque el amor siempre es un regalo», había dicho, en todo su inocente esplendor.

—Pero hay regalos envenenados —concluyó Li Zhen en voz baja.

Abandonó un beso en la línea de su pelo, visible gracias a la división en dos secciones, y se adentró en el dormitorio con la intención de calzarse y buscar otro lugar donde dormir.

O donde intentarlo.

Capítulo XIII

«Si quieres con toda tu alma la luna,
ella baja de las nubes
para caerse en tus manos.»
Diálogo en el arroyo Dongyang
Xie Lingyun

Cassiel estaba entusiasmado con la idea de tocar la guitarra para un público. Un público que no fuera Alastor, es decir; uno que entendía de música y no desestimaba sus nuevos aprendizajes con el instrumento como si, «oída una canción, oídas todas».

El Quinto Arcano había pasado toda la mañana y parte de la tarde aprovechándose de los privilegios que concedía pagar la habitación más cara para taladrar los oídos a los vecinos de suite: más de doce horas seguidas practicando las tres canciones escogidas para el repertorio. No le extrañaba que hubieran logrado dominar en tan poco tiempo versiones de *Far From Home* de Five Finger Death Punch, propuesta por él, *Because the Night* de Patti Smith, sugerida por Dagon, y *Mad Sounds* de Arctic Monkeys, idea de Dahlia, quien además cantaría una balada de Mitski por si Cassiel se cansaba durante los breves quince minutos de audición.

En tanto que el batería, el guitarrista y la bajista se preparaban para el concierto, ensayos a los que Li Zhen no había tenido a bien acudir para realizar siquiera una prueba de voz, Valois se había encargado de los aspectos estéticos. Le había sugerido al Iluminado que se pusiera unas gafas de sol para no guiar la atención a sus ojos. Aparte, y con el fin de mantener el espíritu entre mágico y oscuro de Los Arcanos, se le había ocurrido adquirir unas máscaras que cubrían medio rostro para el resto de los intérpretes.

—Creo que son de un disfraz de *Painted Skin: The Resurrection*.

Cassiel había propuesto, también, que vistieran de morado en honor a la magia de la Sehara.

Valois lo había dado por válido.

Aunque le fascinó la experiencia de ponerse de acuerdo con otros artistas —si bien estos artistas no estaban tan entusiasmados ni eran especialmente mañosos; apenas salvarían el día—, un nudo estuvo apretando en su pecho a lo largo de la mañana. Cuando no retenía en la mente la letra de las canciones, por si se viera obligado a cantar él a falta de la voz femenina, sus pensamientos volaban hacia la complicidad que había compartido con Li Zhen la noche anterior.

Se había distraído de la labor musical más de lo que le habría gustado admitir.

Ahora se enfrentaba a la hora de la verdad.

Dagon había insistido en que por más cadenas colgara de las trabillas del pantalón de cuero, no pasaría por un rockero ni en mil años, y que todo era culpa de su corte de pelo. Se había ofrecido acto seguido a hacerle un *mullet* con un interés sospechoso.

Cassiel no pudo recordar una sola norma de la Orden relativa a la imagen física que impidiera probar estilos capilares, así que le otorgó su beneplácito sin más reservas, confiando en que un tipo a la moda como él lo haría brillar.

Para el momento en que estaban a punto de trasponer al espacio donde tocarían, Cassiel ya había recibido halagos del urdidor del cambio de imagen, de Valois y de Dahlia. Esta última se tomó la libertad de acariciarle uno de los mechones más largos de la nuca, ahí donde el cabello se agrupaba por todo lo que no lo hacía en las sienes.

—Cuando dijiste que amabas la música rock, el corte de pelo que traías cobró más sentido —comentó ella. Percibía una sonrisa dulce en su voz. Pocos se percataban de esto, pues se perdían en frivolidades, pero el tono se suavizaba significativamente y ocultaba una carcajada simpática cuando alguien sonreía de corazón—. Jon Bon Jovi, los chicos de Metallica, Mick Jagger... Todos llevan el pelo largo.

—Me puedo figurar por qué. No es lo mismo sacudir la cabeza al compás con una melena que acompañe que sin ella —le contestó de

buen humor—. ¿Has sabido algo de Li Zhen? No sé por qué se me ha ocurrido que anoche durmió en tu suite.

Lo dejó caer con aire inocente aun sabiendo de buena tinta dónde había descansado sus huesos. La localizaría en un radio de mil kilómetros a la redonda tan solo llenándose los pulmones de aire.

—Se vino con Evra y conmigo alegando que tú no la dejabas dormir con tu guitarra..., pero no es cierto, ¿a que no? —inquirió con tiento, dispuesta a retirar lo dicho si incomodaba a Cassiel. Las voces eran tan expresivas que podía extraer de ellas hasta una ligera vacilación—. Es porque no termináis de congeniar.

Cassiel apoyó las dos manos en el respaldo del asiento que ubicó más cerca en la suite.

Suspiró y echó ahí todo el peso mientras estiraba la espalda.

—La verdad es que ayer en concreto sentí que conectábamos... y sentí que nada me gustaría más que eso —reconoció sin tapujos—. Pero ella no me corresponde.

«Y oculta muchos secretos».

—Yo no asumiría eso tan rápido. Me es tan familiar el comportamiento de Li Zhen que a veces me abruma veros y tengo que salir de la habitación —reconoció con una risita débil—. Creo que le cuesta lidiar con la atracción. No es la primera persona a la que le sucede. Dale tiempo.

—Tiempo es algo que no tengo, y supongo que, en el fondo, es mejor si me ignora o me desprecia. Aún tengo dos pruebas a las que enfrentarme antes de mi nombramiento, y ninguna de ellas involucra mujeres con una penitencia eterna. Aunque...

Cassiel se enderezó al recordar que estaba ante la clase de talento que podía resolver sus dudas. La imagen de su *feitian* llevaba años persiguiéndolo, y ahora lo carcomía la intuición de que, si no se trataba de Li Zhen, al menos la guerrera guardaba relación con ella.

—¿Aunque...? —lo espoleó Dahlia.

—Durante el rito de iniciación hacia la magnificencia, los aspirantes sufren una revelación en forma de visión que les muestra su propósito en la Subrealidad. Me preguntaba si tú podrías

ayudarme a descifrarla o invocar alguna de las tuyas para... completarla. Apenas vi cinco segundos el rostro que habría de marcar mi vida.

Dahlia se rio con una mezcla de ternura y resignación.

—No es así como funciona mi don, Cassiel. Si tuviera voz y voto sobre las visiones que me asaltan y plena libertad para moverme a través de ellas y ver más o ver menos, no sería una pobre criaturilla que vive desvelada entre pesadillas. Ya habría conquistado el mundo.

Cassiel se extrañó.

—No te percibo como una pobre criaturilla.

—¿Y cómo me percibe alguien que no puede verme? —preguntó.

Lo hizo con un respeto que alivió las viejas heridas del Iluminado, las que se autoinfligió por haber perdido parte de su omnipotencia.

«¿Perdido? La sacrificaste. O, en todo caso, te la arrebataron», susurró una insidiosa voz.

Cassiel apretó la mandíbula para ahuyentar aquella malicia con su rabia.

—En un primer momento me suscitó curiosidad tu voz, porque no se corresponde con la poderosa energía que desprendes. Tú que puedes experimentar sensaciones térmicas, plantéatelo así para entenderlo: si cierras los ojos ante una hoguera puedes seguir notando el calor en tu rostro, ¿verdad? El foco que tú ocupas en el espacio irradia un calor intenso que poco tiene que envidiar al de Valois o Evrani.

—¿Y eso qué significa?

—Que ostentas un poder incuestionable o que albergas sentimientos feroces. O ambas —añadió con una leve sonrisa—, el que yo sospecho que es el caso.

Dahlia se rio, encantada con lo que se le antojaba algo así como una lectura de tarot. Le puso una mano amistosa en el hombro.

—No hace falta que me hagas la pelota, Cassiel. Me valdré de mis a veces útiles técnicas de invocación para tratar de ahondar en esa

visión tuya incluso si te parezco idiota. Pero que sepas que, si lo que viste no es relevante en el destino del mundo, si solo lo es para ti, nunca se me presentará con claridad.

—Podrías ayudarme también diciéndome cómo es.

—¿Li Zhen, dices? ¿Me estás preguntando por su aspecto?

—Sí.

—¿Por qué quieres saberlo? No me digas que eres un superficial.

—Tengo entendido que cuando alguien te obsesiona quieres saberlo todo sobre él.

—¿Ahora andas atosigando a mi pequeña flor de loto? ¿Tú es que solo sabes hablar del trabajo, Iluminado? —rezongó Dagon, irrumpiendo en la amistosa escena de la suite.

Supo que se había cruzado de brazos porque, al tomar aire, su caja torácica no se expandió del todo; algo físico la bloqueaba.

—Y de canciones de Santana —apostilló Dahlia, a la que imaginaba lanzándole la clase de mirada afectuosa en la que cabía la sorna.

—Sobre todo de canciones de Santana —aceptó Cassiel, orgulloso.

—Ya está la tropa montada en el taxi con los instrumentos. ¿A qué esperáis? La audición comienza a las seis y media. No conviene dar mala impresión llegando tarde.

—¿Li Zhen también viene? —preguntó Cassiel sin poder disimular su esperanza.

—Sí, y por lo visto quiere cantar. Veremos a ver si al final no es tan talentosa como juraste. No quiero que nadie arruine mi primer y último pinito como estrella del rock.

—¿Estrella del rock por hacer una audición? —oyó a Dahlia más lejos; se había acercado a Dagon y le había pasado un brazo por los hombros, perceptible en el crujido del cuero bajo el peso de la carne y el hueso de cristal de la vidente—. Por ahora eres un satélite del rock como mucho.

—¿Y en torno a quién gravito, si puede saberse?

—Pues has pasado la noche con tu nueva amiga con estrés postraumático, ¿no? A lo mejor no giras en torno a la chica, pero seguro que la giraste en la cama... —insinuó Dahlia con malicia.

—¡Por supuesto que no! ¡Yo no meto la polla donde tengo la olla!

—Eso será ahora... ¿O ya te has olvidado de la empírea con la que colaboramos en aquella misión en Bilbao?

—¡Estaba borracho de *kalimotxo*! ¿Cuántas veces lo tengo que decir?

Cassiel los siguió unos pasos por detrás con una sonrisa maravillada en los labios.

Qué tan diferentes eran las formas de comunicación en la Subrealidad. Alastor le había informado de la naturalidad rayana en lo vulgar con la que los mortales interactuaban entre ellos, pero no había esperado que también los magnánimos se hubieran desprendido de la extrema formalidad que imperaba en la Orden. Veía tanta humanidad en sus compañeros de El Quinto Arcano que se sorprendía conmoviéndose con detalles en teoría superfluos, como las batallas campales de reproches siempre amistosos que se dirigían Dagon y la augur; la agresividad innecesaria pero halagadora, pues surgía del más puro amor, con la que Evrani protegía a Dahlia y hasta qué punto se esforzaba por disfrazar su vulnerabilidad de hermetismo para que ella nunca se enterara de que la necesitaba; el interés genuino y hasta humilde que Valois ponía de manifiesto hacia lo mundano, incluso si ya lo había visto cientos de veces antes. Lo entendía como una deferencia a lo mortal, una cordial invitación a que lo intentaran impresionar de nuevo; él prometía dejarse.

Hasta el dolor de Li Zhen, lo más terrenal que podía existir, le maravillaba. Era un dolor distinto del suyo, que provenía de haberse perdido momentos de infinita belleza, de no haber vivido suficiente. La guerrera adolecía de la sabiduría de quien lo había hecho demasiado.

No le dirigió más que un escueto saludo cuando se montaron en el taxi, temeroso de ahuyentarla. Sentía que iban avanzando poco a

poco y le daba la impresión de que no podría perdonarse meter la pata si eso la hacía retroceder.

Era consciente del peligro que estaba corriendo al dejarse llevar por sentimientos contraindicados para su misión personal, pero no le importaba más de lo que podía importarle que los sacerdotes lo juzgaran por perder el tiempo con prácticas musicales.

Durante el viaje se centró en las notas que no había tenido que estudiarse y en los estudios relativos a la magnificencia que le habían ocupado durante la madrugada.

Reproducirse con una seráfica de sangre pura y colaborar en una misión terrestre no eran sus únicas obligaciones antes de aceptar el honor. También debía demostrar que tenía un talento único para la magia aportando nuevos encantamientos al *Libro de la Sehara*.

Por el momento, las runas con las que los sacerdotes esperarían que los sorprendiera se resistían a iluminarle.

Estaba teniendo más suerte tocando la guitarra.

La audición tendría lugar en un recinto modesto que los propietarios habían cedido como gesto de buena voluntad a los organizadores del festival. El escenario había visto mejores tiempos —olía a cerrado y a polvo—, y la abulia con la que el jurado se recostaba en los butacones del teatro, actitud que Dagon había criticado por lo bajini, indicaba que no sería difícil sorprenderlos. Se asegurarían de que al menos las batutas del batería no acababan insertadas en el cráneo de un inocente de la primera fila y se marcharían a casa con la tranquilidad de haber sustituido a los trágicamente desarticulados Fenghuang en el cartel de jóvenes promesas.

La diferencia residía en que Los Arcanos, por mundanos que parecieran pese a su atractivo sobrenatural, vestidos con los mismos vinilos baratos y las mismas chupas de segunda mano que el resto de los aspirantes, iban armados por si tenían la fortuna de tropezar con una pista en forma de grimoriano.

Valois había asumido por adelantado que Metraton o alguno de sus secuaces estaría detrás de la organización. Sin embargo, ni el

jurado que se hurgaba entre los dientes con la uña larga del meñique ni el adolescente sudoroso que practicaba entre bambalinas con una guitarra eléctrica invisible eran más inmortales o peligrosos de lo que podría haberlo sido el taxista, un dicharachero hombre de mediana edad que juraba adorar los días de lluvia.

—Los niñatos de Fenghuang tampoco eran grimorianos —decía Evrani en voz baja—. Ni siquiera el cantante. Solo estaba hechizado.

Cassiel lo presentía acodado sobre el borde del modesto tocador, o una pose similar le sugería su tono desapasionado. Una acomodadora con mucha prisa y un uniforme que le quedaba ajustado en exceso, manifiesto en su dificultad para respirar y moverse, los había redirigido a un sótano con humedades acondicionado como camerino.

Allí los había soltado animándolos a ensayar en tanto que los llamaban para la función.

—Los grimorianos han tenido veinte años para reagruparse y tramar una estrategia en condiciones —señaló Dagon—. No solo no me extraña que por fin hayan aprendido a protegerse escondiéndose detrás de los pobres mortales, sino que me alegro. Así es más divertido darles caza.

—Pero ha de haber algún grimoriano en la cúpula organizativa de eventos musicales en China. Solo a alguien vinculado con la industria se le habría ocurrido utilizar a Fenghuang como divulgadores del conjuro en conciertos y habría podido introducirlos en la mayoría de garitos y festivales —replicó Li Zhen.

—Además, quienquiera que los hechizara ha debido estar presente en la totalidad de los recitales —la apoyó Valois—, ¿y quién sería el sujeto, sino un socio mayoritario o un técnico de sonido?

—Yo no estrecharía tanto la búsqueda —dijo Evrani—. También podría haber estado presente en el show un grimoriano que fingiera ser camello. Se le acercó al vocalista, le vendió medio gramo y, como lo hizo adicto, recibió enseguida una invitación a los conciertos para proporcionarle material fresco antes de enfrentarse a miles de personas.

—O lo mismo una hechicera nigromántica con el culo como un campo de fútbol lo atrajo a su dormitorio y allí le hizo la de la mantis religiosa —propuso Dagon—. No sé vosotros, pilluelos, pero yo me llevaría de gira a mi chica. Quién sabe si no había un monumento de tía tirando de los hilos entre bambalinas... o desde su casa, porque os recuerdo que no notamos ninguna presencia sobrenatural en el recinto.

—Cierto —aceptó el cabeza de clan, frotándose la barbilla.

Cassiel podía oír el finísimo sonido de la barba incipiente, pero imperceptible a simple vista, raspando sus huellas dactilares.

Alastor le había mencionado en alguna ocasión que su don era similar a estar drogado con setas o tener la extrema sensibilidad que clamaba la sintomatología del autismo.

—¿Y si nuestro hombre fuera el mánager? Estaría vinculado al mundo musical y forzado a acompañarlos en los conciertos, y, lo que es más importante, es quien los enchufaría en los festivales —aportó Dahlia—. Podría averiguar de quién se trata empezando por investigar las redes sociales de Fenghuang.

—Magnífica idea, Dahlia —celebró Valois—. No sé qué haría sin tus inestimables dotes para la navegación en la red. Yo todavía no he aprendido siquiera a manejar aquello llamado Twitter.

—Ya ni se llama Twitter, abuelo...

Unos golpes a la puerta advirtieron del regreso de la acomodadora, a la que Cassiel había oído bajar por las escaleras sobre unos tacones que ponían a prueba su de por sí precario equilibrio. Era fácil detectar a una mujer sin habilidad para caminar en alto; sus pasos se volvían más cortos, frenéticos, y nunca seguían un ritmo fijo.

—¿Los Arcanos? Es vuestro turno.

Cassiel no pudo seguir negando la presencia de Li Zhen, ni siquiera para complacer ese deseo suyo de espacio y silencio con el que él estaba en desacuerdo.

Siguió la huella casi imperceptible que su perfume dejaba en el aire, más intenso ahora que se había acicalado para la ocasión, pero

procuró no cruzar la barrera de ese límite personal que él notaba igual que si se tratara de un muro de cemento. Todos estaban blindados por esa barrera, mas dependiendo de la criatura estaba más cerca o más lejos y era o sólida o maleable como la plastilina.

Por extraño que pudiera parecer, y sin duda a Cassiel le había extrañado, el muro más recio era el de Dagon.

—No has practicado con nosotros —le dijo a Li Zhen—. ¿Estás segura de que quieres... o puedes cantar?

—Estoy segura —atajó sin girarse a mirarlo.

Le desolaba la frialdad del aire que se erigía entre los dos en los momentos en los que ella le escamoteaba su atención.

Como si Li Zhen hubiera sentido su amargura, se apiadó de Cassiel echándole un vistazo que habría matado por ver.

—No te preocupes —le dijo en tono apaciguador. No era del todo cándido y ni mucho menos vulnerable como la noche anterior, pero se dio por aplacado—. Sé seguir el ritmo. Tú solo toca una pequeña introducción para que me haga una idea del compás que he de seguir y me uniré. No dejo de ser una criatura sobrenatural.

—De acuerdo.

Fue Dahlia quien se atrasó en la marcha para guiar a Cassiel con discreción hacia la sala, como si no quisiera que se enterase de que le estaba prestando su ayuda. No lo cogió del brazo ni se enzarzó en indicaciones verbales que pudieran avergonzarlo, cosa que de cualquier modo no habría sucedido. Solo permaneció a su lado y pisó fuerte en los tramos que había escaleras para advertirle del ascenso.

Aunque no necesitaba un perro guía para orientarse, y menos desde que Li Zhen había acentuado la agudeza de sus sentidos, Cassiel se conmovía con el auxilio que se le brindaba.

Se lo agradeció en cuanto estuvieron en sus puestos sobre el escenario.

—Muy buenas tardes —saludó Valois tras dar un par de golpecitos con el dedo al micrófono—. Mis representados se hacen llamar Los Arcanos y van a deleitarles con un variado repertorio de tres

canciones. Existe la posibilidad de extenderlo a cinco si necesitaran ustedes un material extra para esclarecer su juicio.

Un cosquilleo recorrió el vientre de Cassiel, como si el primer trago a un refresco gaseoso estuviera haciendo la ruta contraria en su esófago. Le vino a la cabeza la mofa de Alastor el día previo a su juramento sobre los Tres Libros, cuando pintó un posible futuro para él en el que se paseaba con una gorrilla por el transporte público tras versionar a Bon Jovi. Entonces había creído que se le antojaba un futuro deseable porque era imposible, y lo inalcanzable no dejaba de ser el disfraz del que se vestía la tentación; ahora comprendía que lo anhelaba porque nada le prometía una dicha mayor que la oportunidad de entregarse a la música.

Esperaba convencer al jurado de que tenía madera para enamorar al público real en el festival.

No para salvar a la Tierra, sino para satisfacer su egoísmo.

A la señal de las baquetas de Dagon, empezó a tocar la introducción de *Far From Home*. En la versión original, la guitarra acústica acompañaba la letra, pero Cassiel la había adaptado a su gusto.

Estaba concentrado en el rasgueo de las cuerdas cuando el insinuante rumor de una prenda de satén le instó a aguzar los sentidos. No se detuvo, porque sentía que estaba programado para defender la guitarra incluso si el mundo echaba a arder a su alrededor, pero la mente se le fue al lugar de donde provenía el sonido.

Li Zhen había rodeado el micrófono con una mano. Lo sabía por el olor que desprendía el tenue sudor de las palmas al adherirse al material de aluminio. Con la otra había arreglado, tirando hacia abajo del dobladillo, la descompensación de lo que solo podía ser la falda rasgada por el lateral de un quipao occidentalizado.

Es decir: un quipao ceñido al cuerpo y corto.

Nunca antes se había parado a pensar en qué clase de prendas vestiría. Sí que recordó su propia sorpresa al descubrir que sus piernas emanaban calor porque no se ponía medias.

Cassiel tragó saliva y luchó por focalizarse en la partitura mental, pero Li Zhen no paraba de moverse y sus sentidos, que se sensibilizaban cuando la música entraba en escena, se habían preparado para captar cada nimio gesto. Oyó el discreto sonido de sus labios al despegarse y el roce inadvertido de la boca contra el micrófono, donde supo que había estampado una leve huella de carmín; oyó la sugerente fricción de sus muslos suaves al posicionarse con propiedad en el escenario, y la lenta y sensual caricia que prodigó al largo del estrecho soporte del micro nada más entonar la primera línea.

Estuvo a punto de detener la percusión de los dedos al escucharla.

Tal y como había sospechado, Li Zhen sabía cantar. Era un misterio incomprensible que acertase todo cuanto teorizaba sobre ella, como si la hubiera conocido en otra vida. Y, aun así, no había podido anticiparse a los matices de una voz única.

Para entonar, Li Zhen se desprendía de su cinismo para quedarse solo con la profundidad y la nostalgia.

All the places I've been and things I've seen
A million stories that made up a million shattered dreams
The faces of people I'll never see again
And I can't seem to find my way home[9]

Cassiel escuchaba con la garganta atorada y un ardor doloroso a la altura de la ingle. Ahí donde sus sentimientos afinaban el oído para apreciar cómo volcaba su historia personal en la letra para trasladarla con la emoción oportuna, su cuerpo, no menos pendiente de lo que sucedía, se ponía al servicio de los movimientos de Li Zhen y los imitaba: cuando ella se pasaba la lengua por los labios, él lo hacía también, embelesado, y cuando ella deslizaba una mano provocativamente por su torso para acompañar una melodía que no tardaría en estallar en un estribillo poderoso, Cassiel se tensaba como si fuera a él a quien estaba tocando.

Las punzadas eróticas que al principio había podido ignorar solo fueron en aumento, como en aumento fue la intensidad de su observación sensorial. No tardó en alcanzar un punto insostenible: ese dolor inicial desembocó en una situación bochornosa a la que Cassiel no supo cómo enfrentarse.

No podía verlo, pero sí notarlo. Y es que contra la guitarra se apretaba un bulto de una rigidez imposible de ignorar que enviaba oleadas de calor hacia las puntas de sus pies. Persistía en llamar su atención retorciéndole el vientre como quien escurría un trapo empapado de agua.

No importó que Dagon le hubiera explicado hacía unos días qué era una erección, porque se asustó. La impresión de estar viviéndolo en primera persona era tal que se le había quedado la mente en blanco y no conseguía explicarse qué demonio lo había poseído.

Pensaba que podría llevar la función hasta el final, pero un sonido nuevo y terriblemente seductor lo paralizó: la tela del quipao de Li Zhen se había tensado a la altura de los pechos por la presión de los pezones, endurecidos por solo la diosa sabía qué razón.

No pudo soportar el fuego que le hizo arder por entero y, aterrado por la fuerza imperante que lo estaba dominando, apartó las manos de la guitarra y abandonó el escenario a toda prisa con los nervios a flor de piel.

Las piernas le temblaban cuando bajó las escaleras hacia el sótano de manera precipitada. Le pareció oír a lo lejos un coro de risas estridentes, unos aplausos descoordinados, el rasgueo de una guitarra; algunos de los camerinos estaban ocupados, pero el silencio de aquel en el que habían cobijado a Los Arcanos lo estaba llamando.

Se refugió allí antes de que aquella furiosa pasión lo destruyera.

Se sentó en un sofá de escay con desconchones por los que asomaba el relleno de gomaespuma y se dobló sobre sí mismo con los brazos engurruñidos en el regazo, aún temblando de pavor.

«Me estoy muriendo», comprendió. «Me voy a morir».

Tan desesperado estaba por el peligro que corría su vida que no oyó los pasos que habían seguido los suyos al poco de su estampida.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —rugió Li Zhen desde la entrada—. ¡Tenemos que terminar la audición! ¡Tienes suerte de que Dahlia haya tomado tu lugar y se sepa un par de canciones de Mitski para entretener al público! —Cassiel orientó el rostro hacia la puerta abierta de par en par con gesto desvalido. Ella vaciló—. ¿Qué es esa cara de perro pachón?

Sonó más estupefacta que molesta.

—Estoy enfermo —se defendió con la boca pequeña, encorvado sobre sí mismo para cubrir la zona susceptible.

—¿Qué quieres decir con que estás enfermo? ¡Los magnánimos no pueden enfermar hasta el punto de necesitar reposo!

—Eso pensaba yo, pero debe de haber algo en el aire, en el ambiente, en... —Una punzada en la entrepierna lo obligó a callar. Cassiel controló un escalofrío y se dobló aún más sobre su miembro —. Duele.

Li Zhen cerró la puerta tras de sí y se dirigió a él. Empleó un tono algo más paciente al preguntar:

—¿Qué es lo que te duele?

—Es... Creo que te vas a escandalizar. Sé que, en la Tierra, las mujeres no ven con buenos ojos que un hombre exhiba sin previo consentimiento sus masculinidades...

—¿Qué masculinidades? ¡Olvida el consentimiento y habla claro! ¡Solo tenemos una oportunidad para cumplir con la hoja de ruta, Cassiel! ¡O volvemos ya o la habremos cagado!

La llamada del deber le forzó a enderezarse en contra de su voluntad, furiosamente ruborizado y con los ojos vidriosos por el esfuerzo de contención.

Estaba convencido de no estar exagerando. Si no malinterpretaba el sudor frío que le corría por la espalda y el ardor que le quemaba las entrañas, se hallaba a las puertas de un delirio febril.

Cuando recuperó la postura normal, sentado con las palmas sobre los muslos, aguardó con los ojos cerrados a que Li Zhen hiciera su diagnóstico.

El corazón amenazó con salírsele del pecho al notar que la guerrera se olvidaba de tragar. Cuando lo hizo, su saliva se había espesado.

Cassiel no tenía ni la menor idea de qué significaba aquello, solo que había apelado de forma directa a su sofoco y ya no podía ni respirar.

Estaba empeorando.

Li Zhen se hundió las uñas en las palmas al apretar los puños.

—¿Eso es lo que te pasa? —inquirió con voz queda.

—Sí. Yo... No me había sucedido antes nada similar, y desconozco... el modo de solucionarlo. Estoy... desconcertado, y... —Alzó el rostro hacia el lugar que ella ocupaba en el camerino, rogando auxilio—. No puedo pensar con claridad.

Parecía que Li Zhen tampoco, porque se le atascó la respuesta y un silencio de lo más elocuente, delator de una repentina timidez, saboteó su capacidad de resolución.

—Solo estás excitado —se forzó a hablar con indiferencia—. Si no puedes calmarlo, y me imagino que es difícil porque... porque... los magnánimos viven la atracción de modos muy... intensos, te sugiero que te... ayudes solo. Puedo darte intimidad para que... alivies tu... situación.

Li Zhen se dio media vuelta, poseía de pronto por una urgencia desesperada, y se precipitó hacia la puerta como si la estuviera persiguiendo una manada de lobos.

Algo en su agitación conectó con una fibra enterrada en lo más profundo de las vísceras del Iluminado. Antes de darse cuenta o pensar en ponerse freno, estuvo de pie y a la espalda de la guerrera. Con una mano firme apoyada contra la puerta evitó que se escapara.

—Es por ti, ¿verdad? —comprendió con los labios casi enterrados en la melena oscura. Hizo una pausa para olerla. Se le escapó un

gemido—. La música no me hace esto. Nunca lo ha hecho cuando he practicado arriba, en el Autem.

La sintió estremecerse bajo la inminente amenaza de su contacto.

Hasta ese momento no había visto con tanta nitidez la fragilidad que la aquejaba. Le pareció débil y sensible, como una serpiente con la piel recién mudada. Algo que en principio no debería haberle suscitado ninguna emoción, porque nunca pensó que le atraería la dulce feminidad, despertó en él un instinto de sometimiento.

—Y si es por mí ¿qué, eh? —balbuceó—. ¿Qué esperas que haga?

—No lo sé... —Cassiel se mordió el labio con fuerza, sin temor al dolor, y en un movimiento instintivo pegó sus caderas a las nalgas de ella—. Solo... solo...

Se volvió a empujar sin pensarlo, con la mente en blanco. El ardor de su dureza sumado al calor que se agolpaba en la protuberancia femenina de su cuerpo, protegida por el satén más afortunado del mundo entero, le hizo cortocircuitar y perder todo contacto con la realidad. Las manos de Cassiel se desentendieron de las órdenes cerebrales aterrizando con brusquedad en la estrecha cintura de Li Zhen, que atrajo hacia sí violentamente.

—Solo... déjame... hacer...

La oyó jadear y descolgar la cabeza hacia delante. El gesto de claudicación barrió algunas secciones de su melena de sus hombros, donde había descansado hasta entonces, hacia el torso; intuir el roce del cabello con los pezones y de los pezones con la tela le arrebató de celos. Víctima de un rapto de locura posesiva, le cubrió los senos con las manos. Así la pegó más y más a su pecho con la egoísta pretensión de anularla fundiéndola con él.

Recorrió nerviosamente la curvatura de su cintura y, aun sorteando las turbulentas aguas de la pasión desenfrenada, llegó a una conclusión que le conmovió.

—Tiene forma de guitarra —musitó, fuera de sí.

—¿Qué?

—El cuerpo de la mujer. Es... es una guitarra. Se estrecha por aquí... y, por esta zona —la palma combada de su mano cubrió la cadera—, de pronto hace un arco...

—Así no vas a conseguir nada —articuló Li Zhen—. No vas a... desahogarte.

No le cupo la menor duda de que decía la verdad. Por deliciosa y adictiva que fuese la fricción con sus dos nalgas, una parte del cuerpo en la que nunca se le había ocurrido pensar de forma erótica, no estaba consiguiendo sino el efecto contrario; echar más leña a un fuego que temía que lo consumiera.

Pero no podía detenerse.

Tuvo que ser Li Zhen la que se girara entre su apretado abrazo y le plantara las palmas sobre la zona pectoral para conducirlo hacia el sofá de escay con decisión.

Cassiel se resistió a que lo sentara, demasiado dolorido, demasiado furioso con ella por sacarle a relucir una naturaleza oscura que no sabía cómo enfrentar y por la que lo castigarían. Pero no se arrepintió de ceder en cuanto Li Zhen plantó las rodillas a cada lado de su cuerpo para sentarse en su regazo. Unas manos que sabían más sobre lo que quería que su misma razón volaron raudas a las caderas femeninas. Guiado por el instinto, las empujó con un movimiento agresivo hacia su miembro.

Cassiel gruñó, enfebrecido, al percibir a través de la tela de la ropa interior femenina un calor húmedo. No habría podido describir para qué servía o por qué le excitaba, pero vaya si le excitaba; por todos los héroes y los seráficos que le excitaba.

—Espera... No seas... ¿Por qué tanta impaciencia? Cass... iel... —balbuceaba ella, buscando la mayor comodidad retorciéndose sobre él y tratando de introducir una mano bajo sus cuerpos. Con dificultad por los nervios que convertían el momento en un borrón de pura calentura, logró su cometido y bajó la cremallera de su pantalón. Cassiel casi ni era consciente del todo de lo que sucedía, desesperado como estaba por manosearla con un furor enfermizo—. Basta de... Debemos volver lo antes... posible... Estás...

Se le atragantó la voz al llegar a su destino, exactamente como a él se le cortó la respiración sintiendo la suave cobertura de su mano en el perímetro más sensible de su anatomía; más sensible del mundo entero, pensó con la mente abrumada.

Li Zhen jadeó, en sintonía con Cassiel, nada más comenzó a retirar la capa de piel más fina con una serie de caricias verticales. Aquella diestra mano tenía un propósito muy claro y se conducía hacia él manteniendo un ritmo que recordaba al tictac de un metrónomo. Le pareció que se le salía el alma, el éter, lo que quiera que fuese eso que se refugiaba dentro de sí y que solo podía liberar una traición al celibato.

El movimiento de muñeca Li Zhen, cómo batía su carne, el anhelado peso de su cuerpo sobre él, todo eso debía de ser una traición, al menos, porque era lo contrario a como se había estado sintiendo hasta entonces, que había sido correcto al extremo; recto, serio, sólido, sereno.

¿Y qué era ahora? Esclavo de sus pasiones.

No pudo soportar la inutilidad y la parálisis a las que invitaba la hipnótica masturbación de Li Zhen e hizo algo al respecto. Le cubrió la cara con las manos y las deslizó hacia el cuello. Sujetándola bajo el mentón con uno de los pulgares presionando la vena hinchada por el esfuerzo de la contención, ladeó la cabeza para hundir la boca en aquel punto donde le hervía la vida. Presionó los labios contra el latido de su corazón, luego contra la elegante curva de su garganta, dos dedos por encima del cierre del quipao. El instinto le susurró que la prenda era una molestia y desabrochó el botón escondido bajo su nuca para delinear con la boca entreabierta el sutil relieve de los huesos del hombro; la pequeña laguna de la mueca supraesternal que se asemejaba al refugio de un nido de golondrinas.

Sus sensaciones conectaron con el primer impulso, no muy antiguo, que lo atrajo hacia ella: esa hambre atávica que le convenció de que Li Zhen era comestible en la cocina de su casa. Lo era, no había estado loco; podía morderla y lamerla como se mordía y se lamía el alimento, y no dudó en seguir catándola trazando con la lengua la línea ascendente del cuello, el desfiladero del mentón.

Apretó la carne prieta de sus nalgas introduciendo las manos por debajo del quipao, que apenas era ya un pedazo de tela arrugada en su cintura.

Si hubiera estado en sus cabales, se habría dado cuenta de que Li Zhen evitaba que sus labios arribaran al puerto de los de ella. Aun sumida en una conmoción general muy semejante a la de él, tenía el suficiente dominio sobre sus actos para no permitir que la besara.

Eso no le importaba en pleno arrebato lujurioso, sin embargo. Menos todavía cuando le regalaba la maestría de su mano, que seguía luchando obstinadamente por exprimirle hasta la última gota de vida que le quedara.

Y estuvo cerca de conseguirlo en los momentos previos a la caída libre, en ese seductor rodeo del orgasmo que no era sino el comienzo de una espiral ardiente.

Cassiel perdió del todo los papeles arañando el torso femenino con los dientes. Se dejó gobernar por la clase de impulso violento que deleznaría de haber estado en posesión de sus facultades mentales y marcó su piel, de una suavidad inaudita. Se guio por nada más que los gimoteos y sacudidas de la guerrera, que, pese a ostentar el mando, se derretía entre sus brazos del mismo modo, como si no existiera el hambre, ni la muerte, ni la absurda y unilateral enemistad que le declaró al principio.

Cassiel se detuvo de repente cuando una sensación nueva y aún más poderosa anunció su llegada. Se le endurecieron hasta los dedos, rígidos sobre ella hasta que ya no estuvo encima de él. Li Zhen lo abandonó para que esas fiebres breves pero intensas lo inmovilizaran en lo que duró un orgasmo devastador.

Fue a llevarse las manos a la erección para bloquear la evasión de un fluido, y cuál no fue su sorpresa cuando sus dedos aterrizaron en la cortina de seda que era la melena de Li Zhen. Abrió la boca, perplejo, sin sospechar que a la misma vez la abría ella para cubrir con su cálida lengua aquella parte de su cuerpo que momentos antes había sido su juguete.

Con el clímax llegó el conocimiento que, en una jugarreta, el deseo había estado bloqueando: había tenido una erección, eso era un orgasmo, y Li Zhen estaba chupando su miembro aún endurecido para limpiar todo resto de su pérdida de autocontrol.

Todavía lo estaba digiriendo con el cuerpo laxo cuando oyó el chasquido de los huesos de la guerrera al incorporarse. El satén de la tela resbaló por su piel a la orden de sus manos de volver a vestirse.

—Y ahora —retomó con la voz trastocada— vuelve a ocupar tu puesto para que podamos concluir la misión.

Capítulo XIV

«Quisiera poner mi corazón en tu pecho
para que sientas que solo late por ti.»
La noche más larga
Gu Xiong

Gracias al cielo, Cassiel volvió en sí mismo y lograron pasar el corte pese a su repentina estampida. Dahlia entretuvo al jurado con tres temas de Mitski que había preparado, casi como si hubiera predicho el desenlace y preparado el remedio con antelación —ahí se veían, supuso, sus habilidades de augur—, y usó la guitarra eléctrica para unirse a Dagon y a Evrani en el instrumental de la segunda canción que les correspondía tocar.

Cassiel y Li Zhen llegaron a tiempo para sorprender al jurado de nuevo con una versión de *Because the Night* que los dejó extasiados.

Nunca sabría si habían captado su atención por lo inusual de que el guitarrista principal se diera a la fuga por razones incomprensibles, una actitud muy propia de una auténtica estrella del rock, o porque de veras los habían convencido con su estilo. Lo más probable era que la urgencia por sustituir a Fenghuang en el festival, que tendría lugar dos noches más tarde, los hubiera inclinado a seleccionar a los primeros que audicionaron.

Entre la promesa de un concierto inolvidable y lo ocurrido en el camerino, Cassiel estuvo sintiendo que flotaba durante las horas posteriores. Recordaría el trasiego de los últimos ratos en Shanghái como un cúmulo de insistencias por parte de El Quinto Arcano —«Recoge tus cosas», «Vamos, tenemos prisa»— y de trayectos breves entre taxis y trenes de última hora hasta la ciudad de Xi'an, antaño conocida como Chang'an, donde se celebraría el festival.

Aunque estaba aislado del mundo en el cálido confort de su burbuja, todavía seguía lo suficientemente revolucionado como para

buscar en cada rincón de cada sitio el olor de Li Zhen; para revivir el momento y fantasear, nervioso, con que sucedería otra vez.

Estuvo tentado de ir a su encuentro en cuanto se pusieron cómodos en el Airbnb, uno de los escasos apartamentos céntricos en los que cabían los seis sin tener que compartir dormitorio, pero el aguijón de la culpa pinchó esa burbuja suya justo a tiempo para evitar otro arrebato pasional.

Cassiel pasó la noche entera en vela, tendido boca arriba en un colchón de muelles que, cada vez que se movía, emitía un chirrido que crispaba los nervios. Fuera llovía, pero no era la clase de llovizna apacible que parecía imitar la cadencia de una nana. El agua golpeó el cristal de su ventana como si le estuvieran disparando con una ametralladora. El olor a cerrado y humedad de la habitación, que solía ser un almacén, y el burdo intento del propietario por solventarlo colgando una colección de ambientadores de pino sobre la cama, como si de un móvil de cuna se tratase, no hacía sino empeorar el cuadro.

Pero Cassiel se habría sentido incómodo incluso si hubiera dormido en los brazos de la diosa Magna bajo el cielo despejado de una tarde primaveral.

No dejó de pensar ni por un instante en el grave error que había cometido; en las medidas que podrían tomar en la Orden una vez descubrieran que el futuro magnificente, cuyo mayor deber era preservar su inocencia intacta y renunciar a toda aspiración, se había dejado mancillar a la primera de cambio en el nombre de un ambicioso anhelo.

Se revolvió sobre las sábanas sudando frío, debatiéndose entre un miedo que no comprendía y otro que sí: ¿por qué estaba asustado? ¿Por qué temía a sus semejantes? Porque le habían arrancado los ojos con los que podría haber mirado a Li Zhen: eso le respondía aquella saboteadora voz interior que, nada más alejarse del Autem, se había fijado el objetivo de demoler sus creencias.

Si en la audición pensó que iba a morir como Li Zhen no lo tocara, esa noche comprendió que moriría, y como un perro, en cuanto

confesara sus debilidades ante la Sehara. Porque por más que temiera represalias, esos deseos seguían allí y no solo no tenían la menor intención de irse, sino que él no los soltaría sin antes explorarlos tanto como la guerrera se lo permitiera.

Ya era la criatura más poderosa del mundo en su camino hacia la magnificencia, pero esa tarde había sido el hombre más poderoso del mundo; le había sido devuelta una masculinidad que nunca pensó que encontraría grata, que no recordaba haber tenido en primer lugar.

Lo más importante del poder que le había sido conferido era que no había sido asunto de nadie. De ese poder no dependía que prosperara la vida o el curso natural siguiera adelante.

Aquel poder había sido solo suyo y de Li Zhen.

Y lo habían elegido ambos.

Acabó cerrando los ojos para dormir, pero pasó el resto de la noche concentrado en las respiraciones entrecortadas del objeto de su obsesión, que tampoco conciliaba el sueño al fondo del pasillo. Comprendió entonces lo que Alastor había pretendido decirle antes de jurar sobre los Tres Libros, cuando recitó sus advertencias de viejo diablo acerca de las tentaciones terrenales.

Hasta ese momento, había vivido en la nostalgia de echar de menos lo intangible, lo que solo podía presuponer hermoso. No había tenido modo de saber cuánto dolía en realidad hallarse amarrado cuando toda la felicidad y toda la gloria se tenía al alcance de la mano.

Tras aceptar que no lograría conciliar el sueño, se clavó en los oídos unos auriculares que le había prestado Dagon y acudió a los garabatos rúnicos que constituían sus avances en Taumaturgia.

Tenía sortilegios que confeccionar para salvar con honores el ritual de presentación. Y, sorprendentemente, esta vez le iluminó la inspiración que había estado huyendo de él, a lo mejor atraída por las canciones que iba reproduciendo el aparato de Dagon.

Una en concreto le dio —paradójicamente, porque no incitaba que se dijera a mantener el *status quo*— la motivación que necesitaba

para avanzar. Acabó aprendiéndosela de memoria, ilusionado por la expectativa de tocarla. El inglés no era la lengua que mejor manejaba, pero le pareció que R.E.M le hablaba a él y solo a él: «*That's me in the corner, that's me in the spotlight, I'm losing my religion trying to keep up with you. And I don't know if I can do it, oh, no, I've said too much... I haven't said enough*[10]».

¿Estaba diciendo demasiado o no estaba diciendo suficiente?

¿Estaba pasándose de listo haciendo más de la cuenta... o no estaba haciendo lo bastante?

El día siguiente lo cazó más o menos orgulloso de su progreso.

Amaneció intrigado por el escándalo de platos proveniente de la cocina. Carcajadas saludables interrumpían una conversación de por sí caótica. Cassiel siguió el aroma a leche caliente, carne guisada con especias y bollos al vapor que emanaba de la última estancia del pasillo. Reconocía los olores de todas las veces que Alastor había regresado de sus excursiones a la Subrealidad bien surtido de comida regional china.

No era la única cocina asiática que había probado, por supuesto.

—¡Ah, por fin nuestro Jimi Hendrix hace acto de presencia! —Valois le palmeó el hombro con la mano con la que no sujetaba una generosa taza de café. El calor que irradiaba podría haber tejido un techo de vapor sobre sus cabezas—. Espero que el gusto por un desayuno salado no te sea ajeno; esta misma mañana me he aventurado a recorrer el mercado local en busca de viandas matutinas y he aquí lo que el destino ha dispuesto para nuestro sustento.

—Joder —masculló Evrani—. Por las mañanas, Vuestra Merced está más inspirado que nunca para balbucear cortesías versallescas.

Dagon y Dahlia se rieron por lo bajo cariñosamente.

Incluso Li Zhen se sumó esa vez.

—Acariciábamos la posibilidad de concedernos una jornada de asueto para hacer turismo —continuó tras invitarlo a sentarse con un ademán que no podría haber visto, pero que él hizo aun así confiado

en que lo percibiría—. Xi'an, con su riquísima herencia histórica vinculada a la célebre Ruta de la Seda, promete ser un deleite para el espíritu curioso. Hasta el momento no he tenido el honor de solazarme en sus calles, y bien nos hemos ganado un placentero paseo, máxime ahora que los rigores del clima han menguado.

—A ti lo que te pasa es que te gusta escaquearte del curro, *monsieur* —se burló Dagon.

—Y decir palabras que solo conoce él. ¿Jornada de asueto? ¿Y qué coño es «solazarse»? —se quejaba Evrani—. ¿Anoche estuviste leyendo al hidalgo Don Quijote de la Mancha?

—Toma, Cass —oyó que le decía Dahlia, acercándole un cuenco de madera—. Prueba esto. *Baozi*, creo que se llama. Son unos bollitos de levadura hechos al vapor que tienen un caldito dentro. ¡Me han encantado!

Cassiel lo aceptó con un asentimiento solemne que le recordó a las reverencias con las que se saludaban en la Orden.

Allí arriba no había desayunos, ni con bollitos al vapor, ni con compañía. Al menos, él comía en sus dependencias, alejado de la mediocridad sacerdotal. Se entendía que el Iluminado debía permanecer el mayor tiempo posible a solas con sus pensamientos para que el mundanal ruido no interfiriese en sus sagradas conclusiones.

De niño no entendía por qué era halagador que lo distanciaran del resto, pero se tenía que morder la lengua cuando sentía el impulso de defenderse por lo que interpretaba como un encierro.

—Evra y yo vamos a ver los famosos guerreros de terracota —comentó Dahlia—, por si alguien quiere venir con nosotros.

—Yo me inclino por recorrer la muralla en bicicleta —meditó Valois.

—Pues claro, como el gran divorciado que eres —se burló Dagon —. Yo pienso ponerme morado a brochetas de cerdo en el barrio musulmán. Necesito ver a la gente hablar, regatear, moverse; ¡sentirme tan sobreestimulado con los ruidos que el paseo me deje al borde del aneurisma!

—Te acompaño —se pronunció Li Zhen—, si no te importa.

Cassiel tragó lo que había estado masticando con el mayor disimulo posible. Estaba empezando a descubrir otra emoción hasta entonces desconocida: los nervios. Y es que cuando uno estaba nervioso, le parecía incluso que respiraba demasiado fuerte, que ocupaba demasiado espacio, que hablaba demasiado alto.

Quería llamar la atención, *su* atención, y, al mismo tiempo, no quería hacerlo en absoluto por temor a sentirse vulnerable.

—Iré con Dagon y Li Zhen —decidió Cassiel al cabo de un rato, cuando ya habían pasado a otro tema—. No puedo conducir una bicicleta sin poner en riesgo a los transeúntes y no creo que me dejen tocar a los guerreros de terracota para adivinar sus formas, así que solo me queda la experiencia culinaria.

—Tampoco nos tenías que amargar la mañana con tu historia de niño soldado.

—¡Evra! —le regañó Dahlia.

—Hablas como si tuvieras la empatía que exige solidarizarse con las tribulaciones de alguien con discapacidad —le reprochó Valois con la boca escondida tras la taza.

Su voz sonó gutural, como cuando se le gritaba a un pozo.

—No, pero al menos hablo como una persona normal, no como la enciclopedia de Diderot y d'Alembert.

Cassiel le dio un generoso bocado a otro de los manjares que le ofreció la augur.

—No os peleéis, por favor. No me lamento por ser ciego. Es lo que es.

Al menos, no se había lamentado durante los últimos años. ¿Para qué hacerlo ahora? ¿Acaso no era la vida el constante progreso?

¿Por qué, entonces, volvía a dolerse por causas pasadas?

Valois fue el primero en retirarse, lo que dejó a Evrani refunfuñando que siempre hacía lo mismo: disculparse con la excusa de que «demoraba medio siglo en acicalarse» para no fregar los platos sucios, encasquetándole así el marrón al resto. Pero luego él

mismo siguió su ejemplo desapareciendo de la cocina de la mano de Dahlia, disimulando sin gran éxito que estaba entusiasmado con la idea de quedarse a solas con ella.

En cuanto a Dagon, lo oyó secarse las comisuras de la boca con un paño, imitando la rigidez de un aristócrata británico, y alegar que debía vestirse apropiadamente para acto seguido desaparecer de puntillas.

Cassiel no podía echarle en cara otro nombre que el de alcahuete, porque se había quitado de en medio todavía con el estómago rugiendo para dejarle intimidad con Li Zhen.

Interesado en la limpieza, recogió los platos guiándose por el instinto y los llevó al fregadero. Palpó dos veces la encimera antes de encontrar un paño con el que frotar ahí donde intuía que podía estar sucio.

La leve risa de Li Zhen lo distrajo.

—No sé ahí arriba —señaló tras soltar un suspiro relajado—, pero aquí fregamos con estropajo y bajo el chorro de agua. Limpiando los restos con eso solo vas a conseguir extender el aceite y se va a quedar pringoso.

—¿Qué es un estropajo?

Oyó el chirrido de la silla, advertencia de que se levantaba, y se puso firme como los prometidos de los regentes en las ceremonias de unión. La sintió aproximarse por detrás, como se había aproximado él la tarde anterior, y rodearlo prudentemente por un costado para cogerlo de la muñeca, separarle los dedos y colocar un elemento maleable sobre su palma.

Lo tocó, muerto de curiosidad, hasta asimilar la textura esponjosa de la rafia deshilachada por el uso. Lo mismo hizo cuando Li Zhen lo proveyó de un jabón más denso y oloroso que el que usaba para asearse.

Li Zhen giró el grifo para que empezara a correr el agua.

—Como la ducha —dijo como toda explicación.

—Oh.

Cassiel se guio por el sonido del agua para localizar el punto exacto sobre el que caía. Introdujo el primer plato y frotó el estropajo contra la superficie dura de la loza, primero ejecutando movimientos horizontales y luego circulares.

Se empleó a fondo, concentrado, durante alrededor de un minuto.

—¿Puedes decirme si está limpio? —preguntó en la dirección de Li Zhen, alzando el plato como un niño creativo mostraba, orgulloso, su dibujo.

—Ajá, aunque no deberías dedicar tanto rato a un solo cuenco. Quitando eso... No se te da mal. —No hacía falta esforzarse para reconocer un fondo de risa en su voz—. ¿Qué pensarían los sacerdotes de la Orden si supieran que el Iluminado anda fregando los platos de un par de penitentes, la peor subraza de magnánimos?

Cassiel se encogió de hombros.

—A lo mejor me impusieron la misión con El Quinto Arcano para bajarme los humos. —Francamente, lo dudaba, pero prefería no hablar de eso. No con ella, en especial sabiendo qué opinión le merecían los sacerdotes—. Es una tarea manual agradable y, además, tiene un fin práctico: que se puedan utilizar los platos otra vez en lugar de tirarlos y comprar otros. ¿Por qué todo el mundo evita colaborar en la limpieza?

—Porque los factores de la repetición y la obligatoriedad le quitan lo divertido e interesante a cualquier acción. A nadie le gusta hacer lo mismo una y otra vez.

—Depende del qué, ¿no?

Li Zhen tenía que saber a qué se había referido con su murmullo, porque dejó correr un silencio revelador.

—No te voy a preguntar entonces si quieres que te ayude. Te veo encantado.

—Espera —atinó a decir, atragantado. Soltó los platos sin pensarlo, provocando un estruendo—. ¿A dónde vas?

—A prepararme —contestó con naturalidad. Pausa—. Vamos a hacer turismo, ¿no?

El alivio se extendió por todo su pecho igual que una profunda inspiración. Ella no se quedó a ver cómo se suavizaban sus rasgos y desapareció en el corredor sin darle una ligera pista de la cara que había puesto.

Por lo que había oído contar a Li Zhen en tono informativo sobre la zona de Xi'an a la que se dirigían, Dagon se había decantado por una oferta turística que no tenía nada que envidiarle a la muralla o los guerreros de terracota.

El barrio musulmán o Huimin Jie era cultural y gastronómicamente riquísimo, como pudo comprobar él de primera mano al empaparse de un ambiente vivo y nervioso aderezado por los aromas de la comida local. Un zumbido de enjambre de abejas y la concentración de calor en la calle advertía de la presencia de decenas, quizá cientos de personas, que habían elegido esa mañana de primavera para deleitarse con una combinación de platos callejeros.

—¿Por dónde queréis empezar? —preguntó Dagon, frotándose las manos con entusiasmo—. Me apetece uno de esos dulces de dátiles y nueces. Y una brocheta de cordero. ¡O una detrás de otra! —se corrigió después de pensarlo mejor.

—No he probado ninguna de las dos —admitió Cassiel.

El alcance de Alastor tenía sus límites.

No había podido abarcar milenios de historia china.

—Habrá que ponerle remedio —determinó Li Zhen. Tomó una gran inspiración antes de adentrarse en la masa ingente de turistas y vendedores ambulantes, tal y como lo habría hecho una guerrera a punto de enfrentarse al bando enemigo en campo abierto.

La comparación no se alejaba demasiado de la realidad, porque, en el afán por seguirla, Cassiel se expuso a codazos y empujones involuntarios.

Allí no cabía un alfiler. Lo último que apetecía estando atrapado en la densa marabunta y jadeando por el calor era comer. Pero

permaneció detrás de Li Zhen, pendiente del roce de sus vaqueros al caminar, de cómo se iba formando en su piel una finísima capa de sudor y de la inevitable suciedad del ambiente, inoculado de grasa animal y diversos aceites. Pensó, aturdido, que si la besaba en el cuello en ese momento cataría partículas de las especias con las que se condimentaba el *rou jia mo*[11].

En un impulso, Cassiel alargó un brazo hacia ella para agarrarla de la mano, pero acabó suspendiendo el movimiento.

No se atrevió ni siquiera a rozar sus dedos.

Pensó que entrar en contacto con Li Zhen había sido un capricho urgente hasta que lo había satisfecho. Se equivocaba. Ahora se le presentaba como una imperiosa necesidad.

Se resignó a mantener las distancias, comprendiendo que era el lugar que le correspondía si no pretendía hacer lo apropiado: disculparse por el abordaje en los camerinos. No cesaba de preguntarse, turbado, si no deberían hablarlo. Si no deberían casarse, a lo mejor.

Ella parecía ajena a todo, alejada de sus acompañantes y disociada de sí misma, pero arraigada al espacio en el que se encontraba. Daba la impresión de que mirara a su alrededor y viera la calle, la mezquita de la callejuela adyacente y los edificios de las dinastías Ming y Quing, pero los viese tal y como eran siglos atrás, no en la actualidad.

El don de la empatía de Cassiel era eficaz, mas no milagroso. Sin embargo, esa tarde estaba aprendiendo sutilezas hasta el momento inexploradas de su facultad. Se hacía más y más sabio a través de la observación sensorial de Li Zhen, de las ansias por estudiar sus distintos silencios.

Dagon y ella se repartieron los puestecillos para más adelante reunirse a las puertas de la mezquita con el botín. Li Zhen se encargó de los panecillos rellenos de carne de cordero guisada y aderezada con hierbas y especias, de las bolas de patata y la especialidad de Xi'an: los cuencos de *paomo*, una sopa densa, también de cordero, con pan desmenuzado.

Olía deliciosamente bien, pero lo mejor era que no tenía que imaginarse por qué ni gracias a qué especias. Li Zhen se había levantado habladora y, aun con los recelos de alguien que no terminaba de decidir si se alegraba de estar en su tierra natal, le había detallado con pelos y señales los ingredientes de los manjares y qué aspecto tenían los puestos ambulantes.

—Y... —Alargó la palabra para generar expectación antes de detenerse en un punto más o menos alejado del mercado—. Aquí tenemos la gran mezquita.

—¿Me la describirías también?

—Descríbemela tú —le sorprendió diciendo—. ¿Cómo te la imaginas si te digo que es la más antigua y grande de toda China?, ¿que terminaron de construirla cuando cumplí seis años?, ¿que combina la arquitectura regional y la musulmana, que, bueno, también es hasta cierto punto regional?

Mientras lo pensaba, Cassiel se acercó la sopa a la cara para que el vapor le calentara las mejillas.

Dio un pequeño sorbo al cuenco para catarla.

Además de deliciosa, era reconfortante.

—Imagino que mide cien metros a lo alto y cincuenta a lo ancho, que está carcomida por el moho y recubierta de plantas trepadoras y que... ¿tiene arcos califales?

—¿Qué sabrás tú de los arcos califales, chico *amish*? —le preguntó en tono de mofa.

—¿Nos oíste en el avión?

—Solo un rato. ¿Y bien? ¿Cómo es que conoces los tipos de arcos?

—La arquitectura del templo de la Orden es de inspiración musulmana y resulta que llegué a apreciarla siendo niño, antes de ceder la vista. No permiten la entrada al edificio sin previa citación, pero se ve desde las inmediaciones. ¿Nunca has estado allí para ver los arcos?

—En raras ocasiones, hace mucho tiempo. No lo recuerdo. Solía evitar el Autem.

—¿Por qué?

—Porque nunca me ha gustado el concepto de la verticalidad —contestó al cabo de una pausa.

—¿El concepto de la verticalidad?

—Sí. —Supo que había manoteado con desgana, abarcando la idea, porque le mandó una suave brisa con olor a especias; las de la hamburguesa que tenía en la mano—. La concepción de que hay cosas sobre otras cosas, ¿entiendes? De que hay débiles, y encima fuertes, y encima los más fuertes; de que hay mortales, luego inmortales, y, encima, los dioses. De que hay categorías mejores y peores. De que existe lo bueno y lo malo. Cuando uno es penitente, lo entiende mejor. Se siente un paria entre la blancura inmaculada del Autem... De toda la Suprarrealidad, siendo sincera.

—Comprendo a lo que te refieres, aunque tal vez no lo vea desde el punto de vista del penitente.

—Desde el punto de oída o el punto del gusto en todo caso, ¿no? El de vista lo tienes complicado.

No era particularmente original que hicieran mofas amistosas con su situación; incluso él se respondía a sí mismo a menudo con socarronerías de naturaleza parecida. Pero le entusiasmó tanto que ella se hubiera animado a bromear, por lo que pudiera significar para su relación, que se lo agradeció con una carcajada.

—Y para ti no solo no es difícil ver ahora, sino que lo has visto todo en todas sus épocas, en todas sus formas. Estabas aquí cuando la mezquita alcanzaba su máximo esplendor, ¿verdad?

—Estuve aquí el día que la inauguraron. —Sintió el dolor de una sonrisa trémula en su voz—. Recuerdo que mi hermana y yo veníamos al barrio a jugar cuando mi madre nos soltaba la mano. Correteábamos libremente por sus alrededores, o en la misma puerta, hasta que alguien salía y nos reprendía por faltarle el respeto «al único dios». Nosotras no respetábamos nada de eso, claro. No respetábamos nada a secas, porque éramos niñas, pero nuestro tío

abuelo nos inculcó los valores del confucianismo y el taoísmo que más adelante yo asociaría a las fuerzas de La Magna y El Gran Grimorio. —Su sonrisa se fue relajando conforme más se adentraba en la selva de la memoria, donde uno nunca sabía lo que iba a encontrar—. A Mei y a mí nos gustaba jugar a ser las criaturas del panteón politeísta; ella siempre era el Dragón Azul del Este, y yo... dependía del día y de su antojo, en realidad. A veces me señalaba y decía: «¡Y tú serás el Pájaro Bermellón del sur!», o «¡Hoy lucharé contra la Tortuga Negra!». Me dejaba llevar porque lo entendía justo. Era a ella a quien se le ocurría cómo adaptar las leyendas a nuestra travesura, a fin de cuentas.

Cassiel se había quedado muy quieto en el sitio con el rostro orientado hacia Li Zhen, como si pudiera no ya verla, sino leerle el pensamiento.

—No sabía que tenías una hermana.

—Pues es algo que deberías haberte figurado. Que yo *tenía*.

No añadió más predicado.

—¿Fueron los uigures? —inquirió en voz baja, atraído por el amor enfermo de rencor en su energía.

—No. Ella no estaba en casa. Se fugó antes. Pero, aun así, ya no la tengo. La sobreviví. No creo que eso le hubiera sorprendido a nadie, por otro lado. De las dos, yo era la prudente.

»Una vez, a las puertas de esta misma mezquita, mi hermana le entregó al omán como gesto de buena voluntad un incienso de hierbas amargas y estiércol seco. Te podrás imaginar cómo empezó a oler allí dentro en cuanto lo prendieron para su ritual... —La sintió sacudir la cabeza; el aroma fresco de su pelo se desperdigó por todas partes. Hubo una sonrisa en su voz cuando dijo—: Era un peligro.

Cassiel se había quedado estancado en el dolor con el que había mencionado la marcha de su hermana.

—Espero que te avisara antes de irse.

—Se despidió de mí, sí. Tenía que hacerlo todo inolvidable, ¿sabes? Muchas veces me pregunto cómo es que no he leído sobre

ella en los libros. La he buscado en las leyendas, cuentos populares y canciones de la dinastía Tang, convencida de que Li Mei aparecería de pasada... y no. Significa que murió joven o que murió escondiéndose de los uigures, porque no habría soportado la mediocridad de no trascender. Habría matado a un hombre con sus propias manos si hubiera sido necesario para pasar a los anales de la historia.

—No sé si lo dices halagándola o menospreciándola.

—Yo tampoco —admitió en voz baja—. La familia es difícil, Cassiel.

—Pero creo que es mejor que no tenerla.

—Supongo que sí.

Dagon apareció trotando en el momento oportuno, armado con dos brochetas de cerdo en cada mano. Emanaban un olor que hacía la boca agua.

Antes de que llegara a su altura, Cassiel pensó que iba a ofrecérselas, pero comprendió que no se unía a ellos por generosidad sino por necesidad en cuanto presintió su ánimo turbulento.

—Oye..., sabéis que un tipo lleva todo el paseo siguiéndonos, ¿verdad? Y cuando digo «siguiéndonos» me refiero a vosotros, porque si me hubiera seguido a mí, ya le habría preguntado si quiere un autógrafo.

Cassiel arrugó el ceño, extrañado por no haberse percatado de algo así cuando sus sentidos habían sido afilados como la hoja de una daga. Luego inspiró hondo y comprendió que la concentración de olores intensos de los distintos puestos ambulantes y la proximidad de Li Zhen, que lo anulaba todo, había interferido.

—No nos ha dado tiempo a hacernos famosos de un día para otro, ¿no? —bromeó ella.

—No —dijo Cassiel, recto como una flecha al reconocer un aroma familiar en el ambiente. Lavanda, vetiver, sándalo y musgo, una combinación única que solo podía asociar a una persona—. Es Alastor.

—¿Alastor? —repitió Dagon con voz ahogada—. ¿*Ese* Alastor?

—¿Qué otro Alastor va a ser? ¿Conoces a varios? —intervino el aludido.

Cassiel dedujo que estaba saliendo de su escondrijo a la vista, y esto es, de la cola de alguno de los puestos de delicias locales.

Se había cubierto la cabeza con una gorra y tapado media cara con el cuello de una prenda que se cerraba bajo la nariz; al quitarse la primera y bajarse la cremallera de la segunda, el olor se intensificó hasta rodearlo como una niebla invisible.

—Mi querido amigo Cassiel..., ¿cómo estás? ¿Te trata bien la vida terrícola?

Para su sorpresa, el valet lo estrechó entre sus brazos con fuerza, una de las primeras muestras de afecto que había tenido con él desde la tierna infancia.

Nunca habían sido cariñosos el uno con el otro, pero después de que tuviera lugar el rito de iniciación con la renuncia de la vista, Cassiel se encerró en sí mismo y Alastor se llenó de odio.

Sospechaba que no era un gesto de bienvenida, sino una advertencia de arriba, y lo confirmó tan solo unos instantes después.

—Ya veo que sí, que te trata mejor de la cuenta... —le dijo al oído, todavía frotándole la espalda—. Cuidadito, amigo, que te están observando y no les gusta lo que ven. No les gusta un pelo.

Capítulo XV

«Cuando volvamos a vernos
te ruego que no hablemos
de cosas que hagan llorar.»
Cuando volvamos a vernos
OUYANG JIANG

LA URGENCIA DE LA CRIATURA ALASTOR por reunirse en privado con Cassiel los obligó a poner fin a su visita turística.

Li Zhen y Dagon podrían haberse quedado deambulando por los alrededores del barrio musulmán un rato más, pero ambos habían presentido que debían proteger al Iluminado. Ella no sabía aún de qué, pues había mencionado en un par de ocasiones a Alastor en los términos afectuosos que se reservaban para un amigo, pero no osaría desafiar a su intuición... y su intuición le decía que se anduviera con cuidado.

Dagon, por su parte, se había quedado devastado al verle la cara al que las malas lenguas trataban de mayordomo pese a la sangre pura que corría por sus venas.

—Eres... —había musitado el empíreo, como si hubiera visto un fantasma—. Eres idéntico a tu padre. No lo puedo creer. Es asombroso.

Alastor no lo había interpretado como un halago.

Aunque Li Zhen se había desvinculado del mundo divino más de dos décadas atrás, sí que llegó a conocer la leyenda del único heredero carnal de la Sehara.

No se alababa de la misma manera el lado paterno de su árbol genealógico, sin embargo. En su día se tuvo que mencionar quién había sido su progenitor debido a las complicaciones de su nacimiento, que estuvo cerca de acabar con el cuerpo mortal de su madre. Con el tiempo y la disolución de estas legítimas preocupaciones, el ancestro más directo de Alastor quedó en el olvido.

Ni la propia Sehara pronunciaba ya el nombre de la criatura Luvart, quien fuera un mortal reclutado por el Gran Grimorio y dotado por su propia mano de las fuerzas oscuras que a punto estuvieron de poner en jaque la vida de la hechicera.

Li Zhen comprendió que, nada más oír aquello, el aludido le dirigiera a Dagon una mirada hostil.

—No vuelvas a decir algo así. Ni siquiera para ti mismo —le advirtió con frialdad, y aunque pese a su carácter risueño Dagon no se arredraba con nada, en este caso permitió que la amenaza le calase y agachó la cabeza.

Fue a partir de ese momento que Li Zhen comprendió que no podría dejar a Cassiel a solas con él. Había algo en Alastor que le ponía el vello de punta, empezando por su aspecto.

De entre todos los magnánimos del mundo, Li Zhen era la que más podría haberse apiadado de la tremebunda cicatriz que le atravesaba la cara en vertical, rajándole una ceja y amenazando con afectar también a la comisura del labio. Pero encontrarle una explicación a su mirada sombría, una que pudiera apelar a la compasión, sería harina de otro costal.

En otra persona, el desenfado con el que hablaba, su facilidad para el chiste, se habría leído como un rasgo propio de canallas entrañables. Pero era un papel antinatural en él que solo representaba ante un público concreto y con un objetivo secreto. Aquella mirada suya, aquella fúnebre expresión que advertía de que un pensamiento terrible no dejaba de hostigarlo, convertía sus bromas en un llamado de auxilio. O peor: en una venganza enmascarada de camaradería.

Podía figurarse por qué al Iluminado, aun siendo la criatura más perspicaz sobre la Tierra y los Cielos, le pasaba desapercibido que Alastor estaba enfermo de odio. Li Zhen era la primera que, por amor, había hecho la vista gorda a personalidades cuestionables.

Lo que no terminaba de entender era de dónde salía la necesidad de protegerlo. Cassiel estaba blindado por poderes que escapaban

incluso a su propia comprensión. Lo había visto en acción y sabía de lo que era capaz.

Pero también sabía que podía ser terriblemente inocente.

Dagon no llegó a entrar en el Airbnb. Se limitó a escoltar a Cassiel y a su invitado forzoso al apartamento, y, tras comprender que no obtendría gran cosa después de haber insultado al valet con su árbol genealógico, se despidió en la puerta y se marchó en quién sabía qué dirección, visiblemente afectado.

Li Zhen no podía seguir engañándose: el tipo había empezado a ganarse sus simpatías, tanto así que llegó a plantarse salir en pos de él para ofrecerle su hombro o su oído, lo que fuera a hacerle sentir mejor.

No lo hizo, intuyendo que necesitaría un tiempo a solas.

Con la excusa de deshacer el macuto casi intacto y disponer las prendas en el armario, se encerró en el dormitorio que le habían asignado y tomó asiento frente al tocador.

Afinó los cinco sentidos por si el Iluminado necesitaba auxilio.

Los viejos amigos se habían puesto cómodos en el salón.

—¿Qué tal va la vida en la Tierra, entonces? ¿Te has tropezado muchas veces por no ver un pijo o qué?

—Está siendo... —dejó la frase al aire, manteniendo en el mismo suspense el corazón de Li Zhen. Quiso oírle hacer un análisis positivo — diferente a lo que esperaba. ¿Te gustaría unirte a nosotros en la misión? Nunca está de más una mano extra, aunque cierto es que nos estamos apañando bien.

—Por más ilusión que me haga verte en según qué tesituras, como haciendo un pogo en una *rave*, te podrás figurar que no he venido para llevarte al lado oscuro. Más que nada porque ya estás en el lado oscuro, y como te lleve mucho más lejos, me van a despedir sin referencias. La Orden te está observando muy de cerca y no le hace ninguna gracia te las vayas dando de *latin lover*, compañero.

—¿*Latin lover*?

—Bueno, puede que haya sido impreciso en mi descripción. Eres una combinación del adolescente que acaba de descubrir las pajas y el enamorado de una tragicomedia. ¿Qué te pasa con esa tía, Cass? —suspiró al fin, deshaciéndose de la formalidad de la que se había estado valiendo para regañarlo—. ¿A qué viene lo de ir por ahí como un perro en celo?

Li Zhen notó que se le retorcía el estómago de temor hacia la respuesta, que demoró en llegar.

—No lo sé —dijo al fin—. No lo sé, Alastor. Supongo que no me imaginaba a las mujeres así.

—Así ¿cómo? ¿Irresistibles?

—Es una forma de decirlo.

—No será porque no te lo advirtiera. Pero hay otras muchas tentaciones a las que te has resistido a lo largo de tu vida, y con bastante éxito, pese a desearlas con desespero. ¿Qué haces que te dejas distraer por esa pava? Que, además, y déjame que te lo diga como amigo tuyo que soy, ni siquiera es la más guapa de la clase. Dahlia tiene un culo que no se aguanta.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Prestó alguna que otra visita a la Orden cuando trajeron a Evrani para enseñarle brujería, y, aparte, me han mandado a mí a observarte a través de los espejos. Ya sabes, en mi papel de fiel vigía. He de decir que tu paso por la Tierra no tiene nada que envidiar a las mejores *sitcoms*, así que no me he aburrido ni un momento, pero, chico, contrólate un poco, que luego me piden reportes y no puedo soltarles una trola que te deje en buen lugar. Son sacerdotes, ¿entiendes? Saben si miento. Y tampoco debo describir según qué escenitas para mayores de dieciocho. Estamos hablando de gente muy impresionable que no sabe lo que es una erección.

—¿Qué les has dicho?

—Que te has enamorado, ¿qué, si no? Y decir que se han llevado las manos a la cabeza sería un eufemismo de época. Se han llevado las manos mucho más arriba, al chakra *sahasrara* que flota sobre la

testa, chaval. Andan todos rezando por ti como si te hubiera dado un brote psicótico, y, la verdad, yo también me lo estoy planteando. Tienes más síntomas de locura transitoria que efectos secundarios acumula el prospecto de un antidepresivo.

Li Zhen esperó a que Cassiel lo negara con el corazón en un puño, pero él se sumió en un silencio revelador.

Se sintió culpable por pegar la oreja a una conversación privada.

No podía parar, aun así.

—Y dices que vienes a avisarme.

—¿A avisarte? A meterte en cintura, Cass, a meterte en cintura. Si sigues poniendo las manos en los cuerpecitos que no debes o haciéndote la estrella del rock, van a acabar interpretando tu actitud como una traición a tus juramentos... con lo que eso conlleva.

—Lo de hacerme la estrella del rock es parte de la misión, ya deberías saberlo si es cierto que me has observado. Y se supone que he venido a la Subrealidad a experimentarla, a aprender sobre los mortales... No estoy haciendo más que eso.

—A aprender anatomía femenina —completó—, di la frase entera, valiente. Sabes que a nivel personal no te juzgo, amigo, pero como tu valet, he de pedirte que por favor te comportes.

—No es justo.

Li Zhen apostó por que tanto ella como Alastor alzaron la cabeza a la vez, estupefactos porque Cassiel se hubiera rebelado.

—¿Cómo?

—No es justo que las prohibiciones que he acatado sin rechistar en el Autem se mantengan también en la Subrealidad. Y carece de sentido que se me arroje a la Tierra con la condición de mantener los ojos cerrados. No pienso adherirme a lo que se espera de mí antes de que llegue el momento, Alastor. Soy libre hasta que complete los dos rituales y se me invista magnificente.

—Con todo el cariño del mundo, Cass... —respondió Alastor al cabo de unos largos segundos de tensión, empleando su tono más

amable—, ¿se te ha ido el puto pistón? ¿Me vas a obligar a dar la razón a ese rebaño de alopécicos sin circuncidar?

—¿Cómo puede ser que tú, entre todas las criaturas, seas quien me juzgue? ¡Llevas trayendo la tentación a mi puerta desde que bajaste a la Tierra por primera vez! ¡Querías compartir conmigo tu ilusión por lo mundano!

—Lo hacía porque confiaba en que, a diferencia de mí, te controlarías. Es lo que te hace más apropiado que yo para el puesto, ¿recuerdas? Pero esto no se trata de lo que yo opine, sino de lo que pasará si te alejas del camino de la rectitud.

«Pasará que será feliz», pensó Li Zhen, impotente.

Todo su cuerpo le pedía que se involucrara en la conversación, igual que en su día se vio impelida a rebatirle a Cassiel, punto por punto, lo que él entendía por un honor sin parangón.

Desde el principio, Li Zhen había adoptado una postura firme en lo que a la magnificencia respectaba. Aquella ceremonia plagada de sacrificios inhumanos pertenecía a un sistema marcado por la violencia y la supresión de la individualidad; un sistema que pasó de moda en cuanto El Magnánimo tomó el mando e impuso una visión del mundo caracterizada por la compasión y la conformidad democrática.

Por alguna razón, los albos, auténticos perros del infierno, habían optado por vivir al margen de la reforma. Se organizaban de acuerdo a normas de conducta e idolatrías que en el mundo actual no solo carecían de sentido, sino que iban contra los derechos básicos.

Li Zhen sacudía la cabeza, furiosa porque ni siquiera entonces existiera el libre albedrío y porque Cassiel, el dulce y siempre curioso Cassiel, tuviera que ser quien cumpliera aquella condena.

Pero no era su asunto, se dijo con tal de ahuyentar la preocupación. Volvió a prestar atención a su macuto, del que había estado sacando sus prendas, y cuál no fue su sorpresa al toparse en el fondo con un objeto sólido y aplanado.

Tragó saliva al retirar la mano muy despacio, sujetando la peina de jade con un agarre endeble. Había olvidado que la había traído

consigo, como la llevaba siempre allá donde iba.

Delineó el borde curvo con la yema del pulgar. Detuvo la caricia ahí donde reparó en una mancha solidificada de lo que solo podía ser sangre.

El brinco que le dio el corazón la distrajo definitivamente de la discusión entre amigos. La distanció en el tiempo, incluso, arrastrándola a un momento muy concreto largos siglos atrás.

Invadida por los sentimientos, cerró los ojos y en la oscuridad del recuerdo vio con claridad el momento en que Arslan se lo entregó junto con la historia de la vida que tuvo antes que ella.

—No siempre vestí la armadura del *tarkhan* uigur —le había confesado en voz baja. Siempre la miraba excusándose por no haberla conocido antes, y no era lo único por lo que pedía disculpas. Tampoco se perdonaba no ser el hombre indicado para ella—. Hubo un tiempo en que mi destino fueron los zocos del Paso de Khunjerab, las bulliciosas arterias de Karakórum, las perfumadas calles de Susa.[12] Vendía las piedras preciosas que lucen las emperatrices y las más exquisitas sedas.

—Todo cuanto pudiera acentuar la hermosura de una mujer —había señalado ella con la sorna tras la que se refugiaba para que no supiera que estaba nerviosa—. No me asombra en lo más mínimo viniendo de tu espíritu disoluto.

Arslan había sonreído con la cabeza ladeada hacia el hombro, siempre para su coleto, como si supiera algo que ella no. Y claro que lo sabía. Entonces le producían una ternura insoportable las acusaciones de mujeriego, porque no era lo peor que podía ser.

—Aún mantengo lazos con la rama familiar que prospera en las rutas de comercio.

—¿Por si algún día retomaras la senda mercantil?

—Tal vez —había respondido.

Li Zhen podía ser muy ingenua aún, pero sabía cuándo los hombres recurrían a la ambigüedad para evitar una pelea.

—No alcanzo a comprender cómo es que has conquistado tantas vidas y territorios y todavía seas tan joven.

Arslan la había mirado directamente a los ojos, esta vez sin valerse de su poderoso magnetismo para postrarla de rodillas. Era una mirada con una finalidad diferente, la de instarla a confiar en él.

Li Zhen habría hecho cualquier cosa que le hubiera pedido. Contemplaba el bello rostro de piel morena, los radiantes ojos color sol, y la misma y ferviente sensación que la invadió cuando lo vio la primera vez la atrapaba entre sus familiares brazos.

—Algún día lo comprenderás. Y lo comprenderás porque yo te lo explicaré —le había asegurado. Reafirmó sus palabras entrelazando los dedos con los de ella, un atrevimiento que ya había tenido otras veces, y se llevó sus nudillos a los labios para besarlos con devoción —. Por ahora, quiero que aceptes este humilde obsequio que te ofrezco y lo tomes como un voto solemne, Zhen; como la promesa de que te entrego mi ayer, y, muy pronto, cuando sea prudente, también mi provenir.

—Nunca será prudente, Arslan. Ni apropiado.

Pero él insistió y llevó la mano a uno de los bolsillos de la túnica acolchada de algodón. Túnica que, en cuestión de semanas, días o incluso horas podrían cubrir las placas de hierro de la armadura escamada del ejército uigur. En cualquier momento podrían relevarlo de su actual y más segura misión para arrojarlo a la batalla, donde sin duda sería más necesario que en un pueblecito alejado de la civilización. Entonces, Li Zhen no volvería a verlo, si no porque lo mataran, porque regresaría después a su tierra.

Pero en Arslan había una esperanza que convenía no subestimar. Aquellos eran los ojos de un hombre que había mirado a la Muerte a la cara y le había dicho que volviera por donde había venido.

Le mostró una peina de jade que confirmaba que había tenido acceso a los artículos más lujosos de las rutas comerciales. No permitió que la tocase, sin embargo, y se levantó de la estera de junco sobre la que estaban arrodillados para hendirla en el moño. La

guio por los hombros con gentileza y la detuvo ante el único espejo de la estancia: a través del reflejo de los dos quedó confirmado una vez más que Li Zhen no era sino una muchacha frágil y demasiado joven para resistir los envites del primer amor, y él un flamante soldado con fuerza física y mental para destruirla y rehacerla luego a su placer.

—Cuánta belleza —murmuró Arslan a su espalda. Desde atrás le rodeó la barbilla para que ella se admirase desde todos los ángulos, pero Li Zhen recordaba no haber apartado la vista de la expresión anhelante del *tarkhan*. Se le cerraron los ojos al sentir el aleteo de sus labios en el lóbulo de la oreja—. Habrás de llevar esto en tu melena hasta que yo disponga lo contrario, pues solo a mí me es dado tocarte. Y el día que te la quite... Ese será un día que jamás olvidarás.

No se equivocó.

La palabra de Arslan era una profecía. Si no la cumplía Tengri, el dios de Mani, los devas o los budas, las cumplía él, cuya voluntad podía rivalizar con el poderío de las divinidades a las que el pueblo uigur veneraba.

Li Zhen todavía no comprendía por qué Arslan podía permitirse la blasfemia y el ateísmo, por qué podía permitirse perdonar vidas o aniquilarlas, por qué podía conducirse por el mundo con la seguridad de que ella era suya, Chang'an era suya, los infiernos eran suyos. Pero pronto descubriría que no es que le pertenecieran, sino que simple y llanamente los había descifrado y no había nada que una criatura inmortal pudiera temer.

Ciertamente, no a la muerte o al fracaso.

Quizá solo a la vida.

El día que Arslan fechó esa tarde, dotándolo de una importancia trascendental, fue, en efecto, uno que jamás olvidó. El *tarkhan* entró en su dormitorio aprovechando que las sombras de la noche lo camuflarían, salvándolo así de posibles represalias. A la luz de las velas que ella siempre dejaba prendidas por si deseaba prestarle una visita, le quitó la peina. Rastrilló su melena con los dedos crispados

por el deseo hasta entonces reprimido y se llevó un mechón a la nariz para llenarse los pulmones de su olor.

Fue la primera noche que le hizo el amor.

La Li Zhen contemporánea seguía cargando la peina consigo a todas partes, como si de un talismán para ahuyentar los peligros se tratase. Pero más de una vez se había preguntado si no obraba el efecto contrario; si la esencia de Arslan, contenida en su regalo, no era la responsable de que la felicidad no hubiera vuelto a llamar a su puerta.

Depositó con cuidado el accesorio en el fondo del macuto, donde esperaba no volver a toparse con él, y se dirigió a la ducha con una sensación de extrañeza.

Durante siglos, Arslan la había acompañado como la sombra pegada a los talones. Encontraba las formas más peregrinas de manifestarse: en un pensamiento intrusivo y recurrente, en un estómago que rechazaba el alimento, en unos ojos que se cuajaban de lágrimas sin razón aparente. Al cabo de un tiempo, la herida dejó de supurar para ser simple y llanamente una cicatriz que de vez en cuando escocía. Entonces, Arslan, desde dondequiera que estuviese, se apiadó de ella liberando su mente de la tiranía de su recuerdo, y se reclinó a una esquina de la memoria para que le mantuviera presente cada día, cada condenado día, solo que sin llegar a hacerle daño.

Abrir la caja de los recuerdos debería haberla trastocado, postrado en la cama sin remedio. Debería estar maldiciendo al destino. Pero esa vez no sintió el menor deseo ni de atacarse a sí misma ni de compadecerse. Ni el fatal desenlace que vino después ni los buenos momentos que evocaba la peina le habían producido una chispa de nostalgia.

Eso no significaba, sin embargo, que se estuviera metiendo sola en la ducha; que nada ni nadie la acompañara bajo el chorro de agua.

Parecía que la mente de los magnánimos tampoco era ilimitada. La habían configurado a imagen y semejanza del intelecto mortal

para que únicamente un pensamiento pudiera sustituir o expulsar a otro. Para que únicamente un hombre pudiera liberarla de otro.

Desde luego, Li Zhen comprendía que la dicha y el dolor no cupieran en el mismo espacio, y algo dentro de sí, llámese instinto de supervivencia, llámese esperanza juvenil, había decidido priorizar la imagen de Cassiel sobre el fracaso.

Desnuda bajo el agua no podía sino rememorar con todo género de detalles el modo en que el Iluminado la había acariciado en el camerino. Cerró los ojos con el rostro orientado hacia la válvula de la ducha y entreabrió los labios, llenándose la boca de agua como se le había llenado de fluidos eróticos. Se recreó en el sabor que no había abandonado la memoria de sus papilas gustativas y jadeó.

Antes de darse cuenta, sus manos estaban navegando más allá de su vientre para tocar el vértice entre sus muslos. Buscaba una experiencia similar a lo que la había hecho vibrar y desatarse con un hombre que no le convenía en ninguno de los sentidos.

Pero Arslan tampoco le había convenido.

Había un afán autodestructivo en Li Zhen, un deseo de dominar lo ingobernable o de dejarse someter por un peligro contraindicado; a fin de cuentas, había sido su tendencia a rebelarse contra su destino lo que la había llevado a la eterna penitencia. Pero que penara más tarde por sus decisiones no significaba que se arrepintiese o aprendiera la lección, porque ahí estaba, fantaseando con que era ese Cassiel arrebatado de deseo el que la acariciaba entre las piernas.

¿Qué sentido tenía ya resistirse? Luchar contra sus instintos la había estado extenuando. El Iluminado la había convencido de desprenderse de sus reparos y de sus miedos con sus gruñidos apasionados, con aquella apreciación tan inocente y a la vez seductora sobre las mujeres y las guitarras.

Separó los pies y se inclinó hacia delante lo justo para dilatar la entrada a su sexo, e introdujo un dedo conteniéndose para no jadear. Agachó la cabeza al primer pinchazo placentero. Su melena

empapada se desparramó hacia delante, llorando por las puntas el exceso de agua que seguía lloviendo sobre su cabeza.

Recreó un escenario en el que Cassiel la penetraba por detrás y los ojos se le anegaron de lágrimas de deseo insatisfecho.

Llevaba un día entero ardiendo con desesperación por todo lo que había sentido entre sus brazos y había acabado rechazando por miedo. Necesitaba ese desahogo, se consoló, y arqueó aún más la espalda para recrear un bamboleo horizontal que se asemejara al movimiento del sexo.

—Ah... Cassiel —nombró entre dientes antes de introducir el segundo dedo.

Cassiel y no Arslan.

Aquello debería haberla despertado de la pesadilla en la que llevaba siglos atrapada, pero en ese momento no era consciente del tiempo o el espacio, ni siquiera de su propia identidad. Era una mujer que se reencontraba con un fuego íntimo que había creído extinto.

Tan sumida estaba en su ensoñación que no oyó que la puerta del baño se abría y unos pasos seguros, quizá demasiado para tratarse de una criatura que no sabía a dónde iba y para colmo padecía el mal de los nervios agitados, se detenían a las puertas de la mampara.

Li Zhen respingó cuando alguien la corrió de un solo movimiento y, sin pedir permiso, se metió en el cubículo.

Cerró detrás de él igual que si se tratara de una habitación más.

Ella abrió la boca para increparle, pero se ablandó irremediablemente al toparse de cerca con los mismos luceros brillantes que la tarde anterior la habían hecho sentir la criatura más bella de los dos mundos. El agua caía sobre Cassiel con justicia equitativa, empapando sus hombros y su cabeza por igual. El cabello suave y dorado como la miel se fue oscureciendo.

En la insolente curva del labio superior se habían quedado descansando de la carrera un par de felices gotas de agua. El deseo de retirarlas con la lengua la asustó y balbuceó:

—¿Qué... qué haces aquí?

—¿Qué es «aquí»? —replicó en voz baja, inmóvil, como si así pudiera hacerse invisible y evitar que ella lo echara—. Solo he seguido tu voz.

—No te hagas el estúpido. Sabes que te has metido en el baño.

—Y también sé que estás desnuda. Y que eso me está trastornando.

—Cassiel...

—Me has llamado —tragó saliva y avanzó un paso para posar la mano en la cadera femenina— y yo he acudido.

Li Zhen se sonrojó.

—¡No te he llamado! ¡Estaba... estaba... hablando sola!

—Vaya. Ha sido un infortunado malentendido, entonces —fue lo único que dijo en tono aséptico, sin molestarse en fingir que le importaba un rábano—. No entiendo los códigos de la Tierra, lo siento. Voy a tener que improvisar.

Guiado por nada más que el instinto y las ganas, que no eran pocos, Cassiel cubrió su mejilla sana con la mano y acto seguido le estampó un beso en la boca. Un intento de protesta por parte de ella murió bajo la presión de sus persuasivos labios, que solo la diosa supo de dónde sacaron la pericia para invadirla ya de entrada con caricias terriblemente seductoras.

Li Zhen no respondió al principio, tal fue el abandono de su cuerpo a lo que quisiera hacer con ella. Él la convenció de participar con la deliciosa intrusión de una lengua dulce, ansiosa por explorar sus rincones ocultos.

Cassiel avanzó más y más hasta apartarla del foco sobre el que caía el agua. La pegó contra la pared húmeda y se aseguró de que no se le escapaba apoyando una mano férrea como un barrote junto a su cabeza, todo esto sin dejar de incitarla a rendirse a sus caricias con unos besos cada vez más impacientes, más precisos, más y más irresistibles.

Li Zhen llevó las manos temblorosas a su cabello y ladeó la cabeza para profundizar el contacto con aquella boca tentadora. La ducha se descargaba sobre él y no podía serle más indiferente; era la lluvia de fondo mientras se servía a manos llenas de las curvas femeninas, que iba delineando con la urgencia de una cuenta regresiva.

Ella jadeó con la embestida de sus caderas. Parecía que le reclamara que se hiciera cargo de una erección que la dura tela del vaquero ya no podía contener.

—Por Dantalion... —balbuceó ella, entrecortada—. ¿De dónde has salido tú? ¿Qué es lo que me estás haciendo?

—No estarás asustada, ¿no? —susurró sin despegar del todo la boca de la suya—. Solo soy un pobre cieguito.

Soltó una carcajada incrédula.

—¡Y una mierda un pobre cieguito! ¡Tú las matas callando!

—No sé qué significa eso.

—Pero por lo visto sí sabes besar. A ti te han configurado sin orden ni concierto, casi de cualquier manera, ¿eh?

—Yo creo que me han configurado dando prioridad a lo importante.

Cassiel cubrió de nuevo su boca. Le acaparó la palabra y le suspendió el aliento con un beso impertinente y tan sucio que Li Zhen solo atinó a emitir ronroneos con la garganta.

La certeza de que estaba mejor que bien dotado, de que la diosa fue cruel haciéndolo el amante perfecto, la derritió. Se deshizo de sus últimos escrúpulos arremetiendo contra la cremallera y el botón del pantalón hasta liberar un miembro duro por y para ella.

Gimió en voz alta de pura emoción antes de volver al hogar de sus labios, rodeando a la vez con la mano el grueso tallo. Un calor sofocante hacía arder sus entrañas, que sabía que no se darían por satisfechas hasta acogerlo en su interior.

Pero aquello no era lo único que quería. Quería tantas cosas... y sus deseos no eran lo único que convenía atender, como comprendió

al ver que Cassiel seguía sus instintos y también cubría su sexo. Li Zhen se estremeció al notar que deslizaba las yemas delicadamente a lo largo de su hendidura, empapándose de los fluidos.

Oírlo ronronear la excitó más allá de lo imaginable.

—Aquí desprendes tanto calor... —murmuró él.

Li Zhen perdió el arraigo a la Tierra viendo que se mezclaban la realidad y la ficción: había deseado que Cassiel la penetrara apenas unos minutos atrás, y ahora su fantasía se estaba cumpliendo.

Los dedos del Iluminado no hallaron resistencia en el acceso a un cuerpo que se deshacía por él. No apartó la vista de su expresión dominada por el éxtasis y apretó los músculos internos para que se sintiera bienvenido, para animarlo, también, a descubrir sus adentros con aquella halagadora curiosidad que la mataba de deseo.

Cassiel no leía la mente y tampoco estaba versado en el amor, pero actuó como si fuera omnisciente reproduciendo un movimiento circular en el interior de su cuerpo. Se introdujo una y otra vez, al principio despacio, maravillado con lo que significaban aquellas altas temperaturas, y después más rápido.

Si los hombres no sabían hacer dos cosas a la vez, los albos sí. O quizá fuera cuestión de que aquel era único en su especie, porque no detuvo ni la tortura a su entrepierna ni la lluvia de besos que no había dejado de caer sobre ella como agua en el desierto. Ya no la besaba para conocerla, para aprender. Ahora la besaba para doblegarla, para hechizarla, y para tal propósito se valía de envites airados alternados con mordiscos posesivos y lamidas. Ese no era su único don, sino duplicar la eficiencia de la mano libre mandándola a tocar por todas partes: le cubría la cara para dirigirla implacablemente hacia donde tuviera sus anhelos satisfechos, le agarraba un pecho con fuerza, le pellizcaba el pezón o le levantaba la pierna a la altura del muslo para taladrarla aún más hondo con los dedos.

Li Zhen pensó que no lo lograría, marchita como estaba después de tantos años; podrida, incluso. Pero la onda expansiva del orgasmo la hizo renacer. Sintió cómo la energía única en el mundo

estallaba en su vientre y se expandía hasta las puntas de los dedos, hasta su dura mollera, y plagaba su cabeza de pensamientos lascivos y delirantes que la arrojaron a los límites de la locura.

Todavía estaba temblando por los efectos del clímax cuando el animal salvaje que había estado hibernando hasta entonces se adueñó de la situación. Empujó a Cassiel lo justo para devolverle con creces la tortura y se arrodilló sobre el charco de agua de la ducha.

—¿A dónde te has ido? —le oyó preguntar. No necesitó que le respondiera verbalmente: Li Zhen fue rotunda y muy elocuente en sus intenciones al sacar la erección de su vaquero empapado.

Ella le lanzó una mirada desde abajo para confirmar que no osaba mediar palabra, turbado por lo que quiera que se propusiese. Sonrió para su coleto, regodeándose en la coquetería maliciosa de las mujeres apasionadas, y se introdujo la gruesa erección en la boca sin otra ceremonia. Escuchó con dolorosa claridad el gimoteo que escapó de sus labios y se propuso empeorarlo, acentuarlo tanto que Alastor se enteras de lo que estaba sucediendo. «Y que se atreva a interrumpirlo», pensó en pleno arrebato rebelde, «que a mí no me arranca de este cuerpo ni la detonación de la bomba atómica».

Así lo demostró succionando desde el principio con la impaciencia de haber desairado día tras día sus mutuas necesidades, como si el deseo no importara.

Se equivocaba. Era lo único que importaba.

Presionó con los dedos la base de su miembro y se lo empujó al fondo de la garganta hasta que su vello púbico le hizo cosquillas en el labio inferior y se le emborronó la vista. Por más que las arcadas la advirtieron, no se apartó enseguida, y cuando tuvo que hacerlo, no hizo de rogar sus atenciones volviendo a llenarse la boca, ahora de los pesados testículos.

En las proximidades de su ingle se intensificaba ese olor corporal que le había girado la cabeza el primer día, el sándalo y la grosella espinosa; no había conocido hombre que oliera así, como una fantasía encarnada. Espoleada por esa deliciosa curiosidad y por los efectos devastadores del orgasmo que aún latían en su cuerpo,

recorrió con una lamida la longitud de su erección. Se detuvo en la curvatura del prepucio para chuparlo al tiempo que pulsaba en el centro con la punta de la lengua.

—Haría lo que fuera por ver tu cara ahora mismo —confesó Cassiel en un jadeo. Con una mano vacilante, le acarició la cabeza mojada desde la coronilla hasta la nuca, y ahí dejó los dedos, jugando con los mechones largos.

Li Zhen cerró los ojos y ronroneó, encantada con el suave contacto. Lo masturbó despacio mientras besaba la punta curva de su miembro mil y una veces, y cuando vio que él empezaba a estremecerse, cerca del orgasmo, volvió a refugiarlo en su boca. Acumuló saliva y calor hasta que una arcada la instó a separarse.

Se imaginó escupiendo fluidos, tragando los que ya se habían deslizado hacia la garganta, de rodillas ante un hombre al que nadie había dado derecho a ser tan atractivo. Un ramalazo de deseo la atizó tan violentamente que algo parecido a la rabia la invadió y masculló, frotando su prepucio contra su boca entreabierta, contra sus mejillas resbaladizas, contra su barbilla:

—¿Por qué te dieron esta polla si te iban a condenar al celibato?

—La respuesta a eso sí me la sé —contestó él con una sonrisa ida pintada en la cara. Agachó la barbilla para orientar el rostro hacia ella, y por un instante pensó que la estaba viendo, o quizá fue efecto de la caricia que le prodigó a su mentón con el pulgar—: me la dieron solo para que tú me la chuparas así.

El clímax le trastocó la sonrisa y le transfiguró la expresión entera; víctima del éxtasis, dejó de parecer Cassiel el inocente, Cassiel el bondadoso, para convertirse en Cassiel el morboso, Cassiel el lujurioso... o en Cassiel a secas, el que no le estaba permitido ser, pero era con ella a pesar de todo.

Unos impacientes golpes a la puerta resquebrajaron el hechizo cuando Li Zhen se proponía a persuadirlo de hacerle el amor allí mismo, con su amigo y carcelero a un pasillo de distancia.

—¿Cuánto puede tardar alguien en ducharse, joder? —se quejó Dagon—. ¡O me dejas entrar o vomito y me cago en el pasillo, lo

juro por Versace! Si es que siempre me pasa igual, macho. Las brochetas me sientan como un tiro, pero ahí estoy yo, metiéndomelas dobladas, como si no hubiese un mañana.

En una primera instancia, Li Zhen se quedó de piedra. Adquirió poco a poco la conciencia de lo que había ocurrido y se llevó la mano a los labios, hinchados por los besos y salpicados de semen.

Para su sorpresa, Cassiel, que no estaba menos perjudicado, se encargó de la situación cerrando la llave del agua despacio, arreglándose los pantalones y saliendo de la ducha con una dignidad admirable. Le tendió la mano a Li Zhen para ayudarla a salvar el pequeño escalón e instintivamente rescató la toalla del perchero. La envolvió en ella con una ternura que le formó un nudo en la garganta.

Cassiel la besó de nuevo en los labios, desconcertándola del todo, y la colocó a su espalda para proteger su estado vulnerable en el camino a la puerta.

La cara de Dagon al toparse con un Iluminado empapado de la cabeza a los pies y una ruborizada Li Zhen fue impagable.

—Es que no sabes hacer nada con moderación —le dijo Cassiel con naturalidad—. Deberías aprender a controlarte.

Invitó a Li Zhen a salir primero, que no dudó en escabullirse a su habitación para reflexionar sobre sus actos o, en su defecto, rogarle al Iluminado por la apoteosis sexual definitiva.

—¡Habló de putas La Tacones! —oyó que mascullaba Dagon por lo bajini antes de pasar y encerrarse en el cubículo—. ¡Me va a venir a mí a llamar glotón el único que come a dos manos de toda la puta casa...!

Capítulo XVI

«Quiero que nuestro amor sea
un río que fluye sin cesar.»
Enviado a Zi An, mi amor
Yu Xuanji

Un rato antes de que Dagon interrumpiese una escena de pasión en el baño del Airbnb, Dahlia y Evrani volvían de contemplar uno de los fosos de los guerreros de terracota, emplazados en un complejo de más de cincuenta kilómetros cuadrados. Cada uno exteriorizaba su entusiasmo en la medida en que su carácter lo permitía: la vidente se había armado con un mapa físico que una simpática guía les había entregado en su destino turístico previo. Lo consultaba ávidamente, orgullosa de saber leer las leyendas aun cuando el resto del mundo parecía haberlo olvidado en beneficio de los GPS digitales.

Por su parte, Evrani había parado hacía un rato a comprarse una gorra para frenar la influencia directa del sol. Tenía los ojos tan sensibles que ni las Ray-Ban graduadas que Dahlia le regaló por su cumpleaños bastaban para evitar que le picaran y hasta le llorasen.

Huelga decir que lo odiaba, sobre todo porque llamaba la atención y algunos desconocidos hasta tenían la osadía de acercarse a preguntarle si se encontraba bien.

En la tienda de suvenires, Dahlia había insistido tanto en que se llevara la que rezaba «Bad hair day» que, con tal de callarla, y quizá también un poco por complacerla, Evrani había pagado los treinta yuanes que valía y se la había encajado de mala gana.

—¡Siempre haces eso! —exclamaba Dahlia, exasperada, media hora después de la transacción. Lo había adelantado unos pasos con el mapa en una mano y el móvil con la cámara abierta en la otra—. ¡Dejas que sea yo la que elija el restaurante, o el suvenir que te compras, y luego te pasas el resto del día refunfuñando que la carne no estaba en su punto...!

—Yo nunca me he quejado por esa clase de pijadas.

—i... o que el suvenir se desmonta con que lo mires...!

—Si lo dices por el que compré en Shanghái, es verdad que se rompió en cuanto lo metí en el bolsillo.

Dahlia puso los brazos en jarras.

—¿Y es mi culpa?

—No, pero es la culpa de alguien. —Miró a un lado con las manos escondidas en los bolsillos del tejano: a su derecha encontraría el museo del mausoleo de Qin Shi Huang—. En este caso, del fabricante.

—Las cosas siempre son culpa de alguien, ¿no? Con esa mentalidad no me extraña que te irrites con cualquier cosa. Si no te gusta la gorra y es por eso que no paras de farfullar por lo bajini, ve y la descambias.

Se le revolvió el estómago de imaginarse regresando a la tienda.

Por supuesto que le parecía ridículo lucir un complemento tan visible con «una frase divertida» —divertida ¿para quién? ¿Para los nuevos guionistas de SNL, a lo mejor? Que la diosa le ayudara—, pero, mientras pudiera evitarlo, no se daría otro paseo por el estante de las dichosas gorras. Había una que estampaba «PENSANDO... (CARGANDO AL 1%)», otra con el clásico «I LOVE XI'AN», y hasta unos modelos que decían «Mi madre aprueba este look», «Mi madre me dijo que usara protección, así que me puse esta gorra», «Mi mamá me hizo guapo; la gorra es solo un accesorio».

Evrani torció la boca, de nuevo acusado de un ánimo tenebroso.

—Estoy bien con esta —atajó secamente.

Dahlia frenó su trote airado para lanzarle una mirada extrañada por encima del hombro.

—¿Qué te ocurre?

Era tan sucinta a la hora de describir los beneficios y condenas de su don que pocos sabían que, junto con las visiones espacio-temporales y la capacidad de influir en la mente de los mortales, poseía el dudoso privilegio de la empatía extrema.

A lo mejor por eso era la única persona que le soportaba, pensó Evrani con sarcasmo. Porque podía notar que a veces no estaba de mal humor, o no *solo* de mal humor, sino también hastiado, e indignado, y encolerizado, y a punto de estallar..., y resentido.

Sobre todo resentido.

—Solo tengo hambre.

Dahlia siempre sabía que mentía, pero siempre lo dejaba estar.

Como justo entonces.

Relajó los hombros, hasta el momento crispados por la irritación, y esperó a que la alcanzara para pasarle un brazo cariñoso por los hombros. La dulce sonrisa que le dirigió marcó dos graciosos hoyuelos en sus mejillas. El gesto no se quedó ahí, nunca se quedaba ahí, nunca se apiadaba de Evrani: le iluminó los ojos verdes desde el interior, como si de pronto hubiera presenciado algo maravilloso.

Un día más, su encanto natural le dejó devastado.

—¡Pobrecito, que lo tengo de acá para allá estando muerto de hambre...! —Fue a pellizcarle la mejilla con la ternura con la que lo hacía cuando él aún era niño, pero se lo pensó mejor y acabó soltándolo, procurando disimular su turbación. «Mejor si te estás quieta, sí», pensó Evrani—. ¿Qué te apetece? Creo que hay un restaurante en el recinto donde la especialidad es el tradicional *yangrou paomo*. Te gustó cuando lo probaste, ¿no?

Evrani se pasó la lengua por los labios agrietados y asintió.

Le invadió una profunda culpabilidad, que no por inesperada le resultó menos familiar, y, como siempre que se percataba de que se había impuesto a sus deseos, reculó.

—Pero puedo aguantar hasta que terminemos la visita. Mira —señaló con un movimiento de barbilla a un cúmulo de gente—, creo que esos están esperando a que empiece un *free tour*.

—¿Sí? ¡Pues sería estupendo unirnos! ¿Seguro que aguantas? ¿No quieres comprarte ni una brocheta? ¿Un pan bao, a lo mejor...?

Dahlia arrugó la cara y luego torció la boca, como siempre que le entraba un picor en la nariz. Con el dorso de la mano se frotó la punta, que apuntaba hacia arriba como el extremo de un pequeño garfio. Hizo una mueca adorable para sacudirse el resto del picor.

Evrani apartó la vista con los labios apretados, notando un ardor conocido —mas no por ello bienvenido— en la boca del estómago.

—No. Estoy bien —dijo en voz baja, sin energía—. Vamos.

Esperó a que ella reemprendiera el camino para seguirla, como el eterno guardaespaldas que se había comprometido a ser.

Los grimorianos nunca atacaban a la luz del día, ni mucho menos en espacios tan concurridos, y los mortales peligrosos, que no eran pocos, no podían saber que Dahlia era una persona de interés debido a sus dones, pues no saltaba a la vista. No obstante, estos últimos seguían teniendo ojos en la cara. A lo mejor no pensaban en secuestrarla para forzarla a describir sus visiones, pero bien podían planteárselo con otros objetivos en mente.

Unos no menos inquietantes.

Dahlia se había decantado por un estilo cómodo para la jornada de turismo: llevaba unas mallas grises que le transparentaban la ropa interior y una camiseta de algodón que enseñaba el ombligo cada vez que estiraba los brazos por encima de la cabeza, y eso sucedía a menudo porque no soportaba notarse las articulaciones acartonadas. Era importante para Evrani vigilarla desde la retaguardia para asegurarse de que nadie la miraba más de la cuenta, ni con lujuria ni sin ella.

Si alguien tenía que comérsela con los ojos, que fuera él, que al menos luego tenía la decencia de flagelarse por osado.

Aprovechó que tenía las manos ocultas en el bolsillo de la sudadera para crujirse los nudillos, rígidos de apretar tanto los puños.

No podía apartar la vista de su figura femenina, pero peor sería no poder quitarle las manos de encima si se acercaba demasiado.

Aquello le traía por la calle de la amargura. A duras penas podía controlar su deseo por aquella ricura irresistible, por su olor a flores.

Era la única cosa bella y dulce que quedaba en el mundo, lo único que no había sido corrompido.

Y no porque no lo hubiesen intentado.

Dahlia frenó, como si hubiera intuido el curso de sus pensamientos. Él aguantó la respiración, atizado por el miedo. Falsa alarma: había parado para sacar el móvil una vez más y tomarle la decimoctava foto al mismo foso de antes.

Aunque suspiró cansinamente, hubo una sonrisa tierna en su comentario:

—No entiendo la necesidad de guardar un recuerdo visual de todo. Eres inmortal. Puedes volver a ver todo esto cuando quieras.

Dahlia le lanzó una mirada sabia.

—«Ningún hombre puede cruzar el mismo río dos veces, porque ni el hombre ni el agua serán los mismos», dijo Heráclito. Y yo soy inmortal, sí, pero los paisajes a mi alrededor se erosionan, los animales se extinguen y las personas se mueren.

«Los inmortales también mueren», podría haberle respondido, también. Incluso podría haber especificado que, más que morirse, se mataban porque no podían soportarse... o porque no podían soportar a quienes eran su responsabilidad. Pero mencionar aquello era algo que le haría tanto o más daño a ella del que se lo hacía a él.

A fin de cuentas, eran víctimas de la misma herida.

Dahlia le hizo un gesto para atraerlo al grupo de turistas. Evrani respiró de nuevo, aliviado porque su pasión por la vida le salvara una vez más de sus demonios.

Una mujer menuda con el pelo mal teñido de pelirrojo sujetaba un palito con la bandera de Inglaterra. Había podido deducir que el tour era para ingleses con solo fijarse en la fauna: alopécicos con las mejillas quemadas y bermudas color beis conjuntadas con cangrejeras, mujeres orgullosas de haberse rociado con un spray bronceador cuatro tonos más oscuros que su piel y muchas mochilitas de senderismo.

Y quien decía muchas, quería decir *muchas*.

Había un par de universitarias cuchicheando sobre «lo bueno que estaba el moreno de la gorra», pero él solo vio al soltero que miró de arriba abajo a Dahlia aprovechando que ella consultaba su carrete con una sonrisa bobalicona pintada en la carita pecosa.

Se posicionó a la espalda de la augur y advirtió al libidinoso con un simple vistazo de llevarse su interés a otra parte.

Como solía suceder, no tuvo que insistir mucho. El tipo fingió que no existían durante los quince minutos posteriores, cuando la guía arrancó a narrar leyendas a las que Evrani no puso la menor atención. Bastante tuvo con quedarse donde estaba, con la barbilla muy cerca de la coronilla de Dahlia y el botón del vaquero a punto de tocar la costura de sus *leggings*.

Leggings grises, por todos los dioses. Con ese culo.

Qué crueldad.

Si pudiera, la agarraría por la cintura y la pegaría a él, y así le demostraría que ya no era el crío que la buscaba por toda la casa solo para quedarse tranquilo, porque solo verla lo dejaba tranquilo; el que la llamaba en voz baja cuando lo despertaban las pesadillas, porque nunca dejó de pensar que llamarla en voz alta la espantaría.

No lo hizo, sin embargo. Había aprendido siendo muy joven que era mejor no aspirar a tener lo que se quería, porque entonces se volvía más susceptible de robo o de extravío, y Evrani odiaba perder.

Aun así, estaba seguro de que ella lo oía respirar, angustiado, cada vez que se le acercaba.

Ese debía ser el único motivo por el que no se le acercaba demasiado.

Evrani se humedeció los labios otra vez, como le era compulsivo. Dahlia decía que por eso los tenía siempre agrietados, pero no era verdad; los tenía agrietados porque estaba muerto de frío. Su cuerpo no lograba regular la temperatura, ni siquiera cuando ella lo abrazaba.

Había milagros que ni a Dahlia le venían dados.

Con el gesto de ladear la cabeza, la melena negra de la vidente se bamboleó de un hombro al otro. Evrani quiso acariciarle un mechón

o hundir directamente la mano ahí, descubrir si era tan suave como parecía. Solo logró persuadir a su autocontrol espartano de rozarlo con las yemas de los dedos, y con la condición de que ella no se percatase.

No fue suficiente para satisfacer sus ansias.

Como si Dahlia hubiera sabido lo que necesitaba, retrocedió un paso y se recostó en su pecho.

Las alarmas saltaron dentro de él y se olvidó por un momento de llevar aire a los pulmones. No por acto reflejo, sino por convencimiento, la rodeó por la cintura, y a punto estuvo de descansar la mejilla sobre su cabeza y susurrarle que la necesitaba. Pero comprendió que algo no marchaba bien al ver que Dahlia se quedaba laxa, no como si hubiese perdido la conciencia, en cuyo caso habría pesado más, sino como si se hubiese elevado por encima de todos los demás.

Ceñudo, la giró y la tomó de la cara para confirmar que estaba teniendo una visión. Así lo proclamaban el gesto sombrío y la lámina grisácea que emborronaba el verde esmeralda de sus ojos.

Aunque su alma no estaba allí, una lágrima corrió por su mejilla.

—Dahlia —susurró en voz baja, inclinado sobre su sien. Le acarició el mentón con los nudillos—. Dahlia, ¿qué ves?

En algún momento de la misión habían girado las tornas.

Al principio, tener presente su deber de magnificente le producía un alivio inmenso y pensar en Li Zhen le arrojaba a una culpabilidad insoportable. Ahora era ella el clavo ardiendo al que se aferraba para que no se lo llevaran los demonios.

Desde el principio había sospechado que la Orden lo perseguiría con la mirada para hacer sus crueles anotaciones, pero confirmarlo había sido devastador: Alastor había tenido que descender de los

cielos para que comprendiera hasta qué punto odiaba no disfrutar de una libertad plena.

Ninguna criatura era del todo libre. Eso se decía en sus horas bajas, cuando todo cuanto podría haber contemplado tras un vistazo a su alrededor habrían sido las paredes de mármol estriado de su dormitorio.

¿O de su cárcel?

En cualquier caso, estaban selladas a cal y canto para impedirle apreciar el mundo exterior.

El caso era que no existía criatura que no fuera esclava de sus limitaciones físicas o mentales o no estuviese supeditada a las condiciones de su nacimiento. Él no era más especial o diferente que un mortal criado en el seno de una familia rica o un albo llegado al mundo con la vista ya vetada. Tenía, al igual que todo hijo de vecino, unos deberes individuales que atender, unos obstáculos que salvar, unas normas a las que ceñirse.

Pero en el hecho de arrojarse a los brazos de Li Zhen aun habiendo sido advertido de que hacerlo acarrearía consecuencias había experimentado el placer de la autodeterminación: el de elegir ser y hacer lo que quisiera.

No había nada más importante que poder tomar una decisión.

Que *poder*, a secas.

Salvo el hecho de arrojarse a los brazos de Zhen, claro.

Después de su arrebato en la ducha, Alastor lo había recibido con desaprobación. Cassiel se había descubierto deplorando su actitud mojigata; preguntándose en qué momento había permitido que alguien que no era su superior ni su referente moral tuviera derecho a cuestionar sus acciones. También quiso saber quién le había arrebatado a él el derecho a cuestionar las de otros, algo que nunca, en sus veintiocho años de vida, había osado hacer ni una sola vez.

¿Y por qué?

Porque alguien se lo había vetado, eso seguro.

Había oído a Alastor levantarse del sofá con el impulso de un suspiro desganado en el que se sobreentendía su desilusión.

—Tendré que dar parte de esto, Cassiel. No soy ningún chivato, pero te está patinando el embrague y alguien debe ponerte freno.

A pesar de estar cambiando de perspectivas, aún sintió una punzada de culpabilidad imaginando el espanto con el que la Sehara encajaría la noticia. El pequeño y prometedor Iluminado, menoscabando su impecable reputación y arruinando el futuro más brillante por yacer con una mujer.

Y no cualquier mujer, sino una pecadora marcada con el hierro de la penitencia.

Lo nunca visto.

—¿Tu madre lo sabrá?

—Por supuesto que lo sabrá.

Cassiel había tragado saliva con dificultad.

Verse en un ambiente donde los unos se arrimaban a los otros y primaba la camaradería sobre la formalidad le había inspirado a abrazar sus escasos referentes afectivos, y la Sehara había sido lo más parecido a una madre que había tenido nunca.

Debía reconocer que le partiría el corazón si pronunciara las palabras más temidas: «Me has decepcionado».

Si Cassiel era consciente del inmenso privilegio que suponía ostentar el título, era porque la hechicera se lo había inculcado; porque vio un halago en que, al no poder investir a su hijo, pensara en él.

¿No le convertía eso en lo más parecido a un segundo hijo que tendría nunca?

Aquella era la esperanzada conclusión que solía rondar la mente del Cassiel niño, el que nunca había deseado la gloria o las reverencias, pero sí habría llevado a cabo cualquier acto heroico con tal de recibir la aprobación de la Sehara. Y, aun así, ahora que se veía cerca de ser sancionado por la única mano que le había amagado una caricia, experimentaba también un alivio reparador.

Si se libraba del peso de impresionarla, ¿no podría elevarse aún más alto? ¿Más libre? Lo que era más: si ya no le importaba lo único que le había motivado a formarse como futuro magnificente, ¿significaba eso que podía deshacerse de dicha obligación?

Un vértigo desconcertante se apoderó de él al siquiera pensar en la opción de negarse. No ya hacerlo, porque eso sería traición, sino solo tener la alternativa.

Cassiel hizo un quiebro incómodo con la cabeza, como si un sonido le hubiera producido dentera.

Creyó que así podría alejar los pensamientos oscuros.

Se acordó de nuevo de lo que Alastor le había mencionado sobre las tentaciones mundanas. A eso se refería, entonces: a que el Gran Grimorio, aun desaparecido, aun vencido, seguía hallando la manera de llegar a las almas libres de impurezas a través del cuerpo de la mujer equivocada, de una vocación humilde como podía serlo tocar la guitarra hasta perder la sensibilidad de los dedos; de algo tan vulgar como levantarse a la hora que quisiera y desayunar aceites procesados sin miedo a perjudicar su ilustrísimo metabolismo, lo que por lo visto era digno de preocupación interestelar.

Debía ser más fuerte que eso, se dijo.

—Diles que me estoy dejando sugestionar —le había pedido a Alastor—, pero porque solo cayendo en las trampas que se me ponen por delante conseguiré inmunizarme y decir con orgullo que estoy por encima de las atracciones terrenales.

—A mi parecer, no te estás inmunizando; te estás poniendo malo de cojones. Enfermo perdido. Acá entre nos, Cass, unos besitos y un poco de segunda base no te matarán, pero si te acuestas con ella en lugar de con la virgen que te adjudicarán para el cuarto rito, las consecuencias serán terribles.

—¿Peores que perder la vista? —se oyó contraatacar con aspereza.

El silencio que se formó entre ellos fue atronador. E insólito, porque era difícil que Alastor no acaparara todas las iniciativas

conversacionales con una cháchara que otros creían infernal, pero que para él siempre había sido la cosa más divertida del universo.

Claro que entonces no sabía cómo era el resto del universo.

—Solo me preocupo por ti, Cass. Como he hecho siempre —se había defendido.

Supo que se había desmaterializado para bloquear cualquier tentativa de discusión porque su olor se disolvió como si nunca hubiera estado allí.

Desapareció justo a tiempo para que Cassiel pudiera empezar a prepararse para la actuación en el festival. Sabía que volvería a rendirse a los encantos de Li Zhen como sabía que el planeta giraba alrededor del sol, pero no quería ser él quien iniciara por tercera vez el acercamiento por dos razones.

La evidente era su compromiso con la Orden.

La que no era tan obvia se le presentaba como una novedad, y es que tener que perseguirla, tener que insistir, hacía que se le resintiera un apéndice del espíritu que no había sabido que tenía hasta ese momento: el orgullo.

Fue ese mismo orgullo el que incitó a pedir ayuda a Dagon para que lo vistiera como una auténtica estrella del rock, no tanto para maravillar a su público, ambición que también latía en él, sino por la vanidad de antojársele apetecible a la verdadera guerrera de terracota, inconmovible salvo si él se rendía primero.

—Por cierto —aprovechó para preguntarle a Dagon entre que obraba su magia—, ¿sabemos algo de la chica del concierto? ¿Innocence, era?

—Sigue en Shanghái recabando información para su seminario universitario, y, por lo que sé, no ha sufrido ningún episodio de esquizofrenia ni se ha fugado detrás de un grimoriano sin rostro. ¡Genial!

—¿Estás en contacto con ella para asegurarte de que así es?

Dagon lo confirmó con un distraído «*hm-mm*».

—Todo apunta a que la curaste con tu magia. Te estoy muy agradecido por ello, que lo sepas. Me he agenciado una buenísima amiga de mi tierra. Estoy deseando que Valois nos dé las vacaciones para volver a Boston y llevarla de ruta por mis antiguos rincones preferidos... si es que no han cerrado. Alguna cervecería de los años cuarenta quedará, digo yo.

Cassiel pestañeó varias veces seguidas.

—¿Vacaciones, has dicho?

—Sí, claro. Entre una misión y otra somos libres de hacer lo que nos plazca. A veces durante días, a veces durante meses, a veces solo durante unas horas... Ya sabes, nunca se sabe cuándo se nos acabará el chollo por todo el tema de que el mal nunca descansa y blablablá.

—Vacaciones —repitió.

«Somos libres de hacer lo que nos plazca», había dicho.

Claro que eran libres. A diferencia de los antiguos clanes de penitentes, que se formaban con la escoria desterrada del Autem tanto si estaban de acuerdo como si no, El Quinto Arcano se había construido sobre la premisa del servicio voluntario. Todos los miembros habían decidido *motu proprio* renunciar a una vida cómoda para proteger a la humanidad de la amenaza latente del Gran Grimorio.

Y, aun así, no eran tan esclavos de su dedicación como sí lo era él.

«No vayas por ahí», se advirtió.

Pero sus dudas estaban cobrando vida propia, haciéndose más y más visibles, más y más pesadas, y no sabía por dónde empezar a aplacarlas.

—¡Y ya estarías! —aplaudió Dagon, como siempre, satisfecho con el resultado—. Te lo describo para que no te andes preguntando por qué hombres y mujeres se desmayan a tu paso: te he puesto unos pantaloncitos de cuero ajustados, una camiseta de tirantes negra, una chupa con un carro de cremalleras plateadas, y... —Cassiel sintió una levísima presión en las dos sienes que le produjo un escalofrío,

como una caricia en un lugar sensible. Dagon estaba deslizando las patillas de unas gafas— mis bienamadas Ray-Ban. Cuídamelas, ¿eh? Que solo te presto mis mejores galas porque no queremos que la gente te mire y diga: ¡Hostia, un ciego!». Además... —percibió su sonrisita traviesa en el tono de voz que empleó—, tú tienes minita que impresionar.

—¿Tan obvio soy? —se rio Cassiel.

—Todos hemos estado ahí, socio. —Le dio una palmada en el hombro—. Por cierto, una cosilla que se me ha venido a la mente —continuó sin molestarse en fingir que sacar el tema había sido su objetivo desde el principio—. ¿Por qué tu colega el guapetón ha reaccionado tan mal cuando le he dicho que se parece a su padre? ¿También le molesta que le digan que está bueno, como le molestaba a Luvart?

—Supongo que en parte se debe a que la historiografía oficial reza que Alastor no tiene padre.

—Y un cojón que no. ¡Vaya si lo tenía! ¡Tenía un padre como un demonio!

—Nunca mejor dicho, ¿no?

—¿Qué quieres decir?

—Era medio grimoriano, si no me equivoco. Pero sí, sus allegados sabemos que tuvo un progenitor —le dio la razón—. Lo que pasa es que se conoce el relato muy por encima, y él ha adoptado como propia la versión de las escrituras: que lo que le vincula con la criatura Luvart, ese oscuro personaje de leyenda, no es más que la mala propaganda que insisten en colgarle los sacerdotes que no le perdonan su inutilidad.

—La criatura Luvart —repitió Dagon en voz baja. En su tono se notaba la presión de un nudo en la garganta—. Pero sabe... sabéis que no fue «una criatura», ¿verdad? Sabéis que fue un hombre. El Hombre, para algunos. Un ser único que luchaba contra su propia naturaleza cada día para cuidar de todos nosotros, y no solo eso, sino que a la vez se rebelaba contra los de arriba en el nombre de su felicidad. Era egoísta y un poco vago, y a veces le hacía *bullying* a la

gente porque sí, porque se le metía entre ceja y ceja, pero... Era muy querido, ¿sabes?

Cassiel alzó la cabeza con interés.

«Se rebelaba contra los de arriba en el nombre de su felicidad».

Pensó que era una forma muy bella de describir a alguien. La única forma de describir a alguien que podía conseguir que Cassiel, que no era curioso en lo que refería a las leyendas del mundo superior, lamentara no haberlo conocido e incluso deseara parecerse a él.

—¿Contra su propia naturaleza, has dicho? ¿Es eso posible?

—Quizá no por mucho tiempo, o, de lo contrario, seguiría entre nosotros..., pero durante una época fue muy feliz, doy fe de ello. Y fue la época en la que no lo tuvo nada fácil, ¿eh? Por favor, no me digas que su hijo le desprecia —añadió en tono suplicante, tan afectado que no podía ni hablar—. No puede ser que la Sehara permita una difamación semejante.

—La Sehara tampoco habla de ello, que yo sepa.

—¿No? ¿Nunca?

—Nunca. Siento no poder ayudarte.

Dagon suspiró.

—Yo sí que lo siento, Cass —dijo en el tono de las confesiones, simple y llanamente dolido—. A veces me parece que es lo único que hago. Sentirlo.

Zanjó la conversación con un par de palmaditas amistosas en el hombro y se marchó en la dirección del cúmulo de voces del recibidor, ahí donde el resto de El Quinto Arcano esperaba para trasponer al festival.

Percibió el olor natural de Li Zhen y su obstinado mutismo, con el que sobre seguro pretendería ignorar lo sucedido en el baño; la seda y el cachemir del atuendo de Valois, que no había tenido que disfrazarse de estrella para ejercer de mánager de Los Arcanos, pues bastaba con su estilo personal de vampiro actualizado; el sudor de

las manos de Evrani, del que insistía en deshacerse frotándolas impacientemente con el vaquero.

Sobre todo reconoció la turbación de Dahlia. El campo magnético que la envolvía para atraer y repeler a los curiosos a partes iguales estaba dañado, sucio.

Algo la estaba desconcertando.

No tuvo que preguntarlo. Nada más emprendieron el camino hacia los taxis, la augur se quedó rezagada adrede y le pidió que la esperase cogiéndolo del brazo con más firmeza de lo que era habitual en ella.

—Cass —musitó con un hilo de voz—. Ha pasado algo... hay algo... Debes saberlo.

—¿Está relacionado con el concierto?

—No, no. Esta mañana, Evra y yo hemos ido a ver los guerreros de terracota...

—Sí, lo sé.

—Nos hemos unido a un grupo de turistas estadounidenses para escuchar las curiosidades que contaba la guía turística. Al final del recorrido —prosiguió con dificultad—, nos ha listado una serie de lugares de interés por si quisiéramos seguir conociendo Xi'an.

Cassiel le sonrió con cierta impaciencia, sin apartar la vista de la espalda de Li Zhen.

—Me alegra que lo pasaras bien, pero...

—¡No! Escucha. Mi don es intuitivo y a veces latente: puede que ya haya tenido una visión y la haya olvidado, y no se manifieste con claridad hasta que escuche una palabra que me la recuerda, que conecta directamente con ella. El caso es que he sufrido un... una especie de *flashback* cuando ha mencionado el monte Hua.

—¿Un *flashback*? ¿Qué es eso?

—Cassiel... —se le quebró la voz—. ¿Recuerdas que me pediste que indagara en la continuación de la visión que tuviste cuando eras niño? Li Zhen... Ella...

Esta vez sí, Cassiel se concentró en Dahlia.

—¿Has descubierto cómo sigue?

—Creo que sí. Aparece... La veo de lejos, enmarcada en un día está muy nublado y oscuro pese a ser de día. Pero sé que es ella. Me lo dice el instinto. Lleva un vestido blanco. Tú y yo estamos delante, enfrentándonos a ella, y aunque no hay armas involucradas, aunque tenemos las manos... vacías, una mancha roja empieza a... a... manchar su vientre hasta que... hasta que...

—¿Qué? —insistió él, turbado.

—Hasta que muere.

—¿Cómo?

—Muere a manos tuyas.

La primera reacción de Cassiel fue soltar una carcajada entrecortada. Volvió a lanzar una mirada al pasillo que conducía a la salida principal. El Quinto Arcano los había dejado atrás. Ya no había rastro de Li Zhen.

—Eso no puede ser —dijo en voz baja.

—Llevo algo menos de cincuenta años sufriendo visiones, Cass. Es verdad que a veces han demorado décadas en cumplirse, que muchas veces no he podido descifrarlas hasta que ocurrían y que no siempre ocurren al pie de la letra; a menudo, lo que el don me muestra es una escena simbólica que se materializa de manera distinta. Pero esta ha sido tan específica, tan detallada, que... —se interrumpió para tragar saliva— no hay lugar a dudas, Cass. Sea con tu magia o sea con un arma que no aparece en la visión, algún día matarás a Li Zhen. Ese es tu sino.

Capítulo XVII

«He seguido tu carruaje por las calles,
esperando una mirada cariñosa
que me echaras levantando la cortina. (...)
Solo en estos sueños siento alegría.»
Amor en los sueños
He Zhu

Solo la localización del festival resultaba sospechosa. La experiencia le decía a Li Zhen que nada entrañaba más peligro que arrastrar a un número significativo de personas a las afueras de la ciudad, concretamente a un terreno aislado, sin asfaltar ni edificar y mal iluminado donde ni siquiera había cobertura.

Nada de esto clamaba tanto al cielo, sin embargo, como la inquietante actitud de Cassiel.

Antes de llegar al recinto, había estado entusiasmado con la idea de volver a tocar en público.

Ahora parecía que le hubieran transmitido una pésima noticia.

En absoluto dispuesta a aceptar que se estuviese arrepintiendo de la intimidad compartida, Li Zhen asumió que se debía a la agria despedida de Alastor. La leyenda decía que el hijo de la Sehara era como el caballo de Atila; por donde pisaba, no crecía la hierba. Además, decepcionar a un amigo nunca era plato de buen gusto para nadie.

«Debe ser eso, sí».

Se había puesto a disposición de los grupos musicales una serie de caravanas provistas de frigorífico, surtido de botellas de agua y refrescos —nada de bebidas alcohólicas—, baño propio y cómodos asientos para el descanso previo y posterior. En la puerta de cada una de dichas caravanas habían colgado un papel escrito a mano los títulos de las bandas para que no cupieran confusiones: a Los Arcanos les correspondía la más próxima al escenario.

La estructura de metal sobre la que los artistas desplegarían su talento se desmontaría al cabo de la función para dejar el recinto tal y como estaba antes: baldío y abandonado. Por lo que ella sabía, aquel terreno estéril pertenecía a una empresa que gustaba de alquilarlo por horas o días a organizadores de eventos multitudinarios y aficionados al *camping*.

—Dime, Zhen, ¿de dónde te surge la maestría en el arte del canto? —inquirió Valois para romper el silencio de la caravana. Al agacharse para rescatar una botella de agua mineral de la pequeña nevera, su acreditación de miembro del *staff* y un colgante con un relicario que llevaba siempre consigo dieron graciosas vueltas entre su cuerpo y la puertecilla. Todos se habían colgado un pase de artista del cuello. En su caso era el de mánager del grupo—. ¿Has ejercido de vocalista en alguna agrupación musical durante estos últimos milenios?

—No, pero siempre me ha gustado la música y, quieras que no, solo de cantar bajo la ducha durante esos mil años ya he profundizado más en la técnica que Faye Wong. La práctica hace al maestro, ¿no? —se rio ella, aunque la mención de la palabra «ducha» le provocó un sofoco y tuvo que morderse el labio para que no le temblara.

Le lanzó una mirada vacilante a Cassiel, que también se había activado con la referencia, pero, a diferencia de ella, se había tensado al rememorar el momento.

Lo había visto rezagarse con Dahlia antes de tomar el taxi, recordó, pensando que un estudio de sus últimos pasos bastaría para llegar a alguna conclusión en firme. Por desgracia, y aunque los penitentes tenían un oído muy fino, no había podido captar su conversación con ella.

Unos días atrás no le habría importado o, por lo menos, habría sabido fingir que le era indiferente la distancia impuesta. Ahora, ablandada por la adictiva ternura de sus besos, sentía la agitación de Cassiel como propia y hasta se estremecía de imaginar que ella pudiera ser el problema.

Li Zhen no había entregado ni prestado su cuerpo a nadie en los últimos siglos. En parte se debía a que ni siquiera siendo joven y curiosa se giró en la calle, intrigada, para admirar la belleza de un hombre. Nunca había sido una persona particularmente sexual.

Con Cassiel era diferente.

Su actitud fría podía tratarse de una venganza tardía por el abandono al que condenó a Arslan largos siglos atrás. El Equilibrio no dejaba de ser el principio base de la religión magnánima, esa de la que Cassiel era adepto. Mucho habrían tardado en escarmentarla por haber desafiado a su propio destino.

«Pero él no tiene ni idea de lo que sucedió. No puede saber que te lo mereces, y eso en el caso de que te lo merezcas».

—Observad los alrededores con aguda perspicacia —les pidió Valois. En algún punto de la reunión, había empezado a dar directrices—. Uno de los grupos anunciados en el cartel, Drumb Ass, es sospechoso de haber mantenido contacto directo con Fenghuang. Dahlia se ha informado a través de la red y ha descubierto que actuaban como sus teloneros, por lo que, sin temor a equivocarnos, podemos relacionarlos con las abducciones.

—Somos los últimos en salir —señaló Cassiel. Li Zhen alzó la cabeza y volcó en él su atención, siendo consciente (para espanto de su orgullo) de que quería captar su interés—. Eso nos da ventaja si vuelven a sorprender con el hechizo de hipnosis. Podría deshacerlo acto seguido cantando una sola canción.

—¿Cómo dices? —se extrañó Evrani, de pie en un rincón.

Había cruzado los brazos sobre la chupa de cuero para manifestar disconformidad hacia solo la diosa sabía quién. Tenía la cremallera subida hasta el cuello, y contra esta descansaba la barbilla marcada en una postura de rotunda contrariedad.

—Dudo que los grimorianos hayan recurrido al truco de la música porque sean melómanos o busquen algo de justicia estética en sus golpes. Debieron de pensar que era lo más cómodo para atraer al mayor número de personas en el menor tiempo posible. Ya lo habéis visto. Encontrando el modo de insertar un conjuro en la letra de una

canción, podrían llegar en un solo momento a cientos, a miles, incluso a millones de orejas. Así —chasqueó los dedos—, sin más. Lo malo para ellos y bueno para nosotros es que su magia no es lo bastante poderosa como para manipular las mentes desde las plataformas de *streaming*, como comprobamos gracias a Innocence, o nos habríamos enfrentado a una amenaza mayor. Necesitan conjurar en vivo y en directo para conectar con los mortales.

—¿Quieres decir que tú sí podrías hipnotizarlos... haciéndote viral en Spotify? —completó Dagon, entre espantado y fascinando.

—Creo que podría ser interesante que grabara una maqueta tocando la guitarra para desproveer de influencia grimoriana a los afectados y reconfigurar su mente de manera que queden protegidos para siempre —meditó Cassiel en voz alta—. Los hechizos funcionan así. Los puedes dirigir contra una sola persona o contra un grupo si tienen una característica común lo bastante poderosa para hacer la asociación..., pero también puedes utilizar un objeto como canal para que sus efectos lleguen más lejos. Si hechizo la guitarra (el canal), todo aquel que escuche su melodía (la asociación entre las personas sería que oyen lo mismo), quedará blindado de por vida.

—Si no lo he entendido mal, ¿significa eso que esta noche no vamos a tener que matar inocentes? —se emocionó Dagon—. ¿No nos pondremos en plan *Terminator*?

—No. Incluso si un grupo que actúa antes que nosotros lograra hipnotizarlos, yo realizaré acto seguido el contrahechizo. Nadie se enterará de lo que está pasando.

—¡Y todo gracias a una guitarra! —aplaudió Dagon con regocijo —. No sé si es el alimento del amor, chavales, pero está claro que, como mínimo, la música salva vidas.

—Depende de la que esté en la conversación. Esa Azealia Banks que escuchas tú... —vaciló Valois por lo bajo—. No sabría yo cómo valorarla, siendo franco.

Li Zhen no había dejado de observar a Cassiel con una mezcla de extrañeza e impotencia a lo largo de la charla. Sospechaba que

incluso Valois se había dado cuenta de que algo no andaba bien, porque alternaba vistazos inquisitivos entre el uno y el otro. Solo la prudencia lo salvaba de hacer un comentario al respecto.

Apretó los labios, herida en su vanidad, y decidió que había lanzado suficientes miraditas anhelantes para el resto de su vida. Anunció que iba a salir a fumarse un cigarrillo antes de la actuación y, de paso, daría una vuelta por el perímetro por si captaba algún movimiento sospechoso.

Abandonó la caravana controlando su genio para no soltar un portazo.

En su paseo airado por el camino de gravilla, buscó en el bolsillo trasero del pantalón la cajetilla de tabaco que había comprado en un estanco del barrio musulmán. La prenda le iba tan ajustada que el cartón se había arrugado. Tuvo que desencajar la mandíbula, hasta el momento apretada por la rabia, para colocarse un pitillo entre los labios.

Entonces eso era lo que ella valía, comprendió, guiándose por las luces bajas de las farolas temporales para no perderse en el paseo. Valía un par de ratos de diversión hasta que llegaba alguien de arriba y le recordaba que debía estarse quietecito.

«¿Quién sabe?», continuó envenenándose. «A lo mejor, lo que ha convencido a Cassiel de aplicarme la ley del hielo ha sido el comentario sobre el culo de Dahlia. A lo mejor los dos se rezagaron antes de venir aquí para que, en palabras de Valois, "él pudiera confirmar su atractiva voluptuosidad mediante reconocimiento táctil"».

Dio una calada al cigarrillo y expulsó el aire en un gemido lastimero.

Mucho se temía que no se estaría equivocando, porque Dahlia era la definición de belleza femenina en todos los sentidos. Menudita pero curvilínea, con el pelo largo, liso pero abundante, y unos enormes ojos que irradiaban dulzura; calladita y complaciente, pero tan poderosa que no convenía subestimarla.

Un sueño de mujer, en definitiva.

No sufría un ataque de inseguridad semejante desde que era humana... o desde que se creía humana.

En realidad, nunca lo había sido. Desde su nacimiento la acompañó el fragmento del alma de La Magna.

«Y, aun así, qué sola te sientes, ¿verdad? Siempre habéis sido tú y tú, tú y tus pensamientos, tú y tu destino. Salvo cuando erais Arslan y tú, claro».

Todo empezó cuando él llegó a la casita familiar de Guizhou[13] en la que se exiliaron con la ayuda de unos contactos que admiraban la faceta poética de su padre. Se presentó como lo que era, el *tarkhan* del ejército uigur Arslan Qasar, y anunció que venía del palacio imperial de Chang'an siguiendo órdenes directas del emperador para mantener bajo vigilancia a la familia de la ya asesinada por traidora Yang Guifei.

Los Li lo recibieron de rodillas y con reverencias cuando habría correspondido rebelarse contra el injusto trato de ladrones que estaban recibiendo. Pero Mei y ella jamás pensaron en él como un enemigo. Eran impresionables, por la edad y porque el encierro prolongado hacía mella en las almas aventureras por naturaleza, y, además, el hombre que enviaron era efectivamente impresionante.

Nunca olvidaría lo que sintió cuando aquella magnífica criatura entró en el salón, borrándolo todo a su paso o al menos empequeñeciéndolo. Solo el sonido que le precedía, el metal de la cota de malla y de la armadura laminar, resultaba sobrecogedor. Por su amplia espalda sobresalía un arco de madera, hueso y tendones, advirtiendo de sus habilidades de cazador, y un sable letal le atravesaba por delante y diagonalmente el cinto ajustado.

Se quitó el casco de un movimiento único y su larga cabellera oscura se desmadró sobre unos hombros que parecían no caber en la habitación.

Había llegado para coartar su libertad, para estudiar sus pasos y comunicarlos al emperador si intuía el menor amago de traición, pero Li Zhen le habría besado los pies si se lo hubiese pedido.

—¿Has notado la forma en que el noble *tarkhan* me ha mirado? —se regocijaría Mei unas horas más tarde, cepillándose la melena en el tocador con la coquetería que la caracterizaba. Li Zhen jamás olvidó la sonrisa vanidosa con la que contemplaba su reflejo—. Juraría que he despertado su agrado.

Solo que quien había despertado su agrado había sido ella, su hermana mayor.

Por supuesto, no se atrevió a replicarle. Para llevarle la contraria a Mei había que tener unas agallas que todavía no se habían inventado; que no existían todavía en el año 2045.

Li Zhen suspiró y se llevó el cigarrillo a los labios otra vez.

—¿Todo en orden, guerrera? —oyó que le preguntaba Valois. Se había acercado con sigilo para acompañarla en su melancolía a una distancia prudente—. Ya ha dado comienzo la función. Cuento entre el público con Evrani, Dagon y Dahlia en tanto que se suceden los primeros actos. De su cuenta correrá velar por los mortales. En cuanto a Cassiel y a ti, vuestras responsabilidades seguirán un cauce distinto, más grato, sin duda: no tenéis más cometido que esperar el momento oportuno y, cuando la ocasión lo exija, actuar.

—Ya.

Li Zhen se recostó contra la parte trasera de una de las caravanas vecinas y desde allí observó a las hormiguitas que iban y venían por el improvisado *backstage*. Se gritaban los unos a los otros, histéricos por la inminencia del show. No se habría fijado en las caras de no haber sido porque una de ellas destacó sobre las demás: un tipo había salido de forma apresurada de su *roulotte*, mesándose la cabeza rapada al cero y mascullando imprecaciones, como si algo no marchara correctamente.

Se enderezó, al principio incrédula, pero al entrecerrar los ojos para seguir con la mirada su camino, comprendió que no lo estaba soñando.

—¿Qué has visto?

—Te preguntabas de dónde provendría la influencia grimoriana si los cantantes eran mortales sin poderes, ¿no? —Señaló hacia el

sujeto con un gesto de barbilla—. Ahí tienes tu respuesta. Ese es el hombre que buscas.

Valois clavó la vista en la misma dirección que Li Zhen oteaba con fijeza.

—¿Quién?

Ella arrojó la chusta ya consumida al suelo y la pisó.

—Chen Tuan —pronunció en voz baja, manteniendo la vista sobre el nervioso hombrecillo. Se había detenido a hablar haciendo grandes aspavientos con un grupo de rockeros muy jóvenes. Unos lo escuchaban a desgana, otros no estaban en condiciones por culpa del abuso de sustancias—. Mi tío abuelo me contó que, a principios del siglo II, había un templo taoísta conocido como El Santuario en la base del pico del Oeste del monte Hua. Xi Feng; así se llama la zona geográfica concreta. Los taoístas creían que en esas montañas vivía «el dios del Mundo Subterráneo». —Miró de reojo a Valois—. Te puedes figurar a quién me refiero y por dónde voy.

—Tengo entendido que el taoísmo fue de las primeras tradiciones espirituales en vincularse con la magnanimidad. Su doctrina del yin y el yang guarda cierta correspondencia con las energías opuestas pero complementarias de la Magna y el Gran Grimorio. No obstante, mientras que los adeptos a la magnanimidad priorizaban la virtud, los taoístas, al consagrarse al Equilibrio Absoluto, caían en la adoración blasfema de las fuerzas oscuras.

—Así es. Cuando mi tío abuelo me habló de esto yo aún no conocía el mundo que se escondía bajo el nuestro... o que se erigía sobre nosotros, más bien. Pero lo investigué más adelante gracias a su palabra, cuando formamos El Cuarto Clan en la China imperial. El templo que se levantó en Xi Feng para adorar al dios del Mundo Subterráneo fue a menudo utilizado por médiums para contactar con Él.

—Con el Gran Grimorio.

—Con el Gran Grimorio, así es. Los que se conocen como Maestros Celestiales del Norte en el mundo taoísta no son más que sus esbirros mágicos; una suerte de videntes de orden grimoriana.

Chen Tuan —prosiguió, achicando la vista sobre el monje— tomó este camino y se convirtió en un sabio de popularidad legendaria. Se rumoreaba que obtuvo la inmortalidad a través del contacto directo con su dios del Mundo Subterráneo, y yo lo confirmé porque a El Cuarto Clan se le encomendó la orden de su búsqueda y captura. Ha sido la mano derecha del Mal en China desde el siglo X.

—¿Pondrías la mano en el fuego por que es él?

—Nunca olvido una cara, pero si no me crees, basta con que intentes pillarlo para que airee sus habilidades. Su don mágico le ha permitido escapar de la justicia más veces de las que me gustaría admitir.

Valois ladeó la cabeza hacia ella con un brillo orgulloso en los ojos.

—¿Ves como eras la persona idónea para acometer esta misión? ¿De qué otro modo habría podido yo desentrañar que Chen Tuan era nuestro sujeto, sino con tu ayuda?

—Lo habrías averiguado, créeme, ya fuera porque esta noche, conmigo o sin mí, habría hecho algún truco con el que habría delatado su condición —se mofó sin ganas—. Tú y yo no podemos hacer nada, eso te lo advierto. Solo el Iluminado puede enfrentarse a él. Ya sabes; la magia combate la magia.

Valois abría la boca para plantear una estrategia diferente cuando Chen Tuan terminó de manotear histéricamente en el aire y se dio media vuelta.

Uno de los chicos del grupo, un punk con una cresta decolorada, se levantó para increparle.

—¡Y una mierda! —gritaba en shaanxiés, un dialecto del chino mandarín—. ¡No puedes dejarnos tirados ahora!

—Es por vuestro bien. Por nuestro bien. Por el bien... —oyó que decía el taoísta para sí mismo, frotándose las manos con desesperación—. Cancelad el concierto.

—¿Qué dice el notas este? ¡No vamos a cancelar nada! ¡Y tú no te vas a ir a ninguna parte! —le aulló el que parecía el guitarrista, un adolescente con el pelo enmarañado y la sombra de ojos corrida.

Fue tras él y lo agarró del cuello de la camiseta para arrastrarlo de vuelta al círculo que el grupo formaba a los pies de la caravana—. Tenemos un acuerdo, ¿o ya se te ha olvidado? Nos lo debes.

—Yo no os debo nada —balbuceaba Chen Tuan. Miraba a todas partes con los ojos desorbitados, como si temiera que de un momento a otro fuera a estallar una bomba—. Intento protegeros... Mirad a Fenghuang... Fijaos en cómo acabaron...

El de la cresta lanzó una exclamación ahogada.

—¿No dijiste que de eso no sabías tú nada? —dijo, pálido.

—A lo mejor no tenemos ni que encargarnos nosotros —comentó Valois de buen humor—. Todo indica que ellos mismos se encargarán de la tarea en nuestro lugar.

Pero se impulsó desde la caravana para dirigirse a los implicados con una naturalidad asombrosa. Desde luego, era la persona correcta para intervenir en una disputa: emanaba autoridad, y su elegancia, tanto exterior como al expresarse, le convertía en la clase de individuo por el que uno sentía respeto instantáneo.

Llegó al corazón de la pelea con los brazos extendidos.

—¿Qué sucede, caballeros? ¿Marcha todo correctamente?

Li Zhen observó que Chen Tuan ponía los ojos como platos. Había reconocido en el acto la presencia magnánima. Con toda probabilidad la habría sentido en sus carnes nada más llegar al recinto, y de ahí su nerviosismo. Una criatura de sus capacidades, con su conexión con lo supraterrenal, localizaría a un penitente en un mapamundi con los ojos cerrados.

Pero un penitente —tampoco el penitente que era Valois— no podía asustar de aquella manera a un esbirro de su nivel. No, comprendió Li Zhen; no los había sentido a ellos, sino a él, al que de verdad constituía una amenaza.

Al Iluminado.

Como si lo hubiera invocado, la puerta de la caravana se abrió y un Cassiel caracterizado para convertirse en el sueño húmedo de las góticas descendió dando un salto informal. Giró la cabeza a un lado y al otro, a lo mejor para empaparse de los ruidos que provenían de

las profundidades de los laterales, y emprendió el camino hacia Chen Tuan con las manos en los bolsillos de la chupa.

Él también había tenido que sentirlo. Los radares de las criaturas mágicas estaban cien veces más desarrollados que los de los magnánimos, sobre todo si los sentidos de estos últimos habían sido contaminados por la podredumbre de la Tierra.

Li Zhen vio que Chen Tuan palidecía ostensiblemente y, ya sin miedo a delatar su condición de grimoriano, se deshacía del agarre del adolescente con un hechizo desesperado: chipas plateadas y rojizas manaron de su cuerpo para protegerlo de la invasión indeseada.

El resultado fue terrible. Chen Tuan salió ileso de la pequeña explosión que provocó el conjuro, pero el chico salió propulsado unos metros más lejos. De las manos que le había arrancado solo quedaron trozos de carne del tamaño de una uva.

El adolescente se incorporó temblando por el shock. Cuando fue a mirarse los dedos y no los encontró, un grito escalofriante brotó de su garganta. Ninguno de sus amigos, a excepción de uno, tuvo el valor de acudir en su ayuda; uno de estos vomitó, y el que no se quedó quieto contemplando los restos de hueso y piel que se pudrían en la tierra, echó a correr hacia ninguna parte.

—Ese ha sido un movimiento muy estúpido —señaló Cassiel con voz de ultratumba.

Li Zhen se enderezó, impresionada por su cambio de registro. Este no se manifestó únicamente en el tono, sino en el color de los ojos. Como si un foco lo alumbrara desde los cielos, un fulgor dorado lo iluminó desde los tobillos hasta el rostro, que permaneció sumido en las sombras a excepción de las dos llamas del color del oro que hicieron brillar sus pupilas de manera sobrenatural.

Chen Tuan trató de desmaterializarse en el aire, pero se quedó a medio camino: solo se habían disuelto sus pies y sus tobillos cuando Cassiel levantó el dedo índice y lo paralizó en pleno proceso de descomposición. El taoísta se quedó flotando con cara de espanto y las piernas interrumpidas a la altura de las pantorrillas.

¿Se había desmembrado a sí mismo?

Valois evitó que un chico se escabullera agarrándolo por el hombro y dirigiéndole su expresión macabra más aterradora.

—Yo, si fuera tú, me guardaría esta... revelación para mí, o de lo contrario van a pensar que te aquejan delirios esquizofrénicos a causa de un brote psicótico inducido por la marihuana —le sugirió con amabilidad—. Imagino que no querrás pasar el resto de tu vida confinado en el ala psiquiátrica de un hospital público desbordado, ¿me equivoco?

Li Zhen decidió actuar atrapando a otro de los muchachos que había pretendido huir. Se apiadó de él cuando hicieron contacto visual. No debía tener más de veinte años y estaba aterrorizado.

Se dijo que lo hacía por su bien y, presionando un punto muy específico del cuello, lo dejó inconsciente. Lo cargó al hombro con facilidad y se dirigió a la misma caravana a la que Valois estaba escoltando al muchacho que no terminaba de sobreponerse al shock.

Los arrojaron al interior a la vez y se miraron para compartir un asentimiento.

—Custodia el acceso mientras doy caza a los otros —le ordenó Valois—. Más tarde los encerraremos hasta que Dahlia se desocupe de sus asuntos y tenga la bondad de ejercer su arte en la memoria de los zagales.

Li Zhen le lanzó una mirada escéptica.

—Antes muerta que dándole la razón a Evrani, pero tardaríamos bastante menos en hacer nuestras cosas si fueras más conciso. O, dicho de otro modo, si renunciaras a la poesía a la hora de hablar. Lo sabes, ¿no?

Valois le dirigió un cabeceo burlón que en la corte de Versalles podría haber funcionado como una venia elegante.

—¿Has oído hablar alguna vez del concepto «romantizar la vida», querida guerrera?

Le lanzó un guiño cómplice, como siempre, en absoluto ofendido por las provocaciones de sus subordinados. Acto seguido, se

desmaterializó para, con toda seguridad, ir a buscar al chico que había salido corriendo.

Li Zhen se sorprendió sonriendo y meneando la cabeza con dulce exasperación.

Montó guardia limitándose a proyectar todo su peso contra la puerta cerrada. Su espalda no obraba milagros, pero su fuerza sobrehumana así; era el equivalente a un menhir prehistórico bloqueando la única salida.

Era una suerte que todos los grupos —a excepción del que acababan de desarticular— se hubieran dirigido al escenario. El Quinto Arcano tenía las horas contadas para sonsacarle información a Chen Tuan, matarlo si fuera necesario, antes de la actuación. Pero Cassiel se estaba tomando su tiempo aprovechando que el grimoriano estaba paralizado para estudiar de cerca todo lo que podía apreciarse con cuatro sentidos.

—Así que tú eres el genio detrás de la operación —le oyó meditar en voz baja—. El nuevo mánager de Drumb Ass. Desde hace veinticuatro horas, más o menos. Lo que tardaste en dejar Fenghuang para unirte a otras jóvenes promesas... o eso se ha estado diciendo por los alrededores. Qué mala suerte que tenga el oído más fino del mundo y me haya enterado, ¿no?

»Parece que les habías prometido a los chicos que, con tu ayuda, se harían mundialmente famosos. Y no mentías, ¿verdad? Con ese hechizo que has perfeccionado podrías convencer a los fanáticos de seguir a sus estrellas al fin del mundo. Y de algo mucho peor, también.

Como si hubiera recordado en ese preciso momento que no obtendría respuesta teniéndolo paralizado, agitó con suavidad una sola mano a la altura de los labios de Chen Tuan. Continuó inmóvil de la barbilla hasta los muñones que ahora tenía donde antes habían estado los pies, por lo que Li Zhen no supo qué le había hecho hasta que él mismo lo explicó.

—Yo que tú no me molestaría en balbucear ningún hechizo aprovechando que puedes hablar —le sugirió Cassiel. Rompió la

postura de manos entrelazadas en la espalda para acompañar su exposición de profesor universitario de los pertinentes aspavientos—. La magia viene de dentro, de la fuerza y la energía que tenemos en el plexo solar, y eso, por el momento, va a permanecer petrificado. Pero sí que podemos charlar. Quiero que me cuentes por qué estás haciendo esto; a dónde van todas esas personas que desaparecieron de sus casas de un día para otro. Es obvio que no se liaron la manta a la cabeza de forma voluntaria. ¿Qué te parece esa expresión? —añadió para sí—. La aprendí ayer. «Liarse la manta a la cabeza». Creo que la he usado bien.

Ahora que Cassiel le había desentumecido el rostro, Li Zhen podía apreciar con nitidez el horror que se había apoderado del taoísta. Le temblaba la barbilla y se resistía a pestañear por miedo a perder de vista a su enemigo.

Si le había cabido alguna duda de que en la comunidad mágica Cassiel era una leyenda, lo confirmó cuando Chen Tuan balbuceó:

—Tú eres... eres... eres el Iluminado, el descendiente de Gamdiel, el... el nacido en el Tercer Final.

—Así formulado, evoca una gran preponderancia —bromeó Valois, que había reaparecido con los dos muchachos que quedaban, ambos inconscientes y tendidos de cualquier manera sobre sus respectivos hombros. Li Zhen se apartó para que pudiera acomodarlos en el interior de la caravana con cuidado de no despertarlos. Como si fuera tan sencillo después de la tunda que les habría propinado. Se sacudió las manos, igual que si acabara de lavárselas con agua y jabón, y apuntó con la cabeza a Chen Tuan en un ademán informal —. Creo que sería preferible marchar a la *roulotte* para conversar con el caballero con una mínima intimidad. No sería educado dejar un rastro de cadáveres a nuestro paso, ¿verdad?

Cassiel asintió con la cabeza y utilizó un dedo y la dirección de sus propios pasos para arrastrar consigo a Chen Tuan, el dibujo flotante de un hombre envuelto en aquella magia dorada que Li Zhen no había visto antes en nadie más. Conocía el púrpura de los hechizos seharianos, la negrura y los chispazos escarlata de los conjuros grimorianos, pero su fulgor robado del sol era algo distinto y único.

Al cabo de unos segundos, los tres y el taoísta estuvieron reunidos a solas en el interior de la caravana.

—Habla —le exigió Valois, cruzado de brazos ante Chen Tuan.

—¡Antes muerto! —se atrevió a exclamar.

—Permíteme dudarlo —replicó Li Zhen, observando su rostro arrugado con los ojos entornados—. Flirteaste con las fuerzas oscuras del dios del Mundo Subterráneo porque querías que te concediera la inmortalidad. Es lo único que siempre has querido, desde que viniste a este mundo, y la única razón por la que le sirves, ¿me equivoco? Porque quieres vivir para siempre. No sacrificarías tu vida por una simple conversación.

—Además... ¿Quién osaría imponerte castigo por sincerarte, a ti, Chen Tao? —Valois enarcó una ceja—. Hace tiempo que el Gran Grimorio no se atisba en el horizonte. Numerosas almas antes que tú trataron de contactar con Él a través de sus objetos malditos, viajando a los lugares donde su presencia se podía palpar, y ha sido en vano. No se halla en ninguna dimensión a la que la voluntad humana y sobrehumana puedan acceder.

—El Gran Grimorio está vivo —proclamó Chen Tuan con orgullo—. ¡Más que todos vosotros!

Li Zhen dedujo que su declaración provenía del autoconvencimiento y no de una realidad que conviniera temer.

—Pero no creo que tú le importes una mierda como para hablar contigo directamente —señaló ella—. ¿Para quién trabajas?

Chen Tuan apretó los labios.

No doblegaría su voluntad.

Ella no.

Cassiel asintió de manera casi imperceptible, aceptando con una suerte de respeto su lealtad, y actuó en respuesta: levantó las palmas a la altura del pecho y las apuntó hacia el taoísta. Al cerrar las manos en dos puños de forma abrupta, se oyó el desagradable crujido de los huesos romperse.

Chen Tuan aulló al mirarse de reojo las muñecas. Cassiel se las había partido. Sus manos estaban ahora retorcidas.

—Si no te da miedo la muerte, al menos temerás la mediocridad —dedujo el Iluminado—. Un hechicero que no puede obrar magia es como un perro al que le falta una pata. Te entregaremos a tu jefe en este estado y él te aniquilará sin contemplaciones.

—¿Y qué más da? —rugió entre sollozos—. Ya he cumplido con mi deber. Este era el último concierto. ¡Mi Señor no necesita nuevas criaturas! ¡Tiene más que suficientes!

—¿Tu Señor? —repitió Valois, perplejo—. ¿Quién osa recibir el antiguo tratamiento del Gran Grimorio?

—Alguien con mucha autoestima —murmuró Li Zhen.

—Está en tu voluntad no decirnos nada si no es tu deseo, pero en un tris se personará la augur Dahlia, y con un amago de caricia podrá ver con meridiana claridad qué es lo que ha ocupado tu tiempo en las últimas jornadas. Y lo que es más importante: quién.

Li Zhen se sorprendió al descubrir otro de los talentos ocultos de Dahlia. Tenía sentido que una vidente pudiese ver antiguos recuerdos. Se preguntó vagamente si habría indagado en los suyos, y acabó concluyendo que tan imperdonable indiscreción habría sido impropia de ella.

—¿Qué relación hay entre el cáliz de Jiajing y las abducciones en masa? —siguió preguntando Cassiel.

Era el único que tenía una oportunidad para persuadir al taoísta, comprendió Li Zhen. A él lo miraba de un modo especial, con la clase de respeto temeroso que con el incentivo adecuado podía convertirse en una lealtad a prueba de balas.

—Vosotros tenéis el cáliz. Vosotros lo tenéis todo —barbotó Chen Tuan—. El cáliz, el *jian*, el hechicero y las ofrendas... —empezó a desvariar. La parálisis no entumecía los sentidos, solo suspendía el movimiento. Su dolor físico era real—. ¡Las cuatro condiciones!

—¿Las cuatro condiciones para qué? —insistió Valois.

—El *jian* —repitió Li Zhen. Puso a prueba sus capacidades deductivas—. Si el cáliz es un objeto maldito, el *jian* debe serlo

también, y hay una espada recta china que se vincula con la energía grimoriana... —Alzó la mirada hacia Chen Tuan en cuanto tuvo la revelación—. El *jian* de Liu Song.

El taoísta trató de moderar su reacción para no revelar nada, pero el simple hecho de que abriera los ojos y dejara de balbucear incoherencias por lo bajo delató que había acertado.

—Nosotros no disponemos del *jian* —replicó Valois—, aunque, por otro lado, lo que nos advierte nuestro amigo es que ellos tampoco.

—Yo sé dónde está —declaró Li Zhen, manteniendo una mirada fija y perturbadora en Chen Tuan. Al monje volvía a temblarle la barbilla—. Dices que tenemos al hechicero y las ofrendas. El hechicero tiene que ser Cassiel.

—Cassiel el Iluminado. Cassiel el Magnificente. Cassiel el Dorado. Su nombre significa «La Verdadera Templanza» —chapurreaba con los ojos inyectados en sangre, apuntando a todas partes y a ninguna a la vez. Li Zhen no lo había visto pestañear aún, y comprendió entonces que Chen Tuan ya no era tan poderoso como antaño; que la inmortalidad le había sido concedida con numerosas condiciones, como la pérdida gradual de la razón. Así sucedía con los mortales a los que se les concedía la vida eterna. Venía con letra pequeña—. Es la leyenda. La leyenda es real. Sucederá. Está destinado a suceder. El ritual se completará según lo previsto. Puedo morir.

—¿Qué ritual? —murmuró Li Zhen. Alzó la voz cuando conectó los puntos: dos objetos malditos que podían atraer al Gran Grimorio, un hechicero sin parangón, con energía y poder para obrar hechizos nunca antes logrados. «Y la ofrenda», pensó Li Zhen. «Es la gente. La gente inocente»—. ¿El ritual de invocación? ¿Queréis traer de vuelta al Gran Grimorio?

Valois soltó una carcajada despectiva.

—¿Con un cáliz y una espada? —repitió, a caballo entre la perplejidad y la sorna—. ¿Acaso estos insensatos comprenden, aunque sea en su más ínfima extensión, la magnitud del poder que encierra el Gran Grimorio? Dos de sus elementos no serían, ni por asomo, suficientes, y menos aún cuando su antigüedad los ha

despojado casi por completo de la presencia oscura que alguna vez los impregnara. Para lograr tamaña heroicidad, sería imperativo reunir absolutamente todos los artefactos históricos que, a lo largo de milenios y en las más diversas culturas, han sido vinculados con Él.

Chen Tuan cortó su retahíla de balbuceos para clavar en Li Zhen una mirada de loco. Ella, que había lidiado con sujetos bastante más peligrosos, por impredecibles y por escurridizos, se quedó tan impresionada con la enajenación del taoísta que un sudor frío le recorrió la espalda.

Cassiel tuvo que sentirlo también, porque se interpuso en la trayectoria de su mirada y la protegió con su propio cuerpo antes de extender la mano en dirección al cuello de Chen Tuan.

El monje empezó a asfixiarse como si lo estuviera estrangulando.

La puerta se abrió en ese preciso instante.

—Todo está yendo de maravilla. Ni Dahlia ni yo hemos notado ningún... —Evrani se calló al toparse con la escena. La augur estaba asomando la cabeza con curiosidad por encima de su hombro cuando él extendió un brazo para evitar que diera un paso más. Le cerró el paso a Dahlia con la espalda—. Quédate ahí. El hechicero está aquí.

—¿Y? —se quejó ella—. ¡Quiero verlo!

Pero no lo vería, porque, como una máquina vieja que trabajaba a una velocidad para la que no estaba programada, el incomprensible balbuceo de Chen Tuan alcanzó un punto insostenible y su cuerpo se quebró de cientos de maneras diferentes: Li Zhen oyó con claridad el sonido de los huesos fisurándose de formas imposibles, la carne quemándose, los músculos torsionándose más allá de su elasticidad, y cuando ya hasta las facciones de la cara se le habían deformado de un modo escalofriante, una repentina explosión lo hizo añicos.

No hubo sangre ni pedazos de carne, sino un líquido pastoso, negro como el petróleo, y una humareda oscura que Cassiel declaró tóxica en cuanto tomó aire.

Agarró a Li Zhen por la cintura en un movimiento involuntario pero precavido y la arrastró fuera de la caravana cubriéndole la boca y la nariz.

Dentro de su aturdimiento, ella atinó a ver que Valois hacía lo mismo y se arrojaba al exterior, a donde Evrani y Dahlia ya se habían retirado.

Li Zhen observó con los ojos muy abiertos que el humo se extendía por el recinto privado antes de ascender al cielo como los gases de una fogata.

Aturdida, alzó la cabeza hacia Cassiel, que la tenía inmovilizada contra su pecho con un brazo apretado sobre el vientre. Desde su posición inferior, pudo apreciar la línea firme de su mandíbula y la curvatura de sus pestañas doradas. Vigilaba la disipación del efluvio con el ceño fruncido.

—¿Qué ha ocurrido? —inquirió Valois cuando ya era seguro respirar—. ¿Tenía un as bajo la manga?

—Mi sola presencia lo estaba desintegrando, y la interrupción de Evrani ha terminado de rematarlo —resumió Cassiel en tono desapasionado. No solo no había soltado aún a Li Zhen, sino que la apretaba aún más contra su torso—. El cuerpo de los hechiceros nacidos humanos a los que se les concede la vida eterna se deteriora con el tiempo. La promesa de inmortalidad está supeditada a su desgaste, tanto así que son particularmente susceptibles a la exposición de influencias tan poderosas como la nuestra. Si la Sehara hubiera estado aquí, habría muerto al cabo de unos segundos. En el acto, me atrevería a decir.

—No puedo respirar —protestó Li Zhen.

Le costó hablar contra la presión de la palma.

—Chis —la mandó callar él, transformando el bozal de su mano en el gesto del índice de guardar silencio—. Solo un rato más.

Li Zhen pestañeó, anonadada.

¿Acababa de sonar como un crío que quería dormir unos cinco minutos extra antes de ir al colegio?

—¿Qué ha pasado antes de la explosión? —quiso saber Dahlia—. ¿Habéis averiguado algo?

—El cáliz, el *jian*, el hechicero y las ofrendas son las cuatro condiciones necesarias para llevar a cabo un ritual de invocación —sintentizó Valois—. Nosotros estamos en posesión del cáliz y del buen hechicero, y, según juran ellos, también del *jian* y las ofrendas. Habríamos de averiguar dónde se encuentra el *jian* en cuestión y quiénes fungirán de ofrendas, porque no puede tratarse de los mortales. Con lo primero podríamos solicitar la ayuda de nuestro contacto —meditó, mesándose la afilada barbilla.

—Tú para todo lo que puedes llamas al contacto, Desdichado Apolo —se burló Evrani.

—Nosotros podemos localizar el *jian* —anunció Li Zhen, ruborizada y ablandada por la proximidad con Cassiel. No parecía por la labor de apartarse—. Sé qué aspecto tiene, y Dahlia se maneja bien en las profundidades de internet. Si no se obtiene respuesta en el mercado de armas ilegal de la actualidad, se puede hackear el historial de subastas para ver quién lo adquirió. Puedo decir con toda seguridad que, o lo tiene un particular, o está en el circuito de ventas. Nunca ha llegado a ningún museo y jamás estuvo en el poder de El Cuarto Clan.

—Así lo haremos. Gracias por tu inestimable colaboración, Zhen —le dirigió un asentimiento que por poco acentuó el rubor de sus mejillas. No terminaba de acostumbrarse a la caballeresca gentileza de Valois—. A propósito... ¿Dónde está Dagon?

Dahlia puso los ojos en blanco.

—Se ha quedado ligando con una chica del público.

—Por Dantalion —se lamentó Valois—. Debería despedirlo.

—Sí —confirmó Evrani, mirándose las uñas—, pero de esta vida.

—¡Evra! —lo regañó Dahlia.

Para cuando Li Zhen ya se había hecho el cuerpo a permanecer pegada a Cassiel el resto de la noche, él fue aflojando el agarre. No le quedó otro remedio que darse la vuelta y enfrentar el bello rostro

de aquella criatura que tan bien disimulaba el poder que lo hacía invencible.

En ese momento solo parecía un hombre.

A decir verdad, era lo que siempre parecía con ella.

Un hombre.

Ahora, un hombre preocupado.

—¿Te encuentras bien? —inquirió en voz baja.

Ella solo asintió, confusa.

No había soñado la distancia que había puesto antes de la caza de Chen Tuan, ¿verdad? No había soñado su latente recelo, su inexplicable frialdad. Tampoco estaba soñando ahora su respiración agitada y la dulzura que irradiaba con esa mirada que no podía ver, pero que, aun consciente de su limitación, se esforzaba por hacerlo empapándose de todo lo que no era visible y aun así la hacía reconocible.

—Yo sé que es imposible —oyó que murmuraba Cassiel antes de seguir la indicación de Valois para subir al escenario. Era el turno de cantar de Los Arcanos—. Es imposible.

Li Zhen frunció el ceño. Para cuando murmuró en respuesta qué era imposible, ya se había quedado muy atrás y había perdido la oportunidad de obtener una contestación.

Pero le pareció que se sinceraba con ella de alguna manera en los momentos previos a la actuación, y también durante el primer tema, que por insistencia interpretaría él solo como guitarrista y vocalista.

Se escondió de la vista del público entre bambalinas para concederle, junto al resto de la tropa, esa gloriosa actuación en solitario con la que tanto había soñado siempre. Desde allí se obtenía una visión ideal del medio perfil de Cassiel, que se había colocado las Ray-Ban nada más detenerse ante el pie de micrófono. Un ayudante pasó velozmente por el escenario para cederle su guitarra, aquella plateada que Valois había terminado pagando en el hotel de Shanghái, y con sumo gusto después de apreciar su don para la música.

Vio que Cassiel le agradecía la bondad al tímido sujeto con esa sonrisa que le marcaba arrugas en las comisuras de los labios, las arrugas de un sufrimiento antiguo como los dioses que le hacía parecer más sabio.

Sacó la púa del bolsillo de la chaqueta antes de quitársela y arrojarla al suelo, lo que causó una lógica conmoción general. A la señal de nadie más que él, empezó a tocar la introducción de una canción que no le habían visto ensayar en ningún momento.

«Debe de haberla practicado allí arriba», pensó Li Zhen, sobrecogida. Se sintió extrañamente bendecida por una gracia que de ninguna otra manera la habría tocado.

Y pensar que los seres que le rodeaban en la Orden carecían de la sensibilidad necesaria para valorar su lado artístico, ese lado que a veces parecía capaz de superponerse al mágico y consumir al hombre que había debajo.

Reprodujo los primeros acordes con una pasión desbordante que le suscitó unos extraños celos, en parte porque los venosos antebrazos y los tendones marcados por la percusión del instrumento le recordaron que esos mismos músculos eran los que trabajaban cuando la acariciaba a ella. Y es que la había acariciado con devoción siempre que lo había tenido permitido, pero ¿no se volcaba con aún mayor dedicación en la guitarra?

La envidia se transformó enseguida en impotencia, en rabia contra los sacerdotes seharianos.

¿Por qué le prohibirían desempeñarse como guitarrista, si saltaba a la vista que lo relativo a la magia lo cumplía por programación, porque era inherente a él, pero lo relativo a la música lo disfrutaba por voluntad propia?

Li Zhen perdió el hilo de sus pensamientos en cuanto empezó a cantar. No había esperado que la voz de Cassiel, aun siendo grave por naturaleza, supiera imitar la cadencia rasgada y la ronquera sensual del vocalista de Måneskin.

I wanna be the first man you look at tonight
I wanna be stuck in your head and make you go wild
I wanna drive you 'til the morning light and
I wanna leave you alone in the middle of the night[14]

No le extrañó que las mujeres de primera fila, embelesadas al escucharlo, hubieran dejado de bailar y se limitasen a contemplarlo boquiabiertas. Sobre todo cuando Cassiel ladeó la cabeza para mirar su guitarra como si de la mujer que amaba se tratase y sonriera secretamente para acompañar la siguiente frase de su sentir al respecto, «*I wanna be a good man and see you smile*[15]».

La letra que prosiguió a aquel fragmento hizo aullar, embravecidas, a las mujeres que veían lo suficientemente lejos para apreciar su encanto, pero no tan cerca como para perder el contacto con la realidad. Cassiel la cantó haciendo tanto hincapié en su ansioso deseo que Li Zhen no pudo ni respirar: «*I wanna fuck you 'til you scream and cry*[16]».

El acceso de ternura y de pasión no le duró demasiado, porque enseguida aumentó el ritmo al que movía la mano sobre las cuerdas y alzó el tono para llegar a la conclusión, que Li Zhen apostó por que le hizo cerrar los ojos.

Se desgarró.

I wanna hold you in my arms tonight
For your love, I'll do whatever you want[17]

—Bueno, con este despliegue de talento, seguro que nadie sospechará que los está hechizando para que no sean hechizados —comentó Dahlia a espaldas de Li Zhen. No pudo ni moverse para pedirle que se callara y la dejara escuchar—. Se me ha olvidado hasta a mí que ese era el objetivo del concierto.

—Lo hace bien —admitió escuetamente Evrani. El simple hecho de que se dignara a halagarlo ya lo decía todo. Pero no se quedó ahí

—. Se me ocurre que podría ser un famoso guitarrista y cantante si los de la Orden no fueran unos hijos de puta.

—Contén tu lengua, cigoto —le recriminó Valois.

Li Zhen habría apoyado la moción de Evrani si ella no hubiera sido la primera hipnotizada.

Todo en él emanaba profesionalidad y pura entrega; era la viva imagen del talento. Su posición en el escenario, con las piernas separadas y todo el cuerpo relajado, hasta los dedos que llegaban, raudos, a las más complejas posiciones; las caderas echadas hacia delante y la cabeza inclinada hacia lo que hacía, aunque no pudiera verlo, y el pelo cayéndole despeinado y ahora húmedo sobre las gafas.

Cuánta belleza.

Era sexy y no lo sabía.

Sintió un ramalazo de algo que no había experimentado hasta el momento, no solo por él, sino en general. Li Zhen jamás había sido víctima del deseo esperanzado de que alguien distinto de sí misma consiguiera lo que quería.

Jamás había sentido una admiración genuina.

—*I've got so much I can give to you*[18] —cantaba él.

Li Zhen se descubrió sonriendo con tristeza, clavándose los dedos en los codos contrarios para desahogar una frustración que había hecho suya voluntariamente.

Sí, tenía tanto que dar; tenía tanto que ofrecer...

Pero ¿le dejarían? ¿Podría darlo, podría ofrecerlo, o estaba condenado a quedarse con el amor por la vida en las manos?

Capítulo XVIII

«A escondidas, espera ella,
con la puerta medio cerrada,
medio abierta.»
Amor
ZHANG KEJIU

—«HACÍA AÑOS QUE NO VEÍA EN DIRECTO a unos músicos con verdadero talento. Sin autotune, sin *playback*, sin efectos especiales: ¡pura magia!» —recitó Dahlia. Levantó la mirada de la pantalla del móvil para dirigirse a Cassiel, que llevaba los últimos veinte minutos sonriéndole al vacío con una agradable sensación de orgullo—. ¿Quieres que siga? Hay muchos comentarios, Cass. Y cuando digo muchos, quiero decir *muchos*. Podríamos estar aquí hasta el día del Juicio Final.

—¿No has visto nada negativo?

—Alguna que otra tontería han respondido los amargados de turno a los vídeos que han subido los asistentes. Ya sabes, los típicos que se ofenden cuando ven a un hombre con pantalones ajustados o con un corte de pelo poco práctico. Nada en lo que refiere a tu música, créeme.

«Mi música», repitió para sus adentros.

Aquello sonaba tan bien que le daba miedo dedicarle una pensada más larga de la cuenta por si se enamoraba. Y es que todo el mundo sabía la clase de locuras que se cometían en el nombre del amor.

Por el momento, lo único que lo estaba salvando del agujero negro de la desesperación era saber que a la gente le gustaba cómo tocaba la guitarra. También les gustaba cómo cantaba Li Zhen, y tanto Evrani con su bajo como Dagon con la batería —se había dignado a presentarse, aun a costa de desembarazarse de su nuevo ligue— habían recibido los pertinentes halagos, pero la mayoría del público se había volcado en vitorear a su guitarrista.

En la Orden se decía con afán peyorativo que los mortales carecían de la sensibilidad necesaria para apreciar la magia, pero olvidaban que había sido la humanidad la inventora del arte en todas sus facetas. Y ¿qué era el arte, sino una manifestación de la magia?, ¿magia cuya creación los grandes sacerdotes jamás podrían atribuirse?

Sin albergar la menor sospecha de que era él quien estaba allí porque sentía verdadera pasión por el rock, de que era él quien practicaba día y noche y quien se aferró a la guitarra porque era su refugio y salvación en la cárcel de la Orden, los humanos habían llegado a la conclusión de que era la estrella del grupo.

Cassiel nunca había secundado las opiniones racistas de sus allegados, pero ahora podía confirmar lo que siempre supo: que los *homo sapiens sapiens* no eran ni ajenos ni inmunes a la belleza de lo inmaterial.

Sintió que Dahlia tomaba asiento a su lado en la hamaca libre del balcón del Airbnb. Allí se había dirigido la mitad de El Quinto Arcano tras la actuación para cuadrar la próxima estrategia.

Nada más realizar el reparto de tareas, se habían diseminado en direcciones opuestas para cumplir con labores diferentes: Valois trataría de localizar a su misterioso contacto para que le diera información y Li Zhen buscaría en la red datos sobre el *jian* de Liu Song, pues era quien lo reconocería a simple vista.

Dagon y Evrani se habían quedado en el recinto, el uno en el nombre de la fuerza y el otro en representación de la magia, para cerciorarse de que nadie había salido herido, hipnotizado o enfermo a causa del gas en un descuido.

—Cass... —lo llamó Dahlia con suavidad. Le puso una mano amable en la rodilla—, ¿has pensado en lo que te dije antes del concierto?

La ilusión efervescente que le había acompañado tras la actuación se fue disipando.

—No he pensado en otra cosa.

—¿Y has llegado a alguna conclusión que nos pueda... ayudar a proceder en el sentido adecuado?

—Sin duda.

—¿La compartirías conmigo?

Cassiel suspiró.

—Puede que hayas tenido una visión con un significado que no admite debate, pero yo también puedo desmontar tu argumento aportando una revelación aplastante: lo único en lo que he podido pensar después de la desintegración de Chen Tuan ha sido en la integridad y el bienestar de Li Zhen.

—Pero...

—No me ha dado tiempo a racionalizar mis actos —continuó. Era consciente de que trataba de convencer tanto a Dahlia como a sí mismo—. Mi decisión de interponerme entre la explosión y ella y evitar que inhalara el gas tóxico ha sido involuntaria, fruto de una preocupación tan arraigada a mis adentros que, ya ves: ha aflorado aun cuando mis facultades intelectuales estaban afectadas. La bruma de mi mente no se ha disipado, y tampoco ha entrado aire en mis pulmones, hasta que no he sentido la huella de su mirada sana sobre mí.

Sintió sonreír a la vidente.

—Suenas como Valois.

—Será porque la poesía y el amor están íntimamente ligados —sentenció—. Con todo el respeto por tu don, Dahlia, has debido de malinterpretar la visión. Es imposible que quiera herirla por una razón muy simple; una razón que se sustenta en un principio universal —le explicó dócilmente—, y es que todavía no se ha inventado un hombre que pueda hacerle daño a la mujer que ama sin salir perjudicado también. Si en la visión ella muere a manos mías, tiene que ser porque yo me muero después.

Sintió que Dahlia se estremecía y se frotaba con la palma la piel erizada del brazo. También percibió el ademán de una sonrisa tierna que no se atrevía a celebrar el florecimiento del amor en circunstancias adversas.

Se preguntó qué o quién habría enseñado a una augur tan joven y dulce por naturaleza a aferrarse, desesperada, a la más estricta de las prudencias.

—No seré yo quien te diga que es demasiado pronto para que la quieras. Yo me enamoré a primera vista la única vez que lo hice. Que amé, quiero decir. Pero sí te diré que, aunque me gustaría equivocarme, no he fallado en mis visiones ni una sola vez.

—¿Ni una sola?

—Ni una sola.

Una pena antigua se desprendió de su voz al pronunciar aquellas tres sencillas palabras. Se quedó rondando a Dahlia como el poso de un pesado perfume hasta que volvió a fundirse con ella, igual que una fuerte surtía agua para luego recogerla.

Cassiel se identificaba con la augur. Había nacido supeditada a sus obligaciones. Tenía un propósito vital que implicaba el sacrificio de sus deseos individuales. Él podía decir lo mismo.

Cuántas veces no se despertaría Dahlia en medio de la noche o, como en la visita turística, sería de repente arrancada de una experiencia grata, y todo para que ese don caprichoso, maligno, incluso, le recordara que algo terrible sucedería y ella no podría hacer nada para cambiarlo. En su mano quedaría transmitirlo aun con la escasa información recibida, para colmo sesgada, y a unos implicados que bien podían no creerla o subestimar el mensaje.

Porque ella solo era el soporte donde se escribía la historia. Aunque fuese los ojos del mundo, por más que alzara la cabeza nunca vería quién sujetaba la pluma; quién era la mente que configuraba el destino.

Y aunque la viera, ¿qué podría hacer, sino resignarse?

Qué don tan perverso el suyo, pensó, compasivo.

Qué cruel podía ser el conocimiento.

Cassiel sintió tanta lástima por Dahlia como una fuerte admiración. Debía de ser testigo de escenas que no comprendía, escenas casi siempre violentas, la máxima expresión de una injusticia, y, aun así, no se escondía bajo las sábanas, ni había

sucumbido a la locura, ni había optando por alejarse del mundo magnánimo para evitar participar en su victoria o su declive.

Se había entregado por completo a la causa.

—No creas que he ignorado tu advertencia —le dijo con suavidad. Tomó la mano de Dahlia, pequeña y fría, entre las suyas—. Estoy trabajando en un hechizo que la Orden me exige para mi nombramiento. Con un poco de suerte, este hechizo funcionará y me permitirá descifrar la visión; la mía y, por extensión, la tuya.

—¿En qué consiste ese conjuro?

—Por fortuna para todos —interrumpió Valois entre dientes. Acababa de entrar en el apartamento con su llave propia. Cruzó el pasillo con un cansancio existencial pesándole en los hombros, nada que ver con los andares elegantes del hombre que tenía el tiempo en la palma de una mano y a la Muerte comiendo de la otra—, *la gazza ladra* ha amanecido magnánima y me ha concedido el deseo de saber dónde está el jodido *jian*.

—¿«El jodido», has dicho? —repitió Dahlia, perpleja.

—¡Ah, hoy es *la gazza ladra* en vez de Kitty-Lou! —comentó Dagon con una sonrisa en la voz. Entró también al salón para pasarle un brazo por los hombros al apesadumbrado pero aún orgulloso y, sobre todo, exasperado Valois. Cassiel experimentó una incómoda dentera al oír el roce de la mano sobre la fibra de su americana—. ¿Se ha portado mal contigo, abuelo? ¿Hay que denunciarla por el menoscabo de la tercera edad? ¿Lo he dicho bien? ¿«Menoscabo»?

—Se ha portado como cabía esperar en ella. Menos mal que se me ocurrió comprarle un *épée de cour* cuando estuve en la tienda de antigüedades de Li Zhen, o no habría tenido con qué sobornarla para que nos condecorase con sus vastos conocimientos —decía con un retintín llamativo. Ver al siempre sereno, siempre caballeroso, siempre correcto Valois a duras penas controlando un genio desconocido despertó su curiosidad—. ¡Es más! ¡Se ha dignado a contestar el mensaje de texto en lugar de exigirme una puta carta escrita a mano! Adelante —Cassiel oyó cómo arrojaba un pequeño

objeto ligero al regazo de la vidente—, léelo, Dahlia, haz los honores.

Cassiel sintió un vago brote de luz atrapado en el calor de la mano de la joven.

Un móvil.

—«Mi pequeño bizcochito de crema... ¡Qué bien saber de ti!» —empezó a leer la augur, haciendo un hercúleo esfuerzo por contener la risa—. «Justo ayer me dijo una de mis doncellas, Marigold, que me habías hecho llegar a Manderley Abbey un paquete de unas "dimensiones significativas". Me tentó la descripción, todo hay que decirlo. Eso de "dimensiones significativas" podía conllevar cualquier cosa, tú me entiendes. ;) ¡Quién sabe! ¡A lo mejor estabas tú, de pie en mi salita de estar, con un lazo rojo en el cuello! ¿A que habría sido magnífico?».

—Como si no me hubieras vetado la entrada a tu mansión, lagarta —masculló Valois.

—«En fin, que me tuve que desmaterializar en el momento para abrirlo de inmediato. ¡Ay, es que me puede la expectación! Qué lástima que no hayas acertado del todo con el regalo de esta vez. Decía tu carta que estabas indeciso entre una espada de corte y una Colt Navy del 51... ¡Valois, por favor! ¡Habría preferido la pistola! ¡De verdad, mi cielo y mi sol, parece que no me conozcas! ¡Estas cosas me parten el corazón y me quitan las ganas de verte, te lo digo en serio!».

—Porque, claro, venías de casa con tantas ganas de verme de por sí... —seguía rugiendo Valois en tono sarcástico. Cassiel lo oía caminar de un lado al otro como un tigre enjaulado—. ¿Sabe esa sofista de pacotilla que no puede seguir restando a un número negativo...?

Dahlia carraspeó.

—¿Estás seguro de que quieres que lea esto?

—Ve al último párrafo —suspiró.

Se dejó caer por fin, derrumbado, sobre el sillón de vinilo.

Una profunda decepción capaz de coagular la atmósfera lo rodeaba como un mal olor.

—Vale, a ver. Dice que... Aquí está: «Como la intención es lo que cuenta, te voy a perdonar la equivocación y te voy a dar lo que tanto quieres... ¡Eso no, pillín! ¡No te emociones! El hombre al que buscas se llama Sun Yuze. Bueno, se llama Yuze Sun, pero ya sabrás, de tus vacacioncitas en Asia (anda que me invitas, ¿eh?), que los apellidos suelen ponerse antes. Bueno, que es un empresario de renombre que tiene en propiedad más del sesenta y cinco por ciento de los transportes privados de China. Por suerte para ti, reside en Xi'an, así que no tendrás que ir muy lejos para prestarle una visita. De mis muchas investigaciones moviendo cielo y tierra para completar mi colección de agujitas y cosas que hacen *pium pium*, me consta que el señor Sun tiene colgadas tres espadas legendarias en el salón de armas de su mansión. Lo podrás encontrar en el distrito de Qujiang, cerquita de la Gran Pagoda del Ganso Salvaje. Te dejo la dirección exacta. ¡Dale recuerdos de mi parte! A no ser, claro, que pretendas entrar a robarle... De ser así, dale los recuerdos también, pero de forma indirecta, llevándote uno de sus pinchos para regalármelo por mi cumple. Soy géminis, ¿recuerdas? ¡Ya queda menos! Te mando un besito que puedes poner donde tú quieras, siempre y cuando la zona esté entre el plexo solar y la frente, o, como tú dirías, "la testa". ¡Te quiero mil!».

—Dice que no le gustan tanto las espadas como las pistolas y, encima, me echa la bronca por comprarle una de las primeras, ¿y ahora me pide otra? —rugía Valois, contrariado.

—En su defensa diré que hay bastantes diferencias entre un *épée de cour* y un *jian* chino —intervino Li Zhen, que, acompañada de Evrani por pura coincidencia, acababa de acceder al Airbnb. A ella la precedió su delicioso olor—. Los dos entran en la categoría de arma, pero en forma y valor histórico difieren bastante.

—¿Estamos hablando de Kitty? —quiso saber Evrani—. Se nota porque el Desdichado Apolo ha salido a pasear con su repertorio de palabrotas modernas.

—Adoro a esa chica, lo juro —decía Dagon, sonriente—. ¡Y me muero por conocerla! Siempre está salvándonos el culo.

—Por un módico precio —le recordó Valois con amargura.

—¿Tú no has oído hablar de eso de las mujeres de alto valor que tan de moda estuvieron alrededor de 2024?

—Y alrededor de 1950 —masculló Dahlia por lo bajini.

—Bueno, pues Kitty es una de ellas. Si no te gusta pagar por su sabiduría y sus afectos, búscate otro contacto. No lo haces porque sabes que no hay otra como ella. Y porque es tu *anandha*, claro —continuó desvariando Dagon—, eso también.

—¿Tu *anandha*? —repitieron Cassiel y Li Zhen a la vez. Fue Cassiel quien continuó—: No lo comprendo. Pensaba que, cuando un penitente hallaba a su *anandha*, su deuda para con la diosa era perdonada y volvía a recuperar su estatus anterior. Y que a partir de entonces quedan vinculados de por vida y no podían permanecer separados.

—¡Esa la puedo responder yo! —exclamó Dagon, al que imaginó con la mano saliendo flechada hacia arriba—. Verás, es que resulta que Kitty es un alma libre.

—Es una cabrona, eso es lo que es.

—¡Pero bueno, *monsieur*, por favor, un respeto!

—Cállate. Mi vida sentimental no es asunto tuyo —atajó el cabeza de clan en un tono hostil que acabó con la diversión en un abrir y cerrar de ojos—. Hemos conseguido la dirección de Sun Yuze. Dado que habrá que infiltrarse en su vivienda, no es recomendable que nos arriesguemos los seis. Sugiero que vayan Li Zhen y el Iluminado; la primera porque reconocerá el *jian* nada más verlo y podrá usar la fuerza con eficacia para solventar cualquier imprevisto, y el segundo porque es para lo que ha venido, para ponerse a prueba y colaborar en la resolución de la tarea. Dahlia y yo estudiaremos la distribución de la casa hackeando el sistema de seguridad del que dispondrá con toda probabilidad. Antes de mañana por la noche, cuando daréis el golpe, os haremos entrega de un mapa de las puertas que puedan forzarse, los conductos de ventilación y, si fuera posible, también de

las contraseñas y las huellas dactilares. —Se levantó del sillón, lo que le ofreció a Cassiel un atlas detallado de cómo se estaba sintiendo: notó el ardor de la sangre en sus venas, las arterias obstruidas por una tensión insoportable, el chasquido de los huesos de la mandíbula y hasta el grito furibundo que empujaba una y otra vez al fondo del estómago para no perder la compostura—. A los demás os quiero ir buscando en las bibliotecas de Las Sociedades y de la Orden y preguntando a los sabios inmortales del Autem, El Magnánimo incluido, por un ritual con cuatro condiciones: dos objetos malditos, un hechicero y una ofrenda. Mañana compartiremos el resultado de nuestras investigaciones. Hasta entonces, quiero silencio sepulcral.

Acto seguido, desapareció por la puerta principal.

—¿«Os quiero ir buscando»? —repitió Evrani.

—Déjalo —le pidió Dahlia—, ya sabes que comete errores gramaticales cuando se pone nervioso.

—Habrá ido a fumarse un cigarro —comentó Dagon cuando ya no era peligroso debatir «la vida sentimental» del cabecilla—. Siempre se fuma uno después de hablar con Kitty.

Dahlia chasqueó la lengua con tristeza.

—Es que lleva regular el rechazo —le explicó en voz baja a Cassiel —. Pobrecito.

—A mí no me da ninguna pena —atajó Evrani. Siempre hablaba de manera categórica, desprovisto de todo género de empatía, como correspondía a una persona de sangre fría. Pero en esa ocasión sonó particularmente rotundo—. Eso de las *anandhas* es la mayor mierda que se pudo inventar la diosa para tenernos bajo control y asegurarse la lealtad eterna a través del agradecimiento.

—Muy de acuerdo —corroboró Dagon. No hubo ni rastro de risa en su respuesta—. No conozco un solo caso en el que eso funcionara de la manera correcta. La institución de la *anandha* juntaba a personas que eran la noche y el día, a buenas personas con malas personas, o hacía la combinación perfecta pero con el riesgo de que uno perdiera la cabeza si a la otra parte le ocurría una desgracia. Y

ocurría, ya te digo yo que sí. Adoro a Kitty porque se pasa por el forro esa basura. No se ha tragado la historia de amor incondicional que vendía La Magna y ha priorizado su libertad plena. ¡Bien por ella!

—Supongo que tenemos que trasladar nuestro orgullo por Kitty a Li Zhen —señaló Evrani—, porque, por lo que sé, nació siendo *anandha* y ahora es penitente. Imagino que es porque decidió rechazar la unión con su querido en un momento de la historia en el que eso también se consideraba alta traición.

Cassiel levantó la cabeza cuando la conversación viró a asuntos de su interés. Se concentró en la figura de Li Zhen, que se erigía, sólida e irresistible en medio del pasillo, pero por más que se esforzó por empatizar con sus emociones, se topó con un muro de cemento.

Sabía que Li Zhen era *anandha* a la par que penitente, pero había querido pensar que estaba soltera y siempre lo había estado porque la casualidad no había querido reunirla con el hombre destinado.

—No fue así —replicó ella con aridez—. Es cierto que no tuve el prometido final feliz con quien estaba destinado a ser mi hombre, pero no me convertí en lo que soy mediante castigo. La Magna me ofreció cobijo bajo su seno cuando me quedé con las manos vacías —explicó con ambigüedad—. Yo me negué y, en su lugar, le pedí que me permitiera luchar como penitente.

—¿Por qué? —murmuró Cassiel—. ¿Por qué harías algo así?

—Ya estaba condenada a vagar por toda la eternidad, como las *anandhas* que, por hache o por be, se quedan solas y, por ende, incompletas. ¿Por qué no dedicar esa eternidad a defender la justicia?

—¿Por qué no hacerlo con La Sociedad, con los seráficos?

—Los seráficos son una raza. Hay que nacer siéndolo para pertenecer a sus comunidades. Los penitentes, en cambio, sí se hacen. Y yo quería ser útil, esforzarme activamente por hacer de mi tierra un lugar mejor. De eso siempre se han encargado los desterrados, los que se consideraban la enjundia asquerosa del mundo magnánimo.

—¿Cómo es que La Magna no te castigó por rechazar a tu penitente? —interrumpió Evrani.

—La Magna nunca castiga a una *anandha* por no concederle su perdón a su penitente. Las deja operar con plena libertad. A fin de cuentas, son, o eran, una extensión de Ella misma.

—¿Y por qué no estás con él hoy día? —inquirió Dagon, poniendo voz a la duda de Cassiel.

Temió tanto la respuesta que no le cupo la menor duda de que no había exagerado al autoproclamarse enamorado. En cuestión de segundos, y a raíz de un inocente comentario, se había convertido en el vertedero de toda clase de preocupaciones: si ese penitente estaba vivo, si ese penitente iba a ir a buscarla y arrebatársela, si ese penitente sería el causante de que Cassiel fuera víctima de una enajenación mental lo suficientemente grave para incitarlo a matar al tipo que ahora se erigía su enemigo.

Se estremecía de pensarlo.

Li Zhen ni siquiera tuvo que pararse a hacerlo, por otro lado. Su respuesta fluyó libre como el arroyo en la montaña, tan clara y sincera como el agua que aún no había corrompido la mano del hombre.

—Porque hay amores que van mucho antes que ese.

—¿Como cuáles? —exigió saber Dagon con una voz robada de otro, víctima de una incredulidad violenta—. No existen. No hay amores más crudos que el que asaeta al penitente y a la *anandha*.

—Los hay, sí los hay.

—¿Qué quieres decir, entonces?, ¿que lo rechazaste sin más? Eso no es posible —determinó Dagon.

—Por lo que he entendido, Kitty rechaza a Valois «sin más». Ergo, es posible —resolvió Li Zhen, como siempre ambigua cuando se trataba de hablar de su historia personal.

—No es lo mismo —se apresuró a explicar Dagon, para quien la conversación se había convertido de repente en una cuestión de honor—. Kitty y Valois han intercambiado sangre. Se envían viales para subsistir; te habrás fijado en que lleva una cadena de oro

blanco de la que pende una joya, o un relicario, o lo que quiera que sea, ¿no? Pues ahí contiene la savia de su *anandha*. Dependen el uno del otro. La diferencia es que ella mantiene las distancias salvo en ocasiones en las que coincidir es inevitable para que su dependencia no vaya más allá de la biología.

—Yo nunca intercambié sangre con él. Supongo que entonces no se llevaba todavía —comentó ella con sorna.

—¡Es indiferente! —exclamó Dagon, agitado—. ¡No es posible desentenderse de la pareja eterna como si tal cosa, como si fuera un puto ligue de Tinder!

—Dag... —lo llamó Dahlia, buscando apaciguarlo—. Cada uno tiene su experiencia. Tranquilo.

—¡Estoy muy tranquilo! ¡Lo que no puedes pretender es que me quede callado cuando se insinúa que uno puede romper un lazo sagrado y divino!

—Eres tú el primero que ha dicho que le parece una basura —señaló Li Zhen, impávida.

—¡Me parece una basura, pero porque su influencia es dañina! ¡Y real! ¡Es real! ¡No puedes haberte librado de él y seguir vivita y coleando! ¡Eso no funciona así! ¡Deberías estar muerta! —Para asombro de Cassiel, terminó perdiendo los papeles. Supo que se había abalanzado sobre Li Zhen para agarrarla del cuello porque ella emitió un gimoteo ahogado y sorprendido. Dagon seguía gritando—: ¡Nadie puede curarse! ¡Nadie!

Más que una conclusión en firme, sonó desesperado por convencer, a él mismo y a quienes lo escuchaban, de que así tenían que ser las cosas.

Cassiel estaba levantando la mano con un hechizo en la punta de la lengua cuando Li Zhen, haciendo uso de sus conocimientos de kung-fu, le practicó una llave inofensiva al agresor. No quería hacerle daño, porque se limitó a deshacerse de su agarre y a poner distancia entre los dos.

—Estate tranquilo. Estoy muerta en muchos sentidos —le aseguró ella en tono aséptico—, si es que eso te complace.

Dagon tuvo que darse cuenta de que se había excedido al hallarse inmóvil en un silencio que cortaba, un silencio que nadie iba a romper para salir en su defensa. Pero cuando se largó, castigando los oídos de El Quinto Arcano con el violento retumbar de un portazo, no fue porque le avergonzara su inexcusable actitud, sino porque iba a estallar y no deseaba hacerlo con público.

—Perdonadlo —rogó Dahlia en tono contrito al cabo de unos tensos segundos—. Es muy sensible con según qué temas de conversación y a veces le dan estos pequeños brotes. No es nada personal. Dejadlo y ya volverá. Y, sobre todo, no mencionéis luego lo que ha pasado.

Capítulo XIX

«La esplendorosa luna
te adorna tu ventana
mientras tú adornas
los sueños de otros.»
Fragmentos
Bian Zhilin

—Tiene sentido que un rico del sector terciario haya comprado una mansión en el distrito de Qujiang —comentaba Li Zhen, analizando el perímetro de la vivienda—. Si ya era una zona de esparcimiento para la élite cuando yo era niña, imagina ahora, que han plantado aquí esa bestialidad de Centro de las Artes. En eso se parece al siglo viii, supongo. Ya entonces, la Gran Pagoda del Ganso Salvaje era lo de menos, igual que ahora —continuó, guiada por quién sabía qué impulso. Ninguno racional, eso seguro—. Cuando mi familia aún gozaba de la protección del emperador gracias a la intercesión de mi tía Guifei, nos invitaban a menudo a ceremonias y celebraciones. Como el Festival del Medio Otoño. —Se le escapó una sonrisa nerviosa—. Recuerdo haber correteado de la mano de Mei por los intrincados jardines y los pabellones de recreo; haber mojado los pies en el lago Qujiang y tratado de arrojar al agua a mi hermana empujándola con la pala del bote. Nos burlábamos de las afectadas poesías de los literatos en ciernes, como el arrogante de nuestro padre, que no quería ni oír hablar de la competencia, nos inculcó.

»No creo que haya gente de mal y buen beber, pero te aseguro que Li Bai en concreto se convertía con el impulso del alcohol en un energúmeno con críticas feroces para todos. No dejaba títere con cabeza. Supongo que, en eso, Mei salió a él. Era a la que se le ocurría gastar bromas pesadas a los monjes budistas que salían y entraban de los templos.

»Cuando acababa el día —prosiguió en voz baja con la expresión suavizada—, mi hermana y yo nos tirábamos sobre la hierba,

exhaustas del juego, y contemplábamos la luna, el que siempre era el acontecimiento preferido de quienes podían permitirse la vida contemplativa. Nosotros entre ellos... hasta que ya no lo fuimos, claro.

«¡Cállate ya!», le rugió la voz interior. «¿A qué viene este numerito lacrimógeno? ¿Así es como pretendes llamar su atención? ¡Quiérete un poco!».

Li Zhen se contuvo para no pellizcarse el puente de la nariz, abochornada con la actitud que había estado teniendo desde que habían abandonado al Airbnb. Se traían entre manos una misión que no era moco de pavo. Si fueran humildes mortales, les podrían en torno a diez años de cárcel por sustraer un arma de alto valor histórico de la casa blindada de un millonario. Y, sin embargo, ahí estaba ella, desesperada por solucionar un conflicto que no recordaba haber iniciado con Cassiel porque no soportaba la distancia que había puesto.

Era consciente de que estaba haciendo un ridículo estrepitoso, pero no podía parar.

—Ya ves que apenas quedan un puñado de edificios conmemorativos de esa infancia que tuve la suerte de vivir. Ni rastro de los kioscos de madera, de los impresionantes kimonos de las damas que paseaban por allí con su abanico y su parasol... Nada de acróbatas, nada de exclusivos encuentros intelectuales entre pensadores y amantes del arte. Aún no se ha inventado un equivalente, por lejano que sea, de las señoras que alardearon de refinamiento y belleza durante la gloriosa dinastía Tang. Uno no se atrevía a mirarlas a la cara... Aunque quizá el cambio haya sido para mejor.

»Joder, odio la arquitectura desangelada de edificios como el del Centro de Artes, y más desprecio aún la mansión modernita de Sun, que no es sino una prolongación de la riqueza exuberante que los emperadores adquirieron mediante sangre; la de soldados, de pueblos sometidos, de gente trabajadora... Entonces parecía tener sentido la ostentación. La legitimábamos. Ya no. Desde la llegada del

comunismo en el siglo xx, eso de alardear de la fortuna propia se ha convertido en una ordinariez ofensiva. ¡Y me alegro!

Li Zhen se arriesgó a mirar a Cassiel para comprobar que seguía allí.

El estómago se le revolvió de pensar que pudiera haber dejado de interesarle de repente, pero ¿a qué otra conclusión cabía llegar? Exceptuando su reacción tras la explosión de Chen Tuan, llevaba mostrándose dolorosamente distante desde el día del concierto.

Apretó los dientes, más molesta porque el erratismo de un perfecto desconocido le afectase que por su propio comportamiento.

Terminó de ajustar la fila de dagas que se había escondido bajo la blusa estilo túnica, abrochada al cuello, y se echó el pelo sobre el lado perjudicado del rostro.

La costumbre de siempre.

—Si fueras tan amable de romper la cerradura —le dijo en otro tono, enmascarando una tristeza insondable que rehusaba aceptar como suya.

Se había comprometido a ocultarla bajo capas de indiferencia.

A partir de ese momento.

No más parloteo.

Valois y Dahlia habían trabajado durante veinte horas consecutivas para conseguirles un mapa de la casa. Habían tenido que apañarse con eso y deducir en función del tamaño de las habitaciones y la información proporcionada por el contacto dónde se hallaba la joya de la corona.

Averiguar las contraseñas había sido misión imposible.

Nada que perturbara al Iluminado, que con tan solo levantar la mano podría forzar la entrada.

Li Zhen le lanzó una mirada furtiva, exasperada. ¿De qué servía que no pudiera ver, si a cambio podía sentir cuándo se giraba hacia él y deducir sus expresiones? A efectos prácticos, era lo mismo que gozar del don de la vista.

Las luces blancas y doradas del patio exterior habían teñido de plata su deslumbrante perfil. El caprichoso resplandor de los focos destacaba sus pómulos como diamantes afilados y la hendidura de los ojos, recordándole con muy mala baba que tenía las pestañas rizadas de un niño risueño. Sabía que él no terminaba de estar conforme con el corte de pelo, pero Li Zhen admiraba en secreto el contraste entre su expresión siempre curiosa, sus educadas maneras, su benevolencia, con el aire macarra del *mullet* y el estilo de cuero por el que se había decantado como orgulloso heredero del rock que era.

Permaneció en la misma postura que ella, ambos agachados tras los setos del jardín, al enunciar las palabras del hechizo más sencillo. En esta ocasión ni siquiera levantó las manos ni se manifestó el fulgor dorado que revelaba su condición sobrenatural.

Allanar la morada le resultó tan fácil como bostezar.

Cassiel se levantó y le tendió la mano a Li Zhen para ayudarla a hacer lo mismo.

—No hay guardias de seguridad en ninguna de las entradas. Los habría olido.

Ella se quedó mirando ceñuda el galante ofrecimiento.

—Me lo figuraba. Esto es una casa, no un museo —respondió en tono árido. Se incorporó con agilidad, rechazando su gesto, y echó a andar airadamente hacia una de las puertas traseras.

Si iba a actuar como si nada hubiera ocurrido entre los dos, que no esperara que ella se doblara con cortesías dignas de un afectado Xu Xian[19].

Dahlia, la que se había decidido de forma unánime que era el miembro de El Quinto Arcano que menos llamaba la atención, había aceptado el encargo de seguir a Sun Yuze a lo largo de la mañana. Para consultar su apretada agenda y así procurar que la noche del golpe coincidiera con un día particularmente ajetreado para el empresario, se había visto en la obligación de propiciar un tropiezo físico.

El desenlace había sido inesperado, pero de todos modos había logrado su propósito: en lugar de robarle el móvil durante el tiempo suficiente para echar un ojo a los eventos del día, el que había sido el plan inicial, había tenido que aceptarle una cita.

—El señor Sun se ha prendado de la belleza occidental de Dahlia —había comentado Dagon con sorna.

Li Zhen, que conocía los exquisitos gustos del hombre oriental, se había visto impelida a corregirlo.

—Más bien le habrá interesado su timidez, su prudencia, su delicadeza; en definitiva, rasgos que por lo general son muy apreciados en el mundo asiático.

—O a lo mejor es por la sospecha de que le será fácil llevársela al huerto por todo eso del fetichismo hacia las occidentales y la xenofobia indirecta que se resume en esta aseveración popular: «Todas las blancas son unas zorras» —había espetado Evrani, que había pasado el día entero de un humor de perros a propósito de la cita—. No sabía que ahora prostituíamos a nuestros miembros, Valois.

—Prefiero tildarlo de «trabajo en equipo» —se había defendido el aludido—. Y nuestra Dahlia será libre de marcharse tan pronto como Li Zhen le haga llegar el pertinente mensaje de que la misión ha sido cumplida.

Eso no había aplacado a Evrani, sin embargo, que había pasado el resto de la tarde con las mandíbulas apretadas y castigando a la augur con su indiferencia.

—Oh, vamos. Lo que te molesta es que el tipo no sea nada feo. Tiene los cuarenta tacos bien puestos, al igual que el traje de Emporio Armani, y sabe sacar provecho de la herencia de su padre usándola para dar de comer a niñas bonitas en los mejores restaurantes —se había mofado Dagon, quien, cumpliendo los pronósticos de Dahlia, había optado por actuar con naturalidad tras reponerse de su arranque rabioso.

La que se había repuesto sorprendentemente rápido de una confesión sobre un asunto personal en el que llevaba toda la vida

regodeándose era ella misma. Antaño no podía ni mencionar su gran fracaso amoroso y, de pronto, se animaba incluso a describirlo con pelos y señales sin que hubiera consecuencias para su ánimo.

Pensó que volver a Chang'an, ahora Xi'an, la descolocaría y terminaría por trastornarle el juicio, pero estaba resultando una experiencia reparadora.

¿O era por él?

Li Zhen miró de soslayo a Cassiel, que dependía de ella para conducirse por un espacio desconocido.

Nunca había creído que un clavo sacara otro clavo.

Claro que cómo iba a creerlo, si jamás lo había intentado.

Después de Arslan decidió cerrarse a cal y canto para el amor, en parte convencida de que nadie se sentiría atraído por una mujer sin medio rostro.

Ya había experimentado una vez el afecto correspondido, solía decirse. No era necesario tensar la cuerda buscando revivir la experiencia.

—Ahora gira a la derecha —le ordenó ella en voz baja—. Si nuestras sospechas son ciertas, la colección de armas estará en la cámara del sótano.

—Yo creo que están colgadas en el salón o alguna estancia a menudo frecuentada —replicó Cassiel a su espalda—. Si no, ¿para qué las querría? Considerando la vanidad de los mortales que para colmo amasan fortunas millonarias, ¿no es más lógico que las exhibiera ante las visitas?

—Créeme, no pierden la oportunidad de exhibir sus riquezas ante las visitas —respondió entre dientes—. Simplemente se marcan la gymkana de decir «tengo algo que enseñarte», sacar el manojo de llaves de un *guǎnjiā*[20] y conducirte a las profundidades de la casa, poner un código y abrir lo que parece la puerta de un submarino para mostrarte sus adquisiciones.

—Suena a que lo has vivido en primera persona. ¿Te ha tratado de seducir algún rico de la categoría de Sun Yuze con su colección

de armas imperiales?

—¿Y a ti qué te importa?

Cassiel suspiró, como si la encontrara exasperante.

Ella se planteó estrangularlo.

¿Ahora andaba suspirando?

¿Y si se ponía ella también a suspirar, eh? ¿Acaso no tenía razones?

—Pero ¿no es mala idea guardar piezas antiguas en lugares húmedos como puede serlo un sótano? Digo yo que después de desembolsar una cantidad desorbitada querrá conservar su compra en el mejor estado.

—Tendrá la sala acondicionada.

—Pues yo creo que tiene el *jian* en el salón.

Li Zhen apretó los dientes, pero no logró contenerse. En el camino hacia el pasillo que sabían que desembocaba en las escaleras hasta el piso subterráneo, giró en redondo y le clavó el dedo en el pecho.

—He emprendido un total de novecientas cincuenta y tres misiones en mi rol de *shìzhě* de El Cuarto Clan. Salí victoriosa a la primera en un noventa y cinco por ciento de los casos; al segundo o tercer intento en el porcentaje restante. Si una guerrera experimentada te dice que los ricos guardan sus armas en el sótano, asientes y obedeces, ¿estamos? Sobre todo si tú llevas una semana en un mundo que ni conoces ni entiendes.

Cassiel atendió a su rapapolvo sumido en un silencio solemne. Pestañeó una sola vez después de que terminara el discurso y se frotó con la palma el punto donde ella había hundido su índice acusador.

Cuando acabó, el Iluminado adoptó una expresión entre confundida e intrigada.

—¿Estás enfadada? —preguntó, como si se le hubiera ocurrido la idea de repente.

Li Zhen soltó una carcajada sarcástica y se dio la vuelta para retomar el camino hacia el misterioso sótano.

El corazón le latía muy deprisa, como cuando durante las guardias nocturnas u operaciones especiales se apostaba la cuenta de la primera ronda de cervezas con sus compañeros de El Cuarto Clan.

Si resultaba estar equivocada y el cateto de Sun Yuze tenía colgado el *jian* de Liu Song sobre el *chaise longue*, no podría soportarlo.

—Claro que no estoy enfadada —contestó con ironía al cabo de unos segundos. Se apartó a un lado de la puerta de titanio e hizo un ademán de invitación para que Cassiel pasara.

—¿Ni siquiera enfadada conmigo?

—¡Por supuesto que no! ¿Por qué iba a estarlo?

—Oh, de acuerdo. —Respiró, aliviado, y pasó las manos por encima del moderno sistema de reconocimiento facial. En lo que la puerta tardó en cederles el paso por intercesión de la magia, un ceño suspicaz se apoderó de su expresión—. ¡Espera un momento! ¿Es una de esas veces en las que las mujeres dicen que no, que no les pasa nada, y en realidad sí que les pasa y tienes que insistir porque, si no insistes, se enfadan más aún?

Li Zhen ya había cruzado el umbral, ansiosa por demostrar que tenía la razón. Paralizada ahora por el pasmo, le lanzó una mirada incrédula por encima del hombro.

—¿Qué? ¿Dónde has estudiado tú idiosincrasia femenina en semejante profundidad? No ha podido contártelo la caterva de calvos vírgenes con los que vivías.

Cassiel soltó una carcajada musical que le llenó el pecho de un calor inesperado.

—La verdad es que los has descrito de maravilla. Y no, no es obra de los sacerdotes. Me lo ha explicado Dagon a propósito del enfado de Evrani por la cita de Dahlia. —Se guardó las manos en los bolsillos—. Le dijo que estaba teniendo «una actitud poco masculina», y cuando le pregunté qué quería decir con eso, Dag me

comentó que suelen ser las mujeres las que aplican la ley del hielo y actúan de forma agresivo-pasiva cuando se molestan.

—Pasivo-agresiva —corrigió de mal humor—. ¿Y te ha dicho también que los hombres que aplican generalizaciones odiosas sobre todo el género, a menudo para desprestigiarlo, suelen ser misóginos?

—No, eso no me lo ha dicho. ¿Debería? —Cassiel dejó correr un silencio para acto seguido inquirir—: Pero... ¿he acertado? ¿Estás molesta?

Li Zhen se estaba preparando para soltarle otra fresca cuando miró a su alrededor.

Habría cantado aleluya por haber estado en lo cierto si la colección de antigüedades no la hubiera dejado boquiabierta. No pudo interceptar el *jian* al primer vistazo. Antes la embelesó la cantidad de joyas, jarrones y otros enseres de la época imperial que exponían las vitrinas a prueba de balas.

Se olvidó de la conversación nada más pasar un dedo por el grueso cristal blindado que protegía una obra de porcelana pintada que le recordó a la clase de ornamentos que decoraban el palacio del emperador, aquel por el que se pasearon un par de hermanas entusiastas una vez.

No podría estimar cuánto dinero había allí porque aquello no tenía precio.

—Debería estar prohibido que un solo hombre pudiera permitirse secuestrar una reliquia histórica y esconderla bajo tierra —murmuró, sobrecogida, mientras se iba paseando por el largo pasillo que desembocaría en la joya de la corona: el *jian* de Liu Song.

Cuánto no habría pagado por tener en su poder algún recuerdo físico de su primera y única vida; para admirarse en el reflejo de la porcelana y así no perder de vista lo que había sido.

—Huele a riqueza —dijo Cassiel.

—Al mejor tipo de riqueza. A la riqueza cultural. Y, al mismo tiempo, a la peor. A la riqueza de los monarcas; la del supuesto derecho sanguíneo. —Deslizó los dedos con suavidad por los relieves

de mármol de una pieza de arquitectura escultural. Aquello no era de origen chino, y no era lo único. El señor Sun había conseguido, quién sabía cómo, comprar y traer hasta su vivienda la tumba colosal de un emperador romano—. Odio que los millonarios priven a la gente de a pie de ver cosas así —masculló entre dientes.

—¿Cosas como... el *jian* de Siu Long?

—De Liu Song —corrigió, todavía perdida en la contemplación de viejos recuerdos—. Es el nombre de una dinastía imperial que reinó en torno a trescientos años. Para entonces, el *jian* como arma ya había entrado en declive, pero se seguía fabricando para que los emperadores los lucieran en sus ritos ceremoniales.

—¿Sabes por qué está maldito este en concreto?

Li Zhen mantuvo la expectación sin darse cuenta, tan impresionada por el reencuentro con el *jian*, un viejo amigo, que se había quedado muda.

Se detuvo a unos pasos del arma que tanto la había hecho sufrir, a ella y a El Cuarto Clan; que desapareció una y mil veces por la leyenda de poder grimoriano que pesaba sobre él y del que en el fondo no era culpable.

Uno nunca era responsable de los fines para los que era utilizado por una fuerza mayor.

La belleza del objeto la conmovió: las ricas incrustaciones de piedras preciosas de la empuñadura, la hoja limpia y afilada pese al terrible uso que se le había dado... o precisamente por eso.

Nada aguzaba el filo de una espada como el pescuezo de un mortal.

—Por las tres generaciones que derramaron sangre —murmuró. Alargó una mano hacia arriba, ahí donde el *jian* había sido colgado en un soporte lo menos vistoso posible para que pareciera flotar en horizontal—. Es el arma que empuñó Liu Shao para matar a su padre, el emperador Wen, cuando descubrió que pretendía deponerlo como rey; el que usó su hermano Liu Jun para acto seguido cometer un fratricidio vengativo contra él; del que se sirvió Qianfei, el hijo que tuvo el hermano Liu que quedó vivo, para

asesinar al marido de su tía carnal y así mantener relaciones incestuosas con ella. No consentidas, claro está.

—Qué horror.

—La historia no acaba ahí. Es la espada con la que la madre de Qianfei se quitó la vida después de ver en lo que se había convertido su criatura. Cuenta la leyenda que la noble señora le dijo a sus doncellas: «Traed una espada y abridme de par en par, a ver cómo es posible que este animal saliera de mí». Y ahí sigue sin terminar su trágica leyenda... —prosiguió, deslizando un dedo con cuidado por la superficie del metal. Tanto poder se concentraba en aquella lámina mortífera que sintió cómo trataba de defenderse de su influencia: una energía viva intentaba apartarle la mano, expulsarla hacia fuera —. La noche que su tía se negó a formar parte de una orgía forzosa, Qianfei mató a sus tres hijos: el príncipe de Nanping, el príncipe de Luling y el marqués de Annan. Luego mató a una inocente que se parecía a una mujer que soñó que le maldecía. Todo esto convirtió al *jian* en lo que es ahora, una de las armas más anheladas por los grimorianos por su pasado oscuro. No cualquiera puede empuñarla —añadió, mirándolo por encima del hombro—, por lo que tendrás que ser tú quien obre un hechizo para llevárnosla sin salir perjudicados.

—Tal y como lo pones, el arma da bastante repelús, pero suenas como si quisieras llevártela a casa —comentó con una nota de diversión.

Li Zhen lo vio recostado contra el marco de la puerta blindada, una postura informal y turbadoramente atractiva que la hizo de nuevo consciente de lo susceptible que era a sus encantos. El flequillo rubio cortado sin orden ni concierto quería taparle los ojos luminosos, y una sonrisa distraída y no exenta de ternura le rizaba la comisura de los labios.

—Muchas de las cosas que nos gustan son nocivas —replicó a la defensiva— y, por más que nos hiciera ilusión quedárnoslas, lo sabio sería dejarlas donde están.

La sonrisa de Cassiel se tambaleó.

—¿Este es otro de esos casos en los que las mujeres dicen que no están enfadadas, pero luego dejan caer comentarios que se pueden entender como indirectas para que te disculpes con ellas?

—Dagon es una fuente de sabiduría inagotable.

—Eso me lo ha explicado Valois —puntualizó—. ¿Debo disculparme contigo?

—¿Para qué te ibas a disculpar?

—Si estás enfadada...

—¡Que no lo estoy! —rugió. Nada la enfadaba más que tener que repetir que no estaba enfadada—. ¡El que está más raro que un perro verde eres tú!

Tuvo la audacia de componer una mueca inocente.

—¿Yo? ¿Raro? Qué va. ¿Por qué un perro verde? ¿Es una frase hecha o te lo acabas de inventar? Qué gracioso. Un perro verde.

—¿Intentas cambiar de tema? ¡Pareces una persona diferente a la que conocí en mi casa!

Cassiel pestañeó varias veces.

—¿Y no te supone eso un alivio? Creo recordar que no te gustó el modo que tuve de presentarme.

—No es eso lo que quería decir. ¡No te hagas el tonto! ¡Te comportas como si...! ¡Estás distante! —acabó explotando—. ¿Has decidido vengarte de mí? Tiene sentido que quieras pagarme con la misma moneda ahora que soy... vulnerable por lo injustificadamente insufrible que fui contigo los primeros días.

—¿Cómo? —Parpadeó, extrañado—. No, claro que no. Soy incapaz de albergar rencores.

—¿Entonces? ¿Entre la cantidad de estímulos nuevos que recibes y el ritmo vertiginoso al que se mueve la vida en la Tierra te has desencantado conmigo? ¿O solo has descubierto que no soy la única mujer en el planeta y has decidido que ya no soy interesante o digna de persecución?

—¡No! —se defendió, perplejo porque hubiera deducido tal cosa. Una confusión paralizante le arrugó el ceño—. ¿Es que acaso quieres

que te persiga?

—¡No! ¡O sea...! —Se mordió el labio—. No quería que esa negativa sonara tan categórica, ¿vale? —reconoció por lo bajini—. Ni sí ni no. Lo que no quiero es que me... Mira —acabó soltando de mala manera con una mano sobre la cintura—, pensaba que tú y yo empezábamos a entendernos.

—Y nos entendemos —le aseguró.

—Pensaba, también, que estabas interesado en mí.

Li Zhen tuvo que apoderarse por un instante de los dones de Cassiel, porque pudo sentir con claridad y a un nivel interno que tragaba saliva.

—Lo estoy.

—¿Y por qué no...? —¿Iba a soltarlo de verdad? ¡Al infierno con todo!—. ¿Te sentó mal descubrir que fui la *anandha* de un penitente? No, no puede ser eso —se desdijo—. Empezaste a actuar como un desconocido y a evitarme un rato antes.

—Lo de que tengas por ley divina un amor para toda tu vida inmortal no me hace especialmente feliz —reconoció con un humilde asentimiento—, pero entiendo que poca culpa tienes tú de los planes que La Magna marcara para ti. Y tan divino no sería si ahora te acuestas conmigo —apostilló, triunfal.

Li Zhen se sonrojó.

—¡No me he acostado contigo!

—Dice Dagon que reducir el sexo al coito es machista y que los preliminares también cuentan como follar.

«¿Acaba de decir "follar"? ¿Esto es en serio?».

Li Zhen separó los labios para hablar, pero se quedó tan pasmada por la cantidad de sabiduría popular que había adquirido en un momento que lo dio por perdido con un aspaviento exasperado.

Por suerte o por desgracia, no hubo oportunidad de continuar la discusión. Cassiel se estiró cuan alto era, alerta. Se puso un dedo en los labios, instándola a callar, y cerró los ojos para concentrarse en el ruido ambiental.

—Sun Yuze está en la casa —anunció—. Viene hacia aquí.

Capítulo XX

«¿Terminarán algún día mis cuitas? (...)
A mis pies corre el río de primavera,
inmenso, no con sus aguas,
sino con mis lágrimas.»
Oeste del pueblo
QIN GUAN

OYÓ, YA EN LA DISTANCIA, la inminente proximidad de dos pares de zapatos. Sun Yuze estaba en la casa, sí, y por lo que dedujo de la conversación que estaba manteniendo con su acompañante, se había traído a Dahlia consigo: «Deja que te muestre algo», le susurraba, persuasivo. «Se trata de una colección de la que estoy muy orgulloso».

Li Zhen miró a un lado y al otro, buscando otra salida o un escondrijo. La charla con Cassiel la había desconcentrado y se estaban quedando sin tiempo para escabullirse.

Aún estaban de pie como dos pasmarotes cuando el eco de las voces se deslizó escaleras abajo: calculaba que tenían cinco segundos para tomar una decisión. Su mirada acabó cayendo en la tumba de mármol sellado de origen romano. Masculló una imprecación por lo bajo y se apresuró a hacer uso de su fuerza sobrehumana para correr a un lado las toneladas de la tapa de piedra.

No tuvo que ordenarle a Cassiel que la acompañara en su entierro voluntario: lo hizo con sorprendente naturalidad tendiéndose boca arriba en tiempo récord.

Encima se dejó caer Li Zhen.

—Cierra la puerta —le pidió en cuanto selló la cubierta de mármol con ellos debajo.

Cassiel asintió y chasqueó los dedos índice y pulgar para terminar de dejarlo todo tal y como estaba antes de su intervención.

Li Zhen estaba tan preocupada por que no repararan en su presencia que se olvidó de respirar. Fue el calor que emanaba el cuerpo masculino sobre el que estaba tendida, la respiración suave que le acariciaba la punta de la nariz, la trepidante proximidad de un hombre al que deseaba, lo que la sacó del trance nervioso... para ponerla más nerviosa aún.

—¿Estás cómoda? —le preguntó él sin rastro de sorna. Lo suyo era pura preocupación.

Resultaba odioso cuando se comportaba como un buen tipo.

—No hables o nos van a escuchar.

—He improvisado un hechizo de protección que insonoriza la tumba y sella la tapa por si el señor Sun dispusiera de algún modo de abrirla.

—¿Con qué la iba a abrir siendo mortal? ¿Con un sacacorchos?

El chirrido de la puerta de entrada les hizo callar.

Las voces que antes habían sonado lejanas fluían ahora como si los tuvieran sobre sus cabezas.

—Mi padre era un coleccionista obsesivo —contaba el señor Sun en un inglés con acento británico, revelador de sus estudios en el extranjero—. Escogió Historia en la universidad y se especializó en Restauración y Conservación de los Bienes Patrimoniales. Cuando su empresa despegó siendo joven, puedes imaginarte en qué empezó a gastarse el dinero.

—Dentro de todo en lo que uno puede invertir, me parece que el arte no es lo peor —respondió Dahlia con amabilidad. Ambos paseaban muy despacio entre las vitrinas dispuestas en ambos extremos del pasillo—. Aunque esto debería estar en un museo, ¿no crees?

—No sé yo si un grupo de estudiantes que hacen excursiones culturales con el instituto solo para perderse la clase de Matemáticas apreciarían estas piezas como las apreciaba mi padre, que además podía explicar al detalle de dónde venían y conocía el modo de cuidarlas. Mandó construir esta cámara solo para asegurarse de que se conservaban a la temperatura adecuada.

Li Zhen se esforzó por escuchar la conversación incluso si no le interesaban un ápice las justificaciones de un millonario infumable. Esperaba que Dahlia fuera lo bastante avispada para deducir que el hecho de que el *jian* aún descansara en su sitio indicaba que aún no habían dado el golpe, y que ella debía facilitarles la acción llevándose a Sun Yuze a otro lado.

Pero no podía concentrarse ni en el nostálgico alegato en defensa de los sentimientos paternos ni en enviarle ondas mentales a la augur para que moviera el culo. Era demasiado consciente de que estaba encima de Cassiel, e incluso si no hubiera estado familiarizada con los relieves de su cuerpo, la experiencia la habría impactado.

Él no había osado moverse, con toda probabilidad para no ofenderla, pero ella no terminaba de encontrar la pose adecuada estando aplastada contra Cassiel.

En el proceso de acomodarse había producido una fricción indeseada pero totalmente deseable a la vez que había desembocado en lo inevitable: una erección que ahora se apretaba contra su vientre.

—Disculpa —murmuró él—. Esto es muy maleducado por mi parte, pero no puedo controlarlo.

—Lo sé. En ese aspecto, la diosa os hizo iguales a los magnánimos y a los mortales. Está claro que le encantaba hacer sufrir a sus criaturas.

—Es incómodo, pero no diría que me hace sufrir. Voy a prender una luz.

Con dificultad, porque su cuerpo a duras penas cabía en un sarcófago tan estrecho —y, aun así, amplio para tratarse de una tumba romana—, Cassiel levantó una mano con el dedo índice apuntando hacia arriba. Al instante, un leve fulgor dorado permitió a Li Zhen contemplar sus labios entreabiertos, su expresión anhelante.

Estuvo a punto de rogarle que la apagara otra vez para no poner en evidencia su débil fascinación por él.

—Sobre lo de antes... —retomó Cassiel con un murmullo. Si no podían oírlos, significaba que podían expresarse a viva voz, pero los dos habían acordado tácitamente hablar de según qué intimidades como se contaban los secretos—. Es cierto que trato de ser más prudente contigo. Es porque tengo unos... asuntos personales que resolver. Hay... cosas que aún no comprendo, pero que podrían... perjudicarnos, y me... No me perdonaría equivocarme.

Li Zhen esbozó una sonrisa desinflada que le dejó un amargo sabor de boca.

—¿No te han dicho Dagon o Valois que también es propio de los hombres poner excusas sin sentido a la hora de dejar a alguien? Por si te interesa, una de las más habituales es: «Tengo que trabajar en mí mismo» o «No estoy listo para una relación».

—No es eso.

—Es halagador que pretendas proteger mis sentimientos —continuó ella—, pero llevo largo tiempo en este mundo. He aprendido a encajar un rechazo con deportividad, créeme.

Respingó al sentir las manos masculinas trepando por la parte trasera de sus muslos, escalando la colina de sus nalgas y posándolas al fin, abiertas para cubrir el mayor espacio posible, en su baja espalda. Li Zhen entreabrió los labios para dejar escapar un jadeo, y Cassiel aprovechó el momento para encajar los suyos y besarla con una suavidad que le puso el vello de punta.

—Si llevas un tiempo en este mundo, ¿por qué no has aprendido todavía que las cosas no son blancas o negras? —replicó él contra su boca—. Si llevas un tiempo en este mundo, ¿por qué no eres capaz de reconocer a un hombre que se muere por ti? ¿No le has dado a nadie en más de mil años el beneficio de la duda?

Li Zhen se ablandó con la dulzura de sus palabras, y que Cassiel la estrechara contra su cuerpo para sentirla más cerca no la ayudó a mantener la pose. Se relajó sobre su torso, sobre todo él, con la cabeza convertida en un caos de preguntas cuya respuesta en realidad no era tan importante como hallarse envuelta entre sus brazos.

—Sí he dado el beneficio de la duda en más de mil años —musitó —, pero no le he dado a nadie la oportunidad de conquistarme o de verme vulnerable, ni me he permitido a mí misma desarrollar afecto por alguien. Y no lo haré jamás; al menos, no si estoy destinada a perder a ese alguien a manos de una misión institucional más grande que ninguno de los dos.

Cassiel dejó correr un silencio necesario tras su confesión, pero no detuvo las caricias de sus labios, que instintivamente encontraban los puntos que querían besar: la comisura, la barbilla, el arco de Cupido.

—No hay nada más grande que esto —susurró él, presionando sus nalgas con las yemas de los dedos.

—¿Estás diciendo que tengo el culo enorme?

—Creo que sí —admitió.

Li Zhen se rio, pero sus carcajadas salieron entrecortadas.

—No me lo voy a tomar ni como un insulto ni como un cumplido. No pierdo de vista que no tienes con qué compararlo.

—No me hace falta.

—Con la curiosidad que sientes por todo, ¿no te gustaría ir por ahí tocando culos, hablando mal y pronto? Los mortales no están ni la mitad de desatados que tú y se acostarían con todo el censo femenino por el gusto de probar experiencias nuevas.

—El censo femenino no huele a pachuli, ámbar y maderas preciosas como tú. El censo femenino no sabe *Shaolin* kung-fu, ni tiene una melena como una caricia de organdí, ni se conmueve cuando le hablo de esta manera.

—Prueba a hacerlo, prueba a hablarles así, y verás que la reacción no es exclusiva de mí. Hasta te dirán lo que te digo yo: que estás hecho un poeta trasnochado y que deberías actualizar tus halagos.

—¿Debo? —la cuestionó él con ternura. Hundió los dedos en su pelo—. Yo creo que no. La que quiero que sea mi mujer tiene más de mil trescientos años. Diría que mis adulaciones antediluvianas están justificadas y hasta vienen como anillo al dedo.

Li Zhen no pudo seguir discutiéndole porque ni siquiera podía entender cómo había logrado resistirse a tanta dulzura.

No eran Arslan y su lamentable inexperiencia amorosa lo que la habían estado frenando a la hora de entregarse a él, entendió. Era la certeza de que su paso por la Tierra sería breve, y de que no podría soportar una experiencia intensa que tuviera los días contados.

Ya había vivido eso una vez y superarlo le había costado lo equivalente a una eternidad.

Pero ni esto ni encontrarse en plena operación evitó que respondiera al beso que inició él para ratificar su declaración.

Preguntaba que si no era capaz de reconocer a un hombre que se moría por ella. Era capaz, por supuesto. De lo que no era capaz era de no sentir miedo, y ese miedo sí provenía de la veteranía.

Era sabio temer lo incontrolable, sobre todo si esa pasión era mutua. Las penas, compartidas, eran menos, sí, pero el deseo correspondido era un peligro.

Lo pensó hasta que no pudo pensar más porque la lengua de Cassiel se deslizó al interior de su boca, tornando sensual un beso que al principio solo pretendía sellar un pacto. Sus manos seguían acariciándole la curvatura de las nalgas, cada vez con mayor impaciencia, espoleado por la necesidad. Ella se revolvió sobre él, rozando adrede el bulto de su pantalón. Le costó introducir la mano entre sus cuerpos, bajarle la cremallera del tejano y entrar en contacto con su miembro.

—Si no me engaña el olfato, estamos en un antiguo sarcófago —comentó el agitado Cassiel en una pausa entre besos—. ¿Romano, quizá? Puedo datar espaciotemporalmente el polvo acumulado.

—Bingo —jadeó ella contra sus labios. Arqueó la espalda cuanto se lo permitió la postura para poder deslizar la mano por su erección —. Estoy masturbándote en el interior de una tumba antigua. ¿Quieres que pare por respeto a los muertos?

—Por supuesto que no —replicó, casi indignado—. ¿Qué hay del respeto hacia los vivos? ¿Ese no importa?

Li Zhen se rio contra la sonrisa de Cassiel antes de besarlo de nuevo. Se materializaban de repente todas las ansias por fundirse con él que había estado repeliendo las últimas horas en el nombre de su orgullo herido. Un delicioso calambre le apretó en el vientre cuando él le lamió el borde interior del labio con la punta de la lengua; así le entreabrió la boca para colarse con un beso que la hizo gemir.

—*Feitian* —susurró Cassiel. Metió las manos bajo la túnica y las mallas de abajo para entrar en contacto directo con su piel—, ¿crees que es... físicamente posible... hacer el amor en estas condiciones?

El corazón le brincó en el pecho.

—¿Aquí? ¿Con Dahlia al otro lado?

—O allí y con la Sehara mirando, me da igual.

Li Zhen lanzó un jadeo admirado.

—Creo que eso ha sido blasfemo.

—Blasfemo es tenerte así de cerca y no hacer algo categórico —gruñó, agitado—. Aprecio el talento de tus manos... y el de tu boca, pero... —le interrumpió un gruñido gutural cuando Li Zhen aumentó el ritmo de la masturbación—. Quiero estar dentro de ti.

—¿Qué sabes tú sobre eso, inocentón?

—Lo mismo que el hombre que hizo el amor por primera vez: que no conoce la mecánica, que no está seguro siquiera de que sea posible lo que tiene en mente, pero que, si no lo hace, se morirá.

—¿No me enseñarías otros lugares menos... tétricos de la casa? —oyeron que decía Dahlia al otro lado de la bruma pasional.

—¿Como, por ejemplo?

—El dormitorio.

—Esa es una muy buena propuesta. —Sintió la sonrisa en la respuesta del señor Sun—. Saldré detrás de usted..., señorita.

Li Zhen aún estaba jadeando por los besos compartidos y la declaración de Cassiel cuando la puerta del sótano se cerró.

Un prolongado pitido advirtió de la activación de la alarma.

—¿Nos vamos a separar ya? —adivinó él, apenado.

—Bueno, tenemos que... actuar lo antes posible. ¿Y si Dahlia no se quiere acostar con él? ¿Vamos a condenarla a hacerlo entreteniéndonos con algo que podemos continuar en el Airbnb?

—Es verdad —se lamentó Cassiel, y más que lo hizo cuando ella sacó la mano de su pantalón—. A veces me gustaría que el destino del mundo no dependiera de mí; poder quedarme haciéndole virguerías a mi chica en el interior de un sarcófago romano si es lo que me apetece, ¿sabes?

Li Zhen se rio con amargura.

Sabía perfectamente a qué se refería.

Tragó saliva, temblando por el intercambio de caricias, y se incorporó para correr muy despacio la tapa de la tumba monumental. Vigiló que la debilidad generalizada no le jugaba una mala pasada torciéndole un tobillo al volver a poner los pies en tierra, y lanzó una mirada retadora al *jian*, que seguía irguiéndose, bello y letal, en la pared dominante.

Cassiel se quedó de pie a su lado.

—Indícame cuál es.

Li Zhen lo cogió de la mano y lo guio hacia el fondo. Todavía sujetándolo, le alargó el brazo hasta que tocó con los dedos la superficie afilada del arma.

Cassiel asintió de forma imperceptible y murmuró unas palabras en el idioma rúnico que parecieron hipnotizarla a ella también.

—¿Qué es lo que has hecho? —preguntó en voz baja.

—No se puede anular la energía oscura de la que se ha estado alimentando el arma durante siglos —le explicó con una leve sonrisa. Li Zhen sintió que se henchía de orgullo contemplando sus labios, unos labios que había hecho suyos, que probablemente nunca serían de nadie más—, porque es lo que la define. Pero sí puedo... ¿cómo lo diría? Revestirla —se le ocurrió—. Sí, revestirla de otro tipo de energía más amable que nos permita sujetarla sin hacernos daño. Asumo que, al ser un objeto maldito, únicamente pueden tocarlo los grimorianos, los mortales y los penitentes... Solo que tú, aunque seas penitente, también eres *anandha* y podría herirte —dedujo.

—Ajá.

—Prueba ahora.

Li Zhen obedeció poniéndose de puntillas.

En lugar de retirarlo de su soporte sujetándolo con las dos manos por la base, rodeó la empuñadura con la diestra y lo extrajo como Gan Jiang debió levantar la espada que forjó con el sacrificio de su esposa.

Se le escapó una sonrisa orgullosa y quizá demasiado complacida para tratarse de un arma tan peligrosa. Pero ¿cómo no regocijarse? Había sobrevivido a tanta sangre, a tanta maldad, a tantos siglos como ella misma. Ambas habían sido usadas como herramientas de guerra para causar estragos en civilizaciones enteras.

Había quien decía que sentirse en sintonía con un objeto era una frivolidad, pero aquellos que lo clamaban nunca habían dependido de una espada para proteger su vida o la de un ser amado.

—Ahora tenemos que encontrar el modo de destruirla —señaló Cassiel en tono contrito, como si se apiadara de sus sentimientos.

Li Zhen era consciente de que solo haciéndola desaparecer acabarían no solo con la posibilidad de que los grimorianos efectuaran el ritual de invocación, sino de que volviera a ser sustraída con fines perversos. Tal vez a eso se debía su repentina melancolía; a que el *jian* estaba condenado a muerte.

—Muy bien —se resignó a aceptar—. Salgamos de aquí.

Cassiel le envolvió la cintura con un brazo y la atrajo hacia sí para ceñirla a su costado. Ella, aun sonrojada, fue a quejarse insistiendo en que no era el lugar ni el momento de ponerse cariñosos, pero en un abrir y cerrar de ojos descubriría el porqué del abrazo. Un momento estaba en el sótano de Sun Yuze y, al siguiente, se hallaba de pie a las puertas del edificio del Airbnb, arropada aún por sus cálidas manos.

Era lo único que la protegía de la baja temperatura exterior.

El silencio solemne de las armas había sido sustituido por el ruido de los vehículos que circulaban por la carretera, de los platos y

cubiertos de un restaurante cercano, de la música *techno* que un vecino había puesto a todo trapo.

Solo el cielo estrellado cubría sus cabezas.

En cuanto Li Zhen recuperó su forma física tras el veloz viaje en el espacio, miró a un lado y al otro con comprensible extrañeza antes de fijarse en el rostro sereno de Cassiel.

—¿Sabes materializarte y desmaterializarte? —jadeó, perpleja.

Él pestañeó como si le hubiera hablado en arameo.

—Pues claro. Eso ni siquiera es un truco de magia. Es algo que nací sabiendo hacer.

—¿Y no se te ha ocurrido usar el truco para infiltrarnos directamente donde estaba el *jian,* sin dedicar un día entero a hacer investigaciones?

—No funciona así. He de conocer el lugar al que me dirijo para poder materializarme allí.

—¡Aun así! —siguió protestando.

—¿Por qué no lo has hecho tú?

—Porque en algunos aspectos se impone mi condición de *anandha*, y uno de ellos es no poder desmaterializarme. ¡Cassiel, en serio! ¡Podríamos haber venido hasta aquí cuando ha llegado Sun Yuze en lugar de escondernos en la tumba de un romano!

—Pero entonces no te habría besado.

La naturalidad con la que se libró de los cargos dejó perpleja a Li Zhen, que durante unos instantes se debatió entre la regañina y la carcajada. Acabó riéndose sin otro remedio, escandalizada por el descaro de aquel hombre. La sensación no hizo sino ir a más cuando Cassiel, atraído por el sonido, se inclinó sobre ella e intuitivamente pegó los labios a la arruga que se formaba en su mejilla al sonreír, a la comisura estirada de la boca, a la hilera de dientes nacarados que se insinuaban.

—¿Qué haces? —La extrañeza no impidió que siguiera riéndose, sin embargo; las cosquillas insistieron en arañarle el vientre cuando

Cassiel no solo no se apartó, sino que continuó explorando los cambios anatómicos que producía un arrebato de alegría—. Cassiel...

—Quiero saber cómo es tu cara cuando te ríes.

—¿Y por qué no me tocas con las manos?

—Porque no es tan divertido.

Li Zhen se rio aún más y le echó las manos al cuello, procurando mantener una postura que le impidiera familiarizarse con la vertiente arrasada de su rostro. No tuvo que hacer quiebros elaborados; en todo ese tiempo, había logrado educarlo para que no mostrara curiosidad por la parte cicatrizada. Pero si bien tenía presente sus defectos físicos y todavía no se los perdonaba, no se atacó con ellos ni conspiró para arruinar la escena con su inseguridad.

Se deleitó con la ternura de Cassiel, que siguió insistiendo en aplastar su mejilla contra la de ella.

—Eres un auténtico imbécil.

—Ahora es una de esas veces que me insultas, pero en realidad me estás diciendo algo bonito, ¿verdad?

—¿Quién te ha contado ese secreto sobre la mujer?

—Tú. Es que resulta que sé leer los subtonos de la voz, ¿sabes?

—Ya era hora que supieras hacer algo sin que te lo chivaran los demás.

Li Zhen pensó que se habría quedado encerrada en ese abrazo para siempre, una conclusión vertiginosa para una criatura de su condición, que comprendía mejor que los humanos, los inventores de la palabra, lo que implicaba un «siempre».

Pero no estaba exagerando, y no era una sensación supeditada a un instante de vulnerabilidad ni sustentada en lo irracional. Debería haber previsto que una criatura mágica, con unas manos mágicas, con un interior mágico, podría emplear su misteriosa pero efectiva brujería para someter a una mujer no tan fuerte como ella. Tan eficaz había sido el conjuro empleado contra Li Zhen que un persuasivo burbujeo interior estuvo a punto de convencerla de decirle en un impulso cuánto lo adoraba, porque esa era la palabra.

Lo adoraba.

Lo había adorado metiendo la mano en el cajón de su ropa interior como un ladronzuelo de poca monta, a duras penas controlando la sonrisa pilla, y lo había adorado bendiciendo la lluvia en plena carretera, ajeno al claxon y a la impaciencia de un mundo que no estaba preparado para él, y lo había adorado dejando a Alastor con un palmo de narices, en la única compañía de sus advertencias, para meterse en la ducha con ella porque había oído que lo llamaba.

Qué fácil era para Cassiel.

Si lo llamaban, iba.

Así de fácil debería ser para el resto del mundo, pensó Li Zhen. Y en el hecho de que quisiera que todo el mundo se inspirara en él, que todo el mundo lo conociera para aprender lo que ella estaba aprendiendo, que todo el mundo se pareciera a él porque así serían más virtuosos y felices, solo ratificó su sincera veneración.

«No tengo que proclamarlo a los cuatro vientos, ¿verdad?», le habría dicho. «Ya lo estás leyendo tú. Ya lo has descifrado con tu empatía, tal vez incluso antes que yo misma. Te adoro, y adorarte es lo más bonito que tengo y he tenido nunca».

Pero no dijo nada, porque no hacía ninguna falta, y le devolvió los besos con una legendaria espada en una mano y la cálida mejilla de una criatura aún más legendaria en la otra. No porque fuera el Iluminado, el elegido, el Dorado, ni porque fuese a convertirse en el magnificente, sino porque había logrado lo imposible: romper la maldición de soledad de la Generala de Todas las Armas.

Capítulo XXI

«Me da pena dejarla.
¡Qué desolador es decir y oír
las palabras de adiós!»
Pensamientos otoñales
ZHOU BANGYAN

NO SE HABÍA REGISTRADO aún en la *Sagrada Crónica* que un hechicero, magnánimo o mortal hubiera logrado destruir un objeto maldito. Esa no era excusa para no intentarlo, sin embargo, pero no sin la ayuda de quienes ostentaban un poder capaz de rivalizar con la energía grimoriana.

Con motivo de la urgencia por deshacerse tanto del *jian* como del cáliz, el ascenso de Cassiel al Autem se había adelantado. Confiaba en regresar a la Tierra tan pronto como ratificaran que, en efecto, el método de actuación habría de consistir en esconder los elementos donde los esbirros nunca pudieran encontrarlos.

Contaba, además, con el alivio de no presentarse solo ante los suyos, algo que sospechaba que le habría valido una reunión en privado con los miembros de la Orden para recibir acusaciones de toda clase.

Li Zhen, única responsable de las armas, acudía en calidad de informante sobre el estado y la historia de las mismas.

En paralelo, Dagon y Evrani se habían adelantado el día anterior para poner patas arriba las bibliotecas del Autem, pero al menos el segundo detendría su actividad para prestar su mano al conjuro en caso de ser necesario.

Al materializarse en el corazón del que era o había sido su hogar, Cassiel se sorprendió por lo ajeno que le resultó. Allí reinaba un silencio ensordecedor que ahora comprendía que podría haber vuelto loco a un ser humano. Y es que quien se atreviera a transgredir la ley tácita de preservar la calma, sería castigado con el aislamiento. Eso bien lo sabía él, que no lo había vivido en sus

carnes, pero sí había visto de niño y atestiguado de adulto los devastadores efectos que temporadas más o menos largas de encierro tenían en Alastor.

Antaño había aceptado condiciones infrahumanas como aquella con resignación, persuadido por las justificaciones de los sacerdotes: «Nosotros no somos mortales, sino criaturas elevadas. Lo que se entiende por "condición infrahumana" es, en nuestro caso, lo que nos viene dado naturalmente».

Ya no estaba tan seguro.

Cassiel se condujo en el obligado silencio por los pasillos del templo. Aunque el *jian* de Liu Song era un arma ceremonial y en su tiempo se llevaba cruzada al cinto, Li Zhen caminaba a su lado con la espada envainada verticalmente a la espalda, igual que la *katana* de un samurái. Era a quien le correspondía cargarlo por su condición de penitente. Solo se oía el sonido de sus pasos firmes, los del soldado que siempre había sido, y el tintineo del metal, un ruido lo bastante molesto para que algún sacerdote ceñudo interrumpiera su oración para reprocharles su indecencia.

Era improbable que Li Zhen hubiera puesto antes un pie en las entrañas del templo de la Orden, al que solo tenían acceso sus feligreses, hechiceros y doncellas, y a quienes, como en su caso puntual, se les concediera un permiso.

—¿Qué te está pareciendo el Autem esta vez? —le preguntó con suavidad, confiando en que le perdonarían la osadía de perturbar la paz por tratarse de un caso excepcional—. Por lo que intuyo, no has apartado la vista del frente en todo el recorrido. ¿No sientes curiosidad?

—El palacio de los emperadores de mi época era más impresionante.

Cuando la guerrera le fue presentada, a Cassiel le había chocado su desahogo al hablar de cuestiones para él vitales, pero, aun escandalizado por sus opiniones, siempre había encontrado refrescante que no le temiera a la blasfemia.

Engrandecer la arquitectura humana sobre la magnanimidad de un templo dedicado a la Sehara era, al final, muy propio de los magnánimos que habían tenido demasiado contacto con el mundo terrenal.

—Y no he mirado a otro lado por si una distracción me costara que te perdieras o te tropezaras —apostilló ella con sentido del humor.

Cassiel se rio y se reclinó lateralmente en su dirección para entrelazar los dedos con los suyos.

Se emocionó como un niño cuando Li Zhen no se quejó.

Todavía no terminaba de acostumbrarse a la reciprocidad de los afectos, un milagro en el que nunca había creído del todo.

—Conozco estos corredores como las líneas de mi mano. A ver si la que se pierde eres tú, *feitian*.

—¿Por qué me llamas así? ¿Sabes acaso lo que significa...? Oh, ¡claro que lo sabes! Por alguna razón que no sé si quiero averiguar, eres un friki de curiosidades chinas.

—No solo de curiosidades. Hablo chino mandarín a la perfección y sus costumbres no me son ajenas. Y no lo reduzcas a China: lo sé todo sobre la mayor parte de Asia Oriental.

—Me da repelús cuando te pones en ese plan. Menos mal que eres adorable, o te tomaría por uno de esos fetichistas occidentales que han consumido tantos *manhwas* y *hentais* que harían lo que fuera por una novia con los ojos rasgados y faldita de colegiala.

—Es que haría lo que fuera por mi novia con los ojos rasgados —le confirmó él, soñador. Le robó un beso en la raíz del pelo—. Lo de la faldita de colegiala es secundario. A mí me gusta ya con sus vaqueros bajos de cintura.

Notó unas suaves ondas de calor un palmo por debajo de él y sonrió, orgulloso de haberla ruborizado.

—¿Cómo sabes tú que mis vaqueros son bajos de cintura?

—Yo lo sé todo sobre tus vaqueros. Y sobre tus pantalones bombachos de luchadora de *krav magá*, los que te pones bajo la

túnica. Y sobre tus mallas...

—No has respondido a mi pregunta inicial —le recordó con aspereza, como siempre que se molestaba consigo misma por no ser inmune a toda vanidad. Se estaba recreando tanto como él en el cumplido.

—¿Sabes? Tienes suerte de que no me ofenda que reacciones mal a mis halagos y acercamientos —dejó caer con la sonrisita intacta—; de que tú y yo seamos tan parecidos que no me quede otro remedio que entenderte. Por suerte o por desgracia, sé lo que es pasar tanto tiempo aislado que te cuesta aceptar el calor humano.

—A ti lo único que te ha costado aceptar desde que pusiste un pie en la Tierra es que yo necesite espacio personal —le reprochó con retintín, pero sus mejillas seguían sonrojadas y, mientras eso fuera así, Cassiel no podría tomarse nada a pecho.

Se rio, porque no le faltaba razón, y le pasó un brazo cariñoso por la cintura para atraerla hacia sí. Li Zhen dejó los brazos laxos para hacerlo posible, lo que en su idioma de réplicas feroces y músculos permanentemente tensos significaba claudicación. Incluso entrega.

Había algo en extremo halagador en el hecho de que una mujer que no regalaba sus sonrisas ni su compañía le hubiera escogido a él para mostrarse como lo que siempre había estado destinada a ser: el objeto de una devoción incondicional.

No le importó presentarse así en el salón de actos, llevando a Li Zhen agarrada como tenía entendido que se agarraban los amantes universitarios tras un par de copas. Si apartó las manos de ella no fue por respeto a los presentes, sino porque un síntoma de malestar agudo le atenazó el pecho; la misma punzada que le advertía de que un peligro estaba al acecho.

En la Tierra había desarrollado el conocido instinto de supervivencia, algo que no habría podido aprender estando protegido entre las cuatro paredes de sus aposentos. Y su instinto de supervivencia le estaba rogando que diera media vuelta, que no siguiera avanzando.

Tal era la obstinación de ese sabio apéndice que, para convencerlo de obedecer, llegó a bombardearlo con imágenes explícitas que había relegado al extravío de la memoria: las del momento en que cerró los ojos para siempre, las de los días que pasó conteniendo el llanto para que no lo oyeran los sacerdotes arremolinados junto a las puertas selladas; las de las noches que se despertó sin poder separar los párpados por culpa de una lámina grumosa de legañas color escarlata. Había sangrado durante el descanso y, según descubrió entonces, la sangre seca era peor que el pegamento.

—Cassiel —oyó que lo llamaba la Sehara—. Bienvenido.

Se le formó un nudo en la garganta.

El saludo había sido tan escueto y formal como de costumbre. Era el tono grave el que le había chirriado.

Sabía que la hechicera estaría decepcionada con él tras conocer el relato de su idilio de la boca de su hijo, pero le dolió sentir en las propias carnes la distancia entre los dos.

Ni siquiera se había girado del todo en su dirección, y no quedaba en su voz ni el recuerdo de la antigua simpatía. Aunque ¿esa simpatía era tal? Ahora que había conocido los distintos tipos de camaradería gracias al despendolado Dagon, a la tierna Dahlia, al gentil Valois, se preguntaba si lo que había tomado por amor maternal no era en realidad algo muy distinto.

Cassiel le devolvió el saludo de acuerdo al procedimiento habitual. Se agachó en un ángulo de cuarenta y cinco grados, en sumo silencio, y esperó a que ella lo invitara a avanzar.

Reconocía el tenue aroma corporal del sacerdote Primero. Gamaliel, el más antiguo de los albos que aún se tenían en pie, lo observaba con la clase de juicio que podía sentirse como un finísimo estilete perforando la piel. Junto a los tres manipuladores de la magia de mayor rango, se hallaba Evrani, quien por sus estudios seharianos en La Sociedad y, a posteriori, en la Orden, gozaba asimismo de un estatus lo bastante eminente para tomar parte en la destrucción del *jian*.

Alastor se mantenía en el segundo plano que le correspondía, manos entrelazadas sobre el regazo y mirada gacha. No sabía si odiaba su rol de fiel sirviente; lo que de seguro detestaba era parecerlo.

Su instinto le insistió en que estaba rodeado de enemigos hasta que la presencia más vibrante de todas se impuso con la inevitabilidad de la física y la química básicas, como en todos los casos el aceite se superponía al agua.

La suya era una energía no especialmente intensa y ni mucho menos amenazadora, pero sí única. Fluctuaba sin someterse a nada, era ingobernable, y ni se creaba ni se destruía; se iba modificando de acuerdo a las necesidades que le iban surgiendo. Brotaba y discurría como el arroyo de una montaña, y de alguna manera se adueñaba de la atmósfera de la habitación envolviendo en su sólido abrazo a todos los que allí estuvieran.

Y es que su abrazo no podía ser más candoroso. Llenaba de paz los corazones y, a la vez, paralizaba todo proceso cognitivo que pudiera desembocar en una conclusión dolorosa.

Era una suerte que la esencia de El Magnánimo en persona no solo no impresionara ni asustara pese a su innegable superioridad, sino que invitara a la calma. Si hubiese proyectado su infinito poder desde la rabia, podría haberlos estrangulado y matado de miedo sin levantar un solo dedo.

Ahí donde los presentes habían ignorado la presencia de Li Zhen, El Magnánimo abandonó su lugar en el espacio para dirigirse a ella con las manos abiertas en una señal de bienvenida.

Cassiel sintió que se le deshacía el nudo del estómago al percibir el roce entre los dedos de la guerrera y el dios.

—La Generala de Todas las Armas —la saludó con una nota de orgullo en la voz, de una serenidad conmovedora—. Es un honor conocerte por fin. Te agradezco que te unieras a El Quinto Arcano para colaborar en esta misión. Confío en que te cobrarás el favor que Valois te prometió a su debido tiempo y de acuerdo al mejor de los criterios.

—El honor es... es... es mío —balbuceó Li Zhen.

Estaba comprensiblemente anonadada por la familiaridad con la que El Magnánimo se comportaba. Abandonó El Cuarto Clan tras El Tercer Final con lo que eso conllevó: no llegar a tratar al sucesor de la diosa original.

—Tengo entendido que eso que traes contigo es el *jian* de Liu Song. Evrani ha tenido la bondad de traernos el cáliz de Jiajing.

—¿Se ha encontrado en los textos sagrados del Autem alguna referencia al ritual que mencionó Chen Tuan? —preguntó la guerrera.

—El Quinto Arcano sigue trabajando en ello —la tranquilizó El Magnánimo. Volvió a rodear la mesa de mármol central, por cuyo hermoso veteado Cassiel había pasado los dedos.

Fue a ocupar su sitio, que, para sorpresa de muchos y espanto de otros, nunca había sido el que presidía la mesa ni el altar de piedra donde habrían de depositar los objetos. Al igual que lo hacía su energía, el dios se movía sin comprometerse con nada ni con nadie.

Con un trono de diamantes, menos todavía.

—Por ahora no se ha hallado ningún dato revelador —prosiguió en tanto que se movía con cierta pesadez. Parecía continuamente cansado, como si sufriera una herida aparatosa—. Albergo la sospecha de que se trata de un ritual nuevo que sus esbirros están improvisando con sus vagos conocimientos de la magia.

—Tiene sentido —convino Cassiel—. No deja de ser la primera vez que el Gran Grimorio desaparece. Antes no se veían en la necesidad de atraerlo, y, por tanto, no se habrían molestado en idear un conjuro para tal caso.

—No descartaría, aun así, que se traigan entre manos otra clase de objetivo. Pero vayamos poco a poco. Lo primero es destruir las condiciones materiales del ritual. —El Magnánimo apoyó las dos palmas de las manos sobre el altar de piedra, al que se adhirieron sus huellas dactilares—. Es cierto que la Sehara nunca ha podido sola con determinados objetos y presencias grimorianas, pero no

quiere decir que con la colaboración de otras fuerzas no podamos desintegrarlas.

—¿Participaréis vos en el hechizo? —inquirió Li Zhen.

El Magnánimo emitió una suave risa, fresca como el aire húmedo de la mañana.

—Por favor, tutéame. No hay necesidad de entretener tratamientos anticuados. Y me temo que yo no hago magia, o no con exactitud, pero esta tarea exigía mi supervisión. Dejo lo demás en las eficientes manos de nuestra hechicera, que es la que estableció y por eso mismo entiende la idiosincrasia sehariana.

A la vez descansó una mano cariñosa en el hombro de la Sehara, que no reaccionó al contacto.

El dios creía en el reparto equitativo y la delegación de distintas tareas a quienes podían resolverlas con mayor eficiencia. Con este pensamiento había logrado que un sistema desfasado como el que La Magna dejó tras de sí hubiera vuelto a funcionar: cediéndole la responsabilidad de la raza seráfica a los seráficos, la responsabilidad de los sacerdotes a los sacerdotes, y así sucesivamente.

Basaba su forma de gobierno en la convicción de que nadie entendía las necesidades y la historia de la Orden como sus propios miembros, y que le asparan si iba a creerse más resolutivo que ellos mismos habiendo ocupado la difícil posición de la diosa tan solo veinte años humanos atrás.

Si no fuera modesto y no pretendiera demostrar su entera confianza en las criaturas otorgándoles el poder de decisión, si hubiera preferido el absolutismo como forma de gobierno, las cosas habrían fluido de maravilla de todos modos. El Magnánimo era un pozo de sabiduría infinita. Se pasaba el día leyendo y atendiendo a las cuitas ajenas, prestando el oído a las leyendas de los sabios; todo aquello que quisieran contarle para afilar su ingenio y ponerlo a posteriori al servicio de quienes en realidad eran sus súbditos.

Estaría tan informado sobre las preocupaciones del linaje de los albos como ellos mismos.

—Por favor, Li Zhen —intervino la Sehara, tomándole la palabra a El Magnánimo—. Deposita la espada recta sobre el altar.

La aludida obedeció con el aliento contenido, lamentándose para sus adentros por el destino que correría una pieza tan valiosa. No lo habían hablado porque con toda seguridad ella temería que pensasen que estaba en contra de la prevención del ritual, pero Cassiel había entendido por qué se sentía en sintonía con el arma. Li Zhen había demostrado ser una amante de la historia y de la preservación de los bienes. Quizá en otra vida habría sido la conservadora de un museo.

Quizá en otra vida él hubiera estado a su lado ayudándola.

El deber le instó a vaciar la mente de pensamientos. Siguiendo las directrices de la hechicera, situó la mano con los dedos extendidos a una altura de medio metro del *jian*.

Lo mismo hicieron la Sehara, Primero, Gamaliel y Evrani, en ese orden.

Cassiel cerraba el círculo.

Todos ellos habían sido educados para conocer de cabo a rabo el Libro de la Sehara, la colección más antigua y completa de conjuros que existía y había existido. Antaño había estado abierto a modificaciones, llegando a convertirse en una especie de juego interactivo al que cualquiera que conociera la magia estaba invitado a participar. Con el paso del tiempo, sin embargo, la Sehara se fue encerrando más y más en sí misma, en su poder único, y aunque el Libro seguía sujeto al constante cambio, solo ella tenía derecho a borrar o añadir oraciones rúnicas.

Una de las más poderosas era la que invocaba el poder de La Magna, el que se entendía que podía revertir cualquier maldición grimoriana. Era el primer hechizo del que se hablaba cuando se empezaba a estudiar Taumaturgia y el último que se aprendía debido a su dificultad.

Como si se hubieran puesto de acuerdo, los cinco —la creadora, el futuro magnificente, los dos maestros y el brillante aprendiz—

cerraron los ojos a la vez y pronunciaron en voz baja el conjuro que habría de quebrar el *jian* o, por lo menos, liberarlo de su condena.

Cassiel sintió contra la palma el vapor ardiente que desprendió la hoja. Oyó la vibración del metal sobre la piedra, como si se estuviera retorciendo de dolor. Apretó aún más los ojos y se concentró en visualizar el interior del arma, los rostros de los inocentes cuyas vidas había arrebatado, la mirada de rabia de los asesinos que la blandieron. No solo tenía que destruir su forma física, sino la historia que había detrás; acabar, en definitiva, con la tradición de violencia que la había convertido en un objeto letal.

Primero saltó una chispa, luego dos, luego una colección, y así hasta que un fuego caótico que se proyectó hasta el techo empezó a devorar el arma desde la punta hasta la empuñadura. La llamarada impediría atisbar el resultado a quienes tuvieran ojos para contemplar el espectáculo, pero él podía percibir a un nivel interno que no estaba funcionando.

Y así lo anunció.

Se pasó el antebrazo por la frente para secarse el sudor y unió la segunda mano al conjuro como refuerzo.

Tampoco sirvió de nada.

La Sehara alzó la voz en su recital de palabras y el *jian* la imitó elevándose sobre sus cabezas. Estaba añadiendo florituras de su cosecha para doblarlo en dos o partirlo por la mitad en lugar de quemarlo, pero el metal no solo se resistía a ella, sino que luchaba de vuelta.

Se defendió de todos empezando a girar en el aire como una hélice, lanzando chispas de fuego que impactaron en el blanco perfecto: una de ellas aterrizó en la túnica de Primero, que se apresuró a retroceder entre balbuceos y se sacudió la llama con las propias manos. La avanzada edad no perdonó a Gamaliel, que fue el segundo en apartarse con las palmas sobre las rodillas y una respiración de estertor.

Estaba tan cansado por el esfuerzo que el sudor se le metía en los ojos ciegos.

Cassiel, la hechicera y Evrani aún insistieron unos minutos más hasta que la espada, harta ya de jugar con la paciencia de sus enemigos, cobró vida propia y se lanzó con todas sus fuerzas hacia la Sehara, como si su intención fuera atravesarla de parte a parte desde la coronilla. El Iluminado lo impidió deteniendo el conjuro e improvisando velozmente un campo de fuerza que repeliera el ataque. Fue esto lo que le salvó la vida, pero no a ella, sino a Alastor, que fue el que se adelantó a la velocidad del rayo para interponerse en su trayectoria hacia la hechicera.

Pudo sentir el pasmo generalizado ante el sacrificio del valet.

Dentro y fuera de la Orden circulaba el triste relato de la lamentable relación madre e hijo, pero a Cassiel no le extrañó un ápice que, al final, tratara de protegerla. Estaba al tanto de que lo que había entre los dos era más complejo que una rabieta adolescente extendida a la veintena, si bien nunca había sabido qué había detrás.

—Primero, Gamaliel, Evrani —los llamó la Sehara—. Podéis retiraros a descansar. Lo intentaremos otra vez más tarde —determinó al cabo de un rato de tensión.

Alastor ni siquiera esperó a que El Magnánimo hubiera cerrado las puertas tras él, acompañando al sacerdote, el albo y la criatura en señal de camaradería, para hacerle una justa recriminación a su madre.

—¿Has perdido el juicio, o qué? —le espetó—. ¡Todo el mundo sabe que no se puede destruir un objeto maldito, joder! ¡Si se pudiera, la espada de los cojones llevaría siglos siendo un rastro de polvo bajo la alfombra de un restaurante chino!

—Las cosas son imposibles hasta que dejan de serlo —atajó ella sin alterarse—. Como seguro que no van a dejar de serlo es rindiéndonos antes de tiempo. Aún hay decenas de hechizos en el Libro que pueden emplearse.

—Ninguno tan efectivo como el que habéis intentado entre cinco. ¡Cinco! ¡Y tú lo sabes!

—Contamos como cuatro —le corrigió la hechicera—. Las innatas capacidades del Iluminado se han visto significativamente mermadas desde su descenso a la Tierra. Estoy convencida de que una vez cumpla los dos rituales previos a la ceremonia de nombramiento y sea investido magnificente, no se nos resistirá ni la espada, ni el cáliz. Claro que, para eso —continuó, girándose hacia un petrificado Cassiel. Sintió metérsele bajo la piel la podredumbre de la decepción de la hechicera, su rechazo—, tendrá que darse por concluida su misión con El Quinto Arcano. Habrá de quedarse con nosotros desde hoy para acelerar el proceso y que nos ayude a estudiar la destrucción de los objetos.

—Pero aún no hemos terminado —terció Li Zhen antes de que el propio Cassiel pudiera poner en orden sus pensamientos y sentimientos, no tan sorprendido por el giro como solo dolido—. Todavía debemos descubrir quién está reuniendo las condiciones necesarias para celebrar el ritual, y...

—Eso es asunto de El Quinto Arcano —interrumpió la Sehara sin disimular su desdén—. El futuro magnificente no tiene por qué perder el tiempo con batallitas a pie de campo. Su don está desperdiciado en la Subrealidad. Incluso sacrificado en vano. Es aquí donde se le requiere, poniendo su sabiduría y su experiencia mágica a nuestro servicio.

—¿Y para qué ha bajado, entonces? —se atrevió a contraatacar la guerrera.

—Para cumplir con la tercera condición del nombramiento, que en este caso se ha revelado como recoger los objetos malditos y estudiar cómo destruirlos. Ahora debe retomar sus obligaciones como Iluminado: terminar de configurar el hechizo que han de crear de cero todos los magnificentes y yacer con la seráfica que se le indique para garantizar la perpetuación de la estirpe.

Cassiel cerró los ojos, como si así pudiera evitar atestiguar la conmoción de Li Zhen.

«Maldita sea. No debería haberse enterado así».

—¿Cómo has dicho? —jadeó ella al cabo de un tenso segundo.

—Asumo que el Iluminado y tú no habéis tenido contacto carnal. Puedo percibirlo. Es un consuelo que no haya sido irresponsable hasta ese punto —prosiguió la Sehara en tono severo, erguida con las manos entrelazadas en el regazo y escondidas bajo las anchas mangas de la túnica. Era como si la estuviera viendo: esa fue la última pose que Cassiel atestiguó y que le perseguiría toda la vida, pues fue la pose con la que no hizo nada para ayudarle cuando se moría de dolor—. Veo que no te ha informado de los ocho requisitos que habría de cumplir para tomar el testigo. Ceder la vista a cambio de recibir la Visión, dedicar un número de años a la formación exhaustiva de las distintas doctrinas mágicas, aprobar una prueba experimental que demuestre estos conocimientos y jurar por los Tres Libros; renunciar a toda posesión material, descender a la Subrealidad para demostrar que estos saberes poseen una aplicación práctica mediante la colaboración con clanes de protección, reproducirse y concebir un conjuro novedoso a su nombre que facilite la vida de los seres.

»Se supone que el descenso a la Tierra abarcaría entre diez y veinte días, pero debido a su cuestionable comportamiento, que podría ponernos en peligro a todos, habrá de quedarse aquí ahora, antes de concluir el período estipulado. Tendré la benevolencia de ignorar que se ha saltado unas cuantas reglas tácitas para no interrumpir el proceso de la investidura.

—Reproducirse —repitió Li Zhen para sí misma. Lo dijo una y otra vez, como si de este modo pudiera ayudarse a asimilarlo más rápido —. Reproducirse...

—Así es, Generala. Solo nace un albo con los ojos abiertos cada eón. Si Cassiel se entregara a la luz sin haberse reproducido, este gen superior se extinguiría finalmente, y su linaje no puede consentirlo. Por supuesto, ha de concebir con una mujer elegida con meticulosidad entre las doncellas seráficas de la Orden; una con sangre pura.

Aunque recalcó esto último con voz neutra, todos allí pudieron oír con claridad lo que pretendía decirle a Li Zhen: que ella no sería la elegida bajo ningún concepto.

Su penitencia la había corrompido.

Estaba echada a perder.

Cassiel la sintió llevarse la mano al cuello, ahí donde se había formado el nudo que le impedía tragar saliva. Alargó un brazo para indicarle que estaba de su parte, un silencioso pedido para que lo escuchara y obviase la crueldad de la hechicera, pero ella pareció volver en sí misma con la iniciativa.

Reaccionó apartando su brazo violentamente.

—Me alegro muchísimo de que ya solo queden dos rituales por completar —anunció entre dientes—. Significa que es cuestión de días o de horas que tengáis a vuestro bienamado magnificente. Os dejo a lo vuestro por aquí, pues, que es de donde el elegido no debería haber salido. ¡Que os aproveche!

Las botas de cuero de Li Zhen chirriaron sobre el suelo de mármol al girar sobre los talones. Cassiel no lo pensó dos veces y fue tras ella, pero nada más dar dos pasos se topó con una pared invisible contra la que rebotó.

El choque lo envió de vuelta al sitio del que la Sehara consideraba que no tendría que haberse movido.

—Ten cuidado con lo que haces, Cassiel —le advirtió ella en un tono espectral que le puso el vello de punta—. El gesto de seguirla podría interpretarse como que has tomado una decisión.

—¿Y no se supone que ser o no ser el magnificente era una decisión? —contraatacó con los puños apretados—. Precisamente, si no existe alternativa para el puesto en el caso de que yo me niegue a continuar, es porque otros muchos han rechazado el honor antes que yo.

—¿Negarte? —repitió con una sorna burlona que le revolvió el estómago—. Es tarde para echarse atrás.

—No es tarde porque, como tú muy bien has dicho, no he cumplimentado estos últimos dos pasos. Aún no soy magnificente. Aún no os debo nada.

Cassiel levantó las manos y formuló el contrahechizo que destruiría la barrera de la Sehara.

No se quedó para oírla hacerse añicos. Reemprendió la marcha hacia la salida tan rápido como se lo permitieron las piernas, pero el miedo a no alcanzar a la guerrera a tiempo le llevó a desmaterializarse y plantarse justo delante de ella, jadeando por el subidón de adrenalina de haber contradicho a quien no debía ser rebatido jamás.

Solo unas horas después de lo acontecido se detendría a pensar sobre su comportamiento y comprendería hasta qué punto eran importantes para él Li Zhen y su libertad.

—¡Espera! —le rogó con los brazos extendidos—. No te vayas, por favor.

La oía rechinar los dientes de pura rabia.

—Ni te molestes en darme una explicación, Cassiel. Debería haber imaginado que había gato encerrado después de escuchar en la casa de Sun tus balbuceos sobre el deber y «los asuntos que tienes que resolver». ¡Y tanto que los tienes que resolver...!

—No te dije aquello refiriéndome al ritual de concepción.

—... aunque no habría estado mal que mencionaras que implicaban preñar a una mujer. ¡Preñarla! —escupió—. ¿Qué estabas haciendo conmigo, eh? ¿Probar con féminas de otra raza para luego comparar, a ver quién salía ganando? ¿Solo practicar para no decepcionar a la madre de tus hijos?

—No, por supuesto que no. No contaba con que tú y yo... con que entre nosotros... con que... llegaría a pasar algo así.

—Pero contabas con flirtear conmigo, perseguirme sin descanso y colarte en mi ducha. Y mientras hacías todo eso contabas especialmente con que tendrías que hacerle un hijo a una seráfica del templo. Por los dioses... ¡Soy tan estúpida! —Se le escapó una risita estrangulada—. Mira, ¿sabes qué? No importa. No te disculpes. Te perdono. Total, como dice la hechicera, «no ha habido contacto carnal», y menos aún promesas de amor. Esto es igual que en la Tierra, tu sitio favorito: me tratas como si me quisieras y luego te acuestas con otra. ¡Una historia más antigua que el mundo!

Li Zhen lo esquivó para seguir su camino pasillo abajo.

Cassiel volvió a materializarse frente a ella, esta vez a una distancia crítica que la obligó a dar un paso atrás para no chocar con su pecho.

Para asegurarse de que no se movía, la tomó por los hombros.

—Soy consciente de que debería habértelo dicho. Si no lo hice, fue porque no es importante para mí. Creo que eso no te pilla por sorpresa, ¿verdad que no? El hecho de que nada de esto —abarcó el templo con un aspaviento vehemente— sea importante para mí.

Hubo un tiempo en el que llegó a pensar que pronunciar determinadas afirmaciones en voz alta provocaría un cataclismo del nivel del Big Ben; una maldición milenaria se cerniría sobre su cabeza y sería brutalmente asesinado a manos de la Orden. Hubo un tiempo en el que creyó, incluso, que el solo hecho de pensarlo era digno de castigo y tenía que distraerse no ya para olvidar que no tenía permitido ser algo distinto de perfecto, sino que era profundamente infeliz.

Eso era.

Infeliz, pero anestesiado.

Salvo cuando la anestesia no funcionaba.

Entonces se aferraba a la música. La música llenaba de notas y de placidez su mente torturada por recuerdos insoportables y por las expectativas de un futuro aciago.

Y cuando la música no había sido su salvación, lo había sido Li Zhen.

—Sin embargo —prosiguió ella con rencor—, te vas a quedar aquí, ¿no? En ningún momento te he oído decir que te opones a la investidura. Admítelo: en el fondo de tu corazón pesa más el honor para lo que te has estado preparando que los divertimentos de la Tierra. Me has utilizado para entretenerte antes de convertirte en este... —torció la boca— monje tibetano con varita mágica.

—¿Cómo puedes decir eso? —murmuró Cassiel. Fue a apartar las manos de sus hombros, pero terminó deslizándolas en una suave caricia por sus brazos—. ¿Cómo puedes hablar como si no hubieras estado ahí todas las veces que te he tocado?, ¿que te he hablado?

Has sido más real para mí que nada de lo que haya experimentado en los cielos o en la Tierra. Has sido más real para mí que lo que vi con mis propios ojos antes de perderlos.

—No —lo calló ella—. No. Basta, ¿de acuerdo? No vas a embaucarme con tus parrafadas pseudorrománticas. No quiero saber nada. Ni de lo que haya dentro de ti, ni de lo que existe fuera. Sea lo que sea que estuviera pasando entre nosotros, se acabó. Nunca debió empezar, pero lo hizo y ambos sabíamos que tenía fecha de caducidad. No te culpo. No te odio. Yo también era consciente de que esto carece de sentido y, aun así, seguí adelante. Pero se acabó.

Li Zhen solo podría haberse librado de su agarre de un modo. Ni con empellones, ni con maldiciones, ni con brutales sacudidas. Solo tal y como decidió hacerlo: con la desgana de la decepción. Apartó casi con gentileza sus manos y continuó su camino sin añadir nada más, pisando igual de fuerte que en su camino al gran salón.

Aun sin verlo, Cassiel concibió la imagen con claridad. La figura esbelta de una guerrera china con el manto organdí de su cabello oscuro ondeando a la espalda, igual que la bandera de los piratas, en su batida en retirada. Estaría enmarcada bajo los arcos califales que ambos habían mencionado en el barrio musulmán con sendos *rou jia mo* en las manos y sonrisas en los rostros. Distinguió el cuadro pese a las limitaciones de su imaginación porque él había estado allí de niño, porque se acordaba de cómo era el pasillo —solitario, lleno de prohibiciones—, y porque se había esforzado tanto por descubrirla a ella, por desentrañarla, por conocerla, que le daba la sensación de que a Li Zhen también la había visto antes.

La escena de su abandono fue mortalmente dolorosa. Le espantó de tal manera imaginarse sufriendo así durante el resto de su vida eterna que no quiso tener que enfrentarse ni al primer día, ni a la primera hora, ni al primer minuto de la certeza de que no volvería a estar con ella.

—Si me lo pides —le dijo en voz alta. El eco del pasillo hizo el resto—, renunciaré al cargo hoy mismo. Ahora. En este momento.

Li Zhen no frenó de repente, sino que fue ralentizando el paso hasta quedarse quieta. Tardó en asimilar lo que acababa de decir lo mismo que se demoró el propio Cassiel; las ganas y el miedo habían adelantado por la izquierda al sentido común, y ni rastro quedaba de su capacidad para tomar decisiones en frío.

No hubo mayor prueba de que había dado con la respuesta correcta que el alivio que le inundó.

—¿Has perdido el juicio? —la oyó preguntar con voz queda. No se había dado la vuelta—. ¿Qué insinúas? ¿Que vas a renunciar a la magnificencia para... estar conmigo? No tienes ni la menor idea de quién soy. No sabes qué aspecto tengo. Si me vieras, quién sabe si esta obsesión tuya no se desvanecería en un instante.

Cassiel avanzó hacia ella con la torpe precipitación de los ansiosos.

—¿Qué importa que no te haya visto cuando te he sentido y te he entendido?

—No me has entendido en absoluto si estás proponiendo una locura así creyendo que aceptaré. Estás sugiriendo traicionar a los tuyos y condenarte al exilio para estar conmigo... ¿cuánto? ¿Diez años? ¿Veinte? ¿Sabes acaso lo veleidosos que son los sentimientos, sobre todo entre magnánimos que no han sido destinados el uno al otro?

—¿Qué te dice a ti que no podría quererte toda la vida? ¿Toda la tuya y toda la mía?

—Que a mí el destino me señaló a otro hombre, y, por ende, tú no puedes ser mi alma gemela —atajó. Le hirió que hubiera recurrido al argumento irrefutable—. Podrías ser, como mucho, una de esas relaciones intensas al principio y vacías al final que mantienen los inmortales por mero entretenimiento, creyendo que aliviando su soledad con un compañero se les hará más llevadera la eternidad.

—Pero ese hombre que mencionas ya no está aquí, y si no está aquí, es por algo: por decisión tuya, si no lo interpreté mal. Y no

sabremos cuánto durará esa relación que dices si no le damos una oportunidad...

—Tú has nacido para ser el magnificente —recalcó su sentencia— y yo nací para Arslan Qasar. No podemos luchar contra el destino.

Un odio cegador apretó en las entrañas de Cassiel.

Era la primera vez que oía su nombre, pero una fibra oculta y especialmente sensible se había rebelado en su interior, como si hubiera sido configurado para reaccionar con violencia cada vez que se pronunciara determinado junto de sílabas.

Esas eran las palabras que disparaban el gatillo.

—Del mismo modo que tú le diste la espalda a la imposición divina de permanecer junto a él, yo puedo dársela a la Orden —contraatacó con la misma lógica.

—No quiero cargar con el peso de tu renuncia, Cassiel.

—Esto no es solo por ti, Zhen —pronunció su nombre en chino mandarín por primera vez—. Quiero... quiero... —le costó reunir el coraje para decirlo, pero al fin dictó su deseo—. Quiero ser libre.

La sintió sonreír con tristeza.

—¿Y crees que estás siéndolo al ponerme a mí en la difícil tesitura de tomar una decisión como esta? ¿Qué clase de libertad es la que anhelas, que depende de mi beneplácito y te desencadena de la Orden para encadenarte a una desconocida? —preguntó, ahora sí con un poso emocional en la voz que le encogió el corazón—. Desde luego, es una forma rápida y efectiva de trasladar el resentimiento de un sitio a otro, y yo no puedo lastrar más resquemores de los que ya llevo conmigo.

El Iluminado apretó los puños, comprendiendo que nada bueno iba a salir de allí.

—No sabía que hubiera dentro de ti tantas excusas preparadas para la ocasión —señaló él entre dientes. Estaba experimentando por primera vez el enfado—. Al principio no soportabas que me encamase con otra y ahora lo que no quieres es enfrentarte a la inevitable dependencia de una relación.

Ella no respondió enseguida.

—Lo siento, Cassiel.

Dando unos pasos más, Li Zhen alcanzó al fin el portal que conectaba con la Tierra y se desvaneció en el aire, como si nunca hubiera existido. Solo que su olor se quedó allí flotando, un recuerdo de la China imperial que Cassiel solo había conocido a través de ella.

—Al final va a resultar que la visión no estaba tan errada —masculló él por lo bajo, sin entonación—, porque ahora mismo te habría matado por maldita testaruda.

Se quedó muy quieto en el sitio, por si el movimiento en semejante estado de fragilidad le causaba una fisura mortal. El eco de sus últimas palabras todavía permaneció unos segundos flotando en el vacío. Luego se evaporó igual que ella, sin esforzarse por convencerlo, sin querer pegarse a su piel como un recuerdo, y el silencio volvió a reinar en el pasillo.

El maldito silencio.

Cassiel lo odió tanto que tuvo que presionar los párpados para resistir el impulso de condenarlo con un grito rabioso.

Mudo por la rapidez con la que había cambiado su situación, y sintiéndose extraño, borracho; casi como si hubiera soñado los últimos días y en realidad jamás hubiera abandonado el templo, se encaminó de regreso al salón.

Curiosamente, cruzar el umbral no le produjo el fuerte rechazo que le había echado para atrás unas horas antes. Quizá porque no tenía nada que perder y ya no le preocupaban ni su integridad ni su futuro.

Muy en el fondo, había sabido desde el principio que su libertad tenía los días contados. Lo ocurrido no había sido sino el cumplimiento de una profecía que llevaba grabada a fuego en el corazón. Un corazón roto, pero forzado desde la infancia a seguir trabajando en el nombre de todos.

En el nombre de todos menos del suyo.

Los altos rangos de la Orden habían desaparecido. No quedaba un alma en el salón, el lugar más concurrido del templo y que había

sido escenario de sus mejores y peores días, de sus juramentos, de sus maldiciones, de su padecimiento físico; de la historia de odios y desvelos que constituía sus veintiocho años humanos.

No quería otros años.

No quería contarlos según la posición de los soles del Autem.

Cassiel se acercó al *jian* de Liu Song. Apoyó las dos manos en el borde del altar y se quedó con la cabeza descolgada hacia delante, orientada en la dirección del arma.

De lejos parecería un miembro más de la Orden, en todo caso disfrazado con ropa terrestre, que estudiaba el modo de destruir la amenaza. Pero había dejado la mente en blanco para que el dolor no osara bombardearlo con los recuerdos recientes de lo que había perdido.

—Ella tiene razón, ¿sabes? —oyó que le decía Alastor, a quien intuyó recostado bajo el umbral del portón—. Este es tu destino, Cass. Llevas sabiéndolo desde antes de aprender a andar, y has trabajado lo indecible para llegar hasta aquí.

—Cállate —murmuró Cassiel.

—Eso tenlo por seguro, amigo; me voy a callar y no voy a contar lo que he oído en el pasillo, porque la Sehara podría coserte a golpes de hechizo si supiera que has puesto el futuro de la Orden en manos de una penitente.

Pensamientos injustos y que Cassiel nunca habría relacionado consigo le asaltaron de golpe. «Yo no tengo por qué escuchar esto. No tengo por qué someterme a esto. Tú no eres nadie para venir a perdonarme la vida».

Eso último se quedó incrustado muy dentro de él, a un nivel visceral del que nunca lograría arrancarlo.

Eso era lo que la Sehara llevaba veintiocho años haciendo: le perdonaba la vida. Le perdonaba que tocaba la guitarra como quien disculpaba un crimen trágico. Le iba a perdonar que se hubiese enamorado y hubiese hecho algo al respecto porque, al final, le necesitaba.

Siempre lo perdonaban y él siempre daba las gracias de rodillas.

—¿En qué estás pensando, tío? —seguía Alastor, pasmado o solo exagerándolo. Con él nunca se sabía—. Sacrificaste la vista para recibir el honor de la magnificencia, y todo ¿para qué? ¿Para ahora fugarte con una cualquiera?

—Ella no es cualquiera. Lo siento dentro de mí.

Pero el aguijón de Alastor presionaba, y era terriblemente convincente. Todo ¿para qué?, se repitió él. ¿Para traicionar al niño que soportó una tortura pública con aparente estoicismo? ¿Al niño que se decía cada noche que algún día su dolor cobraría sentido? ¿En serio había pretendido olvidar eso sin más y liarse una manta a la cabeza para descender a la Subrealidad?

—Solo hay una mujer en este mundo que merece la pena, Cassiel —oyó que sentenciaba Alastor con esa voz de ultratumba que le salía a veces, que le manaba del fondo del pecho—, y esa mujer es la Sehara.

En beneficio de su paz mental, Cassiel optó por ignorarlo. Inspiró hondo y deslizó un dedo por el metal de la hoja del *jian*. Al tocarla, le pareció que desprendía un extraño aroma alquitranado que de ningún modo podían haberle dejado los conjuros. La hechicería tenía un olor muy específico y familiar para él, nada que ver con el perfume pesado, pero del todo desagradable, que se alojó en sus fosas nasales.

El alquitrán era un material relacionado con el mundo grimoriano. No le extrañaba que la hoja del objeto maldito despidiera un aroma parecido. Mas no era el único ingrediente oloroso que captó.

Se inclinó hacia delante, ceñudo, y cuál no fue su sorpresa cuando su dedo reconoció la hondonada de una grieta. Tuvo que volver a recorrerla con la yema del índice para asegurarse de que no lo había soñado y, en efecto, la magia había perforado el *jian* con la suficiente profundidad para mantener la esperanza de destruirlo.

Volvió a incorporarse con el gesto impasible y la mente vacía.

Como Alastor se había marchado, asintió a nadie en particular.

Eso lo habían conseguido ellos con su ayuda.

A lo mejor debía escuchar a los demás y aceptar de nuevo lo que le había venido dado. A lo mejor lo que estaba sintiendo no era un dolor sobrehumano, sino la nostalgia de regresar a casa tras unas divertidas vacaciones en un lugar exótico. A lo mejor eso era justo lo que tenía que sentir, y a lo mejor hasta había cumplido con su deber: Alastor le dijo que la Tierra le tentaría, y la Tierra le había tentado.

Y él había caído en la tentación.

Pero a lo mejor eso era todo.

Sí, eso había sido todo.

Capítulo XXII

«Mas las flores volverán a abrirse
y la luna brillará algún día.
El mismo corazón
tenemos tú y yo.»
Abriéndote lo más íntimo de mi corazón
Zhang Xi'an

—¿Dónde está nuestra estrella del rock?

Eso fue lo primero que Valois preguntó cuando Li Zhen regresó con las manos vacías, sin el *jian* y sin Cassiel.

No encontró la voz para contestar. Solicitó un rato a solas limitándose a levantar la palma con los dedos extendidos y dirigiéndose acto seguido a su dormitorio, donde se encerró para que nadie la perturbara en su episodio autocompasivo.

Llegó a toda suerte de conclusiones en tanto que hacía un recorrido por los últimos días, desde que vio al Iluminado por primera vez hasta la despedida.

Li Zhen no había hallado el valor para enfrentarlo en condiciones después de descubrir la magnitud de la información omitida; para explicarle por qué le había afectado tanto la existencia del ritual de concepción.

Y, aun así, le había exigido comprensión absoluta.

Al cabo de las horas, de las comidas que se saltó para seguir profundizando en su miseria, llegó a una conclusión. No había habido manera de que Cassiel supiera que no solo era una mujer celosa —y él no podía entender los celos aún, como joven principiante en el mundo terrestre que era—, sino que dibujaba sus límites precisamente en la situación que le había pedido que capeara con él: una situación que le exigía que compartiera a su hombre.

Por segunda vez.

En la soledad de su habitación, Li Zhen viajó de nuevo al pasado con la promesa de no volver nunca más, temblando de impotencia porque su destino pareciera ser no disfrutar del amor en exclusividad jamás.

Para cuando la noche había caído y ella ya había pasado más de doce horas en la misma postura, con la mirada perdida en la pared de enfrente, El Quinto Arcano comenzó a preocuparse. Mandaron a la emisaria por antonomasia a tocar a su puerta y asomarse sin antes recibir su permiso.

—¿De veras se ha ido sin despedirse? —inquirió Dahlia con una nota de tristeza.

Fuera deliberado o mera casualidad, la augur escogió las únicas palabras que no la habrían instado a ahuyentarla de mala manera. Eran palabras que cogían de la mano a la decepción y al desconcierto.

—Sí —fue cuanto consiguió decir.

Su segunda elección de palabras captó la atención de Li Zhen.

—¿Le han forzado a quedarse? Porque es obvio que la belleza de la Tierra le ha conquistado. Hacía años que no me topaba con alguien con tantas ganas de vivir —añadió con una sonrisa colmada de ternura. Su gesto, que proclamaba a los cuatro vientos cuánto cariño le había tomado al Iluminado, le formó un nudo en la garganta.

—Tiene deberes que atender. Dejar a una seráfica embarazada y asistir a la ceremonia en la que lo ungen..., entre otras cosas que, siéndote sincera, no me han asqueado tanto.

—¿Dejar a una seráfica embarazada? —se horrorizó Dahlia—. Pero... pero... él... —Cerró la puerta, una medida ingenua considerando que todos los que habitaban la casa podrían oír la conversación. Fue hacia Li Zhen con el ceño arrugado—. Pero él está enamorado de ti, y no parece la clase de hombre que se desfoga con otras o que siquiera mira en otra dirección... No pretendía hacer un chiste, lo prometo —juró con las manos en alto.

Li Zhen no encontró la fuerza para reírse con el comentario, aunque fuera por compasión. El enfrentamiento con la Sehara y la discusión con Cassiel la habían vaciado por dentro. Se sentía una casa abandonada con los muebles cubiertos por sábanas y tablones cruzados sellando las ventanas; una enorme estructura que se vendría abajo con una brisa débil y condenada a coger polvo y a pudrirse.

Y pensar que alguien había estado a punto de correr las cortinas para que entrara la luz.

—Por muy poderosa que sea su magia, sigue siendo una criatura. Igual que se ha dejado deslumbrar por los olores y sabores de la Subrealidad, se dejó embaucar por las sensaciones que le prometía pasar un rato divertido con una mujer. Él piensa que está enamorado, eso seguro, pero el amor es algo más complicado.

—Puede llegar a ser complicado —le concedió Dahlia—, pero no tiene por qué. Aun así, ¿no crees que enamorarse siempre es un... deslumbramiento, como tú lo pones?, ¿una adicción a esas sensaciones que nos promete estar junto a la otra persona? Yo lo describiría así tanto si lo siente un albo que nunca antes ha tocado a una mujer como si lo experimenta un avezado penitente como Valois. A fin de cuentas... —se atrevió a añadir en voz baja—, tú también eres un avezado penitente y le correspondes, y has vivido con él lo mismo que él contigo.

Li Zhen apretó los puños que descansaban sobre los muslos como una amenaza latente. Rehusaba mirar a Dahlia y rehusaba tomar por ciertas sus palabras, pero visitaba y revisitaba el estado maltrecho de su corazón tras la despedida y no llegaba a otra conclusión distinta.

Por más que le disgustara, por poco que lo comprendiera, por insólito que se le antojase, había cometido el mismo error que antaño, y, esta vez, sin la excusa de que el objeto de sus afectos fuera la irresistible alma gemela señalada por la deidad.

Esta vez solo era un hombre... Pero un hombre dulce y con una voluntad de vivir que haría temblar el suelo.

Tenía justo lo que ella había olvidado: la ternura y la ilusión.

Li Zhen acabó enterrando la barbilla en el escote, hundida, y se presionó las cuencas de los ojos cerrados con los cantos de las manos.

Los penitentes no solían padecer dolencias humanas como jaquecas o fiebres, pero un dolor penetrante en las sienes llevaba esforzándose por ponerla a gritar desde que había regresado al mundo.

A su mundo.

El mundo que no era el de él, aunque hubiese tratado de hacerlo suyo.

Miró de reojo a Dahlia con los ojos inyectados en sangre, la manifestación que más se asemejaba a las lágrimas que se concedería.

Un anhelo absurdo y rayano en lo infantil como solo podía serlo el de intimar con alguien la invadió de pronto. Sin contar los momentos de confesiones con Cassiel, ¿cuándo se había desahogado por última vez con alguien dispuesto a escucharla? Necesitaba una amiga, un apoyo incondicional y lo bastante sólido para soportar el peso de siglos de soledad y extravío que había en su verdad.

—¿Cómo voy a abrirle mis brazos sabiendo que espera un hijo de otra? —murmuró, horrorizada—. Antes de que digas nada, sé que la paternidad entre los albos que se reproducen por mandato divino no se parece en nada a la de los humanos. No hay instinto de protección, ni sentido de pertenencia; ni siquiera un impulso real por reproducirse, para empezar. Prueba de ello es que él no sepa quiénes son sus progenitores.

»Pero Cassiel es tan... humano —se le escapó una sonrisa de alivio al haber encontrado por fin una palabra que lo definiera, una palabra que había estado ante sus narices desde el principio. Miró a Dahlia y vio en su expresión benigna que estaba de acuerdo con su descripción—. Ni en mil años entregaría a ese niño a la Orden y se desentendería por completo. Esa criatura ha nacido para amarlo todo, esté vivo o no, le corresponda o no, pueda verlo o no. Y si

cumpliera su... su promesa de renunciar a la magnificencia y quedarse conmigo en la Tierra, ¿cómo me voy a perdonar que sacrificara sus ojos para nada?

Li Zhen esperó a que Dahlia arrancara con el discurso individualista que señalaba que aquel no sería problema suyo, y que Cassiel habría de lidiar por su cuenta con las consecuencias de su renuncia y su sacrificio en vano. Esa era la visión que había adoptado la sociedad mortal de un tiempo a esa parte.

Debería haber imaginado que no abordaría el asunto con semejante frialdad. Se trataba de Dahlia, al final, y Dahlia prefería coger de la mano a quienes sufrían y sostenerles la mirada, no con la promesa de que todo saldría bien, sino con la seguridad de que al menos su fiel acompañamiento estaría garantizado en el camino hacia la supervivencia.

Lo que no siempre era un consuelo, por otro lado.

—Si trajera un niño al mundo, Zhen —utilizó su nombre con tal naturalidad que ella ni siquiera se dio cuenta—, significaría que ha escogido seguir la senda que han marcado para él y no volvería a ti porque no podría. Eso aún no ha sucedido.

—Pero sucederá...

Dahlia la interrumpió sacudiendo la cabeza.

—No te preocupes por desenlaces que no han ocurrido y que estoy convencida de que no ocurrirán, porque la magnificencia no es lo que Cass desea. En cuanto a esa promesa que te ha hecho... ¿Qué otra prueba necesitas de que te quiere?

—¡El amor no es suficiente! —explotó—. Al menos, no lo es el que puede germinar entre dos personas por el simple hecho de coincidir y que por circunstancias determinadas se han fijado la una en la otra. Y te lo digo porque ni siquiera el amor de la *anandha* y su penitente, ese amor devastador del que no se puede huir si no es a través de la muerte, fue suficiente en mi caso.

—Tampoco lo fue en el mío —la sorprendió diciendo sin alterar la expresión, escondida tras la neutralidad más absoluta—, pero eso no

significa que deba renunciar a mi sueño de ser amada. ¿O vas a mirarme a la cara y decirme que soy un caso perdido?

Li Zhen pestañeó repetidas veces, aturdida.

—No, yo no... no me atrevería, aunque no... No entiendo.

Dahlia suspiró y apartó la mano de ella para descansarla sobre su regazo. Desvió la vista al punto de la pared de enfrente donde Li Zhen había abandonado su mirada durante todo el día.

La perspectiva de su perfil de nariz respingona y labios voluptuosos, el conjunto perfecto de sus rasgos armoniosos y su presencia aún más serena, le hizo preguntarse en qué clase de realidad injusta era factible que una mujer como esa fuera privada de su final feliz.

—Entiendo que existe una tendencia en nuestro mundo a poner el destino por delante del capricho. El destino, la voluntad de la diosa, lo que está escrito o lo estará en la *Sagrada Crónica*... Llámalo como quieras. —Meneó la cabeza sonriendo para su coleto, y entonces miró a Li Zhen a la cara con los ojos de otra, ojos que habían atestiguado guerras, tratados de paz y todo el horror que había entremedias—. Así es como nos hacen olvidar que nosotros también tenemos voluntad, y que nosotros también podemos elegir nuestro camino. Abrazar la libertad tiene consecuencias, sí..., asimismo las tienen las decisiones que toman nuestros compatriotas, los mortales.

»Zhen... —Se giró hacia ella con una sonrisa algo más visible, llena de esperanza—. No llevo en el planeta tanto tiempo como para proclamar que he desentrañado el secreto de la vida, pero ¿sabes cuál sospecho que es? Entender que no somos especiales; que en nuestra mediocridad está la clave. El mundo tal y como lo conocemos no desaparecerá ni se vendrá abajo porque tú o Cassiel os elijáis el uno al otro. Y lo que pueda pasar en el futuro... ¡Mira a los humanos! Viven como si no tuvieran los días contados. Vivamos nosotros como si fuera justo al revés: como si los tuviéramos. Como si algún día fuéramos a morirnos. La inmensidad de lo eterno puede arruinar tu ilusión de compartir el mañana con Cassiel porque podría arruinarlo todo, ¿y sabes por qué? Porque intimida pensar en poner

en alguna parte todo ese tiempo que tienes, pensar en todos los seres queridos que verás morir, pensar en todas las injusticias contra las que te tocará luchar. Pensar que nunca te acostumbrarás —concluyó en voz baja—. Así que creamos que algún día nos moriremos y trabajemos con eso.

Li Zhen no había dejado de mirarla con una mezcla de admiración y pavor a lo largo de su disertación.

Dahlia apenas era una niña en comparación con ella o con Valois. Si no se le hubiera concedido la inmortalidad por una cuestión de aprovechamiento de su don de augur, ahora tendría alrededor de cuarenta y cinco o cincuenta años humanos, no más, algo irrisorio comparado con los más de mil que ella contaba o los más de cinco mil del antiguo penitente.

Y, sin embargo, había mirado a su alrededor, como miraban todos, y había *visto*. Había observado. Ahí donde Li Zhen se había concentrado en sus misiones durante el día para dedicar la noche a enterrar la cabeza en el pasado, Dahlia había salido de ella misma para comprender las sutilezas del modo en que giraba la Tierra con o sin su permiso.

—¡Aun así, no me contó que tenía que acostarse con otra! —rezongó de mal humor, exasperada.

—Imagino que los celos no te dejan verlo —expresó Dahlia con tiento, a sabiendas de que debía preparar el terreno para arrojar una bomba—, porque eso sí lo tienen los celos: nos ciegan... En serio, no pretendo hacer bromitas —se excusó con las manos en alto—. Lo que quiero decir es que tú lo ves como una traición y él lo ve como una obligación, pero yo, que estoy fuera, lo único que veo es a un hombre bueno, infinitamente bueno, dolorosamente bueno, siendo prostituido por una causa en la que no cree y que le arruinará la vida.

Li Zhen se puso tan rígida que por un momento pareció que la había petrificado. Una bofetada no la habría ayudado más a darle la vuelta a la situación. Se alejó por fin de esos sentimientos que se había acostumbrado a priorizar después de tantos siglos sin dar

explicaciones a nadie, sin relacionarse con nadie, sin necesitar a nadie, y que ahora le hacían muy flaco favor a la hora de empatizar con alguien que requería que lo salvaran.

Lo imaginó siendo escoltado a una habitación desangelada como el prisionero era guiado a su celda. Lo imaginó incómodo por todos los ojos que habrían de vigilar que el milagro de la concepción se celebraba del modo correcto, sin pasión alguna; sería un mero trámite. Lo imaginó dolido porque ahora que sabía que la intimidad se compartía con un ser querido —o al menos deseado—, no le costaría comprender que estaban convirtiendo en una imposición, en un ritual, algo que debía vivirse por elección y en la más estricta privacidad.

Li Zhen se levantó sin darse cuenta y se frotó las palmas empapadas de sudor contra el pantalón. Barrió la habitación con una mirada desvalida, de pronto tan sumergida en la empatía hacia Cassiel que sintió que le picaban los ojos.

Dahlia le recordó que no estaba sola entrelazando los dedos con los de ella. Así le transmitió su apoyo.

—Sé que él no podrá verme —dijo Li Zhen con un hilo de voz al cabo de un rato—, pero ¿me ayudarías a... estar guapa cuando vaya a buscarlo? Nunca se me ha dado bien vestirme o maquillarme, y supongo que no pretenderán llevar a cabo la... —le costó pronunciarlo—. Aún pasarán unos días, ¿no? Tengo tiempo para... arreglar las cosas.

Dahlia le apretó la mano afectuosamente.

—Imagino que sí. Y por supuesto que te ayudaré. Sobre todo porque no puede verte. Hace tiempo desde que el maquillaje no es para nadie más que para quien se lo pone. ¿No has visto a todas esas mujeres con sombras y coloretes llamativos y brillos alrededor de los ojos? A nadie le importa el canon estético ya.

Li Zhen exhaló, entre aliviada y agradecida, y permaneció quieta en el sitio hasta que entendió que la augur estaba esperando a que adoptara una postura cómoda para recibir su ayuda.

Con la torpeza impaciente de quien había tomado una decisión y estaba ansiosa por ponerla en práctica, tomó asiento ante el tocador de la habitación y se enderezó como si se encontrara en una entrevista de trabajo.

Dahlia desapareció para recuperar sus pinturas del dormitorio colindante y volvió con una expresión tan cándida que terminó contagiando a Li Zhen de esperanza. No solo eso, sino que empezó a fijarse algo más en sus microexpresiones, en la curvatura imposible de unas pestañas tan negras que parecían azul eléctrico, igual que el flequillo que le caía liso y brillante sobre los ojos, unos ojos acostumbrados a rehuir la mirada, a esconderse.

Pero cuando alzaba la barbilla y miraba...

Oh, el mundo estaba perdido.

—No sabía que fueras una *anandha* tú también —susurró.

—Es que no voy por ahí contándolo. Para lo que me sirvió, comprendí que sería contraproducente ponerlo en mi currículum —se rio Dahlia con inevitable amargura. Li Zhen percibió un vago temblor en sus dedos al acercar la brocha de colorete hacia la mejilla sana. Tuvo una forma tan elegante de desviar el tema que no volvió a insistir—. ¿Quieres que te pinte también el otro lado? Desconozco la reacción de las cicatrices a los químicos del maquillaje. No quiero que te pique o te moleste.

—Puedes maquillarlo igual. Y lo prefiero. —Tragó saliva antes de decidirse a revelar su mayor debilidad con una petición vulnerable—: Haz mi piel lo más suave posible, por favor.

Ella detuvo un momento la aplicación del colorete para mirarla con fijeza.

—No te lo he contado, pero, una vez, Cass me pidió que te describiera. —Se le escapó una sonrisa con el recuerdo, un recuerdo que Li Zhen envidió como envidiaba la tierra que Cassiel pudiera haber pisado y el cielo que pudiese haber admirado sin estar ella presente—. Yo le pregunté por qué quería saberlo. Me respondió con ese tono involuntariamente sabiondo y hasta peliculero que se le pone, como el del padre moribundo pero acostumbrado a contar

historias de una familia de muchos miembros. ¿Sabes a cuál me refiero? ¿En plan *Big Fish*?

—Claro que lo sé —musitó con un nudo en la garganta.

—Me dijo que tenía entendido que, cuando quieres a alguien, deseas saberlo todo sobre él. Así de fácil le resulta poner a alguien en su sitio. ¡Una intenta acusarlo de superficial y se queda con cara de idiota! —suspiró como si le molestara, pero una mueca cómica y arrebatada de ternura desmentía su protesta—. Además... No le falta razón. Cuando quieres a alguien, no puedes soportar el desconocimiento. Tienes que estar en todos sus días. Necesitas incluso viajar en el tiempo y conocerlo de niño.

—Tú conociste a Evra de niño, ¿no? Era un crío cuando llegó a La Sociedad de Praga, donde estabas tú.

Dahlia levantó la barbilla de golpe, como si hubiera dicho un auténtico disparate. Abrió la boca para decir lo primero que le había venido a la cabeza, pero acabó decantándose por la opción prudente de ordenar sus pensamientos.

Había retomado la labor del maquillaje cuando dijo:

—No me refería a Evra. Lo adoro, claro que sí, pero...

—Pero no le correspondes —completó Li Zhen con tiento, demasiado entusiasmada por la conversación entre mujeres que estaba teniendo lugar como para arruinarla siendo imprudente.

Dahlia suspiró.

—Él... No sé cómo decir esto sin que te formes una imagen de Evra que él no podría soportar —reconoció en un murmullo. Se mordió el labio, dudosa, para al final enfrentarla con franqueza—. Aunque lo piense, no está enamorado de mí. Él solo necesitaba —continuó con dificultad, tomándose su tiempo para escoger cada palabra— alguien en quien volcar el amor que se le quedó en las manos. Alguien a quien cuidar y proteger..., ¿comprendes? Y yo estaba allí cuando llegó. Yo era... maternal, quizá incluso dulce, y lo que era más importante, también estaba devastada. Acababa de perder a alguien que amaba y a alguien que habría amado. Igual

que él. Así que nos entendimos. Nos consolamos... Y nos queremos, claro que sí.

—He tenido que malinterpretar su comportamiento. Debería haber imaginado que lo que ha batallado con el asunto de Sun Yuze no provenía de los celos, sino del miedo a que te ocurriera algo malo.

—Ah, no. De verdad cree que está celoso. —Agitó la mano, no con desdén sino como si le produjera una ternura inmensa—. Estuve intentando sacarlo de su error, hacerle ver que no me quiere de ese modo, hasta que entendí que estaba pulsando botones que no conviene pulsar, ¿sabes?, que esto forma parte de un... sistema de autoprotección del que se ha revestido por mera supervivencia, ¿me explico? —Apretó los labios—. No debería estar hablando de esto. Supongo que solo me preocupa.

—Entonces... —se apresuró a cambiar de tema—. ¿Te divertiste con el señor Sun?

Dahlia se mordió el labio inferior sin detener sus labores de maquilladora. Intercambió una mirada cómplice con la guerrera.

—Fue increíble. No soy de acostarme con un hombre en la primera cita, pero... ¿Qué quieres que te diga? No me arrepiento de haber hecho la excepción. A veces una mujer necesita que le den la vuelta como a una media para acordarse de que es joven y deseable.

»Evra no lo sabe y lo prefiero así —añadió más adelante—. Cree tener unos derechos sobre mí y sobre mi cuerpo que, por lo visto, no poseo ni yo misma, y me quiero evitar una pelea desagradable que fácilmente podría derivar en la ruptura de nuestra amistad.

Li Zhen asintió, obediente. Se cuidó de señalar que una criatura tan poderosa como Evrani, que la *Sagrada Crónica* y la tradición oral describían como «El Azote del Mal», «El Más Brillante» y «El Rayo de Oriente», habría olido el sexo en su piel nada más verla aparecer. Al haber nacido mortal y carecer de dones sobrehumanos más allá de las visiones, Dahlia era incapaz de entender la variedad de sutilezas del gen mágico superior.

Y era mejor así.

Li Zhen no podía moverse si quería que la augur obrara su magia, pero desvió la mirada hacia las manos inútiles que no había dejado de toquetearse en toda la sesión.

La última vez que se quedó a solas con una mujer que le sonreía con camaradería y se tomaba la molestia de dedicarle su tiempo, de contarle sus secretos, de prestarle su habilidad por altruismo, ella aún era humana y su hermana todavía la quería.

Las lágrimas acudieron a sus ojos, aún sensibles, y tuvo que levantar la cabeza hacia el techo para que no arruinaran el resultado del maquillaje.

Todavía no había vuelto a colocarse en posición cuando confesó:

—He sido fría al despedirme con Cassiel ahí arriba. No podía soportar verme de nuevo compartiendo a un hombre. Si pasé un año entero de mi vida temiendo que me arrebataran un amor que en teoría me pertenecía por derecho, ¿cuántas inseguridades no sufriría por Cassiel? No pone sobre ningún papel que sea solo mío.

—¿Y no te daría más miedo que lo fuera? ¿Qué hay de esa responsabilidad? ¿Del hecho de no poder huir de ello? ¿Tener que aceptarlo sí o sí, incluso si te destruye, o de lo contrario te sentirás vacío y solo toda la vida? Mi mejor amiga fue destinada a un penitente que la hacía infeliz —le contó en confidencia con la respiración afectada por el cariño inmortal hacia alguien que ya no caminaba entre los vivos—. No pudo estar en paz ni con él ni sin él. Jamás. Mira a Valois, que es un ejemplo que tienes más cerca: ¿elegiría a Kitty si su complementación no fuese forzosa? Seguro que no. ¿Qué esperanza hay para esos penitentes?, ¿para esas *anandhas*?

—Supongo que tienes razón. La institución fue destruida y ya no es lo que era por un motivo, ¿no? —Hizo una pausa hasta recuperarse y volver a poner la cabeza en el ángulo adecuado. Dahlia retomó su labor sin hacer preguntas. Fue precisamente por eso, porque no insistió, porque no indagó, que ella quiso decir la verdad—. Alguien a quien quise muchísimo se enamoró del mismo

hombre que yo, y no era una persona a la que se le pudiera decir que no. Con tal de no levantar sospechas y para que no le contara a todo el que quisiera oírlo que Arslan y yo nos queríamos, algo que de todos modos ella jamás aceptó, él se comportó siempre a su alrededor con cierta coquetería; como ella quería que él se comportara. Sabía lo que había detrás del teatrillo, y, aun así... aun así...

—Qué horror —murmuró Dahlia. Aprovechó la pausa para pintarle los labios con un pincel—. ¿Por qué era peligroso que se supiera de tu relación con él?

—En aquel entonces, su pueblo estaba colaborando con el Imperio chino para sofocar una rebelión política, y mi familia era enemiga del Imperio. Teníamos una diana dibujada en la espalda. Un mandatario de palacio le debía un favor a mi padre y nos ayudó a escapar, pero los uigures, aliados de nuestros verdugos, nos encontraron. Mandaron al mismísimo *tarkhan* del ejército a vigilarnos de cerca. Si mi padre, mi madre o mi tío abuelo hubieran sabido que iba a huir con él... —dejó la conclusión en el aire durante un segundo—. No eran personas violentas, pero creo que me habrían matado. La lealtad familiar no es algo que se pueda traicionar así como así.

—¿Ibas a huir con él? —repitió, más preocupada por el posible desenlace que curiosa—. ¿En pasado?

—Mi hermana Mei nunca me lo habría perdonado —explicó con voz queda—, y Mei valía más para mí que ningún *tarkhan*; más que cientos de miles de *tarkhanes*. Nunca acudí a la cita.

Dahlia dejó de aplicarle la máscara de pestañas.

Sus movimientos se habían ralentizado.

—¿No acudiste a la cita? ¿Así, sin más?

—Así, sin más.

—Pero eso es imposible, Zhen.

—¿Cómo?

—Es imposible —sentenció, mirándola a los ojos con la inflexibilidad de un juez—. No puedes darle la espalda a tu hombre.

Nunca.

—Pero si tú misma has dicho que tu amiga...

—Mi mejor amiga se fue, sí, pero siempre volvía de una manera u otra; hablaba con él, lo buscaba, y cuando creyó que otra mujer podría arrebatárselo, una ira violenta e impropia de ella la poseyó y la incitó a casi matarla; a una mujer que además amaba más que a su vida porque era su propia sangre.

»Ese hombre no pudo estar destinado a ti si pudiste marcharte. El problema principal y casi único de la institución de la *anandha* es que ellas nunca, jamás, bajo ningún concepto, se pueden marchar... con todo lo que eso conlleva —le explicó muy despacio—, ¿comprendes?

A Li Zhen le costó reaccionar.

—¿Me estás negando mi propia experiencia?

—Me limito a señalar la teoría, Zhen, y no para negarte tu experiencia, sino para, quizá... darte una buena noticia. Al menos yo me sentiría aliviada si me dijeran que este dolor que siento no será eterno porque mi amor no estaba destinado a ser inmortal.

—¿Por qué iba a aliviarme descubrir que he desperdiciado más de mil años penando? Eso en el remoto caso de que tomara tu palabra por cierta, lo cual es... es... impensable.

—¿Tuviste contacto íntimo con él?

—Claro.

—Entonces, Zhen... —Dejó el maquillaje sobre el tocador y la cogió de las manos para que no pudiera librarse de su mirada fija—. Si sigues viva hoy día, si no te ha matado la pena o no has perdido por completo el juicio... es porque no era tu hombre.

Capítulo XXIII

«Este mundo es cobarde.
No permite el amor. (...)
Ven conmigo y cógete de mi mano.
Ya escaparemos de la jaula.»
Este mundo es cobarde
Xu Zhimo

Li Zhen seguía pensando en la conversación con Dahlia cuando el torbellino de energía la materializó en los pasillos del templo.

Nada más poner los pies sobre el suelo encerado, blanco nuclear como las columnas y los techos altos de la cárcel más bella del mundo, cerró los ojos y trató de concentrarse en seguir el rastro del olor de Cassiel.

Sus sentidos no estaban tan desarrollados como los del Iluminado, pero seguía siendo una criatura magnánima que para colmo había sido adiestrada para cazar enemigos durante siglos. No podría seguir su aroma en un lugar atestado de distracciones como el mercado del barrio musulmán, eso era cierto; allí, en un sitio desprovisto de humanidad que habría parecido abandonado de no haber sido por la rigurosa limpieza, la esencia de Cassiel la llamaba desde las entrañas del edificio, casi como el punto rojo y titilante que indicaba la posición de un avión en el panel de control.

Se pasó la lengua por el borde de los labios, pintados de un rojo vibrante, y emprendió la marcha con la barbilla bien alta, dispuesta a llevarse por delante al que tuviera el atrevimiento de detenerla.

Sabía que estaba en inferioridad de condiciones. La magia no podía combatirse con el arma que había traído consigo, el *liuyedao* que la hizo famosa allá por los tiempos imperiales y que Valois le había conseguido desmaterializándose para rescatarlo de su casa. Pero contaba con que pillando desprevenidos a los sacerdotes tendría la oportunidad de al menos intimidarlos durante el tiempo

suficiente para escabullirse a dondequiera que tuviesen encerrado a Cassiel.

El corazón le ardía en el pecho por la cruel injusticia a la que lo había arrojado con su impulsividad y su egoísmo. Un egoísmo que hería bidireccionalmente, porque ella habría sido la primera perjudicada si no hubiera entrado en razón a tiempo.

En gran medida, no saber a qué rituales y condiciones habría de someterse el Iluminado en su camino a la magnificencia había sido culpa suya. Ahí donde Cassiel la había interrogado con preguntas que bordeaban la impertinencia, ella se había desentendido por completo de las particularidades de su vida en el Autem.

Una vida que no podía llamarse vida. Eso lo había comprendido al pasear por el recinto por primera vez. Allí a duras penas se oía el sonido de sus pasos. Para una criatura apasionada de la vibración de una guitarra eléctrica, que aguzaba el oído para mecerse al ritmo de la lluvia, aquello habría tenido que ser una tortura.

Tampoco le costaba imaginarse de qué manera lo habría criado la Sehara o cómo lo habría tratado Alastor, sus dos únicos referentes. Ya había visto de primera mano de qué modo se las gastaban ambos si Cassiel no obedecía sus directrices como un manso corderito.

¿Cómo había podido pasar por alto que el Iluminado era una víctima? Quizá lo había visto tan risueño, tan ilusionado por el sinfín de oportunidades que su breve viaje a la Tierra abría para él, tan esperanzado en un futuro que en realidad nunca tendría, que en lugar de mirar de dónde provenía ese afán desesperado por ser libre, lo había envidiado por ser feliz sin condiciones.

Si pensaba en lo injusta que había sido, solo quería abofetearse.

Aferró con fuerza el mango de su sable. Acarició con la yema del dedo la hoja de sauce y se rio para sus adentros sin pizca de diversión.

Si se veía en la obligación de utilizar el arma, la acusarían de asesina, de cometer alta traición. Entonces El Magnánimo no la saludaría con un orgulloso apretón de manos, como el primer día.

Por suerte para ella, debía de haber llegado a su destino a la hora en que los sacerdotes se reunían para uno de los rezos del día. Subió por una elegante escalinata que se enroscaba sobre sí misma y comprobó tanto que no la seguían como que no coincidiría con nadie en el pasillo de la planta superior, ahí donde el aroma de Cassiel se intensificaba, como si un dispensador rociara el ala periódicamente con su perfume a sándalo y grosella espinosa.

Al tiempo que cruzaba el corredor procurando no hacer ruido, las palabras de Dahlia seguían circulando por su mente.

Li Zhen sabía que la *anandha* tendía a oler al aroma preferido del penitente, y que a veces también sucedía a la inversa. No se había parado a pensar en lo sospechoso que era que el olor de Cassiel coincidiera con el de elaboración propia con el que automatizaba su dormitorio desde tiempos inmemoriales.

A raíz de que desterraran a los Li al campo, desarrolló un gran interés por estudiar las plantas de su jardín, fabricar mejunjes olorosos y aplicárselos a sí misma las noches que esperaba compañía.

Recordó una de las visitas nocturnas de Arslan y, en lugar de experimentar un fuerte anhelo atravesado por la nostalgia, se vio invadida por un escalofrío. Contrariada, se preguntó si es que con el paso del tiempo había glorificado aquellas caricias que entonces le parecieron novedosas y únicas, y al poder compararlas ahora con las de Cassiel habían caído en desgracia.

Arslan olía de maravilla, pero nunca le hizo la boca agua.

—Supongo que no estás buscando el baño de señoras —pronunció una voz naturalmente desdeñosa. Alastor estaba recostado contra un precioso portón de doble hoja con escenas de la *Sagrada Crónica* esculpidas en oro macizo. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho, hundido por el deseo de ser transparente. Sonreía en su dirección de aquel modo tan inquietante que era habitual en él, como si le hubiera perdido el respeto a todo empezando por sí mismo—. Aunque puedo sujetarte el pincho mientras te retocas el pintalabios, si quieres. —Apuntó al intimidante sable con la barbilla,

en lo absoluto impresionado—. Una elección cosmética un tanto vulgar, ¿no te parece? Siempre he pensado que el carmín es de merdellonas.

—Cassiel está detrás de esa puerta —interrumpió ella en tono acusador.

—¿Preguntas o afirmas? Puede que sí, puede que no —canturreó, moviendo la cabeza a un lado y al otro.

El gesto hizo que los mechones, de un vibrante rubio dorado incluso a pesar de llevarlo grasiento y descuidado, insinuaran una caricia a su mejilla que él despreció apartándose el pelo con impaciencia.

Parecía no poder soportar que se le recordara que habitaba un cuerpo que podía ser tocado.

Li Zhen agarró con fuerza el mango del *liuyedao*.

—No nos hagamos perder el tiempo, ¿quieres? Tuviste que oírlo anunciar a unos pasos del salón principal que renunciaría a la magnificencia si yo se lo pedía... y he venido a pedírselo.

—Cómo cambiáis las mujeres de opinión, ¿eh? Cabría esperar que fueras algo menos veleidosa, considerando que tienes sangre magnánima en las venas y, por tanto, entiendes la solemnidad de tus actos, pero parece que has pasado tanto tiempo en la Tierra que se te han pegado los defectos humanos.

—No hables como si no adoraras la cultura terrestre, Alastor. Cass te ha mencionado siempre como la mala influencia que puso en sus manos una guitarra y un vasto conocimiento sobre la Subrealidad. También ha mencionado que sois muy amigos —añadió con intención—. Ha llegado el momento de que lo demuestres colaborando para que disfrute de una vida tan libre y plena como tú mismo.

Alastor se rio de un modo chirriante.

—Oye, esto no es elegir entre unos zapatos de charol y unas bailarinas de ante para una fiesta de Año Nuevo, ¿entiendes? Lleva algo menos de veinte años formándose. La institución de los albos, ellos como linaje, se están desmoronando. Cassiel es la última

oportunidad que tienen de seguir siendo relevantes y ganarse la confianza de la Orden.

—Ese no es su problema. Tampoco el tuyo, porque no eres ni albo ni solo seráfico, y menos aún sacerdote. ¿Por qué te metes?

Lejos de ofenderse, Alastor unió las palmas emulando la pose de un santo.

—Hablo en el buen nombre de mis amigos —se defendió con un exagerado tono inocentón.

—Entonces diría que el único problema que en realidad tiene Cassiel sois vosotros, sus tan adorados amigos. —Dio un amenazante paso hacia él y se estiró cuan alta era para mirarlo a los ojos, desafiante—. ¿Cómo vas a vivir contigo mismo sabiendo que has sido su proxeneta?

Alastor se limitó a curvar las comisuras de los labios hacia abajo en una mueca de indiferencia.

—Si no me ha fallado la vista, Cassiel ha demostrado ser un tipo de lo más apasionado allí abajo, en la Tierra. No creo que le vaya a pesar follarse a una monada como la que viene por ahí e invitaré a entrar acto y seguido.

Li Zhen se tensó. Para no perder de vista al traicionero valet, retrocedió un paso que le permitiera englobar en la visión periférica tanto los movimientos de Alastor como el avance de una jovencísima muchacha. Los rubios cabellos ondeaban a su espalda como rayos de sol y apenas vestía una túnica blanca con transparencias que permitían la apreciación de sus senos redondos y sus caderas.

—Detén esto ahora mismo —ordenó Li Zhen entre dientes, arrebatada por unos celos irracionales.

«Te quiere a ti», se tuvo que recordar.

—La última vez que miré, solo tenías poder de decisión en El Cuarto Clan, y tu organización se disolvió hace años, así que... No quiero que luego se me acuse de mal anfitrión, Zhen, pero es que no me lo estás poniendo nada fácil. Voy a tener que pedirte que te marches... a no ser que quieras mirar, claro. —Le hizo un guiño sexual.

Li Zhen lo miró a los ojos a caballo entre la incomprensión y el pasmo, reacia a aceptar que aquel miserable fuera el gran amigo de una criatura virtuosa y compasiva como el Iluminado. Alastor se burlaba de forma abierta de su angustia y nada en su expresión indicaba la menor preocupación por el estado o el futuro de Cassiel.

—¿Sabe él que eres un hijo de puta? —siseó, colérica.

—No lo creo. Bueno, en un sentido literal, puede ser; a lo mejor ya empieza a olerse que sí, mi madre no es mucho mejor que una puta traicionera —contestó con brío—, pero en el sentido general de la expresión, no, no se ha enterado. El amor nos ciega, ¿no? Y entre que él ya venía ciego de fábrica y yo puedo ser encantador...

Li Zhen interpretó aquel alegato como una invitación a ser atacado. Ahora que se presentaba como poco más que un carcelero sin empatía alguna, no tenía por qué ser diplomática.

Alzó el *liuyedao* y le asestó un golpe brutal en la sien con el canto para apartarlo de la puerta. Acto seguido, y lamentándose por el valor histórico y cultural que podría tener una puerta tan hermosamente tallada, empleó la punta para forzar la cerradura.

Le pareció oír los gritos de la doncella y de su acompañante, dos seres que no debían de tener poderes mágicos o de lo contrario ya la habrían paralizado con un hechizo sencillo.

O eso pensó.

No supo de dónde provino el torrente de energía magnética que sintió empujarla hacia delante. Li Zhen apoyó las manos a tiempo contra la puerta para no tropezar y enseguida se palpó el vientre, la cintura y los hombros para asegurarse de que no le había afectado. Pero lo había experimentado: le habían arrojado suficientes hechizos a lo largo de su carrera militar en El Cuarto Clan como para reconocer la sensación...

... como también los efectos.

No los había habido, sin embargo. Prueba de ello fue que los presentes se hubieran quedado mirándola, perplejos por su ineficacia.

Li Zhen no perdió el tiempo buscando respuestas o consolando a la principiante que había tratado de herirla en contra de su voluntad, solo obedeciendo órdenes de arriba. Terminó de forzar el acceso introduciendo la hoja entre la fina separación de las dos puertas y así consiguió que cedieran.

Cruzó el umbral sin más ceremonia y pasó el *liuyedao* entre las dos manijas para bloquear la entrada natural.

Rezó para sus adentros para que fuera demasiado tarde cuando volvieran con refuerzos.

Li Zhen se giró hacia el largo pasillo. Al fondo se avistaba otra puerta mucho menos historiada. Por un momento temió que Alastor le hubiera mentido y Cassiel no estuviera allí. No sería la primera vez que los traicioneros sacerdotes demostraban su habilidad estratégica tendiendo una trampa de esas características.

Pero el olfato no podía estar engañándola.

Echó a correr por el pasillo con el tiempo ejerciendo presión como una espada de Damocles sobre su cabeza. Empleó su fuerza sobrehumana para empujar las dos puertas en las que desembocaba.

Jadeaba con dificultad por los nervios y la carrera cuando la recibió una amplia estancia circular de techos altos con nada salvo una cama con dosel en el centro. Todo era del mismo blanco brillante que el resto de las habitaciones y corredores del templo a excepción de las sábanas, de un lujoso dorado que le recordó al color del que se teñían los ojos de Cassiel cuando conjuraba un hechizo.

Sentado en el borde del colchón con aire reflexivo estaba él.

Había llegado justo a tiempo, celebró con la garganta atorada.

Vestía una túnica parecida a la que caía sobre el cuerpo de la doncella seráfica, solo que sin transparencias; una prenda suave y ligera ya a primera vista con las mangas anchas y una discreta abertura en forma de pico a la altura del escote.

El borde estaba brocado con hilo de oro.

Toda la prisa que había tenido por llegar se condensó en un ataque de nervios que la paralizó momentáneamente. Nunca sabría si hubo una orden cerebral involucrada o sus pies cobraron vida propia para aproximarse con el recelo de un animal salvaje al punto que Cassiel ocupaba en el dormitorio.

Él había girado la cabeza hacia ella con cierta curiosidad.

No la habría impresionado tanto vérselas con un demonio encarnado como la impresionó verle de nuevo la cara.

Era inaudito cuánto podía echarse de menos a un ser querido en un período de tiempo inocuo.

—¿Eres Darael? —le preguntó con suavidad.

Li Zhen tragó saliva para preparar una respuesta, pero le dolía la garganta por la sequedad de los nervios y no pudo arrancar con el discurso que había practicado con Dahlia.

Quería disculparse. Quería decirle que había sido desconsiderada, que había estado ciega. Pero cualquier intento de conversación fracasó en cuanto él se puso en pie. Solo acercándose a ella la hizo consciente de que, por más que se empeñara en verlo como una criatura desamparada y risueña, al final seguía siendo un ser con un poderío y una presencia sin parangón.

Podría destruirla chasqueando los dedos.

Eso la excitó.

Raras veces había dado con alguien más fuerte que ella.

Pero él creía que era Darael, pensó, y no sin rencor. La embargó un temor que no había ponderado en su férrea determinación a mostrarse segura, y es que ella estuviera allí de más; que lo estuviese importunando o hasta saboteando ahora que había decidido seguir adelante con los rituales restantes.

Quizá, cuando volviera en sí misma, cuando no lo tuviera delante ni le temblaran las rodillas, se echase en cara el escaso amor propio que había demostrado estando dispuesta a fingir ser Darael con tal de disfrutar de sus caricias una vez más.

Pero no en ese momento. No cuando lo tuvo a un palmo de la cara proyectando su respiración cálida y serena en su dirección, la dirección de una piel aterida y hambrienta de cariño que lo necesitaba terriblemente.

Li Zhen apretó los labios, confundida. El nombre de Darael acudió de nuevo a su mente. Esta vez, la inseguridad de que ya se hubiese hecho a la idea de su destino la instó a darse la vuelta.

No llegó a emprender el camino de regreso, y no por miedo a coincidir de nuevo con Alastor y una horda de sacerdotes vengativos: tuvo que ser Cassiel el que cerrara las puertas con un movimiento de sus dedos.

La única entrada quedó sellada por un hechizo de polvo dorado que supo que impediría el acceso de todo aquel que no fuera bienvenido. Después no vio nada, porque los ojos se le cerraron en cuanto él se ciñó a su espalda con nada salvo una finísima tela para disimular los contornos de su cuerpo.

Li Zhen entreabrió los labios, pero de inmediato sofocó el jadeo que trató de salir, o al menos lo pospuso hasta que Cassiel le rodeó uno de los senos con la mano y lo apretó tan gentilmente como lo hicieron sus labios al aterrizar en el lateral de su cuello.

Lo sintió respirar hondo el perfume que se alojaba en la garganta antes de emprender un concienzudo recorrido vertical de besos, a cada cuál más irresistible.

—Mírate, haciéndote pasar por quien no eres —le oyó decir en voz baja, como en voz baja parecían estar sus besos y su delicado contacto—. ¿No sabes tú que yo reconocería tu olor incluso si uno estuviera en la vida y el otro estuviese en la muerte?

Capítulo XXIV

«... silenciosamente, me pegaría a su blusa.
Me adheriría a su pecho de olas mansas.
¡Me derretiría, me fundiría
con las olas de su corazón!»
Una noche de luna
Du Fu

Silencio.

—Sé que eres tú, Zhen. —Más silencio, este obstinado—. No creo que hayan juntado a un ciego con una muda; eso habría sido de una crueldad excesiva... o un ejemplo de la clase de sentido del humor que nadie tiene por aquí. ¿No vas a hablarme?

—Me has preguntado si era Darael —le gruñó al fin.

Cassiel castigó su tono presionando la palma contra el pezón erecto. A ella se le escapó un gemido lastimero que dejó en vergüenza su rabieta.

—Eres Darael, ¿no? —replicó con indiferencia—. Al menos, vienes a hacer lo que iba a hacer ella.

—No. ¡No! Vengo a... —se mordió el labio un momento, justo cuando él atrapó la areola entre los dedos y comenzó a frotarla en tanto que recorría con la lengua la curva de su cuello— a devolverte a la Tierra cuanto antes. Tenemos un poco de prisa, porque he cabreado a los guardianes de la puerta, así que... así que... ¡deja de manosearme y escúchame!

—Esa puerta está hechizada no solo para que nadie entre, sino para que nadie la encuentre. El que atraviese el portón verá un callejón sin salida. Estamos suspendidos en un punto de la eternidad.

—Un punto de la eternidad —repitió, y se le escapó una risita histérica y también feliz porque aquel era sin duda Cassiel. Sonaba igual—. Siempre tienes que soltar la... la frase poética.

Li Zhen no se opuso a que él dedicara una caricia hacia el borde de su sencilla camiseta ajustada y se la quitara por la cabeza.

No había tenido que decir nada, ni pronunciar unas disculpas, ni anunciarle que iba a rescatarlo; eso a Cassiel no le interesaba, porque había sabido que iba a atraparla entre sus brazos en cuanto la había olido en el piso inferior. En cuanto había oído sus pasos determinados, robados de la guerrera salvadora Hua Mulán. En cuanto había escuchado el afilado cuchillo de su arma abriéndose camino hacia los cielos que ahora surcaban. Un punto de la eternidad.

Pero ella sí necesitaba decirlo, y se giró entre sus brazos para mirar directamente aquella cara que no cesaba de fascinarla, en la que lo sobrenatural y lo humano se daban la mano para institucionalizar una nueva e importantísima belleza.

Una belleza que parecía ficticia.

—Tienes que saber algo sobre mí si pretendes que sea tu primera... La primera. Tienes que saber que Alastor no se equivocaba al decir que no soy atractiva; que mi rostro...

Sin terminar de escucharla ni vacilación alguna, Cassiel le cubrió la mejilla izquierda con la palma de la mano curvada en el ángulo perfecto, como si hubiera sido creada para acunar la piel arrasada que, al igual que sus sentimientos, había tratado de esconder por miedo y vergüenza.

—Lo sé —dijo sin más.

Li Zhen no fue capaz de reaccionar enseguida.

—¿Cómo que lo sabes?

—Es esta cicatriz lo que te preocupa, ¿no es así? Lo supe antes incluso de presentarme en tu cocina.

Sintió que el suelo se abría a sus pies.

—¿Qué?

—Cuando me materialicé en tu casa, te estabas frotando esta mejilla con impotencia. El sonido me extrañó; rugoso, arenoso, todavía con un recuerdo de calor... y supe que la tenías quemada.

Supe, también, que no era tu culpa, porque había resentimiento e impotencia en tu gesto. El resto del tiempo lo he dedicado a imaginarme cómo sería.

—¿Cómo sería mi... mi cara?

—Sí. Me gusta pensar en este lado tuyo, el injustamente despreciado por ti, como la luna menguante —continuó con dulzura —. Llegué a ver la luna en una foto, ¿sabes? Los astros sí nos los enseñaban en la Orden cuando éramos niños. Son la creación de la diosa, a fin de cuentas.

—¿Y qué pensaste al verla?

—Que cuelga de la infinidad del espacio como el pendiente favorito de Su Santidad. Se supone que tiene cráteres por la erosión. La gente que ha vivido, la gente como tú, *feitian*, también está erosionada. Yo no. Por eso también te envidio —concluyó suavemente, recorriendo los relieves abultados de la piel quemada con la yema del pulgar—. Eres un fragmento del mundo que hace justicia a la verdad y, por tanto, a su belleza.

Li Zhen se dejó acariciar en estado de shock, incapaz de apartar la vista de aquella expresión de benevolencia.

—Si me vieras, quizá no dirías lo mismo —murmuró ella.

Una sonrisa se abrió paso en sus labios con una lentitud que le puso el corazón en un puño.

—Si te viera —replicó él—, te querría tanto que no podría soportarlo. Por el bien de todos, es mejor así.

Li Zhen tragó saliva con dificultad. Recordó lo que le había dicho antes de despedirse en el pasillo, un comentario que tal vez debería haber tomado por cierto en lugar de descartarlo asumiendo que estaba siendo buenista: «¿Qué importa que no te haya visto cuando te he sentido y te he entendido?».

Era cierto. La había sentido y la había entendido, y, cuando no la comprendía, se esforzaba por hacerlo. Preguntaba. Perseguía. No se rendía.

Nadie había acariciado antes sus heridas.

Ni siquiera ella misma.

Cassiel interpretó la laxitud de su cuerpo como una señal para abrazarla, y así lo hizo, empezando por acoplar su pecho al de ella y después los labios. Los tomó con un mimo engañoso, porque ningún beso podía perder el estatus de impetuoso cuando se daba bajo los efectos de una pasión enloquecedora.

—¿Qué es eso que tienes en la boca? —le preguntó, tan aturdido por el deseo que apenas vocalizó—. Noto una... ligera... pasta.

—Se llama pintalabios. Y sirve... pues para... Su nombre lo indica.

Cassiel hizo una pausa, ceñudo, para decidir si quería seguir conversando o besándola. Se decantó por una opción que no dejaba ninguna aspiración incumplida haciendo su pregunta al tiempo que la agarraba por las nalgas y la apretaba contra su incipiente erección.

—¿De qué color es?

—Rojo.

—No me disgusta la textura —confesó, pensativo, y soltó una mano para pasarle el pulgar por el labio inferior y el superior, manchándose la yema—, pero mejor así.

Se aseguró de no dejar ni la huella del cosmético arremetiendo con un beso impaciente y a la vez minucioso, deleitándola con una conjunción de sabores que no encontraría en ninguna otra parte del mundo. Las manos de Cassiel ascendieron por sus costados desnudos con los dedos bien separados para abarcar más piel.

Pausó el beso, quedándose con los labios entreabiertos a las puertas de su boca sedienta, para preguntar sin separarse un ápice:

—¿Qué es esto que toco con los dedos? —murmuró, presionando los aros del sostén—. ¿Una armadura?

Li Zhen se rio, tan nerviosa que parecía también su primera vez, y guio las manos a la espalda para deshacerse de la ropa interior. La arrojó al suelo sin dilación, y Cassiel, como un animal pendiente de los sonidos del entorno, estiró el cuello al oír el discreto sonido que profirió en su aterrizaje.

—Luego, si te portas bien, te dejaré tocarlo —le susurró ella en el oído—. Incluso te explicaré para qué sirve y todos los tipos que hay.

Cassiel ronroneó a modo de respuesta y aprovechó que Li Zhen se quedaba besando la curva de su oreja para dar uso a dos manos con ansias de exploración.

Sentía que iba abandonando un rastro de fuego a su paso, por la cintura que delineó presionando con los dedos, por las caderas. Introdujo los pulgares en la cinturilla del pantalón ajustado y, para contrariedad de Li Zhen, que protestó por su abandono temporal con un gruñido, Cassiel se arrodilló para bajarle la prenda hasta los tobillos.

Ella los apartó de una patada.

Aunque todo su cuerpo rogaba por más acción, aunque se sentía impelida a quitarse la ropa interior de un tirón agresivo y arrojarlo sobre la cama, se obligó a permanecer quieta por respeto a su deseo de hacerlo despacio y, en el fondo, muerta de curiosidad hacia su próximo movimiento. Esta curiosidad no hacía sino incrementar el ardor apasionado de Cassiel, que se quedó respirando con el labio inferior atrapado entre los dientes a unos centímetros de su pubis.

Li Zhen jadeó al notar la boca entreabierta de él aplastada contra la tela del tanga de algodón. Se ancló a sus caderas para mantener el equilibrio en su afán por moverse con libertad hacia el ombligo, que delineó con la punta de la lengua antes de volver a descender dejando un leve sello de saliva. La introdujo bajo la tela para probar de forma intuitiva la humedad de su entrepierna.

Ella se inclinó hacia delante de forma involuntaria y se agarró a los mechones más largos del cabello rubio para atraerlo hacia sí.

Cassiel le bajó la prenda con los dientes lo suficiente para obtener un acceso directo a la piel suave del pubis, que fue descubriendo a su ritmo con besos tentadores. Li Zhen le indicó el camino separando los muslos.

Oírle ronronear al pulsar el clítoris con la boca estuvo a punto de convencerla de mandar al infierno los preliminares.

«Paciencia», se ordenó.

—Siempre estás tan caliente en este lugar... —musitó él, y soltó una de las manos de su cadera para rodearle el interior del muslo y presionar con los dedos los pliegues sensibles—. Siempre sé a qué altura está tu rostro... y siempre sé a qué altura está esto de aquí. —Cassiel se mordió el labio antes de besarla con suavidad sobre el frunce central y acariciarle el sexo por encima con la punta de la nariz—. Si no me llegas a hacer una llave de kung-fu a tiempo, el día que te conocí te habría metido la mano entre las piernas sin contemplaciones.

—Ya... ya... ya sé que eres más pícaro de lo que parece.

—¿Yo? —Levantó la cabeza con gesto inocente. No importaba que no pudiera ver, porque sí podía mirar: sus ojos eran dos luceros de la mañana—. Yo solo soy un chaval.

Ella le sonrió desde su altura con la mano posada sobre su cabeza rubia.

—Ah, ¿ya no eres un «pobre cieguito»?

—Da igual lo que haya sido. Solo importa lo que seré a partir de ahora —replicó, friccionando los dedos contra su entrepierna con una lentitud sugerente que la hizo apretar los glúteos y morderse la lengua—. Hoy vas a hacerme un hombre, ¿verdad?

—Te voy a hacer mi hombre —corrigió, y se aseguró de que no había espacio para la duda cerrando el puño con posesividad, atrapando en el interior los mechones rubios.

Él sonrió con una complacencia sesgada por la perversidad del amante travieso y ladeó la cabeza para unir la boca y la lengua a la delicada masturbación.

Li Zhen se tuvo que inclinar hacia delante y apoyar la otra mano en su hombro para resistir los temblores que la deliciosa insistencia de sus caricias iba provocando. La postura permitió a Cassiel profundizar en un contacto devastador, y no se detuvo hasta que no captó aun a través de la suma concentración y la neblina del deseo que empezaba a alterársele el equilibrio.

—¿Eso es buena señal? —inquirió él, secándose distraídamente los labios húmedos de los fluidos de Li Zhen.

Alargó una mano hacia su tobillo afectado y le prodigó una caricia circular al hueso sobresaliente.

—Es... es... buena señal, sí..., pero llévame a la cama.

Cassiel suspiró, como si le doliera tener que abortar su tórrido idilio de rodillas, y le regaló un último beso imbuido de nostalgia en el bajo vientre antes de incorporarse y tomar su cuerpo sensibilizado entre los brazos.

Orientó los pies descalzos hacia un punto aleatorio de la habitación.

—¿Está por aquí la cama? —se hizo el tonto antes de girarse ciento ochenta grados—. ¿O por aquí?

—No seas imbécil —protestó Li Zhen, demasiado nerviosa y afectada por los pequeños calambres que advertían de la proximidad del orgasmo como para reírse o enfadarse de verdad.

Cassiel obedeció sin dilación y la depositó en la cama, que había localizado sin ningún género de problema solo la diosa sabía de qué manera; guiándose por alguno de esos sonidos inapreciables que se habían inventado o que resonaban en el silencio solo para él.

No le extrañaría que el mundo hubiera improvisado un modo de comunicarse con Cassiel para hacerle la vida más cómoda.

Li Zhen lo buscó con una mirada hambrienta en cuanto su espalda tocó el colchón. Se revolvió sobre las sábanas para echarse hacia la almohada y extendió los brazos para acogerlo.

Cassiel no la complació tan rápido. Se quitó la túnica de un solo y firme movimiento y, arrodillado sobre la cama con una seguridad que podía llegar a asustar —a ella al menos la había hecho enmudecer— se desenvolvió escuchando lo que el instinto le sugería. Empezó tomándola del tobillo para besarle el empeine, el hueso que antes había tocado, la pantorrilla y el interior del muslo.

Li Zhen soportó la encantadora tortura mordiéndose el labio inferior para no suspirar.

—Si te callas, no tengo manera de saber qué piensas —le dijo él.

—Pues te falta experiencia para hacerme gritar. Nunca he sido ruidosa.

—Ya... —En un movimiento imprevisto, Cassiel aprovechó que tenía aún su pierna temblorosa agarrada por la corva de la rodilla y le propinó un mordisco en la carne tierna del muslo. Li Zhen lanzó un aullido y él sonrió con malicia—. ¿Qué decías?

—¡No me refería a ese tipo de gritos, gilipollas!

Cassiel dejó de entretenerse con partes de su cuerpo que siempre había tomado por inocuas, imposibles de captar la atención de un hombre, y apoyó las manos en el colchón, justo encima de los hombros de ella, para quedar cara a cara.

—Oye... —susurró, entristecido—. No me digas cosas feas.

Li Zhen estuvo a punto de ponerse de rodillas para suplicar su perdón. No fue necesario, gracias al cielo. Cassiel se estiró cuan largo era sobre ella, abriéndose un hueco entre sus piernas con un erótico movimiento de caderas que atrajo su atención a la zona.

Al verlo inclinarse en su dirección con lentitud, se preguntó si estaría buscando el lugar exacto de su boca. Se olvidó de encontrarle sentido a sus actos cuando dio en el clavo besándola para distraerla de la vulgaridad con la que había empezado a frotarse superficial pero crudamente contra su sexo.

Li Zhen se abandonó a la caricia resbaladiza de la erección pulsando ahí donde debía pulsar para producir pequeños estremecimientos. Guio las manos a los anchos hombros del Iluminado, que en ese momento parecía más iluminado que nunca por el foco que lo definía como el elegido; el elegido para ella.

Aunque el provocativo empuje de las caderas le cerraba los ojos, era la primera vez que lo veía desnudo y no quería perderse detalle del cuerpo masculino que se había estado escondiendo bajo las prendas. Ya había insinuado un pecho definido con las camisetas que Dagon le prestaba, así como la tentadora hendidura entre los pectorales, pero no sabía que aquella línea invisible, pintada desde el esternón hasta la desembocadura de su sexo, se convertía en una hilera de vello castaño oscuro que se perdía en el miembro

endurecido. Tenía la espalda tan ancha que podría cubrirla con la misma eficiencia que un escudo medieval; sus amplios dorsales parecían las aletas de una bestia marina, y que se fuera estrechando a la altura de la cintura no le hacía menos peligroso o impresionante, sino todo lo contrario; sus caderas rectas, las nalgas endurecidas a las que Li Zhen se agarró para guiar el movimiento de su cuerpo, eran la apoteosis de un cuerpo apolíneo.

—¿Qué sentido tiene que estés tan bueno si te iban a esconder aquí? —gruñó ella, apretándole la cintura con una mano y la nuca con la otra. Se notaba cada vez más resbaladiza, víctima de una calentura que conseguiría quitarle el sentido—. ¿Esto es por tus genes de Iluminado, eh? ¿Tu predecesor también era insoportablemente... atractivo?

Cassiel siguió cubriendo de besos la línea de su clavícula, de su hombro, y ascendió hasta la comisura de su boca, que la persuadió de abrir delineando el borde de los labios con la punta de la lengua.

—Si con «esto» te refieres a mi apariencia, diré que era un mal necesario para que te fijaras en mí. Para impresionar a una mujer con mil trescientos años se necesita un físico llamativo..., ¿no?

—Igual que para impresionar a un... hechicero... sin comparación... Por favor —gimoteó con la cabeza echada hacia atrás.

—¿Y es que tú no impresionas, acaso? —replicó él. Enredó una mano en su melena desparramada sobre la cama y, como si tuviera entre sus brazos algo irresistible, algo superior a sus fuerzas, le dio un mordisco en el cuello y otro en el hombro—. Ya quería follarte antes de saber siquiera lo que era follar. Podría decirse que tú me lo has inculcado.

Li Zhen emitió un sollozo entrecortado y alzó las caderas con desesperación, reclamando su cuerpo. Cassiel entendió el ruego implícito y se sostuvo sobre una mano para rodearse la erección con la otra y penetrarla hasta la empuñadura.

Ella se tensó de la cabeza a los pies, víctima de un calambre tan brutal como delicioso, y al cabo de unos segundos se ayudó de un

bufido aliviado para relajar los músculos; todos menos los internos, con los que exprimió a Cassiel empezando por atraparlo entre los muslos.

—¿Te gusta? —balbuceó ella, buscando su nuca resbaladiza por el sudor para sostenerse, como si corriera el peligro de hundirse en el mar de las sábanas—. ¿Sí...? ¿Eh...? ¿Es lo que querías... como lo querías?

Cassiel no esperó a que se cumplieran diez segundos para alejar su cuerpo y embestirla. Li Zhen gimoteó en voz alta y arrancó a balbucear sin saber muy bien lo que quería decir. Cuando creía que su mente se aclaraba y recordaba las palabras, él volvía a penetrarla hasta el fondo y el sentido común la abandonaba. Con cada movimiento de sus caderas sintió que la iba reduciendo a un mero cuerpo sensibilizado en exceso, como si acabara de mudar la piel; entonces no era más que un animal en celo y, solo a ratos, cuando podía oxigenar su sistema tomando una bocanada de aire, una mujer sensual.

Sensual como no se había visto otra.

Cassiel se había quitado el disfraz de hablador para acompañarla en aquel mutismo. Estaba transformado en una bestia que solo sabía comunicarse con gruñidos roncos y jadeos. Se le había agotado la ternura y ahora la seducía con la ferocidad impaciente de sus embates, con caricias apresuradas y agresivas a sus pechos de por sí maltratados, con besos que iban a juego con la fuerza bruta con la que se insertaba dentro de ella, llegando a desplazarla tanto hacia el cabecero de la cama que Li Zhen tuvo que apoyar las manos allí para no acabar golpeándose. Cassiel le abrió aún más las piernas agarrándola por las corvas de la rodilla, y apenas la había embestido tres o cuatro veces cuando se lo pensó mejor y se apoyó sus pantorrillas en los hombros.

Se perdió por completo en la enloquecedora sensación y cerró los ojos, pero mantuvo la boca abierta por si tenía la suerte de que el sudor de Cassiel le goteara encima. Dejó caer los brazos a cada lado del cuerpo, como un crucificado, y se dejó avasallar con el retorcido placer de estar a merced de su piedad... o su falta de ella. El sentido

le volvía solo a ramalazos, momentos en los que entreabría los ojos y contemplaba con incredulidad al hombre de piel encerada por el sudor que le hacía el amor como si el mundo fuera a acabarse.

No solo no le rogó que se retirara para correrse, sino que esperó con secreto regocijo a que la avasallara con una última embestida y la llenara por dentro.

Li Zhen se humedeció los labios, recreándose en el calor que invadió su interior, y solo imaginarse luego empapada de él la excitó hasta tal punto que su orgasmo no demoró mucho más en llegar. Toda su piel se escamó desde la cabeza a los pies como resultado del escalofrío que la advirtió del clímax. La sensación fue tan poderosa que se le llenaron los ojos de lágrimas.

Durante un efímero pero terrible instante, llegó a pensar que vivir algo tan perfecto solo podía pagarse con la muerte.

Y, sin embargo, no solo no perdió el conocimiento, sino que los regalos siguieron llegando: esta vez en la forma de un cuerpo masculino que cedía al esfuerzo y arropaba el suyo amorosamente.

Li Zhen abrazó su espalda resbaladiza, jadeando todavía, y, atacada por la vulnerabilidad posterior al sexo, escondió el rostro en su hombro.

—¿Cómo puedes hacerlo así... siendo tu... primera vez? —se oyó musitar sin aliento, intimidada.

—Una de las obligaciones del Iluminado es engendrar hijos, ya lo sabes —dijo, como si lo explicara todo.

—¡Por eso tiene sentido que nacieras bien dotado, pero no que supieras... todo eso!

—Los magnánimos en general aprendemos rápido. Y supongo que yo, aparte, por mi condición especial, vine al mundo sabiendo en mi fuero interno qué se hace y cómo se hace. ¿Te has asustado? —inquirió al cabo de un rato, entre divertido y preocupado.

Trató de aplacarla con un beso en el cuello que no logró su cometido, pero que la hizo suspirar, encantada.

—No me he asustado. Simplemente no esperaba... Nunca me han... Me he sentido...

—Lo entiendo —la ayudó él con suavidad. Se incorporó para que pudiera ver con claridad su expresión candorosa—. Puedo ser más... gentil la próxima vez.

—No —respondió enseguida con un hilo de voz. Lo sostuvo por el mentón para besarlo en los labios mullidos—. Me gusta tu pasión arrolladora.

—¿Entonces? ¿Cuál es el problema?

Li Zhen abrió la boca para responder, pero él interpretó el calor que le acarició la barbilla como la petición de un beso y la conversación se quedó sin conclusión.

Cassiel todavía estaba dentro de ella cuando empezó a mover de nuevo las caderas de un modo insinuante, y Li Zhen no hizo sino corresponder el apremio de aquella criatura que había renacido en la cama y ahora era bautizada como insaciable.

Fue ahí, en el ojo del huracán de ardores imposibles, donde comprendió que no había ningún problema; que todo era perfecto. Tanto así que una parte de ella esperó, y esperó, y esperó a lo largo de las horas siguientes a que algo saliera mal, a que un error imperdonable se manifestara, a que un rayo partiera la cama en dos o tanta felicidad la matara.

Pero nada de eso sucedió.

Todo fue rotundamente perfecto.

Capítulo XXV

«(...) Ebrios con nuestros sueños juveniles.»
Paseando por la antigua ciudad
LIANG ZONGDAI

—NO ES POR METER PRISA —empezó Li Zhen al cabo de un rato, cuando ya se habían despegado el uno del otro para dejarse caer ruidosamente contra el colchón por decimoquinta vez. ¿O decimocuarta? ¿O vigésimo primera? Todavía tenía la respiración alterada por el ejercicio acumulado—, más que nada porque eso de estar «perdidos en un punto de la eternidad» suena a que podemos tomarnos nuestro tiempo, pero... ¿Qué vamos a hacer ahora?

Cassiel ladeó la cabeza hacia ella y la atrapó entre sus brazos pasándole un brazo por los hombros y otro por la cadera.

Le embargaba un misterioso regocijo cuando podía manejarla a su antojo, como si ella no fuera más que una figurita de origami y él un niño con suficiente imaginación para hacerla surcar los cielos y los mares.

—¿Lo que hemos estado haciendo este último rato? —sugirió él con sorna, y presionó los labios contra su sien en un beso cariñoso.

—¡Ni lo sueñes! —le regañó, pero no osó moverse del sitio—. Me duelen partes del cuerpo que ni sabía que tenía. Dame una tregua.

—¿Solo quieres una tregua? ¿Y un vasito de agua? ¿Algo de comer, quizá?

—Tú sigue burlándote, listillo —protestaba, mas sonreía al hacerlo y una finísima membrana cálida y vibrante envolvía su piel; así era como sentía la felicidad—. Esto que estás haciendo conmigo puede considerarse secuestro, ¡y para colmo me condenas a la inanición!

Divertido con un lado quejica hasta entonces desconocido, Cassiel levantó una mano con la palma apuntando hacia arriba. Con la contraria trazó suavemente por encima un arco que materializó al momento uno de los manjares que habían descubierto en el barrio

musulmán: un *pan bao* esponjoso con un par de láminas de panceta de cerdo empapadas en salsa de soja.

—¿Qué es lo que decía Valois cuando Evrani se ponía impertinente en la mesa? ¿«Come y calla»?

—Más bien «fagocita el alimento y guarda silencio». A todo esto, ¿has hecho aparecer un *pan bao* en concreto porque soy china? —replicó ella con retintín—. Porque también me gustan los ñoquis al pesto.

—No puedo «hacer aparecer» —trazó las comillas en el aire en cuanto Li Zhen agarró el piscolabis— nada que no haya comido con anterioridad.

—¿Y esto? —Cassiel sintió que ella repetía su gesto doblando los dedos índice y corazón de ambas manos. Percibió la risa en su voz—. ¿Dónde lo has aprendido?

—Ahora que lo dices, ni idea. El caso es que no puedo hacer aparecer nada que no sepa que existe, como eso de los... ñoquis al pesto, así que aquí tienes algo que he almorzado a menudo durante mi paso por la Tierra y que me consta que está delicioso. Mejorando lo presente —añadió con un guiño.

Ella se incorporó para comer con cuidado de que la salsa no se derramara sobre las sábanas. No le había dado un solo mordisco, sin embargo, cuando se animó a ponerle voz a sus pensamientos.

—Pobre Cass —suspiró, disfrazando de aparente indiferencia la rabia que sentía hacia la injusticia—. Todavía ni habías probado en la Tierra el pastel de luna o las hojuelas crujientes de miel y tus jefes ya te querían jubilar.

Cassiel se tumbó de costado y apoyó la mejilla en la mano para mirarla con diversión.

—¿Eso es lo que más te gusta del mundo? ¿Las... hojuelas crujientes de miel?

—Y el budín de tofu dulce con almíbar de jengibre y jarabe de melaza... Y el pastel de mango. Y esto no lo admitiré en ninguna otra parte, pero eso que se popularizó hace veinte o treinta años, eso del *bubble tea*... Me encantan las perlas de tapioca.

—Tendrás que invitarme a uno de esos *bubble tea* cuando volvamos.

Li Zhen aprovechó que no sabía qué responder al comentario para probar el *pan bao*. Tuvo que resultarle apetitoso, porque no tardaría en dar el segundo mordisco.

O a lo mejor solo estaba ganando tiempo para improvisar un cambio de tema que no les obligara a afrontar las consecuencias de su traición.

Al menos Cassiel podía decir que estaba tan cómodo en su nueva piel y con su mujer que no le preocupaba el futuro en lo absoluto.

—¿Cómo funciona este hechizo de hacer aparecer cosas? —le preguntó ella de pronto—. No parece un conjuro que se limite a «manejar las energías», que es como me han vendido la magia todos los sacerdotes y hechiceros que he conocido.

—No puedo hacer aparecer nada —repitió él en tono cansino, al borde de la risa—. Lo que te estás comiendo es la ilusión de un *pan bao*, no un *pan bao*.

—Pues siento que me está llenando.

—Porque no se debe subestimar el poder de la mente. Como lo percibes mediante el tacto y el gusto, te parece que te lo estás comiendo, pero tendrás hambre en un rato, ya verás.

—¿Y qué vas a hacer entonces? ¿Darme otro *pan bao*?

—O regresar a la Tierra para probar el *bubble tea*.

De nuevo ese prolongado silencio que encapsulaba la preocupación de Li Zhen por lo que pudiera esperarlos al otro lado de la puerta.

Cassiel separó los labios para aplacarla con una verdad irrefutable, y es que aún no había sido ungido magnificente, lo que significaba que podía dar marcha atrás. Ella evitó que arruinara el momento con responsabilidades inapelables diciendo en tono animado:

—Dime las cosas que más te hayan gustado de la Tierra.

Cassiel mantuvo la palma sobre la zona pectoral, ahí donde un rato antes había atrapado la mano femenina, y se tendió boca arriba.

Se evadió del entorno para así evocar con claridad sus recuerdos de la Subrealidad.

—El sonido de la lluvia —empezó con una sonrisa complacida—. Cómo se siente la caricia del sol en la piel... En el Autem nunca hay sol, o no la misma clase de sol, y de todos modos yo no salía del templo a respirar el aire fresco. La música en directo, claro. Las palomitas dulces. Me las descubrió Dagon, o, mejor dicho, Dagon me las metió a presión en la boca después de exclamar: «¡¿Que no las has probado nunca?!». El ritual del café, no tanto el café en sí mismo. El silencio de las madrugadas y la extrañeza de las mañanas, cuando despiertas y el mundo apenas se está desperezando, aún amodorrado. Eso puedo sentirlo también. ¿Y a ti? —Echó el peso sobre el costado de nuevo para orientarse hacia ella y descansó la mejilla en la mano—. ¿Qué es lo que más te gusta de la Tierra?

Un breve silencio.

—¿Me prometes que no te entristecerás con mi lista porque sean cosas que no has podido ver?, ¿que quizá ni siquiera puedas sentir por más que te esfuerces?

Cassiel esbozó una sonrisa, conmovido con su compasión. La había sentido casi desde el principio, cuando aún procuraba disimular que un magnetismo superior a sus fuerzas la atraía hacia él, pero le ilusionaba que por fin se atreviera a exteriorizarla.

—Lo prometo.

—El mar, lo primero y sobre todo. Sentarme frente a él basta para apaciguar los males de mi conciencia. También me gusta cuando hay un cielo despejado y solo se ve una nube. Pequeña, blanca, esponjosa. Pero solitaria —recalcó con su mejor tono de narradora —, como si alguien hubiera olvidado avisarla de que ese día no se salía, de que ese día había que quedarse en casa viendo una peli. Me gusta cuando los gatos se tumban y doblan las patas debajo del lomo de manera que parecen muñones, y eso en el caso de que se

les vean; se convierten en un bizcocho esponjoso, en una chapata de pelo sedoso. Es adorable. Me gusta ver ancianas joviales con el pelo de colores vibrantes, azul eléctrico o naranja chillón, reunidas en la ludoteca, o en una cafetería, o en un banco del parque, riéndose como si no les importara molestar. Me gustan las flores que rompen el asfalto. Me gusta dormir desnuda en verano...

Cassiel escuchaba con la sonrisa intacta en los labios.

Nunca había experimentado el pelaje de un gato al tacto; de ningún animal, en realidad. No sabía que el cabello podía pintarse de un tono que no fuera el que venía dado. Pero si lo que mencionaba era la mitad de majestuoso que sentirla dormida y gloriosamente desnuda al otro lado de la cama, entonces podía hacerse una idea de la maravilla que se estaba perdiendo.

—Algún día conoceré el mar —se juró Cassiel.

—No te arrepentirás. Merece mucho la pena. Es una de esas...

—Te quiero, ¿sabes? —la interrumpió de repente—. No me extraña que hayas vivido escondiéndote de los demás. En el fondo eres tan dulce que es lógico que sientas la necesidad de protegerte.

La oyó tragar saliva con dificultad, como siempre que alguien le dirigía un halago sincero.

Al menos ya no reaccionaba poniéndose a la defensiva, pensó con el pecho henchido de orgullo, feliz por el progreso. Ahora lo aceptaba.

—Hay un término, no sé si psicológico, que explica por qué los hombres se vuelven un colmo de romanticismo después del sexo —le explicó en tono informativo, disimulando su nerviosismo juvenil—. Dicha poscoital, lo llaman.

—Según tú misma, yo soy un colmo de romanticismo todo el tiempo. Dijiste algo de mis... «parrafadas pseudorrománticas», si no recuerdo mal.

—Porque tienes un don para verlo todo de color de rosa.

—¿Eso es posible? —se sorprendió—. ¿Verlo todo rosa? ¿Como si todo estuviera pintado de rosa, o como si lo percibieras a través de un velo rosa?

—No es físicamente posible, que yo sepa —rio ella, divertida—. Es una expresión que quiere decir que enfrentas la vida con una actitud optimista. Se ve todo rojo cuando te invade la rabia; se ve todo negro cuando no sientes que haya una salida...

—¿Cuál es tu color favorito, a todo esto?

La imaginó levantando las cejas a caballo entre la sorpresa y la burla.

—No esperaba que un hombre me preguntara eso después de horas y horas entrando y saliendo de mi cuerpo.

—¿Cuál es? —insistió.

Ella prolongó su agónica curiosidad por el placer de tenerlo en la palma de su mano. Supo que sonreía para su coleto, encantada con el chiste interno que él no entendería, cuando dijo:

—El dorado.

—Creo que sé cuál es. Bonito —coincidió.

Disfrutaron de un rato de plácido silencio.

Nunca le había disgustado la ausencia de conversación con ella, pero después de las intimidades compartidas se había transformado en otra clase de paz; un paz absoluta e inalterable, distinta del mutismo en el que se sumían en la Tierra cuando tenían que sofocar el mutuo deseo de abalanzarse sobre el otro.

Cassiel solo empezaba a saciar sus ganas, pero ahora que estaba temporalmente satisfecho podía apreciar sus sentimientos sin la interacción de ese anhelo devastador que lo revolvía y lo confundía todo. Y sus sentimientos le decían que, igual que aquella mujer había despertado instintos e impulsos desconocidos para él, tenía también el don de apaciguarlos.

Aprovechó que estaba distraída, todavía sentada en posición de loto con los restos del *pan bao* en la mano, para deslizarse con sigilo hacia ella. Como uno de esos gatos remolones que Li Zhen describía con ternura, apoyó la cabeza en su regazo y se abrazó a su cintura.

—¿Tú no piensas decirme que me quieres o qué? —le preguntó en voz baja.

Controló una sonrisa divertida al oír que se le aceleraba el pulso por el inesperado comentario.

—Yo...

—Supongo que no lo has dicho aún porque eres una mujer práctica, una guerrera de actos y no de palabras, y piensas que es suficiente con darlo a entender. Y sí, es verdad que puedo deducirlo del hecho que hayas venido a buscarme. Pero quiero que lo digas.

—Tú quieres muchas cosas —le reclamó entre dientes—, caprichoso.

—Eso no es verdad —replicó sin alterarse—. Esta que te digo es la única que quiero.

—Y ser estrella del rock, y probar las perlas de tapioca, y... y...

Cassiel fue a decirle con socarronería que ser estrella del rock no estaría nada mal, pero una sensación de alarma irrumpió en la paz de sus entrañas dejándole un nudo. Este nudo subió del vientre hasta la garganta, y se estaba incorporando para proteger el cuerpo de Li Zhen de lo que se estaba temiendo que sucedería cuando la explosión reventó la única puerta de acceso.

Actuó deprisa cubriéndola a ella con la sábana y deslizándose él fuera de la cama.

No le costó localizar la túnica. Le eran familiares el calor y el olor de su propio cuerpo, que aún permanecían adheridos a la tela.

Se vistió con rápidos movimientos y levantó las dos manos en señal de ataque para recibir a la única criatura que podría haberlos encontrado.

La presencia de la Sehara lo llenó todo como un gas tóxico. Oyó el rumor de las sábanas cuando Li Zhen las aferró, impresionada por su entrada y por la venganza bíblica que prometía la frialdad que destilaba.

Cassiel quiso pensar que solo pretendía recordarle, farol mediante, a qué se enfrentaría si la contrariaba, pero la hechicera ni siquiera pronunció un saludo o una amenaza antes de arrojar un conjuro de parálisis que lo atravesó sin surtir ningún efecto sobre él.

A fin de cuentas, él no era el blanco.

La rabia de saber perjudicada a Li Zhen le obligó a imitar el comportamiento de la Sehara ignorando la conciliación para pasar a la acción. Le dio la espalda a la hechicera y se dirigió al punto donde la guerrera se había quedado petrificada. Rodeó su cuerpo gélido con los brazos y le susurró al oído, como si de unas palabras de amor se tratase, el contrahechizo.

La frialdad que había endurecido su cuerpo se fue deshaciendo, y antes de que ella pudiera volver del todo en sí misma, la besó en el pelo y la mandó de vuelta a la Tierra chasqueando los dedos.

Solo cuando la última partícula de Li Zhen se había desvanecido en el aire volvió a enfrentar a la Sehara.

Sabía que podría haber atacado a la guerrera con un hechizo cien veces más poderoso, uno incluso mortal. Podría haberla asesinado en un abrir y cerrar de ojos sin que Cassiel pudiera haber hecho nada para protegerla.

Pero eso no le aportó el menor consuelo.

La única razón por la que la Sehara no se había dejado llevar por la ira residía en que aún esperaba convencerlo de volver a su puesto. Si no hubiese albergado esperanza alguna, no le habría importado arrebatársela... como ya había demostrado que no le había importado arrebatarle todo lo demás.

Tomar plena conciencia de esto fue una revelación.

—¿Cómo te atreves a ir contra ella? —bramó, rabioso—. ¡Eres la Sehara, la hechicera al servicio de la comunidad! ¡Atacar a un inocente es contrario a tu naturaleza!

—¿Qué tiene esa mujer de inocente? Te está atrayendo a la oscuridad sirviéndose de mañas grimorianas como solo puede serlo el sexo. Y lo está consiguiendo —añadió en tono lúgubre—. Has usado la magia para ir en contra de mis deseos.

—He usado la magia para remar en favor de mis deseos —corrigió él.

Arraigó los pies al suelo y mantuvo las dos palmas erguidas en su dirección, una postura que no invitaba a enterrar el hacha de guerra.

Ella no estaba plantada con menos determinación en el centro de la estancia.

—Mira en lo que te han convertido las tentaciones mundanas; en un hombre cualquiera, consumido por la lujuria y la falsa promesa del amor eterno. Si te vieras como te estoy viendo ahora, te avergonzarías de haberte abandonado así. Tú estabas por encima de eso.

—No hay nada por encima de la felicidad propia.

La Sehara soltó una risa gélida. Así redescubrió que nunca la había oído reír, como tampoco la había visto sonreír o solo con una expresión benigna.

Aquel sonido se le clavó en el alma como una traición más, como el delito verdaderamente imperdonable de cuantos había cometido contra él: Cassiel podría olvidar el ritual que le cegó, el afecto materno que le fue negado, el hecho de que menospreciara a su hijo, que resultaba ser su mejor amigo..., pero jamás le perdonaría que llevara toda una vida sumida en la amargura.

—La felicidad es un sentimiento humano, Cassiel, uno efímero y poco fiable al que no podemos ni debemos aspirar los que venimos a alterar el *status quo*. Además... —continuó, acercándose despacio. Sus manos, rígidas a cada lado de las caderas con las palmas apuntando hacia él, emitían un calor peligroso—. Tú no eres mortal y no lo serás por más que te esfuerces.

—Tengo rasgos mortales. Fui creado por la misma mano que creó la humanidad.

—Fuiste creado para un gran propósito.

Cassiel cerró las manos en dos puños.

—¿Eso es lo que te dices a ti misma para no ponerle fin a tu vida? Puede que a ti la trascendencia te salve de la miseria día tras día, pero a mí no me ha consolado ni siquiera cuando era un niño.

Durante un instante, no se supo quién de los dos se quedó más sorprendido con el contraataque. Nunca se habría atrevido a hablarle en términos alejados del mayor de los respetos.

Li Zhen debía de haberlo hecho un hombre de verdad, pero no necesariamente a través de la piel, y no solo después de entregarle algo demasiado valioso como para permitir que se lo disputaran. Su alejamiento del único y gran deber había sido progresivo, y había empezado con un sencillo comentario viniendo de una criatura a la que admiraba y respetaba por su trayectoria y por lo que su sola presencia le hacía sentir. «Una canallada»: así había descrito Li Zhen lo que Cassiel había sufrido a manos de quien, por desgracia, seguía venerando como solo se veneraba a una madre.

—¿Disculpa? —siseó la Sehara entre dientes.

—¡No te debo nada! ¡No os debo nada a ninguno! —rugió él con desespero—. Todavía no he completado el ritual. Todavía no me habéis investido. Puedo echarme atrás, y eso es lo que voy a hacer.

—Eres más ingenuo de lo que pensaba si crees que estás a tiempo de renunciar.

—¿Y por qué no? ¿Qué es lo que quieres de mí? —Extendió los brazos, mas no en posición de ataque sino de resignación—. ¿Que te acompañe en tu entrega incondicional al mundo? ¿Que te ayude a dejar de sentirte sola entre tanta responsabilidad, entre tanta... nada? Sabes mejor que yo que si Alastor, tu carne y tu sangre, no pudo curarte de lo que sea que te hace insensible, yo tampoco lo conseguiré.

—¡Cállate! —vociferó ella en tono de ultratumba.

Cassiel se rio con desdén.

—Me cegaste ¿y ahora también quieres silenciarme? —Ante su mutismo, se llenó de valor y prosiguió—. ¿De verdad pensabas que podías sacarme del encierro que te garantizaba mi obediencia, arrojarme a un mundo nuevo y vibrante, plagado de opiniones plurales que contradirían la tuya, y esperar que volviera intacto? ¿Igual de maleable? No te atrevas a acusarme de traidor cuando tú eres la que se ha buscado esto. Tú empezaste esta historia arrebatándome el placer de ver, y tú misma has sellado mi destino haciéndome comprender por fin lo que constituye esa pérdida. —Le

sobrevino un ramalazo de rabia y gritó—: ¡Nunca podré ver el rostro de la mujer a la que quiero!

Un torrente de energía enviada a propulsión clavó a Cassiel en la pared contraria. Perdió el aliento al impactar brutalmente con la piedra, y todavía no había vuelto en sí mismo cuando la Sehara se materializó ante él en un abrir y cerrar de ojos.

Su rugido se le metió bajo la piel, poniéndole el vello de punta.

—¿Crees que has inventado esa clase de dolor?, ¿que eres el único castigado con ausencias y limitaciones por toda la eternidad? No caben ni en tu cuerpo ni en las palabras que pronuncias el sufrimiento que estás tan seguro de conocer.

Cassiel tardó en reponerse del impacto. Bien podía albergar en su interior la magia más poderosa, pero su cuerpo era débil como el de un humano. Y, aun así, visualizar con claridad qué huesos habían salido perjudicados no le afectó tanto como la ira que irradiaba aquella presencia sobrenatural.

—Entonces es cierto. Quieres que te acompañe en tu eterno sufrimiento —musitó, derrotado.

No se movió de donde había caído. Se quedó sentado con la espalda contra la pared.

—¡Solo intento protegerte! El amor te destruirá, Cassiel. Eres un alma sensible como yo lo fui. No sobrevivirás. ¡No sobrevivirás! —repitió, convencida. Él se llevó una mano al hombro que le había dislocado el golpe y sacudió la cabeza—. Vas a volver conmigo, te vas a arrodillar ante la Orden y vas a suplicar que te den otra oportunidad. Sabes lo que haré si no obedeces, y sabes que no podrás impedirlo ni vengarte. Nadie puede vencerme. Nadie puede contra mí. La única criatura que podría haberme matado fue destruida.

No le costó imaginar el desenlace que insinuaba.

La Sehara era un ser que llevaba años operando desde la más estricta practicidad. Le daría caza a Li Zhen sin atender a sentimentalismo alguno, incapaz como era de experimentar la menor empatía, y después proclamaría que había obrado en el nombre del

honor, incluso en beneficio de sus propios intereses..., lo que ya hizo en su día para justificar el ritual de iniciación.

Una furia viva encendió el alma de Cassiel. Durante un instante efímero pero que cambiaría el curso del futuro, se arriesgó a asomarse al abismo insondable que sería un mundo sin Li Zhen. No tuvo el coraje de adentrarse en esa negrura, de imaginarse el dolor que lo perseguiría hasta volverlo loco, pero sí halló el valor de levantarse y agarrar a la Sehara por el cuello.

La alzó a varios palmos del suelo, poseído por una fuerza sobrehumana que ella no podría replicar, frágil como era su cuerpo. La postura hizo que la sangre no pudiera llegarle al cerebro, apagando así su habilidad para conjurar las runas del hechizo.

—La criatura que a mí puede destruirme aún no se conoce, porque tú no eres mi némesis —le recordó entre dientes—. ¿O acaso te atreverías a matar a la única persona que no quiere ver a tu hijo muerto?, ¿que caminaría a tu lado para protegerlo y jamás le daría la espalda?

La Sehara se agarró a la muñeca firme de Cassiel y batalló por librarse de él.

Fue en vano.

Una energía oscura y aplastante lo había blindado.

—Cassiel...

—La única razón por la que acepté este regalo envenenado que llamas «honor» era el patético deseo de hacerte feliz, pero ahora entiendo que solo me estaba autoengañando; que ese milagro requiere una magia que yo desconozco, que quizá ni exista. Así que no vuelvas a cuestionar que haya elegido a alguien que me ama sobre ti —le rugió—. ¿O es que acaso tú me has querido? ¿Alguna vez te he importado siquiera?

—Ca... Ca... Cassi...

—¿Por qué no lo detuviste? —arrancó a preguntar con el acicate de la furia—. ¿Por qué no frenaste el ritual? ¿Por qué no te apiadaste de mí? ¿Por qué no me salvaste? ¿Por qué no buscaste a alguien

más que ocupara mi lugar? ¿Por qué nunca te has dignado a consolarme? ¿Por qué? —La sacudió violentamente—. ¡Responde!

—No lo sé —logró articular con la voz atascada. Sonó derrotada, aun así. Era la primera palabra sincera de veras que le oía pronunciar—. Hace tiempo desde que no queda bondad en mí, Cassiel. No consigo que me importe nada. —La interrumpió una tos —. Nada.

Horrorizado por la respuesta, el Iluminado la soltó y retrocedió un paso. Oyó el impacto de su cuerpo menudo y delicado contra la piedra; cuerpo de huesos de cristal, de piel fina como un capullo de seda, pero totalmente vacío bajo la estructura ósea, carente de la savia y del aliento que exigía la vida para tomar impulso.

No se dio cuenta de que estaba llorando hasta que se llevó los dedos a las mejillas, que le ardían por efecto de la ira. Se secó las lágrimas con la manga de la túnica sin cambiar la expresión, impávida ante un espectáculo que por desgracia aún le conmovía, pero que no iba a permitir que volviera a determinar la dirección de sus pasos.

Cassiel podría haberse desmaterializado en el acto, pero eligió deshacer el hechizo en el que había envuelto la habitación y dirigirse hacia la puerta físicamente. Tuvo que salvar el obstáculo que era el desmadejado cuerpo de la hechicera para tal propósito.

Posó la mano en el pomo de la puerta que conducía al pasillo del templo.

La Sehara aún estaba tosiendo cuando se dirigió a ella con frialdad para hacer su última advertencia.

—No olvides que me has enseñado gran parte de lo que sé..., pero no estoy hecho solo de ti, sino de otras muchas energías que beben de otras tradiciones y otros linajes; energías que tú no conoces. Si persistes en tus amenazas e hieres a Zhen, utilizaré toda tu sabiduría, toda la sabiduría de los albos y toda la sabiduría de los guerreros mortales contra ti, y entonces sí tendrás razones para lamentar tu destino, porque te daré hasta el motivo para matarte antes de que te llegue.

Capítulo XXVI

«Seré firme como el hierro (...)
Pero al volver a verla
me quedo derretido.»
Mirándome en el espejo
HUANG TINGJIAN

LI ZHEN DEMORÓ UNOS MINUTOS en hacerse el cuerpo al viaje interdimensional. Todavía apretaba la sábana contra el pecho, lo único que cubría su desnudez, cuando reconoció su dormitorio del Airbnb.

La había enviado de vuelta a Xi'an.

Con el jesús en la boca por lo repentino de la irrupción, buscó a su alrededor el rostro de Cassiel. Esperó, sin atreverse a mover una sola pestaña, a que él regresara a su lado, pero pasaron diez, quince y veinte minutos y ella seguía helada en el sitio y sin compañía. Aún notaba los efectos del hechizo de parálisis en las articulaciones desengrasadas, en la piel aterida, en las cuerdas vocales agarrotadas.

Esto último fue lo que le impidió gritar de rabia.

En cuanto volvió en sí misma, se abalanzó sobre el armario donde había colgado sus prendas y se vistió a toda prisa. Ya con unos vaqueros acampanados de cintura baja y una camiseta de nadadora negra que exhibía una franja del bajo vientre, se recogió el pelo con la peina que Arslan le había legado casi de forma inconsciente, sin recordar ni quién se la había dado ni qué significado había tenido para ella.

Interrumpió la que parecía una reunión importante en el salón principal.

—Tengo que volver al Autem —anunció sin rodeos—. Cassiel corre peligro.

Valois estaba sentado con las piernas cruzadas y la espalda recta, elegante como si un hechizo hubiera transformado a un gato negro en un aristócrata. Frente a él, una ceñuda Dahlia consultaba su móvil.

—¿Qué peligro barajamos? —tanteó el cabecilla.

—La Sehara... la Sehara ha intentado... Está reunido con ella, y va a vengarse por... por haber desafiado... —Se llevó una mano a la garganta dolorida, y luego se frotó el pecho. La gelidez del conjuro le había calado hasta los órganos—. Por favor, ayudadme a subir. No tengo la energía o la concentración necesarias para desmaterializarme de nuevo, y si no regreso con alguien que me proteja, que me... respalde, será como si no hubiera hecho nada.

—Si se encuentra en compañía de la hechicera Sehara, no veo qué problema podría haber. Ciertamente, no es peligro de muerte lo que corre; en todo caso, de regañina —señaló Valois con una ceja enarcada—. No nos corresponde impedir que le pongan en su sitio, si es lo que la Orden estima procedente.

—¡No lo entendéis! —perdió los papeles—. ¡Él...!

«Estoy bien, *feitian*», oyó que retumbaba en su mente.

Por acto reflejo de la impresión, Li Zhen se envaró y mandó inmediatamente las dos manos a sostenerse la cabeza. Se quedó inmóvil, convencida de que habían sido imaginaciones suyas. Pero la risa de Cassiel sonó tan clara que no le quedó otro remedio que creerse lo que estaba sucediendo.

«Ahora estamos conectados... o eso parece. Tranquilízate, ¿de acuerdo? Estoy buscando a Alastor para comunicarle en persona mi decisión de dejar... la carrera a la magnificencia, por decirlo de alguna manera».

Li Zhen pestañeó, confusa. Quiso contestar, pero no sabía cómo.

De forma intuitiva, cerró los ojos y se concentró en el pensamiento que ansiaba trasladarle: «¿Qué ha pasado?».

Para su inmensa sorpresa, tuvo resultado.

«La Sehara y yo hemos discutido. Nada grave. Terminará aceptándolo».

«No entiendo nada, Cass. ¿Por qué puedo oírte?».

«Si atendemos a la leyenda romántica de La Magna, una vez penitente y *anandha* se vinculan físicamente, pueden comunicarse a través de la mente. Incluso llegan a sentir el dolor del otro en la distancia, aunque sospecho que para llegar a ese punto tú y yo habremos de intimar en mayor profundidad. No puedo decir que eso me preocupe», añadió de buen humor, no sabía si para no preocuparla o porque de verdad la conversación había salido a pedir de boca.

Li Zhen olvidó que se hallaba en compañía y sonrió, aliviada.

No se inclinaba por creerse la historia de que la Sehara y él se habían limitado a discutir, sin embargo. Incluso si la hechicera no tenía fama de violenta o de emplear su magia contra los inocentes, la brutalidad con la que había destruido el ambiente amoroso había sido significativo.

Pero él se encontraba bien.

«¿Cuándo volverás?», le preguntó ella.

«Antes de que acabe el día. Lo prometo».

Aunque no podía verla, Li Zhen asintió y se humedeció los labios con nerviosismo.

Tenía la cabeza confusa por el caos de emociones que luchaban por imponerse; la dicha y el inevitable temor después de intimar con un hombre por largo tiempo anhelado, la preocupación por su estado mental tras el encontronazo con lo más parecido a una madre para él, la extrañeza porque de pronto su prioridad en la vida fuera asegurar su bienestar.

—¿O estáis comunicando mediante pensamiento? —inquirió Valois con suavidad—. Deduzco, entonces, que su estado es el óptimo. Qué alivio. Así podremos permitirnos robarte unos minutos de tu tiempo... A menos, claro, que el cuerpo te requiera descanso.

Li Zhen se frotó una de las sienes, todavía aturdida por el descubrimiento.

De acuerdo a la leyenda, penitente y *anandha* no podían entablar un vínculo psíquico hasta que intercambiaban su sangre. No podía

decirse que ella hubiese sentido el deseo de morder a Cassiel, y dudaba que él lo hubiera experimentado. Si así hubiera sido, se lo habría trasladado sin ningún género de pudor, como la había hecho partícipe sin complejo alguno de cuantos otros deseos le iban asaltando.

Tuvo que respirar hondo para regresar al presente y recordar qué le había preguntado el cabeza de clan.

—¿Qué ocurre? —murmuró, demasiado desconcertada aún—. ¿Se ha averiguado algo sobre el ritual que mencionó Chen Tuan?

—Por cortesía de los textos sagrados, han llegado a nuestro conocimiento una serie de curiosidades sobre la cultura grimoriana, lo que nunca está de más —le explicó el cabecilla—, pero lo que ahora nos ocupa a Dahlia y a mí es localizar al mánager de las bandas a las que se les atribuye el hechizo de hipnosis. Hemos comprobado que es el punto en común entre Drumb Ass y Fenghuang. Según la información que Dahlia ha recabado a través de internet y haciendo las pertinentes llamadas, el referido mánager se ha apropiado de estas jóvenes estrellas en un breve período de dos meses.

—¿Cómo se las ha apañado para resultar tan convincente ante los artistas? —preguntó Li Zhen, extrañada.

—Esa es una buena pregunta. —Valois descruzó las piernas y se puso en pie. Procuró alisar las arrugas del pantalón de traje azul marino—. Lo que más ha suscitado nuestra curiosidad es que el caballero en cuestión no tiene experiencia llevando grupos de rock... ni en ningún ámbito relacionado con la música, a decir verdad. Carece incluso de un historial profesional documentado. O, al menos, no existe rastro de currículo alguno en la red. Altamente sospechoso, ¿verdad? En la era actual, toda entidad de mínima seriedad ha de contar con presencia digital, ya sea en la forma de una página web o un perfil en Instagram.

—Entonces lo habéis localizado. Sabéis cómo se llama.

—Qaghan Altun —dijo Dahlia—. No es un nombre chino, ¿no?

Li Zhen luchaba contra un desagradable dolor de cabeza.

«Jodida Sehara».

—No —murmuró mientras se frotaba la sien—, pero sí asiático. Quizá de algún pueblo túrquico.

—Podrías preguntarle por sus orígenes en persona y disipar esta incertidumbre. En aras de reforzar nuestra coartada, Dahlia creó un correo de contacto y una página web sobre Los Arcanos. Nos ha resultado providencial, porque hace apenas unas horas hemos recibido un email del mismísimo señor Altun.

—Qaghan. Señor Qaghan —corrigió Li Zhen por costumbre—. El apellido va primero. En realidad se llama Altun Qaghan.

—Cierto es, discúlpame —Valois cabeceó con humildad—. Ha manifestado su deseo de conoceros a Cassiel y a ti; a la guitarra principal y a la vocalista. No me parece una petición fuera de lugar. Las redes hierven de entusiasmo ante el talento que habéis demostrado. Pero si, en efecto, es nuestro enemigo, se nos ha brindado una oportunidad de oro.

—Su oficina está en la última planta del Yuanfen Center, la ciento seis —señaló Dahlia. Amplió una imagen en su *smartphone* y lo mostró a la guerrera. Lo había localizado en una *app* de mapas—. Se encuentra en la plaza Century de la calle Suhui.

—No me suena.

—El edificio terminó de construirse alrededor del año dos mil veinticinco, si no me engaña la memoria, y tú no has estado mucho por la zona desde el Último Final, ¿no? —Volvió a trastear en el móvil para enseñarle, esta vez, un correo electrónico redactado en chino mandarín con las fórmulas de cortesía de rigor—. Os ha citado a las nueve de la mañana.

Li Zhen asintió, desvalida, y se frotó las manos con impaciencia.

Habían tenido que pasar trece siglos y más de trece mil individuos por su vida para que se sintiera miserablemente vulnerable sin el apoyo y la proximidad de un hombre.

Había olvidado lo frágil y sensible que se podía sentir una mujer después de haber pasado la noche con alguien a quien amaba.

«A quien amaba», se repitió, con cuidado de no proyectarlo en su mente de manera que él lo oyera.

No habría tenido el valor para decírselo ni siquiera si no hubiera interrumpido la Sehara, pero odiaba aun así que la hubieran privado del intento. Quién sabía si no habría sufrido una revelación inesperada, si no la habría invadido la necesidad de declararse.

La oportunidad de estudiar su propio comportamiento en semejante tesitura no habría estado de más.

—¿Qué hora es?

—Las ocho y cuarto —se lamentó Dahlia con una mueca contrita —, por eso vas a tener que ir sin Cass. El tipo ha dicho expresamente que tiene una agenda muy complicada y que este es el único hueco que puede hacer para nosotros.

—Como actual mánager del grupo que en teoría soy, yo te escoltaré —la apaciguó Valois.

Li Zhen podría haber aclarado que no estaba distraída porque temiera la misteriosa citación, sino porque aún no lograba hacerse a la idea de que había pasado el equivalente a dos días en la Tierra flotando en ninguna parte con Cassiel.

Por más que quería centrarse en el presente, la mente se le escapaba hacia sus palabras cariñosas, al olor masculino que aún permanecía adherido a su piel, a las reacciones involuntarias de su cuerpo, que parecía tener su propia memoria y no le importaba mostrarse imprudente en presencia de otros; se erizaba igual, se retorcía igual, se derretía igual, ajeno a que ya se habían separado y pronto habrían transcurrido horas desde su adiós.

Apenas fue consciente de que Valois sugería solicitar un taxi. Obedeció a todo lo que el cabeza de clan propuso. Fingió que atendía a lo que le explicaba apoyándose en documentación que llevaba impresa en papeles que iba sacando del interior de su americana.

Solo movía la cabeza en señal de afirmación.

Lo único que logró sacarla de su ensimismamiento fue la impresión de bajar del vehículo y enfrentarse a un edificio de casi

seiscientos metros.

Por supuesto, los había más altos, pero Li Zhen había pasado tanto tiempo alejada de la grandeza de las capitales del mundo que había olvidado los milagros que la mano de obra humana podía lograr.

La cúspide del edificio de composite se perdía en las nubes de un cielo remolón que aún no había querido despedirse de la bruma matinal. La arquitectura moderna y los monumentales ventanales azul marino del Yuanfen Center casaban con el estilo más propio de mediados del siglo XXI que se apreciaba en el barrio.

Li Zhen no recordaba haber estado nunca en el distrito financiero de Xi'an desde hacía alrededor de cincuenta años.

Valois la invitó a entrar primero con una galantería tan natural para él como respirar. Tuvieron que mostrarle al guardia de seguridad el pase especial que Qaghan les había enviado por correo en formato QR; de lo contrario, no podrían acceder a la última planta, el apartamento de lujo del propietario del Yuanfen Center.

—*Yuanfen* significa «destino» —le contó Li Zhen a Valois en el ascensor. Viajaron escoltados por uno de los gorilas de la puerta. De su grueso cuello colgaba una acreditación que lo etiquetaba como empleado del señor Qaghan—. Es algo así como el equivalente chino de la serendipia. De hecho, cuando descubrí el concepto *anandha*, me vino inmediatamente a la cabeza la palabra *yuanfen*.

Valois dejó correr unos segundos en tanto que el cubículo ascendía la impresionante distancia vertical de medio kilómetro.

—Todavía estás asimilando que hayas resultado ser la mujer de otro hombre, ¿no? —inquirió en términos simplificados para no extrañar al gorila con su terminología divina.

Estaban hablando en inglés pese a conocer ambos el idioma arcaico, y el empleado daba la impresión de entender el chino y apenas dos fórmulas de cortesía en la lengua universal.

Pero, por si acaso, convenía ser prudente.

—No sé si es que soy la mujer de otro hombre o es que debido a mi condición de... pecadora —miró de reojo al guardaespaldas, que

no parecía enterarse de nada— ahora me corresponde un salvador.

—Cuando la operación llegue a su culmen, podrías plantearle la cuestión a El Magnánimo. Y, de paso, hacer valer ese favor que, en su nombre, te ofrecí en justa retribución por tu inestimable ayuda.

—¿De verdad estoy colaborando? —murmuró—. Porque siento que es más bien poco lo que hago.

—Sin ti no habríamos sabido quién es Chen Tuan, que la espada era el *jian* de Liu Song, cuál es la leyenda del cáliz de Jiajing... Y sin ti como vocalista no habríamos recibido esta invitación a conocer al mánager del momento —apostilló con un guiño desenfadado.

Cuando se permitía relajarse, Valois transmitía aún más confianza, como en ese momento: se había recostado contra la pared del ascensor y escondía sus manos de pianista en los bolsillos del chino.

Se preguntó si su relajación actual se debería al contacto, Kitty.

Li Zhen aceptó el argumento con un vago movimiento de cabeza.

—Sí... —dijo para sí misma—. Creo que acudiré a El Magnánimo en busca de respuestas.

—Si no, siempre queda la opción de aceptar lo que te ha venido dado sin otras observaciones —le sugirió Valois. Se había llevado una de las manos al extremo de la cadena de plata que siempre cargaba consigo pese a no enseñarla bajo ningún concepto. Del colgante pendía un frasco con forma de lágrima y del tamaño de una castaña —. No tenemos por qué entenderlo todo, Zhen.

Ella desvió la mirada hacia el minúsculo recipiente de cristal tintado, hermosamente engarzado con unos historiados brotes de hojas de cardo y acanto de oro blanco.

Alguien había mencionado que ahí guardaba como su mayor tesoro la sangre de su *anandha*.

—¿Tú puedes comunicarte con ella a través del pensamiento? — se oyó preguntar en voz baja antes de pararse a pensar en lo sospechoso que sonaría para el gorila.

Para no variar, este no se inmutó.

La expresión serena de Valois se fue agriando de manera gradual hasta que soltó el diminuto frasco como si acabara de recordar que era un regalo envenenado. Las comisuras de sus labios apuntaron hacia abajo en una mueca de difícil clasificación.

—No —le contestó—. Ella no me quiere.

El corazón le dio un vuelco al escucharlo pronunciarse con una sencillez resignada, contraria a sus historiadas fórmulas de expresión, a su manera de vestir anacrónica, a todo lo que él era: capas y capas de complejidad.

Lo miró con los ojos húmedos de repente.

Había dicho «ella no me quiere», no «ella no quiere».

No hubo tiempo para más conversación.

El ascensor llegó a su destino, salvándolo de las explicaciones que le había pedido o, peor, el consuelo que le habría ofrecido. Apostaba por que Valois no llevaba muy bien que le compadeciesen.

El guardaespaldas tuvo que utilizar una llave magnética que llevaba escondida tras la identificación de plástico para que las puertas se abrieran.

Accedieron a una lujosa entradilla. Sus botas de suela gruesa emitieron un sonido sordo sobre el mármol italiano, veteado de tonos dorados y plateados. El papel tapiz de seda, confeccionado a mano, recreaba escenas de la China imperial, un fastuoso detalle decorativo que le recordó a las pinturas al temple de las tumbas egipcias.

—Si usted no es el cantante, se queda aquí —dijo el guardaespaldas, agarrando a Valois del brazo.

Li Zhen se giró para ver cómo el cabeza de clan se disculpaba con una educada sonrisa, pero se quitaba su mano de encima sosteniéndole la mirada con frialdad.

—Sé comportarme, caballero —expresó con la mayor de las cortesías—. No tiene que preocuparse de que arme un escándalo indecoroso. —Atendió al gesto inquieto de Li Zhen—. Puedes adelantarte sin reparo. Estaré aquí cuando regreses.

Una mujer apareció en el recibidor vestida con un quipao clásico y el pelo recogido en un moño atravesado por una peina. Saludó a los invitados con un asentimiento elegante y le pidió a Li Zhen que la acompañara a través de la puerta corredera de la que no se había movido, una obra única de ébano de Macasar.

La riqueza no era algo que impresionara a Li Zhen, pero se preguntó quién en todo el mundo podría permitirse tener en propiedad el edificio más alto y renombrado de la ciudad y no solo decorarlo con la más alta gama de maderas preciosas, sino para colmo blindarlo con la mejor seguridad.

Se preguntó si la mujer que la guio a través de los pasillos sería lo equivalente a un ama de llaves, una esposa o una *escort*. Desconocía cómo se las gastaban los hombres ricos. Había lidiado con alguna que otra gran fortuna en su papel de vendedora de antigüedades, pero nada que pudiera compararse con aquella sonrojante opulencia.

La mujer se detuvo ante un portón de doble hoja color caoba. Se fijó en los crisantemos tallados en la madera y luego en la expresión agradablemente distante de la empleada, sin duda estudiada.

Ceñuda, la guerrera cruzó el umbral.

Cerraron la puerta acto seguido.

Valois no se lo había recomendado, pero Li Zhen había llevado consigo aun así un par de dagas; las que podían pasar desapercibidas en el interior de la chaqueta de falso cuero que lucía sobre la camiseta de nadadora.

Se extrañó al acceder a una piscina interior. No era la clase de sala de reunión que había preconcebido cuando supo del interés de Qaghan por conocer a Los Arcanos. También había esperado, atendiendo al modo en que se había dirigido a ellos en el correo, algo más de formalidad.

Nada de eso.

El tipo estaba concentrado en sus ejercicios de natación, que consistían en recorrer la piscina de punta a punta en el menor tiempo posible. Se movía rápido pero sin perder la elegancia, tanto

así que sus brazadas estilo mariposa hipnotizaban. Entre el rítmico chapoteo, las luces ambarinas graduadas para dar impresión de que era de noche y el ambiente que creaban los paneles oscuros que cubrían las paredes, Li Zhen sintió que se sumía en un sueño profundo.

Rodeó la piscina, aun así, sin apartar la vista de la piel bronceada del nadador, sus músculos apretados. Se posicionó ante las escaleras por las que obligatoriamente tendría que salir cuando se hartara de hacer largos. Entrecerró los ojos para verle la cara, pero fue inútil. Hasta que él no detuvo la actividad, estuvo esperando cruzada de brazos con una extraña expectación.

Qaghan se cansó en el decimoquinto largo. Nadó con calma hasta donde se encontraba Li Zhen y se ayudó únicamente de las manos para apoyarse del borde y salir de la piscina con un ágil movimiento. Ella tuvo que retroceder un paso para evitar mojarse y, aun así, el mánager la salpicó al sacudir un cabello oscuro como la madera quemada.

Li Zhen se lo quedó mirando sin mover una pestaña mientras él se pasaba una mano por la cara empapada y movilizaba el hombro cansado por el ejercicio. El agua chorreaba por un cuerpo moreno por naturaleza y curtido por extenuantes sesiones deportivas. No fue la profusión de los músculos o el vello rizado que le salpicaba el pecho lo que captó su atención, aunque fuera sin duda un hombre que merecía la pena detenerse a admirar, sino la cicatriz blanquecina que le cruzaba el pectoral derecho.

Aunque era anatómicamente imposible, sintió que el corazón se le retraía hasta replicar el tamaño de una almendra.

Dio un paso atrás, y luego otro, y así hasta que no hubo más distancia que poner porque su espalda chocó con la pared.

Él dejó de frotarse los ojos enrojecidos por la sal de la piscina. Eran de un ámbar acaramelado como ningún otro. Una sonrisa familiar fue estirando su boca de forma simétrica hasta alcanzar su límite: a partir de ahí, la descompensación que siempre le había hecho único, una minúscula cicatriz en el borde del labio superior

que le impedía llegar a la expresión máxima de felicidad, torcía su sonrisa hacia la travesura, lo que le confería un aire malévolo con tintes amargos.

—No quería creérmelo —dijo Arslan con la voz ronca. Se agachó para alcanzar una toalla blanca abandonada sobre las baldosas; todos los tendones en tensión le acompañaron. La guio al pecho, que comenzó a secarse en su sugerente paseo hacia Li Zhen—, pero es cierto. «Señora de Rostro Completo», oí que te llamaban en tono burlón. Te hiciste leyenda con el apodo, ¿sabes? No entendía por qué y, a decir verdad, sigo sin entenderlo ahora. —Arslan se detuvo a un palmo de Li Zhen. Soltó la toalla a un lado y le cubrió la mejilla quemada con la mano—. Solo media cara tuya encierra más belleza que todos los mundos que he visitado.

Li Zhen estaba tan fuera de sí que no atinó a abortar su caricia, aunque ¿por qué iba a hacerlo? ¿Por despecho? ¿Por rencor? Por el momento, no se le ocurría una sola razón por la que tuviese derecho a menospreciarlo. No se atrevía a respirar ni a pestañear, tan abrumada por la sorpresa que había perdido el control de sus manos y sus piernas, que habían empezado a temblarle.

—Arslan —fue cuanto consiguió pronunciar—. ¿De dónde...? ¿Qué...? —Se obligó a enderezarse y enfrentarlo con valor—. ¿Tú eres Qaghan?

—¿No has podido figurártelo? —Enarcó una ceja oscura, la sonrisa intacta en la boca del truhan—. Pensaba que sumarías dos y dos. ¿O has olvidado que el *qaghan* es el líder supremo del ejército uigur? En todos estos siglos he acumulado suficientes méritos para subir de rango, desde *tarkhan* hasta comandante jefe.

¿Cómo no lo había visto?, se reprochó ella, aún sumida en el shock. Era un nombre, o, mejor dicho, un término uigur. Qaghan Altun: El *qaghan* era la máxima autoridad, y *altun*, en su idioma, significaba «oro».

«Qué estúpida has sido».

—Ya veo que has prosperado —se le ocurrió decir en tono neutro. Se apoyó en su respuesta para eximirse de seguir contemplando el

rostro que la estaba trastornando. Su mirada vagó como un pajarillo con un ala rota por el espacio cerrado.

—No sé si puedo decir lo mismo. El Quinto Arcano está en decadencia, ¿no te parece? —la provocó con la cabeza ladeada—. Mejor dicho, los clanes de protección llevan en peligro de extinción desde hace... ¿veinte años?

Li Zhen se aferró a la fuerza de sus puños para permanecer entera y sonar digna al atacar.

—¿Por eso has elegido este momento en la historia para movilizar y atraer hacia ti a cientos y cientos de mortales inocentes? Eso suponiendo que tú seas el *qaghan* de la operación y no sigas subordinado a poderes superiores.

Al reír alegremente, Arslan exhibió una dentadura blanca y perfecta, afilada por los bordes inferiores como la hoja de un cuchillo.

—No existen poderes superiores ya, *janam*[21]. —Extendió los brazos, orgulloso, y se fue separando de Li Zhen con un balanceo juguetón que pretendía seguir el ritmo de una canción que no sonaba. Chasqueó los dedos, no supo si para atraer su atención o en sintonía con la música que oía en su cabeza—. El Gran Grimorio desapareció, ¿recuerdas? Hay quien interpreta su ausencia como una señal de que nos hemos debilitado —le concedió, ya de espaldas y encaminado a la banqueta donde descansaban sus prendas de ropa y una botella de agua—, pero yo lo tomé como una invitación a acumular logros para ocupar su puesto. Como una oportunidad de ascender, ¿sabes? Ya me conoces. Soy un culo inquieto.

—«Nos hemos debilitado» —repitió con un hilo de voz—. ¿Desde cuándo formas parte de ellos? ¿Desde cuándo eres un... —le costó pronunciarlo— grimoriano?

Arslan pareció sorprendido con la pregunta. La miró por encima del hombro cuando ya había desenroscado el tapón para dar un sorbo al agua mineral.

—Desde que La Magna me acusó de traidor y me mandó a la Tierra a buscar a mi *anandha*, claro —respondió, como si fuera evidente—. En ese momento, uno se siente más cerca del exiliado Gran Grimorio que de la virtuosísima deidad..., pero qué te voy a contar yo a ti. He seguido tu historia muy de cerca y he visto que gozas del mismo estatus que un servidor: ambos cargando con su propia penitencia... —Lanzó una mirada dramática al cielo—. ¡Quién nos lo iba a decir, Zhen!

Ella apretó los labios para contener una maldición, un grito, algo que liberase el horror que no hacía sino crecer en su interior y multiplicarse como células cancerígenas.

No se había registrado en la historia a un solo penitente que no hubiera logrado ganarse el afecto de su *anandha*. Pero fundamentándose en los efectos que había tenido perderla en los que sí disfrutaron de su amor y su perdón, así fuera por un rato, no era difícil llegar a la conclusión de que, igual que los viudos perdieron la cabeza, asimismo lo hicieron los que fueron rechazados.

Li Zhen sintió que se mareaba.

¿Ella lo había abocado a eso al no acudir a su última cita?

¿Ella lo había condenado para siempre con su abandono?

Abrió la boca para hablar, pero entonces él se bajó el bañador para empezar a vestirse y tuvo que apartar la vista, abochornada. Vigiló con curiosidad esa vergüenza que la estaba devorando, sin saber muy bien cómo se sentiría si descubría en sus sentimientos por él la más remota inclinación hacia el amor de antaño.

Pero no había nada en su interior salvo miedo y pena por si confirmaba sus sospechas y efectivamente ella había sido su verdugo.

Arslan se giró hacia la guerrera con la ropa interior ya puesta. Se había decantado por unos bóxers blancos de marca. La tira de Calvin Klein se ajustaba a su estrecha cintura como si él hubiera sido el modelo de referencia.

El cuerpo de las criaturas magnánimas que eran destinadas a la Tierra estaba sometido a las mismas variaciones y cánones estéticos que los mortales, pues copiaban sus regímenes alimenticios sin más remedio: cuando solo había gachas, tomaban gachas, y cuando se vivía de la caza y la pesca, se comía carne y pescado. Ahí donde Arslan había sido grande y robusto cuando los músculos se trabajaban a través de la lucha, ahora que los gimnasios se habían adueñado de los barrios y del tiempo libre de la gente, sus hombros y su pecho parecían esculpidos con cincel. La tonalidad broncínea de su piel era engañosa; le hacía brillar como un dios.

—¿No tienes nada que decirme? ¿Siglos y siglos sin verme tras una desaparición sin explicaciones y no se te ocurre preguntarme cómo estoy?, ¿qué he estado haciendo?

—Voy a preguntarte qué es lo que quieres. Debes de tenerlo claro si es cierto que has estado... vigilándome todo este tiempo. Y debe de importarte entre poco y nada mi falta de consideración, porque si has sabido dónde estaba y no te has acercado es porque no me necesitabas —dijo, más para convencerse a sí misma que a él.

—Estaba aquí, en el mundo, antes de que el hombre aprendiera a escribir —alegó como única defensa, sosteniéndole la mirada en la distancia con esa suspicacia que le caracterizaba—. Si a algo sabe acostumbrarse una criatura como yo, es al cambio. Puedo sobrevivir a cualquier cosa, Zhen. También a la traición.

Li Zhen lo creyó a pies juntillas.

Arslan Qasar solo era uno de los muchos nombres que había ostentado a lo largo de su vida; el que La Magna le impuso después de condenarlo a penar en busca de su *anandha* debido a su imperdonable desobediencia. Él mismo se lo contó así, sin florituras, una vez se cercioró de que Li Zhen estaba lo bastante enamorada —y por ello receptiva— para trasladarle la historia de su vida; una historia inmortal que desafiaría el entendimiento de las mentes más lógicas.

Arslan había nacido bajo el nombre Rishti en el seno de una familia humilde del sincrético Imperio Kushán. Pertenecía a la etnia

yuezhi, no uigur, pero pudo hacerse pasar por *tarkhan* del ejército siglos después porque poseía la irresistible mezcla de rasgos asiáticos de los uigures: piel morena y ojos rasgados de color caramelo.

Hablaba griego y creía en las deidades indias. Luchó en nombre de los kushán siendo humano entre los primeros siglos posteriores al nacimiento de Cristo, luchó por los uigures, luchó por los chinos, y, a partir de ahí, Li Zhen ya no supo por qué más luchó; no por el amor, porque eso se lo vetó ella al negarle su eternidad juntos, pero a la vista estaba que había seguido peleando... y que nunca dejaría de hacerlo.

—Me has hecho venir para vengarte —comprendió ella.

—¡No, hombre, no! —replicó él. Continuó vistiéndose después de calzarse unos chinos negros. Sacudió la camisa blanca con un ágil floreo antes de ponérsela sobre la piel aún húmeda, lo que la adhirió aún más a sus gruesos brazos, a su terso vientre—. Te he hecho venir porque ahora sí te necesito. Y antes de que me preguntes de nuevo por qué no fui en tu busca si tanta falta me hacías, te lo resolveré en un momento: para lo que me propongo has de acercarte tú por voluntad propia, o de lo contrario mis esfuerzos no habrán servido para nada.

—¿Tus esfuerzos? ¿Qué es lo que quieres? ¿Cómo pretendes sustituir al Gran Grimorio? Porque eso es lo que esperas conseguir, ¿no? Sustituirlo —repitió para sí, esforzándose por unir los cabos sueltos que desfilaban sin orden ni concierto en su cabeza—, no invocarlo.

—Sí, en esa hipótesis os equivocasteis tus amigos y tú —comentó con brío en tanto que se abrochaba la camisa botón por botón. No tenía ninguna prisa—. Hay un ritual, eso es verdad, pero hace tiempo desde que se perdió la esperanza del retorno de La Criatura. Los grimorianos andan necesitados de un líder que los surta de ilusiones, que les brinde victorias significativas. Yo voy a ser ese líder —proclamó sin ambición o soberbia alguna, como siempre anunciaba sus objetivos: igual que si ya los hubiera cumplido.

Esa había sido hasta ahora la clave de su éxito aplastante.

—¿Por qué? —jadeó—. ¿Qué te ha pasado, Arslan?

Él no se mostró en lo absoluto compungido o siquiera ofendido porque lo compadeciera. Se encaminó hacia un grandioso espejo de suelo a techo y se alisó las arrugas del cuello de la camisa con aire distraído.

Admirándolo a metros de distancia y apenas atisbando su perfil, Li Zhen se estremecía por el curso de los acontecimientos; por el solo hecho de estar allí, con él, siglos más tarde.

Como si no hubiera pasado el tiempo.

—¿Recuerdas la misión que me encomendó mi clan de penitencia en el siglo VIII, cuando tú y yo nos conocimos? No me refiero a cuando se me mandó a la coqueta casita de los Li, sino a mi objetivo como *tarkhan*.

—La Magna quería que sabotearais al kanato uigur desde dentro y restablecierais el orden de la dinastía Tang. En sus planes estaba la prosperidad económica y cultural del Imperio chino sobre la paz de sus vecinos —recordó en voz baja.

—Así es, exacto. Mi misión, aun siendo uigur, era aniquilar a los míos en el buen nombre de los chinos. Y antes de eso, Zhen, ¿sabes cuál fue mi misión? Traicionar a mi familia de nacimiento, a los kushán. Tuve que vender información a los sasánidas para que invadieran Bactriana y mi pueblo se fragmentara, tal y como figuraba en los objetivos largoplacistas de la deidad. Y después de eso, entre mi traición a los kushán y tu esperada aparición, se sucedieron situaciones similares en las que debí infiltrarme en una tribu o nación, adoptar su cultura y asolarla desde dentro para que el reparto territorial se diera de acuerdo a los intereses de La Magna.

»Conspiré contra los Gupta sentándome a su mesa para que se rindieran a la presión de los hunos blancos; conspiré contra los persas, que entonces eran mis amigos, para que Roma pudiera ser un imperio imbatible en Oriente y en Occidente; cumplí con mi parte extinguiendo a los Xiongnu en favor de los turcos y los mongoles, y así una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez. —Apartó la vista

del espejo, ya satisfecho con el resultado, y le lanzó una mirada apática que habría estremecido de pavor a un corazón más sensible —. Si algo llevo en la sangre, Zhen, es la traición. Vender a la diosa en favor del Gran Grimorio no solo era inevitable, sino el paso congruente; el último hasta constituirme plenamente como lo que siempre he sido.

—¿Y qué sería eso?

Para su perplejidad, Arslan le regaló una graciosa reverencia.

—Un traidor profesional.

—Las cosas han cambiado desde que desapareció. Desde que desaparecieron —se corrigió—, tanto Ella como Él. Ahora está al mando una criatura compasiva y que atiende nuestras necesidades. No es tarde para cambiar de bando, Arslan. El Magnánimo...

—El Magnánimo —repitió en tono burlón—. El nombre lo dice todo. Cualquiera que se haga llamar así está tan lleno de mierda y de delirios de grandeza como lo estuvo la deidad.

—No. No. —Sacudió la cabeza y avanzó un paso—. Escucha...

—De todos modos, Zhen —la interrumpió—, no estoy buscando el poder absoluto por venganza, sino porque me lo he ganado manchándome las manos de sangre amiga. ¡Y porque así lo quiero, qué cojones! No es una cuestión de elegir a quién someterme, si al bueno o al malo, sino de que a partir de ahora seréis todos vosotros los que os someteréis a mí. Así debió ser siempre.

Li Zhen se quedó sin aire en los pulmones.

La historia de Arslan justificaba o al menos explicaba el deterioro de su sentido de la moral, que nunca estuvo intacto, pero no pudo evitar preguntarse una vez más si ella no había jugado un papel decisivo en su caída en desgracia. Se sentía impelida a ayudarlo, a convencerlo mediante la palabra e incluso a prestarle el favor que se le hubiera metido entre ceja y ceja con tal de resarcirlo y de librarse ella de la culpabilidad.

—Dime qué es lo que pretendes —se oyó decir— y en función de eso decidiré si ayudarte.

Arslan se giró hacia ella y enterró las manos en los bolsillos del chino. Adoptó una pose relajada que no se correspondía con la determinación que hacía brillar sus ojos ámbar de forma sobrenatural.

—Quiero crear un nuevo orden basado en las ideas de control y destrucción del Gran Grimorio. Para ello necesito formar un ejército que acabe con el clan que te has ofrecido a ayudar y todos los de su quinta..., nunca mejor dicho. Imagino que no estarás de acuerdo —añadió con indiferencia.

La Li Zhen del pasado lloró para sus adentros, incapaz de entender adónde se había ido su adorado Arslan. La Li Zhen contemporánea, muy a su pesar, no estaba sorprendida en lo absoluto con su petición.

—Y yo imagino que eso te supone un problema, porque sí, he venido hasta aquí por voluntad propia —declaró con firmeza—, pero nada te garantiza que vaya a ir a donde pretendas mandarme ahora.

Arslan había aprendido a controlar su genio con el paso de los años, porque ni se ofendió ni trató de atacarla. Se limitó a asentir con aire reflexivo, mesándose la barba incipiente.

—Según me explicó Chen Tuan, no puedo forzarte si quiero que todo salga a pedir de boca..., pero no ponía en ninguna parte nada sobre los incentivos —fijó en ella una mirada insondable—, y algo que me dice que encontrarás irresistible el aliciente del que pienso valerme.

Capítulo XXVII

«De tu vestido de seda y horquillas
se exhala una indecible fragancia.»
Buscándote en el sueño
YAN JIDAO

UN NOTABLE REVUELO en las entrañas de la Orden había desviado a Cassiel de la búsqueda de Alastor. El murmullo de conversaciones atropelladas lo atrajo hacia el salón principal nada más cruzó las puertas hacia el templo.

En un primer momento se preparó para que los altos cargos le reprendieran por su rebeldía, pero asuntos de mayor calibre habían congregado a los sacerdotes en torno al altar de piedra donde unas horas antes había descansado el objeto maldito.

Cassiel no tardó en comprender a qué se debía la preocupación general.

—¿Quién ha sido? —inquirió bajo el umbral.

Procuró no llegar a compartir la carga trágica con el grupo implicándose en su inquietud. Había tomado la firme determinación de desprenderse de la Orden, y eso pasaba por sentir ajenas sus cuitas.

—No lo sabemos —respondió Primero—, pero sea quien sea el que ha robado el *jian*, ha entrado por la fuerza y empleado fórmulas de magia complejas.

—¿Solo el *jian*?

—Tomamos la precaución de colocar ambos objetos en espacios diferentes del templo —le explicó el sacerdote—. Esto nos ha salvado de que también roben el cáliz, pero considerando que alguien ha penetrado en nuestra sagrada casa, será mejor que lo pongamos de nuevo bajo la protección de El Quinto Arcano, en la Subrealidad.

—Me encargaré en persona de hacérselo llegar —se ofreció Cassiel—. ¿Sospecháis de uno de los vuestros?

Al excluirse deliberadamente —«uno de los vuestros», no «uno de los nuestros»— despertó las suspicacias de algunos de los sacerdotes, pero ninguno consideró que fuera el momento adecuado para señalarlo.

—No es posible —murmuró Sexto, tan angustiado que solo le quedaba tratar de convencerse de que no se había cometido alta traición—. Todos estamos aquí a excepción de la Sehara y su hijo. Ella no ha podido ser, y acabamos de confirmar que Alastor se encuentra en sus aposentos.

—Además de que es un completo inútil —masculló Cuarto por lo bajini.

—¡Esta es una terrible noticia! —continuó Primero en tono lúgubre—. Significa que el templo no es inexpugnable y que ahora el enemigo vuelve a tener ventaja sobre nosotros.

—¿Por qué no se ha redoblado la seguridad alternando la vigilancia del salón? —inquirió Cassiel.

—Porque a nadie se le habría ocurrido pensar que sería necesario —replicó con frialdad el cabecilla de los sacerdotes—. El templo de la Orden es uno de los pocos lugares blindados de la Suprarrealidad. ¡Del mundo entero, el inferior y el superior!

—Has de informar a El Quinto Arcano, Cassiel —le dijo Sexto—. Aunque la protección de las armas recayera sobre nosotros, la adquisición de las mismas corrió de su cuenta. Si no están aquí, estarán abajo, solo que en manos inadecuadas... y eso significa que hay que recuperarlas.

—Era hacia allí hacia donde me dirigía —clarificó él. Quizá no era el momento más indicado para airear su última decisión, pero estaba tan convencido de que hacía lo correcto y aún más deseoso de comenzar su nueva vida lejos de allí que no iba a permitir que un exceso de prudencia lo silenciara—. Si tengo noticias, me comunicaré con vosotros.

Cassiel se desmaterializó antes de que algún sacerdote pudiera hacer comentarios sobre su actitud desahogada.

Por supuesto, no mentía. Incluso si no tenía novedades que compartir, habría de ascender al Autem al menos una vez más para enfrentarse a la decepción de Alastor. Esperaba, no obstante, que desde su último encontronazo hubiera recapacitado y se mostrara algo más transigente e incluso feliz por el nuevo rumbo que tomaría.

A duras penas se le hacía soportable el hecho de romper su vínculo con la Sehara, conclusión inevitable tras la confrontación, como para colmo tener que alejarse de su único amigo por razones políticas.

«No es tu único amigo», le dijo la voz interior. «¿Qué hay de lo que has forjado con Dahlia, con Dagon, incluso con Valois? ¿No es eso verdadero compañerismo? A lo mejor no te parece justo llamarlo "camaradería" porque dista mucho de asemejarse a lo que te daba Alastor, que ha resultado estar contaminado por sus órdenes».

No era el momento de pensar en eso, se dijo para acallar las voces.

A su debido tiempo, enfrentaría al resto de sus preocupaciones.

Nada más aterrizó en el salón del Airbnb, comprobó que el ambiente no estaba mucho más distendido que en el templo. Una Dahlia con los ánimos turbulentos escuchaba con prudencia a Valois, que se apoyaba en la pantalla luminosa de un aparato electrónico para completar sus explicaciones.

Sentado en un sillón muy próximo a la pareja y sumido en un silencio sombrío, Evrani afilaba la hoja de su navaja.

—¡Gracias al cielo que estás aquí, Cass! —exclamó ella, levantándose del sofá para ir directa a él. Sintió el agradable peso de sus manos sobre los hombros—. Li Zhen ha desaparecido. Es decir... Se ha ido de forma voluntaria con el tal Qaghan, pero no ha dado explicaciones.

La palabra «desaparecido» retumbó entre sus sienes un agónico segundo.

—¿Cómo? ¿Qaghan, has dicho?

—Es el nombre del representante de los grupos implicados en las desapariciones en masa: primero Fenghuang, luego Drumb Ass. Os ha citado esta mañana en su despacho a ella y a ti.

Un ceño ominoso arrugó su frente.

—¿Y por qué no me habéis esperado?

—No sabíamos cuándo volverías —se justificó Dahlia en tono afligido—, pero ha acudido acompañada de Valois. Por lo que sabemos, ha estado a solas en torno a media hora con el tipo. Luego salió junto al susodicho y anunció que se marchaba.

—Estaba pálida —señaló Valois—, pero la vi decidida.

Cassiel levantó una mano exigiendo que le concedieran un respiro. Necesitaba silencio y hacer un llamado a la calma para asentar la información.

—¿Qué te dijo con exactitud? —quiso saber al cabo del rato.

—«Confía en mí»... Pero albergo mis serias dudas —confesó el cabecilla. Oyó el leve chasquido de su mandíbula cuando se le desencajó por la contrariedad. Se llevó una mano al mentón y lo manipuló con aire pensativo—. Qaghan no es humano, eso lo sé de buena tinta, y la rendición total y absoluta de Zhen no puede ser fruto del azar; indica que el sujeto tiene algo en su contra. Algo de gran envergadura. Nuestros enemigos nos aventajan, arcanos, y ahora que han sumado a Zhen a sus filas, sospecho que el asalto definitivo es inminente.

—No han sumado a Zhen a sus filas —se apresuró a corregir Cassiel, apretando los puños—. Que se haya ido con Qaghan no significa que esté de su parte.

—La chica no ha decidido irse con el mánager porque le apeteciera tomar un poco de aire fresco, Iluminado —intervino Evrani sin tacto—. El asunto es más complejo que eso. No puede ser casualidad que Qaghan sea Arslan Qasar.

El nombre volvió a conectar con aquella fibra sensible y recóndita que parecía haber permanecido silenciada pero latente durante toda su vida. Ahora, despertada y azuzada por el látigo de la crueldad de Evrani, ardía en el centro de su pecho.

—¿Has dicho... Arslan Qasar?

—Sí. Su amor perdido —resumió Evrani con desdén.

—El penitente que en teoría fue encomendado a Zhen —explicó Dahlia en voz baja, casi disculpándose por haber proclamado algo que hubiera preferido mantener en secreto.

El cuerpo de Cassiel suspendió toda actividad al escuchar la ratificación, desde el aliento hasta los latidos del pulso.

Aunque el secuestro del *jian* fuera preocupante a todos los niveles y su recuperación constituyese la verdadera emergencia, y aunque Li Zhen estuviera de sobra curtida en las batallas estratégicas como para actuar desde la coherencia, lo único que pensó fue que se había reencontrado con su amante por largo tiempo esperado y, en consecuencia, lo había abandonado todo.

Había abandonado la misión, había abandonado a El Quinto Arcano, y, sobre todo, lo había abandonado a él.

Comprendió por qué la Sehara le había advertido sobre el grado de peligrosidad de las emociones; por qué la Orden llevaba siglos demonizándolas.

Era debido a su poder para perturbar el raciocinio.

El miedo a que sus sospechas fueran ciertas lo acaparó todo, y, durante un instante, fue incapaz de formular palabra.

—¿Cassiel? —lo llamó Dahlia, inquieta. Le apretó el hombro para atraerlo a la realidad... o para consolarlo, quién sabía—. Cass...

—¿Dónde? —exigió saber sin haber vuelto aún en sí mismo.

—El individuo reside en la última planta del Yuanfen Center, pero ignoro el rumbo que tomaran tras su partida. Al principio intenté seguirles; de poco me sirvió una vez se desvanecieron en el aire —suspiró Valois.

—Es sospechoso que un penitente pueda desmaterializarse —señaló Evrani.

—Es un penitente con más de dos mil años —contestó el cabecilla como toda explicación—. A partir de cierta edad, incluso gracias a

ciertas concesiones de parte de la diosa o de El Magnánimo, le es posible a todos los pecadores.

—Y también es un penitente al que su *anandha* rechazó y siguió viviendo. Debería haberse podrido en el infierno —masculló Evrani— y que no lo haya hecho significa, como mínimo, que es muy escurridizo.

—¿Es posible que lleves encima el cáliz de Jiajing? —intervino Dahlia en dirección al bulto que Cassiel portaba consigo.

Era un milagro que pudiera sostenerlo aun después de que la noticia le hubiera entumecido los dedos.

—Han robado el *jian* en el templo. Los sacerdotes me han pedido que saque el otro objeto maldito de allí por prevención hasta que solucionen los problemas de seguridad. Voy a seguir el rastro de Zhen —determinó él, y se echó el morral al hombro con la intención de desvanecerse acto seguido.

Evrani detuvo el proceso de desmaterialización agarrándolo del brazo.

—¿Cómo que vas a seguir su rastro? —Sintió la presión de su mirada viva en la cara como un hierro candente—. ¿No crees que debes explicarnos primero qué ha sucedido ahí arriba?

—Han robado el *jian*. No sé qué más quieres que te diga —le ladró en el mismo tono. Si hubiera estado en plena posesión de sus facultades mentales, se habría percatado de que los presentes reaccionaban con pasmo a su rudeza—. Puedo tratar de localizar a Zhen a través de nuestra conexión mental —se obligó a explicar con el mayor tiento del que fue capaz. No era demasiado ahora que ardía por dentro por el miedo a que Arslan le hubiera hecho daño... o todo lo contrario; a que la hubiera hecho inmensamente feliz.

De llegar a tratarse de lo segundo, no tomaría represalias. No podría. Pero antes tendría que notarlo a través de sus propios sentidos.

Una palabra de sus labios, fácil de manipular, no le bastaría.

—Dudo que hayáis intercambiado sangre como para desarrollar la mencionada habilidad —señaló Valois—. Permanece con nosotros y

planificaremos una estrategia más adecuada. Tenemos el mismo interés que tú en hallarla sana y salva.

—Eso lo dudo, Valois. Y no hay tiempo para pensar. Zhen puede estar en peligro.

—Más bien Zhen se ha convertido en el peligro —replicó Evrani sin diplomacia alguna. Su boca era una ametralladora que disparaba las balas más dolorosas y, para su desgracia, también certeras—. Si se ha marchado sin rechistar con Arslan, es porque lo teme o porque lo ama, y todo el mundo sabe que las peores traiciones de la historia han ocurrido en el nombre de la supervivencia propia y de los afectos.

—Me inclino más por la idea de que Arslan tiene algo contra ella —se apresuró a decir Dahlia, sin duda para aplacar los celos rabiosos que estallaron dentro de Cassiel. Algo tuvieron que hacer con su expresión, con el modo en que ocupaba el espacio, porque la voz de la augur tembló al dirigirse a él—. No saques conclusiones precipitadas, Cass... y tú, Evrani, cierra el pico —apostilló con un rugido molesto—. ¡Siempre tienes que alterar los ánimos, joder!

—¿Acaso he dicho algo que no supiéramos todos? Una *anandha* no puede resistirse a su penitente —declaró, y ni su tono ni su argumento admitían réplica—. Si Arslan le pide a Li Zhen que se suicide a puñaladas, lo hará, aunque demore veinte años. Y si Arslan exige saber dónde se esconde El Quinto Arcano para matarnos uno a uno mientras dormimos, que es más probable, Li Zhen se lo dirá. Por eso no voy a oponerme a que te largues llevándote el cáliz contigo. Es más seguro para la pieza que permanezca en movimiento en vez de con nosotros. Apuesto el alma a que ahora somos el objetivo por cortesía de tu novia.

—¿Apuestas cosas que no tienes? —contraatacó Cassiel con frialdad.

Se había aferrado a sus puños comprimidos para convencerse de que la violencia no solucionaría nada. Arrojando los nudillos contra la cara de Evrani no lograría aflojar el nudo en la garganta y ni mucho

menos le quitaría la razón, esa razón irrefutable con la que había espolvoreado su comentario.

Sin darse cuenta, le había tomado la palabra a Li Zhen: ahora lo veía todo rojo y todo negro a la vez.

Él solo, en estado de relajación, habría llegado a la conclusión de que un penitente solo podía sobrevivir al rechazo de su *anandha* si se unía al Gran Grimorio, y que ella, inteligente y compasiva como era en el fondo, no habría tardado en decidir que tenía la culpa de su caída en desgracia y le debía al menos un favor para resarcirlo.

Pero la parte del cerebro que estudiaba las situaciones con calma y argumentaba en el nombre de la lógica parecía haberse apagado.

En contra de los ruegos de Dahlia y los intentos de Valois por apaciguarlo, salió del Airbnb con paso ligero y se arrojó a unas calles totalmente desconocidas para seguir su rastro.

En el camino a ninguna parte, porque no sabía dónde se encontraba, ni adónde iba y, para colmo, había olvidado cómo comunicarse en condiciones, sufrió varios accidentes peatonales que solo avivaron su rabia y su desconcierto.

También esquivó un vehículo en marcha de puro milagro.

En semejante estado de disociación era incapaz de ubicar en espacio los edificios o hacerse un mapa urbano en función de los sonidos, que le llegaban distorsionados y le taladraban las sienes como si estuvieran lloviendo agujas sobre él.

Había volcado su escasa concentración en invocar a Li Zhen. Le hablaba mentalmente una y otra vez, la llamaba por su nombre, le rogaba..., pero ella no contestaba, y en el fondo sentía que algo no andaba bien, porque no la percibía ni cerca ni lejos. No la percibía a secas, como si hubiera llamado a un teléfono que no existía o enviado una carta sin escribir el nombre del destinatario.

Los suyos eran mensajes que se perdían en el viento.

¿Significaba que estaba muerta?

No era posible.

Eso sí que lo habría sentido.

El cielo bramó en un idioma desconocido y empezó a descargar agua furiosamente sobre la ciudad. Cassiel tuvo que apretar el paso y refugiarse bajo la primera marquesina que encontró, que resultó ser la de un restaurante de comida local. A pesar de la tormenta que se había desatado en un momento, nadie le acompañó bajo el toldo; oía pisadas frenéticas chapoteando sobre los charcos que comenzaban a formarse en las hondonadas irregulares del asfalto, las apresuradas llamadas de teléfono a compañías de servicio de taxis, el claxon de los coches que se amontonaban ante los semáforos, nerviosos; los chirridos de las llantas, el impacto del agua sobre superficies de latón, que producía un sonido similar al de vaciar el cartucho de una ametralladora; el anunciante de un comercio aullando las rebajas por enésima vez...

Los olores no estaban siendo más benevolentes con él rebajando su intensidad para permitirle pensar: en el callejón perpendicular, alguien había arrojado bolsas de basura sin cerrar en condiciones que, por acicate del agua, emanaban ahora hedores mareantes.

El mismo restaurante despedía un fuerte tufo a aceite quemado.

Cassiel se llevó las manos a la cabeza, temblando por el dolor de una migraña que no hacía sino empeorar. La combinación de los ruidos de un día laborable y sus desesperados intentos por centrar la mente dispersa desembocaron en un estado de sobreestimulación que estuvo a punto de arrancarse una porción de piel.

¿Qué le estaba pasando? ¿Era obra de un hechizo de la Sehara por osar abandonar la Orden en una crisis de seguridad? ¿Adolecía de alguna afección mortal? ¿Así dolía que se quebrara el vínculo mental con la mujer a la que amaba...?

Cassiel se hundió los dedos en las sienes con furia y rogó al cielo para que lo estuviera matando una enfermedad. Antes prefería eso que la ruptura repentina y definitiva con Zhen.

A través de la confusión general, oyó una exclamación familiar.

—¡Cass!

Él levantó la barbilla con el corazón a punto de salírsele del pecho.

Reconoció la urgencia en los pasos y la afabilidad en el tono de la mujer que trotaba hacia él. Se giró en su dirección, todavía aturdido por el modo en que sus emociones se habían vuelto en su contra.

Lo atrapó en un abrazo antes de que pudiera reaccionar y pegó la piel fresca de la mejilla derecha contra su rostro antes de tomar sus labios en un beso tan ardoroso como su reencuentro. Olía a pachuli y ámbar, el perfume con el que Li Zhen se rociaba el cuello y las muñecas incluso cuando se iba a dormir.

La caricia de su tersa melena le hizo cosquillas.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó ella, sofocada por la carrera—. ¿Por qué no estás con El Quinto Arcano?

En un primer momento, Cassiel se dejó llevar por el calor familiar que emanaba su cuerpo y la plácida y necesaria sensación de que todo estaba en orden; de que Li Zhen no lo había abandonado.

Pero la falsa ilusión de haber recuperado lo más valioso apenas duró un instante. Enseguida se le disipó la bruma mental, permitiéndole ver con claridad que algo no andaba bien.

Cassiel replicó un bloqueo de *Shaolin* kung-fu que la misma Zhen le había enseñado aplicándolo contra él. Así intercambió sus posturas y placó a la mujer contra la pared del edificio. Situó el antebrazo contra su garganta, impidiendo así la fuga y la respiración.

—¿Quién coño eres tú? —le rugió a un palmo de la cara.

—¿Qué... qué haces, Cassiel? —balbuceó la desconocida en tono vulnerable—. No... aprietes... Me estás haciendo daño...

Pero Cassiel aplicó aún más fuerza.

Él no podía saber que se había propuesto matarla.

—¿Qué clase de magia estás utilizando para hacerte pasar por ella, eh? ¡Responde!

—No sé de qué... me... hablas... Soco... socorro... ¡Ayuda!

—¡Oye! ¿Qué cojones estás haciendo? —bramó un transeúnte en el idioma local. Cassiel sintió la mano grande y callosa de un hombre trabajador apretarle el hombro—. ¡Suéltala ahora mismo o llamaré a la policía!

Pero no esperó a que Cassiel obedeciera para hacer uso de su vigor, que no debía ser subestimado, y apartarlo de ella.

Uno de sus zapatos resbaló con el agua que se amontonaba en las aceras y trastabilló hacia atrás. El desconocido lo sujetó por la espalda para que no cayera sobre él y lo mandó hacia delante de un empujón desdeñoso.

Cassiel ignoró lo que estaba sucediendo a su alrededor para buscar el aroma a Li Zhen que la desconocida había dejado a su paso.

La sintió alejarse aprovechando la confusión.

No dudó en ir tras ella con el brazo extendido. Poco le duró la intención. El mismo transeúnte de antes, ahora con la ayuda extra de otro par de hombres que habían presenciado la escena, impidió que diera un paso más.

Entre los tres lo agarraron de los brazos y le dedicaron toda suerte de lindezas. Cassiel apenas atendió a lo que estaban diciendo. Se dejó arrastrar por los heroicos y ofendidos ciudadanos, que lo cercaron como a una bestia.

Pero su rostro seguía orientado en la dirección en la que la mujer había desaparecido, y no con las manos vacías.

Se había llevado consigo el macuto con el cáliz.

Capítulo XXVIII

«Tengo que declararme.
No me arrepentiría
aunque algún día me defraudare.»
Paseo primaveral
WEI ZHUANG

A NO MUCHOS KILÓMETROS de una heroica escena del triunfo de la concienciación ciudadana sobre la violencia machista, una estudiante norteamericana de Historia y Arqueología hacía un orgulloso recorrido de sus últimas investigaciones para el deleite de su nuevo amigo.

Desde su llegada a China, la joven había visitado todas las grandes ciudades: Shanghái, Pekín, Cantón y, por supuesto, Xi'an. Esta última había sido una de sus primeras paradas porque tenía un interés muy particular en la que fuera ciudad imperial durante la dinastía Tang, una de las más ricas culturalmente hablando.

El itinerario que había trazado con una precisión que molestaba a su compañera de clase, quien no era ni por asomo una obsesa de la planificación y tildaba a los que sí de auténticos psicópatas, contemplaba visitar Tianjin después de pasar por Shanghái. Pero un pequeño contratiempo, por decirlo de algún modo, se había interpuesto entre sus objetivos a corto plazo y ella.

Un contratiempo de metro ochenta y cinco de estatura, pintado de tatuajes coloridos de la cabeza a los pies y dueño de unos vibrantes ojos ámbar, el que para la estudiante era nada menos que el color de la felicidad.

Había conocido al entusiasta —a la par que misterioso— Dagon en unas circunstancias traumáticas. Quizá por eso —o por razones mucho menos serias; de hecho, tan superficiales como las que acababan de recitarse— se había inventado una pequeña mentirijilla: que su exhaustivo estudio exigía regresar a Xi'an.

Lo que estaba claro era que volver a coincidir con él se había convertido en su anhelo principal, y eso ya era decir viniendo de una estudiante *cum laude*.

Desde el ataque terrorista en el concierto de Fenghuang, en el que debía admitir que no había pensado tan a menudo como hubiera sido lógico considerando la magnitud de lo ocurrido —cada uno tenía una forma de afrontar el trauma, se decía, y su amiga Sophie lo ratificaba para aplacarla—, Dagon no había dejado de escribirle para asegurarse de que se encontraba bien.

Al principio, Innocence se había conmovido con su humanidad. Luego, a raíz de su sospechosa insistencia, había empezado a preguntarse si no sería un médico frustrado pero vocacional; de ahí sus preguntas específicas sobre amnesia, migrañas y bruma mental.

Una chica más segura de sí misma y con menos asignaturas que aprobar con matrícula de honor —es decir, con más tiempo libre— habría llegado a la conclusión de que estaba ligando con ella.

Innocence no se atrevía a poner la mano en el fuego por algo así. Ni siquiera ahora que Dagon había accedido a verla por tercera vez en cuestión de una semana, como los enamorados en la fase de luna de miel, y para nada más y nada menos que interesarse en sus estudios.

Algo que no había hecho ni siquiera su exnovio, todo había que decirlo. Y eso que él, a diferencia de Dag, contaba con una sólida razón para asomarse a sus investigaciones: Brad también cursaba Historia.

¿Qué cursaba Dagon?

¿Qué hacía él con esa vida que intuía maravillosa?

Era un enigma.

Innocence vigilaba ahora a su nuevo amigo a una distancia prudente. Estaba tan embelesada que no se daba ni cuenta de que contenía el aliento hasta que se atragantaba con su propia saliva. El susodicho llevaba unos minutos paseándose con las manos cruzadas a la espalda ante la amplia mesa de comedor donde ella había extendido anotaciones, pósits, mapas actuales y antiguos, imágenes

impresas con mejor y peor calidad; todo lo que necesitaba, en definitiva, para hacerle justicia a la complejidad de su investigación.

Aunque estaba orgullosísima de su esfuerzo, no era en los papeles desparramados en aquello en lo que se fijaba, sino en la sensual caída de los vaqueros anchos y desgastados a la altura de las estrechas caderas de Dagon; en cómo la camiseta de lycra que había revelado después de quitarse la sudadera se ajustaba a unos hombros con las dimensiones de una lancha motora, a una espalda bajo la que los músculos endurecidos por una admirable dedicación al deporte ondulaban según el movimiento, hipnotizadores.

A cada tanto se pasaba una mano por la cabeza rapada al uno, un gesto pensativo y ajeno a su propia belleza que la hacía salivar de forma compulsiva.

No había visto un hombre tan atractivo en sus veinte años de vida. Y es que, en realidad, no solo atractivo. Era guapo. Era sexy. Era magnético. ¡Lo era todo! Uno de esos tipos imposibles de concebir en la imaginación debido a las limitaciones de la mente humana, pero que sus escritoras preferidas de género erótico describían apoyándose en rasgos que no se observaban en los hombres normales.

Aquel era un espécimen que solo podía encontrarse en la ficción.

Dagon pareció darse cuenta de que lo estaba observando y le lanzó una mirada divertida por encima del hombro, en lo absoluto desconfiada de Innocence o siquiera consciente de su enajenación.

Ella era tan menuda que él tenía que mirarla con los párpados entrecerrados desde su estatura, un gesto de aparente soberbia que, unido a su sonrisa de crío revoltoso, solo le hacía más irresistible.

«*Buzzcut*, tatuajes *old school*, *piercings* por todas partes».

Era la fantasía de chico malo del que Innocence no había podido colgarse en su adolescencia por miedo a suspender Selectividad. O por miedo a suspender todo juicio coherente, como estaba temiendo que sucedería si no dejaba de responder sus cariñosos mensajes.

—No me digas que también andas estudiando las leyendas —comentó Dagon. Señaló con el fuerte mentón al espacio dedicado a los mitos de la China imperial—. ¿No piensas dejar nada para los demás, acaparadora?

Se tomó la libertad de seleccionar un papel al azar para hojearlo con ese interés demencial que le ponía a absolutamente todo: el que había volcado en la propia Innocence mientras volvía en sí misma tras el ataque en el concierto y que, en un delirio, la había hecho pensar que se había enamorado de ella a primera vista.

Para desgracia de su espíritu romántico, no había tardado en descubrir que así era como escuchaba a todo el mundo. Pero, a la vez, achacarle un carácter gentil a un hombre heterosexual la había llenado de esperanza hacia el género opuesto, del que no se había quedado con las mejores referencias después de romper con Brad.

Creía que los tipos que se interesaban en las mujeres para algo distinto de acostarse con ellas no existían, y eso que Innocence, debido a su físico no canónico, no había gozado especialmente de atenciones masculinas.

—Las leyendas son mi parte preferida —reconoció Innocence, y se empujó las gafas redondas hacia el entrecejo. Él captó su gesto y le sonrió con la cabeza ladeada.

—Dijo Harry Potter —se burló.

—¡Oye! Elegí este tipo de montura porque el óptico me dijo que son las que más favorecen la forma de mi cara.

—¿Y qué forma es esa? —siguió provocándola con una sonrisilla —. ¿La cara de libro? Porque es la que se te va a quedar de tanto leer.

Innocence no pudo ofenderse. Primero, porque por su salud mental había aprendido a tomarse los comentarios ajenos con filosofía, incluso si eran malintencionados. Segundo, porque Dagon decía las cosas de tal manera que era imposible interpretarlos como un ataque personal.

—Si no hubiera leído mucho, ahora no tendría nada que contarte —se defendió con un humilde encogimiento de hombros.

—Eso es verdad —le concedió dulcemente—. ¿Por qué prefieres las leyendas, si se puede saber?

Innocence cruzó las manos a la espalda para que no se diera cuenta de que le temblaban. En su presencia se sentía débil y, a la vez, con la oportunidad de exhibir su mejor versión.

—Porque aportan información crucial en un formato irresistible: el literario. No hay nada como los cuentos que se transmitían vía oral en épocas pasadas para conocer las particularidades de un pueblo. Se averigua más sobre su cultura a través del modo en que soñaban que atendiendo a criterios económicos o políticos, por solo mencionar un par.

—Más que las particularidades de un pueblo, sirven para demostrar una vez más que el hombre es uno solo, con independencia de su etnia.

—¿Qué quieres decir?

—Basándonos en todos estos estudios que tienes por aquí, parece que el ser humano pensaba y hacía lo mismo en China que en Europa, ¿no crees? —la rebatió en tono reflexivo, todavía ojeando los papeles. «Qué pestañas tan largas», se maravilló ella, contemplando su perfil. «Qué labios tan... tan... besables»—. Aquí las leyendas son las mismas que allí, lo que significa que la gente sueña con lo mismo. Con un amor prohibido que se hace realidad. Con ser la más bella del reino. Con tener la habilidad de transformarse que se atribuye a los dioses. Con hablar con los dioses —apostilló con un cabeceo—. Fíjate, si no, en la mitología. Hay una equivalencia entre Odín, Zeus y Júpiter; entre Freyja, Afrodita y Venus. Es más: para mí que Gilgamesh, Odiseo y Jiang Ziya son lo mismo.

Innocence se olvidó de su despampanante físico.

—¡En absoluto! —rugió, indignada—. ¿Cómo vas a comparar a Gilgamesh con Odiseo?

—Gilgamesh tiene una epopeya y Odiseo tiene una odisea.

Se encogió de hombros con aparente neutralidad, pero una carcajada divertida por haberla irritado se escondía tras la curva

sospechosa de sus labios.

—¡Y yo tengo piernas y tú también! ¡Eso no nos hace hermanos...! —se atragantó al ver que Dagon se doblaba sobre el costado para fingir estudiar de cerca sus extremidades inferiores. Por un instante deseó que sus muslos no tuvieran el diámetro de una columna jónica, y se apresuró a volver al tema para ahuyentar su interés en los que creía sus defectos—. Eso que tú tildas de coincidencia poniendo de ejemplo la similitud entre Zeus y Saturno no prueba que los mediterráneos pensaran como los escandinavos; prueba que la mitología de la civilización griega se exportó a Roma. ¿O no has oído hablar de la colonización?

—Oiga, señora —la advirtió con el dedo en alto, acercándoselo a la cara—, no se me ponga condescendiente, que a lo mejor yo no estudio en Harvard, pero tonto no soy.

Innocence se ruborizó.

—No pretendía... Yo no... Es que me vengo arriba hablando de lo que sé. —Agachó la vista—. Lo siento.

Él sonrió apaciblemente, denotando no tener problema con sus salidas de tono. La obligó a volver a mirarlo tirándole con suavidad de la barbilla.

—Lo que quería rebatir es que no consta que los romanos llegaran a colonizar a los pueblos vikingos. Es más, la Era Vikinga es posterior a la caída del Imperio romano de Occidente. ¿Cómo se exportó la mitología romana a Escandinavia, entonces? ¿Por qué Odín es el Zeus del norte europeo? —contraatacó él, dirigiéndole una mirada en la que brillaba un desafío amistoso.

—Porque los griegos y los romanos ya sabían escribir y los Escandinavos sabían leer. Los segundos examinaron los documentos de los primeros y así llegaron a la conclusión de que sus dioses... ¡Hablamos del fenómeno de intercambio cultural y sincretismo que parte de un origen indoeuropeo común! —concluyó, exasperada por tener que explicar una cuestión tan básica—. ¡Es antropología básica!

Dagon le hizo una caída de ojos.

—Estás volviendo a tratarme de tonto.

Innocence se mordió el labio.

—Perdón.

—Alejémonos del continente, pues. Los mayas también tenían su propio Zeus, su propio Júpiter: Itzamaná. —Se cruzó de brazos y se inclinó sobre ella con cierta arrogancia—. ¿Cómo se exportó la cultura griega al continente americano, listilla?

Innocence se cruzó de brazos y alzó la barbilla con insolencia, aun cuando lo tomaba por un digno adversario de debates historiográficos. No se dedicaba a la preservación de la cultura en ninguno de sus ámbitos, se había asegurado de interrogarlo al respecto en una de sus acaloradas discusiones, pero era un hombre increíblemente culto.

Parecía haber vivido mil vidas, haber visto el mundo entero.

Eso le gustaba tanto o más —si es que era posible— que su físico.

—Sigue sin demostrar que soñaran igual, que es lo que tú propones..., don listillo —masculló. Intrigado por la respuesta pedante, Dagon la encaró apoyando una mano sobre la mesa y descansando la cadera contra el borde, una postura tan sugerente que, si no hubieran estado debatiendo sobre su adorada especialidad, se habría desconcentrado—. La mitología no era un ejercicio de imaginación, sino una forma de humanizar las misteriosas fuerzas de la naturaleza. No hablamos de creatividad, pues, sino de preocupaciones del día a día. Todos tenían un dios del sol y todos tenían una diosa de la tierra porque dependían del sol y de la tierra para subsistir, igual que lo hacemos ahora.

—¿También eres experta en la Prehistoria?

—Yo soy una experta en todo —le soltó, envalentonada.

Podría haberse entendido como una provocación. Era, de hecho, una provocación con la que Innocence esperaba que al menos él la mirara de arriba abajo y se riera para su coleto, como mínimo divertido con sus insinuaciones. Pero Dagon se saltó la parte en la que aceptaba el segundo sentido del comentario y solo sonrió,

relajado, antes de revolverle el pelo con una de sus manazas repletas de anillos dorados.

—Pues claro que sí, sabidilla —se rio con la ternura de un hermano mayor. «Maldita sea», se lamentó ella para sus adentros. «Esto no está yendo hacia donde yo quiero»—. No es por nada, pero lo que yo defiendo y en lo que me has dado más o menos la razón lo explicaba ya Carl Jung. Él hablaba de arquetipos psicológicos universales.

Innocence sacudió la cabeza con fingida desaprobación, como siempre que se fingía idiota o planteaba una idea desde la inocencia para luego revelar que había leído densos tratados de filosofía al respecto.

—Eres imposible, ¿sabes?

Dagon le lanzó un beso.

Si hubiera sabido cómo reaccionaría ella a la provocación —al menos para sus adentros, porque no quería espantarlo—, a lo mejor se la habría ahorrado.

—¿Cuál es tu leyenda preferida de todas las que has recopilado en China? —retomó él.

—Mm...

Se mordió el labio, exagerando una mueca reflexiva. Al menos ella sentía que exageraba siempre en su presencia, que cada mínimo gesto estaba programado para tratar de captar su atención y que él se daba cuenta, lo que la dejaba en vergüenza.

Fingió que necesitaba remitirse a sus anotaciones para acercarse a él y apoyar la mano muy cerca de la suya. Le costó tragar saliva al comparar los tamaños, y es que la de Dagon podría engullir las dos suyas. Los tatuajes desgastados por el tiempo pero aún coloreados, más por la nostalgia que por el pigmento, le llegaban hasta el borde de las uñas. Tenía dibujos estampados en el dorso, en los dedos... ¿Y en la palma?

¿Y si le cogía la mano y se la giraba para comprobarlo?

¿Y si lo besaba en el canto o en la muñeca?

«Compórtate, Inno».

—No sé si diría que es la favorita, pero reconozco que me ha llamado tanto la atención que he decidido continuar mis investigaciones poniéndola como referencia. No sigue la misma estructura que la mayoría de las leyendas; parece más bien una profecía. Lo único que la señala como un relato de terror de origen chino es que involucra obras de arte de la época imperial y se sitúa en la dinastía Tang.

Dagon agachó la barbilla para mirarla directamente con un brillo en los ojos.

—¿Ah, sí?

Innocence pensó que se derretiría en contra de toda lógica física si alguien no hacía algo para impedirlo. Apartarlo de su vista sería un buen modo de evitarlo, por ejemplo.

Eso era lo único que había impedido que se arrojara sobre él la segunda vez que se vieron, cuando ya había encajado más o menos el shock del ataque terrorista: la asustaba tanto la atracción que sentía por el desconocido, esa violenta marea que la arrastraba en su dirección por más que luchara por nadar hacia la orilla, que mucho se temía que, si llegara a tocarlo, se desmayaría por la impresión.

Una parte de ella estaba desesperada por volver a Estados Unidos.

La otra no soportaba la idea de poner un océano entre los dos.

—Sí, mira. —Escondió el rostro de su observación, presa de la timidez, para buscar entre los papeles con las manos tontas, manos que no parecían suyas, como si se las hubieran prestado o intercambiado; tenía la izquierda en la muñeca derecha y la derecha en la muñeca izquierda—. No es el manuscrito original porque no te dejan llevártelo, pero conseguí convencerles de que me lo escanearan.

—No sé por qué no me sorprende —se rio él entre dientes—. Seguro que les soltaste una parrafada con la que denotabas que

eres la más lista del lugar y solo por eso te mereces un trato preferente.

—Enseñé mi carné de alumna de Harvard y una copia en PDF de mis notas —resolvió el misterio con rapidez—. Mira, lo encontré en la biblioteca de Xi'an, precisamente, y en un rincón donde no debía estar. Estaba enrollado y camuflado entre las páginas de un viejo diccionario. No está firmado, pero tras contrastarlo con un estudioso que trabaja allí, averigüé que se le atribuye a un monje taoísta. Como ves en la transcripción del margen... —prosiguió, deslizando el dedo por las letras en inglés.

—Yo no veo nada con esa letra de médico que tienes.

Se le puso el vello de punta al advertir su vertiginosa proximidad. Su cálida respiración había chocado con su cuello, expuesto por culpa de un moño que lamentó haber improvisado.

En su aliento aún había un recuerdo del café que habían tomado una hora atrás y de los caramelos que le gustaba torturar con la lengua cuando sabía que le iba a tocar escuchar más de lo que iba a hablar.

—Bueno —refunfuñó ella, ruborizada—, pues cuenta que a un guerrero uigur le fue encomendado vigilar a una familia acusada de traición en plena rebelión de Lushan, cuando el Imperio chino estaba en peligro debido a maquinaciones internas. El padre de la familia Li, que no era otro que el poeta Li Bai, le prometió al augur la mano de alguna de sus dos hijas, de la que él prefiriera, pero el susodicho no estaba allí por ambiciones románticas. Estaba allí porque su dios le susurró al oído que, si utilizaba la hoja de un *jian* imperial para cortar a las dos hermanas y se servía su sangre en un cáliz, también de origen real, obtendría la vida eterna. Pero el guerrero, que ya era inmortal gracias a un pacto perverso con su deidad, conseguiría en su lugar el poder de doblegar a los hombres. Lo que pone, si quieres que sea precisa, es que «les concedería una existencia imperecedera bajo la condición de que obedeciesen las órdenes de quien les alimentara con su sangre. Su palabra habría de ser ley».

»Lo que me llamó la atención del manuscrito no fue la historia, que, siéndote sincera, no me parece especial ni original; en todo caso traumática para las dos hermanas, que según se dice se enamoraron de él, sino ese «dios» que menciona. Verás —continuó, tan concentrada en su explicación que había olvidado que era Dagon, *¡Dagon!*, quien la escuchaba—. En China nunca se ha hablado de un dios como tal. El monoteísmo no fue tendencia hasta la llegada del budismo, pero Chen Tuan era un monje taoísta...

—¿Has dicho Chen Tuan?

—Sí. Y el taoísmo —prosiguió, pasando las páginas deprisa para subrayar con el dedo fragmentos ya resaltados. Nunca se dejaba interrumpir— es más bien una doctrina filosófica que inculca valores como el equilibrio. Los uigures, por otro lado, sí creían en el dios Tengri, pero la leyenda no habla del dios Tengri. Utiliza una palabra que no he logrado desentrañar y que el estudioso al que recurrí tampoco ha sabido traducir literalmente de la lengua original. Es algo así como Gangrimo, Garimori, Grimorión...

—Gran Grimorio —interrumpió Dagon de repente.

Innocence alzó la mirada hacia él y se topó con una expresión sombría que la habría intimidado si no dependiera de un rostro tan dulce, tan perfecto, para existir.

—A mí me gusta más cómo suena Gangrimo —dijo por llevarle la contraria.

Le encantaba debatir con él...

... Siempre y cuando le acabara dando la razón a ella, claro.

Dagon le puso una mano sobre el hombro y le regaló una sonrisa escueta.

—Inno, voy a tener que interrumpirte un momento, cariño. Necesito hacer una llamada.

No esperó a que le diera su beneplácito y salió de la sala buscando el móvil en el bolsillo trasero del pantalón.

Innocence le había advertido hacía unos días que era peligroso llevar objetos de valor donde no pudiera verlos, a lo que él, que en

ese momento se estaba encendiendo un cigarrillo, le había lanzado una mirada socarrona a través de las pestañas.

No había tenido que defenderse. Ella había captado al vuelo lo ridículo que había sido por su parte creerle susceptible de atraco.

Nadie en su sano juicio se atrevería con él.

—¡Espero que no te hayas escabullido para preguntarle a Siri si lo que te he dicho es verdad! —le dijo en voz alta, cuando ya se había perdido por el pasillo—. ¡Yo nunca miento!

«Y a ti, menos».

Capítulo XXIX

«Muy lejos ya,
diviso en la ventana verde
una lozana flor:
el rostro de mi amor.»
Noche de despedida
Wei Zhuang

Li Zhen se apartó de Arslan tan pronto como se materializaron en el claro de un frondoso bosque de pinos y cipreses. El frío no pudo perforarle la piel, pero lo sintió en la insensibilidad que le dejó la punta de la nariz y en las mejillas ateridas.

Se rodeó los hombros en una postura defensiva, como si así pudiera evitar que él volviera a ponerle la mano encima, y le lanzó una mirada que pretendía ser de odio pero se quedó en el camino. Apenas percibió la sonrisa maliciosa que curvaba sus labios —algo se proponía—, echó un vistazo a su alrededor para tratar de ubicarse en el espacio y alzar la guardia de ser necesario.

A juzgar por la temperatura, se hallaban en uno de los picos más altos de la montaña. No habían abandonado China. Reconocería la vegetación alpina de sus cumbres, sus líquenes y las plantas medicinales que afloraban en las laderas en cualquier parte.

—Sígueme —le ordenó él, y echó a andar campo a través adentrándose en la suave neblina de las altitudes.

Li Zhen no vio motivo para no obedecer. Caminó tras Arslan esforzándose por vaciar la cabeza de pensamientos, blindarla contra posibles ataques mentales y hechizos de los que lo creía perfectamente capaz.

No sería el primer penitente de la historia que, ignorando las normas implícitas y explícitas de la religión magnánima, pasaba por alto la veneración al Equilibrio y, no contento con sus aptitudes para

el combate cuerpo a cuerpo y su inmortalidad, tonteaba con la magia; sehariana o grimoriana, poco importaba eso.

Ambas eran peligrosas.

Proteger su cabeza de la invasión de un sujeto de su talla salía al alto precio de bloquear el acceso de Cassiel. Lo imaginaba tratando de llegar a ella después de descubrir que se había marchado con Arslan y se estremecía de rabia y de preocupación. Confiaba en salir viva de allí y contarle de su propia boca por qué había tomado lo que desde fuera parecía una serie de decisiones erráticas.

Vigiló los amplios hombros de Arslan en el paseo por la montaña. Se movía con la seguridad de quien había dedicado tanto tiempo a explorar aquellos terrenos que ya podía llamarlos hogar.

Sintió el deseo de preguntarle dónde había estado todos esos siglos, si había abandonado China, si había tenido algo que ver con las rebeliones políticas y guerras virulentas que se habían levantado en las regiones vecinas tanto antes como después del Imperio. Algo le decía que su condición de grimoriano no era una novedad de la centuria, sino una enfermedad cronificada desde hacía siglos. Se le veía alarmantemente cómodo en su piel de traidor..., ¿o habría dicho la verdad al señalar que en el fondo siempre había sido así?

Li Zhen ponía a prueba sus recuerdos, tratando de acceder a los momentos más tiernos que compartió con él para buscar una prueba o insinuación de la crueldad manifestada a posteriori, y no encontraba nada.

Ni bueno, ni malo.

Días que había tenido presentes cada noche durante el último milenio se habían ido desdibujando en su memoria, como si no pudiera albergar en su corazón a Cassiel y a Arslan a la vez, y ni mucho menos en un plano de igualdad.

No se atrevió a cuestionar nada, ni siquiera para averiguar dónde se encontraban, por miedo a una respuesta que la llenara de remordimientos. El incentivo no era lo único que la había arrastrado hasta allí en contra de los deseos de Valois y de su propio sentido común.

También la culpabilidad, que la estaba matando.

Si se atrevía a atribuirse en voz alta la responsabilidad del pacto de Arslan con el Mal, apostaba por que él se reiría con desdén, orgulloso como siempre había sido. Demasiado para aceptar que una mujer, para colmo inútil en aquel entonces, había tenido el poder de cambiar la trayectoria de su vida.

Pero la posibilidad de que así hubiera sido la angustiaba.

Arslan se detuvo ante el tronco de un pino de casi cuarenta metros de altura. Posó la mano sobre la corteza escarpada y pronunció unas palabras en el idioma rúnico.

Aunque aguzó el oído, Li Zhen no atinó a desentrañarlas.

El sortilegio sirvió para deshacer el hechizo que había mantenido oculto un templo inspirado en la arquitectura tradicional china. Los extremos del tejado de cerámica se curvaban hacia arriba, como las puntas de unas babuchas. Proyectaban una sombra alargada sobre las escaleras de madera que se adentraban en la primera planta; sobre las terrazas escalonadas por necesidades del terreno inclinado; sobre las vigas pintadas de un rojo vibrante.

Li Zhen comprendió que estaba ante el santuario taoísta del monte Hua, ahí donde Chen Tuan, entre otros eruditos, habían invocado a su dios del Mundo Subterráneo desde la decadencia de la dinastía Han hasta los días presentes.

La única vez que había estado en la Gran Montaña de la Flor, el nombre coloquial que recibía, aún no se había construido el sendero que conectaba sus picos.

De acuerdo a la leyenda que ahora confirmaba como cierta, el templo de Chen Tuan se hallaba en la cumbre del Oeste.

—¿Es aquí donde tienes a mi hermana? —preguntó Li Zhen con voz queda.

Arslan se limitó a lanzarle una mirada carente de emoción antes de indicarle el camino al interior. Ella se dejó guiar por el pasillo en un trance abrumador, apenas fijándose en los murales e ídolos de divinidades que habían pintado en las paredes del templo para salvarlo de la simplicidad estética.

Solo sentía el corazón bombeando sangre en el centro de su pecho y en sus oídos.

Era consciente de que se enfrentaría a una situación que cambiaría el curso de su vida, y es que el uigur solo había tenido que pronunciar una palabra de tres letras para que Li Zhen se lanzara a acompañarlo sin condiciones.

Mei.

No se había parado a preguntarse cómo era posible que su hermana mortal hubiera sobrevivido al tiempo y a la maldad que entreveía en Arslan, maldad acicateada por el despecho que habría volcado sobre ella para desquitarse por el rechazo de la mayor. Ante todo había primado el instinto de protección que su afán de supervivencia no había logrado extinguir ni aun creyéndose huérfana de hermana. Su amor sororo rehusaba marchitarse aun envilecido por la desatención y el extravío.

Al menos contaba con una garantía: Arslan no podía estar engañándola. No solo Li Zhen debía prestarse voluntariamente al ritual para que surtiera efecto, sino que él no podía atraerla sirviéndose de las odiosas artes de la mentira.

Arslan despejó las tinieblas del pasillo corriendo la puerta que daba al patio interior. La luz blanca de un día que se había levantado con el pie izquierdo se proyectaba sobre el cuadrado perfecto con un filtro grisáceo que propiciaba un efecto melancólico. Hasta los bambúes, los ciruelos y los sauces en flor parecían apagados bajo aquel cielo. Se mostraban reacios a conmoverse con la devastadora belleza de la mujer que observaba su rostro en el reflejo del agua.

El corazón se le paró al reconocer a una versión antigua y aún sin corromper de ella misma. Su casi idéntica melliza, Mei, estaba tendida de costado en el borde del estanque como una ninfa en el proceso de ser retratada; una pierna estirada sobre otra y todo el peso sobre una mano. Con la otra revolvía las aguas para tratar de atraer en su dirección uno de los lotos en flor que flotaban sobre la superficie.

La melena negra y suelta le acariciaba la espalda. Tenía la piel blanca como el amanecer y unos labios rosados que recordaban a los pétalos de la flor del cerezo.

Mei levantó la barbilla como si hubiera oído un ruido sospechoso. Su mirada se posó primero en Arslan, presencia que la hizo encogerse sobre sí misma, y luego vagó, indecisa, hasta su hermana mayor.

Un destello de reconocimiento asombrado asomó a sus hermosos ojos negros, que apenas se abrieron un instante antes de que el miedo se apoderase de ellos.

—¿No vas a saludar a tu querida hermanita, Mei? —bramó Arslan en tono exigente. Ella no solo no contestó, sino que se escondió de su vista agachando la cabeza y los hombros. Los mechones rectos que le enmarcaban la cara, más cortos que el resto de la melena, acompañaron el movimiento acariciándole las pálidas mejillas—. ¿No me has oído? Quiero que te levantes y le des la bienvenida en condiciones.

Solo el shock que paralizó a Li Zhen salvó a Arslan de que arremetiera contra él para defenderla. Contempló, sin dar crédito todavía, cómo la hermana que se golpeaba el pecho con el puño cerrado para reclamar su derecho a ser la más bella, su derecho a ser el temible Dragón Azul del Este jugando a los animales mitológicos, su derecho a convertirse en la princesa de un reino lejano y ser un ejemplo de virtud, se retraía como una tortuga en su caparazón.

En un visto y no visto, Arslan abandonó el lado de Li Zhen y se arrojó sobre Mei para agarrarla del pelo. Ella gritó y se llevó las manos al cuero cabelludo, que tuvo que arderle cuando la arrastró hacia el pasillo. Ahí, una inmóvil hermana mayor observaba la escena convencida de que se hallaba inmersa en una pesadilla.

«Todo esto es real», le susurró la voz interior.

Aquel fue el pistoletazo de salida.

Intervino arrojándose sobre los hombros del agresor y reproduciendo un movimiento de kung-fu que le sirvió de poco:

Arslan la vio venir y se apartó a tiempo. En tanto que Li Zhen se recuperaba respirando profusamente y apretaba los puños, preparándose para una segunda ofensiva con el odio inyectándole los ojos en sangre, él lanzó a Mei a sus pies como si se tratara de un cadáver desmadejado.

Le plantó un pie entre las dos escápulas para obligarla a inclinarse hacia delante en señal de respeto.

—Mucho mejor así —dijo Arslan, mirándola desde arriba con superioridad—. Que se note que tratamos de maravilla a nuestros huéspedes.

Li Zhen se debatió entre atacar al uigur y asistir a su hermana. Su corazón se inclinó por lo segundo y se apresuró a arrodillarse para ayudarla a recuperar la postura. Le pasó una mano afectuosa por la raya del pelo y la cabeza que tantas veces había mecido con cariño, e iba a preguntarle si se encontraba bien levantándole la barbilla despacio cuando su expresión la dejó helada.

Mei sonreía de oreja a oreja.

Pestañeó sin comprender, preguntándose si era una reacción natural al trauma. La risotada de un Arslan desahogado la aturdió más si cabía. Soltó a Mei, que de todos modos había rechazado su auxilio incorporándose con normalidad, y observó la escena que se desarrolló al margen de ella: su hermana se giró hacia Arslan, que la miró con la clase de orgullo que henchía el pecho, y reprodujo una suerte de reverencia de corte hacia su público tirándose de los extremos del bonito batín rosa claro que llevaba puesto.

Eso fue lo único que Li Zhen vio.

El batín.

Era de seda y tenía un estampado pintado a mano. Se trataba de la clase de atuendo que no vestiría jamás una prisionera, sino...

Una amante.

Mei aceptó el cobijo de los brazos de Arslan con un ronroneo placentero. Lo vio cerrar los ojos al inclinarse sobre ella para robarle el aliento con la clase de beso que se reservaba para el dormitorio. Arslan empujó la lengua de Mei con la suya y le cubrió media cara

con una mano posesiva para instarla a doblar la cabeza en la dirección adecuada para profundizar en el contacto.

Li Zhen se quedó donde estaba, todavía arrodillada y con los brazos laxos a cada lado del cuerpo. Fue incapaz de apartar la vista del despliegue de arrebatadora sexualidad que demostraron; más él, que apretó una de sus nalgas con fuerza antes de separarse y guiñarle un ojo.

—Os dejo a lo vuestro, que seguro que tendréis mucho de lo que hablar... y yo mucho que disponer. Nos veremos esta noche en el ritual, preciosas. Algunas más que otras... Señora de Rostro Completo —se despidió con malicia antes de dar media vuelta y perderse por donde había venido.

Mei admiró el paseo de su hombre hacia el interior del templo con el labio inferior atrapado entre los dientes, la expresión anhelante de una mujer cuyo amor permanecía inmune al roce del tiempo.

En cuanto se cerró la puerta corredera, lanzó un suspiro risueño al aire y entrelazó las manos a la espalda con ese aire juvenil que sí casaba con la hermana que había conocido; tanto así que, por un delirante instante, pensó que se había teletransportado al año 755.

Mei se apartó la melena de la cara con un coqueto movimiento de cabeza y le lanzó a Li Zhen una mirada tornasolada.

—¿No es el hombre más sexy del planeta? —se lo preguntó como se lo habría preguntado a una desconocida. Hizo una pausa intencionada antes de echar un vistazo exasperado al cielo y sonreír para su coleto—. Claro que lo es... Eso tú lo sabes mejor que nadie. Mejor que casi nadie —se corrigió con un regocijo indisimulable—. No mejor que yo, ¡eso seguro!

Li Zhen no se atrevió a moverse aún. Descansó las palmas sudorosas sobre los muslos, consciente de que temblaba por la impresión de que de pronto se hubiera desvanecido el muro que separaba a los vivos y los muertos.

No podía sentir nada que no fuese el bombeo de su pulso acelerado. Su único sentido en funcionamiento era la vista, gracias a

la que pudo apreciar la naturalidad con la que Mei se recogió el pelo con una aguja larga y se encaminó de nuevo hacia el estanque.

—¡Me alegra tanto que hayas venido por voluntad propia! —empezó a hablar con naturalidad—. Esto del ritual es el sueño por el que Arslan lleva luchando desde hace siglos, y no es hasta ahora que por fin se han dado las condiciones necesarias para cumplirlo. ¿No es de justicia que fueras tú el último paso?, ¿la otra ofrenda?

—¿La otra ofrenda? —repitió sin sentirse la cara, tal era su horror —. ¿Tú eres la primera? ¿Estás acaso dispuesta a... morir por él?

—¿Morir, dices? —repitió con voz aguda y el dramatismo que la había caracterizado toda la vida. Se paseó por el borde del estanque con las manos aún entrelazadas a la espalda—. ¡Claro que no! ¿Es que Arslan no te lo ha explicado? Necesita nuestra sangre, pero si alguna de las dos muere, como *anandhas* sagradas que somos, el ritual fracasa. A lo mejor no te lo ha dicho por si se te ocurría la estúpida idea de suicidarte y así sabotearnos, pero yo sé que tú no eres ni una cobarde ni has tenido nunca ambiciones de mártir.

—Eso no lo sabes —se oyó responder con la voz de otra—. He podido cambiar en los siglos que llevamos sin vernos.

Mei levantó las cejas y se acercó la mano a la oreja, como si no hubiera entendido bien.

—¿Lo que intuyo en tu respuesta es un reproche porque no te haya visitado?

—Has estado viva todo este tiempo —murmuró. Por el momento la vencía la derrota, pero en el fondo de sus entrañas se iba cociendo una furiosa decepción que no convenía subestimar—, y has sabido que yo también lo estaba o de lo contrario Arslan no me habría podido localizar ni tendría la menor idea de lo que he estado haciendo.

Mei relajó los hombros con un hondo suspiro que exageraba la resignación que no sentía. Sin alterarse un ápice por la futura discusión que se advertía ya en la introducción, tomó asiento en el borde del estanque con las piernas en posición de loto. Se llevó una mano al escote en forma de pico que abría el batín.

—¿Sabes? —Se acarició el pecho, distraída—. Pensaba que lo primero que me echarías en cara es que yo me quedara con Arslan, no tú, pero al final va a ser verdad que el tiempo procura el olvido. ¡Bien por ti! —Prorrumpió en aplausos infantiles con una gran sonrisa—. ¡Bien por las dos, mejor dicho! ¡Significa que ahora podemos ser amigas!

—Ser amigas —repitió otra vez, pasmada con sus conclusiones, con su absoluto desconocimiento del daño que había ocasionado.

—¡Claro! Ya no eres una amenaza para nosotros.

Li Zhen se la quedó mirando en busca de una chispa del ingenio y la astucia que la inspiraban de niña a cometer travesuras que eran la envidia de los gamberros de la región, de los estrategas imperiales, y más que eso: también carne de cañón para cuentos populares y canciones de taberna. Pero por mucho que se esforzó por ver en su gesto bobalicón un rastro de la leyenda que podría haber sido, no halló más que una sombra sin el potencial de antaño. Reconoció en sus movimientos esa ingenuidad de la que se disfrazaba para atrapar a los incautos en su tela de araña; el coqueto balanceo de los hombros, la sonrisa dulce con la que se observaba en el agua.

Pero nada más.

¿Siempre había sido víctima de la superficialidad del mundo o era la obsesión con Arslan lo que había echado a perder su autenticidad?

—Nunca he sido una amenaza para ti, y que lo insinúes siquiera denota que nunca llegaste a entender o solo a ver lo mucho que te quería.

Mei compuso una mueca de asco que se le clavó en lo más hondo del corazón.

Resultaba cuanto menos curioso, y sobre todo milagroso, que aún guardara el recuerdo de su hermana entre sus mejores tesoros; que su sonrojante egoísmo no lo hubiese anulado. Li Zhen había sido víctima de trampas mil veces más viles, de miradas mil veces más mortíferas que aquella.

Y, aun así, todavía se sorprendía.

Todavía se dolía como llevaba siglos doliéndose porque su hermana hubiera muerto odiándola con fervor. Quizá porque no era del todo falso: había seguido viviendo odiándola con fervor.

—Oh, sí, cómo olvidar tu amor incondicional. Conmovedor —recalcó en tono aburrido, manoteando desdeñosamente—. ¿Cuándo crees que lo demostraste más? ¿Cuando te citabas a escondidas con mi hombre, con mi penitente —recalcó con un fuego posesivo en la mirada—, o cuando luego actuabas como si nada, llegando a ponerme cara de buena?

Solo una sorpresa aún más demoledora podría haberla ayudado a superar el pasmo inicial.

Li Zhen apoyó una mano sobre la hierba para incorporarse y mirar desde allí a su hermana.

También había dicho la palabra *anandha*, recordó de pronto.

—¿De qué estás hablando? ¿Cómo que «tu penitente»? ¿Desde cuándo sabes tú de la existencia de la Suprarrealidad?

—Desde que Arslan llegó a nuestras vidas —contestó con orgullo —. Imagino que a ti te lo tuvo que contar también en su día para explicarte por qué debías dejar de interponerte entre nosotros. Él me había sido destinado a mí y carecía de sentido que una cualquiera, una mujer que no era su salvación, tratara de seducirlo.

A Li Zhen se le escapó una carcajada entrecortada.

Más que lo que su hermana había entendido como una declaración de amor fraternal de un cinismo insoportable, más que ninguna otra cosa, aquella carcajada la hizo erizarse como un gato y lanzarle una advertencia no verbal.

Li Zhen comprendió a partir de su postura defensiva que Mei no estaba burlándose de ella. Hablaba desde la que era su verdad, la verdad que conocía, había vivido o le había sido trasladada.

Tendría que haberla despreciado por mirarla con superioridad y desdén, orgullosa de ser la esposa eterna de Arslan; tendría que haberla despreciado por regodearse con una falta total y absoluta de compasión en lo que ella creía que era una herida todavía abierta en su hermana mayor. Pero Li Zhen solo pudo apiadarse del modo en

que la enfermedad del romanticismo la había carcomido hasta anular sus facultades mentales.

—No sé qué es lo que Arslan te decía, Mei —empezó con pies de plomo, a sabiendas de que llevándole la contraria desencadenaría uno de sus brotes—, pero, por lo que veo, es más o menos lo que me decía a mí. —Se llevó una mano a la cabeza y se retiró la peina que había estado decorando el sencillo moño. La mostró extendiéndole la palma—. Yo no fui la que sedujo a Arslan. Arslan me sedujo a mí. Primero con regalos... y luego con sus manos.

Comprendió que tendría que haber empleado otra clase de palabras al ver que su rostro se teñía de rojo como resultado de la indignación. Aunque sabía lo que seguía a un enfado de Mei, se quedó contemplándola con las piezas del puzle de los últimos acontecimientos delante de las narices.

Sabía que Arslan no había muerto. Sabía que Mei tampoco. Sabía que ella se marchó de la casita de campo en cuanto asesinaron a su familia. Sabía que, antes de eso, Arslan justificaba sus flirteos con Mei alegando que debía tenerla contenta para evitar una debacle familiar.

Sabía que Arslan y Mei habían estado juntos desde su marcha en el siglo VIII.

Sabía, sobre todo, que la *anandha* era un fragmento de la irresistible alma de La Magna que se encarnaba en la esencia de una mujer... y sabía que la esencia de una mujer como podía serlo Li Zhen no distaba mucho de la esencia de su hermana melliza.

Sabía que Mei se había referido a ambas como *anandha*.

—Estaba confundido porque al principio se sentía atraído por las dos —le explicó Mei a la defensiva, escupiendo las palabras—, como es comprensible que lo hiciera porque somos mellizas y La Magna se manifestó en las dos. ¡Pero me eligió a mí!

—¿Que te eligió a ti?

Nada salvo la curiosidad y el deseo de conocer los anhelos secretos de su hermana la motivaba a continuar la conversación.

Ciertamente, no seguía indagando porque deseara tener la razón o ansiara recalcar que Arslan la había amado solo a ella.

Lo demostró su tono conciliador al proseguir:

—Mei, él y yo habíamos planeado fugarnos la mañana que los uigures asesinaron a nuestra familia. Lo sabes mejor que nadie, porque te encargaste de impedirlo tomando cartas en el asunto.

—Exacto —proclamó con orgullo, estirando la cabeza—. Así que no te inventes que te escogió él o que me amabas sobre todas las cosas, porque de no haberte arruinado la cara y la vida, habrías empleado tus malas artes para convencerlo de quedarse contigo.

Habría tenido que estar sorda para no apreciar el orgullo que traslucía el recordatorio de su crimen.

Li Zhen aguantó la respiración y reprodujo su respuesta una y otra vez para sus adentros, esperando que, en alguno de esos burdos intentos por disculparla, el comentario se le presentara milagrosamente como una forma de ocultar la culpabilidad o la vergüenza que sentía.

Pero el tiempo no le había servido para recapacitar o madurar, para arrepentirse de sus actos. Atesoraba el momento más traumático de la vida de Li Zhen como una de sus victorias personales.

La caprichosa memoria la arrojó de cabeza a la mañana que lo estaba disponiendo todo para escaparse con Arslan. Ya no recordaba el frenetismo con el que escogía sus mejores prendas para mandarlas al fondo de un morral desgastado; ya no recordaba la sonrisa entre ilusionada y asustada que hacía temblar sus labios. Pero recordaba que Mei la interceptó en el último paso de sus preparativos, cuando, arrodillada en el templo rural en el que rezaban los lugareños, pedía a las deidades budistas y taoístas que la guardaran en su nueva vida.

Li Zhen dio un respingo al levantar la frente del suelo y ver que Mei le estaba haciendo compañía, de pie junto al portón. Vigilaba sus movimientos como el ave rapaz que escoge a su presa. No

llevaba nada más que un cómodo kimono de andar por casa y unas sandalias de madera.

El sencillo recogido despejaba su bellísimo rostro, redondo y claro como la luna.

—Te he oído despedirte de la diosa Guanyin y de Laozi. ¿Hacia dónde te diriges? —le había preguntado con voz queda—. Porque Arslan no te permitirá salir. Recuerda que la familia Li es prisionera del Imperio. Abandonar la casa requiere un permiso del emperador.

Aunque lo recitó con voz robótica y la tensión de su rostro no auguraba nada bueno, la inocencia de la juventud y la ilusión cegadora del primer amor le impidió ser consciente de lo que se avecinaba.

Li Zhen le dirigió una sonrisa que trataba de ocultar sus nervios por el futuro que la esperaba.

—No voy a ninguna parte, Mei. Tan solo presentaba mis respetos a las divinidades.

La menor asintió con la cabeza y se adentró en el reducido espacio del templo sin esperar a que la invitara. ¿Por qué iba a esperar tal cosa? Todo el mundo estaba convidado, si no obligado, a prender varillas de incienso y rendir pleitesía al panteón.

No le pareció sospechoso que Mei se arrodillara ante la fuente de calor del brasero y utilizara una vara de metal para remover las brasas de carbón.

—¿Acaso me tomas por necia? —la sorprendió preguntando en tono engañosamente dulce.

El desprecio proyectaba una sombra en el rostro de su hermana.

Entonces, en su divina inocencia, pensó que más que celosa estaba dolida porque fuera a dejarla atrás.

—¿Cómo?

—Tú y yo soñábamos con huir lejos de aquí mucho antes de que llegara ese hombre —le señaló con la voz hueca. Su mirada también estaba vacía, pero en aquel momento creyó que era resultado de la

decepción; que se estaba protegiendo de la pena de perderla—. Ahora prefieres su compañía a la mía.

Li Zhen se apresuró a arrodillarse junto a ella para cogerla de las manos.

Nunca olvidaría el tacto gélido de sus dedos.

Mei, que era voluble y rompedora como el fuego, se había apagado.

Ahora ardía como el hielo.

—¡Eso no es cierto!

—Te marchas con Arslan —sentenció, y la retó a desmentirlo con una mirada fija.

—Yo... yo... yo... —Li Zhen acabó suspirando—. Él y yo nos amamos, Mei. Llevo largo tiempo tratando de decírtelo, compartir contigo este sentimiento que me carcome, que me ha convertido en su esclava desde el instante en que puso sus ojos sobre mí..., pero temía tu juicio, tu falta de comprensión, y, sobre todo, que me despreciaras. Sé que tú también te has encaprichado de él —se arriesgó a mirarla con tristeza—. Aun así, hay... hay... cuestiones, tanto materiales como subjetivas, que me inclinan a pensar que soy la mujer destinada a él. La mayor de todas ellas es que me corresponde.

Mei le aguantó la mirada con una impasibilidad impropia de su carácter temperamental. Seguía con las palmas sobre las rodillas y la espalda recta, en la postura perfecta para recibir a un alto mandatario imperial.

Dejó que los nervios devoraran a Li Zhen por dentro durante el largo minuto que prolongó entre las dos. Jamás olvidaría el alivio que experimentó al ver florecer una sonrisa tirante en sus labios; sonrisa que entonces, por la desesperación de obtener su aprobación, por mera supervivencia, interpretó como algo positivo.

—Siendo así, no seré quien se oponga —le respondió con voz neutra. Li Zhen suspiró y abrió la boca para agradecérselo, pero Mei no había terminado—, aunque tendrás que permitirme que cuestione

ese amor que juras que te profesa. O, más que cuestionarlo..., ponerlo a prueba.

—¿Cómo?

Mei la miraba sin reaccionar, como si toda vida hubiese abandonado su cuerpo.

—¿Seguirá amándote cuando seas fea, Zhen?

—¿Fea? ¿Qué...?

No le dio tiempo a defenderse. Con una mano guiada por la clase de fuerza sobrehumana que confería la adrenalina, Mei la agarró por la cabeza y le estampó la mejilla izquierda contra las brasas ardiendo.

Li Zhen aulló de dolor y se revolvió para tratar de librarse de un dolor agudo como no volvería a sentir otro, pero ni la mismísima diosa habría podido detener el empeño de su hermana.

Incluso a través del delirio inducido por la insoportable quemazón, atinó a percibir con el rabillo del ojo la sonrisa macabra que teñía de esperanza el rostro de Mei.

—Si alguna vez ha albergado la más remota duda —oyó que decía —, ahora que no tengo rival, habrán quedado disipadas.

Li Zhen regresó a la realidad con el corazón encogido.

Por más que se había esforzado en odiar a Mei, por más lógico que fuera encontrarla pérfida, nunca había podido dirigirle emoción distinta de la lástima. Se compadecía de su carácter obsesivo, de cómo se dejaba arrastrar por sus bajas pasiones, de lo poco consciente que era de lo autodestructivas que podían llegar a ser sus comportamientos.

El paso de los años la había ayudado a hacer las paces con el hecho no menos doloroso de que Mei nunca la había querido. Bastaba con echar un vistazo objetivo a los patrones de sus juegos, en los que la pequeña siempre sometía a la mayor; a la condición, presente en todo momento, de que Li Zhen obedeciera sus órdenes para tener la fiesta en paz.

Pero ella sí la había adorado.

Incluso la había admirado.

—¿Cómo puedes estar orgullosa de lo que hiciste? ¿No te quieres a ti misma, acaso? —jadeó Li Zhen, horrorizada—. Tuviste que quemarme la cara para asegurarte de que Arslan no volvía a mirarme con amor. Tuviste que destruir a tu oponente para garantizarte lo que a todas luces entiendes como una victoria. ¿Qué honor hay en eso, Mei? Tus actos indicaron que no estabas segura de que él te quisiera, y, aun así, destruiste a quien sí te amaba solo para tener la oportunidad de consolarlo en mi ausencia.

—¡Consolarlo en tu ausencia! —repitió con una risotada—. Arslan no te ha dedicado un solo pensamiento en más de mil años.

—¿Y tú? ¿Has pensado tú en mí?

—De vez en cuando —confesó con indiferencia—, más por entretenerme que otra cosa. Te buscaba y te prestaba una visita breve y secreta para ver en qué andabas. Arslan y yo no somos estúpidos. Cuando descubrimos que trabajabas para borrar a los grimorianos de la faz de la Tierra, nos largamos de China. No volvimos hasta hace veinte años, justo cuando tú desertaste para vivir tu... Bueno, lo que sea que estés viviendo, que yo no definiría como «una vida».

—¿Y qué definirías como una vida, Mei? ¿Complacer a tu novio maligno en todo lo que te pide? ¿Esperarlo aquí encerrada durante todo el día, sin nada que hacer salvo calentarle la cama a la noche? —le planteó con una ceja enarcada. Lo último que quería era herir sus sentimientos, pero sentía que era su deber de hermana mayor señalarle cuán equivocada estaba—. ¿Eso es lo que os unió a él y a ti? ¿Que tú sí estabas conforme con que sirviera al Gran Grimorio?

Mei alzó la barbilla con aire retador y respondió a todas sus preguntas con una sola frase.

—A mí lo único que me importa es estar a su lado. Me dan lo mismo las condiciones o los sacrificios.

Li Zhen recordó lo que Dahlia le había dicho al respecto de las *anandhas* la tarde que la maquilló. «Si sigues viva hoy día, si no te

ha matado la pena o no has perdido por completo el juicio, es porque no era tu hombre».

Se concentró en sus sentimientos o en la ausencia de ellos, el vacío tan solo colmado por la sorpresa y la culpabilidad que la habían invadido al reconocer el rostro de Arslan, y luego se fijó en la pose rígida de su hermana, en su determinación a defender con garras y dientes lo que a esas alturas era un pasaje anecdótico.

Le gustara o no, le doliera o no, que Mei le borrara la mitad del rostro con unas brasas ardiendo se había convertido en una cuita del pasado sin la menor importancia.

«Si sigues viva hoy día, si no te ha matado la pena o no has perdido por completo el juicio, es porque no era tu hombre».

Estaba claro que no era su hombre, o que, si lo había sido, tenía una resiliencia que no era de ese mundo para superar lo que ninguna otra mujer de su especie había superado.

Y estaba más claro aún que más allá de que su carácter tendiera al dramatismo, Mei vivía por y para Arslan.

Por último pensó en Cassiel. Casi al instante, como si su nombre invocara toda la belleza que quedaba en la Tierra, una oleada de calor familiar la cobijó en un abrazo sanador.

¿Y si había estado equivocada todo ese tiempo?

Li Zhen le dirigió una sonrisa entristecida a su hermana.

—A mí me suena a que llevas toda la vida haciendo lo que te ordena para que no se arrepienta de la decisión que tomó.

Mei reaccionó a su comentario como si hubiese escupido a sus pies.

Se incorporó de forma abrupta. La cara se le había desfigurado en una mueca con la que Li Zhen no la reconoció. Mei se abalanzó sobre ella con los brazos temblorosos por delante, y ella, más por concederle el desahogo que necesitaba que porque no pudiese luchar, se dejó agarrar por el cuello.

No sintió miedo; si acaso un nudo en la garganta por lo que sus ojos veían.

—Y a mí me suena —dijo con agitación— a que eres una zorra resentida y te mueres de envidia porque yo... yo... arropo entre mis brazos al heredero del Gran Grimorio, y... juntos... juntos vamos a cambiarlo todo, vamos a dominar... todo cuanto alcanza a la vista, y...

Li Zhen se deshizo de sus brazos con una facilidad que la inquietó. No debía olvidar que Mei, pese a ser una *anandha*, no había luchado en guerras, no sabía obrar magia.

Era, a efectos prácticos, inútil y frágil como una mortal.

Y entonces sí que la embargó el terror, porque por todo lo débil que era Mei, Arslan era imbatible: él había iniciado esos conflictos bélicos, él había metido sus manos en los grimorios para practicar hechicería.

Ella estaba a su merced.

—Asumo que sangrar por él es lo mínimo que estás dispuesta a hacer en su nombre —murmuró Li Zhen—. Arslan te tiene a ti y me tiene a mí para ofrecer nuestra savia en el ritual. Tiene a los humanos que lo dejaron todo para seguirle por obra de un hechizo que entiendo que no durará mucho tiempo, que incluso se habrá deshecho a la muerte de Chen Tuan. Pero no tienes ni el *jian* ni el cáliz, y tampoco al hechicero. Chen Tuan está muerto: lo vi desintegrarse con mis propios ojos.

Aquella fue la primera propuesta de conversación que interesó y animó a Mei. Se enderezó, sonriente, como si no acabara de sufrir un ataque de nervios, y aclaró:

—El *jian* nos lo ha conseguido un contacto que tenemos en el Autem y el cáliz se lo he arrebatado de sus propias manos al hechicero que sustituirá a Chen Tuan. A lo mejor te suena. Cassiel «el Iluminado» —citó, engolando la voz. Se llevó las manos a la melena que descansaba sobre sus hombros y la fue peinando con los dedos con parsimonia. Le temblaban como si estuviese enferma —. Supongo que es mono... ¿Es tu nuevo tipo? No se parece en nada a Arslan. Yo sí debo de parecerme un poco a ti, porque se

alegró tanto de encontrarse conmigo que ni se enteró de que me llevaba el cáliz.

Li Zhen se olvidó del regocijo que había sentido al creer que El Quinto Arcano aún les llevaba ventaja. Imaginó toda clase de escenarios en los que Mei pudiera haber coincidido con Cassiel, ninguno de ellos positivo, y todo su cuerpo reaccionó rebelándose en respuesta.

Avanzó hacia ella con los puños crispados.

—¿Qué le has hecho?

—¿Cómo que qué le he hecho? Nada que no pudiera gustarle, no te preocupes —se rio ella—. No besa nada mal para tratarse de un hombre que ha tenido poca experiencia con las mujeres. Pero no se lo vayas a decir a Arslan, ¿eh? Sigue siendo muy celoso.

Imágenes del beso entre Mei y Cassiel bombardearon su cabeza, de por sí sensible y sobre todo abrumada por lo ocurrido en las últimas horas.

No pensó en lo que hacía, sino que actuó. Se abalanzó sobre su hermana pequeña, placándola contra el suelo.

Mei solo se rio, divertida, y siguió haciéndolo aun cuando Li Zhen le presionó el cuello con el antebrazo.

—¿Qué —recalcó—. Le. Has. Hecho?

—Llevaba el cáliz encima, nosotros lo necesitábamos y parece que tú y yo somos muy parecidas en todos los sentidos. Entre que llevas toda la vida usando el mismo perfume y él es ciego, no me costó confundirlo durante el tiempo suficiente para robarle. No te enfades —le dijo Mei en tono dulcificado. Le acarició la mejilla sana con los dedos—. Creo que solo me besó porque pensaba que eras tú; como Arslan pensaba que tú eras yo cuando te besaba a ti.

—Esta vez no vas a tener lo que quieres, Mei —masculló Li Zhen —. Ni tú, ni Arslan. Cassiel no se prestaría a oficiar el ritual con su magia. Tiene principios.

—Y debilidades —apostilló—: Cuando sepa que estás aquí porque logre rastrear el vínculo que os une ahora que os habéis... relacionado, no dudará en venir. Y cuando Arslan te ponga un cuchillo contra la garganta y amenace con matarte si no usa su magia, ¿qué crees que hará? Según sé, ha traicionado a la Orden de sacerdotes y va a renegar de la magnificencia porque prefiere estar contigo. —Una sonrisa victoriosa se extendió en sus labios—. ¿Qué *no* haría para protegerte, Zhen?

Capítulo XXX

«Yo preferiría tenerla a ella
a tener un pueblo
o todo un imperio.»
Mi canción
Li Yannian

Cassiel se enderezó tan pronto como sintió que regresaba su conexión con Li Zhen.

«¿*Feitian*?», la llamó, sobrecogido. «¿Dónde estás?».

Que no hubiera respuesta inmediata le hizo temerse lo peor.

Aunque Dahlia le estaba preguntando qué veía, qué sentía, cerró los ojos y se abstrajo del ruido general para concentrarse en ese pequeño chisporroteo que le había advertido de la posición de la guerrera.

No pudo ver el punto que ella ocupaba en el mapa. Entre que no conocía el terreno, que la visión que solía ir vinculada con la sensación de estar unidos le estaba vetada y que Li Zhen había bloqueado de inmediato su conexión, tuvo que conformarse con un olor a bosque de pino humedecido por la altitud y a las plantas medicinales que poblaban las laderas de la montaña.

—Está en... Maldita sea, no creo que sean datos suficientes para localizarla.

Dejó caer la cabeza entre las manos, desesperado pero nunca rendido.

Llevaba horas sentado en el sofá del Airbnb, a donde se había desplazado tras el robo del cáliz para advertir a El Quinto Arcano de que la hermana de Li Zhen había sobrevivido, y, si no su gemela, al menos era su melliza.

Solo eso podía explicar que, aunque fuera durante un instante, Cassiel la hubiera confundido con ella.

—No es la ciudad, de eso estoy seguro. Diría que tampoco se la han llevado del país.

—Eso es un alivio —señaló Valois—. Por lo general, un penitente carece de la facultad de materializarse en lugares muy alejados. Se ve limitado a un radio que apenas excede los cien o doscientos kilómetros. Pero tratándose de Arslan... Lleva alrededor de veinte siglos vivo, y si la leyenda que nos ha relatado Dagon encierra un ápice de verdad, su *anandha* le ha estado suministrando su sangre a diario. Esto le habrá fortalecido y curado de todas sus maldiciones.

—Entonces la *anandha* era la otra, no Zhen —musitó Dahlia.

—Todo apunta que así es —confirmó Valois—. Yo llevo en esta tierra desde el origen de los tiempos, tanto o más que la institución penitente-*anandha*, y puedo aseguraros con plena certeza que jamás se ha registrado un caso como este. Nunca en la historia le ha correspondido a un pecador más de un amor. No por ley divina, al menos.

—Me pregunto qué haría La Magna al saber del... error —musitó Dahlia—. Porque estoy segura de que fue un error de cálculo que ocurriera algo así.

—Y más en la China imperial, cuando no se estilaba el poliamor —apostilló el cabecilla—. Solo sucedía entre los emperadores, conocidos por sus saturados concubinatos... y no siempre con el generoso beneplácito de las implicadas, que a menudo se mataban entre ellas.

—La Magna no haría nada —concluyó Dagon en tono sombrío—. Nunca hacía nada en estos casos.

Cassiel había dejado de escuchar. Solo se pasaba las manos por la cabellera de forma compulsiva. Se acabó agarrando a los mechones más largos, reprimiendo el impulso de arrancárselos.

Dagon había llegado al punto de encuentro antes que él y había informado a El Quinto Arcano de lo que había descubierto sobre el ritual gracias a unas escrituras extraviadas del puño y letra de Chen Tuan. La joven Innocence, que solo la bendita casualidad podía haber puesto en el camino del clan para resolver el misterio, les

había cedido de buena voluntad la copia del texto con la condición de que se lo devolvieran antes de su regreso a Boston.

Cassiel había escuchado con atención y casi sin respirar lo que Valois había traducido para ellos con la soltura de quien hablaba todos los idiomas y dialectos del mundo.

Él había podido confirmar la existencia —o, mejor dicho, la supervivencia— de Mei aportando su propia experiencia. En otras circunstancias se habría sentido aliviado e incluso feliz por este hecho: aunque saltaba a la vista que Li Zhen no había acabado en los mejores términos con su hermana, también era obvio que la quería. Se alegraría enormemente de saber que aún caminaba entre los vivos.

Además, el hecho de que Mei y Li Zhen hubieran sido dos *anandhas* igual de aptas y legítimas para aspirar al amor de Arslan y que la primera se lo hubiera llevado de calle demostraba que él tenía una oportunidad real de ser feliz con la guerrera. Se había encontrado una explicación a por qué Li Zhen no había perdido la cabeza después de separarse de Arslan y, con ello, Cassiel le había dado también un sentido esperanzador a la vida que deseaba tener a su lado.

Pero esa vida no sería posible si Arslan la tenía presa.

—Sabemos que no le hará daño —lo tranquilizó Dahlia, poniéndole una mano amable sobre el hombro—. Según los textos, no puede matar a ninguna de las *anandhas* sagradas a la hora de extraerles la sangre.

—Pero no podemos consentir que la situación desemboque en tal desenlace. Nos incumbe aún la responsabilidad de encontrarlos y pararles los pies —dijo Valois—. Nuestra prioridad radica en impedir que los inocentes cautivos alcancen la inmortalidad y se conviertan en esclavos eternos de un tirano... así que, Cassiel; trata de concentrarte de nuevo y ser preciso describiendo lo que has presentido.

—Solo sé que está en las montañas, y que... que se halla en el interior de un edificio muy antiguo y protegido por un hechizo. Es el

único en miles de kilómetros. Y que no quiere que la encuentre, por la razón que sea —añadió por lo bajo—. Está boicoteando adrede nuestro vínculo.

—Querrá protegerte —murmuró Dahlia.

—¿Y quién la protege a ella? —rugió Cassiel—. Ciertamente no el hijo de puta de su penitente, y menos todavía esa mujer traicionera que se hace llamar hermana. Las dos personas por las que llevaba siglos penando y sintiéndose culpable han resultado ser sus peores enemigas. ¿Por qué no me deja al menos acceder a su mente y consolarla? ¡Mi sola presencia podría tranquilizarla!

—Tiene que estar en el pico Xi Feng, al Oeste de la Gran Montaña de la Flor —interrumpió Evrani en tono neutro. Todas las cabezas se giraron hacia él, la de Cassiel la primera. Había estado reclinado a un margen contemplando el paisaje nuboso por el ventanal del salón—. Sabemos que el ritual lo escribió y lo iba a oficiar Chen Tuan, que fue un monje taoísta, y sabemos también que Chen Tuan recibió la inmortalidad y habló con el Gran Grimorio desde el templo de su religión que se escondía en el monte Hua. Si además has olido un bosque de pinos, blanco y en botella. Otra cosa es que encontremos el modo de acceder.

—Tiene sentido —dijo Dagon al cabo de un rato—, pero puede que ya hayan adivinado que vamos a llegar a la conclusión obvia y quieran distraernos guiándonos hacia allí. Propongo que nos dividamos; que unos vayan al pico del Oeste y los otros se queden peinando la zona por si se hubieran preparado para emboscarnos. No sabemos cuántos grimorianos están involucrados en esto más allá del difunto Chen Tuan, Arslan y Mei.

—Y quienquiera que robase el *jian* para ellos —añadió Evrani—. Me da a mí que el ladrón es el más peligroso de todos.

—Es una propuesta sensata —le concedió Valois a Dagon—. Tú, Evra y yo nos quedaremos peinando la montaña y escudriñando sus rincones mientras Dahlia y Cassiel hallan el modo de penetrar, magia mediante, en el misterioso templo.

—Yo estoy más familiarizado con la magia grimoriana que él. Es probable que necesite mi ayuda para disolver un hechizo creado precisamente para permanecer oculto a ojos magnánimos —replicó Evrani—. Los acompañaré.

Cassiel aceptó sus limitaciones con un sincero asentimiento y agradeció de corazón que se ofreciera.

Era cierto que Evrani poseía unos conocimientos de la magia que trascendían los estudios de Taumaturgia a los que les habían sometido a ambos en la Orden. Le constaba que el chico había permanecido bajo el yugo de los grimorianos hasta bien entrada la infancia y allí había aprendido trucos, desentrañado secretos y asimilado energías que no quedaban al alcance de cualquiera.

Ni siquiera del grandioso Iluminado, y no se dijera ya de la Sehara.

Ninguno de los presentes tuvo dificultad a la hora de desmaterializarse hacia las montañas. Cassiel y Evrani contaban con su propia magia, Valois era un penitente curtido en el tiempo y poseía ese don, y a Dahlia y a Dagon no les importaba depender de que otros tuvieran que emplear un conjuro para enviarlos a donde marcaba la brújula.

Nada más aterrizar en el corazón del monte Hua, el aire frío del ambiente húmedo se le metió bajo la ropa.

—El olor de Zhen se intensifica aquí —anunció Cassiel—. Creo que podría seguir su rastro.

—¿Seguro de que no te confundes con el de Mei?

—No, Evra. Es Zhen.

Cassiel emprendió la marcha acto seguido.

Su aroma natural, mezclado con el perfume que gustaba de usar, se presentía con mayor intensidad en los troncos en los que había apoyado una mano, en las zonas donde la maleza seguía empapada de barro y por las que sus zapatos habían transitado.

Se sentía igual que un perro cazador. Sabría decir con exactitud cuánto rato había transcurrido desde su paso por allí en función de la frescura del olor, como sangre que no se había secado aún.

Aunque estaba focalizado en el rastro de Li Zhen, sentía a Dahlia y a Evrani siguiéndolo y hablando entre ellos en voz baja.

—¿No piensas darme una explicación? —decía él.

—¿Todavía estás con esas? —suspiró ella, cansada—. ¿Qué te importa lo que hiciéramos? Lo único que tienes que saber es que no me incomodó, que fue todo un caballero y que me divertí.

—¿Cuál de todas esas cosas dirías que es la que te falta habitualmente? ¿Caballerosidad o diversión?

—Bueno, tú no eres el tipo más gracioso, si eso es lo que preguntas. ¿Cuál es el problema, Ev? No me viene nada mal pasar un rato guay de vez en cuando con un mortal para recordar por qué estamos en el mundo.

—No estamos en el mundo para cenar con millonarios. Y no has contestado todavía a la pregunta que llevo días haciéndote. ¿Te has acostado con él?

—¿Qué te importa?

—Me importa —gruñó él.

—Callaos —masculló Cassiel—. Necesito silencio y tranquilidad.

Dahlia no solo no tuvo problema en obedecer, sino que se alegró de que hubiera intervenido justo a tiempo. Evrani sí parecía por la labor de seguir insistiendo, pero, por fortuna, el choque con un muro invisible los centró en lo que habían ido a hacer.

Cassiel alargó la mano hacia el campo de fuerza que lo había expulsado y formó un puño para tocarlo con los nudillos. La superficie era dura cuando se golpeaba, pero al vibrar se transformaba en un material maleable.

—Tiene que estar al otro lado. Su rastro sigue por ahí.

Apoyó la palma extendida en el muro y murmuró unas palabras en el idioma rúnico. Primero sintió el cosquilleo en las yemas de los dedos, y luego el calor que emanaba el conjuro.

No podían llamar la atención destruyendo el conjuro grimoriano. Debía ser sutil a la hora de deshacerlo de modo que no supieran de su llegada.

No pareció que estuviera surtiendo efecto hasta que Evrani se posicionó a su lado, presencia sólida que provocaba siempre los mismos vellos erizados que un mal presentimiento, y se unió al hechizo colocando su mano sobre la de él. De inmediato, el muro se fundió, pasando de la rigidez del cristal a un líquido pegajoso que parecía manar del cielo.

Pudieron acceder momentos más tarde.

—¿Veis algo? —preguntó Cassiel.

—El templo, tal y como había previsto Evra —dijo Dahlia—. ¿Cómo entramos sin ser vistos?

—Tendrán que vernos tarde o temprano. —Evrani echó a andar sin pensarlo dos veces—. Hemos venido a enfrentarnos a ellos, no a robar.

«Yo solo he venido a robar», pensó Cassiel. «A llevarme a Zhen».

Ya no tenía nada que demostrar. Se prestaría a poner sus dones al servicio de El Quinto Arcano en un futuro por mero agradecimiento hacia ellos, pues habían sido lo más parecido a un amigo que había tenido desde Alastor, pero no pondría su vida en peligro ni esperaría un aplauso tras la misión actual.

Su principal cometido era recuperar a la guerrera sana y salva.

Todo lo demás era polvo.

Siguió los pasos seguros de Evrani hasta la edificación.

Por una vez no se preguntó cómo sería estéticamente. Se limitó a memorizar el crujido de la madera bajo los pies del muchacho para cerciorarse de que él ponía los pies en el mismo sitio... hasta que un rastro de perfume familiar y al mismo tiempo desconocido lo detuvo.

Evrani frenó a la vez, como si lo hubiera olido también.

Solo que no lo había olido: lo había visto.

—¿Alpinistas perdidos? —oyó que preguntaba una jocosa voz femenina—. Por aquí no se llega al pico más alto, señores.

Cuando no imitaba a Li Zhen para confundirlo, sonaba bastante más dulce y aguda que su hermana mayor, no solo por naturaleza

sino porque forzaba su inflexión gentil, como si le hubiesen pedido que se mostrara más femenina.

La voz de Mei provenía de las alturas. Debía de encontrarse en el segundo piso del templo, asomada a la balaustrada de los corredores exteriores que daban al patio interior.

—¿Dónde está? —exigió saber Cassiel sin más rodeos.

Fue de agradecer que Mei no se hiciera la tonta.

—A buen recaudo. Mi hermana es tan bondadosa que se ha preocupado de hacer compañía a los hombres y mujeres que han venido hasta aquí buscando la trascendencia y la eternidad.

—La estás reteniendo en contra de su voluntad —masculló Cassiel.

—Por supuesto que no. Si estáis aquí, es porque ya os habéis enterado de en qué consiste el ritual. Ella quiere estar con nosotros. Quiere ayudarnos. Así que si vuestro objetivo es salvarla de un terrible destino... os invito a marcharos por donde hayáis venido. Excepto al hechicero, claro —añadió.

—¿Cuál de los dos? —inquirió Evrani.

—El único que nos sirve, claro. El Iluminado.

—¿Cómo que el único que os sirve? —repitió Dahlia.

Mei no contestó enseguida. Desapareció de la balaustrada para internarse en el edificio y bajar las escaleras que la conducirían al patio interior, a donde Cassiel supo que habían llegado al sentir el refugio de la profusa vegetación.

El olor la precedió. En la esencia de Mei se entremezclaban algunos aromas que él había conocido a través de Li Zhen, pero el suyo era un perfume más dulzón y mareante, como si se hubiese rociado con el dispensador de la colonia de manera compulsiva, casi desesperada.

—Un monje, sacerdote o hechicero grimoriano no puede oficiar el conocido ritual de las *anandhas*. Estas preciosas criaturas que somos mi hermana y yo merecen un respeto, ¿entendéis? Solo un ser luminoso, magnánimo de la cabeza a los pies, puede derramar su

sangre a través de la magia y que no se vuelva en contra de quienes la beban. Es un ritual plagado de condiciones, lo sé... —la imaginó poniendo los ojos en blanco—, pero algo me dice que el resultado merecerá la pena.

—Si necesitabais al Iluminado en concreto, el Iluminado y nadie más, ¿por qué involucrasteis a Chen Tuan?

—Necesitábamos a Chen Tuan para confirmar que el ritual plasmado en sus escritos no era un mero relato para hacer las delicias del pueblo llano. Y para atraer a los humanos, por supuesto. Suerte que ellos, a diferencia de las *anandhas*, no tienen por qué dar su beneplácito para participar, ¿verdad?

Mei no pudo seguir hablando. Una presión repentina y tiránica le cerró las vías respiratorias: Evrani había avanzado un par de pasos, haciendo crujir la madera en el proceso, y había levantado a la joven del suelo agarrándola por el cuello.

—Podría matarte aquí y ahora, y sin emplear trucos de magia... y entonces se te acabaría el chollo. A ti y a la basura humana de tu penitente —recalcó sin un ápice de emoción en la voz, igual que si recitara la lista de la compra—. Puede que el amor de ese hijo de perra te haya hecho inmortal, pero sigues siendo frágil. Un poco de presión aquí, en tu codo o en tu pierna, y te partiré los huesos como si fueran las ramitas de un árbol.

Mei soltó una risita estrangulada.

—Es verdad que... que los... tiempos han cambiado desde que La Mag... La Magna no está entre vo... vosotros, pero, según tengo entendido, la figura de la *anandha* no hizo sino sacra... sacralizarse el doble a raíz de su desaparición. Si matas a una criatura sagrada, serás malde... maldecido para siempre, tú y... tú y toda tu quinta.

Cassiel sintió la energía oscura que rodeó a Evrani al apretar aún más los dedos contra la garganta de Mei.

—Cuando eres maldecido estando ya maldito, ¿qué es lo que ocurre? —inquirió. Había una sonrisa macabra en su tono de voz—. ¿La primera maldición se anula? ¿Se anulan las dos? ¿O estás doblemente maldito? ¿Y qué podría significar esto último para mí?

Quizá que soy el doble de peligroso... o que te puedo matar infligiéndote el doble de dolor.

—Evra —lo llamó Dahlia, encogida—. Suéltala.

Cassiel no le dio ese voto de confianza al hechicero y tomó cartas en el asunto invocando un hechizo para separar a Evrani de Mei, no solo por un momento, sino para lo que durase su interacción. Cada vez que él tratara de acercarse a la *anandha*, un muro invisible similar al que había ocultado el templo lo impediría.

Que Cassiel supiera, no se había dado un caso en la historia en el que una criatura magnánima hubiera acabado con la vida de uno de los fragmentos del alma de La Magna. Aun así, en los textos estaba descrito con doloroso detalle a qué tendría que enfrentarse el atrevido en cuestión si no podía aportar negligencia o descuido en su defensa; si la asesinaba a sangre fría.

Cassiel también podría acabar con Mei en un abrir y cerrar de ojos, pero no se le ocurriría matar a la hermana de Zhen.

Esto pesaba más en su decisión de bajar las armas que ningún castigo eterno.

—Qué encantador eres —comentó Mei en cuanto se vio libre, orientando su mirada socarrona hacia Cassiel—. No te esperaba así, ¿sabes? Tan atento, tan considerado... En su etapa de penitente de El Cuarto Clan, mi hermana se habría merendado a un tipo como tú. Pero así es la vida. Como no pudo quedarse con mi Arslan —prosiguió en tono cantarín—, se ha tenido que conformar con lo que ha encontrado.

—Por lo que sé, no se quedó con él porque no quiso —intervino Dahlia, que hasta el momento había permanecido unos pasos por detrás escudriñando a Mei. Cassiel había notado la fijeza de su mirada calculadora por encima del hombro—. Comprendió lo lejos que estabas dispuesta a llegar si se marchaba con Arslan después de que le achicharrases la cara, y entre que estaba avergonzada por cómo se había quedado y que los uigures, a los que él pertenecía, pasaron por la espada a la familia Li, decidió no acudir a la cita que tenían. En su lugar, se marchó a la capital.

Cassiel se enderezó, atraído por esa parte de la historia que no le había sido contada.

—Estás muy informada —respondió Mei al cabo de un rato. Ya no había rastro de la alegría en su voz. Sonó mucho menos femenina, mucho menos agradable—. Sesgadamente informada, diría yo. Veo que mi hermana ha hecho amigos y les ha contado su versión de las cosas.

—Yo no veo versiones de las cosas, Li Mei —le dijo Dahlia con llaneza—. Veo las cosas tal y como son. Y lo que he visto en cuanto he cruzado estas puertas, en cuanto te he mirado a ti, ha sido lo que pasó ese invierno del año 757.

—¿Y a quién se lo quieres contar que no lo sepa? Porque yo también me acuerdo de lo que pasó. Lo que pasó —continuó, envalentonada— es que Arslan vino a buscarme. No se fue con ella, sino conmigo.

—Fue a buscarte a ti porque Zhen no acudió a la cita.

Mei soltó una carcajada desdeñosa.

—Tonterías.

Cassiel sintió que Dahlia lo agarraba de la mano.

Al principio se extrañó. ¿Necesitaría algún tipo de apoyo? Sabía que las criaturas con talentos ocultistas que habían nacido en un cuerpo, una familia y una sociedad mortal tendían a buscar el contacto físico cuando tenían miedo. Pero no tardó en comprender que solo quería que viera la verdad de la que hablaba.

Ante él se abrió de pronto un mundo nuevo a la vez que antiguo. La magia augur le mostró unas imágenes que no dependían de ojos o miradas para ser vistas, pues provenían del pasado.

Atisbar el paisaje invernal de un bosque con una vegetación profusa, poder ver el cielo rojizo de la tarde a punto de sucumbir a las tinieblas, le produjo una sensación tan violentamente hermosa que se le anegaron los ojos en lágrimas.

La visión mostraba a un soldado vestido de cabeza a los pies con la armadura de su ejército. No le era posible reconocer la tradición

militar uigur en las escamas de metal que le recubrían el pecho o el casco que le protegía la nariz, pero supo que se trataba de Arslan. ¿Cómo no iba a saber que era él, si estaba unido a Li Zhen de una manera tal que sentía como propios a todos sus amantes y enemigos?

Arslan esperaba con el rostro tenso por la impaciencia. El sol a punto de ponerse por el oeste proyectaba cada vez más largas las sombras de los árboles.

Dahlia no mentía cuando decía que veía las cosas tal y como sucedieron o tal y como sucederían, pero no contaba toda la verdad. La verdad era que también podía empaparse de las sensaciones que estaba experimentando el protagonista de la escena.

Cassiel consiguió empatizar con las emociones de Arslan porque eran las que llevaban atosigándole desde que se había despedido de Li Zhen: el miedo a no volver a verla, el miedo a que algo saliera mal, el miedo a no ser suficientemente amado.

—Arslan la esperó hasta que el sol se puso —clamó Dahlia—. Estaba marchándose de Guizhou con el corazón roto cuando tropezó contigo en la orilla del río y decidió conformarse.

—¡Eso es mentira! —rugió Mei.

Pero la desesperación en su tono advertía que no era la primera vez que se engañaba a sí misma. En sus interiores se revolvía la bestia verde de los celos, una bestia más antigua que el mundo. No le había costado domesticarla mientras su hermana permaneció lejos; ahora que ella se hallaba en el corazón del templo, había despertado y amenazaba con derrumbar el castillo de ilusiones que le había permitido ser feliz durante siglos.

Cassiel confirmó que estaba retransmitiendo la pura verdad un rato después, cuando, en efecto, la noche cayó como una maldición sobre el corazón roto de Arslan y este, aferrado a su orgullo maltrecho, emprendió su camino hacia la gran ciudad...

... para lo que tenía que cruzar el río.

Y allí estaba ella.

Feitian.

La ninfa del agua.

La mujer de su visión era Mei.

Su corazón se saltó un latido al reconocer la caída de su melena negra, la que de niño se le antojó lo más parecido a un cielo nocturno que contemplaría jamás; la piel blanca como el resplandor luminoso de una mañana despejada, los ojos oscuros y rasgados.

No aparecía tal y como se le presentó en su visión, pero era ella, sin lugar a dudas.

Se le rompió el alma al comprender que el instinto le había mentido y Li Zhen no era su *feitian* por legítimo derecho, porque así lo hubiera determinado la divinidad.

Pero volvió a renacer, ilusionado y por una vez orgulloso de sí mismo, porque era su *feitian* porque él lo había decidido.

Nada le importaba tanto ahora como poder elegir.

La imagen mostraba el reencuentro de Arslan y Mei a orillas del río, donde ella lo recibía con una inmensa sonrisa que derramaba el amor más puro de entre todos los amores.

Él no estaba feliz. No estaba satisfecho. Su expresión no era la de un hombre encantado de coincidir con su mujer.

Pero su despecho era tal que la agarró del brazo y se la llevó consigo.

Mei no era el destino de Cassiel porque fuera a cambiarle la vida como sí lo había hecho Zhen. Si había soñado con ella y Dahlia había confirmado que la mataba —que mataba a Li Zhen, sí, pero había cometido el comprensible error de confundir a las mellizas al no saber de la existencia de la otra—, significaba que era su deber encargarse de acabar con la amenaza que representaba.

Cassiel había jurado y perjurado que nunca asesinaría a Li Zhen y que esa visión debía de estar adulterada, y lo sostenía ahora incluso sabiendo que era a Mei a quien mataba, porque no haría nada que pudiese perjudicar o herir a la guerrera en lo más remoto. Pero la intuición y el instinto de supervivencia le dijeron que debía actuar de un modo igualmente contundente, y por eso cerró los ojos y tomó de la mano a Mei, sosteniendo a Dahlia aún con la otra, para

conjurar un sencillo hechizo: le trasladó a la *anandha* las mismas imágenes que él acababa de ver y que no habría podido contemplar de ninguna otra manera. La incluyó en ese pasado que no le quedaría otro remedio que presenciar, y supo que había tenido suficiente cuando empezó a forcejear con él antes incluso de terminar de conocer la verdad.

Una verdad que alteraría la percepción de la vida que había tenido; que la obligaría a abrir los ojos y alejarse del autoengaño al que se había condenado por amor.

—¡No! ¡No! ¡Basta! —aullaba Mei. Las lágrimas sin derramar, lágrimas de pura incredulidad, se amontonaban en su garganta—. ¡No es cierto! ¡Me eligió a mí! ¡A mí! ¡Solo a mí! ¡Yo soy su mujer, no ella! ¡Su mujer...!

Los gritos alertaron a los grimorianos que habían estado aguardando el momento perfecto para actuar. Cassiel sintió cómo de las profundidades del templo iban emergiendo presencias oscuras, pero no soltó la mano de Mei, convencido de que ahí estaba la clave; de que solo si le rompía el corazón a la hermana pequeña, solo si la mataba espiritualmente, evitarían que Arslan se autoproclamara invencible y llevara su ejército a la guerra.

Evrani fue el que en una primera instancia les cubrió las espaldas sacando dos cuchillos del interior de su chaqueta y mascullando hechizos que obligaban a retroceder a sus enemigos. Pero en las estancias del templo se habían guarecido decenas; cientos de esbirros, tal vez.

No tendrían la oportunidad de ganar.

Y, aun así, Cassiel siguió aferrando la mano de Mei... hasta que esta dejó de luchar y se abandonó a un estado de disociación absoluto. Sintió su claudicación, al menos en apariencia, y sobre todo el tenebroso vacío que devastaba a una mujer cuando le partían la vida en dos.

Eso fue lo último que Cassiel atinó a percibir antes de que los enemigos se les echaran encima y fuera demasiado tarde para luchar.

Cerró los ojos, más seguro que nunca del que era su destino, y dejó que se lo llevaran hasta donde se celebraría el ritual.

Hasta donde estaba Zhen.

Capítulo XXXI

«Y yo, en la honda soledad inmersa.»

Otoño avanzado
Shen Yixiu

Li Mei llevaba suficiente tiempo en el mundo como para saber que la visión que le habían mostrado era cierta. Había coincidido previamente con augures —había sido de género femenino en este caso, algo inusual—, y estaba al corriente de sus dones.

No volvería a experimentar un dolor tan paralizante como el que le habían causado, pero no porque se hubiese comprometido a evitar a los videntes en el futuro, sino porque era humanamente imposible romper un corazón dos veces.

Había tardado al menos una hora en levantarse del suelo, donde los guardias grimorianos la habían dejado quedarse en tanto que llevaban a los prisioneros junto a los mortales. Pero esa hora allí quieta, con la mirada perdida en un punto del patio y la mano muerta sobre el vientre, la había desbaratado de manera definitiva.

No se había movido por miedo a que algo dentro de ella se quebrara del todo, sin posibilidad de arreglo. Ahora se daba cuenta de que este había sido un miedo absurdo, porque lo que había visto la había despojado de pensamiento y emoción, de la capacidad de sufrir. Lo que había permanecido dentro de ella se resumía a la imagen de Arslan esperando a Zhen en el punto de encuentro. Desprenderse de lo demás, de los hermosos recuerdos, de los sentimientos, le había conferido una ligereza tal que, más que andar, flotó hasta los que eran sus aposentos.

Mei corrió la puerta de madera de paulownia y cruzó la habitación como un fantasma, tan asustada de la imagen que pudiera devolverle el espejo que fingió que no estaba allí. Se arrojó de rodillas ante el cofre de pequeñas maravillas que llevaba consigo a todas partes. Sin necesidad de rebuscar demasiado, dio con la hermosa peina rematada con plumas de martín pescador.

—Se trata de una pieza única, el recuerdo que resta de mi vida anterior —le había dicho Arslan una cálida noche de verano.

Entonces ella aún era humana, y él todavía no era su hombre.

O no solo suyo.

«A lo mejor nunca lo ha sido», insinuó un insidioso pensamiento.

Mei aferró la peina en la mano cerrada hasta que las púas se le hundieron en la palma. No cesó de apretar hasta que empezó a manar sangre. El dolor la ayudó a paralizar por un instante los procesos emocionales que su mente, casi siempre abrumada, había iniciado.

Echó la cabeza hacia atrás y lanzó al aire un gemido entrecortado que pretendía expresar alivio. Todo su cuerpo tembló por la inquietante impresión de haberse infligido una herida, pero su espíritu lo encontró catártico.

Mientras, la rabia la iba poseyendo como un veneno se extendía por el sistema. Agarró con ímpetu la peina, preparada para arrojarla muy lejos ahora que había cumplido su propósito, pero la fibra sensible se impuso y acabó llevándosela a los labios.

Besó los brocados de la peina, ahora manchados de sangre, con los ojos llenos de lágrimas. Frotó la mejilla también contra los relieves del accesorio; le pasó la lengua, temblando.

—A lo mejor no me elegiste, pero ahora sí me quieres... —balbuceó Mei—. Yo sé que me quieres. Lo he visto. Y me necesitas.

Pero la visión había activado algo dentro de ella, una cuenta regresiva que no sabía en qué concluiría. Era como si la imagen de Arslan esperando a su hermana hubiese atraído una serie de recuerdos muy enterrados en su inconsciente.

Mei no había nacido inmortal. El amor de su penitente la había convertido en lo que era ahora, una mujer prevenida del envejecimiento y de los achaques que venían con la edad. Pero haber llegado al mundo con las limitaciones de un ser humano la hacía susceptible de olvidar detalles con el paso del tiempo. No sabría describir con la misma precisión que Arslan lo que había ocurrido una centuria atrás.

Y, sin embargo, de pronto veía con claridad aspectos de su vida no tan pasada. Por ejemplo, las visitas que le había prestado a Zhen, que se habían sucedido a lo largo de los siglos con una misteriosa religiosidad de la que ni la propia Mei había sido consciente.

La primera vez que fue a verla tuvo que permanecer escondida, muy lejos de su campo de visión, para que ella no se percatara de su presencia. No le había costado demasiado localizarla: Zhen no tardó en convertirse en una referencia bélica de alto rango para los clanes de seguridad de la Subrealidad, así que su nombre corría de boca en boca y se solían aportar rigurosos datos sobre sus misiones recientes y su paradero. Aun y con todo, a Mei le impactó tanto que dicha información fuese cierta que durante los primeros minutos del reencuentro no pudo respirar. Luego también le costó tomar aliento, pero porque su hermana había escogido la frondosa naturaleza de Guizhou, plagada de recuerdos de su vida familiar —y de su vida con Arslan—, para disfrutar de un rato a solas.

«Siempre has sido demasiado nostálgica para tu bien», había pensado Mei con una sonrisa atravesada por el cariño. No demoró en borrar la expresión afectuosa de su rostro: aquella era la perra traicionera que había estado a punto de robarle el amor, y no cualquier amor, sino el amor de su vida.

A Mei no le costaba invocar los celos y la rabia. Formaban parte de ella como podían hacerlo su hígado o sus pulmones.

Pero sí le costaba ignorar las sutilezas de sus sentimientos. Y es que por más que la sobrepasara el odio hacia Zhen, por ladrona y mentirosa, una parte de sí no pudo evitar compadecerse de ella al verla tomar asiento entre los sauces que crecían en la orilla del río. No mucho tiempo antes, Mei había encontrado a Arslan y a su hermana en aquel mismo rincón susurrándose palabras que no atinó a escuchar..., pero que, por la entonación, se le antojaron fervientes declaraciones de amor.

«Él fingía para tenerla contenta», se dijo entonces para ahuyentar el profundo malestar. E igual que había perseguido la estela de su hermana en el tiempo y el espacio con la esperanza de hallar consuelo en su familiaridad, se marchó de allí antes de que la viera u

oliera, satisfecha de haber renovado su desprecio hacia ella. Solo así podía regresar junto a Arslan con el orgullo de haber sacrificado el vínculo con una hermana perversa para obtener el corazón del hombre que había marcado su destino.

A él no le gustaba que fuera a ver a Zhen, en parte porque sus visitas coincidían con las peores peleas en las que se enzarzaban; peleas que, de no haber sido *anandha* y penitente, habrían desembocado en una aparatosa ruptura. Más de una vez trató de impedírselo alegando que su vida humana era periódico de ayer y no debía aferrarse a lo que habían dejado atrás. Y aunque Mei lo sabía, aunque Mei solo quería complacerlo, no hacerle enfurecer bajo ningún concepto, no podía renunciar a lo que restaba de la relación con su hermana.

¿Cómo hacerle entender a Arslan que solo ver las cicatrices en el rostro de Zhen la ayudaba a volver con él?, ¿cómo transmitirle que únicamente recordar que había quemado aquel puente, que había cometido un acto de odio irreparable, la convencía de que no existía alternativa a seguir viviendo con él?, ¿a seguir sirviéndole a él?

No había mayor prueba del amor incondicional de Mei que la cara quemada de Li Zhen. Haber sido capaz de echarla a perder proclamaba a los cuatro vientos que su amor por el penitente era más grande que el mismo universo y que debía seguir volcándose en hacerle feliz hasta que los dioses dispusieran.

Pero, a veces, ver a su hermana no la hacía ni enorgullecerse ni sentirse culpable. Lo único que conseguía era revivir momentos de su infancia y adolescencia compartidas: cuando jugaban al escondite en los pabellones dorados que se erguían, flamantes, entre los jardines de peonías del palacio imperial. Zhen siempre la dejaba ganar porque sabía que Mei rompía a llorar desconsolada cuando sentía que había fracasado. También se fingía más torpe de lo que era cuando, pretendiendo ser guerreros de la corte armados con sendas espadas de bambú, se enzarzaban en duelos: Mei no había perdido ni uno solo a pesar de que Zhen sabía usar las armas —y también sus manos desnudas— gracias a las enseñanzas de su tío

abuelo; enseñanzas que Mei solía despreciar porque la harían ver demasiado masculina.

En el Festival de los Fantasmas, su madre y un emisario imperial las invitaron a escribir sus deseos con tinta en faros de papel. Se suponía que sus peticiones debían permanecer en secreto, pero ahí donde Mei había rogado a las fuerzas superiores que le hicieran llegar un amor único y especial, un amor que la enloqueciera de pasión, Zhen había pedido por un futuro en el que su familia permaneciese unida.

No le dijo a su hermana mayor que había leído su deseo y, sumida en un silencio abochornado por, una vez más, no haber podido ni sabido replicar su espíritu humilde y generoso, entregó su faro a las aguas del río, que no tardaron en engullirlo.

Mei había tratado convencerse por todos los medios de que había idealizado a su hermana y en realidad era un monstruo cruel y malvado. Que, cuando Zhen la invitaba a coser juntas bajo la luz titilante de una lámpara de aceite, solo trataba de aplacar su conciencia; que, cuando la aceptaba en su lecho las noches de tormenta, esas que siglos después seguían aterrando a Mei, estaba limitándose a acumular méritos para que la perdonase una vez se fugara con Arslan.

Pensaba en todas esas veces que sacó a colación el nombre del general uigur y Zhen se negó a entrar al trapo cambiando de tema enseguida, como si aquello no fuera con ella.

Hasta ese mismo día del reencuentro había mantenido la fachada de buena. Las dos sabían de buena tinta que la única razón por la que no huyó con Arslan fue que temía su reacción al verle el rostro consumido por el fuego.

Y, sin embargo, la visión de Dahlia había pulsado una fibra sensible que la incitaba a compadecerse de Zhen; a deshacerse de una venda que sentía que se había puesto ella misma para sobrevivir a las consecuencias de sus actos.

Actos con los que todo el mundo había estado en desacuerdo desde el principio.

Incluso la diosa Magna.

Mei alzó lentamente la cabeza para clavar la vista en la seda translúcida de los paneles de la pared. La mirada se le desenfocó y más adelante se le emborronó, como sucedía siempre que atraía al pensamiento la primera y última vez que estuvo en presencia de la deidad.

Se le apareció el día que Mei sentenció su destino: después de despedirse de Zhen hundiéndole la cara en las brasas ardiendo y antes de reunirse con Arslan con apenas un par de mudas de ropa.

Mei había decidido pasar por el templo rural que los inquilinos anteriores a la familia Li habían construido para sus rezos. El subidón de adrenalina tras la agresión y la confirmación de que Arslan se la llevaría a donde dispusiera el futuro era tal que ni siquiera fue consciente de que aún olía a carne quemada. Pretendía despedirse de las divinidades; prender un incienso para pedir por una vida feliz y colmada de bendiciones con el hombre al que amaba.

Ya encendidas las varillas, que llenaron el modesto rincón de un aroma especial, se arrodilló ante la estatua de Guanyin con los ojos cerrados y se concentró en el sonido del agua del río, en la suave brisa que mecía los cerezos de las proximidades.

Acababa de comenzar la oración con la frente apoyada en el suelo cuando un brusco soplo de aire apagó los inciensos y el perfume de la naturaleza que la rodeaba se intensificó.

Mei se incorporó, ceñuda, y aunque trató de buscar a su alrededor el motivo de la repentina oscuridad, no halló al responsable. Lo único que experimentó fue un miedo atroz, similar al que la embargó cuando su padre descubrió que, en un intento por salvarlo del mal de la bebida, había vaciado su preciada botella de *jiu* en el patio trasero.

No era un terror inusual el que estaba sintiendo entonces: era ese pavor atávico y paralizante, impregnado de tristeza infantil, que le asaltaba a uno después de decepcionar a un pariente al que se admiraba.

«Has de ser la más osada entre todas las mujeres», retumbó en su pensamiento. Mei se enderezó en el acto igual que si la hubiesen atizado con un látigo. «Imploras clemencia a los dioses cuando por tu propia mano has tejido ya el destino, arrogándote el juicio que solo a los eternos nos corresponde».

Un escalofrío el recorrió la espalda.

«Nos corresponde», había dicho.

Mei se apoyó en los nudillos para girar sobre el apoyo de sus rodillas y buscar alrededor, pero no había más que sombras; unas sombras profundas y tenebrosas que lo devoraban todo, las estatuillas, las decoraciones con motivos auspiciosos, las vigas de olmo que cubrían los techos.

—¿Quién eres? —balbuceó—. Muéstrate.

«Solo ante los seres de luz me revelo, pues únicamente ellos son dignos del regalo de mi presencia», sentenció. «E intuyo que es demasiado tarde para mí y para ti, pues ya no puedo iluminar tus tinieblas».

Mei volvió a estremecerse de miedo.

No podía decirse que la estuviese escuchando, por lo que tampoco sería justo asociar un tono concreto a sus réplicas: no hablaba con rabia, ni con decepción, puesto que no hablaba en absoluto, tan solo se manifestaba, pero sentimientos en su estado más crudo y salvaje la colmaban por dentro al recibir su mensaje.

—¿Eres Guanyin?

«¿La diosa de la compasión? Solo a veces, mas con los que han conquistado mis indulgencias. Puedo ser la diosa del amor con los que aman, la diosa del perdón para quienes se postran en arrepentimiento; la diosa del terror con aquellos que lo siembran. Contigo, Li Mei, soy la diosa de la advertencia».

Quería levantarse y enfrentarla allá donde estuviese en una posición de relativa igualdad, pero sus rodillas parecían haberse anclado al suelo de bambú y de pronto le pesaba tanto el corazón que no podía siquiera mover los brazos.

—¿Qué quieres?

«Quiero alejarte del abismo del error mientras tu sentencia de amor no sea irrevocable. Ya has mancillado la pureza de tu condición de *anandha* atacando a otra, a un fragmento de ti misma y, lo que es aún más grave, a un fragmento de Mí. No sigas arriesgando la unicidad de tu esencia en el nombre de una aberración antinatural como lo es a quien llamas "tu hombre"».

Todo el miedo que Mei pudiera haber sentido hacia la presencia invisible se disolvió con la mención velada a Arslan.

Programada como estaba para luchar contra todo aquel que se declarara en contra de sus afectos, apretó los puños y rugió:

—¡Mi hombre vino a mí por sentencia divina! ¡Está escrito que le pertenezco y que él me pertenece a mí! ¡No es, pues, una creencia personal! ¡Es una profecía!

«Es un espantoso error del azar que desafía el orden divino», la interrumpió la diosa con frialdad. «Aun nacido magnánimo por obra y gracia de mi conmiseración, Arslan Qasar está condenado a la desvirtuación de su naturaleza benévola. Ninguna criatura llega a este mundo para recibir la gloria de dos *anandhas*, puesto que esto contradice y hasta pone en peligro el Equilibrio religioso...»

—¿Crees que no me he percatado de ello? —le gritó Mei a la nada. Por lo general, en el vacío del templo se levantaba un eco tétrico, pero la presencia de la diosa dominaba el espacio de tal forma que su voz se consumió enseguida—. ¡Sea un error o sea una mera casualidad, es tu responsabilidad, no la mía ni la suya! ¡Él ha evitado el desequilibrio eligiendo a una, y esa una he sido yo!

«Nada significa su elección presente, pues no es más que una ilusión nacida de las circunstancias. Si a un hombre le otorgas dos gracias, dos mujeres, dos amores, dejará de creerse hombre y se alzará en su propia mente como dios... y Arslan ya está encaminado a enaltecerse. Primero lo hará a través de ti, deteriorando tu alma en el proceso, y algún día lo hará a través de las dos. Permíteme ayudarte, permítete *a ti* ayudarte, y hazlo acogiendo mi consejo con sabiduría».

—Eres una diosa, ¿no? Eres esa diosa de la que Arslan me ha hablado, La Magna. No estás aquí para sugerir, sino para ordenar. Y me temo que tendrás que hacerlo, tendrás que torturarme, incluso, para que cumpla tu voluntad.

«No está en mi mano imponer deseos propios sobre los de mis *anandhas*. Sois una extensión de mí y, por tanto, la única criatura a la que le debo, si no pleitesía o reverencia, al menos respeto y libre albedrío. Pero no dudes que perderás tu condición sagrada y te consumirás en la perdición si sacrificas tu pureza entregándote a un germen del Mal».

—¿Germen del Mal? ¡Arslan no ha cometido delito alguno! ¡Es fiel a ti!

«Por ahora. No siempre lo será... como tampoco te lo será a ti, Li Mei. Con Arslan Qasar se ha producido una desafortunada disonancia que hiere la armonía celestial... y contigo y con Zhen habrá de romperse la maldición. Primero, a través del rechazo tajante a su amor e individualidad; después, con la sentencia del olvido».

Con aquellas palabras, La Magna desapareció del templo y de las entrañas de Mei, donde por un efímero pero inquietante segundo pensó que había estado alojada para transmitir su advertencia.

Al momento regresó la vaga luz que entraba por el portón de acceso, el olor de los inciensos y las imágenes del culto.

Mei no podía saber, ni siquiera a pesar de las descripciones de carácter que Arslan le había referido con una mezcla de resentimiento y respeto temeroso, que la diosa Magna manifestaba su preocupación de un modo muy particular; casi como una madre que no había querido serlo y sin embargo comprendía cuál era su papel. Quizá, si hubiese visto en la deidad una vaga tristeza por el fratricidio que había cometido contra Zhen, si hubiese concretado lo que la esperaba si se entregaba por completo a Arslan, si hubiese admitido haber cometido un error Ella, no Mei, al permitir que todo aquello sucediera, habría vacilado a la hora de actuar. Pero Mei se olvidó del mensaje de la diosa tan pronto como se desvaneció y salió

de allí más segura que nunca de que su amor por el penitente estaba por encima del bien y del mal, tanto así que había despertado los celos de las divinidades.

Trece siglos después, la advertencia de La Magna regresaba a su cabeza por primera vez desde su encuentro.

Mei se miró la palma de la mano, de donde seguía manando sangre entre la carne levantada. Había sido una auténtica ingenuidad por su parte pensar que la palabra de la diosa no se cumpliría.

En efecto, Arslan dejó de serle fiel a sus ordenanzas un buen día.

Pero ¿significaba eso que había dejado de serle fiel a ella también?

¿Cómo podía saberlo?

¿Era o no era cierto que se había divertido representando el teatrillo delante de Zhen? ¿Lo habría llevado a cabo para despertar sus celos? ¿Para hacer que se arrepintiese de su rechazo...?

No había querido tomarse al pie de la letra la conversación con La Magna, en especial la parte de que Zhen y Mei eran igualmente dignas de ser la *anandha* de Arslan. Había procurado convencerse de que no, de que ella, la menor, era más especial.

Pero ¿acaso no recordaba haberlos oído haciendo el amor en la habitación anexa a la suya? ¿Acaso no había escuchado a Arslan dirigirle los mismos halagos, obsequiarle la misma peina...?

«¿Crees que soy imbécil?», bramaba una voz dentro de sí.

Pero insistía en silenciarla por su supervivencia.

Mei se llevó las manos a la cabeza, ahí donde se había insertado un zumbido doloroso. Le temblaba todo el cuerpo como si de pronto la temperatura hubiese caído en picado.

Había pasado más de un milenio con la mente nublada y los ojos vendados, dependiendo de las indicaciones de Arslan para saber en qué dirección caminar. Y, de repente, no podía dejar de verlo todo con una nitidez insoportable.

«A mí me suena a que llevas toda la vida haciendo lo que te ordena para que no se arrepienta de la decisión que tomó».

Aunque a lo mejor, y solo a lo mejor, Zhen se equivocaba, y Mei llevaba toda la vida haciendo lo que él le ordenaba para no arrepentirse ella misma de la decisión que tomó. La de marcharse asegurándose antes de que no tenía otro lugar al que ir, otra familia a la que volver.

—Aquí estabas.

Mei alzó la cabeza en dirección a la puerta que el recién llegado cerró de un tirón impaciente. Tuvo que pestañear repetidas veces para enfocar la vista, borrosa por culpa de las lágrimas.

Le costó enviar el nudo en la garganta al fondo del estómago.

Siguió a Arslan con la mirada.

Se movía de un lado para el otro con la gracia felina que la había cautivado el primer día. Incluso cuando vestía el pesado uniforme de *tarkhan* uigur parecía ligero como una pluma y, al mismo tiempo, una presencia tan acaparadora que el aire se tornaba irrespirable.

Mei era adicta a la sensación de ahogarse con su cercanía. Sentía que su amor era único y más intenso que ningún otro porque dolía.

Sin apartar las manos de las sienes ni moverse más de la cuenta, Mei observó que Arslan se cambiaba de ropa con toda naturalidad. Todavía tardaría unos segundos en alzar la barbilla, olisquear el aire y dirigir un vistazo ceñudo al rinconcito que ocupaba su cuerpo menudo.

—¿Por qué estás sangrando? —exigió saber. Se giró hacia ella con el torso desnudo, la camiseta sucia en una mano y la limpia en la otra—. ¿Te ha atacado alguno de los intrusos? No, claro que no —se respondió de inmediato. Al llegar a esta conclusión, todo atisbo de preocupación se desvaneció—. Esos no se atreverían a tocarle un pelo a una *anandha*. ¿Has vuelto a tropezar?

Viendo que no respondía, Arslan lanzó un suspiro cansado al aire y fue hacia ella, glorioso en su semidesnudez. Casi tuvo que arrancarle la mano de la sien, donde seguía apretándola, para examinar la profundidad de la herida.

No tardó en comprobar de un vistazo veloz que el arma del delito había sido la peina cubierta de sangre.

—Zhen tiene una igual —atinó a balbucear Mei como toda justificación.

—Se la regalé entonces para aplacarla —respondió Arslan con desdén. Soltó su mano a la vez tras comprobar que no era nada grave—. Ya sabes que estaba obsesionada conmigo.

—¿Y tú no lo estabas con ella? —le preguntó de carrerilla.

Él ya se había dado la vuelta para encaminarse al armario. Se detuvo cuando había alargado la mano hacia la puerta corredera y la miró por encima del hombro con un aire entre peligroso y suspicaz.

—No especialmente. Te he dicho muchas veces que ella era la aburrida de las dos.

—¿Es eso lo que te dices para no sucumbir a la rabia cuando recuerdas que te plantó?

Arslan suspendió del todo el movimiento, pero supo que había pulsado una tecla sensible al ver la tensión en los músculos de sus hombros, de su espalda bronceada. La miró a través de las pestañas y de los mechones de sedoso cabello negro, que le caían sobre los ojos como si se hubiesen propuesto ocultar lo que el resto de su reacción no podía esconder.

No de ella, que tan bien lo conocía.

—Era mi obligación citarla para que no estuviese en la casa cuando mis hombres liquidaran a los Li —resolvió, aunque la miraba de hito en hito, como si de pronto la creyera una amenaza—. En beneficio del Imperio, ellos y el resto de sujetos que lo hiciesen peligrar debían morir, ¿recuerdas? Vosotras dos, en cambio, y por vuestra condición sagrada, teníais que sobrevivir.

Mei se obligó a enviar muy lejos el malestar que le produjo recordar lo que quedó de su madre y de su tío abuelo.

—Pero a mí no me citaste para que no estuviera en la casa.

—Porque tú nunca estabas en la casa a esas horas, Mei. Era el momento del día en que salías a rezar —explicó de mal humor—. ¿A

qué viene el interrogatorio? ¿Cuál es el problema ahora?

«Cuál es el problema *ahora*», repitió para sus adentros. El carácter repetitivo que la última palabra le había atribuido a su relación la sobrecogió, como si hasta el momento no hubiese sido consciente de que tendía a armar escándalos, de que solía cuestionarle, de que no se fiaba de él.

Mei soltó los brazos a cada lado de las rodillas unidas y alzó la barbilla hacia él con los ojos inundados en lágrimas.

—¿Me querías desde el principio, Arslan? —musitó.

La expresión del penitente se ensombreció.

—¿Qué clase de pregunta es esa? ¿Acaso no te elegí?

—¿Me elegiste por amor o por despecho? ¿Me elegiste por amor, o porque ya entonces sabías que la profecía de las dos *anandhas* pesaba sobre tus hombros y debías asegurarte de que al menos mantenías cerca a alguna de las dos? Ahora sé que Chen Tuan vaticinó este desenlace antes incluso de que tú llegaras a la China, siglos antes de que mi hermana y yo naciéramos... No puedo saber si el pergamino cayó en tus manos antes... o luego... o...

Él pareció llegar a su límite con el numerito lacrimógeno. Giró en redondo hacia ella con esa energía de vendaval que lo rodeaba cuando se enfurecía. En un abrir y cerrar de ojos estaba agachado ante Mei, sujetándola por la mandíbula con esa delicada presión que la conmovía: imprimía la bastante fuerza para que sintiera que no soportaría dejarla marchar, que quería tenerla a su merced para siempre, pero no tanta como para que se olvidara de que era importante para él.

Sus ojos ámbar lanzaban chispas.

—¿Por qué diablos te habría tenido a mi lado durante más de un milenio si solo te quisiera para el ritual? Hubiera sido innecesario someterme a la tortura de ver día tras día la cara de alguien que me fuese indiferente; para cumplir mis propósitos, ¿no crees que habría bastado con planear una estrategia para atraerte similar a la que he utilizado con Zhen?

Aunque el cuerpo le pedía que se rindiera a su contacto, al irresistible aroma que emanaba su piel caliente, Mei se esforzó por obtener la verdad.

—A Zhen la has atraído usándome a mí de cebo, un motivo por el que ya te resultaba conveniente tenerme cerca. ¿Qué cebo habrías usado conmigo, además? No a mi hermana, eso seguro; no habría funcionado.

—Tal vez a mí mismo —resolvió Arslan con provocativa languidez. Ladeó la cabeza para dedicarle una mirada lasciva, que empezó en sus ojos húmedos y terminó en sus labios agrietados por las mordidas impotentes a las que los había sometido. Él pasó la yema del pulgar por el borde inferior de la boca femenina—. Apuesto a que habrías venido voluntariamente hasta donde yo hubiese estado con tal de verme de nuevo.

—Eso no lo sabes. En trece siglos podría haberte olvidado, y, entonces, ¿qué habrías hecho? Habrías tenido que renunciar a tu ritual.

—¿Eso crees? —Enarcó una ceja. Soltó su mandíbula para buscar la muñeca de la mano que sangraba, y, ante la mirada turbada de Mei, le propinó una lenta lamida a la herida. Sus ojos emitieron un chisporroteo de placer intenso cuando la sangre, su savia, le inundó el paladar—. ¿Crees que me habrías olvidado?

—Tú has olvidado a Zhen, ¿no? La distancia y el tiempo garantiza la... —cerró los ojos, estremecida por los besos y lametones que prodigaba al corte— indiferencia.

—Yo nunca he amado a Zhen como tú me amas a mí. Nadie ha amado a nadie como tú me amas a mí —atajó, y no tuvo que valerse de su tono persuasivo para convencerla. Se pronunció con la certeza de las verdades universales.

No le dio pie a contestar enseguida. En cuanto se cercioró de que la herida no sangraba más, la rodeó por la cintura y, en un movimiento veloz y no exento de sensualidad, la tendió sobre el cómodo tatami.

—¿Por eso me elegiste? —balbuceó ella. Como imantadas, sus manos temblorosas acudieron al pecho desnudo de Arslan—. ¿Porque... porque yo te quería más?

Él había desviado la vista al escote en forma de pico del batín, que con el rápido cambio de posiciones se había abierto para insinuar la palidez de los pechos eternamente jóvenes. Las manos de Arslan le separaron las rodillas para abrirse un hueco entre sus caderas. Luego se adentraron bajo la tela de satén; una palma ardiente le cubrió un seno, y la otra deshizo el nudo que mantenía la prenda en su sitio.

—Tú siempre has sido más divertida —le susurró al oído. Tuvo que apartarle un mechón de pelo negro y acariciarle la curvatura de la oreja para que empezara a relajarse entre sus brazos—, mucho más bonita... —se incorporó para terminar de abrir el batín como si se tratase de un regalo de incalculable valor, despacio y con la necesaria expectación. Parecía que nunca antes la hubiese visto desnuda—, mucho más apasionada...

Se inclinó para besarle un pezón, después el cuello y, por último, los labios. Mei se quedó con las ganas de que profundizara en el contacto, tanto así que, conforme él se fue separando, ella se fue incorporando en busca de su boca.

Arslan se la negó apoyando una mano entre sus pechos y empujándola contra el suelo.

Mei contempló su poderoso físico, hiperventilando ya antes de empezar. Fue en el momento previo a la entrega de su cuerpo cuando reparó en que la diosa le había mentido: un corazón no podía latir de esa manera por el hombre equivocado.

Recorrió con los dedos los relieves de su pecho esculpido, los minúsculos pezones, la hilera de abdominales abultados, y se quedó acariciando con las yemas el vello oscuro que se concentraba bajo su ombligo.

—¿Me quieres todavía?

Más que como una pregunta, sonó como un ruego.

—Ya sabes que no soy hombre de palabras bonitas.

—Me las decías cuando aún no habíamos intercambiado sangre.

—Desde entonces he caído en desgracia, Mei. No soy ese hombre recto. Soy un pecador —le recordó con un ronroneo. Sin dejar de mirarla con los párpados entornados, se bajó la cremallera del pantalón y sacó un miembro duro y pulsante que la puso a salivar—. Y creo recordar que esa es una de las cosas que más te gustan de mí... O al menos te gustaban antes de que toparte de nuevo con tu hermana te hiciera replanteártelo todo. Si llego a saber que el pasado iba a removerte tanto, habría evitado que coincidierais.

—¿Y si la única forma de evitar removerme hubiera sido renunciar al ritual?, ¿a tus... tus... ambiciones? —replicó en plena enajenación. Se mordió el labio sin apartar la vista de su erección—. ¿Y si tuvieras que elegir entre el... ritual y conservarme?

Arslan prodigó una caricia distraída a la cara interna del muslo femenino. Parecía pensativo, pero él nunca pensaba, se dijo Mei; él actuaba conforme a sus deseos en el preciso momento en que se le presentaba el capricho, no fuera a desvanecerse sin haberlo satisfecho.

No podía perdonarse no ser fiel a sus pasiones.

No podía perdonarse que se extinguieran.

No podía perdonarse no tenerlo todo.

Mei iba a repetir su pregunta cuando Arslan la penetró con la única ayuda de sus caderas. Apoyó las manos en el suelo, enmarcando la expresión de éxtasis de la joven, y se empujó dentro y fuera de ella con la mandíbula apretada y la mirada ardiente clavada en su rostro.

—¿Tú qué crees que haría, eh? —le devolvió la pregunta.

Mei le rodeó los hombros con las manos para atraerlo hacia sí, pero él era más fuerte y no se dejaba, permanecía quieto como un bloque sobre su cuerpo más débil y tembloroso, penetrándola sin descanso.

—¿Y si te digo que no quiero... que me utilices? Si te digo que ya no es mi deseo participar, que me gustaría que pasáramos desapercibidos, que dejáramos de estar en... el punto de... mira...

de los... clanes protectores... Oh, Arslan... —le rogó con la voz entrecortada. Él había aumentado tanto el ritmo de los embates que le costaba hablar. Le hundió las uñas en los hombros—. Odio que estés cerca de ella.

—Es a ti a quien me estoy follando, *qančig*[22].

«Pero ¿a quién te estarías follando si hubiese acudido a la cita?, ¿si te hubiese elegido a ti en vez de a mí?», estuvo a punto de preguntarle.

Pero la legítima duda latía en un rincón muy profundo de su ser, a donde no alcanzaba el sentido común que él estaba arrasando con sus deliciosas embestidas. No conseguía hilar pensamientos cuando lo tenía encima, cuando la devoraba con besos como el que utilizó para desproveerla de toda suspicacia.

Y, sin embargo, la duda siguió bailando dentro de ella junto con otra serie de conclusiones: Zhen la había elegido por todo lo que Arslan no lo hizo. Incluso si ahora estaba satisfecho con su decisión, incluso si en el pasado ya la deseaba y la soportaba, su primer impulso había sido huir con su hermana mayor. Mei podía entenderlo porque Zhen había sido la prudente, la guerrera, la incorruptible, la difícil, la que amaba con límites... y nada le había gustado nunca tanto a Arslan como un límite, pues en el acto de forzarlo, de hacer que se viniese abajo, se encontraba su retorcida felicidad.

Los ojos de Mei se llenaron de lágrimas de toda clase. Lágrimas de rabia, de pena, de odio hacia sí misma, de rencor hacia la vidente por haber visto lo que ella siempre había querido ignorar, de culpabilidad, de amor y de impotencia.

—Dime que me quieres —le rogó entre jadeos—, por favor.

—Claro que te quiero.

—Pero dímelo de verdad.

—Te quiero de verdad.

—Pero dilo... como si lo sintieras...

—¿Por qué lloras? —sonó entre irritado e inquieto, y, a un nivel más profundo, uno al que quizá nunca llegaran sus propias

cavilaciones, herido por su desconfianza—. Eres lo único que me importa en este mundo, *qančig.*

Mei cerró los ojos como si el alivio la hubiese inundado, pero la sensación de plenitud que la atravesó fue la de un orgasmo adulterado por la amargura.

No había sabido ver la mentira de Arslan en los «te quiero», no había sabido ver con tanta claridad las omisiones de verdad, pero aquella afirmación la liberó a la par que la condenó, porque era la clase de embuste que se pronunciaba en un arrebato desesperado.

Los dos sabían que Mei no era lo único que le importaba en el mundo. Había algo que también le importaba, no sabía si más, menos o en idénticos términos, y ese algo era el poder que obtendría esa tarde a través de ella y de su hermana.

Capítulo XXXII

«Si vivo, regreso.
Si muero, lo haré pensando en ti.»
A mi esposa
Su Wu

Li Zhen había decidido rendirse. Inesperado viniendo de una mujer que había combatido el Mal victoriosamente durante siglos y, al mismo tiempo, comprensible considerando que habían tocado y hundido todos sus puntos débiles de un solo movimiento.

Ahora se abrazaba las rodillas en la esquina de la habitación sin luz a la que la habían arrojado después de que Mei se cansara de torturarla.

¿Qué sentido tenía aquello?, se preguntaba ahora que solo un silencio ensordecedor le hacía compañía.

Nada que pudiera distraerla de sus pensamientos, sin embargo.

Arslan había escogido a su hermana y Mei había vivido felizmente, o lo que ella creía que era vivir felizmente, durante todos esos siglos que Li Zhen había dedicado a flagelarse por no haber sabido cuidarla. Por no haber sabido escogerla antes por encima del guerrero uigur.

La culpabilidad que la había perseguido como un mal augurio no había sido otra cosa que un espejismo, pero había causado un dolor muy real. Un dolor que ahora Li Zhen debía sacudirse de encima, aprender a racionalizar.

Había construido su vida, incluso su personalidad, sobre una mentira flagrante.

Nada de lo que ella había creído cierto lo había sido nunca.

Pero no era la certeza de que Arslan nunca la quiso lo que la martirizaba. Para su inmensa sorpresa, el penitente se presentaba ante ella como un enemigo, y no porque se hubiera unido a los grimorianos por ambición: se alzaba como la criatura que más

odiaba porque había abierto una brecha insalvable entre las hermanas.

Si Mei la había querido alguna vez, dejó de hacerlo en cuanto él apareció en sus vidas... y no volvería a hacerlo jamás.

Aunque era una pérdida a la que Li Zhen debería haberse acostumbrado ya, sentía que todavía sangraba por esa herida y que sería incapaz de dejar de hacerlo.

Había amado a su familia de corazón. A todos ellos. A su madre, a su tío abuelo, a su hermana. Incluso a su padre, aquel genio admirado pero incomprendido que necesitaba refugiarse en la bebida para encontrar la vida más tolerable. Había sido correspondida por la mayoría de los Li, y, durante un tiempo, eso lo había significado todo para ella.

Pero hacía siglos desde que ya no estaban allí, y no podía seguir aferrándose a esos recuerdos.

La alternativa a vivir penando había sido construir un presente y un futuro con quienes aún respiraban. Con Cassiel. Pero Li Zhen no podía atraerlo hacia ella, al ojo del huracán, y luego aspirar a perdonarse por haberlo puesto en peligro. Tampoco encontraba las fuerzas o tenía la posibilidad de huir de una habitación bloqueada por un hechizo.

La habían derrotado mental y espiritualmente, tanto así que se había resignado a formar parte del ritual sin oponer resistencia.

Cerró los ojos y se aferró a sus últimas horas con Cassiel. Evocó ese olor que la había atraído como las polillas a la luz desde el primer día. Se frotó la mejilla contra el hombro, igual que un gato callejero pero vulnerable a las caricias, para tratar de recrear la dulzura de su contacto. Aún latían en su cuerpo los ecos de todo el amor que habían hecho, que habían construido en apenas una noche y se les había desbordado. Se le escapó una sonrisa llorosa al recordar la bendita ingenuidad con la que Cassiel experimentaba el mundo, ese mundo imperfecto y a veces cruel al que solo él podía exprimirle el jugo.

Se conmovió una vez más transportándose a esos preciosos momentos en los que la había contagiado de esperanza con su optimismo natural.

Era asombroso reconocer y aceptar el amor por fin, sobre todo cuando conllevaba soltar la imagen equivocada del enamoramiento a la que se había estado aferrando. Cassiel se había plantado en las puertas de su casa un buen día y, tanto si ella había querido verlo como si no, le había demostrado hasta qué punto había errado creyendo que lo que sintió por Arslan era amor.

No era la tristeza de la pérdida lo que la había lastrado, sino la culpa. Lo sabía ahora que un dolor cierto y punzante la atravesaba de parte a parte, casi obligándola a hacerse un ovillo.

Entendía por fin por qué su padre, Li Bai, había dedicado toda su existencia a tratar de poner en palabras lo que era el amor. Entendía por qué su hermana había enloquecido abrazándose a sus espinas. Si sentía solo la mitad de lo que Li Zhen llevaba experimentando desde que se unió a El Quinto Arcano, Mei debía de ver a su amante aun con las luces apagadas y también escucharlo en el silencio.

La puerta corredera se abrió de golpe y la imponente figura de Arslan irrumpió en sus cavilaciones. Li Zhen apenas alzó la barbilla para dirigirle una mirada carente de emoción.

—¿Estás lista?

Arslan le concedió unos minutos de gracia para contestar, pero no hubo respuesta alguna. Sin suspirar ni airear su molestia, avanzó hacia la prisionera con el gesto inexpresivo y se acuclilló ante ella en una pose informal. Apoyó un codo sobre las rodillas y con la otra mano le retiró el pelo de la cara para contemplar detalladamente los estragos que las brasas ardiendo causaron en su día.

Li Zhen no le devolvió la mirada, segura de que estaría alegrándose de no haberse fugado con ella y de algo más: de que no le importaba en absoluto si la encontraba repugnante.

—¿Esta fue la razón por la que no acudiste a nuestra cita? —inquirió con voz queda. Su vulnerabilidad la pilló por sorpresa—. ¿Temías que te viera así?

—Fue uno de los motivos —confesó, porque era cierto y a esas alturas no veía por qué no decir toda la verdad... incluso si no era halagadora.

Mei había tenido razón en sus insinuaciones.

Una parte de ella no se fugó porque amaba a su hermana, pero la otra no se fugó porque Arslan nunca la querría en ese estado.

El antiguo *tarkhan* fue a esbozar una sonrisa, pero se crispó en el último momento y acabó apretando la mandíbula. Todavía no había soltado la melena con la que Li Zhen acostumbraba a taparse medio rostro cuando alargó la otra mano para recorrer las cicatrices con la yema del pulgar.

—He luchado en tantas guerras y he visto tanta tortura y depravación que no solo no me habría importado —confesó en voz baja—, sino que me habría sentido en casa. Nada podría haber conseguido que dejara de amarte, Zhen.

Se le revolvió el estómago al escucharlo, y no porque llevara toda una vida anhelando una declaración de esa índole, sino porque declaraba que Mei no había sido suficiente para él.

Por supuesto que no.

Nada era suficiente para él.

—Salvo tu orgullo, tu ambición, mi hermana y el Gran Grimorio —contestó ella—. Nos sobrevivimos el uno al otro, Arslan. Eso significa que no nacimos para encontrarnos. Significa, de hecho, que elegiste a la *anandha* adecuada de las dos que te tocaron por puro azar.

—Nunca antes se había registrado un caso semejante —murmuraba él, perdido en sus recuerdos. La escudriñaba impacientemente con aquella mirada única, forjada en oro—; que un alma tocada por la gracia de La Magna se fragmentara en dos en el vientre materno y nacieran dos mujeres para un solo hombre. Los tres somos únicos. Irrepetibles. Deberíamos haber permanecido juntos... —chasqueó la lengua—, pero la sociedad de nuestro tiempo lo hizo impensable.

—La sociedad de nuestro tiempo no inventó los celos, que ya ves que Mei siente incluso en el día presente —atajó, sosteniéndole la

mirada—. No abraces la nostalgia, Arslan, ni caigas en el error de romantizar la vida que no tuviste sobre esa de la que gozas ahora solo porque no llegaste a conocerla. Lo que te hace mirarme con buenos ojos es ese egoísmo tuyo de quererlo todo.

—Tenerlo —la corrigió—, no quererlo. Esta noche tendré un ejército a mi disposición que solo responderá ante mí. Mei dormirá a mi lado... y puede que tú duermas en el otro solo para que yo pueda decir que disfruté de todos los privilegios.

Li Zhen se libró de su contacto quitándole la cara. Soltó un jadeo incrédulo, rayano en la burla, y escupió:

—Ni lo sueñes. Hace siglos desde que no te deseo, y una osadía semejante te saldrá al alto precio de la confianza y el amor de Mei.

—No hay nada en este mundo que pueda destruir el amor de Mei, Zhen. Y no creo que le importe que te folle, siempre y cuando le permita unirse. Luego te devolveré con tu hechicero, lo prometo... Claro que no sin antes agradecerle debidamente su participación.

Li Zhen se olvidó de sus insinuaciones sexuales.

—¿Su participación? —Buscó sus ojos, sobrecogida—. ¿Habéis conseguido atraerlo?

—Lo has atraído tú, cariño. —Le sonrió, ladino—. ¿No es magnífico que todo haya salido a pedir de boca? Aunque cómo no iba a hacerlo. Hace siglos desde que planeo esta estrategia. El final se está desarrollando por encima de mis expectativas. El objetivo principal era traerte hasta China, pero por el camino hemos conseguido al mismísimo Iluminado. No hemos tenido que recurrir a nuestro plan B.

—¿Plan B? ¿Quién era vuestro plan B?

—Alguien no tan poderoso como Cassiel, pero con muchos menos escrúpulos. —Arslan se puso en pie y cabeceó hacia un lado con aire despreocupado—. Llevo un tiempo preguntándome si estaba escrito que esto sucediera o las decisiones que tú tomaste lo alteraron todo. Eras mi *anandha* o, al menos, tenías las mismas probabilidades de serlo que Mei... y, al rechazarme y unirte a un clan de pecadores, te

concedieron la condición de penitente. Y, entonces, nada menos que un milenio después, apareció tu propia *anandha*: Cassiel.

—¿Mi propia *anandha*? ¿De qué hablas?

Arslan levantó las cejas.

—¿No sabes que eso es lo que hace tan especiales a los Iluminados?, ¿lo que causa que nazcan pudiendo ver y con una empatía muy alejada de la frialdad de los albos? Poseen un fragmento del alma de La Magna. Igual que tú cuando viniste al mundo. Es tan raro que suceda que por eso solo ha habido dos como él en la historia.

Li Zhen escuchó con el corazón en un puño.

Se mostró reacia a creerlo. Una de las condiciones inalterables de la institución de la *anandha* era que el alma de La Magna solo se manifestara en humanos, y Cassiel no era humano... por más que fantaseara con ello. Pero ¿qué, si no, podría explicar su situación?, ¿la atracción que los habían unido desde el principio?

—¿Cómo lo sabes? —exigió saber, ceñuda—. Es decir... ¿Por qué tú estás al tanto de esta información y él no?

—Recuerda el Equilibrio, *janam*. —Le guiñó un ojo, ya erguido como orgulloso era—. Los albos, aun con su afán de grandeza y sus ideas de superioridad, jamás propiciarían la desvirtuación de uno de los suyos explicándole por qué es uno de los seres más poderosos del mundo. Han debido de mantenerlo en secreto para que no se le subiera a la cabeza, y, sobre todo, para que no soñara con encontrar a su penitente.

—¿Porque entonces renunciaría a la magnificencia en aras del amor? —dedujo ella.

—Y porque echaría a perder su pureza enredándose con un pecador o pecadora, con las terribles consecuencias que eso traería para la sangre de la raza. ¿No sabías acaso que Gamdiel, el Primer Iluminado, dejó encinta a una penitente? ¿No sabías que ese es el motivo por el que Mithrael nació con un espíritu rebelde?, ¿porque su madre era una pecadora? Contravino las sagradas normas de la divinidad para amarse con Asherah, la princesa hechicera fenicia,

porque lo llevaba en los genes. Esta es la clase de disrupción del orden que el linaje de los albos procuraría evitar, ¿no te parece?

Por más que ansiara seguir cuadrando las piezas del rompecabezas, lo prioritario y más preocupante para ella era que Cassiel se hallaba en algún punto del edificio e iba a oficiar un ritual que le daría ventaja a los grimorianos.

Sin La Criatura al mando de sus filas, los engendros se habían debilitado de tal manera que el trabajo de El Quinto Arcano había sido más bien escaso en los últimos veinte años. Pero si Arslan se alzaba con el control de un ejército de humanos, inmortales después de beber su sangre, los grimorianos que se habían desmarcado de la vida bélica saldrían de sus escondites y se unirían a él para volver a sembrar el caos.

Arslan la cogió del antebrazo y la levantó gentilmente para indicarle la salida con un cabeceo tan educado como amenazador. Li Zhen supuso que, si no le temía a que se largara corriendo, era porque tenía el edificio blindado de seguridad.

Ella tampoco tenía la menor intención de huir si era cierto que Cassiel estaba allí.

—¿Me has mentido acerca de la posición de Cass? —preguntó, aun así—. ¿Es un farol? Porque no puedo olerle.

—Es por la protección del edificio. Descuida, que pronto te reencontrarás con él.

Siguió a Arslan sin ser apenas consciente de que se trataba de Arslan. Había interiorizado rápido su presencia, quizá demasiado. Los aromas que en el pasado apelaban a sus instintos más primarios no hacían sino revolverle el estómago. El hecho de que no solo no la impresionara ya, sino que le fuera indiferente, lo decía todo.

Mantuvo los ojos bien abiertos, fijándose en los detalles de los pasillos que sorteaban, las puertas que cruzaban, las escaleras que descendían hasta un ascensor.

Al cruzar uno de los umbrales, Li Zhen se asombró porque el estilo tradicional chino del templo hubiera sido sustituido por una estancia moderna con un ascensor que los llevaría hasta un sótano

tan profundo que intimidaba. El cubículo descendió el equivalente a diez plantas y se abrió en un enorme pabellón donde miles de mortales, algunos amodorrados y la mayoría solo confusos, aguardaban de pie y apretados como sardinas enlatadas.

Toparse de pronto con tanta gente la aturdió, incluso si Arslan y ella caminaban unos metros por encima de sus cabezas. Recorrieron una suerte de pasarela acristalada que daba vértigo hasta la plataforma elevada donde una Mei ataviada con un vestido blanco los esperaba con las manos entrelazadas en el regazo.

A su lado, encima de la mesa también de cristal, descansaban el *jian* de Liu Song y el cáliz de Jiajing; el arma que habría de cortar su carne para derramar la sangre y el cáliz de donde habrían de beberla a posteriori Arslan y sus futuros esbirros.

Suponía que una gota bastaría para garantizarles la inmortalidad, o de lo contrario tendrían que morir desangradas para abastecerlos.

En el otro extremo, un severo Cassiel aguardaba su momento con la cabeza erguida en su dirección, como si la hubiera olido antes incluso de que llegara al pabellón.

—Cass —murmuró Li Zhen con un nudo en la garganta.

Él se enderezó aún más, alertado, y dio un paso hacia ella. La guerrera quiso corresponderlo y refugiarse entre sus brazos, pero Arslan lo impidió poniéndole una mano en el hombro.

—Primero haremos lo que con tan buena voluntad te has ofrecido a hacer —la advirtió con suavidad—. Después ya tendrás tiempo de abrazar a tu amorcito.

Li Zhen alternó una mirada entre el gesto impávido de Cassiel y el rostro no menos pálido de Mei. Supuso que seguiría siendo tan escrupulosa con la sangre como antaño y que andaba nerviosa por cómo pudiera acabar el ritual.

Nunca antes se había realizado y, sin referencias que avalaran su efectividad, aquello no era más que un tiro al aire.

La tentó acercarse y apaciguar sus nervios, pero supo que su amabilidad no sería bien recibida y se resignó a posicionarse entre los dos con el hombro pegado al brazo de Cassiel.

Su sola cercanía la relajó de tal manera que se le escapó un suspiro de alivio.

—¿Por qué estás aquí? —le preguntó ella sin girarse.

—Porque tú estás aquí —respondió sin más, y entrelazó los dedos con los de ella por el placer de sentirla vital, sana y salva.

—Yo... —No había un ápice de reproche en su tono, pero Li Zhen sentía que debía explicarse. Barrió con la mirada al gentío que se alzaba a sus pies, todas esas criaturas inocentes que perderían su libre albedrío por obra de la sangre y un hechizo. Se le puso el vello de punta—. Le di mi beneplácito cuando supe que mi hermana estaría aquí, y ahora, por más que me eche atrás, no puedo romper mi promesa. Vine por propia voluntad; eso es lo único que importa, por muy a disgusto que esté ahora.

—Y el Iluminado no se va a negar —añadió Arslan, de brazos cruzados ante ellos—, porque sabe que, si no, es muy probable que le hagamos daño a su pequeña. Si el ritual no sale adelante porque no nos ayuda, entonces nos aseguraremos de que él tampoco salga adelante arrebatándole a su bonita Li Zhen.

Se apartó de ellos, manteniendo el gesto arrogante, y se dirigió a la muda Mei. El candor se apoderó de su expresión más bien socarrona cuando la tomó de la barbilla para alzarle el rostro y admirarla con un brillo especial en los ojos.

Ese brillo que antaño la habría matado de celos no hizo sino aliviarla de un modo retorcido. De aquella unión había surgido la idea de seguir los pasos del Gran Grimorio, con lo que esto conllevaría. No había nada que admirar o celebrar del hecho de que se amaran, en todo caso lamentar que Mei no hubiera podido salvarlo de los avernos y que él la hubiese arrastrado consigo en lugar de marcharse solo. Pero a sabiendas de que su hermana había consagrado su vida a la criatura que tenía delante, le tocaba respirar tranquila porque al menos fuera correspondida.

Había visto pasión en el beso que habían intercambiado en el patio interior, pero el orgullo que expresaba Arslan iba un paso más allá.

—¿Estás preparada, *qančig*?

Mei asintió, obediente, y le dirigió una sonrisa que desbordaba cariño. Él se inclinó para depositar un beso de agradecimiento en su coronilla y acto seguido lanzó una mirada severa a Cassiel.

—Ya sabes lo que has venido a hacer aquí, Iluminado. Ten cuidado con el hechizo que obras o las runas que pronuncias. Zhen, Mei y yo estamos vinculados por nuestras naturalezas y nuestro pasado común. Si intentas sabotear el ritual hiriéndome a mí, te llevarás a tu querida mujercita por delante, ¿entiendes?

—Lo entiendo —se limitó a decir.

Li Zhen notó que empezaban a sudarle las manos.

¿Qué podía hacer para detenerlos?

¿*Podía* detenerlos?

Si se paraba a pensar en cómo había llegado hasta allí y sopesaba todas las insinuaciones que Arslan había hecho, llegaba a conclusiones terribles, como que no había avanzado un solo paso que él no hubiera orquestado.

Había dado a entender que había sido el único responsable de que El Quinto Arcano fuera a buscarla, y apostaría su alma inmortal a que ni uno solo de los miembros del clan habían cometido traición. Dahlia no, Dagon tampoco, Valois menos aún. A Evrani, por inquietante y tenebroso que fuera, era al que menos capaz veía de tal cosa.

A fin de cuentas, quería a la augur con todo su corazón.

No haría nada que pudiera perjudicarla.

Nerviosa, echó un vistazo a las cabezas de los mortales allí reunidos. Debían de estar bajo el influjo de un hechizo obrado por el difunto Chen Tuan, porque no gritaban ni se preguntaban qué hacían allí. Paseó la mirada con preocupación hasta toparse con una coronilla morena que emitía destellos azulados.

Como si hubiera presentido la presión de sus ojos, la joven levantó la cabeza.

Se trataba de Dahlia. Se había infiltrado allí... o quizá la hubieran apresado y pretendieran convertirla a ella también en esclava del nuevo Gran Grimorio.

¿Los habían atrapado a todos por su culpa?, se preguntó, espantada.

El murmullo de Cassiel atrajo su atención. Había cerrado los ojos para concentrarse en el conjuro siguiendo las indicaciones de Arslan, que le había tendido un antiquísimo pergamino en el idioma rúnico.

¿Podía el Iluminado conjurar un hechizo que había creado o estudiado un grimoriano?

Por supuesto que sí. No había nada que el Iluminado no pudiera lograr en lo que a la magia respectaba.

Li Zhen sintió un hormigueo recorriéndole la silueta del cuerpo. Los hombros, el borde de los brazos, la cintura; agachó la mirada y observó las chispas doradas que la rodeaban, y no solo a ella, sino también a un satisfecho Arslan y a Mei.

Esta última estaba tan tranquila que cualquiera habría dicho que llevaran años sometiéndola a esa clase de trucos. A lo mejor no la impresionaba porque nada tenía ese poder a excepción de Arslan. Querer a su penitente la había forzado a volcar todo su interés en él, para lo que habría tenido que sacrificar sus otras muchas pasiones.

Porque solía ser una mujer apasionada. Por los cuentos y las leyendas, por la grandeza de los dioses, por las galanterías torpes de los hombres tan enamorados que no se tenían en pie; por las noches de luna llena, por las promesas del futuro...

Quiso cogerla de la mano y apretársela. Desistió antes de intentarlo por si Arslan lo interpretaba como un intento por convencerla de negarse, o por si Mei la rechazaba una vez más.

También se resignó recordando el modo en que se había regocijado narrando su despedida, orgullosa de lo que le hizo.

Li Zhen siempre se había preguntado si, de no haber sido ella capaz de escapar a tiempo de las brasas, Mei la habría matado manteniendo la mano sobre su cabeza hasta que las llamas le

devoraran el cerebro. Esa era una razón que cada vez cobraba más fuerza a la hora de romper el vínculo por fin.

Mei la había hecho miserable y había disfrutado haciéndolo.

Eso debía pesar más que ningún afecto sororo.

Arslan la sacó de sus pensamientos tomándola de la mano. Se tensó al ver que se había armado con el *jian* y lo blandía con la soltura que cabía esperar en un guerrero de su talla.

Sería un general imbatible, pensó, horrorizada.

De todos los grimorianos que existían a lo largo y ancho de Asia, donde habían nacido algunas de las civilizaciones más antiguas y prósperas de la historia, probablemente él era el más peligroso. El único al que no podrían detener.

Esa certeza la paralizó, tanto así que no sintió siquiera la presión de la hoja contra sus muñecas.

La sangre manó del corte horizontal. Él no desperdició una sola gota colocando el cáliz justo debajo. Esperó a que se llenara a la mitad, y entonces se llevó su muñeca a los labios para lamer la herida una y otra vez hasta que se cerró.

Li Zhen apartó la vista, negándose a contemplar el espectáculo, y al fijarse en la expresión fría de Mei comprendió que tarde o temprano Arslan tendría que pagar por haberla humillado de aquella manera.

Pero no sería pronto, porque su hermana le tendió las dos muñecas para que eligiera su preferida. El uigur le dedicó unas palabras de afecto por lo bajo y la besó en los brazos descubiertos del vestido blanco antes de repetir el ritual: la rajó, volcó la sangre en el cáliz y detuvo la hemorragia con su saliva.

Arslan alzó la copa como si pudiera ver la sangre a través del recipiente y luego se giró hacia el gentío que allí se arremolinaba para brindar en su nombre.

—Este no es más que el primer paso —anunció en voz alta—. Primero beberé yo, y después beberéis vosotros. Y cuando abramos los ojos el día de mañana, seremos mejores que hoy.

En lo que duró la breve trayectoria del cáliz hasta los labios, Li Zhen pensó en empujarlo fuera de la plataforma, incluso sabiendo que un truco tan burdo no lo mataría; pensó que, si no actuaba ella, actuaría Cassiel o El Quinto Arcano, y aguardó con el aliento contenido a que alguien, quien fuera, hiciese algo.

Pero Arslan bebió la sangre de las *anandhas*, potenciada por la vinculación que el hechizo realizaba entre los objetos malditos y las tres entidades involucradas.

Lo vio a cámara lenta.

Vio cómo su savia se deslizaba garganta abajo y se lamía las comisuras teñidas de rojo con fruición.

Li Zhen apretó los puños, impotente.

Se demostraba una vez más lo que siempre había defendido el Gran Grimorio, y no sin razón: el amor era la muerte de la supervivencia. Cassiel estaba amenazado con perder a Li Zhen; Li Zhen estaba amenazada con perder a Cassiel y a Mei; Mei estaba amenazada con decepcionar a Arslan, lo que en su imaginario era mil veces peor que una muerte sangrienta.

Si ella no se hubiera dejado embaucar por los conmovedores encantos del Iluminado y él no hubiera sido tan terriblemente susceptible a lo que quiera que viese en ella, ¿dónde estarían ahora?

A salvo. Estarían a salvo. Y el resto de los mortales también.

Arslan se giró hacia sus tres chivos expiatorios con una gran sonrisa orgullosa. Tenía los dientes teñidos de escarlata, lo que le otorgaba, junto con la expresión satisfecha, un aire de enajenado peligroso que impresionaba.

—Ahora alimentaremos a mis pequeños esbirros —anunció, y se dirigió a la mesilla donde había depositado el *jian* marcado con la sangre de sus *anandhas*.

Mei se le adelantó con una sonrisa solícita y agarró el arma por el mango. En sus manos, manos pálidas y femeninas que no habían conocido la violencia de la guerra en trece siglos, el *jian* parecía una temible monstruosidad, algo fuera de lugar.

Su hermana contempló la hoja con una mirada nostálgica y pasó los dedos por el borde. Era tan larga que tuvo que alzar el mango por encima de su cabeza, como si fuera a clavarla en la tierra, para hundírsela en el centro del pecho y que la atravesara por la espalda.

Li Zhen se vació con un grito de espanto.

Su aullido retumbó en el pabellón como un rayo.

No haber podido predecir el movimiento y haber sentido en sus carnes cómo la atravesaba la hoja, como si por un instante hubieran sido una sola mujer, la hizo caer de rodillas en el suelo y tener que apoyarse sobre las palmas para sobrevivir al dolor que la bloqueó de pronto.

No podía llevar aire a los pulmones, que Mei se habría perforado con el *jian*, y aunque no estaba sangrando, se llevó por instinto una mano temblorosa al esternón. Ladeó la cabeza con los ojos anegados en lágrimas de incredulidad y observó que Arslan se había apresurado a tomarla entre sus brazos para que no se desplomara.

—¿Qué has hecho? —tronó él con un rugido que, sin embargo, no logró disimular su horror—. ¡Mei! ¡¿Qué diablos te has hecho?!

—Necesitaba... saberlo —la oyó responder con la garganta obstruida.

Al ser una criatura inmortalizada por la esencia de La Magna, tardaría mucho más en morir, y la energía se ensañaría con ella por haber atentado contra su condición sagrada.

La suya sería una agonía insoportable.

—¿Saber el qué? ¿El qué? Mei... Mei... Mei, *qančig*... —balbuceaba Arslan una y otra vez.

Con un brazo la sostenía por la cintura, y con el otro trataba de espabilarla tocándole la mejilla, el cuello, la frente salpicada por los sudores de la muerte.

Li Zhen trató de arrastrarse hacia su hermana.

Notaba las venas a punto de estallar en su cuello por el esfuerzo de seguir consciente.

No se le pasó por la cabeza que fuera a morir como resultado del suicidio de Mei. Lo único en lo que podía pensar era en que su hermana pequeña estaba agonizando y no encontraba la fuerza para acercarse.

—¡Mei! —gimió.

Ella intentó girarse hacia su hermana, pero apenas logró percibirla con el rabillo del ojo. El corazón se le encogió: un hilillo de sangre brotó de la comisura de su boca antes de que le hablara.

—Tenía que pararlo, y no iba a hacerlo matándote a ti otra vez.

Su declaración la dejó paralizada. Los cálidos brazos de Cassiel tuvieron que intervenir, rodeándola por detrás, para impedir que se forzase a gatear hasta Mei.

—Mei, ¿por qué? —repetía Arslan—. ¿Por qué?

—Necesitaba saber si... me querías de verdad —musitó Mei. Alargó la mano hacia el rostro de Arslan, donde habían empezado a aflorar líneas verdosas y azuladas; la interrupción del ritual, y más por el sacrificio del componente sagrado, conllevaría la muerte de quien hubiera bebido su sangre—. Ahora veo... que sí, que te importo... Te importo más que ser grande.

—¡Por supuesto que me importas más! ¡No tenías que hacer esto! ¡No tenías que llegar tan lejos, maldita seas! ¡Solo debías escucharme!

—Tu palabra no me vale. No me elegiste —le recordó, y a pesar de que la vida se le estaba escapando de las manos, sonó dolida que pareció más inmortal que nunca, como inmortal era su herida. Era esa rabia despechada lo que aún la mantenía consciente—. No me elegiste, nunca me lo dijiste, y yo... yo también tenía que asegurarme de que... de que no te dejabas encandilar por ella después del ritual. Ahora permanecerás a mi lado porque... moriremos a la vez e iremos al mismo lugar. —Una mueca que pretendía ser una sonrisa torció sus labios cuarteados—. Estaremos juntos para siempre, Arslan.

La última palabra que Mei dijo fue el nombre del hombre que le había quitado la vida en todos los sentidos posibles: «Arslan». Y, sin

embargo, pareció que pronunciándola se estuviera asegurando un lugar en los cielos a los que se juraba que iban a parar las almas puras, las almas inocentes. Lo invocó y, como si aquello hubiera sido lo único que había ido a hacer al mundo, llamarlo, someterse a él, acto seguido espiró su último aliento con una sonrisa de satisfacción.

Había tenido que matarse para ver con sus propios ojos que Arslan pensaba en ella, en que se le moría en los brazos, y no la acusaba de haber arruinado sus ambiciosos planes. Esto también fue un extraño alivio para Li Zhen, que si no se arrojó a matarlo con sus propias manos fue porque el dolor le derrumbó igual que la había derrumbado a ella y rompió a llorar con la cabeza hundida en el escote de su vestido blanco.

Li Zhen forcejeó con Cassiel para que la soltara y se arrastró con los puños crispados y las rodillas hasta la pareja, sintiendo la espada aún atravesándola de parte a parte.

La sangre empezó a pudrirse dentro de Arslan unos instantes después. Palideció abruptamente y tuvo que echarse a un lado, pero sin soltar el cuerpo de Mei, para vomitar el espeso líquido negro en el que se había convertido la savia de la *anandha*.

Igual que el ritual había estado dispuesto a bendecirlo como apto para comandar filas, ahora lo maldecía, porque La Magna había muerto un poco más por su causa.

Arslan empezó a toser una y otra vez, las comisuras salpicadas de negro tizón, y en lugar de buscar el modo de ponerse a salvo rogándole al hechicero que intuía la escena o amenazándolo para que le ayudara, se aferró con más fuerza al cadáver de Mei y esperó a que así la muerte llegara a buscarlo.

Li Zhen todavía estaba derrumbada en el suelo con una mano sobre el hombro de su hermana cuando Arslan perdió el control de sí mismo y se desplomó en el charco de sangre negra. Muerto no pudo seguir sosteniendo a su mujer, pero los dos acabaron derrumbados en el suelo con los rostros orientados el uno hacia el otro, ambos con los ojos abiertos.

Ella había aguardado un destino parecido por haber estado involucrada en el hechizo, pero el dolor no había hecho sino disiparse hasta convertirse en apenas una presión soportable en las partes del cuerpo que Mei había perforado, pecho y espalda. No se preguntó por qué y, con infinito cuidado, aprovechó que su hermana estaba de costado en posición fetal para desclavar la hoja.

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

Se había atravesado de parte a parte.

Ella, que tan llena de vida y por encima de todo había sido y estado siempre, no era ahora más que un cascarón vacío con los ojos pintados más bellos del mundo. Lo seguían siendo incluso ahora, que la luz de la vitalidad y de la locura ya no los acompañaba.

Li Zhen arrojó la espada con rabia tan lejos como pudo y tomó a Mei entre sus brazos. Experimentó por primera vez en mucho tiempo la siniestra pesadez de los cuerpos sin vida.

Tal fue la impotencia que la poseyó que por un instante no fue capaz de ver o entender nada, no fue capaz de mirar atrás o racionalizar la situación, y se levantó con Mei en brazos para salir de allí.

—Zhen —oyó que la llamaba Cassiel.

Pero en ese momento no existía Cassiel porque ni siquiera existía Li Zhen. Lo único que importaba era lo que no existía ya: Li Mei y la oportunidad de salvarla de sí misma... si es que alguna vez la había tenido.

Capítulo XXXIII

«Todos tienen preocupaciones,
ya que ni el sol y la luna
pueden estar siempre juntos.»
Compromiso de amor
JIA CHONG, LI WAN

LI ZHEN NO SUPO CÓMO LLEGÓ al corazón del monte Huan. En su cuerpo aún latía la fuerte impresión de haber sido apuñalada de parte a parte, y apenas recordaba cómo había accedido al templo como para saber de qué manera se las había apañado para salir.

Pero resultaba que no existía tarea que se le pudiera resistir a una hermana mayor decidida a cuidar de su pequeña.

Si no había podido procurarle una vida feliz a Mei, al menos se aseguraría de que tuviese una muerte digna, un entierro a la altura de todo lo que podría haber sido.

Aunque ¿qué le decía que no hubiera sido deslumbrante y perfecta durante el tiempo que habían pasado separadas? ¿Qué le decía que no hubiese sido ella el genio tras la operación que se le había achacado a Arslan?, ¿que no había estado detrás de cada paso que los grimorianos habían dado para ganarle terreno a los magnánimos?

Por más que Li Zhen hubiera visto a una mujer doblada y vencida por amor, era posible que, en la intimidad, Mei le hubiese trasladado sus inquietudes y deseos a Arslan, y que estos hubieran sido de una magnitud y de una ambición desmedidas.

Él la había amado, a fin de cuentas, y la había amado desesperadamente pese a que una profecía le exigía que se dividiera en dos para querer a ambas hermanas por igual.

Y ahí donde hubiera amor sincero, había virtuosismo.

Sobre todo viniendo de Arslan, que nunca habría admirado a alguien que no lo mereciese.

Sintió tanto no haberla tomado en serio que tuvo que detenerse en un claro del bosque para inclinar la cabeza hacia ella y disculparse. La apoyó sobre la frente helada de Mei y cerró los ojos para murmurarle unas palabras en el idioma materno en el que siempre se comunicaron. Aquello valía por una disculpa, por el abrazo que le había quedado debiendo.

También era un desahogo, un consuelo por su parte, porque Mei no le habría permitido quererla sin condiciones y a viva voz.

Li Zhen depositó el cuerpo con cuidado sobre la maleza.

El confucianismo en el que creyeron una vez, hace demasiadas vidas para contarlas, contaba con múltiples ritos funerarios que empezaban en la almohada del agonizante y terminaban por los grados del duelo a los que los vivos habían de adscribirse.

Le habría gustado velarla durante los cinco días mínimos que proponía aquella filosofía de vida y que toda su familia pasara a verla, como era tradición. Le habría gustado llevar su féretro en procesión, cremarla y recoger lo que restara de sus huesos para colocarlo en un columbario junto con el resto de los Li.

Pero, para empezar, los Li no fueron enterrados, tampoco podía trasladar un cadáver hasta un tanatorio humano sin que la policía hiciera cientos de preguntas acerca de las causas de la muerte, y nadie vería con buenos ojos que se tomara tantísimas molestias con una grimoriana.

Porque eso había sido al final de su vida.

Una traidora.

Li Zhen apretó la mandíbula, impotente, y aprovechó que la tierra estaba húmeda por la ligera llovizna que caía para empezar a escarbar.

En realidad, no se le ocurría lugar más bello que la Gran Montaña de la Flor para pasar el resto de su muerte. Allí podría estar en sintonía con ese dios del Mundo Subterráneo al que debía de haber venerado, aunque fuese a través de Arslan, y los espíritus magnánimos no perturbarían su descanso.

Al principio cavó con la mente en blanco, como si estuviera haciéndole el favor a otro, como si nada en la situación fuera con ella, pero conforme iba abriendo el agujero, iba siendo consciente de lo sucedido y más le dolían el cuerpo y la vida por su imperdonable inutilidad.

Hundió las manos con saña en la tierra cada vez más dura, sin importarle si se rompía las uñas, y empleó su fuerza sobrehumana para arrojarla hacia atrás.

Echó un vistazo al cuerpo desmadejado de Mei y el corazón se le rompió de nuevo.

Aún tenía los ojos abiertos, pero sus labios habían perdido el color, y su cuerpo, la tierna blandura.

Si no hubiera sido humana y *anandha*, inmortal por mérito de su penitente, una hoja no habría podido matarla. «Pero esa no era una hoja cualquiera», se tuvo que recordar con amargura. «Era un objeto maldito. Y un objeto maldito repele a todo ser mínimamente magnánimo».

Li Zhen alargó una mano para cerrarle los párpados con delicadeza. Detuvo su labor para contemplar los rasgos de su hermana, la belleza que le había sido arrebatada al mundo. La belleza con la que se salía con la suya todas y cada una de las veces. La belleza que tanto cultivó en la adolescencia, pero que no le importaba nada cuando era niña y solo quería ser soldado, o un animal mitológico, o un dios. Creció queriendo ser cualquier cosa menos ella misma hasta que un buen día comprendió que no había nada mejor que abrazar la unicidad propia.

Cuánto no aprendió Li Zhen de la seguridad con la que se conducía, de lo exasperante y al mismo tiempo milagrosa que podía llegar a ser su convicción de que nunca estaba equivocada; si acaso en el bando contrario de la historia, lo que, en sus palabras, «la hacía mala, no estúpida».

Había llevado aquel lema por bandera hasta sus últimas consecuencias. Había preferido ser la villana incluso en la historia de Arslan, la saboteadora, todo esto mucho antes que convertirse en la

estúpida que se dejaba manipular y engañar por los delirios de grandeza de su hombre.

Li Zhen se inclinó con las manos apoyadas en la tierra blanda, los codos temblando por el shock, y la besó de nuevo en la frente.

—Zhen —oyó que la llamaba Cassiel con suavidad.

Ella no quiso moverse. Sospechaba que en el momento en que hablara con alguien, en el momento en el que hiciera cómplice de su desdicha a una segunda persona, esta se materializaría; la muerte de Mei se haría real y no habría marcha atrás.

Se incorporó, apretando los ojos con la misma tozudez que un crío berrinchudo, y descansó las manos destrozadas sobre los muslos.

Él no se dio por vencido y se arrodilló a su espalda para rodearla con los brazos. Li Zhen se mordió el labio inferior con fuerza, y, reacia a aceptar que lo hacía porque, si no, rompería a llorar, se convenció de que estaba furiosa con todo el mundo.

Trató de deshacerse de su cariñoso abrazo. Forcejeó tirando de sus muñecas y lo insultó, presa de un arrebato, pero Cassiel no se movió un ápice y ella acabó lanzando un grito rabioso a la nada.

Cuando su voz quebrada ya se habría extinguido, Li Zhen volvió a aullar por el mero placer de desahogarse. Gritó una y otra vez hasta que creyó haber vaciado el horror y los traumáticos reencuentros de las últimas horas; hasta que le pareció que había maldecido a los dioses lo suficiente por conspirar contra sus seres amados.

Ya no quedaba ni uno.

Salvo el que le estaba frotando los hombros muy despacio.

—Lo siento —le dijo él en voz baja—. No habrías podido hacer nada para evitarlo.

Li Zhen siempre había estado en contra de las condolencias. Eran palabras vacías, y nada había más cruel y desconsiderado hacia un doliente que una frase hecha carente de emoción real.

Pero Cassiel lo pronunció de un modo distinto, como si de veras se responsabilizara de lo ocurrido; como si pudiera hacer suyo el

sufrimiento que le era ajeno. Tan honesto sonó que Li Zhen terminó extrañándose, y le pareció que en ese «lo siento» había una disculpa real.

Una enigmática sospecha la invadió de pronto.

—¿Qué ha querido decir mi hermana con que Arslan me eligió? —quiso saber—. No creo que llegara a esa conclusión gracias a mí, porque no me escuchó cuando traté de decirle que él también me manipuló y, en lo que a mí respecta, la eligió a ella.

Cassiel dejó correr un silencio que debió de creer necesario antes de hablar.

Li Zhen fue muy consciente de la dulce presión de su pecho contra la espalda, del placer que se encontraba atrapada en unos brazos protectores. La lluvia seguía cayendo sobre ellos, embarrando el suelo bajo sus rodillas y limpiando la sangre que la había salpicado.

—En la ceremonia en la que cedí la vista para obtener la Visión, la magia me agradeció el sacrificio permitiéndome echar un vistazo al que sería mi destino —empezó Cassiel con tiento—. Esto también le sucedió a Gamdiel: él soñó con su hijo Mithrael, quien habría de marcar un antes y un después en la historia de los seráficos. Yo soñé con una mujer. —Pausa—. Una mujer china.

—¿Conmigo? —musitó con la voz entrecortada.

—Eso pensé al principio —confesó—, pero no había manera de saberlo con certeza porque... Bueno, no podía verte. No puedo verte —corrigió, y no pudo evitar que la amargura se filtrara en su tono—. Al cabo de unos días con El Quinto Arcano, Dahlia me dijo que había completado el fragmento de mi visión y me advirtió que tendría que matarte. —Otra pausa, esta más larga—. Ella también confundió a Mei contigo.

Li Zhen separó los labios para hablar, pero no encontró las palabras enseguida.

La embargó un mal presentimiento.

Tuvo que apresurarse a señalar los hechos en tono de advertencia, como si en el fondo estuviera amenazando —o rogando

— a Cassiel para que no le quitara a ella la culpa a costa de achacársela a alguien a quien quería:

—Mei se ha suicidado.

—Cuando Dahlia y yo llegamos al templo, tu hermana nos recibió... —La estrechó aún más fuerte contra su pecho, previniéndola de que un mazazo de realidad estaba al caer—. Bastó con escucharla hablar para que la augur se diera cuenta de lo equivocada que había estado. Al parecer, nada más verla, Dahlia tuvo una visión: la tarde que estaba dispuesto que tú te fugaras con Arslan. Se puede ver con claridad que él esperó y esperó en el punto de encuentro, y que se estaba encaminando a la capital, herido por tu rechazo y desentendido por completo de todo lo demás, cuando se encontró con ella en el río.

—No es posible que Mei la creyera cuando Dahlia se lo dijo —interrumpió, agitada.

—No, no lo hizo. Vivía engañada. Pero utilicé mi magia para que tu hermana pudiera descubrir la verdad con sus propios ojos: le trasladé la visión de Dahlia a ella... y supongo que esto la llevó a tomar una decisión radical. Evrani pretendía matarla —apostilló—. No le importaban las consecuencias, pero yo no podía permitir tal cosa.

Li Zhen desvió la mirada vacía a donde Mei seguía tendida como un trapo viejo. Hasta el bonito vestido blanco parecía un jirón sucio y sin brillo ahora.

—Y, sin embargo —dijo ella en tono vacío—, has causado indirectamente que llegara a la conclusión de que su vida no merece la pena. De que nunca lo ha hecho.

Cassiel no respondió de inmediato.

Li Zhen sintió que él la soltaba, a sabiendas de que abrazarla en ese momento podría ser el colmo del cinismo.

Pero no se levantó, por si acaso ella le necesitaba.

—No puedo negarlo —admitió con voz clara—. Dahlia vio que yo la mataba, y ahora entiendo por qué: porque ella también participaba en la escena. Su visión fue simbólica, puesto que

ninguno de los dos utilizó un arma. Pero es cierto. Ambos participamos en su decisión de morir, y, por eso, lo siento de corazón. Solo quiero que sepas que, a mi parecer, Mei merecía conocer toda la verdad... y también creo que evitar que Arslan se hiciera con el poder no valía más que la vida de tu hermana.

Li Zhen agachó la cabeza para que la lluvia no se le metiera en los ojos y apoyó las manos en la tierra. El barro se las hundió hasta las muñecas, pero no reaccionó. Se quedó como estaba, estática, con el interior tan vacío que no podía sentir ni odio ni lástima; no podía ni decirle que lo perdonaba ni que se vengaría matándolo a él.

—Necesito que te vayas —dijo con voz queda—. Quiero estar a solas con mi familia.

Casi lo sintió mover la cabeza afirmativamente a su espalda, procurando hacer el menor ruido posible para no incomodarla, para no alertarla, para no avivar una furia que debía de estar ahí, en alguna parte, esperando el momento oportuno para estallar.

Cassiel no se desmaterializó, como ella había previsto, sino que se alejó de allí caminando con lentitud, preparado para rehacer lo andado si Li Zhen se lo pedía. Pero no se lo pidió, y tampoco le reprochó que se quedara a las puertas del claro, a una distancia amplia y aun así insuficiente para que no se sintiera vigilada.

Terminó de cavar sumida en un silencio sepulcral. El agua hacía que las paredes del hoyo chorrearan barro hacia el fondo.

No sería tan profundo como le habría gustado, pero no importó.

Se levantó, ajena al agua que le calaba la ropa, y se dirigió a las flores púrpuras que había visto adornar unos arbustos no muy lejos de allí.

El *cercis chinensis* se conocía como el «árbol del amor chino». Producía unas preciosas flores tirando a rosas que, siendo niñas, Mei y ella se entretenían tejiendo para armar coronas naturales.

Li Zhen recolectó una cantidad significativa y la apiló en el cuenco que improvisó usando la camiseta como el bolsillo de un canguro. Intentó anudar las flores con las ramitas que se habían desprendido de los árboles, pero le temblaban tanto las manos que tuvo que

desistir y arrojarlas al hoyo de manera que formaran una cama de flores pequeñas.

La mancha rosa se le antojó un espacio mucho más acogedor sobre el que poner a descansar a Mei.

La cogió entre sus brazos y saltó al hoyo para depositarla con cuidado sobre las flores. Estaba convencida de que de allí brotaría un árbol del amor al cabo del tiempo.

Nada le pareció más justo que eso.

—¿Harías algo por mí? —preguntó en voz alta.

Sabía que Cassiel seguía allí.

—Por supuesto —le respondió en la distancia.

—Trae el cuerpo de Arslan. Quiero que estén juntos.

Cassiel se desmaterializó acto seguido para cumplir su pedido.

En lo que tardó en volver a aparecer, Li Zhen se sentó junto a su hermana en el fondo del hoyo y se abrazó las rodillas. Le acarició la cara para retirar las manchas de barro que caían sobre ella y el pelo rebelde que aún se adhería a sus mejillas.

Una extraña paz se fue extendiendo por su cuerpo.

No alivió el dolor, pero dibujó una pequeña sonrisa en sus labios.

—A decir verdad —murmuró, todavía acunando su rostro—, lo único que yo le pedí y le seguía pidiendo a la vida era poder enterrarte para aceptar que te había perdido. Verte morir como te vi nacer. Cerrar el círculo. Y aquí estamos. Era lo justo, Mei.

La siguió acariciando aun cuando Cassiel descendió a donde se encontraba con el cuerpo de Arslan echado al hombro.

No se opuso a que fuera él quien acomodara al uigur junto a Mei, pues prefería no tocarlo ni por casualidad. Aunque su hermana lo hubiese querido, aunque ella misma lo hubiese querido, aunque hubiese aceptado enterrarlo junto a la pequeña de las Li, Zhen lo odiaba con cada fibra de su ser.

Pensó que no era obra de la casualidad que, al dejarlo caer, Arslan quedara girado hacia Mei. Igual que la sobrevino un ramalazo

de rabia por la injusticia de que no hubieran podido disfrutar de una eternidad juntos, este se marchó, sustituido por un lógico sosiego.

Juntos habrían aterrorizado el mundo, y ¿acaso no eran trece siglos tiempo más que suficiente para vivir felices? ¿No habían muerto plenamente convencidos de que su amor era correspondido?

En la vida y en la muerte. Así lo había decidido Mei, y se había asegurado de que permanecían unidos en ambas realidades.

Había sido decisión suya.

Decisión que había tomado con toda la verdad delante.

Li Zhen se irguió y, de pronto acuciada por una idea, se llevó la mano a la cabeza.

Había olvidado que era la peina de Arslan lo que le había recogido el pelo las últimas horas.

La inundó un alivio muy específico al deshacerse de ella.

Se agachó para improvisarle a Mei un sencillo recogido en el que destacara el accesorio, que apostaba por que también recibió en su día de las manos generosas de su amante.

Inspiró hondo.

—¿Y los humanos? —preguntó sin mirar a Cassiel.

No tenía fuerzas.

—Dahlia les borrará la memoria. Dagon y Valois se encargarán de devolverlos al lugar del que salieron procurando no recurrir a trucos de magia. Evrani ya está trabajando en el modo de destruir el templo. Yo le ayudaré en el empeño.

Li Zhen asintió en silencio.

Alzó la vista al cielo. Quedaba enmarcado por la frondosidad de los árboles que la refugiaban de la lluvia. El agua seguía cayendo, aunque poco a poco amainaba, como si los cielos supieran que todo había terminado.

Cerró los ojos, y cuando creyó que el tormento de su alma le había dado un respiro, abandonó la tumba de un salto sobrehumano y desapareció del monte Hua en la dirección que le indicaron sus pasos.

Capítulo XXXIV

«Lamento no poder salvar tanta distancia.
Me conformo con coger una flor
y enviártela con mi corazón.»
A mi esposa, pensando en nuestro reencuentro ante los duraznos
Xu Fei

Tratar de devolver a los desaparecidos a sus casas fue una odisea en la que Dahlia y Dagon se volcaron como lo que eran; los miembros de El Quinto Arcano que más se preocupaban por el bienestar de la humanidad.

Las predicciones de los cuerpos de seguridad del Estado no habían podido acertar porque muchas de las desapariciones no habían sido denunciadas, pero el número de personas sobrepasaba por mucho los miles. Hubo que emplear una considerable cantidad de hechizos para trasladarlos fuera del templo y mantenerlos en un estado de semiinconsciencia que evitara que cundiese el pánico, pero la tarea de averiguar quiénes eran, de dónde venían, escribirles a sus seres queridos para advertir de que volverían y montarlos en los respectivos medios de transporte fue más propia de una agencia de viajes que de un clan protector con habilidades sobrenaturales.

La magia, por supuesto, corrió a cuenta de Cassiel y Evrani. Al menos, así se distribuyeron las tareas hasta que la situación estuvo más o menos controlada y el Iluminado comprendió que le había llegado la hora de rendir cuentas a la Sehara, a los albos y a El Magnánimo.

—¿Volveré a verte? —le preguntó Dahlia en cuanto Cassiel anunció su partida.

—Al menos él ha tenido la decencia de despedirse —refunfuñaba Dagon—. Ya sé que Zhen y yo no éramos los mejores amigos porque empezamos con mal pie, pero, joder, un mínimo de educación, aunque sea... Además, ¡que le he cogido cariño!

Habían realizado una pausa entre llamadas telefónicas y reservas de vuelos o autobuses cuando ya apenas quedaban quince personas por devolver a sus hogares con, obviamente, las mentes intervenidas por la vidente. Cada uno de ellos contaría una versión distinta de dónde había estado y por qué se había marchado sin avisar.

Ahora, El Quinto Arcano conversaba en el patio interior del templo, donde flotaba el aroma húmedo de las coníferas y las flores de invierno, preservadas mediante técnicas modernas que contravenían su verdadera naturaleza.

En efecto, Zhen se había esfumado. Con palabras así de llanas, Cassiel había informado al equipo de su retirada. No había querido contestar preguntas indiscretas que exigían una explicación. Dahlia se podía figurar por qué, y su silenciosa compasión era suficiente para él. A fin de cuentas, ella había formado parte de la treta para debilitar del todo la alterada psique de Mei y enterrar la amenaza que representaba junto con su hombre.

No le habría costado llegar a la misma conclusión que Zhen: que Cassiel y la augur habían matado de algún modo a la persona que más había querido en el pasado.

Ni Dahlia ni él podían entender la tragedia en toda su extensión.

Ninguno de los dos había tenido hermanos.

Pero aun sin entender del todo los sentimentalismos por los que se regían los habitantes de la Subrealidad, Cassiel había asumido muy pronto que Zhen nunca lo perdonaría. Aquella afrenta sobrepasaba por mucho los límites de lo disculpable.

Saber que había contribuido a la cronicidad del sufrimiento de la mujer a la que amaba le había destruido. Era incapaz de llorar, gritar o desahogarse en modo alguno, presa del shock como estaba. Algo en sus adentros, quizá el respeto que se tenía a sí mismo, se había desprendido de él para siempre. Ahora se debatía entre el inevitable odio hacia sus prioridades, pues antes debía enfrentarse a los suyos que buscar a Zhen, y la rotunda incomprensión.

¿Cómo era posible que existiera gente capaz de proclamar que quería a otra persona y, a la vez, hacerle daño sin conmoverse en lo

absoluto?

—Zhen ya ha cumplido su cometido —expresó Valois, que acababa de regresar de hacer unas llamadas telefónicas a su banco. El hecho de que el penitente más poderoso jamás conocido hiciera su contribución a El Quinto Arcano poniendo su holgada cuenta bancaria a su disposición era muy indicativo del mundo en el que vivían: uno en el que se podían acometer más victorias con dinero que mediante la fuerza—. Es comprensible que se haya marchado.

—La misión no habrá terminado hasta que todo el mundo esté en su casa —determinó Dagon—. Y te recuerdo que aún hay unas cuantas incógnitas pendientes de resolver. Como, por ejemplo, quién coño robó el *jian* de Jiajing.

—El *jian* es de Liu Song —corrigió Dahlia con paciencia—. El cáliz era de Jiajing.

—No me digas que no queda mejor *jian* de Jiajing. ¡Si casi parece un trabalenguas con aliteración de «yi»!

—Eres patético —dijo Evrani.

—Descubrir al traidor me corresponde a mí —intervino Cassiel antes de que se enzarzaran en un debate lingüístico... o en una pelea con todas las de la ley—. Ascenderé al Autem para llevar a cabo la investigación y luego rendiré cuentas ante mi linaje y mis superiores. He cometido una serie de... actos reprobables durante mi estancia en la Subrealidad que me consta que no quedarán impunes.

—No me digas que te van a castigar por haberte enchochado.

La desahogada respuesta de Dagon atrajo la atención de Cassiel, que una vez más admiró y celebró la existencia de alguien como él.

Era un empíreo muy joven. Apenas habría cumplido un siglo de inmortalidad, pero cien años seguían bastando para transformar la esperanza de los hombres en puro cinismo. Y, sin embargo, pese a conocer la complejidad de la religión a la que servían, pese a haber visto y sufrido en carne propia toda suerte de injusticias, Dagon aún apelaba a las que entendía como únicas verdades del universo para simplificar problemas que parecían irresolubles: todo era, para él,

una cuestión de amor o de odio. Y todo lo que fuera no respetar ese amor y ese odio le resultaba incomprensible.

«No me digas que te van a castigar por haberte enchochado».

En otro momento, Cassiel se habría reído con condescendencia porque lo resumiera sin atender al contexto, a las normas a las que estaba sujeto, a sus responsabilidades.

Pero tenía razón.

Atendiendo al contexto, a las normas y a las responsabilidades, era verdad que se trataba de una locura.

—Todo está por verse —se limitó a decir, y se levantó del borde del banco donde había estado sentado.

Alzó la vista hacia el cielo, que sabía que estaba descubierto, y cerró los ojos como si pretendiera empaparse de un sol que llevaba días sin asomar entre las nubes.

Cassiel pretendía insistir en obtener su libertad. La requería para regresar a la Subrealidad, buscar a Li Zhen una vez hubiera transcurrido el silencio solitario que necesitaba para encajar la pérdida y para suplicar su perdón hasta que estuviera dispuesta a seguir llenando su vida de ilusión. Pero sin el beneplácito de sus superiores o, al menos, sin haber atajado de una vez por todas sus deberes de magnificente, le tocaría pasar el resto de sus días viviendo escondido, rogando para que no le alcanzara la ira de la Sehara.

Debía dar la cara antes para evitar peores desenlaces.

Era muy probable, pues, que esos fueran sus últimos minutos en la Tierra. Había sido desobediente y para colmo se había encarado con la hechicera a la que se veneraba como si de La Magna se tratara. Había empleado la fuerza contra ella. Se habría corrido la voz y estarían deseando que regresara, si no para derramar su sangre, por lo menos para obligarlo a retomar su puesto.

A esas alturas debían saber que eso sería lo peor que podrían hacerle.

Se lo iba a jugar todo a la carta de la compasión de los suyos; de una gente que nunca había demostrado el menor atisbo de piedad,

ni hacia él ni hacia nadie.

Era un suicidio, pero tenía que hacer lo correcto.

Había sido agradable autoconvencerse por un tiempo de que podía vivir sin la aprobación y la aceptación de la hechicera, de Alastor, de su linaje, de El Magnánimo..., pero Cassiel no era ajeno a la decepción de sus seres queridos y sus admirados referentes. Quería empezar de nuevo con el viento a su favor y la tranquilidad de haber sido, si no perdonado, despedido en condiciones.

—Habrás de volver, aunque sea, para ponernos al corriente de quién fue el escurridizo rateruelo que sustrajo el *jian* —dijo Valois.

—Se os informará —le aseguró Cassiel—. No sé si seré yo o alguien diferente, pero se os informará.

El cabeza de clan suspiró.

—Nos hallamos, pues, en la inexorable realidad de la despedida.

—¡En la encrucijada del adiós! —se lamentó Dagon con un exagerado tono afectado que pretendía imitar la llaneza de Valois.

—En el punto final de nuestro caminar conjunto... —siguió Dahlia la broma.

Sonriendo por su sentido del humor, el Iluminado solo asintió con la cabeza. Percibió en el sonido de los pasos de Valois, a través de la densa maleza del patio, que se acercaba para tenderle la mano.

Cassiel se la estrechó absurdamente emocionado porque pudiera, aunque fuese por una vez, reproducir los códigos de la Tierra. La mano de Valois estaba endurecida, curtida; no lo había esperado viniendo de un hombre tan distinguido, pero casaba con su pasado guerrillero.

Sintió la fría presión de los anillos que le salpicaban los dedos.

—Ha sido un honor y un privilegio colaborar contigo en esta empresa, Iluminado —le aseguró Valois—. Si nos requirieses para aportar testimonio de tu inestimable labor ante un jurado, no dudes en hacérnoslo saber. Me atrevo a afirmar en el nombre de todos que

será un deber indeciblemente grato retribuirte, aunque sea en parte, el inmenso favor que nos has prestado.

En cuanto el cabeza de clan se separó, dejándole un nudo en la garganta de regalo, un cuerpo femenino se arrojó sobre él para estrecharlo entre sus brazos.

Al principio Cassiel dudó, abrumado por la emboscada, pero terminó sonriendo conmovido y acariciando la suave melena lisa de Dahlia.

—Vuelve —le pidió ella en voz baja—. Todavía no has conocido el mar, ¿verdad? ¡Nadie puede morirse, y ni mucho menos experimentar un encierro en la eternidad, sin haber conocido el mar! Ni la nieve. Ni el fuego. Ni el cine...

Cassiel pensó que mientras quedara una sola maravilla del mundo por descubrir, tendría la obligación de regresar. Esta responsabilidad, lejos de pesarle, le imbuyó de una poderosa determinación a remar contra viento y marea para cumplir los deseos de Dahlia, que también eran los suyos, y todo en el nombre de la sencilla oportunidad de pisar la arena descalzo.

Nadie sabía dónde se había metido Evrani, pero que se desvaneciera era tan habitual —y estaba tan seguro de que no le importaba si se despedía o no— que nadie hizo ningún comentario.

Dagon lo despidió palmeándole la espalda y asegurándole que debería darse prisa en volver porque al mundo «le quedaban dos telediarios, tal y como iba el calentamiento global».

Después de eso no le quedó ninguna razón para seguir allí.

Cassiel inspiró una vez más, empapándose los pulmones de aquel aire gélido que apuñalaba a la vez que limpiaba los adentros, y en un abrir y cerrar de ojos estuvo de nuevo en su antigua realidad.

El aire del Autem, en concreto el del templo, no podía ser más distinto del que se respiraba en los picos más altos de la montaña. En la que había sido su casa nada olía a nada especial, nada tenía un sabor que estallara en el paladar.

No podía intuir lo bello, no se dijera ya experimentarlo.

No se dejó llevar por la tristeza, sin embargo. Era un hombre con una misión y pretendía desempeñarla lo antes posible.

Tal vez Li Zhen necesitara más que unos días para pasar el luto; tal vez necesitara años o una vida entera, pero Cassiel no iba a concederle tanta ventaja con el riesgo que existía de que se olvidara de él o, peor, se envenenara de odio.

Se orientó por los amplios pasillos del templo en busca de alguien. Solo tenía que seguir el olor que dejaba a su paso, la clase de olor que cabía esperar en un sujeto que se embriagaba con el materialismo de la Tierra demasiado a menudo. ¿Y por qué? Pues porque, al igual que a él, no le importaba que lo mundano interviniera en su esencia sobrenatural. No se creía tan relevante como para preservar su condición intacta; definitivamente, no a costa de sacrificar las diversiones frívolas, que, en sus palabras, eran «las únicas diversiones que merecían la pena».

Le había quedado debiendo una conversación con Alastor que ya había asumido de antemano que no traería nada bueno.

Cassiel posaba una mano en la pared cada veinte pasos para confirmar a dónde se estaba dirigiendo. El rastreo lo llevó hasta los aposentos del antiguo valet, ubicados en un nivel inferior al dormitorio de Cassiel por ninguna razón distinta de la clase social que los distanció siendo niños.

Aquella solo era una más de las numerosas humillaciones que se habían votado en el templo para castigar al hijo de la Sehara por su inutilidad... y sin que esta hiciera nada para evitarlo.

«Ella nunca hace nada para evitar nada», recordó con rencor.

En cuanto cruzó el umbral y cerró la puerta a su espalda, se tomó un instante para detallar la escena. Había oído el suave crujido del papel y el roce de los dedos al pasar la página de un libro tan antiguo que el lomo protestaba con cada movimiento.

A Alastor le gustaba leer tendido de cualquier manera sobre un sillón que duplicaba su tamaño, lo que ya era decir. Lo imaginó con las piernas apoyadas en un reposabrazos y la espalda reposada en el inmediatamente paralelo.

—¿Vienes a extenderme la invitación a tu boda? —fue lo primero que le preguntó en tono aburrido—. ¿O a tu funeral? Porque no dudes que van a precipitar la destitución de tu inmortalidad si te pillan aquí dentro después de la que has liado, pollito.

—¿Van —repitió Cassiel, adentrándose en la modesta estancia con pies de plomo. Cerró la puerta tras de sí— o vais? Porque no pierdo de vista que fuiste el primero que trató de interponerse entre Zhen y yo. No solo descendiendo a la Tierra con fútiles advertencias, sino extendiendo los brazos ante las puertas del dormitorio de la consumación para impedirle el paso.

Alastor contestó sin cambiar de postura y con una indiferencia desalentadora.

—Si has venido a indignarte porque haga mi trabajo, te sugiero que rehagas tu paseo hasta el salón de audiencias y propongas la formación de un sindicato que luche por la estructuración en firme de las labores del valet.

—¡Antes que valet eres mi amigo! —rugió Cassiel.

Alastor dejó que se extinguiera el eco de su bramido. Luego llenó el silencio de un hondo suspiro que solo evocaba cansancio. Cerró el libro con cuidado, que por dimensiones y pesadez debía de tratarse de una vieja recopilación de historias de la gran biblioteca —o de una novela de Brandon Sanderson—, y lo depositó a un lado antes de levantarse.

—Antes que tu amigo, Cass —replicó con neutralidad—, soy Alastor. Y Alastor tiene ideas propias sobre lo que está bien y lo que no. Estas ideas no difieren de las de mi madre, eso es cierto, pero créeme; no han sido influenciadas por ella. Lo que, por otro lado, te ha salvado de que me importe una mierda que trataras de matarla y, por ende, no vaya a hacer algo al respecto.

—¿Qué podrías hacer al respecto, si eres un inútil? —aprovechó para pincharle.

Estaba equivocado en sus sospechas, porque Alastor permaneció impertérrito: no era la venganza hacia el modo en que la Orden lo

había tratado lo que le movía, y tampoco el desprecio hacia Cassiel porque no hubiese impedido los desaires.

Como si hubiera podido.

—Ya has visto que puedo hacerte daño aun sin tener los poderes del Iluminado de mi parte. Mírate; estás que ardes porque no te he aplaudido el romance con tu Señora de Rostro Completo.

Cassiel detestó que se refiriese a ella en tono peyorativo.

En la antigua China imperial, era habitual que las concubinas del emperador recibiesen títulos o rangos relacionados con sus encantos: «Señora de Comportamiento Brillante» a la que destacaba por sus maneras, «Señora de Belleza Cultivada» a la que, además de bonita, era buena conversadora; «Señora de Rostro Completo» a la que carecía de un solo defecto estético.

Era evidente que lo estaba usando con un sarcasmo odioso, como lo habían usado tantos otros antes que él; tanto así que lo convirtieron en un apelativo popular de Zhen en China y en el mundo entero.

—Estoy que ardo porque te aliaste con Arslan, llegando a sustraer un arma milenaria de la sabia protección de los sacerdotes, y aún no entiendo por qué.

—¿Disculpa? —Se le escapó una carcajada—. Cualquiera pensaría que lo que potenciaría tu imaginación sería permanecer encerrado en tu cuarto durante veintiocho años, no quince días laborables en la Tierra..., pero mírate, ¡si hasta te han inspirado para el argumento de un libro!

—No tengo más que sospechas para sustentar esta hipótesis —admitió Cassiel—. Aun así, no surgen de la imaginación, sino de la intuición que me ha despertado este tiempo en la Subrealidad. Rezo para estar errado, Alastor, pero nadie más que tú tendría razones para tontear con el Mal.

Alastor soltó una sola risotada que llenó de escarcha el espacio que los separaba.

—¿Vas a sacar a colación que mi padre era poco menos que el diablo para presentar esa teoría ante la Orden?

—Habrá quien achaque la desobediencia a tus genes grimorianos, de eso no hay duda, pero yo soy más de la escuela de que las circunstancias y el entorno en los que has crecido te han ido alejando del Bien. Y no te culpo, Alastor; yo no —confesó con llaneza—, porque también he sufrido la presión de las expectativas y he tenido que sacrificar lo que soy y lo que quiero ser para cumplir sus exigencias.

—O sea —respondió en tono aburrido—, que he robado una espada y se la he dado a Mei porque estoy muy resentido con el mundo, ¿no? ¿Te ha dado tiempo a leer a Freud allí abajo? ¿Lo próximo va a ser que odio a mi madre porque en realidad me la quiero follar?

Cassiel apretó los labios en una fina línea.

Había cabido esperar que Alastor bloqueara mediante mofa sus intentos de conversación. Era así como tendía a escurrir el bulto en las escasas ocasiones en las que el Iluminado trataba de acercarse a su mundo interior: se cerraba en banda, pero con un encanto y un sentido del humor tales que Cassiel decidía *motu proprio*, por cariño y por admiración, no darse cuenta de que en realidad guardaba secretos.

Nunca se le había ocurrido pensar, sin embargo, que esos secretos pudieran poner en peligro la seguridad de su gente.

La gente *de Cassiel*, que no era ni había sido nunca la de Alastor, como dedujo en ese momento.

—Has sido apartado a un lado, maltratado, despreciado y humillado desde que yo salí elegido como futuro magnificente. Incluso si nunca hubieras albergado la menor ambición de ocupar este puesto honorífico, Alastor, odiar a quienes contribuyeron a la visión que se tiene de ti tanto arriba como abajo habría sido la conclusión lógica.

—Gracias por el ratito de terapia, pero...

—No he venido a disculpar tus actitudes o allanarte el camino aireando mi compasión para que confieses. Incluso si me equivoco y no eres el ladrón, trataste de hacerle daño a Zhen cuando vino a

buscarme para nada más que quererme, y eso significa que sigues siendo un traidor.

—«Trataste de hacerle daño a Zhen cuando vino a quererme» —repitió con la voz en falsete. Su tono cambió radicalmente de registro al arremeter contra él con un desdén estremecedor—. Eres patético. No haces más que llorar porque no puedes tocar la guitarrita eléctrica y acostarte con la primera tía que te ha hecho caso, y eso que, efectivamente, has tocado la guitarra y te la has tirado todo cuanto te ha apetecido. Hay gente que tiene problemas de verdad, ¿sabes, Cassiel?

—¿Gente como tú? —completó él en tono aséptico, satisfecho para sus adentros por haber reventado la burbuja de sarcasmos en la que se refugiaba para que nadie viera o siquiera imaginase la verdad.

Ahora Cassiel la estaba percibiendo con total claridad, y no sin un asombro que le hacía rabiar por haber sido tan estúpido.

Alastor bien podía ser el mejor escondiendo sus sentimientos, pero su amargura tenía raíces tan profundas que ni haber sido cegado era excusa para no haberla visto.

No se había dado cuenta —o no había querido hacerlo; la ignorancia facilitaba la vida— de lo infeliz que era.

—Supongo que sí —continuó Cassiel, envalentonado. No estaba orgulloso de la estrategia que había tomado, pero era necesario blandirla sin escrúpulos para provocar a Alastor hasta que, en un arrebato irascible, revelara su verdadera fuerza. Era la única manera de obtener una confesión no verbal—. Es bastante peor ser un completo inepto del que hasta su propia madre se avergüenza.

Oyó el leve crujido de los nudillos de Alastor cuando apretó los puños.

—Lárgate antes de que diga algo de lo que podría arrepentirme, Cassiel.

—¿Por qué? Es ahora cuando puedes demostrar tu valía, Alastor. El momento perfecto. Me capturas, me llevas ante la Sehara y

proclamas que todo ha sido una estrategia tuya. ¿No es su respeto lo que tanto ansías?

—Estás muy equivocado —anunció con la voz de otro, una voz distante y de ultratumba.

—Claro que lo estoy —espetó Cassiel, inmóvil en el corazón de la estancia—. Si quisieras mi puesto, ya te habrías hecho con él. No solo porque yo haya demostrado ser un desobediente y un traidor, sino porque tienes el don necesario para acabar conmigo..., pero no es eso lo que deseas —prosiguió con vehemencia—. Lo que deseas es que *yo* cumpla con mi deber. Y no es porque me quieras, no, no es porque seas mi amigo o desees verme triunfar. Es por lo que tú has dicho: porque eres Alastor, y Alastor tiene sus propios objetivos. ¿Y cuáles son, joder? ¿Cuáles?

Sintió una punzada de dolor a la altura del corazón.

Por el momento, la curiosidad hacia la magnitud del secreto que estaba a punto de destapar vencía por mucho el dolor de haber sido el juguete de Alastor. Pero sabía que tarde o temprano se derrumbaría; tan pronto como él reconociera sus tretas, delatando así que nunca lo había considerado su amigo.

—Alastor tiene el mismo objetivo que sus superiores: investirte magnificente.

—No por la misma razón que esos superiores que mencionas, porque los odias profundamente. De ahí que tu estrategia para convencerme de convertirme en el mandamás haya sido menos violenta y mucho más paciente, tan distinta de la de ellos que parecía que los contradecías. Has estado a mi lado toda la vida, enseñándome pequeños tesoros de la Tierra para aplacar mi afán por ver el mundo, para evitar que me rebelara antes. Solo concediéndome deseos con cuentagotas te asegurabas de que permanecía en el camino que te interesaba. Tu manipulación ha sido más sutil... y ha funcionado hasta ahora.

Alastor ni siquiera dejó correr un silencio para permitirle asimilar que estaba acertando.

—Era lo que tenía que hacer —atajó sin ápice de culpabilidad.

—Y una mierda —masculló Cassiel—. Tú nunca has hecho lo que tenías que hacer. Has vivido como te ha venido en gana precisamente para llevarle la contraria a los sacerdotes; a tu propia madre. Me quieres a mí en el puesto porque la alternativa eras tú, y tú no quieres ese regalo envenenado.

—No soy digno de ese gran honor —corrigió, sin molestarse en ocultar que el tema se le antojaba tedioso— porque no tengo poderes.

—Solo que eso es mentira, ¿verdad? Porque fuiste tú quien quebró el *jian* con solo pasar un dedo por la hoja.

Alastor soltó una vaga carcajada y echó a andar hacia la salida como si ya hubiera oído suficientes tonterías.

—Has perdido la cabeza, amigo mío —le dijo con un rastro de afecto, y le palmeó el hombro con aire condescendiente.

Se lo estrechó antes de retomar la marcha.

Cassiel tomó una decisión terminante en un segundo. Si no salía bien, habría matado a Alastor con sus propias manos y entonces la Sehara no solo lo desterraría, sino que exigiría su cabeza en bandeja de plata.

Pero, si salía bien, Cassiel por fin habría desentrañado un enigma que nunca había comprendido: ¿cómo era posible que el hijo de la mayor hechicera de la historia no pudiera obrar magia? Y, lo que era más importante, tendría la certeza de que el que había sido como su hermano era en realidad uno de tantos que pretendían lucrarse con su vida y su habilidad a costa de su infelicidad.

Se giró hacia la espalda de Alastor y, antes de que pusiera una mano en el pomo, Cassiel formuló unas palabras en el idioma rúnico. El conjuro atrajo los chispazos eléctricos que le calentaban la piel. Sintió cómo la energía se desprendía de su cuerpo y de su espíritu para concentrarse en las puntas de sus dedos.

Dirigió el hechizo mortal contra él enmarañado en una esfera de luz dorada.

Para matar a alguien era necesario aprovechar hasta la última gota de savia vital que corría por las venas del hechicero, incluso si

este era el mismísimo Iluminado.

Había optado por un conjuro definitivo porque Alastor no era imbécil. No se delataría repeliendo un hechizo destinado a abrirle una herida o paralizarlo. Solo un ataque de semejantes proporciones impelería a defenderse al receptor... si es que podía hacerlo.

Y pudo.

Cassiel afinó los sentidos para captar únicamente un silencio sobrecogedor que indicaba nada menos que el poder que se escondía dentro de Alastor. Era la clase de poder que, bien empleado para el fin de pasar desapercibido, había hecho posible que pudiera crecer sin que ni siquiera la propia Sehara sospechara que lo poseía.

El hecho de no oír cómo se giraba, de no oír cómo apartaba la mano del pomo, de no oír cómo pronunciaba las runas que lo protegerían, hizo que Cassiel sintiera miedo por primera vez en su vida. Miedo de Alastor, que se salvó del ataque por la espalda tejiendo de la nada una finísima pero blindada capa protectora que emanaba un familiar olor a alquitrán.

El olor que había despedido el *jian* después de que se abriera la grieta. El olor que había seguido despidiendo por el mango, por el hechizo fresco que Alastor había formulado para enviarlo a la Subrealidad.

A las manos de Mei.

—Lo sabía —murmuró Cassiel en cuanto el fuego de sus dedos se apagó. Alastor permaneció resguardado en aquella burbuja de energía efervescente que sospechaba que podría matar al tacto—. Fuiste capaz de resquebrajar con una simple caricia un objeto maldito, un hito histórico. Podrías haberte adueñado de los honores de la magnificencia con un sencillo pestañeo..., pero no quisiste. Igual que no quisiste hacerle daño a Zhen cuando vino a buscarme —comprendió con un hilo de voz—. Podrías haberla detenido solo chasqueando los dedos, y no lo hiciste.

—Porque mi único objetivo desde que nací —explicó Alastor al cabo de un rato con una voz hueca que nunca le había oído, como si emergiera de un vientre sin entrañas— ha sido intentar no herir a

nadie. Habría contravenido mis intereses si tu novia hubiera sido la primera perjudicada... y, como tú comprenderás, no iba a delatar la coartada de toda una vida para evitar que echaras un polvo. A diferencia de lo que piensas, a mí me la suda a quién te folles.

—No lo entiendo... No lo entiendo. ¿Cómo te pusiste en contacto con Mei... o con Arslan?

—En mis viajes a la Tierra he conocido a una amplia variedad de personas. Algunas saben cómo ponerte en contacto con sujetos legendarios de la categoría de los supongo que difuntos Mei y Arslan.

—¿Ibas a oficiar el ritual en serio? ¿Ibas a ayudar a ese hijo de puta a formar un ejército...? Y todo ¿por qué?

—Para que no te quedaras con Zhen. El ritual habría vinculado a los tres para siempre y tú te habrías quedado fuera. Ella habría recuperado su lugar en el mundo, el que La Magna estableció para ella junto a Arslan, y tú habrías sido investido. Como estaba programado.

—Pero... pero... —el shock le impedía formar oraciones con sentido—. No lo comprendo, Alastor. Te habrían llevado entre algodones. Con tu sangre, con tu don, con todo lo que eres, habrías sido una eminencia a la altura de la Sehara... y yo no habría tenido que perder la vista —concluyó. Un nuevo hachazo de realidad lo sacudió—. Me viste sufrir cada día antes, durante y después de aquel ritual enfermizo por mero egoísmo; porque no querías ser tú aun cuando a ti no te habrían arrebatado nada. El sacrificio de la vista es solo una condición de los albos.

—Dudo que lo entiendas —replicó Alastor, todavía resguardado en aquel tono estremecedor—, pero hay cosas mucho peores que no poder ver.

—Como tener que someterte a los deseos ajenos, ¿no es así? Eres un hedonista empedernido. Siempre lo has sido. Y no te habrían permitido viajar a la Tierra cuanto hubieras gustado ni vivir cómodamente y sin preocupaciones si hubieses estado en mi lugar.

—Estás aquí para defender tu derecho a la independencia, ¿no es así? ¿En qué difiere eso de lo que yo he hecho, solo que a lo callado? Y no me vengas con monsergas de que tú, a diferencia de mí, no has cometido ninguna maldad. Tu linaje al completo y el templo que tan desesperadamente requiere de un guía moral y político se quedará con las manos vacías porque has elegido ese hedonismo que me reprochas.

—¿Cómo puedes comparar una cosa con la otra? ¡Yo nunca te he mentido! ¡No he engañado a mi propia madre!

Cassiel sintió una ventisca helada rodearlo como una soga.

—Puedes hacer lo que te plazca con la información de la que dispones ahora —lo interrumpió con una voz afilada como la punta de una lanza—. Delatarme ante la congregación, si lo deseas. Chantajearme durante el resto de tu vida, forzándome a servirte como un perro a cambio de tu silencio. No hay treta más humana que eso; te encantará hacerlo, como digno aprendiz de mortal que eres. En fin, tienes una oportunidad de oro para resarcirte. Adelante, hazlo. Pero sácate —recalcó— el nombre de mi madre de la boca.

Cassiel no había encontrado aún la forma de contestar o la decisión que tomar en firme cuando la puerta de la habitación se abrió de golpe y la gelidez que precedía a un grupo de albos entró en la estancia como una tromba.

Había sido cuestión de tiempo que advirtieran la presencia de Cassiel a través de sus cuatro sentidos. Les habría tomado un acuerdo tácito organizarse para ir en su busca y prenderlo para exigir reparaciones.

La orden de acompañarlos llegó antes de que él se hubiera hecho a la idea de que Alastor no lo había traicionado porque siempre había sido traicionero.

Si no había existido la amistad ni siquiera al principio, no podía decirse que se hubiera vuelto en su contra.

Siempre lo había estado.

El shock y la tristeza lo consumieron de tal manera que se quedó paralizado en la habitación y los sacerdotes lo interpretaron como

que trataba de resistirse. Entre varios, lo agarraron de los brazos y lo empujaron por la espalda para llevarlo allí donde sería juzgado, para lo cual tuvo que cruzar por el lado de quien había sido su medio corazón.

—Si alguna vez caes ante el templo, Alastor, no será porque te haya vendido. Puede que tú seas cruel y desleal —atinó a decirle Cassiel—, pero yo no pecaré de lo mismo.

Capítulo XXXV

«Es que he recorrido todo el pueblo
y no he encontrado ningún papel
tan grande como el cielo
en el que pueda caber
el amor que te tengo.»
Tristeza por la ausencia de mi amada
GUAN YUNSHI

NADIE HABLABA DE LA INMENSA PÉRDIDA que era no poder volver a los lugares donde uno había sido feliz.

Ni siquiera para llorarlos.

Li Zhen quiso dirigirse a la casita de Guizhou donde pasó los últimos días con su familia, pero, al igual que la cómoda vivienda junto al palacio imperial que habitaron hasta la rebelión de Lushan, había desaparecido. Guizhou ni siquiera se llamaba Guizhou ya, sino Guilin, y ahora era una ciudad descomunal como otra cualquiera de la superpoblada e hiperproductiva China.

Quién sabía bajo cuántas capas de cemento, arena o grava se encontraban los huesos de la familia Li.

Por lo menos sabía dónde estarían los huesos de Mei, pero en realidad no era una tumba lo que estaba buscando. Tampoco un punto geográfico con valor sentimental. Li Zhen había estado persiguiendo inútilmente la sombra de una felicidad mortal que, en el fondo, nunca existió.

Hasta que la azotó la tragedia, su vida había sido plácida, en parte porque estuvo rodeada de seres queridos, algo que no había podido volver a decir después de perder a su tío abuelo y a su madre.

Pero ¿feliz? ¿Había experimentado la felicidad alguna vez como para seguir sufriendo por lo que había perdido?, ¿lo que le había sido arrebatado? ¿Siquiera recordaría los rostros de sus familiares si

no los hubiera reconstruido sirviéndose de las herramientas de la Inteligencia Artificial?

Todo lo que había amado había perdido su materialidad.

Eso significaba que no existía.

Y, sin embargo, seguía permitiendo que le hiciera daño.

Con el fin de descansar el alma y pensar tranquila en el futuro, Li Zhen había huido. Se había puesto a salvo de El Quinto Arcano en la montaña Cuihua, ubicada a unos veinte kilómetros al sur del corazón de Xi'an. Era uno de los relieves de la cordillera Qinling que había admirado desde las colinas de la capital cuando, siendo aún niña, jugaba con su hermana.

Esa sí era una realidad material que no se había erosionado hasta quedar irreconocible o hasta desaparecer del todo, haciéndola pensar que se había vuelto loca: Cuihua.

En los últimos tiempos, las rutas de senderismo de la montaña se habían convertido en un reclamo turístico; el lugar de referencia al que acudían los apasionados de la naturaleza. En su ascenso hasta el punto más elevado, Li Zhen se había cruzado con unos cuantos grupos de alpinistas de todas las nacionalidades.

Desde su destino se obtenía una vista sobrecogedora del verdor natural y la niebla con la que el invierno abrigaba sus colinas. La bruma adquiría una consistencia tan densa que tal parecía que las montañas se hubieran ataviado para la ocasión con un collar de perlas.

No le extrañaba que Cuihua hubiera tenido consideración de jardín imperial en los tiempos en los que ella ya estaba viva, así como que hubiera sido inspiración de los poetas.

Desde el rincón donde Li Zhen se había sentado, se podía apreciar el fulgor celeste del bien llamado «lago celestial».

Una sonrisa apenada se dibujó en sus labios al pensar en que Cassiel nunca podría ver algo así. Se lamentó porque solo hubiera recibido los estímulos de la ciudad y no hubiese apreciado la belleza de la naturaleza, aunque fuese a través del viento o la brisa marina.

Se había marchado sin decirle palabra.

Lo más probable era que estuviese pensando que lo culpaba de la muerte de Mei, pero no podría estar más equivocado.

Todas las decisiones que su hermana había tomado a lo largo de su vida habían sido guiadas por el egoísmo y el error. El primero había sido un rasgo de su carácter y, lo segundo, la inevitable consecuencia de su juventud e inexperiencia. Lo importante era que nadie, a excepción de sus propios deseos, había influido en sus determinaciones. La de matarse en el nombre del amor o el desamor no era menos legítima que las demás porque el desenlace fuera terrible. Seguía siendo una decisión tomada sin interferencias de ningún tipo.

Había sido cómplice de una verdad dolorosa y había tomado cartas en el asunto.

Fin de la historia.

En su capacidad para llevar a cabo sus empresas, fueran peligrosas o no, residía la valentía temeraria por la que Li Mei siempre había sido conocida y sobre todo amada por su hermana mayor. Aunque pareciera un suicidio propiciado por el desamor, en realidad había muerto siendo fiel a sí misma. A la voracidad con la que vivía, tomaba y amaba; a sus pasiones nocivas y a sus flamantes puestas en escena.

Al final había pasado a la historia como una leyenda. Se escribirían canciones e historias sobre la doncella que se mató para arrastrar a su hombre consigo, y que pese a haberlo traicionado, consiguió que él permaneciera en su lecho de muerte cobijándola entre sus brazos.

Li Zhen se rodeó las rodillas y apoyó la barbilla en el hueco para contemplar el atardecer.

A juzgar por la posición del sol, debían de haber pasado alrededor de doce, quizá quince horas desde que Mei cerró los ojos para siempre. Ahora estaba en las profundidades del Fatem, si es que los guardianes habían considerado que su alma merecía ser salvada.

Pero no estaba sola.

Estaba con él.

De forma irracional, Li Zhen sintió un ramalazo de celos hacia ella, hacia su suerte, que incluso más allá de la vida conseguía lo que quería, al hombre al que amaba. Pensó también en Cassiel y en la pregunta que se había hecho sobre si había sido feliz alguna vez.

Lo había sido, sí. Recientemente. Y había sido mágico.

Nunca antes se había sentido tan protegida y cómoda como en brazos de Cassiel. Sabía que él podía evitar una hecatombe con su magia y que la quería tanto que jamás la traicionaría, y ese saber no dejaba de ser audaz cuando se alojaba en una mente atravesada por los recelos y los miedos como lo era la suya.

Pero en Cassiel sí confiaba. Y confiaba también en lo que había experimentado mientras estuvieron perdidos en un punto del universo, suspendidos en el espacio-tiempo. Ahí había podido bajar la guardia, mostrar quien era, dejar de ocultar su rostro; incluso de parapetarse tras su apellido, donde no podría alcanzarla la complicidad necesaria para fomentar el amor. Con Cassiel había sido solo Zhen por primera vez, porque nunca antes lo fue.

Para Arslan, que debía vigilar a su familia, era una Li.

Para Arslan, que amaba también a su hermana, era la otra Li o la primera Li, pero una de dos Li, nunca la única.

Con Arslan siempre estuvo ojo avizor, y cómo no estarlo, si en el fondo de su corazón ya entonces sentía que aquello no era correcto.

Cassiel era su *anandha*.

La maldición estaba rota.

Y si no lo estaba aún, debía regresar y romperla ella misma.

Cerró los ojos para invocar en su recuerdo los pasillos del templo, ahí donde pretendía dirigirse sospechando que Cassiel habría ascendido para zanjar la misión, como hacían todos los clanes de protección desde el origen de los tiempos.

Se desmaterializó en un abrir y cerrar de ojos, atravesando los portales hasta el Autem, y aterrizó a las puertas del salón de audiencias donde días antes había descubierto la vocación de padre del futuro magnificente.

Se estremeció recordando el poderoso sentimiento de traición que la había sacudido por dentro al comprender que tendría que compartir a Cassiel. Solo el recuerdo de aquel mazazo le dolió tanto que se preguntó cómo no había llegado ella sola y sin ayuda a la conclusión de que estaba gloriosamente condenada a amar al Iluminado.

Empujó las puertas con firmeza y lo que vio la dejó sin aliento.

Los sacerdotes de la Orden, en su mayoría seráficos albos, habían formado un círculo alrededor de un Cassiel desvalido. Sin la menor intención de destacar respecto del resto, la Sehara y El Magnánimo se habían sentado entre a los miembros de la Orden con los correspondientes atuendos, lo único que los diferenciaba de las túnicas ceremoniales. Ella lucía una toga morada cerrada en el cuello con un broche dorado. El Magnánimo vestía lo mismo que cuando lo vio por primera vez, unos cómodos pantalones de lino blancos a juego con la camisa del mismo tono y material.

Le resultó llamativo que entonces también estuviera descalzo.

No llevaba ninguna joya o alfiler distintivo, nada que indicara que se trataba de la máxima autoridad y, sin embargo, la emanaba de un modo asombroso y único.

Ahí donde la Sehara infundía respeto a través del temor, El Magnánimo producía en quien lo miraba una conmovedora calma.

—Así pues, y de acuerdo a las previas consideraciones —decía en ese momento un sacerdote albo, en lo absoluto incomodado o preocupado por su aparición. Eso solo podía significar que ella ya no era una amenaza, ni para Cassiel ni para nadie—, que son consideradas de terrible gravedad, se estima que el Iluminado Cassiel habrá de pasar el resto de la eternidad confinado en el templo.

—¿Cómo? —jadeó Li Zhen en voz alta—. ¿De qué se le acusa?

Cassiel levantó la barbilla, hasta el momento gacha, para buscar el origen de su voz. El corazón le dio un vuelco en el pecho al sentir por oleadas la alegría que le embargó al saberla allí, incluso si ya se había hecho a la idea de que su aparición no serviría de nada.

—¿Quién es ella y qué hace aquí? —exigió saber un sacerdote rapado y con los ojos transparentes—. La privacidad de esta audiencia no ha de ser perturbada. Y, de todos modos, ha llegado a su conclusión. Los votos sumarán el número mínimo para ejecutar la sentencia...

—¿Una sentencia? ¿Por qué? ¿Por cumplir satisfactoriamente la misión que se le impuso resolver de la mano de El Quinto Arcano? —espetó Zhen—. Si todo esto es porque rehusó yacer con la seráfica que se escogió para albergar su hijo en el vientre, yo asumo la culpa. Me infiltré en el templo, me encaré con Alastor cuando trató de detenerme, y... ¡y obré en el nombre de mi deseo!

—¿También «en el nombre de tu deseo» decidió atacarme? —inquirió la Sehara en tono implacable—. Cassiel «el Iluminado» ha cometido tantas faltas que ha de estar agradecido porque se le haya perdonado la vida y, en su lugar, se le vaya a garantizar el sustento en el templo.

Li Zhen desafió a la hechicera con la mirada.

A uno se le olvidaba fácilmente que se trataba de una criatura única en su especie. Habitaba un cuerpo al que se le había concedido la inmortalidad, pero que no dejaba de tener una apariencia del todo anodina: lucía el cabello castaño cortado al estilo de un muchacho, pero con un desconcierto tal que parecía que se lo hubiese trasquilado ella misma en pleno episodio de rabia. En el rostro enjuto y de barbilla afilada, destacaban unos ojos marrones que, en otra vida, cuando hubiesen destilado amor, inocencia o solo desconocimiento, habrían sido de una hermosura sobrecogedora.

Li Zhen debía de superarla en altura por más de quince centímetros, tal vez veinte.

—Te atacó para protegerme de ti porque la suya es un alma pura —lo defendió con fiereza— a diferencia de la de los que estáis aquí. —Ignoró el revuelo que levantó su aseveración—. De hecho, es muy lógico que te haya atacado incluso si atendemos a las normas que se establecieron en este sitio. Si no me engaña la memoria, ser nombrado magnificente es un honor que, igual que el implicado

acepta, tiene permitido rechazar. Si alguien se interpone en su decisión de abandonar el barco y pretende castigarlo con crueldad por ejercer su legítimo derecho, sea un mindundi o sea la Sehara, ¿cómo no va a defenderse, empleando la fuerza de ser necesario?

—Ninguna blasfemia contra la hechicera está justificada —sentenció uno de los sacerdotes—, como tampoco iniciar los trámites de la magnificencia para echarse atrás en el último momento. Una vez Cassiel juró por los Tres Libros, y esto fue antes de descender a la Subrealidad, no hubo marcha atrás.

Li Zhen esbozó una sonrisa gélida al extender los brazos.

—¿Y eso es lo que queréis?, ¿tener al mando a alguien con una pistola en la cabeza? ¿Eso es lo que proclama esta religión restaurada y moderna de la que tanto se jacta El Magnánimo? —escupió contra el aludido, que escuchaba con una mansedumbre llamativa—. ¿No se suponía que había habido una renovación de la normativa?

Algunos de los presentes lanzaron una exclamación ahogada al oír el claro desafío en la réplica de Li Zhen, que no se avergonzó de haberse referido a Él en pésimos términos ni siquiera después de asimilar lo que podría acarrearle.

Un bofetón como poco; la muerte entre torturas inimaginables era lo más probable.

El susodicho se enderezó en el asiento —hasta el momento había estado acomodado con informalidad, como un *gamer* con rectificación de columna— y le lanzó una mirada llana.

—¿Cuál es tu propuesta, Li Zhen? —inquirió con suavidad—. Te escucho.

Ella se puso firme en el acto, igual que si le hubiera gritado con el tono de un general.

Había algo en la serenidad de aquella criatura que la incitaba a avergonzarse de todos sus errores, de todas las veces que se había dejado llevar por las bajas pasiones. Estar en su compañía podía ser tanto un alivio como resultar un castigo. Cualquiera comparado con Su Magnanimidad, que era sosegado y estaba libre de pecado, salía

perdiendo, y eso que no tenía un físico mucho más espectacular que la Sehara.

Era esbelto, pero no particularmente fornido. Tenía un rostro armónico, agradable, pero no se podría decir que atractivo. Los ojos castaños, el cabello enmarañado, la barba crecida. Parecía un guía espiritual blanco y de religión hindú que timaba a los turistas vendiéndoles cursos de *mindfulness* por precios astronómicos en los hoteles de la India.

Se aferró a sus puños crispados para hablar.

—Valois, el cabeza de clan de El Quinto Arcano, me prometió un favor del mismísimo Magnánimo si accedía a ayudarles en su misión. Les he ayudado, y con un éxito notable. Gracias a mi sabiduría y a mi intervención directa, han acabado con la amenaza de Arslan y Mei.

Le tembló la voz al pronunciar el nombre de su hermana, pero no permitió que la emoción la traicionara.

—Así es —le concedió El Magnánimo.

—A cambio —prosiguió, envalentonada—, exijo que se le perdonen al Iluminado sus deudas morales y a partir de hoy sea libre para elegir su destino.

—¡Eso no es posible! —rugió un sacerdote—. ¿Quién ostentará el cargo de magnificente, entonces?

—¡Alguien que quiera hacerlo! —le rugió de vuelta ella.

«Gilipollas de los cojones», estuvo a punto de añadir.

No lo dijo porque le dio la impresión de que El Magnánimo le había leído el pensamiento; de ahí que le enarcara la ceja de las advertencias y negara con la cabeza con suavidad, desordenando aún más los mechones ondulados de su cabello castaño.

Todo en su físico era vulgar, se reafirmó, pero aun así se puso firme al comprender que le estaba rogando que fuese prudente.

—Me alegra que no me hayas pedido que sane las cicatrices de tu rostro —fue lo único que dijo Él al cabo de un rato. Acompañó su

apreciación de una cálida mirada que hablaba del orgullo de un padre.

A Li Zhen le costó tragar saliva al oírlo, pero no vaciló al hablar.

—No las sacrificaría por nada en el mundo. Son la única prueba tangible de que una vez existí en el mundo mortal, y de que mis seres queridos lo hicieron asimismo. Conservaré y atesoraré esta prueba de vida durante el resto de mi eternidad, como habría conservado y atesorado todo lo que por desgracia se ha desvanecido.

Le pareció que un destello de emoción cruzaba los ojos cansados de El Magnánimo, reconociéndose de algún modo en la valentía y el amor por lo que tanto había dolido... pero ya no.

Nada podía dolerle a un ser de su perfección.

¿Verdad?

—Así será, entonces —determinó Él—. Cassiel será libre a partir de hoy.

—¿Cómo? —jadeó uno de los sacerdotes—. ¿Así de fácil?

Con las manos entrelazadas en el regazo, El Magnánimo se giró muy despacio hacia el osado. Aunque como albo era ciego, se estremeció de todos modos al ser el blanco de la mirada serena.

—¿Tan fácil, dices? —repitió con desdén—. Ha sido tan fácil que el Iluminado ha tenido que dejar de ver para siempre. Tan fácil que la Sehara le ha retirado todo su afecto y respeto. Tan fácil que no podrá volver a ver a su amigo Alastor. Tan fácil que podrá pensar que ha tirado por la borda nada menos que veintiocho años de su vida, los más importantes en la vida de una criatura, sea mortal o inmortal. Tan fácil que ha tenido que morir Li Mei. —Hizo una pausa para que su respuesta fuera calando en los presentes—. Además, Segundo, una promesa es una promesa, y creo que la Generala de Todas las Armas ha empleado su deuda con sabiduría.

»Cassiel —lo llamó—. Eres libre de abandonarnos cuando desees. Puedes despedirte antes... y te sugiero que lo hagas, porque no volverás a poner un pie en el templo.

Li Zhen miró a Cassiel con la ansiedad de que eligiera comenzar su segunda vida en ese preciso momento... y de que la escogiera a ella para acompañarlo.

—Un momento —interrumpió la Sehara. Li Zhen sospechó que si el atrevimiento hubiese venido de cualquier otro ser, El Magnánimo lo habría cortado en el acto. Pero a la hechicera se dispuso a escucharla con las manos aún descansando sobre el vientre.

—¿Hay algo que quieras aportar?

—Antaño, cuando los magnánimos desafiaban el sistema y ocasionaban algún tipo de contrariedad entre los suyos, se les desterraba con la etiqueta de penitente. Sé que en el Nuevo Orden ya no se estila esta clase de castigo, que no hace sino estigmatizar el libre pensamiento..., pero también creo que es injusto para con el linaje de los albos y el templo en general que se vaya de rositas después de todo.

Una pausa de conformidad se instaló en la sala.

—¿Sugieres que se le proclame penitente de ahora en adelante?

—Con todo lo que eso conlleva —le confirmó la Sehara a El Magnánimo con el cuello muy recto, la mirada aún más firme—. Que se le despoje de su nombre y se le impida poner un pie aquí si no es antes requerido. No se le podrá castigar sin ver la luz del sol hasta que halle a su *anandha* porque no deja de ser el Iluminado, el hijo de la luz..., pero habrá de renunciar a sus poderes mágicos para evitar un uso negligente en el futuro.

Hubo un largo silencio teñido de espanto por parte de la comunidad seráfica. No así viniendo de Li Zhen o del propio Cassiel, que después de haberse codeado con tantos penitentes entendían que no era un castigo inasumible... a no ser que la Sehara hubiese propuesto tal cosa para romper el vínculo institucional entre los dos.

¿Sería Cassiel su *anandha* cuando se convirtiese en penitente...?

Li Zhen se aferró a los puños para resistir a una oleada de impotencia y miedo legítimo. Quiso confiar en que el amor del Iluminado por ella no dependía de señalamientos del azar, sino de su preciada elección personal, lo que al final valía mil veces más.

—Sería el primer seráfico albo de la historia que recibe la maldición, aunque prefiero la palabra «condición», de la penitencia —señaló El Magnánimo al cabo de unos tensos segundos—. Eso solo le haría aún más legendario e inmortal, Sehara.

—No me importan las consecuencias que le acarree, sean positivas o negativas; solo creo que es el paso correcto considerando la magnitud de su traición.

—Suena justo —aceptó el dios al cabo de unos segundos. A Li Zhen no le extrañó que hubiese decidido pasar por el aro: no era ningún secreto que El Magnánimo formó parte de un clan de penitentes unas cuantas décadas antes y tenía una visión benevolente de los pecadores. A su modo de ver, no era un castigo, sino una nueva etapa para Cassiel—. ¿Deseas alegar algo en tu defensa, Iluminado? Tu opinión será escuchada.

—No —contestó con humildad—. Si es el precio a pagar por mi libertad, así sea.

—¡Oh, vamos! ¡Pues yo sí tengo algo que alegar en su defensa! ¿Cómo vais a intentar prohibirle el sol, si ya de entrada no puede verlo? ¿Cómo vais a negarle su nombre, si es una de las pocas cosas con las que puede identificarse que remiten directamente a su pasado en este lugar? ¡Es una crueldad...!

Pero el primero que no escuchó el arrebato iracundo de Li Zhen fue Cassiel, que, a la discreta indicación de la divinidad, se aproximó y se arrodilló ante él con la cabeza gacha para recibir la maldición.

Se le revolvió el estómago de solo pensar en unir en la misma oración, no se dijera en la misma esencia natural, las palabras «Cassiel» y «maldito».

Él, entre todos los hombres, maldito...

—¿Cómo te gustaría llamarte a partir de ahora? —inquirió El Magnánimo.

Aquella era una indulgencia que no se concedía a los penitentes del pasado, que se veían obligados a aceptar un nombre antiguo que hiciera referencia al pecado cometido; incluso a demonios de la tradición religiosa mortal y personajes grimorianos.

Por suerte, al ser su penitencia un ejercicio voluntario, Li Zhen no había tenido que renegar de su identidad.

—Jimi Santana —dijo, para su sorpresa. La guerrera alzó la cabeza de golpe. La había hundido en el escote para no tener que ver cómo lo sometían a otro de sus injustos castigos, pero había subestimado la habilidad de Cassiel para sacar provecho de todas las situaciones. Como si hubiera oído su jadeo incrédulo, él orientó el rostro en su dirección con una sonrisita—. ¿Te gusta? ¿O es demasiado mundano? ¿Demasiado... *yáng gi ǐ zi*[23]?

Ella se descubrió soltando una carcajada perpleja pero sincera.

—Lo es, es demasiado *yáng gi ǐ zi*, pero es que tú eres blanco. No querrás que te llamen Qiáng con esa cara de irlandés que te gastas, ¿no?

—¿Y por qué no? Significa «fuerte y vigoroso». Me gusta.

—¡Eh! ¡Esto no es el registro en la Oficina de Seguridad Pública! —estalló el sacerdote Segundo—. ¡Es un rito ceremonial de importancia sagrada! ¡Basta de mancillarlo con cháchara mortal!

Aludiéndose con la reprimenda pero sin que le hubieran sacado los colores, Cassiel se enfrentó de nuevo a El Magnánimo con las manos entrelazadas a la espalda.

—Jimi Santana está bien. Remite a mis dos ídolos musicales y creo que suena de maravilla.

El dios no podía esconder su diversión.

—Creo que eres el primer penitente que se llama Jimi.

—¡Espera! —exclamó Li Zhen con las palmas en alto—. ¿Cómo te vas a poner Jimi Santana? ¿Y si luego decides perseguir tu sueño de ser guitarrista y te haces famoso? No puedes llamarte como dos de los mejores músicos de la historia. Necesitas un nombre artístico único y diferente. Uno pegadizo y que evoque algo.

—Es cierto —murmuró Cassiel, pensativo—. ¿Tienes alguna idea?

Li Zhen se mordió el labio.

—Mm...

—¿Qué te parece Shao? —se le ocurrió de repente. Una sonrisa cómplice se formó en sus labios—. Por la llave de *Shaolin* kung-fu que me hiciste el primer día que nos vimos.

—Por Dantalion —se desesperaba uno de los sacerdotes—. ¡Este solía ser un lugar serio!

—Breve pero original, destacable y con un punto exótico —meditó Li Zhen—. Me gusta.

—Así sea, entonces —determinó—. Hacedme renacer como Shao, Magnánimo..., si también es vuestro deseo. Pero antes —añadió— me gustaría entregar las runas del hechizo.

—¿Qué hechizo? —exigió saber la Sehara.

—El hechizo que cerraba el círculo de ritos obligatorios antes de ser investido magnificente; el que yo habría de crear de cero, partiendo de mi talento y de mis conocimientos adquiridos. Puede que no vaya a ostentar el puesto —prosiguió—, pero es un trabajo que ya había realizado y que desearía que se conociera por si alguno de mis hermanos deseara emplearlo. Tiene que ser ahora o nunca, ¿verdad? Una vez se me convierta en penitente, no podré emplear la magia.

—El hechizo de un traidor jamás figurará en el Libro de la Sehara —sentenció la hechicera, que se había puesto en pie con el cuerpo temblando de rabia para acusar su audacia con el dedo.

Li Zhen jamás había odiado tanto a alguien.

—No tiene por qué figurar —respondió Cassiel con sencillez. Se dirigía a la hechicera como si ya no esperase nada de ella, con una resignada decepción que dolía mirar de frente—. En realidad, es un conjuro que manifiesta el egoísmo que he aprendido en la Tierra... si es que puede tildarse de egoísta ansiar cierta autonomía. Barajé muchas opciones, indeciso, hasta que comprendí que la clave estaba en tomar lo que dificultaba mi vida y encontrar la manera de cambiarlo; en poner el punto de mira en lo que me hacía infeliz. Así que trabajé en un conjuro que me permitiera ver lo que estoy tocando.

Li Zhen no fue la única que se quedó de una sola pieza al oírlo.

Si afinaba la memoria, no le costaba recordarlo a solas consigo mismo en habitaciones aisladas, consultando pesados libros en braille y murmurando para sí en lenguas rúnicas para luego menear la cabeza con desaprobación.

Sabía que había estado trabajando en algo, pero nunca pensó que pudiera tratarse de algo que la afectaría directamente.

—Ver lo que estás tocando —balbuceó uno de los sacerdotes, el único que se atrevió a alzar la voz después de semejante declaración —. ¡¿Cómo te atreves a contravenir tu naturaleza?! ¡La naturaleza de tu linaje! ¡Habrase visto!

—La naturaleza de los Iluminados como yo es ver, puesto que nacen con la vista intacta..., pero no, no voy a contravenir la tradición alba con mi hechizo. No podría curar la ceguera con magia ni aunque me lo propusiera. Simplemente ayudo a los seres con mi condición, porque siempre he pensado que la magia debe ayudar y no entorpecer, sanar y no herir; orientarse hacia el Bien. Y no hay mayor bien que procurar que los albos tengan al menos la oportunidad de ver en determinadas situaciones.

—¿Cómo funciona el hechizo? —inquirió El Magnánimo.

La curiosidad del dios atenuó la reacción desproporcionada de los sacerdotes, que aun así continuaron mostrándose recelosos.

—Es muy sencillo, en realidad. No veremos a través de los globos oculares, que se entiende que no funcionan, sino del tacto, el reconocimiento de la materia y la imaginación. Si alguien tuviera la bondad de ofrecerse para que hiciera una demostración...

—¡Ni por asomo! —rugió el sacerdote.

—Cállate, Segundo, hazme el favor —le ordenó El Magnánimo sin pestañear—. Creo que este es un gesto de generosidad muy hermoso hacia sus hermanos.

«Y como es lo que yo creo, eso es justo lo que tenéis que creer vosotros», daba a entender.

Nadie tuvo nada más que decir, claro. En según qué casos, la deidad se valía de su invulnerabilidad para calmar las aguas; una

invulnerabilidad de la que parecía no ser consciente cuando no le molestaba oír gilipolleces ni se sentía impelido a silenciarlas.

Acto seguido, le tendió una mano a Li Zhen para invitarla a internarse en el corazón del círculo, donde solo Cassiel y Él se erguían como ofrendas en un altar de brujería.

Ella tardó en obedecer, sobrecogida por el espanto a la vez que ilusionada por el hechizo.

Vio que el Iluminado se humedecía los labios nada más reconocer en sus proximidades el olor de la guerrera. Ninguno de los dos habría podido disimular sus nervios; ni él, con todo su don para obrar conjuros sin parangón, ni ella, con todos sus siglos de experiencia en el mundo.

Lo que estaba a punto de tener lugar era tan importante como sus vidas.

—El hechizo logra que la energía aprenda y replique el contorno, los relieves, los colores y el resto de detalles del cuerpo como si se tratara de un avanzado sistema de reconocimiento mediante láser. Funciona, en parte, como una cámara o un espejo... Es asombroso lo que puede inspirar darse un paseo por la Tierra... o por el sótano blindado de un millonario —comentó con una media sonrisa—. Sobre todo a la hora de configurar la magia de manera que tenga un sentido.

—¡La magia no debe tener sentido! —insistía Primero, pero ya no lo secundaba nadie.

Todos los albos atendían ya sin fingir que no les interesaba, porque ¿cómo iban a fingir tal cosa? ¿Cómo no iban a querer ver por primera vez?

Incluso si se trataba de una raza que no le suscitaba la menor compasión o siquiera respeto, Li Zhen sintió una suerte de alivio y alegría por la vida de la que disfrutarían si el hechizo surtía efecto.

Y lo hizo.

Al primer intento.

Con las manos temblando por la emoción irreprimible, Cassiel posó las palmas de las manos en las respectivas mejillas de Li Zhen

y reprodujo en voz alta las runas que los demás habrían de anotar en sus mentes. Ella notó un levísimo chispazo, como si le hubiera dado la corriente, además de la calidez que de por sí le ofrecía el cuerpo del Iluminado.

Le sostuvo la mirada con el aliento contenido, demasiado aterrorizada por lo que pudiera pensar de ella una vez la contemplara como para poder cerrar los ojos.

En un momento dado, el miedo llegó a vencerla y rezó para que no funcionara.

Pero funcionó. Lo supo por la profunda emoción que surcó la mirada brillante de Cassiel, al que se le entrecortó la respiración en una especie de sollozo conforme su imagen fue apareciendo ante él.

Li Zhen empezó a hiperventilar, a sentir absurdas las manos que colgaban, laxas, junto a sus caderas. La tierra bajo sus pies también se tambaleó y tuvo que cubrirle al Iluminado las gruesas muñecas para no perder el equilibrio.

Había hecho las paces con sus cicatrices por lo que representaban, pero no con el hecho, tal vez superficial, de no ser bella. Él la curó de inseguridades y preocupaciones con tan solo esa mirada que podía ver, con el amor que se escapaba por las pupilas, oscurecidas por obra de la magia.

No podía estar viendo nada desagradable, nada espantoso, porque no hacía sino celebrarla.

Sus ojos se aclararon, recuperando un rastro de ese azul celeste que debieron de tener antes del trágico ritual, y sintió que se iba a morir de la impresión cuando una sonrisa trémula pero conmovida más allá de las lágrimas se dibujó en sus labios.

—Si hubiera podido verte desde el principio —murmuró con la garganta atravesada—, cuánto dolor me habría ahorrado. Habría sabido que me quieres por la forma en que me miras.

—¿Eso es lo primero que se te ha ocurrido decir? —balbuceó ella.

—Si quieres te digo que eres muy fea.

Li Zhen soltó una carcajada que se transformó en sollozo.

—¿De verdad me estás viendo?

—Te pareces a Mei —dijo con ternura. «Claro», pensó. «La vio en su visión»—, pero en ti hay más dolor... y también más esperanza. Sospecho que en ti está todo lo que es ese mundo mortal que tanto me fascina.

—Entonces tendrás muchas ganas de descubrirme —musitó ella.

—Y de conquistarte.

Cassiel aprovechó que todavía acunaba su rostro entre las manos para inclinarse y besarla en los labios suavemente.

No importó que hubiera público, que los estuvieran mirando con una mezcla de pasmo, rabia y a la vez admiración; los demás nunca habían existido y dejaron de hacerlo incluso cuando El Magnánimo y la Sehara se unieron para sellar en silencio la sentencia de Cassiel, ahora Shao.

Con la magia rúnica de la hechicera y el canal que era el dios, transformaron al albo iluminado, al casi magnificente, al mago elegido, en un pecador con una larga penitencia a cuestas que no podría sentir la luz del sol; que tendría prohibido el uso de la magia y el acceso a los lugares sagrados donde se practicaba.

Li Zhen vio con sus propios ojos cómo Cassiel sufría los efectos físicos de un hechizo espantoso que le obligaba a desprenderse de su don, uno tan arraigado a sus entrañas, a su ser y a su alma que debía de experimentarse como una muerte lenta y dolorosa.

Pero mientras duró el cambio de condición, que hizo temblando violentamente, el conjuro de su puño y letra que había obrado para verla no se rompió, y pudo contemplar a Li Zhen hasta el final del túnel: hasta que la hechicera y el dios culminaron el hechizo y Cassiel, debilitado por sus efectos, se derrumbó semiinconsciente sobre ella.

Li Zhen cerró los ojos e invocó el portal con la Tierra para largarse de allí cuanto antes. Ambos se desmaterializaron para regresar juntos al lugar del que nunca debieron haberse marchado: ese punto de la eternidad suspendido entre la vida y la muerte que bien podía llamarse amor.

Capítulo final

«Tu alma me sigue en secreto
en mi largo viaje, legua tras legua.»
Golondrina graciosa
JIANG KUI

EL CAPRICHOSO DESEO DE ZHEN los llevó a un paraje hasta entonces desconocido. Cassiel no reconoció el aroma salado que le humedeció las fosas nasales o la temperatura más bien bochornosa que enseguida hizo transpirar sus poros. La túnica que había llevado durante el enfrentamiento con la Orden le resultó pesada y totalmente inapropiada incluso sin haber avanzado un solo paso aún.

Abrió la boca para hacer la pregunta obvia —«¿A dónde me has traído?»—, pero el asombro al caminar hacia delante con la equívoca seguridad de encontrar suelo firme retrasó la revelación.

Lanzó un jadeo de asombro cuando sus pies se hundieron en una superficie blanda y más o menos mullida.

De inmediato le invadió el inexplicable deseo de deshacerse de las babuchas y experimentar la sensación a través de la piel.

Creía que el descubrimiento no podría ser más maravilloso, pero Zhen le demostró que sí entrelazando los dedos con los de él.

—Se me ocurrió que te gustaría conocer la playa —le dijo en voz baja, como se pronunciaban los secretos—. Todo aquel que vive enamorado del universo adora el océano. Pensé que tú no serías menos.

—Es arena —comprendió, feliz porque sus numerosos estudios de los accidentes geográficos hubieran servido de algo.

Para nada menos que prepararlo para el mundo, pensó; el mundo que ahora le tocaría recorrer de una latitud a otra como agradecimiento por el deseo que le había sido concedido.

Porque no, aquel no era un castigo.

Aquello era una bendición.

Cassiel se agachó con los dedos estirados y acarició la arena. Cerró los ojos, como sabía que hacía sonreír a Zhen, para que la inmersión en las sensaciones fuera total.

Se sorprendió de que se le escurriera entre los dedos. Le pareció uno de esos animales que vivían en grupo y que corrían en estampida en distintas direcciones en cuanto un sujeto externo alteraba su paz, como las hormigas. Apreció también la filosofía que encerraba el hecho de que no se dejara atrapar, y de que estuviera compuesta por miles de millones de granitos. Era una hermosa metáfora del espíritu colaborador del mundo, incluso si el mundo no sabía aún que dependía de su comunión para sobrevivir.

En lugar de enderezarse, tomó asiento allí un segundo y le pidió a Zhen en silencio que lo hiciera a su lado.

Todavía con los ojos cerrados, afinó los sentidos, algo aletargados después de haberle sido revocado el don de la magia. Por suerte, el conjuro no le habían arrebatado ni la agudeza de la percepción ni la hipersensibilidad. Aunque ya nunca más podría volver a verla como la había visto, sí que podía concebir a la mujer sentada a su derecha con nítida claridad, pues había memorizado cada uno de sus poros.

A partir de entonces, todo, absolutamente todo, dependería de él. Era una responsabilidad que producía un vértigo atroz a la par que un alivio inconmensurable. No solo le emocionaba ser quien dictara sus propios pasos, sino la posibilidad de equivocarse.

Ansiaba hacerlo.

Ansiaba tropezar, caerse y levantarse.

Oyó el rumor de las olas a una distancia de dos metros, la débil amenaza del nivel del agua cada vez que estas rompían en la orilla.

Conocía los términos.

Arena. Olas. Mar. Salitre. Sol.

Ahora los estaba experimentando.

Cassiel había crecido sabiendo que los nombres eran importantes. Sin embargo, sin conceptos que abarcar, ¿de qué servían? ¿Qué habría significado para él la palabra «amor» si Li Zhen no estuviera contemplando el horizonte en silencio, a un beso de distancia?

Ladeó la cabeza hacia ella y se sobrecogió igual que hacía unos minutos, cuando la había visto por primera vez, porque sí, la vio de nuevo en el mapa de su mente.

Sintió que lágrimas de incredulidad y devoción le anegaban los ojos.

Quiso recorrer con el dedo la línea abrupta de su perfil, ahí donde la nariz se afilaba como un estilete para enfrentarse al mundo, y eso hizo. Acarició luego el suave abanico de sus pestañas cortas, el tacto de terciopelo que adquirían sus labios después de haber llorado.

Zhen ofrecía un aspecto vulnerable así. No podía percibirla más que a ella, ella en un vacío atronador, en la ausencia de todo, porque no podía insertarla como a un personaje en un cuadro marítimo que nunca contemplaría. Pero, imaginación mediante, pintó reflejos en su pelo, llenó de dorado su piel morena, y dispuso que un sol a punto de besarse con el oeste estaba brillando en el cielo. Además, el influjo de sus rayos estaría coloreando la rugosa cicatriz de la quemadura.

Cuánto se alegraba de que no le hubiera pedido a El Magnánimo que le devolviera su rostro, porque ¿qué rostro le habría devuelto?

Esa era ella.

Zhen suspiró entrecortadamente contra la palma de su mano, que había enviado su caricia al mentón para seguir la línea afilada de la mandíbula.

—¿Estás asustada por el porvenir? —le preguntó Cassiel en voz baja—. Ahora estamos tú y yo. Es... sobrecogedor.

—No lo estoy. Bueno, sí... O sea... Lo que nos espera es la eternidad, ¿no? —la oyó musitar. Se rascó el brazo con cierto desvalimiento; la piel sonaba de un modo distinto cuando se erizaban los vellos, como las uñas sobre la pizarra—. Como mujer que ha vivido varias eternidades, sé lo doloroso que puede llegar a ser soportar una ruptura, o... o solo enfrentarte a la inmensidad en compañía.

Cassiel le sonrió, trémulo.

Todavía se notaba débil tras el hechizo.

—Puedes abandonarme cuando quieras.

—No, no podré —replicó con cierta agresividad, una agresividad que encerraba la incondicionalidad del amor—. Y tampoco querré. Te han desterrado, lo que significa que eres un penitente, y yo... yo sigo siendo y siempre seré un fragmento del alma de la Magna. La conclusión de tu historia en la Orden te ha enviado a mis brazos, ¿entiendes? Yo soy tu *anandha* ahora, como tú has sido la mía, porque ambos somos... somos únicos. Yo la única *anandha* penitente, tú el único seráfico penitente.

—También eras mi mujer antes, *feitian*, y porque yo te elegí. Pero si esa elección se volviera insoportable algún día... —Dejó la frase al aire—. No sufrirás conmigo lo que padeciste con Arslan, te lo prometo.

—Eso lo sé —le dijo con suavidad.

El corazón se le encogió al oírla sonreír sin mostrar los dientes.

Eso también lo había visto antes de volver a sumirse en las tinieblas. Nadie había tenido la piedad de decirle que un hoyuelo se formaba en la mejilla sana cuando dejaba ganar a la alegría.

Cassiel lo rozó con la yema del pulgar.

—Y no tendrás que aguantarme día y noche pegado a ti —añadió con una sonrisa—. Habremos de ocuparnos con algún trabajo remunerado, ¿no? Algo que nos obligue a madrugar, pagar la letra de un coche y proveernos de anécdotas que luego nos contaremos durante la cena. O, si eligiéramos a El Quinto Arcano —insinuó—, no dudes que la diversión estaría servida.

Zhen levantó las cejas.

—¿Eso quieres? ¿Unirte a ellos?

—No es lo que quiero, y tampoco es lo que debo hacer ahora que no soy el Iluminado. No soy nada... —aclaró, e hinchó el pecho de puro orgullo ante aquella verdad.

Qué liberadora era la mediocridad después de tanta trascendencia. Ella se lo había dicho no hacía demasiado tiempo, y, como todo lo que había salido de sus labios, fuera una perla de sabiduría, un halago o un rapapolvo, Cassiel lo había atesorado con

infinito cariño: «No todo lo sustancial está en el interior, y no todo en la vida debe ser trascendente. Nunca viene mal perder el tiempo con insignificancias, aunque solo sea para refugiarnos por un rato de las pesadas tragedias del mundo».

—... pero creo que debo permanecer en contacto con Valois y con los demás durante un tiempo —continuó tras suspirar—. Solo lo que tarde en asegurarme de que Alastor sigue adelante. No sé qué será de él si se descubre que robó el *jian*, y soy consciente de que no debería importarme..., pero el amor no se desvanece sin más.

Zhen lo comprendería mejor que nadie. Había enterrado a su hermana melliza, una criatura enferma de obsesión que ya la había defraudado una vez y que no por eso había dejado de querer.

—Estoy orgullosa de que hayas sido capaz de marcharte sin mirar atrás —le dijo ella, y apretó su mano para ratificar sus palabras—, pero te ennoblece más aún que no te desentiendas de él pese a todo. No es santo de mi devoción, eso que quede claro. De hecho, me cae como una patada en el culo. Aun así, te entiendo. Y yo también me he divertido con El Quinto Arcano —confesó con una pequeña sonrisa, devolviendo la vista a la luz—. Son buena gente. Serían los primeros amigos que he hecho en siglos. O en toda mi vida.

—A Dagon le alegrará saberlo.

Zhen soltó una carcajada.

Apostó a que, al igual que él, se había imaginado la reacción del empíreo a la noticia de que había conseguido meterse a la guerrera en el bolsillo. Se quedaron con la agradable imagen —en el caso de Cassiel, con la sensación— de Dagon arrojando un puño al aire, y permanecieron en silencio hasta que el deseo de decir algo le venció.

—Pensaba que esta vida era inalcanzable, *feitian* —confesó en voz baja al cabo de un rato de caricias distraídas—. Tardaré en aceptar que la he agarrado con mis propias manos.

—Mientras lo aceptas, creo que podría trabajar como profesora de kung-fu —meditó.

—Y yo creo que podría convertirme en una superestrella.

—Con la humildad por delante —se mofó en una primera instancia. Luego su voz se suavizó—. Yo también lo pienso. ¿Es el destino que vas a perseguir ahora?

—Sí, creo que sí. Me ayudará que esto de los festivales me pusiera en el mapa y nos viralizáramos en internet. Aparte, ser un guitarrista famoso me permitirá hacer lo que más ansío: dar la vuelta al mundo para conocer sus recovecos.

Aunque Li Zhen no asintió verbalmente, leyó la aceptación en el acto de callar y otorgar.

Transcurrirían unos minutos de silencio cómplice en los que Cassiel espantó los pensamientos relacionados con Alastor y la Sehara para centrarse en los momentos que aún no había vivido con Li Zhen en sus giras musicales.

—Ven —le pidió ella. Se levantó tirando de su mano—. Deberías meterte en el agua. En Yalong siempre está a la temperatura ideal... Además —añadió con gesto pillo—, estoy deseando perder de vista esa espantosa túnica y todo lo que representa.

—Solo di que quieres verme desnudo —se burló él, y obedeció su orden implícita sacándose la prenda por la cabeza de un movimiento veloz. Luego se lo pensó mejor—. Supongo que no hay nadie mirando, ¿no?

—No, no hay nadie.

—Entonces ahora te toca a ti.

Zhen se ruborizó, pero obedeció. Cassiel no pudo más que presentir cómo se bajaba la cremallera del vaquero, se desabrochaba el sujetador... No se dejó ni siquiera la ropa interior, una decisión que le hizo salivar.

—¡Nos vemos en el agua! —se despidió ella.

Su carrera hacia la orilla no produjo el menor sonido, pero sí levantó pequeñas polvaredas a sus pies.

Cassiel se concentró en recrear la imagen uniendo imaginación y conocimiento, y cuando pensó que ya había pintado un retrato justo

con su belleza, siguió el rastro de su olor con seguridad.

Se le escapó un jadeo cuando una ola rompió a sus pies. La temperatura era ideal, aunque, al igual que ella, él, como penitente, no podía padecerla.

Se agachó para empaparse las manos de aquella agua diferente.

¿Sentirían los humanos la diferencia de densidad? ¿Les dejaría a ellos también partículas casi inapreciables de sal en las palmas? Pensó que luego se sentiría pegajoso, a lo mejor acartonado, y sintió tanta impaciencia por experimentar la sensación como por alcanzar a Zhen en el mar.

Se abrió paso con dificultad, pero la resistencia que opusiera el agua no era nada comparada con la resistencia que había opuesto ella misma al principio contra todos los que estuvieron a su alrededor.

Zhen no huyó de él.

Ya no lo hacía.

Permaneció en el sitio hasta que la alcanzó y pudo pasar las manos por su estrecha cintura.

Su detallada silueta floreció ante él como un *flashback*, dejándolo momentáneamente embelesado. Podía ver, se dijo una vez más; podía verla a ella porque ya la había visto. Podía ver la suave curvatura de los hombros, el amenazante desfiladero de sus clavículas, donde algunas gotas de agua habían querido asomarse; podía ver cómo se deslizaban por el canal entre dos pechos como la porcelana, solo que tersos y maleables.

—No quiero arruinar el romanticismo del momento... —murmuró Cassiel—, pero hoy ha sido la primera vez que he visto unas tetas.

Zhen soltó una carcajada.

—Para eso era el hechizo, ¿eh?

—No, claro que no. —Sus manos avanzaron sin discreción alguna por la curvatura de la cadera. Cerró los dedos en sus nalgas y se inclinó hacia ella para besarle el cartílago de la oreja—. También quería verte el culo.

—Dijo el pobre cieguito —se burló ella, echándole los brazos al cuello—. ¿Es que el conjuro funciona como unos rayos x? ¿Por eso me has podido ver desnuda allí arriba?

Aplastó los senos contra el torso de él, también húmedo, y a Cassiel, que había aprendido todo lo que merecía la pena a través de la intuición y el capricho, le apeteció tomarla por los muslos para que le rodeara la cintura con las piernas.

—Algo así.

—¿No te llena de rabia haber podido ver una sola vez antes de... de que te arrebataran el privilegio en una segunda ocasión? Era tu hechizo. No es justo que ya no puedas... —Se interrumpió al notar la insinuante caricia de Cassiel a su espalda.

—¿Te gusto menos ahora que no soy el mago más poderoso del mundo entero, acaso?

—El mago más poderoso del mundo entero es Merlín..., pero no. —Sintió su sonrisa cerca de los labios, que le mimó con un beso tierno—. Me gustas incluso más ahora que «no eres nada».

Cassiel se humedeció las comisuras de la boca para rescatar el recuerdo del sabor de Zhen.

—¿Alguna vez se ha hecho el amor en el mar? —le preguntó él con voz ronca.

La oyó reír con afectada discreción.

—Juraría que a estas alturas se ha hecho el amor en todos los rincones del planeta. Este mundo tiene milenios de antigüedad, ¿sabes?

—Milenios de antigüedad... Sobrecoge pensarlo. Y también darte cuenta de que antes de aprender a escribir o encender un fuego, los humanos ya sabían darse placer —meditó Cassiel en tono admirativo —. Para que luego se cuestione su inteligencia, cuando a mi parecer son una raza fascinante.

Giró despacio con ella entre sus brazos, prodigando a la vez una caricia ascendente con la palma abierta a su espalda. Tras conectar un punto invisible entre el coxis y la nuca, acunó su cabeza y se la acercó a los labios como si fuera el agua de una fuente; bebió de

ella con un beso pausado, el beso de quien tenía ahora la eternidad de su parte.

No se separó hasta asegurarse de que le había acelerado el pulso.

—¿Cómo crees que se les ocurrió? —musitó ella, agitada todavía —. La mecánica del sexo.

—Le preguntas a la persona indicada, porque yo no he sido bombardeado con pornografía o relatos sexuales, no había tenido una erección, y he acabado sucumbiendo al mismo pecado que todos los hombres. Creo que ocurrió tal y como cuentan las leyendas —continuó con ternura. Le apartó los mechones mojados de la cara —: un extraviado paisano tropezó con una mujer bella que cantaba desnuda a la orilla del río. La fascinación le instó a acercarse, la curiosidad le obligó a quedarse, y cuando el deseo le sometió, se volvió tan vulnerable que se asustó... y tuvo que vengarse porque le hubiera debilitado sometiéndola a ella. Con su cuerpo.

—¿Entonces el sexo es sometimiento?

Pudo oír cómo enarcaba la ceja.

—Por supuesto. ¿No ves que no podía someterme a ti si seguía bajo el yugo de la Orden?

Zhen le acarició el cuello por detrás.

—Espero que esta carcelera te parezca algo menos tiránica.

—Me parece perfecta.

—Sigue sin gustarme la idea de someterte.

—¿Ni siquiera si es recíproco? —murmuró contra sus labios—. ¿Si nos sometemos mutuamente...?

—Eso... suena algo mejor. —Se le escapó una risita nerviosa—. ¿Vas a hacerme ahora la demostración de que no sabías tocar a una mujer por tus poderes mágicos, sino por algo... superior a ti?

—Juraría que los poderes en ese aspecto me los otorgó la pasión por la mujer que tenía delante.

—¿Tenías? La sigues teniendo delante.

—Y ya no la pienso perder de vista... con perdón por el chiste fácil.

Dio la casualidad de que, en el momento de sellar la sentencia definitiva, sus dos cosas favoritas en el mundo entero coincidieron en el mismo espacio, al mismo tiempo: la fresca carcajada de Li Zhen con un dulce beso.

Epílogo

—¡Qué cabrón! —aulló Dagon, entusiasmado—. ¡Lo ha conseguido!

—¿Quién? ¿Qué ha conseguido?

Dagon se giró hacia Innocence con una enorme sonrisa pintada en los labios, que hacía un segundo había tenido manchados de la mantequilla de las palomitas. Ella lo estaba mirando con los ojos como platos, un enorme perrito caliente en una mano y una bebida gaseosa tamaño XL en la otra.

Por el placer de hacerla rabiar, Dagon le dio un golpecito a la visera de su gorra de los Red Sox. Solo cuando Innocence se había quejado por lo bajini y había decidido prevenir futuras provocaciones poniéndose el accesorio al revés, como un rapero dosmilero, Dagon le mostró la pantalla de su móvil.

—¿Te acuerdas de hace unos meses, cuando te dije que había tocado en una banda de rock para cubrir unas suplencias en un festival?

—Claro. Fue por la época en que nos conocimos, ¿no?

—Exacto. Pues resulta que mi colega le pilló el gusto a eso de la guitarrita. Nos anunció que iba a meterse en la industria musical, y aunque los *haters* dirán que es Photoshop... —Amplió la imagen promocional del disco y se la señaló con un gracioso floreo—, yo miro esto y veo un álbum debut como una casa, no sé tú.

Innocence lanzó una exclamación ahogada.

—¡Qué guapo es!

—Sí que lo es. Fui yo el que le cortó el pelo, por cierto. Espero que me dé un pequeño porcentaje de las regalías por haberle ayudado a ser más deseable, porque tendrías que haberlo visto antes de que yo llegara a su vida... Era un caso perdido. —Dejó de mostrarle la notificación del lanzamiento para encorvarse sobre sí mismo con el móvil atrapado igual que Gollum manoseaba el Anillo para Gobernarlos a Todos. Escudriñó los detalles de la novedad con

una sonrisa privada, pero deslumbrando de orgullo—. Qué bien, Inno... Se lo merece. Se lo merece muchísimo.

A él le pasó desapercibido porque se quedó embelesado leyendo la lista de canciones que incluiría el álbum, pero Innocence le lanzó una mirada anhelante atravesada por el cariño incondicional.

Valois le había dado las vacaciones unas semanas atrás, después de abordar la operación que siguió a la protagonizada por el Iluminado y la Generala de Todas las Armas. Sin pensarlo dos veces, cansado por el trabajo emocional que había tenido que hacer para sobrevivir a aquella misión en concreto, Dagon había tomado un avión a Boston para pasar unos días con su nueva mejor amiga.

No habían parado de inventar planes, justo lo que había necesitado para desfogarse. Había visitado el campus de la Universidad de Harvard por primera vez gracias a ella, la colección de Egipto del Museo de Bellas Artes —de la que también era una experta, por supuesto—, el observatorio Skywalk y otro sinfín de lugares que Dagon no había podido descubrir antes por razones laborales... y por falta de interés, la verdad fuera dicha.

La programación de aquel sábado era ver el partido de los Red Sox en Fenway Park y luego ir a comer al barrio italiano: Innocence le había insistido en que los *cannoli* de Mike's Pastry jugaban en otra división.

Por el momento, los Red Sox iban ganando. Dagon no podía sino interpretar aquello como un buen augurio; más todavía cuando la *Kiss Cam* buscó víctimas entre las abarrotadas gradas y fijó la lente en los asientos que ocupaban Innocence y él.

Ella se percató primero, más por casualidad que porque estuviera poniendo atención a algo distinto del delicioso perrito caliente que se traía entre manos. Le costó tragar el bolo alimenticio al reconocerse en la enorme pantalla, y más aún controlar el rubor que le colonizó el rostro.

Dagon solo se rio y sacudió la cabeza, en el fondo encantado con la atención. Se sentía humano otra vez, y también especialmente

magnánimo, así que complació al público plantándole un beso cariñoso en la mejilla a Innocence.

«Solo amigos, familia», dijo, exagerando el movimiento de los labios para que se enterase todo el estadio, todos los Estados Unidos de América. «Solo amigos».

Por lo general, a Evrani no le pesaba carecer de empatía... salvo en las escasas ocasiones en las que deseaba consolar a alguien y no podía por escasez de herramientas psicológicas.

Dagon le había sugerido en varias ocasiones —las suficientes para justificar un duelo a muerte por faltas graves al honor— que acudiera a terapia para solventar una situación «insostenible», pero ¿para qué?

Evrani nunca había sentido la necesidad de ofrecerle consuelo a nadie.

Y ese día, aunque pudiera parecer distinto, en el fondo no lo era.

Seguía sin querer consolar a nadie.

Llevaba toda la noche oyendo llorar a Dahlia al otro lado de la habitación, y aunque una parte de él ansiaba irrumpir allí y abrazarla, hacerle ver que no había llegado el fin del mundo, otra se retorcía de pura rabia porque no entendía los motivos de su padecer.

A su modo de ver, que a veces podía pecar de retorcido y, otras, de simplista, el hombre que le había provocado aquella reacción emocional no se merecía nada.

Ni sus lágrimas, ni que mirase en su dirección, ni absolutamente nada.

Entonces Evrani se debatía entre ofrecerle su hombro para llorar e ir a buscar al sujeto para matarlo antes de que ocasionara una debacle. Ya la estaba ocasionando, aun así: estaba destruyendo la única oportunidad que Evrani tenía de ser feliz.

Y es que solo podría serlo a través de Dahlia.

La última misión había sido coser y cantar para todo el mundo menos para los blandos, como Evrani los llamaba para sus adentros: a Dagon y Dahlia les había costado tanto recomponerse tras despedir a los ayudantes que a Valois no le había quedado otro remedio que regalarles unos días de descanso.

Por eso Evrani estaba ahora en una habitación de hotel, sin nada que hacer salvo perder los papeles a manos de sus pensamientos intrusivos.

Necesitaba hacer algo.

Necesitaba hacer algo *ya* o se volvería loco.

No podía estar quieto. Solo el movimiento y tener una obligación, una razón para levantarse, silenciaba sus impulsos autodestructivos.

Eso y oír a Dahlia reír, pero eso parecía ahora imposible.

El móvil le vibró en el bolsillo trasero del pantalón. Con tal de distraerse del llanto amargo que le estaba torturando, lo sacó y vio que Dagon había enviado al grupo una noticia: la estrella del rock emergente Shao «el Iluminado» había sacado por fin, después de unos cuantos y exitosos *singles*, su primer álbum en solitario.

Evrani no tenía demasiado interés en conocer los detalles, así que deslizó la noticia con el pulgar con impaciencia, captando apenas palabras sueltas. «Clásicos», «novedoso», «inspiración de Santana», «rock con *blues* y *jazz*», «los Scorpions»...

Evrani agradeció la noticia porque le concedió una excusa para interrumpir el ataque autocompasivo de Dahlia. Sin pensarlo dos veces ni ponerse siquiera unas zapatillas, salió de su habitación y fue a tocar a la de la vidente.

No llegó a golpear con los nudillos. Dahlia la abrió con los ojos inundados en lágrimas, ahora de un tono de verde que no se había inventado todavía, que solo existía en ella.

Evrani se quedó helado en el sitio cuando le dirigió una sonrisa llorosa para mostrarle la noticia.

—Míralo —gimoteó con la voz quebrada. Aun así, una nota de orgullo se filtraba en su tono, iluminaba su expresión—. Hay quien sí cumple sus sueños, Evra.

Él trató de disimular que el comentario le hizo rechinar los dientes.

Sí, había gente que cumplía sus sueños, pero porque sus sueños no contemplaban salvar la barrera entre los vivos y los muertos. Sí, había gente que cumplía sus sueños, pero porque sus sueños no eran una pésima idea, como era el caso de los de Dahlia.

Escucharla llorar había sido una cosa; verlo en directo, otra distinta y mucho más difícil de gestionar.

Evrani no lo pudo soportar y se metió las manos en los bolsillos del chándal oscuro. Estaba tan furioso con ella y con su incapacidad para quererle que no se tenía ni en pie.

Pero no podía castigarla por eso.

Había aprendido siendo muy joven que no se podía odiar a los demás por no someterse a sus expectativas, incluso si sus expectativas respondían a un deseo tan noble y humano como ser amado.

Giró en redondo, decidido a guardar silencio para mantener la paz, y se marchó pasillo abajo sin hacer ninguna acotación sobre el ahora llamado Shao.

La suya era la peor clase de amargura: la que le impedía alegrarse por el prójimo porque entendía que la consecución de sus sueños sucedía a costa de la infelicidad de otros. De *su* infelicidad.

Un rayo no caía dos veces en el mismo sitio. Un milagro no tenía lugar en dos ocasiones. Y que Cassiel ya hubiese obrado ese milagro significaba que era improbable, casi imposible, que se obrara el suyo.

Se estaba demostrando.

Dahlia nunca sería suya porque Dahlia lloraba por alguien que no era él.

¿Qué era lo radicalmente contrario a un hotel económico e infestado de emociones contradictorias? Un *hôtel particulier* del siglo

XVII emplazado en el diplomático barrio de Faubourg Saint-Germain, en el séptimo distrito parisino.

Había miembros de El Quinto Arcano que preferían la frugalidad, pero no era el caso de Valois «el Predilecto», que en sus vacaciones no dudaba en marcharse a dormir a los grandiosos aposentos del edificio más emblemático y hermoso de toda la ciudad del amor.

Claro que, en su caso, no era la ciudad del amor.

Para Valois, todas las ciudades eran las ciudades de la esperanza hasta que Kitty le rompía el corazón.

Entonces se convertían en las ciudades del desamor, de la frustración, de la absoluta desesperación.

Sentado frente al ventanal en su sillón orejero preferido de la biblioteca privada, Valois degustaba una copa de champán. Un pomerania con la energía de un cachorro —lo que seguía siendo a sus ocho meses— se entretenía a sus pies mordisqueando una alfombra persa que le había costado alrededor de mil libras esterlinas en el siglo XIX.

Mientras observaba los destrozos de la bestia perruna con resignado hastío, hacía cábalas matemáticas para sus adentros.

Se estimaba que en el mundo había entre diez y cuarenta mil ciudades. En el período de tiempo que llevaba conociendo al origen de sus desdichas —cuatro siglos, que se decían pronto—, a Kitty le había dado tiempo a decepcionarlo en unos dos mil o dos mil quinientos destinos. Eso le concedía un amplio margen al futuro para tratar de sorprenderlo positivamente: aún quedaba alrededor de un ochenta por ciento de territorio por confirmar o desmentir como la verdadera ciudad del amor.

Del amor entre Valois y Kitty..., si es que todas esas palabras podían funcionar en un mismo conjunto oracional con el más remoto sentido.

Valois le suspiró a la nada, ganándose un ladrido por parte del pomerania.

Desvió la vista hacia el bicho, que lo miraba con la lengua fuera.

—Asumo que usted es también de la opinión de que soy el más soporífero de los seres —le dijo.

El perro respondió con otro entusiasta ladrido.

Él lo interpretó como un asentimiento.

Odiaba las redes sociales, tener que llevar un aparatito pegado con *superglue* a la mano para enterarse de las novedades mundanas. Todo el concepto de internet le suscitaba el mayor de los desprecios. Pero si bien Kitty compartía con él la desgana generalizada hacia lo digital y seguía prefiriendo contactarle mediante carta, se había terminado aficionando a las aplicaciones de mensajería.

Seguramente para molestarle, pensaba con el ceño fruncido. Para controlarle y manipularle. Sabía de sobra que, si empezaba a enviarle mensajitos al móvil, Valois se convertiría en un esclavo de la red.

Ya empezaba a serlo, como comprobó cuando una notificación interrumpió su silencio apacible.

Kitty se había asegurado de que él ponía un sonido determinado a sus notificaciones: el «muac» de un beso, para mayor concreción.

Valois odiaba aquella niñería, pero no le quedaba otro remedio que aceptarla, como aceptaba todo lo que era Katherine de Courteney.

Se levantó del asiento como si llevara unos zapatos de cemento y fue hacia el estante donde se le había olvidado el móvil.

El perro lo siguió trotando alegremente.

¡Mi querido montoncito de nubes! ¿Has visto esto? Es el Iluminado, ¿verdad? O el exIluminado, no sé. ¡Qué fuerte! Si lo conocías, ¿podrías conseguirme un autógrafo? Porfa, porfa, *porfipleeeeease*.

Valois apretó los labios.

Claro que lo conocía, y ella debería de saberlo porque le describía con minucioso detalle el desarrollo de sus operaciones.

Kitty era inmortal y más lista que el hambre: que no retuviese la información que él le proporcionaba lo decía todo.

Abrió el enlace que le había adjuntado y algo muy parecido a la alegría, pero que no podía serlo porque cada vez le costaba más experimentarla, tiñó su día gris de colores vibrantes.

Shao «el Iluminado» había publicado un álbum la mar de interesante.

Según contaba el artículo, versionaba *My Way* de Frank Sinatra a la guitarra eléctrica y los mejores temas se titulaban *Los Arcanos* y *Sable de hoja de sauce*. Por lo visto, padecía una ceguera total, vivía entre Xi'an y la isla de Hong Kong y estaba saliendo con una mujer que acababa de abrir un centro de kung-fu.

Aunque prefería mantener un perfil bajo, la susodicha había aprovechado para publicitar sus servicios: la academia de artes marciales se llamaba Li Mei.

Me alegro por él, aunque se me antoja una empresa arriesgada. Buscar la fama siendo inmortal no me parece la más prudente de las decisiones.

Para su sorpresa, Kitty no lo dejó en visto durante tres meses.

Ay, bizcochito, por eso estás tan amargado. ¡No vives el momento! ¡Siempre estás pensando en lo que pasará en el futuro! ¡Disfruta un poco, anda!
Por cierto... ¿Cómo anda el perrito? ¿Lo estás cuidando bien?

De maravilla. Él sí se deja cuidar. Y no se aparta de mi lado.

Hombre, tontito no es... ;)

Valois se quedó mirando el mensaje con una profunda tristeza en el corazón. No podía saber si Kitty estaba en línea o cuándo se había conectado por última vez, como tampoco podía saber dónde estaba, si se acordaba de él, si le importaba lo que fuera de su solitaria vida inmortal, aunque fuera una pizca.

Aun sabiendo que se arrepentiría de haberse puesto en evidencia una vez más, acabó enviando el mensaje que hacía que le picaran los dedos.

Katherine, ¿cuándo me vas a permitir verte?

Más pronto de lo que crees, pequeñín. Porque, como ya te habrás imaginado, lo que ha pasado en esta última misión ha abierto nuevos frentes... y vas a tener que solucionar problemitas.

¿Me vas a encomendar otro destino?

Pues claro, mi amor. ¿No ves que lo único que hago es cuidar de ti para que no te aburras? ☺

Estate atento, que en unos días sabrás qué es lo que os espera.

Avance

Mucho antes de la publicación del álbum de Shao «el Iluminado»...

«En medio del pintoresco paisaje,
una joven elegante,
primorosa, grácil, esbelta.»
Improvisado
Qiao Ji

El perdón y la posterior desaparición de Cassiel «el Iluminado» había desatado la locura en el salón de audiencias. No importaba cuánto se hubiera esforzado El Magnánimo por subrayar que disponían de un buzón de quejas para expresar sus sentimientos; los sacerdotes habían esperado a que la deidad se esfumara, dando su misión por cumplida, para arrancar con exclamaciones contrariadas y agitados aspavientos.

Desde una vista satélite, habría resultado facilísimo localizar entre tanto ajetreo a la única figura que no se había movido del sitio. Solo uno de los invitados permanecía con las manos entrelazadas en el regazo, una pose de niño inocente y bien educado que no podía distar más de la verdad de las emociones que se cocían en su fuero interno.

Esta extraña apacibilidad, el hecho de que no se hubiera retirado de inmediato a sus aposentos, debería haber alertado al gentío de que algo no cuadraba. Pero hacía tiempo desde que ese gentío que tantas ínfulas se daba no prestaba la menor atención al joven Alastor.

Por ellos, como si lo partía un rayo.

Y por él, más de lo mismo. Como si lo partían dos.

Había asistido a la ceremonia sin la menor preocupación. Cassiel le había prometido que no lo delataría como traidor ante la Orden, y

lo había creído a pies juntillas porque nada invitaba a desconfiar del ahora llamado Shao.

Así había sido. Había estado encajando los golpes y mandatos de sus superiores con una dignidad envidiable hasta la aparición de Li Zhen, con la que, por supuesto, Alastor también había contado.

No le había cabido la menor duda ni de que el Iluminado le protegería a él, ni de que ella protegería al Iluminado.

Sonrió para su coleto recordando los últimos minutos de Cassiel en el Autem.

Quedarían para la posteridad.

Algo debía saberse de su amigo, y es que nunca hacía nada a medias. Había nacido con el don de causar un fuerte impacto en su prójimo, fuera por ingenuo, por hechicero inigualable o por guapetón. Eso, sumado a su extrema prudencia y su cortesía, le había convertido en el sujeto idóneo para ser ungido magnificente.

Pero Cass había elegido las mujeres y el *rock´nd roll*.

Bien por él, pensó con una sonrisa orgullosa.

¿Quién no preferiría a las mujeres y el *rock´nd roll*?

«Tú», le dijo una voz abisal, profundamente enterrada en su corazón.

«No me presiones», pensó Alastor para que la respuesta le llegara con claridad. «Ya sé lo que tengo que hacer».

Inspiró hondo, haciéndose a la idea de que le tocaba actuar.

Casi se alegró de que Cassiel no estuviera allí para apreciar con sus propios sentidos la extensión de su poder.

Alastor no acostumbraba a jactarse de sus logros, y prueba de ello era que nadie hubiese tenido conocimiento de estos hasta que la perspicacia del Iluminado se había inmiscuido en sus traicioneros objetivos. Pero algo de vanidad le quedaba después de tantos años siendo humillado. La suficiente para regocijarse muy en el fondo por lo que estaba a punto de hacer.

Alastor caminó hacia el altar de piedra donde habían vuelto a depositar el *jian*. Nadie lo vio. Los albos estaban discutiendo a voz

en grito si era o no amoral emplear el hechizo de que Cassiel les había legado para contravenir su naturaleza.

Se le volvió a escapar una sonrisa pensando en su viejo amigo, porque era su amigo incluso si ahora se odiaban. Había hecho lo correcto dándole a entender que nunca le había importado su bienestar, o de lo contrario habría tenido dudas a la hora de marcharse a la Tierra, como siempre había sido su sueño.

Había aprendido a ser más egoísta en el transcurso de la misión, pero no hasta el punto de no arrepentirse de abandonarle a él a su suerte.

Además, era más fácil que le creyera un traidor con el corazón podrido que lo que era en realidad.

Algo peor a todas luces.

En cuanto llegó al altar de piedra, apoyó las dos manos. Consultó el estado del *jian* y observó la raja que él mismo había abierto en la hoja simplemente pasando un dedo por encima. No había tenido que invocar la magia sehariana ni a ninguna deidad para lograr lo que, ateniéndose a la *Sagrada Crónica* y según los testimonios del sacerdocio, era imposible.

Le habría gustado que siguieran creyéndolo imposible, sobre todo viniendo de él, pero Alastor estaba ahora entre la espada y la pared... nunca mejor dicho. El *jian* y la pared. Tarde o temprano descubrirían que él había robado el arma para Arslan, y, para entonces, le convenía que le creyeran un alma sacrificada por la causa... o solo que supieran que servía para algo más que para atarle los cordones de las bambas al Iluminado.

Alastor había pensado en morir, claro, y no le esperaría otra cosa que la eterna oscuridad si se enteraban de que había averiguado mucho antes quién se proponía qué y había elegido colaborar con Arslan. Pero antes de morir necesitaba la certeza de que su afección era incurable.

Si confirmaba que así era, que no tenía remedio, entonces moriría.

Antes no.

—Si están conformes, caballeros —dijo en voz alta. Sorprendentemente, todos se callaron. Solía suceder lo contrario cuando Alastor hablaba—, yo ocuparé el lugar de Cassiel.

Antes de que los sacerdotes pudieran romper a reír, puso la mano sobre el *jian*. Sin cerrar los ojos ni aplicar una fuerza excesiva, tan solo confiando en el poso de poder que albergaba en sus adentros, conjuró el hechizo sin nombre ni parangón que podría destruirlo.

Y se destruyó.

Observó cómo las partículas entre violáceas y rojizas que manaban de sus dedos abrían una grieta en medio de la espada recta. Arrugó el ceño, extrañado al observar que también saltaban unas chispas azuladas.

Esas no podían provenir de él, pensó, y de forma intuitiva levantó la barbilla para toparse con la razón real por la que el salón había enmudecido.

Una figura menuda pero convincente al habitar el espacio había irrumpido en la estancia. El hecho de que nadie la hubiese visto antes indicaba que era la primera vez que estaba allí... y que ninguna doncella seráfica o sacerdote menor había podido detenerla en su misterioso ascenso al Autem.

Alastor sintió una punzada en el pecho al verla avanzar con las manos entrelazadas a la espalda, mirando a un lado y al otro con curiosidad infantil. Habría parecido un general del ejército comprobando la postura de sus soldados de no ser porque tenía una apariencia del todo inocua.

Era la más mínima expresión de un ser humano, con su metro cincuenta y su ralo y liso cabello teñido de rosa palo.

Al caminar se oía el tintineo de la colección de pulseras —regalos de revistas para adolescentes— que la cubrían desde la muñeca hasta casi el codo, una extravagancia de estilo radicalmente diferente a las gargantillas góticas que le decoraban el cuello largo y al top ombliguero militar que exhibía su colección de tatuajes absurdos, como solo podían serlo un minúsculo Gojo al estilo chibi en el costado y un hacha vikinga torcida sobre el hueso de la cadera.

Alastor seguía sujetándose la zona pectoral, ahí donde había empezado a quemarle por obra de la impactante intrusión.

Solo había entrado por una puerta de doble hoja, diminuta como un cachorro, y él había reaccionado como si un viento del este le hubiese abofeteado de golpe. Pese al dolor candente que le había poseído, la miraba ajeno a su diagnóstico de muerte súbita, con una mezcla de perplejidad y sorna; la mirada que merecía una persona que no había sabido por qué complementos decantarse y había solucionado su indecisión colgándoselos todos sin ningún sentido aparente.

Era una especie de tienda ambulante de artículos de bisutería, solo que con los ojos cristalinos más grandes que hubiera visto jamás.

No eran unos ojos que se pudiesen encontrar en la Tierra, y tampoco en la Suprarrealidad. Eran unos ojos que, por lo visto, solo se podían encontrar en aquel animalillo nervioso y colorido.

—¡Mirad lo que ha hecho! —dijo Primero, anonadado—. Si no me engañan los sentidos, ¡ha destruido el *jian* de Liu Song!

—¡Sí, lo ha hecho! —corroboró segundo.

Alastor todavía estaba encajando la sorpresiva aparición de la joven como para ofenderse porque le hubiera robado el mérito. Solo atinó a hacer la pregunta que todo el mundo, en lo largo y ancho del Autem, se estaría haciendo.

—¿Y tú quién eres?

Ella levantó la vista hacia él con fingida inocencia, como si acabara de reparar en él, y batió las largas pestañas rubias como el sol con una coquetería no del todo atrayente.

Había algo extraño en la chiquilla; la torpeza de los introvertidos que no terminaban de congeniar con su llamativa puesta en escena, pero a la que se entregaban con la esperanza de ganarse el respeto ajeno.

Al menos, a él trató de metérselo en el bolsillo dirigiéndole una sonrisa beatífica.

—Soy el futuro magnificente, claro. ¡Encantada de conoceros!

Nota de autora

Chen Tao, el personaje que aquí aparece encarnado en un hechicero maligno que se vendió al Mal a cambio de la inmortalidad, fue un monje taoísta real. Si tiene herederos vivos y leen este libro, que se sientan libres de denunciarme por difamar a su antepasado. Lo mismo digo con Li Bai, que fue el mejor poeta de su tiempo y le digo poco menos que putero y borracho, y con Yang Guifei, una de las Cuatro Bellezas.

Para hacer al personaje de Zhen más creíble y rico en cultura (porque creo que, además de anclada al pasado y profundamente nostálgica, es una mujer enamorada de la cultura), he «orientalizado» las referencias que he podido hacer a lo largo de la novela aun a costa de que no se entendieran porque no fueran tan conocidas (en la escena de la lluvia, por ejemplo, era ella la que comparaba a Cass con Gene Kelly en el borrador original, pero lo sustituí por la peli de Wong Kar-wai). Me he querido comprometer con traeros tanto historiografía china como leyendas como pequeños guiños a su cultura actual, porque la verdad es que estudiándola en profundidad he dado con tantos detalles maravillosos que no podía desaprovechar la oportunidad de dejarlos por escrito.

Creo que eso también enriquece la lectura.

Todos los poemas que aparecen al principio de cada capítulo han sido extraídos de *Lo mejor de la poesía amorosa china* (Calambur, 2007), una selección y traducción de Guojian Chen.

Mi protagonista no es muy romántica que se diga, pero como decidí que su padre fuera Li Bai y Cass sí es un cielo, me pareció que venía al pelo. (Sin haberlo ni pensado, me ha salido un pareado).

Por otro lado, no quería que Cassiel recuperase la vista porque si bien la ceguera es algo que no le vino dado de nacimiento y que sucedió de forma cruel, estoy total y radicalmente en contra de que se «curen» las discapacidades en las novelas, sobre todo si es «por arte de magia» (nunca mejor dicho). Tampoco estoy a favor de que se romanticen. Espero haber conseguido lo que quería: mantener un

equilibrio que ni lo demonice ni lo venda como algo estupendo. La trampa final de que pueda ver a Zhen no es tanto por darle el gusto a él, sino para que ella se quede tranquila sabiendo que la iba a querer le viera la cara o no. La cicatriz es tan importante en su historia a todos los niveles (forma parte de su pasado humano, ha configurado su visión de sí misma, es por lo que se vetó el amor) que sentí que debía «tranquilizarla».

Si vienes de El Séptimo Círculo, decir que espero que El Quinto Arcano te haya gustado tanto o más. Si no vienes de El Séptimo Círculo, decir que espero que te haya gustado un montón, y que si luego buscas la saga previa, te la lees y la comparas a nivel de *worldbuilding* y desarrollo con este libro y sale perdiendo, al menos te diviertas y me concedas que lo importante era participar (conste en acta que sigo aprendiendo a escribir fantasía. La práctica hace el maestro y todavía me queda rato para alcanzar mi *prime*).

Estoy muy orgullosa de este proyecto, amo la portada con todo mi ser y me lo he pasado estupendamente escribiendo sola, lo que de un tiempo a esta parte no sucede a menudo. Compartirlo antes de publicarlo con mi gente de confianza solo lo ha hecho más especial. ¡Gracias!

Nos veremos en la siguiente historia, la de Alastor y esta muchachita tan divertida que ya habéis conocido. :)

Glosario

➳ **La Magna**. Primera fuerza y poder omnipotente, omnipresente y omnisciente. Fuente de vida.

➳ **Primer Final.** Primera traición a la Magna, llevada a cabo por el Gran Grimorio.

➳ **Segundo Final**. Segunda traición, llevada a cabo por Mithrael (regente de La Sociedad en tiempos griegos) y Asherah (princesa fenicia con la que engendró a los áureos).

➳ **Tercer Final**. Fin de la amenaza de los grimorianos dirigidos por La Criatura, al menos en apariencia, gracias a la participación de El Séptimo Círculo y ocurrida en el siglo XXI.

➳ **Gran Grimorio**. Primer traidor de La Magna y mente pensante detrás de la organización enemiga de la diosa y sus creaciones: el Enclave. También llamado «El Traidor», «La Criatura» o «El Que No Puede Ser Vencido».

➳ **Suprarrealidad**. Se divide en el Autem, hogar de la diosa, los empíreos y aquellos que tras su muerte les fue dada una segunda oportunidad, y el Fatem, donde descansan las almas de las criaturas sobrenaturales a las que la inmortalidad les es arrebatada.

➳ **Subrealidad**. Sinónimo de la Tierra.

➳ **Seráficos**. Criaturas creadas por la Magna para proteger a los seres humanos. Se dividen en dos linajes: el de los albos, primigenios, inmortales, con poder sobre la magia blanca y ciegos, y el de los áureos, mestizos de albos y humanos, mortales, estrategas y empáticos.

➳ **Grimoriano.** Esbirro del Gran Grimorio.

➳ **Empíreos**. Humanos que sacrificaron su vida mortal por un individuo que habría de marcar un impasse en la historia del mundo. Fueron reclutados por la Magna para formar parte de su séquito personal y del ejército que habría de bajar a La Tierra para luchar si la situación política requiriese refuerzos; también para misiones terrestres concretas.

➳ **Penitentes**. Empíreos que traicionaron a la diosa y fueron desterrados del Autem para luchar en La Tierra junto a los seráficos. La única manera que tienen de obtener el perdón de la diosa es consiguiendo el amor de la *anandha*.

➳ ***Anandha***. Fragmento del alma de La Magna que se reencarna en cuerpos mortales, masculinos o femeninos, cuyo único cometido es que el penitente la encuentre y se gane su favor. Así es como obtienen el perdón de la diosa y pueden volver al redil.

➳ **La Triple Maldición**. La reciben los penitentes cuando traicionan a la Magna. Consiste en despojarlos de su nombre, arrojarlos al destierro, donde no podrán recibir la luz del sol, y añadir un castigo personalizado.

➳ ***Sagrada Crónica***. Recopilatorio de todos los hechos acaecidos en La Tierra y en la Suprarrealidad que se conocen desde que la Magna apareció en el mundo. De ella se encarga Hocus, el escribano inmortal.

➳ **El Libro de la Sehara**. Recopilatorio de todos los conjuros y formas de hacer magia blanca que se conocen, todos ellos gracias a la gran hechicera de todos los tiempos, la Sehara.

ÍNDICE

Prefacio
Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Capítulo XIII
Capítulo XIV
Capítulo XV
Capítulo XVI
Capítulo XVII
Capítulo XVIII
Capítulo XIX
Capítulo XX
Capítulo XXI
Capítulo XXII
Capítulo XXIII
Capítulo XXIV

Capítulo XXV
Capítulo XXVI
Capítulo XXVII
Capítulo XXVIII
Capítulo XXIX
Capítulo XXX
Capítulo XXXI
Capítulo XXXII
Capítulo XXXIII
Capítulo XXXIV
Capítulo XXXV
Capítulo final
Epílogo
Avance
Nota de autora
Glosario

---

[1] Literalmente «espada de corte» en francés.

[2] Dime qué has estado echando de menos, haré lo que sea para hacerte vibrar, y puede que seas la respuesta al pecador que hay en mí.

[3] Noble húngara acusada y juzgada por torturar y asesinar a cientos de jóvenes campesinas. Cuentan que se bañaba y se bebía la sangre de sus víctimas para preservar su juventud y belleza.

[4] Película de Wong Kar-wai (1995).

[5] Así fue como se conoció al poeta Du Fu (712-770), coetáneo de Li Bai, a partir de la dinastía Song.

[6] *Viaje al Oeste* de Wu Cheng'en (1592).

[7] Por tradición, cuando ganan los Red Sox, el equipo de béisbol más famoso de Boston, se tocan tres canciones, entre ellas *Dirty Water* de The Standells.

[8] *The Lonely Shepherd* significa «El Pastor Solitario»; *The Happy Shepherd*, «El Pastor Feliz».

[9] Todos los sitios en los que he estado y las cosas que he visto, un millón de historias que inventaron un millón de sueños rotos. Las caras de gente que no volveré a ver jamás. Y parece que no puedo encontrar mi camino a casa.

[10] Ese soy yo en la esquina, ese soy yo en el punto de mira, estoy perdiendo mi religión intentando seguirte el ritmo. Y no sé si puedo hacerlo... Oh, no, he dicho demasiado... No he dicho suficiente.

[11] También *roujiamo*; hamburguesa típica de la región.

[12] En orden de mención, serían las actuales China/Pakistán, Mongolia y Persia. Se refiere a la Ruta de la Seda, que hasta el siglo XIX no se conoció como tal.

[13] Guizhou fue, durante la dinastía Tang, el nombre que recibía la actual ciudad de Guilin.

[14] Quiero ser el primer hombre al que mires esta noche. Quiero quedar atascado en tu cabeza y hacer que te vuelvas salvaje. Quiero llevarte hasta que nos alumbren las luces de la mañana. Quiero dejarte sola en medio de la noche. (*FOR YOUR LOVE*, de Måneskin).

[15] Quiero ser un buen hombre y verte sonreír.

[16] Quiero follarte hasta que grites y llores.

[17] Quiero abrazarte esta noche. Por tu amor haré lo que tú quieras.

[18] Tengo tanto que puedo darte.

[19] Protagonista de la Leyenda de la Serpiente Blanca, un cuento del folclore chino que narra una historia de amor prohibido. Li Zhen alude a Xu Xian en referencia a su carácter romántico.

[20] Figura de mayordomo o administrador.

[21] Traducción del uigur moderno, una lengua túrquica que aún se habla mayoritariamente en Xinjiang, China. Significa «mi alma» y se utiliza como sinónimo de «amor» o «cariño».

[22] Palabra en el idioma túrquico antiguo de los uigures que significa «cachorro».

[23] Forma despectiva en chino mandarín (en cantonés, el equivalente sería *gweilo* o *gwailo*) en que los chinos se refieren a los extranjeros blancos. Significa «demonio extranjero» o «fantasma occidental».